Naturaleza de Escorpión

Ser una presa nunca fue tan excitante



JESS GR

Naturaleza de Escorpión

Jess GR

Copyright © 2025 Jess GR

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

Diseño de cubierta: Luce G. Monzant
Corrección: Nia Rincón
Diseño de ilustraciones: Rut Mereida Suárez

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Nota de la autora

Estás a punto de adentrarte en una historia oscura. Aquí no encontrarás príncipes perfectos ni amores inocentes, sino pasiones intensas, decisiones cuestionables y personajes que caminan por el filo entre el deseo y la destrucción.

Todo lo que vas a leer es **ficción**. Los personajes, las situaciones y los escenarios son fruto de mi imaginación o se usan de forma ficticia.

Advertencia: En estas páginas hay violencia, sexo con dinámicas de poder, lenguaje explícito y conductas moralmente discutibles. No todo lo que ocurre aquí es bonito ni correcto… y así debe ser para que esta historia exista.

Al final del libro encontrarás una lista de completa de advertencias de contenido que puede contener *spoilers*. Léela bajo tu propia responsabilidad.

Quiero que lo tengas claro: **condeno cualquier tipo de violencia** sexual, física, psicológica o de cualquier otro tipo en la vida real. Nada de lo que leas aquí debe interpretarse como una defensa o promoción de esas conductas fuera de la ficción.

Asimismo, no pretendo **ofender ni faltar al respeto a ninguna religión**. Si algún elemento religioso aparece en la historia, es únicamente parte del contexto ficticio y no representa mis creencias ni opiniones personales.

Este libro es solo eso: un viaje intenso, peligroso y emocional. Si decides seguir adelante, cruza la puerta…, pero hazlo sabiendo que, una vez entres, nada volverá a ser igual.

Para quienes sienten que el deseo y la amenaza respiran juntos, y que cada cicatriz cuenta una historia escrita a fuego.

Prólogo

Reese

Noto como las pequeñas ramas se hunden bajo las suelas de mis botas con cada una de mis zancadas. Intento contener la respiración, pero no me resulta fácil hacerlo mientras sigo corriendo. Debo ser más rápida, más lista, más silenciosa. Casi puedo escucharlo a mi espalda, me persigue, me acecha como un depredador a su presa. Eso es lo que soy, en lo que me he convertido, solo una presa más.

Me detengo de golpe y trato de ralentizar los latidos desbocados de mi corazón. Lo oigo más cerca, no tardará en alcanzarme. Miro a un lado y a otro buscando una vía de escape, no la hay. Todo lo que me alcanza la vista son árboles altos y frondosos, hierba bajo mis pies bañada por la débil luz de la luna. Estoy sola en mitad de la nada y un puto psicópata sigue mi rastro. Con las pocas fuerzas que me quedan, intento subirme a uno de los árboles; ese ha sido mi escondite durante las últimas noches. La corteza se me clava en las palmas de las manos mientras sigo escuchando sus fuertes pisadas. Está cerca, demasiado. No tendré tiempo para alcanzar las ramas superiores antes de que me encuentre.

Desisto de mi idea inicial y al borde del ataque de pánico vuelvo a buscar un lugar hacia donde escapar. Estrecho mi mirada sobre una zona de matorrales lo bastante frondosos como para ocultarme. Es mi única opción. Corro lo más rápido que soy capaz y me adentro entre la maleza como un peso muerto. Me cubro el rostro para que las ramas no me arañen la piel. Por suerte, mi chaqueta es lo

bastante gruesa como para proteger mi cuerpo casi hasta los muslos, aunque los pantalones no lo son tanto y puedo sentir como varias astillas se me clavan a la altura de las rodillas. Logro enderezarme, conteniendo el aliento, y me acuclillo justo cuando el sonido de las pisadas se detiene al otro lado de los matorrales.

—Sé que estás cerca. —Lo escucho inspirar con fuerza y por un momento desearía quitarme la jodida máscara facial que cubre parte de mi rostro para poder tomar una bocanada de aire fresco. Me queman los pulmones y no estoy segura de que sea por el esfuerzo. Ese maldito acento británico, su voz, la forma en la que pronuncia cada sílaba…—. Hoy es el gran día. No permitiré que vuelvas a huir de mí.

Cierro los ojos y aprieto la mandíbula con fuerza. «Solo un poco más. Aguanta, Reese. Vas a volver a casa», me digo a mí misma en mi mente. Escucho como las pisadas se alejan y casi suspiro de puro alivio. Voy a lograrlo. No tardará en amanecer y todo habrá terminado.

Me mantengo inmóvil, casi sin respirar, hasta que mis piernas se convierten en dos trozos de carne inservibles. Cada musculo de mi cuerpo grita que me ponga en pie y me mueva, pero sigo encogida, oculta hasta que estoy segura de que no hay peligro. Muy despacio, me atrevo a alzar la cabeza, después estiro la espalda y echo un vistazo por encima de las ramas y malas hierbas que se han convertido en mi refugio. No está, se ha ido y al fin soy libre.

Esbozo media sonrisa que no tarda en esfumarse al darme cuenta de que no va a ser sencillo seguir caminando, ya que apenas puedo mover las piernas. Doy un pequeño paso, después otro y cuando estoy a punto de dar el siguiente, una mano enfundada en un guante de cuero sale de la nada y me agarra por el cuello. Un grito de puro terror se queda atascado en mi garganta. Poco a poco, como en una maldita escena digna de una película de miedo, su cuerpo me rodea y logro verlo. Esos ojos grises me observan tras la máscara negra.

—Por favor —logro decir a pesar de estar quedándome sin aire.

El enmascarado ladea la cabeza despacio, y aunque no puedo ver su rostro, sé que está sonriendo.

—Te he encontrado. —Tira de mí para obligarme a abandonar mi escondite, y al no ser capaz de coordinar el movimiento de mis piernas, termino chocando contra su cuerpo—. Una preciosa flor entre la maleza.

Cierro los ojos. Aquí termina mi huida. Tanto esfuerzo no ha servido para nada. Solo he logrado cansarme y no podré presentar batalla en el acto final. Su mano se afloja en mi cuello y logro tomar una gran bocanada de aire justo cuando se acerca más. La dureza de la máscara golpea mi mejilla y lo escucho inspirar hondo de nuevo.

—No —susurro.

Se aparta y vuelve a mirarme. Sigue sonriendo el muy hijo de puta.

—¿No? ¿Eso es todo? Creí que te resistirías más. —Rodea mi cintura con un brazo y me pega a su cuerpo—. He disfrutado mucho de la caza, pero ambos sabíamos que terminaría así. Nunca se me ha escapado una presa, Flor, y tú no ibas a ser la primera.

Intento empujarlo, pero casi no me quedan fuerzas. Noto como mis rodillas se doblan y estoy segura de que, si no estuviese sujetándome, ya me habría caído. Lo miro con rabia y trago saliva con fuerza. Luchar no me servirá de nada.

—Déjame ir —siseo en una mezcla entre súplica y exigencia.

—Por supuesto. Serás libre para marcharte justo después de que me haya follado uno a uno todos los jodidos agujeros de tu bonito cuerpo. —Da un paso atrás sin dejar de sujetarme por el cuello y sus ojos grises me recorren de la cabeza a los pies—. Ahora dime…, Flor. —Saca una cuerda fina del bolsillo de su sudadera negra y me la muestra —. ¿Voy a tener que atarte o serás una chica obediente?

¡Mierda! Aún tengo una pequeña posibilidad de escapar, pero atada… No, tengo que poder moverme. Tal vez, si espero a que la circulación regrese a mis piernas y descanso un poco, logre correr

un poco más. El cuero de su guante cruje cuando me aprieta más la garganta.

—Haré lo que quieras —susurro con una exhalación.

Sus iris grises se ensanchan y asiente.

—Primero viene la lucha, después la súplica y, por último, la sumisión. —Afloja su agarre y deja caer la cuerda a sus pies—. Esta es mi parte preferida. De rodillas, Flor. Llevo deseando meter la polla en esa boca tan sucia desde que te escuché hablar por primera vez.

—Hijo de puta —siseo entre dientes.

Recibo un nuevo tirón y los grabados de su máscara se clavan en mi mejilla cuando pega su rostro a ella.

—De rodillas —ordena, y vuelve a alejarse.

Me planteo darle un rodillazo en las pelotas y salir corriendo, pero no creo que pueda hacerlo. Mis piernas apenas consiguen mantenerme de pie.

«Vive para luchar un día más, Reeree». La voz de mi padre resuena en mi cabeza y con una exhalación profunda me dejo caer de rodillas. Varias ramitas se clavan en mi piel, pero no siento dolor. En realidad, no siento nada. Es como si mis extremidades inferiores hubiesen perdido toda la sensibilidad.

—Acabemos con esto de una vez —farfullo.

Noto su mano enguantada en mi barbilla y me obliga a mirarlo.

—Si usas los dientes, juro que te ataré a un árbol y no dejaré de follarte hasta que la sangre bañe tus muslos.

Inspiro hondo por la nariz y no respondo. Solo aparto el rostro mientras intento acompasar mi respiración y escucho el roce de la ropa. Me atrevo a alzar la mirada, se está desabrochando el pantalón, contengo el aliento y enseguida tengo frente a mi rostro su miembro erecto. Es grande, demasiado, y apunta directo a mi boca.

Estoy a punto de insultarlo de nuevo, pero antes de que pueda decir una sola palabra, tira del borde de la máscara facial que me llega hasta la parte alta de la nariz, lo justo para dejar mi boca al

descubierto, me sujeta por la nuca y se entierra en lo más hondo de mi garganta. Contengo las náuseas y aguanto inmóvil sus embestidas. Entra y sale de mi boca cada vez más rápido y en lo único que puedo concentrarme es en sentir como poco a poco la sangre fluye por mis piernas. Primero empieza con un hormigueo que se va intensificando. El enmascarado gruñe y tira de los mechones de pelo que se escapan de mi capucha. Casi me atraganto cuando me obliga a quedarme quieta con su polla alojada en mi garganta. Mis músculos empiezan a doler, son como agujas afiladas clavándose en mi piel. Noto como un hilo de saliva recorre mi mandíbula y aprieto los puños con fuerza justo cuando él se retira y vuelve a embestir hacia adelante con las caderas.

Intento mover los dedos de los pies en el interior de mis botas. Es doloroso, pero al fin noto que responden. El enmascarado gruñe de nuevo y cierra los ojos. Su miembro se ensancha en mi boca y un chorro salado inunda mi paladar. Dejo que el semen gotee desde mi comisura hacia el suelo y sigo sin moverme. Se retira y desliza el dedo pulgar por mi labio inferior, recoge un poco de su propio fluido y, tras meter la mano bajo la capucha que cubre mi cabeza, dibuja una especia de cruz o equis en mi frente.

—Puto pirado —murmuro para mí.

—¿Has dicho algo, Flor? —Aún con la polla fuera, me mira desde arriba con los brazos cruzados sobre el pecho—. No es de buena educación hablar mientras comes. ¿Está bueno? Lo he hecho especialmente para ti.

Me fijo en su postura. Parece relajado, como si estuviese disfrutando de todo esto. Es probable que lo esté haciendo. Al fin y al cabo, es un cazador y yo su presa. Cierro los ojos y me pregunto cómo demonios he llegado hasta aquí. Mi padre no me educó para ser la putita de un jodido psicópata. Papá, si él me viese así se retorcería en su tumba. He tirado la toalla, me he rendido y eso no fue lo que él me enseñó. «Rendirse no es una opción, Reeree. Siempre hay otra salida».

Me pongo de pie despacio y aguanto el dolor en mis piernas, clavo mi mirada en la suya y esbozo una sonrisa ladeada. «No va a doblegarme».

—¿Eso es todo lo que tienes? —Su mirada se estrecha sobre mí y su polla se endurece de nuevo en cuestión de segundos—. ¿Quieres jugar? Adelante, juguemos.

Ladea la cabeza despacio y puedo intuir su sonrisa bajo la máscara.

—¿De dónde has salido, Flor? —Su tono de voz ronco, con ese acento británico tan marcado, me acaricia la piel como lo haría un amante—. Mi mejor presa, la más guerrera. Me gusta.

Doy un paso hacia él con los puños apretados a cada lado de mi cuerpo. Mis piernas responden. Puedo volver a intentarlo

—La más guerrera y la más veloz. —Sonrío de nuevo, y con un movimiento rápido alzo una rodilla y le golpeo en la entrepierna. Un jadeo ahogado sale de su boca y se dobla sobre sí mismo—. Si quieres seguir jugando vas a tener que atraparme de nuevo, hijo de puta —siseo antes de salir corriendo lo más rápido que puedo.

Capítulo 1

Reese

Once años atrás

Bajo el umbral de la puerta del garaje, observo como mi padre ladea la cabeza despacio mientras estudia el enorme plano que cubre una de las paredes casi en su totalidad. Su entrecejo se arruga y se me escapa una sonrisa. Siempre hace eso cuando algo lo confunde o no consigue encontrar la solución a un problema. Aún no ha cumplido los cuarenta y ya tiene una arruga en la frente que lo hace parecer mucho mayor.

—¿Qué anda mal? —pregunto, atrayendo su atención.

Su expresión se suaviza y un mechón de pelo oscuro le cubre uno de sus ojos color café, que he heredado de él.

—¿Me estás espiando, Reeree?

Hago una mueca por el ridículo apodo que usa para dirigirse a mí desde que era solo una niña y doy un paso al interior de la estancia.

—Algo te preocupa. Cuéntamelo —pido.

Exhala con fuerza y señala la pared con la barbilla.

—¿Qué ves ahí?

—El plano del casino en el que vamos a dar el siguiente golpe —respondo confusa.

—No estoy seguro de que eso vaya a pasar. Necesito una vía de escape alternativa y no la encuentro.

Esta vez soy yo la que frunce el ceño y me acerco más al lugar donde está señalada cada parte de la planta baja de un casino que está a las afueras de Las Vegas. Yo misma hice el primer reconocimiento cuando papá decidió que ese sería nuestro siguiente objetivo. Es el golpe más grande que hemos dado nunca y, conociéndolo, sé que no lo llevaremos a cabo hasta que esté completamente seguro de ser capaz de sacarnos de allí sanos y salvos.

Observo el plano en silencio durante unos minutos. Ya hemos repasado el plan cientos de veces. Son necesarias al menos seis personas para robar la caja fuerte del local. Una para vigilar la puerta, dos para mantener controlados a los rehenes y otras dos forzando la caja; es grande, por lo que tendremos que usar una lanza térmica y herramientas de gran calibre. El sexto se quedará esperando fuera con nuestro medio de transporte listo para la fuga.

—La puerta trasera de servicio… —sugiero, pero me callo cuando papá empieza a negar con la cabeza.

—Lo más probable es que tenga cierre automático. En cuanto los de seguridad se den cuenta de lo que está pasando, bloquearán todas las salidas. La principal podemos mantenerla abierta y usarla como ruta de escape primaria, pero necesitamos un plan alternativo por si el primero sale mal.

Asiento. Siempre hay que tener un plan alternativo. Sigo estudiando el plano un rato más hasta que algo llama mi atención.

—Aquí, en el cuarto de los contadores. ¿Qué es esto? —Señalo una estructura que parece estar anclada al techo.

—Son los conductos de ventilación. He valorado usarlos, pero llevan al tejado. Son más de veinte metros escalando una pared vertical en un espacio muy reducido. Inviable —sentencia.

—¿Y si no lo usamos para escapar? —Estrecha su mirada sobre mí y hace un gesto con la mano para que siga hablando—. Podemos escondernos en los conductos de ventilación, y cuando todo se calme, salir como si nada y mezclarnos entre la gente.

—Es poco probable que la Policía no nos busque en cada rincón del lugar. Sabrán que no hemos salido.

—Pues hagámosle creer que sí lo hemos hecho. Si las cosas se tuercen, nos quedamos dentro y liberamos a un grupo de rehenes, varios de nosotros pueden entremezclarse con ellos.

—Tendríamos que dejar atrás el botín.

—No porque los que salgan con los rehenes serán la distracción. El resto estaremos escondidos en los conductos, esperando el momento oportuno para marcharnos con bolsas cargadas de billetes. Desfilaremos por delante de la Policía vestidos con ropa elegante como en una puta pasarela de moda y no se enterarán.

—Esa boca… —me advierte, señalándome con el dedo índice.

Ruedo los ojos. Solo mi padre puede estar hablando conmigo sobre un robo sin problema, pero me llama la atención por decir palabrotas como a una niña pequeña.

—Es factible, y lo sabes —insisto.

—No está mal, deja que lo piense un rato. —Aparta la mirada del plano y clava sus ojos en los míos—. ¿Cuándo te has convertido en una genia de la delincuencia?

Suelto una carcajada y me encojo de hombros.

—He aprendido del mejor. —Hace una mueca con los labios y niega con la cabeza—. ¿Qué ocurre?

—Nada. Es solo que… —Suspira—. A veces me gustaría haberte enseñado algo más que a abrir cajas de seguridad y mirar siempre por encima del hombro.

—¿A qué viene eso? No entiendo.

—Te mereces otra vida mejor, cariño.

—Me gusta esta —afirmo, cruzándome de brazos.

Papá esboza media sonrisa que no parece para nada sincera y vuelve a resoplar.

—Tampoco es que conozcas otra —masculla, y vuelve a clavar su mirada en la mía—. Reese, tienes dieciséis años. Deberías estar

pensando en ir al baile de fin de curso con algún chico, salir con tus amigos el fin de semana o saltarte las clases para fumar a escondidas. Sin Policía, sin planes de fuga ni conductos de ventilación donde esconderse. Solo… —Toma aire y se encoge de hombros—. Tengo la sensación de que he arruinado tu infancia y estoy haciendo lo mismo con tu adolescencia. Ven aquí.

Me acerco despacio, y cuando llego a su lado me acaricia la mejilla con suavidad.

—¿Vas a ponerte sensiblero?

—Sí. —Sonríe, esta vez de verdad—. Soy tu padre, tengo derecho a hacerlo al menos una vez al mes. —Asiento, conteniendo la risa, pero él vuelve a ponerse serio—. Eres lo más importante del mundo para mí, lo único que tengo y no podría soportar que algo malo te pasara.

—Sé cuidar de mí misma, papá. Me has enseñado bien. Además, soy mucho más lista y madura que todos los niñatos idiotas que van a los bailes de graduación.

—Y esa arrogancia no la has heredado de mí —dice, poniendo los ojos en blanco.

Suelto una carcajada y ambos nos giramos hacia la puerta cuando escuchamos como alguien toca con los nudillos. Enseguida, la única persona en la que papá confía, aparte de mí, se acerca sonriendo con su pose chulesca habitual. Es varios años más joven que mi padre. Empezó siendo su pupilo y protegido, pero con el paso del tiempo terminaron convirtiéndose en socios. No hay un momento de mi vida que recuerde en el que Nick no esté presente, es de la familia.

—¿Interrumpo? —pregunta, y me aparto un poco para que pueda pasar junto a mí.

—En absoluto. Reese ha tenido una idea para el plan de escape alternativo. Quiero que hablemos de ello. Parece viable.

Nick me guiña un ojo y vuelve a sonreír.

—La pequeña Reeree siempre nos salva el culo. Bien hecho.

Intento disimular la enorme alegría que siento por sus palabras con un carraspeo y me encojo de hombros.

—Me alegra poder ayudar —digo, intentando que suene como algo casual y sin importancia.

—Lo has hecho —afirma papá—. Ahora ve a estudiar. ¿No tienes un examen de matemáticas mañana?

Mi alegría se esfuma como el jodido humo de un cigarrillo en medio de un vendaval.

—Puedo estudiar esta noche. Ahora…

—Reese, no quiero tener que decirlo de nuevo. Vamos, ve a tu habitación y déjanos trabajar.

—Pero es mi idea… —Me lanza una mirada de advertencia y me contengo para no patear el suelo y hacer un berrinche como cuando tenía seis años.

No digo ni una sola palabra más antes de dar media vuelta y salir del garaje a toda prisa y visiblemente cabreada. ¡Putas matemáticas! ¿Para qué las necesito? Tampoco es que vaya a convertirme en una contable aburrida, trabajando día tras día tras una mesa. Mi futuro es mucho más emocionante que todo eso. Voy a convertirme en la ladrona más legendaria que el mundo haya visto nunca, todos me respetarán al igual que hacen ahora con mi padre.

Capítulo 2

Reese

Estoy a punto de quedarme dormida sobre el libro de texto cuando escucho como la puerta de mi habitación se abre sin previo aviso. Me giro de golpe para recriminarle a papá que no haya llamado, pero me quedo callada al ver que es Nick el que está en la habitación.

—¿Aún sigues enfurruñada, Reeree? —pregunta en tono burlón.

Me cruzo de brazos y lo fulmino con la mirada.

—Resulta muy molesto que siempre me excluyáis de todo cuando soy la que os da las mejores ideas —refunfuño.

—Eso es que sí —murmura, y camina hacia mí con las manos metidas en los bolsillos delanteros de su pantalón vaquero.

—Lo que tú digas. —Me giro y empiezo a recoger los libros y las libretas que tengo esparcidos sobre el escritorio.

Antes de poder terminar, noto la presencia de Nick a mi espalda y enseguida su mano aparece frente a mí, la coloca en la superficie de la mesa y pega su nariz a mi cuello.

—No tienes ni idea de lo mucho que te extraño cuando te marchas, pequeña. Esta mañana mis sábanas olían a ti. Estuve a punto de venir a buscarte.

Un escalofrío recorre mi espalda y sonrío, mordiendo mi labio inferior. Me encanta que me hable al oído con ese tono tan sensual, y el muy capullo lo sabe. Dejo que me sujete por la barbilla y me obliga a girar la cabeza para mirarlo.

—Papá podría entrar en cualquier momento —le advierto.

—¿Crees que no lo sé? —Me rodea y se agacha para lamer la comisura de mi boca. Mi corazón se acelera y me cuesta contener el impulso de rodear su cuello con los brazos y hundir mi lengua en su boca. Besa tan bien…—. El único motivo por el que aún no estás desnuda es porque soy muy consciente de que tu padre podría pillarnos, pero esta noche espero que vuelvas a visitarme en mi dormitorio.

Se aparta y lo miro, negando con la cabeza. Disfruta provocándome.

—No puedo seguir haciéndolo. Papá nos descubrirá y ambos estaremos metidos en un gran problema. Vamos a tener que buscar otra forma de vernos.

Su sonrisa juguetona desaparece y suspira, pinzándose el puente de la nariz.

—Marchémonos juntos —dice sorprendiéndome.

—¡¿Qué?!

—Ya me has escuchado. Después del golpe, larguémonos tú y yo. No tendremos que volver a preocuparnos por lo que piense tu padre.

—Nick, ¡¿te has vuelto loco?! —exclamo, poniéndome en pie para quedar a su altura—. No podemos hacer eso.

—¿Por qué?

—Para empezar porque soy menor de edad. Podrías ir a la cárcel por corrupción de menores, incluso hasta secuestro.

—Pequeña, lo bueno de tener un padre delincuente es que no va a llamar a la Policía si te fugas con su socio. —Vuelve a sonreír, pero a mí no me hace ninguna gracia.

—Te matará —afirmo.

—¿Darren Kennedy? —Suelta una carcajada—. Es el ladrón más perspicaz y brillante que jamás conoceré, pero incapaz de matar a una mosca. Lo suyo es usar el cerebro, no los puños.

—Soy su única hija. Créeme, por mí, para protegerme, sería capaz de cualquier cosa.

—Muy bien. Entonces, ¿qué sugieres? Tarde o temprano nos descubrirá. ¿Dejamos de vernos? ¿Es eso lo que quieres?

—¡¿Qué?! ¡No, claro que no! —Un nudo de angustia se instala en mi garganta con la simple idea de no volver a estar con Nick. Es el amor de mi vida, el hombre con el que pienso pasar el resto de mis días—. Después del golpe hablaré con papá. Tendrá que aceptar lo nuestro.

—Reese, ¿hablas en serio? —Exhala con fuerza y vuelve a sujetarme por la barbilla—. Tienes dieciséis años y yo te doblo la edad, además de haber estado presente en tu vida desde que eras una mocosa. No hay forma humana en la que Darren pueda comprender que su mejor amigo se esté follando a su hija adolescente.

—Buscaré la manera —murmuro, agachando la mirada.

Enseguida noto como Nick rodea mi cintura con los brazos y me atrae hacia su cuerpo.

—Está bien. No quiero que te pongas triste por esto. Después del golpe volveremos a hablar y encontraremos una solución, ¿de acuerdo? —Asiento y él sonríe mientras desliza la mano por mi costado—. Bien. Ahora sé una buena chica y deja que te bese.

Asiento, y en cuanto sus labios hacen contacto con los míos noto como todo mi cuerpo se enciende. Sé que voy a hacer sufrir a papá cuando se entere de lo nuestro, pero tampoco puedo evitarlo. Nick es mayor que yo, ¿y qué? Al amor no se le pueden poner barreras de edad. Lo que de verdad importa es lo que ambos sentimos. Lograremos seguir juntos, estoy convencida de ello.

***

Escucho como papá me llama desde la planta baja y salgo de la habitación a toda prisa. En cuanto me asomo a la escalera, lo veo de pie junto a la puerta, Nick está con él y también otros tres hombres

que no conozco. Supongo que serán los que faltaban para completar el equipo para llevar a cabo el golpe.

—Reese, ven aquí un momento —pide papá, aunque por su tono sé que es más bien una orden.

Asiento y desciendo las escaleras casi a la carrera. La personalidad cariñosa y afable de papá desaparece cuando alguno de sus compañeros está delante. Aparte de Nick y de mí, nadie lo conoce de verdad. Todos piensan que Darren Kennedy es un hombre duro e intransigente, capaz de llevarse por delante a cualquiera que intente joderlo.

—¿Qué ocurre? —pregunto cuando llego abajo.

—Este es Chuck. —Señala a un chico alto y delgado que rondará la treintena. Asiento en su dirección y él frunce el ceño—. Ellos Billy y Keaton. —Giro la cabeza hacia los otros dos. Billy es algo más joven, con el pelo castaño y varios tatuajes que asoman bajo el cuello de su camiseta. Keaton tiene una cicatriz en la mejilla que va desde el borde del ojo izquierdo hasta la comisura de la boca. Me saluda con una sonrisa ladeada y sorbe los mocos por la nariz. No lo conozco, pero ya no me gusta—. Ellos van a acompañarnos mañana.

—¿Mañana? —susurro.

Empiezo a unir las piezas en mi cabeza. Hace ya más de una semana desde la conversación que tuvimos en el garaje. Papá y Nick han estado trabajando en mi idea, pero no creí que fuéramos a llevar a cabo el golpe tan pronto.

—Sí, salimos en cuanto anochezca.

—Espera —el tal Chuck intercede alzando una mano—. ¿Ella es nuestro sexto hombre? —Me señala a mí y mi padre frunce el ceño.

—Reese es mi hija —aclara.

—Sí, eso está bien, pero es una cría. No voy a poner mi vida y la de mis hombres en manos de una niña.

—Cuidado con tus palabras —sisea Nick a modo de advertencia.

Puede que mi padre no sea muy dado a usar los puños, pero estoy segura de que Nick no tendría ningún problema en romperle la

cara a cualquiera que tuviese el mal gusto de meterse conmigo.

—Tranquilo, amigo. No pretendo ofender a nadie. —Chuck esboza una falsa sonrisa—. Solo quiero estar seguro de que no voy a pasar el resto de mi vida encerrado en una celda.

—Reese es más capaz y útil que la mayoría de los tipos como tú —gruñe papá, atrayendo la atención de los tres forasteros—. Y créeme, he trabajado con muchos de esos.

—Bien, en ese caso… —Chuck retrocede un paso a modo de disculpa y sus amigos asienten de acuerdo.

—Nos vemos mañana por la tarde para cargar las herramientas en la furgoneta y repasar el plan una última vez. ¿Entendido?

Los tres cabecean de manera afirmativa y, tras unas cuantas indicaciones más por parte de mi padre, se marchan. Papá se gira hacia Nick resoplando.

—Son buenos en lo que hacen —dice Nick antes de que mi padre pueda recriminarle nada.

—¡¿De dónde demonios los has sacado?! Te dije que buscaras a tres tipos con experiencia y me traes a unos idiotas descerebrados que parecen asesinos a sueldo.

—Tienen experiencia, Darren. Te aseguro que son muy buenos.

—Vas a encargarte de tenerlos vigilados, y no los quiero cerca de mi hija.

Nick me mira a mí de reojo y exhala con fuerza.

—Tal vez Reese no deba acompañarnos esta vez. —Sus palabras caen sobre mí como una jarra de agua helada.

¡¿En serio acaba de decir que no quiere que yo los acompañe?! ¡¿Por qué?! Trago saliva con fuerza y contengo las lágrimas. El muy cabrón ni siquiera me mira. Su traición es más dolorosa de lo que jamás podría haber imaginado.

—¿A qué te refieres? —Papá nos mira a ambos con gesto de confusión—. Es la mejor. La necesito para abrir la caja de seguridad.

—Puedo encontrar a alguien más que te ayude. Solo tendrás que guiarlo y…

—¿Te has vuelto loco? No hay tiempo para adiestrar a alguien nuevo. El plan se llevará a cabo mañana por la noche.

—Este golpe es lo más grande que hemos hecho hasta ahora. Reese es muy joven. Puede convertirse en una carga.

Cada una de sus palabras son como puñales clavándose en el centro de mi pecho. Mi padre le palmea el hombro y niega con la cabeza.

—Tú solo mantén a esos idiotas lejos de mi niña.

En cuanto se marcha, Nick exhala con fuerza y gira la cabeza en mi dirección.

—Cabrón —siseo, dejando que las lágrimas caigan por mis mejillas.

—Pequeña, solo intento protegerte. Es un golpe muy importante, y también peligroso.

—¿Y no crees que yo sea capaz de manejarlo?

—Yo no he dicho eso —susurra. Intenta tocarme, pero me aparto y me seco las mejillas con el dorso de la mano—. Reese, no quiero tener que ir a verte a la cárcel o que tú tengas que hacer lo mismo conmigo. Entiende que no tiene nada que ver con tus capacidades, solo… —Vuelve a bufar y clava su mirada en la mía—. Tengo miedo de perderte. Me aterra pensar que puedas sufrir algún daño.

Alzo la barbilla con determinación y me encojo de hombros. «No permitiré que nadie me diga de lo que soy o no capaz».

—Por suerte, no eres tú quien toma las decisiones aquí. Aunque no te guste, vas a tener que cargar conmigo.

—Reese…

—Por cierto —lo corto—, cuando me meto en tu cama no pareces tener ningún problema con que sea demasiado joven. Tu brújula moral resulta muy curiosa para según qué cosas.

Antes de que pueda decir nada más, doy media vuelta y asciendo las escaleras de dos en dos de regreso a mi dormitorio. Lo escucho llamarme, pero no cedo al impulso de girarme. Me da igual su miedo. Lo que ha hecho hoy no voy a perdonarlo tan fácil. Nick sabe lo importante que es para mí poder participar en este golpe. Llevo adiestrándome para ello durante años.

En cuanto cierro la puerta de mi dormitorio, amortiguo con un cojín un grito de rabia y frustración y me lanzo sobre la cama. Cierro mi puerta con llave antes de acostarme y en mitad de la madrugada, cuando escucho como Nick intenta abrirla, solo me quedo quieta y espero a que se marche. Va a tener que hacer mucho más que colarse en mi cama en mitad de la noche si quiere que lo perdone.

Capítulo 3

Wade

«Cada persona es tentada cuando es arrastrada por su propio mal deseo y seducida. Entonces, después de haber concebido el deseo, da a luz el pecado; y el pecado, una vez desarrollado, da a luz la muerte». «Santiago 1:14-15».

Birmingham, Inglaterra.

Paseo entre las viejas lápidas del cementerio de Brookfields, a solo unos minutos en coche de la casa en la que nací y crecí. Este lugar me trae buenos recuerdos. Cuando era niño solía escaparme para pasar tiempo en soledad. Prefería la compañía de los muertos que la de la única familia que tenía.

Me detengo frente a la misma tumba de siempre y busco la inscripción en la piedra oscura y desgastada por el paso de los años. Solo hay un nombre. Cierro los ojos con fuerza y me acomodo la corbata con gesto tenso.

—Aún no ha llegado tu hora —murmuro para mí.

Retrocedo de espaldas y recorro el sendero que me lleva a la salida en absoluto silencio. Mientras me meto en el coche, me prometo a mí mismo que esta será la última vez que vengo. Hace mucho que este dejó de ser mi hogar, sin embargo, sé que es una promesa que no lograré cumplir. En un par de meses volveré a

cruzar el Atlántico durante más de doce horas de vuelo solo para comprobar si aún hay un solo nombre en la lápida. Se ha convertido en una costumbre que soy incapaz de evitar.

Debería ser sencillo. Mi vida podría ser perfecta. Con tan solo veinticinco años, soy el director y dueño del treinta y tres por ciento de uno de los casinos más grandes y con mayores beneficios anuales de Las Vegas. Sí, es posible que no me haya ganado nada de eso por mí mismo, pero trabajo duro para hacerlo crecer más cada día. Si tan solo pudiese dejar atrás el pasado…

Tras conducir poco más de veinte minutos, dejo el coche estacionado en uno de los aparcamientos de larga estancia del aeropuerto de Birmingham y accedo a la zona de embarque sin equipaje. En el *jet* privado que me llevará de vuelta a la ciudad de Las Vegas tengo todo lo que necesito.

Saludo al piloto de manera escueta antes de acomodarme en uno de los asientos acolchados y aprovecho para responder varios correos y también un par de mensajes de mi hermano. Estoy a punto de guardar el teléfono en el bolsillo interior de mi chaqueta de traje cuando este empieza a vibrar. Es Xander de nuevo. Atiendo la llamada mientras me abrocho el cinturón de seguridad.

—Hola, Xander —saludo.

—¿Hola? Acabamos de hablar por mensaje. Sabes que no siempre tienes que ser tan jodidamente educado, ¿verdad, hermano?

Ignoro su pulla y espero a que la azafata se acerque para ofrecerme una bebida mientras mi hermano sigue parloteando sin parar al otro lado de la línea. No me siento culpable por no prestarle atención, ya que, en realidad, tampoco es que esté diciendo nada importante. Como siempre, solo se mete conmigo y mis modales. Como si tener educación fuese algo malo.

Me aparto un poco el teléfono de la oreja para pedir una botella de agua con gas y trato de no fijarme demasiado en la sonrisa provocativa que me dedica la azafata. No obstante, cuando se gira para marcharse, soy incapaz de evitar echar un vistazo a su trasero.

Mi inspección visual es interrumpida cuando escucho a Xander repetir mi nombre.

—Sigo aquí —digo, retomando la conversación—. ¿Tu llamada tiene otro propósito aparte de burlarte de mí?

—Sí, pero no es tan divertido. —Lo escucho reír y pongo los ojos en blanco.

—Ve al grano. Tengo cosas que hacer.

—Es posible que haya encontrado un buen lugar para tu nuevo proyecto.

—¿Dónde? —pregunto, y observo como la azafata regresa con mi bebida.

—California. Es enorme y apartado. He agendado una cita con el dueño para mañana. ¿Crees que llegarás a tiempo?

La chica llega a mi lado y se inclina para dejar la botella de cristal y un vaso sobre la mesa. No me pasa desapercibida la forma en la que se estira para darme un buen vistazo de su escote, incluso alcanzo a ver parte de su ropa interior.

—Estaré ahí en doce horas —afirmo—. ¿Todo bien en el casino?

—Todo en orden. Lo mismos pequeños problemas de siempre, algún tramposo, un par de borrachos y poco más. ¿Quieres que envíe a alguien a buscarte al aeropuerto?

—No, llegaré por mi cuenta —respondo sin apartar la mirada de la chica que se endereza con lentitud y esboza de nuevo esa sonrisa provocativa—. ¿Y Ren?

—Ese es otro tema del que tenemos que hablar. Le está haciendo la vida imposible a su cuidadora.

—Lo discutiremos cuando llegue. Tengo que colgar. Adiós —espero a que Xander se despida para terminar la llamada y miro fijamente a la chica que tengo delante de mí. Rubia, alta, piernas interminables y visiblemente receptiva.

Mi polla se endurece al instante e inspiro hondo por la nariz. «No debes caer en la tentación, Wade. La tentación lleva al pecado y el

pecado a la perdición». Sacudo la cabeza despacio para apagar la voz y exhalo.

—¿Puedo hacer algo más por usted, señor Sutton? —pregunta la azafata con un pestañeo que, de no ser por lo cachondo que estoy, resultaría patético.

—Puedes quitarte las bragas y sentarte sobre mi polla. —La chica me mira sorprendida—. Lo estoy pidiendo con educación, pero si tardas más de diez segundos, tomaré lo que se me ha ofrecido y te advierto que no seré gentil. —Tras un par de segundos en los que creo que ni siquiera respira, estira las manos con intención de tocarme. Me aparto y le lanzo una mirada de advertencia—. No he dicho que puedas tocarme. Solo quítate las putas bragas de una vez o yo mismo te las arrancaré.

Capítulo 4

Reese

Todo va tal como lo planeamos. Hace ya unos minutos que entramos en el casino. Los rehenes y el personal interno están siendo controlados por Chuck y Nick. Keaton nos espera en la furgoneta justo frente a la puerta principal, que está siendo custodiada por Billy.

—Voy a sustituir a Nick para que pueda venir a abrir la cerradura electrónica —dice papá tras dejar las herramientas en el suelo junto a la puerta de la sala donde se encuentra la caja de seguridad a la que queremos acceder. Su voz suena amortiguada por el pasamontañas con el que está cubriendo su rostro, al igual que todos los demás—. Ve preparándolo todo. No podemos perder el tiempo.

Asiento, y en cuanto se marcha me pongo manos a la obra. Saco las herramientas de sus cajas y las ensamblo con rapidez. Cuando llega Nick, ya solo me queda conectar la bombona de oxígeno a la lanza térmica.

—El cuadro está ahí —digo, señalando con la barbilla el teclado numérico que hay a un lado de la puerta.

—Lo sé. He estudiado el plan, ¿recuerdas?

Lo ignoro, y tras terminar con la lanza, me la cuelgo del hombro y espero a que él termine con la cerradura. A mí se me da medianamente bien la electrónica, pero Nick es un jodido genio en ese campo. Todo lo que lleve cables, electricidad o esté conectado a

un ordenador se convierte en un reto para él. Papá y yo preferimos los trabajos mecánicos. Con un poco de fuerza y la suficiente destreza no hay caja de seguridad que se nos resista.

El teclado emite un pitido y escucho el característico clic de la puerta al abrirse. Estoy a punto de adentrarme en la sala cuando noto la mano de Nick en mi antebrazo. Me detengo y me giro a medias para mirarlo.

—¿Qué ocurre? —inquiero alertada.

—Anoche fui a tu habitación a disculparme.

Suspiro aliviada. Por un momento creí que algo andaba mal.

—Lo sé. No quise abrir la puerta.

—¿Vas a estar enfadada conmigo el resto de tu vida? Solo intentaba protegerte, pequeña. ¿No puedes entender…?

—Nick —siseo cortándolo—, no es el momento ni el lugar para hablar de esto. Por si no te has dado cuenta, estamos en mitad de un jodido golpe. Regresa al salón principal para que mi padre pueda abrir la caja de seguridad y nos marchemos de aquí. —Parece querer decir algo más, pero tras resoplar, suelta mi brazo y se marcha a toda prisa.

Intento ignorar todos los problemas con Nick y me adentro en la sala, que no es más que una especie de oficina con un escritorio, un par de sillas y al fondo lo que nos ha traído aquí. En las películas nos hacen creer que las cajas de seguridad son enormes, pero en realidad, para un casino de estas dimensiones, sin hotel ni nada más que un par de salones de juego de cartas y treinta máquinas de azar, con una caja de menos de un metro de alto y sesenta centímetros de ancho es más que suficiente.

—Ya estoy de vuelta. ¿Cómo las ves? —pregunta papá nada más entrar en la sala.

—Parece robusta. Por la marca y modelo creo que lleva unos veinte milímetros de acero en la puerta y diez en los laterales, puede que esté reforzada con hormigón armado.

—¿Sistema de bloqueo?

La observo con atención. Sobre la puerta hay un teclado numérico que parece bastante anticuado.

—Es poco probable.

Papá me mira frunciendo el ceño mientras se coloca los guantes y la máscara de protección.

—Esa respuesta no me sirve, Reese.

Me muerdo el labio inferior mientras repaso en mi mente todas las fichas técnicas de cajas de seguridad que papá me ha hecho estudiar a lo largo de los años. Cada poco tiempo las empresas que las fabrican van implementando nuevos sistemas antirrobo. Si conoces el año de fabricación de la caja es sencillo saber cómo abrirla. Apuesto a que papá lo sabe, pero no pierde ninguna oportunidad para darme una nueva lección. Eso no es algo que me moleste. Al contrario, me gusta que me ponga a prueba, es la mejor forma de aprender.

—Tiene sistema de bloqueo por impacto —digo con seguridad. Espero estar en lo correcto.

—Muy bien, Reeree. —Estira la mano y acaricia con cuidado la superficie superior de la caja—. Por eso vamos a tratarla con mucho cariño. Nada de taladros ni golpes. Solo lanza térmica.

Asiento y espero a que la coja para encenderla. Enseguida retrocedo todo lo que puedo y me cubro el rostro para que las chispas no me alcancen los ojos. Papá tarda varios minutos en crear un agujero cuadrado alrededor de la cerradura. Apaga la lanza y vuelvo a acercarme con las herramientas en la mano. Se las tiendo, pero tras quitarse la máscara de seguridad, se hace a un lado y señala con la barbilla el lugar que estaba ocupando antes.

—¿Estás seguro?

—Vas a hacerlo bien, cielo. Solo pídele con cariño que se abra para ti, y esa belleza lo hará encantada.

Sonrío y niego con la cabeza. Dudo que exista alguien en el mundo que ame y respete tanto su trabajo como mi padre. Para él, los robos no son solo algo que hace para ganar dinero. Disfruta con

ello, es feliz planeando cada detalle de un golpe y abriendo cajas de seguridad, casi tanto como lo es un músico componiendo una melodía o un pintor creando una obra de arte sobre un lienzo.

Tras un par de minutos forcejeando con el mecanismo de cierre, al fin logro abrir la puerta y hago un gesto de victoria con el puño. Papá enseguida se acerca con las bolsas de lona y empezamos a cargarlas de billetes.

—Está a rebosar —murmuro mientras empujo todo el dinero al interior de la bolsa.

—Sí, hay mucho más de lo que esperaba. Nos esperan unas largas vacaciones después de esto. —Río y papá me guiña un ojo divertido.

Terminamos de guardar todo el dinero y enseguida salimos de la sala. No nos molestamos en recoger las herramientas. Con lo que llevamos encima podemos comprar nuevas y mucho mejores que las que dejamos atrás. Al llegar al salón principal escuchamos como Keaton habla a voces con algunos rehenes, los está amenazando para que sigan tumbados en el suelo sin levantar las cabezas.

—¡Nos vamos! —exclamo, pasando a su lado.

—¿Tenéis el dinero? —pregunta Billy desde la puerta.

Asiento y puedo intuir como Chuck sonríe bajo el pasamontañas.

—Dame la bolsa, niña. Yo te ayudo con eso. —Intenta quitármela, pero me aparto y lo fulmino con la mirada. Ese no era el plan. Papá y yo llevamos el dinero a la furgoneta y, cuando estemos en un lugar seguro, lo repartimos—. Te he dicho que me la des. ¿Estás sorda?

—¡Eh! Este no es el momento —le advierte Nick.

Noto como Chuck está a punto de replicar, pero se queda callado en cuanto se escuchan las primeras sirenas.

—¡La Policía, joder! —grita Billy—. ¡Hay que largarse ya!

Papá tira de mi mano hacia la puerta, sin embargo, soy arrastrada en dirección opuesta por Chuck, que me sujeta por el asa de la bolsa.

—¡Esto lo llevo yo!

—Suéltame —siseo entre dientes—. Ese no es el plan.

—Bueno, creo que el plan acaba de cambiar. Dame la puta bolsa. —Levanta la otra mano, donde empuña una pistola, y apunta a la cabeza a mi padre, que ya estaba yendo hacia él—. Cuidado, viejo. Un paso más y le abro un agujero en la frente a tu retoño. —Me apunta a mí. Contengo la respiración y busco la ayuda de Nick con la mirada.

—Dásela, Reese —susurra.

Las sirenas comienzan a sonar aún más cerca y Billy grita de nuevo que tenemos que salir cuanto antes.

—Hazlo —me ordena papá.

—La tuya también. —Chuck hace un gesto con la barbilla y mi padre lanza la bolsa a sus pies de inmediato.

—Llévatelo todo, pero aparta esa pistola de mi hija.

—¡¿Qué demonios estás haciendo?! —grita Nick, enfrentándose a Chuck.

—Sigo tus órdenes, amigo. Bueno, lo hago a mi manera, pero el resultado va a ser el mismo. —Puedo ver una especie de brillo maléfico en sus ojos justo antes de apartar el cañón de mi sien y moverlo en dirección a mi padre. Escucho la detonación y doy un pequeño brinco, cerrando los ojos—. Mi parte la he cumplido. El viejo está muerto. Siento tener que llevarme todo el dinero, pero ya sabes lo que dicen: Quién traiciona a un traidor…

—¡Hijo de puta! —Nick intenta abalanzarse sobre él, pero recibe un golpe en el rostro que lo lanza al suelo.

Yo no puedo moverme. Estoy completamente paralizada. Tampoco quiero hacerlo porque sé lo que me voy a encontrar si miro a mi izquierda. «El viejo está muerto». Papá…

Capítulo 5

Reese

Noto como alguien tira de mi brazo y al fin logro reaccionar. Ya no siento el peso de la bolsa sobre mi hombro y Chuck se ha ido. Me atrevo a mirar de reojo hacia el suelo, justo a mi lado, y la imagen de mi padre tumbado bocarriba con los ojos abiertos y un agujero sangrante en la frente me roba todo el aire de los pulmones.

—No, no, no… —Me arrodillo a su lado y toco su rostro—. ¡Papá! ¡Papá!

—Reese, está muerto. Tenemos que salir de aquí. —Nick vuelve a tirar de mi brazo, pero no me levanto.

¿Cómo demonios ha pasado esto? Papá, él está... está… Sorbo por la nariz y soy consciente de que tengo las mejillas empapadas. Vuelvo a notar la mano de Nick intentando ponerme en pie y de pronto todas las piezas encajan. «Sigo tus órdenes, amigo». «Mi parte la he cumplido». «El viejo está muerto». «Quien traiciona a un traidor…». Nick es el traidor. Él lo planeo todo con Chuck. Alzo la cabeza de golpe y clavo mi mirada en la suya.

—¿Tú has hecho esto? —pregunto en un tono de voz tan rasgado que no soy capaz de reconocerlo como mío.

—Pequeña, te lo explicaré todo cuando salgamos de aquí. Esos hijos de puta se han largado con el dinero y nos han dejado atrapados. Tenemos que buscar una salida.

Miro de nuevo hacia mi padre. Sigue muerto y un dolor intenso y lacerante se va abriendo paso en el interior de mi pecho. «Papá está muerto. Nick es el culpable».

—¿Por qué? —susurro, negando con la cabeza.

—Reese… —Tira con fuerza de mi brazo y me levanta a la fuerza —. ¡¿No lo entiendes?! Si no nos marchamos ahora mismo, nos meterán en prisión. ¡Muévete! —Niego con la cabeza justo cuando Nick parece notar un movimiento a su espalda, se gira a toda prisa con una pistola en la mano—. ¡Tú! ¡¿Dónde diablos crees que vas?! ¡Al suelo!

Ni siquiera lo pienso. Solo dejo que la ira guíe mis movimientos. Antes de que Nick pueda girarse de nuevo hacia mí, doy un par de pasos hacia el costado, espero a que me mire y golpeo su entrepierna con la rodilla. Mantengo la compostura mientras veo como cae al suelo de rodillas y entonces me agacho para quitarle la pistola de la mano.

—¡Hijo de puta! ¡Tú has hecho esto! ¡Has matado a papá! —grito, apuntándolo.

Con gestos visibles de dolor, alza la cabeza y me mira.

—Reese… —gimotea—. Puedo explicarlo. Era la única manera de que… —Se queda sin aliento y vuelve a soltar un quejido—. Darren jamás nos iba a permitir estar juntos.

—¡Voy a matarte! —siseo entre dientes, pegando la pistola a su frente.

—No lo harás. Eres una buena chica. —Toma una respiración profunda y escuchamos como golpean la puerta principal—. Es la Policía, pequeña. Vienen a por nosotros. Si nos vamos ahora, podemos huir por el conducto de ventilación. Podemos hacerlo, solos tú y yo.

Echo un nuevo vistazo al lugar donde permanece el cuerpo inerte del hombre que me vio nacer, el que siempre tenía la respuesta a todas mis preguntas, el que me enseñó a hablar, a andar, a pensar

por mí misma. Ahora ya no está, por mi culpa, por creer en Nick, por confiar en él.

Un nuevo golpe hace temblar las paredes y Nick se pone en pie con dificultad.

—No vas a ir a ningún lado —siseo con rabia.

—Van a entrar en cualquier momento. Por favor, ven conmigo. —Estira su mano en mi dirección y niego con la cabeza. Nick resopla con fuerza y masculla una maldición—. Si quieres dispararme, vas a tener que hacerlo por la espalda. No voy a ir a la cárcel.

Da media vuelta y empieza a caminar hacia donde sé que está el cuarto de contadores mientras un nuevo golpe impacta en la puerta. Un paso, dos, y antes de que pueda dar un tercero, aprieto el gatillo. Prefiero la cárcel antes que vivir el resto de mi vida sabiendo que el hijo de puta que ha matado a mi padre está ahí fuera, impune y sin pagar por sus actos.

∞∞∞

Un mes después

Nos detenemos frente a una puerta de madera que el tipo que me acompaña no tarda en abrir. Me dijo su nombre, pero no lo recuerdo bien. Era Aaron, Byron, Brandon… Estaba demasiado ocupada intentando buscar una salida de este lugar mientras me guiaba por los interminables pasillos como para prestar atención.

—Este es tu dormitorio. —Doy un paso al interior de la estancia.

No es demasiado grande, sin embargo, no se parece en nada a una celda. Lo observo unos segundos, hay dos camas individuales, una a cada lado de la habitación, dos mesitas de noche, un armario y dos escritorios con sus respectivas sillas, aparte de eso, solo una alfombra sobre el suelo de madera desgastada y una cortina gruesa que cubre lo que parece ser una ventana.

—Perdón, cuidado. Necesito pasar. —Me hago a un lado al escuchar la voz de una chica a mi espalda.

La chica en cuestión resulta ser una pelirroja alta y delgada que pasa junto a mí vestida solo con una toalla alrededor de su cuerpo.

—La exhibicionista es Rose, tu compañera de cuarto —informa el chico.

La tal Rose se deja caer sobre una de las camas y le guiña un ojo.

—¿Te quieres quedar a mirar, Brandon?

Pues era Brandon al final. Niega con la cabeza y le lanza una mirada de advertencia.

—Pórtate bien y ayuda a la nueva a aprenderse las normas.

—Por supuesto, seré un angelito. —Bate las pestañas de manera teatral y sonríe de oreja a oreja.

—Nos vemos en la cena, chicas. —El tal Brandon da media vuelta y se marcha, cerrando la puerta a su espalda.

Ignoro la mirada curiosa de la pelirroja y me dirijo a la ventana. Tras correr la cortina hacia un lado, puedo ver que por la parte exterior está reforzada con rejas, al igual que todas las demás que he visto de camino a este dormitorio. ¡Mierda! Por aquí no voy a poder salir. Además, hay más de quince metros hasta el suelo.

—Kennedy, ¿te llamas así? —Giro la cabeza en dirección a la chica con el ceño fruncido. Está señalando el nombre que tengo en el bolsillo del uniforme gris que me hicieron ponerme nada más llegar —. Supongo que es tu apellido. Por aquí les encanta usar los apellidos, al menos al principio. Después empezarán a llamarte por tu nombre ¿Que es…?

Inspiro hondo por la nariz. No estoy aquí para hacer amigos. Lo único que me importa es buscar una forma de salir, pero tal vez, si logro ganarme la confianza de la pelirroja, ella pueda darme al menos un punto de partida para empezar a buscar una forma de huir.

—Reese —respondo a regañadientes.

—Bienvenida al Centro de Tratamiento de Menores de Nevada, Reese —dice sin perder la sonrisa, y tras ponerse en pie, se quita la toalla y la lanza sobre la cama. Arqueo una ceja confusa. ¿Por qué demonios acaba de desnudarse delante de mí?—. Tranquila, te acostumbrarás a vernos a todas en pelotas por aquí. Las duchas son compartidas. Además, nunca he tenido problemas con enseñar mi cuerpo.

—Ya veo —mascullo.

La pelirroja empieza a vestirse mientras me mira de reojo cada pocos segundos.

—¿Y bien? ¿Qué te trae a este lugar?

—No encontré un sitio más barato para irme de vacaciones —farfullo entre dientes.

La chica suelta una carcajada y, tras terminar de vestirse con un uniforme idéntico al mío, pero con el apellido Keller en el pecho, se peina el cabello anaranjado con los dedos. Yo sigo mirando por la ventana en busca de una salida.

—Entonces, ¿eres de esas?

—¿De cuáles?

—Rebeldes y escapistas. ¿Vas a intentar huir?

Regreso la mirada a su rostro y me encojo de hombros.

—¿Tengo alguna posibilidad de hacerlo?

—Siempre hay posibilidades, pero no te lo recomiendo. Este lugar es una fortaleza. Puede que a simple vista parezca un internado, pero te aseguro que la seguridad es la de una verdadera prisión. Hay rejas en todas las ventanas, las puertas solo se abren de manera remota y, si no sigues las normas, acabarás volviéndote loca en alguna de las celdas de reclusión. —No respondo. Aparte de lo de las celdas, el resto ya lo había deducido por mí misma. La pelirroja, ¿Rose?, vuelve a sentarse al borde de su cama y cruza una pierna sobre la otra—. Las normas las tienes todas en el cartel de la puerta. —Señala el lugar donde está colgado—. Asegúrate de que no te

pillen rompiéndolas y te irá bien. Si necesitas algo, puedes acudir a mí.

—Algo ¿como qué? —inquiero.

—Algo que el centro no pueda proporcionarte. —Se encoge de hombros y vuelve a sonreír—. ¿Cigarrillos?

—No fumo.

—¿Drogas, tal vez? —Niego con la cabeza—. Me tienes intrigada, chica. No veo tatuajes, por lo tanto, dudo que hayas salido de una banda. Tampoco pareces la típica niñata a la que pillaron estrellando el coche de papá estando borracha, no fumas ni consumes drogas. ¿Qué demonios haces aquí, entonces?

Doy un paso en su dirección y me cruzo de brazos.

—Te lo diré si a cambio me das información.

—¿Qué tipo de información?

Me planteo si contarle mis intenciones es o no buena idea. Ni siquiera la conozco, pero necesito ayuda y esta chica parece conocer el funcionamiento del correccional a la perfección.

—El tipo de información que puede ayudarme a escapar de esta mierda de sitio.

Estrecha su mirada sobre mí con curiosidad.

—No lo lograrías. Créeme, muchos lo han intentado.

—Apuesto a que ninguno de ellos tenía mi experiencia. Si me ayudas a salir, te llevaré conmigo.

Rose sacude la cabeza de un lado a otro, sonriendo.

—¿Qué te hace pensar que quiero irme? Estoy bien aquí. Tengo tres comidas diarias, un techo sobre la cabeza y una cama caliente. Esto es lo más cómoda que he estado en toda mi vida.

—¿Cómo dices? Esto es… —Inspiro hondo—. Es una cárcel.

—Una cárcel en la que no tengo que buscarme la vida cada día para sobrevivir. No hay hijos de puta que me obliguen a robar, vender drogas ni acostarme con viejos asquerosos. —Se encoge de

hombros y, aunque sigue sonriendo, se nota que es algo forzado—. Si quieres intentar huir, adelante, pero yo me quedo.

Bufo con fuerza y me pinzo el puente de la nariz.

—No puedo pasar dos años aquí. ¡Me volveré loca, joder! —exclamo.

—Oye, cuando te acostumbras, esto no es tan malo. ¿Tienes a alguien ahí fuera? —Aprieto los labios y niego con la cabeza—. ¿Padre, madre, hermanos? —Vuelvo a negar—. ¿Ningún familiar o amigo?

—Nada —siseo entre dientes.

—Entonces, ¿qué es lo que vas a hacer cuando te marches? ¿Piensas vivir en la calle? Créeme, yo he estado ahí y no es divertido. ¿Van a trasladarte a una prisión cuando seas mayor de edad?

—No, me condenaron a estar en este correccional hasta que cumpla los dieciocho.

—Bueno, pues aprovecha la situación. Estudia algo, haz las cosas bien y cuando salgas podrás empezar de cero. Hay programas de reinserción. Te buscan un trabajo estable, alojamiento y toda esa mierda que te hace un miembro útil para la sociedad. Es mejor eso que mendigar en las calles.

Me muerdo el labio inferior y contengo las lágrimas que pugnan por salir de mis ojos. Echo de menos a papá. Hace solo un mes tenía una vida increíble y ahora estoy encerrada en una especie de prisión con gente a la que no conozco. ¿Cuánto tiempo voy a soportar esto? Supongo que tendré que averiguarlo.

Capítulo 6

Reese

En la actualidad

Aprovecho que el café se está preparando para recoger un poco la sala de estar. Retiro las tres copas de vino que hay sobre la mesa baja, sacudo los cojines apelmazados y cojo varias prendas de ropa del suelo antes de regresar a la cocina. Aún no he terminado de servirme una taza de café cuando escucho como alguien abre la puerta principal. No necesito girarme para saber que es Rose la que acaba de llegar, solo ella tiene llave de mi casa.

—¿Quieres café? —pregunto sin alzar demasiado la voz.

Oigo el característico sonido de sus tacones repiqueteando por el suelo y el olor de su perfume invade toda la estancia.

—Buenos días a ti también. Doble, por favor. —Escucho como arrastra uno de los taburetes altos y toma asiento al otro lado de la barra de desayuno.

Lleno otra taza de café y, cuando me giro, frunzo el ceño al verla vestida de manera elegante y provocativa.

—¿Una noche divertida? —pregunto, y dejo la taza frente a ella.

—Agotadora. —Le da un trago largo y, tras soltar un pequeño suspiro, regresa su mirada a la mía—. No vuelvas a dejar que tenga una cita con tipos que solo conozco a través de una pantalla.

Pongo los ojos en blanco. Desde que salimos del correccional y nos mudamos a Los Ángeles, Rose ha tomado como objetivo buscar una pareja estable. Han pasado nueve años desde ese momento y

aún no lo ha logrado. Tampoco creo que esté buscando en el lugar correcto.

—¿Otro pervertido obsesionado con tus pies? —inquiero.

Asiente y bufa con fuerza, haciendo que varios de sus mechones pelirrojos vuelen.

—Aún no habíamos terminado de cenar y ya estaba pidiéndome que le dejara chuparme los dedos de los pies. —Estoy a punto de escupir el café, pero logro controlarme y me río entre dientes—. ¡Oye! No tiene gracia.

—Baja la voz —susurro, poniendo el dedo índice sobre mis labios.

—¿Por qué?

Antes de que pueda responder, escucho los pasos de alguien acercándose. Rose echa un vistazo sobre mi hombro y esboza una sonrisa burlona.

—Buenos días —escucho a mi espalda. Me giro y saludo al hombre que acaba de salir de mi habitación en ropa interior.

¡Mierda! No recuerdo su nombre. ¿Josh? Eso es.

—Buenos días, Josh —contesto.

El chico entrecierra sus ojos azules y cabecea de un lado a otro.

—Soy Mike —me corrige.

Le lanzo una mirada de disculpa justo cuando otro cuerpo semidesnudo aparece por detrás de él.

—Yo soy Josh —informa el recién llegado.

—¡¿En serio?! ¡¿Dos?! —Hago una mueca con los labios y regreso la atención a mi mejor amiga, que me mira con gesto de indignación —. Chica, deja algo para las demás.

—Rose —siseo en tono de advertencia.

Josh y Mike ríen bajito y este último se acerca más a mí.

—Enseguida nos vamos. A no ser que quieras invitarnos a desayunar.

¿Desayunar? ¡Joder, no! Parece notar en mi expresión que no me agrada la idea, ya que enseguida retrocede un par de pasos. Carraspeo y esbozo una falsa sonrisa.

—Invito al taxi. Ya si eso el desayuno os lo tomáis en otro lado.

Por suerte, ninguno de los dos insiste y apenas tardan unos minutos en vestirse, recoger sus cosas y marcharse de mi casa. No mencionan que no tienen mi número de teléfono para volver a quedar, saben que es algo que no sucederá.

En cuanto escuchamos que la puerta principal se cierra, me enfrento a la mirada divertida de Rose.

—Sabes que ser un poco más cariñosa con tus conquistas no es un delito, ¿verdad?

Ruedo los ojos y termino de beber mi café en un par de tragos antes de dejar la taza en el fregadero.

—No son conquistas. Solo…

—¿Amantes ocasionales? —me corta.

—Llámalos como quieras. Pasamos una buena noche, pero ya es de día, ¿no? Cada uno a su casa y, si quieren comer, que los alimenten sus mamás.

—Reese, con esa actitud nunca vas a encontrar pareja —dice, cruzándose de brazos.

Arqueo una ceja divertida e imito su postura.

—¿Qué te hace pensar que la busco? Además, no vengas a darme sermones sobre relaciones afectivas. Tú sales con pervertidos que se pajean viéndote por esa jodida aplicación.

—Esa aplicación es la que paga mis facturas —replica, frunciendo el ceño.

—¿En serio crees que vas a encontrar al amor de tu vida en uno de tus suscriptores? ¡Por Dios santo, Rose! Ve a un bar, habla con algún tipo guapo y llévatelo a casa, es más seguro que salir con esos fetichistas de mierda.

—¡Oye! Relájate. ¿No deberías estar de buen humor después de pasar la noche con esos dos hombretones?

Niego con la cabeza, dándola por imposible. Nunca estoy de buen humor por las mañanas, eso ya debería saberlo.

—Hablo en serio. Algún día, uno de esos tipos que viven obsesionados contigo va a hacerte daño. Te expones demasiado.

—Pagan bien —dice, encogiéndose de hombros, como si el hecho de salir con unos degenerados a cambio de dinero fuese algo de lo más normal.

—Eso se llama prostitución. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Eh! Solo voy a cenar o a bailar con ellos. Me pagan por mi compañía, no por sexo. —Entorno los ojos y ella bufa con fuerza—. Vale, en alguna ocasión me he acostado con un suscriptor, pero solo porque yo lo he decidido así. No me culpes, sigo buscando a mi príncipe azul y solo encuentro sapos chupadores de pies.

Si no estuviese segura de que lo dice en serio, me estaría riendo a carcajadas. Puede que Rose sea impulsiva, temeraria, demasiado lanzada y sí, a veces no mide las consecuencias de sus actos, sobre todo, cuando se trata de ganar dinero, pero en el fondo es una romántica. Cree en el amor verdadero, el matrimonio y todas esas mierdas. Ansía crear la familia que ella jamás pudo tener. Eso es algo que no tardé en darme cuenta cuando nos hicimos amigas.

Exhalo con fuerza y me inclino sobre la barra de desayuno para cogerle las manos.

—Cielo, debes tener cuidado. Puede ser peligroso. La mayoría de esos tipos están locos. Si quieres buscar otro trabajo, saber que puedes quedarte conmigo mientras…

—No —me corta antes de que pueda terminar la frase—. Me gusta mi trabajo. Además, es lo único que sé hacer. —Inspira hondo y enseguida recompone su máscara de indiferencia—. Tú tienes un cerebro privilegiado para burlar sistemas de seguridad y yo esto. —Señala su cuerpo, enfundado en un vestido corto y ajustado—. Cada una explota sus habilidades de la mejor manera.

Me enderezo, negando con la cabeza. Sé que no hay nada que pueda decir o hacer que haga cambiar la manera en la que se ve a sí misma. A pesar de su pose de mujer fatal y la forma en la que usa su atractivo para ganarse la vida, Rose es una de las personas con más baja autoestima que he conocido nunca.

—Tengo que irme —digo tras echar un vistazo a mi reloj de muñeca.

—¿Trabajo? —Asiento, y espero a que termine de tomar su café para retirar la taza—. ¿Sector público o privado?

—Público —respondo, y hago una mueca con los labios.

—Buena suerte con eso. —Se baja del taburete y se ajusta el vestido y el pelo.

Normalmente disfruto de mi trabajo. Me contratan como consejera o asesora en distintas empresas de seguridad, incluso he llegado a reunirme con varios proveedores y fabricantes de sistemas de vigilancia y cajas fuertes. Mi empleo no fue algo casual. Todo empezó antes siquiera de que abandonara el correccional. Un día aparecieron por allí un par de policías haciendo preguntas. Mi padre tenía una reputación, y como yo trabajé con él durante años, pensaron que podrían usarme en sus operaciones. Accedí a ayudarlos, y tras cumplir la mayoría de edad y mudarme a Los Ángeles, decidí hacer de mi vocación una fuente de ingresos. No obstante, de vez en cuando aún sigo colaborando con la Policía. No me pagan, pero sí me deben favores y eso es algo que algún día puedo usar en mi beneficio.

—¿Quieres que te lleve a algún lado? —pregunto tras coger un casco y colgármelo del brazo.

—No en ese cacharro. Pediré un taxi. —Se muerde el labio inferior —. Por cierto, no he venido hasta aquí solo para que me invites a un café. Necesito un favor.

Me pongo la chaqueta de cuero sobre mi camiseta de tirantes y busco las llaves de mi motocicleta en uno de los cajones del mueble de la sala de estar.

—Claro. ¿En qué puedo ayudarte?

—El viernes debo irme de la ciudad. Estaré fuera una semana.

Me giro de golpe, frunciendo el ceño.

—¿Otra vez? —Asiente—. Dime que no vas a quedarte en algún lugar remoto con uno de esos *chupapies*.

—No, nada eso. Una campaña con un patrocinador —explica, encogiéndose de hombros. Arqueo una ceja, interrogante. No me lo trago—. Es verdad.

—Resulta curioso que tus campañas sean siempre con seis meses de diferencia. ¿En qué andas metida, Rose?

—Nada —responde con gesto hastiado—. Solo… ¿puedes cuidar de Jordan en mi ausencia? Con ir a darle de comer dos o tres veces será suficiente.

—Sí, claro. ¿Estás segura de que no estás metida en nada raro? —Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza, aunque no parece que esté siendo sincera.

Conozco a Rose mejor que a mí misma. Convivimos juntas a diario en el correccional y desde entonces seguimos siendo las mejores amigas. Se ha convertido en mi única familia. Sé que me oculta algo, pero también que, si sigo insistiendo en que me lo cuente, solo lograré que se encierre aún más en sí misma.

Capítulo 7

Reese

Entro en la casa de Rose con mi propia llave y me dirijo al terrario, donde se encuentra Jordan, una boa constrictor de casi dos metros de longitud. Solo a mi amiga se le ocurre llamar a su mascota igual que un actor famoso de Hollywood, Jordan Devlin. Mientras observo como el bicho devora un pequeño ratón, me llevo el teléfono a la oreja y vuelvo a llamarla. No da señal. Se supone que solo iba a estar fuera una semana y ya han pasado casi seis meses. No contesta a mis llamadas ni mensajes, y tampoco ha estado usando sus tarjetas.

Entré a su correo y a su cuenta bancaria un par de semanas después de su desaparición, cuando la falta de noticias suyas empezó a preocuparme. No hay ni rastro de ella, es como si se la hubiese tragado la tierra.

Bufo con fuerza y marco el número del inspector Ellis, un policía con el que he colaborado en varias ocasiones. Se supone que la están buscando, pero al igual que yo, no tienen ni idea de dónde puede estar. Apenas hablamos un par de segundos, ya que se ofrece a acercarse al apartamento de Rose para que podamos conversar cara a cara.

En menos de media hora, toca a la puerta y me acerco para abrirla. Su gesto serio no augura nada bueno.

—¿Qué ocurre? ¿La habéis encontrado? —pregunto preocupada mientras nos dirigimos a la sala de estar.

—No. Toma asiento, Reese —me pide.

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—Prefiero estar de pie. ¿Qué está pasando, Ellis?

El hombre, de mediana edad, suspira mientras me mira entre sus tupidas cejas oscuras.

—He intentado que mantengan abierta la línea de investigación, sin embargo…

—¡¿Van a dejar de buscar a Rose?! —exclamo interrumpiéndolo.

—No exactamente, pero hace más de cinco meses que está desaparecida. No hay constancia de que haya cogido algún vuelo o cualquier otro transporte público. El departamento de personas desaparecidas hace lo que puede, pero ahora mismo estamos en un punto muerto. No hay ni rastro de ella.

—¿Y la aplicación? Puede que alguno de sus suscriptores esté detrás de todo esto. Os di acceso a su cuenta.

—Lo hemos investigado y no hay nada en los mensajes privados. Las identidades de los suscriptores son privadas y la empresa se niega a darnos información. Hemos solicitado una orden judicial, pero con estas plataformas *online* que ni siquiera se rigen por las leyes de nuestro país, lo más probable es que tarden años en darnos acceso a las fichas personales de sus usuarios. No sacaremos nada de ahí a corto plazo.

—Entonces, ¿lo dejáis y ya está? Una chica desparece de la noche a la mañana y no hacéis nada.

—Trabajamos con todas las herramientas que están a nuestro alcance, Reese. —Exhala con fuerza y niega con la cabeza—. Tú misma lo dijiste en tu declaración. Rose se arriesgaba demasiado al salir con esos tipos. ¿Sabes cuántas denuncias por desaparición recibimos en situaciones similares a la suya? Son cientos. Ahora mismo no podemos hacer más que esperar.

—Esperar —repito—. ¡¿A que aparezca su cadáver?! Es eso lo que estás insinuando, ¿no?

—Entiendo tu enfado, pero…

—¡No entiendes una mierda! —siseo entre dientes—. ¡Siempre os he ayudado sin pedir nada a cambio, ahora solo quiero que hagáis vuestro maldito trabajo y encontréis a Rose, maldición!

Inspira hondo y vuelve a negar con la cabeza.

—Lo siento mucho. La investigación seguirá abierta, pero no podemos hacer nada hasta que aparezcan nuevas pistas.

—Lárgate de aquí —ordeno con los puños apretados—. Yo misma la encontraré.

—Reese, no hagas ninguna tontería. Puede ser peligroso para ti.

—¡Fuera, joder! —vocifero.

Casi lo empujo hasta la puerta, y en cuanto sale, la cierro con fuerza y regreso al interior del apartamento. ¿Cómo es posible que se den por vencidos tan pronto? Para ellos, Rose solo es una cifra más en una larga lista de desaparecidos. Sin embargo, para mí lo es todo. Mi única familia, todo lo que me queda, y estoy dispuesta a ir al mismísimo infierno para traerla de vuelta si es necesario.

En poco más de media hora logro desmantelar todo el apartamento. La Policía lo ha registrado tres veces, pero tiene que haber algo que me lleve a su paradero. Se supone que esa semana estaría fuera para una campaña publicitaria. Yo misma hablé con sus dos patrocinadores y no saben nada del asunto. Entonces, ¿a dónde demonios fue Rose? ¿Con quién se iba a encontrar? ¿Alguno de sus suscriptores, tal vez? Si es así, ¿por qué no me lo dijo?

Arrastro muebles, levanto la cama y hasta desmonto la cisterna del baño antes de regresar de nuevo a su dormitorio. Abro los cajones de la mesita de noche y rebusco en uno de ellos. Sé que es inútil, aquí no hay nada, pero si me detengo ahora me derrumbaré, y aún no estoy preparada para eso. Encuentro un reloj, varios mecheros, gomas del pelo y un puñado de tarjetas de visita apiladas que ya he revisado antes. Saco mi teléfono del bolsillo y, tras encender la linterna, lo introduzco en el cajón para poder ver el fondo. Estoy a punto de agacharme para mirar cuando la pantalla se ilumina con una notificación entrante.

«ETIQUETA NFC DETECTADA».

Frunzo el ceño confusa, pero enseguida soy consciente de que una de las tarjetas de visita tiene oculta una etiqueta NFC. Descarto la notificación y, tras sacar las tarjetas del cajón, voy acercándolas una a una al teléfono hasta que la pantalla se ilumina de nuevo. Tanteo la tarjeta en mi mano, es metálica de color negro y con el dibujo de un escorpión en plateado. No hay nombre ni dirección. La primera vez que la vi di por hecho que era alguna entrada Vip para uno de los clubes nocturnos exclusivos que Rose suele frecuentar. Dejo la tarjeta sobre la cama y presiono la pantalla justo encima de la notificación. Soy redirigida a una especie de página web muy extraña.

La pantalla está toda en negro, a excepción del dibujo de un escorpión y un espacio en el que se solicita una contraseña. Tardo solo unos segundos en teclear la palabra «Devlin». Es su contraseña para todo. En serio, la obsesión de mi amiga con Jordan Devlin es algo que supera lo normal. Enseguida me da acceso a lo que sea que esté entrando y observo la pantalla con atención.

Bienvenida R.K.

Próxima cacería en 03 Días. ¿Quieres participar?

Hay dos casillas, una con un «Sí» y otra con «No».

—¿Cacería? ¿Qué mierda es esto? —murmuro para mí.

Tras pensarlo unos segundos, acepto y la imagen que aparece en la pantalla me deja aún más confusa si es posible.

Elige el color de tu pulsera.

Hay tres opciones: Amarillo, naranja y rojo.

«¿Color de pulsera?». Pongo los ojos en blanco. Lo más probable es que esté entrando en una jodida tienda de complementos. Una muy rara, eso sí. Presiono un color al azar y salta un nuevo mensaje.

Has elegido la pulsera naranja. Recibirás instrucciones en las próximas horas.

Bienvenida a la Cacería.

La página se cierra de golpe y por más que lo intento no logro volver a acceder a ella. Tras varios minutos, hago a un lado el teléfono y exhalo con fuerza. ¿Recibiré instrucciones? ¿Qué tipo de instrucciones y para qué? «Bienvenida a la Cacería». ¿Desde cuándo a Rose le gusta ir de caza? Eso no tiene sentido. Adora a los animales. Cuando estábamos en el reformatorio, una vez lloró al ver como unas cuantas chicas pateaban a una rata que apareció por el patio. El único motivo por el que alimenta a su mascota con roedores es porque, de no hacerlo, el pobre Jordan moriría de inanición.

Decido dejar de pensar en ello y sigo revolviendo el apartamento, aunque mantengo cerca mi teléfono por si en algún momento llegan esas instrucciones. Aunque es posible que el número que esté registrado en esa página tan extraña sea el de Rose. En ese caso, no habrá servido de nada todo lo de la tarjeta.

Cuando ya estoy agotada y sudorosa por pasar varias horas levantando lamas de madera del suelo de la sala de estar en busca de alguna pista, escucho como alguien toca a la puerta. Por un instante me quedo paralizada. ¿Quién puede ser? «Rose». No, ella tiene la llave, pero es posible que la haya perdido o… Pierdo el hilo de mis pensamientos al ponerme en pie a toda prisa. Corro hacia a la puerta y la abro de un tirón. Aún sin aliento, observo al chico que está en el rellano con una caja negra entre sus manos.

—¿Es usted R.K.?

—¿Cómo? —pregunto tras tragar saliva con fuerza.

—Busco a alguien llamado R.K. ¿Es usted? —El muchacho, que no creo que tenga más de veinte años, me mira frunciendo el ceño.

«Bienvenida R.K.». Eso era lo que ponía en la página rara nada más acceder a ella con la contraseña. Carraspeo y me acomodo un par de mechones de pelo detrás de la oreja.

—Sí, soy yo —afirmo.

—Necesito una identificación, señorita.

Sonrío con suficiencia, y tras sacar mi carnet de conducir de la cartera, se lo tiendo. Nunca me había alegrado tanto de que mis iniciales y las de Rose sean las mismas. El chico comprueba que coinciden y enseguida me da la caja. Ni siquiera espera por una propina, solo da media vuelta y se marcha sin decir una sola palabra.

Cierro la puerta y me siento en el sofá con la caja sobre mis rodillas. Le quito la tapa y me sorprendo al ver varias prendas oscuras. Saco primero una especie de abrigo impermeable con capucha, después el pantalón con bolsillos laterales y unas botas. Sin embargo, lo que más me llama la atención es una especie de máscara facial negra, es como una mascarilla que va desde la parte alta de la nariz a la barbilla. Al fondo de la caja también hay una pulsera de silicona de color naranja. Empiezo a pensar en la posibilidad de que todo esto solo sea un disfraz para una fiesta temática.

Estoy a punto de dejar la caja sobre la mesa cuando me fijo en que hay algo más en su interior. Parece una especie de tarjeta o postal, por un lado, solo lleva la imagen del escorpión en plateado, del otro hay varias líneas escritas.

Reglas de la Cacería:

1. Jamás reveles tu identidad.

2. Sé consecuente con tu elección de color.

3. No dejes que te atrapen.

Aparte de esas cuatro frases, solo hay una fecha, hora y una dirección que no tardo en localizar a las afueras de la ciudad. Soy muy consciente de que hay algo en todo esto que no huele bien, y tal vez lo más sensato sería acudir a la Policía, sin embargo, ¿qué posibilidades hay de que sigan la pista? Lo más probable es que me ignoren. Cojo la máscara facial y me la pongo. Es de tela elástica y muy ligera. Estoy segura de que la ropa también me sirve. Por suerte, Rose y yo tenemos la misma talla. ¡Mierda! No sé en qué demonios me voy a meter, pero es mi única pista y pienso seguirla.

Capítulo 8

Wade

«Si tu hermano peca contra ti, ve a solas con él y hazle ver su falta. Si te hace caso, has ganado a tu hermano». «Mateo 18:15».

Me estiro los puños de la camisa mientras camino a paso rápido por el oscuro pasillo de un club de mala muerte en West Las Vegas, una de las zonas más conflictivas de la ciudad. Suelo evitar venir por aquí, pero hoy no me ha quedado otra opción.

—Wade, no seas muy duro con él —susurra Xander, apresurándose para alcanzarme.

Nos siguen media docena de hombres que pertenecen a un equipo de seguridad privado que he contratado para venir hasta aquí. Me detengo frente a una puerta cerrada y tomo una respiración profunda.

—¿Es aquí? —Mi hermano hunde los dedos en su cabello castaño oscuro y asiente.

Hago un gesto a uno de los hombres y, tras hacerme a un lado, es él quien abre la puerta de una patada. Escucho como los demás sacan sus armas y dejo que pasen a mi lado. Solo cuando escucho que todo está en orden me adentro en la estancia. El sitio parece una especie de sala de reuniones, con muebles viejos, basura en el suelo y polvo por todos lados. En el centro de la habitación hay una

mesa donde están sentados cinco hombres, uno de ellos es mi hermano pequeño Ren.

—Mierda —masculla en cuanto me ve entrar.

Xander se acerca a él y coloca una mano en su hombro. Puedo notar como se está conteniendo para no liarse a puñetazos con todos los que están en la sala. Xander es bastante temperamental

—Nos vamos. Ahora —ordeno.

Ren fija su mirada en mí. No necesito gritar ni expresar lo que pienso para que sepa que estoy cabreado. Bufa con fuerza y lanza las cartas que tiene en la mano sobre la mesa destartalada.

—Lo siento, chicos, la noche se ha terminado para mí —anuncia, poniéndose en pie.

—¡Eh! ¡De eso nada! —El tipo que está a su lado lo sujeta por el brazo y tira de él para volver a sentarlo—. Vas perdiendo. Hasta que se acabe la partida, de aquí no sale nadie.

Xander va a decir algo, pero lo hago callar con una mirada de advertencia y echo un vistazo a mi reloj de muñeca. Si no acabo con esto ya mismo llegaré tarde, y odio llegar tarde.

—Ren, ponte de pie —ordeno.

Mi hermano pequeño palidece un segundo antes de que el tipo que lo ha amenazado me mire frunciendo el ceño.

—No sé quién demonios eres tú, pero esta es una fiesta privada. Lárgate de aquí por las buenas o…

—Prefiero las malas —digo, dando un par de pasos en su dirección.

Veo como mueve su mano y agarra un cuchillo de caza que tenía sobre la mesa.

—No pareces de por aquí. ¿Sabes con quién estás hablando? —Sonríe, enseñando sus dientes amarillentos, y me contengo para no hacer una mueca de asco.

Pocas cosas me resultan tan repulsivas como una persona que no cuida su higiene dental. ¿Tan difícil es usar un cepillo tres veces al

día? Inspiro hondo por la nariz y vuelvo a echar un vistazo al reloj.

—No me importa quién eres. Solo he venido a buscar a mi hermano y ya llego tarde. Nos vamos, Ren.

—¡Viene a buscar a su hermano! —exclama en tono burlón, y los demás tipos que están alrededor de la mesa ríen a carcajadas—. Tienes una ropa muy bonita y apuesto a que también es cara. Es una pena que vaya a terminar empapada de sangre cuando te arranque las tripas. —Me señala con la punta del cuchillo y vuelve a reír.

Hago un gesto con la barbilla y mis hombres lo apuntan con sus armas.

—No volveré a decirlo. Ren, nos vamos.

—Wade, no deberías hacer ninguna tontería. Estás amenazando a un hombre muy peligroso.

Me encojo de hombros. Si me acobardara cada vez que un supuesto matón me amenaza, no habría llegado donde estoy.

—Está bien, vamos a hacerlo por las buenas —murmuro tras chasquear la lengua contrariado. Quiero terminar con esto de una maldita vez—. ¿Cuánto dinero ha perdido? —pregunto.

—Demasiado —responde el de los dientes amarillos.

—Dame una cifra, y que sea rápido.

Estrecha su mirada sobre mí y vuelve a reír. No parece asustado por la media docena de pistolas que lo apuntan. Ese es el problema con la escoria de esta ciudad, de verdad se creen intocables, pero en realidad no lo son. Estos pseudomafiosos no son más que niños caprichosos y malcriados.

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar para que tu hermanito se vaya sano y salvo? ¿Diez mil? No, espera… Veinte mil. Creo que es un trato justo.

Me ajusto el nudo de la corbata y asiento.

—Bien. Uno de mis hombres te dará el dinero en cuanto nos marchemos.

—¡¿Crees que soy idiota?!

—No sé. ¿Lo eres?

—Acaba de subir a treinta mil. —Vuelve a reír y aprieto los puños con fuerza.

—Son tuyos. —Dirijo la mirada a mi hermano—. Ren, vámonos.

Se pone en pie, y justo cuando el tipo está a punto de volver a agarrarlo, uno de mis hombres le dispara en el hombro. Xander arrastra a Ren hacia la puerta y el resto de los hombres que estaban participando en la partida se levantan con las manos en el aire. Me acerco a la mesa y clavo mi mirada en el de dientes amarillos, se sujeta el hombro ensangrentado lloriqueando.

—¡Hijo de puta! Mi padre te matará por esto. Estás muerto, lo juro.

—Soy un hombre de palabra. Recibirás tu dinero en cuanto nos marchemos —me enderezo y aliso mi chaqueta con el dorso de la mano—. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

Doy media vuelta y me dirijo a la salida. Xander ya está en el pasillo con Ren. Al pasar junto al jefe de seguridad, me detengo.

—¿Qué hacemos con ellos, señor Sutton? —pregunta en voz baja.

—Matadlos, y al gallito enterradlo con treinta mil dólares. Se lo ha ganado.

—Ese chico es el hijo de Franco Zanoli. Dicen que está emparentado con la mafia italiana.

Me paro a pensarlo unos segundos. No me interesa meterme en una guerra con la mafia, sea italiana o cualquier otra. Si he llegado hasta donde estoy ha sido manteniendo un perfil bajo, pero tampoco puedo permitir que se burlen de mí amenazando a mi familia.

—En ese caso, que sean euros. Es de mal gusto dejar que su familia pierda el tiempo haciendo el cambio cuando encuentren su cadáver. —antes de que pueda responder, sigo caminado y salgo de la estancia.

Me encuentro con mis hermanos en el pasillo y la mirada que le lanzo a Ren hace que agache la cabeza.

—Solo estaba jugando una partida. Creí que ganaría —se excusa.

—No discutiré ahora. Tengo que irme. —Señalo a Xander con la barbilla—. ¿Puedes vigilar que no se meta en líos hasta que vuelva? Estaré fuera una semana.

—Haré lo que pueda —masculla, sujetando por los hombros a nuestro hermano pequeño.

Dirijo de nuevo mi mirada a Ren. No sé qué más hacer para que empiece a comportarse como un hombre de verdad. Tiene veintiún años, pero sigue actuando como un adolescente rebelde. Temo que, en algún momento, sus actos lo lleven a la muerte o quizás a algo aún peor.

—No salgas del hotel hasta que yo regrese. ¿Entendido?

—¡Oh, vamos! No puedes encerrarme como a un puto prisionero —se queja. Arqueo una ceja a modo de reprimenda por su lenguaje y, tras resoplar con fuerza, agacha la cabeza de nuevo—. Está bien. No saldré del hotel —farfulla sin mirarme.

—Aprovecha esta semana para reflexionar y a mi vuelta hablaremos. —Respiro hondo y dirijo la mirada a Xander—. Pasad una buena noche.

Mi hermano sonríe y niega con la cabeza.

—Tú también, Estirado. —Lo ignoro y me marcho, pero los escucho a ambos burlarse de mí mientras recorro el pasillo de camino a la salida.

Hace diez minutos que tendría que haber estado en el aeropuerto. No soporto la impuntualidad. Espero que el piloto del *jet* encuentre la manera de acortar el viaje. Por nada en el mundo quiero llegar tarde a la cacería.

Capítulo 9

Reese

Hace ya unas cuantas horas que estoy segura de que lo de la cacería es algo mucho más peligroso y oscuro que una simple fiesta temática. Empecé a sospecharlo cuando llegué a una nave a las afueras de la ciudad, allí había un puñado de chicas, todas con la cara cubierta y atuendos idénticos al mío. No se hablaban entre ellas y en el momento en el que me decidí a preguntar qué estaba pasando ahí, llegaron los tipos grandes, seis, todos encapuchados con pasamontañas y dando órdenes. Las chicas no parecían asustadas y tampoco quise llamar la atención, así que solo actué como si fuese una más. Mis sospechas se confirmaron cuando nos quitaron los teléfonos, nos taparon los ojos y nos metieron en lo que supuse por el sonido del motor que sería una furgoneta.

Nadie habló durante todo el trayecto, a excepción de algunos susurros por parte de dos de los hombres que nos escoltaron. Conté mentalmente el tiempo que pasamos en la carretera; doce mil segundos, o lo que es lo mismo, tres horas y veinte minutos.

En cuanto salgo del vehículo, inspiro hondo para intentar reconocer algún aroma familiar. Huele a naturaleza, árboles, hierba y flores. El tipo que me sujeta del brazo tira un poco de mí y al pisar soy consciente del sonido que emiten las pequeñas ramas al resquebrajarse bajo el peso de mis botas. Agudizo el oído; no se escuchan pájaros cantando, pero sí algunos grillos y cigarras. Es lógico, ya ha anochecido. Escucho a un búho ululando bastante

cerca, y eso es todo lo que necesito para confirmar que estamos en algún bosque o montaña, pero ¿dónde? Casi tres horas y media en dirección sur podríamos estar en México, y hacia el norte, a medio camino de San Francisco, pero hay más posibilidades. Hacia el este, en dirección a Las Vegas es poco probable. No hay demasiadas zonas boscosas, es todo tierra árida y montañas rocosas.

El tipo que me escolta me hace detenerme y enseguida escucho el sonido chirriante de unas bisagras. Abre lo que creo que es una puerta y vuelve a tirar de mí. No es agresivo. Nada de apretones ni tirones fuertes, solo me guía hacia el interior de algún jodido lugar que no soy capaz de ver. Tropiezo con mis propios pies, pero logro enderezarme e inspiro hondo por la nariz.

—Le toca. Quítale la venda —dice la voz de una mujer. Noto como alguien se coloca a mi espalda, y tras toquetear el nudo de la tela que me cubre los ojos, una luz blanca y brillante me ciega—. Tranquila, pestañea despacio. Hay mucha claridad aquí, ¿verdad?

Asiento, y tras varios intentos, logro adaptar mis ojos a la luz. Echo un vistazo alrededor. El lugar parece una especie de consultorio médico y la mujer que está delante de mí lleva una bata blanca, aunque, al igual que todos los demás, su rostro está tapado.

—Avísame cuando termines y traeré a la siguiente —pide el hombre que está detrás de mí. La chica asiente y él se marcha, cerrando la puerta metálica a su espalda.

—Pulsera. —Miro a la mujer confusa. Ella extiende una tableta electrónica en mi dirección—. Tu pulsera, cielo. No tenemos toda la noche. —Me miro la muñeca, donde llevo la pulsera naranja de silicona que recibí en la caja misteriosa.

—Naranja —contesto, y estiro mi brazo para enseñársela.

—Eso ya lo veo. —Me parece que sonríe bajo la tela y coge mi muñeca para acercarla al aparato—. ¿Es tu primera vez? —Estoy a punto de negar cuando se escucha un pitido y su mirada regresa a la mía—. No lo es. Esta es tu quinta Cacería. Bien, entonces ya conoces el protocolo.

—Eh… —Carraspeo para aclarar mi voz y asiento—. Sí, lo conozco.

—Muy bien. —Tras dejar la tableta sobre una mesa, da media vuelta y se dirige a lo que parece ser un carrito con instrumental y utensilios médicos—. Levántate la manga del abrigo. Solo serán un par de pinchazos. ¿Quieres sentarte?

Niego y espero a que se gire. Lleva una jeringuilla entre los dedos.

—¿Eso es necesario? —pregunto, intentando sonar casual. No quiero que me descubran, pero tampoco voy a dejar que me droguen.

—Ya sabes que sí. Aquí no corremos riesgos. Te sacaré un poco de sangre para analizarla y, después de la inyección, podrás irte a descansar un rato.

¿Sangre? ¿Análisis? ¿Qué sitio es este? Y lo más importante, ¿qué demonios van a hacer conmigo y las otras chicas?

Hago lo que me pide la doctora, y después de sacarme sangre me inyecta algo en el brazo. No pregunto qué es, pero espero que no se trate de alguna droga adormecedora o alucinante. Necesito estar alerta para saber qué ocurre a mi alrededor y si es posible que Rose esté aquí, con esta gente tan extraña. En cuanto termina conmigo, se despide y llama al tipo, que enseguida entra con otra chica y vuelve a cubrirme los ojos.

Caminamos varios metros, noto que sigo pisando ramas y pequeñas piedras, pero la hierba es baja, como una especie de sendero. Empiezo a oler el aroma a leña quemada justo cuando el tipo me hace detenerme.

—Hemos llegado. Cabaña treinta y tres, es la tuya. —Me quita la venda y esta vez no tardo tanto en adaptarme a la claridad, ya que apenas hay luz. Seguimos en el exterior, delante de mí hay una pequeña casa hecha de troncos. Para llegar a la puerta hay un par de escalones—. Adelante, no voy a entrar contigo.

Asiento y con desconfianza subo un escalón, después el otro y hecho un vistazo hacia atrás. Él encapuchado sigue ahí, vigilándome. Tomo una respiración profunda y giro el pomo metálico despacio. La puerta se abre y doy un paso al interior de la cabaña.

Tras cerrar la puerta a mi espalda, tardo solo unos segundos en reconocer el lugar. No hay nadie aparte de mí. Las paredes y suelos son de madera, al igual que los muebles. Solo hay una cama grande, un par de mesitas de noche, un sofá de dos plazas y un par de mesas, una en lo que parece ser la zona de sala de estar y otra en la parte de la cocina. Todas las estancias comparten un mismo espacio diáfano, el baño es el único que tiene puerta. Al fondo encuentro una terraza acristalada del suelo al techo con un enorme jacuzzi. Hay dos estanterías repletas de libros junto a la chimenea, que ya está encendida. Enseguida abro el frigorífico. Está a rebosar de alimentos y en las alacenas de la cocina encuentro platos, vasos y hasta aperitivos y golosinas, todo lo necesario para vivir en esta especie de cabaña de lujo durante varios días.

—¿Dónde mierda te has metido? —me pregunto a mí misma en voz baja.

Todo esto es lo más extraño y surrealista que he vivido nunca. ¿Rose se quedaba aquí cuando se marchaba durante una semana cada seis meses? ¿Qué es esto? ¿Para qué el análisis de sangre y esa inyección? Muevo los brazos y también el cuello de un lado a otro. No noto nada extraño. Si me hubiesen drogado ya debería estar notando los efectos, o al menos eso creo.

Tras apartar la gruesa cortina, me asomo a una de las dos ventanas que hay y echo un vistazo al exterior. El encapuchado ya se ha marchado. No sé qué es lo que ocurre, pero no estoy dispuesta a quedarme aquí para averiguarlo. Iré a investigar ahí fuera, si Rose está en este lugar la encontraré.

Me acerco a la puerta e intento abrirla, pero no lo logro. Tiro del pomo con fuerza y nada, sigue cerrada. Me doy cuenta de que hay una especie de pantalla a un lado del marco. Presiono con el dedo y se ilumina, sin embargo, la puerta sigue cerrada y tampoco hay

ningún botón o tecla que indique que puedo abrirla. Compruebo las ventanas, solo son cristales, no hay forma de abrirlos y parecen demasiado gruesos como para romperlos, lo más probable es que estén blindados.

Al borde del ataque de nervios, regreso a la dichosa pantalla y entonces recuerdo que la doctora me hizo acercar la pulsera a su tableta. Tal vez sea una especie de llave. Deslizo la muñeca por delante y suena un pitido. Leo lo que pone en la pantalla, es una cuenta atrás para la apertura de la puerta. Me asomo a la cocina, hay un reloj colgado, son las diez y veinte de la noche y la puerta se abre a las doce en punto. ¿Se supone que debe tener algún sentido?

Me dejo caer en el sofá y me sujeto el rostro con ambas manos. ¿A dónde mierda me ha traído Rose? ¿Qué es lo que hacen aquí? Solo tengo preguntas y ninguna respuesta. Supongo que voy a tener que esperar a que esa jodida puerta se abra para saber más. Lo que no sé es qué voy a hacer cuando pueda salir de aquí. Se supone que he venido para buscar a mi amiga, pero mi instinto no deja de gritarme que salga corriendo de este lugar antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 10

Reese

Espero frente a la puerta hasta que son las doce en punto, intento abrirla, pero sigue cerrada. Regreso a la pantalla y vuelvo a pasar la pulsera por delante y leo lo que pone: «Disfruta de la Cacería, R.K. Recuerda que debes regresar antes del amanecer». Escucho un pequeño clic y, tras intentarlo de nuevo, compruebo que el pomo gira. Salgo al exterior y el cambio de temperatura me hace estremecerme. No hace demasiado frío, pero dentro de la cabaña, con la chimenea encendida, la temperatura era mucho más elevada.

Bajo los escalones mirando a un lado y a otro, como si en cualquier momento uno de esos tipos encapuchados fuese a saltar sobre mí para detener mi huida. Porque eso es lo que voy a hacer, ¿cierto? Voy a escapar de este lugar. Sigo avanzando por el sendero, sin embargo, noto que estoy demasiado expuesta y decido adentrarme entre los árboles y la hierba más alta. Cuando estoy segura de que ya me he alejado al menos un kilómetro de la cabaña siguiendo la dirección de la luna, soy muy consciente de lo extensos que son estos terrenos, es como si no tuviesen fin. Solo hay árboles, maleza, ramas y oscuridad.

—No pienses en ello y sigue avanzando, Reese —murmuro para mí.

Un pie detrás de otro, un paso y después el siguiente en la misma dirección. Cada pocos minutos me detengo y agudizo el oído para escuchar el motor de algún vehículo. Nos han traído hasta aquí por

carretera, de modo que tiene que haber alguna cerca, aunque es posible que se encuentre en sentido contrario. Bebo pequeños tragos de la botella de agua que he cogido de la cabaña y sigo caminando durante un buen rato más. Estoy a punto de regresar para tomar otro camino cuando un grito desgarrador se hace eco en el silencio de la noche. Mi corazón se acelera y me quedo muy quieta. Se escuchan pisadas cerca. Busco un lugar donde esconderme, pero solo hay árboles y la hierba es demasiado baja como para ocultarme por completo. Otro grito más, este más bajo, y empiezo a trepar por uno de los troncos.

Logro llegar a una rama superior justo cuando una chica vestida como yo se acerca corriendo. Se detiene justo bajo el árbol en el que estoy encaramada y da media vuelta. Alguien la persigue, estoy segura. Mira a un lado y a otro mientras jadea sin aliento.

—Ahí estás. —La chica suelta un pequeño grito e intenta salir corriendo, pero alguien sale de detrás de un árbol cercano y la sujeta por el cuello. Por su corpulencia sé que es un hombre, pero lleva puesta una máscara negra para ocultar su rostro y una sudadera con capucha—. No puedes escapar de mí, zorra. Me perteneces.

—Por favor —solloza la chica.

El muy cabrón suelta una carcajada y la empuja contra el árbol.

—Eso es, suplícame. —Me sujeto con fuerza a una rama cercana e intento no moverme, pero me inclino lo suficiente para poder verlos. La chica sigue sollozando y pidiendo que la deje marchar mientras el encapuchado la manosea. Veo como baja la cremallera de su abrigo e intenta arrancarle la camiseta de tirantes. Ella se revuelve y recibe una bofetada en el rostro—. ¡Quieta, joder! Haré que te guste.

¡Maldita sea, va a violar a esa pobre chica! La empuja de nuevo contra el tronco del árbol y ella deja de resistirse. El tipo se desabrocha los pantalones, y en cuanto veo cómo se saca la polla, sé que tengo que hacer algo. No puedo solo quedarme a observar

cómo hace daño a la chica. ¿Para esto nos traen aquí? ¡No entiendo nada, joder!

—¡Ey, tú! —grito.

Se queda quieto y mira hacia arriba con gesto confuso.

—Dos presas en una noche. Estoy de suerte. —Noto como sonríe bajo la máscara—. Tranquila, preciosa. En cuanto termine con ella, será tu turno.

Echo un vistazo hacia la chica, parece demasiado asustada como para echar a correr a pesar de que el tipo no la está sujetando.

—Si quieres un pedazo de mí vas a tener que subir a buscarlo —digo, entornando los ojos.

—Eso no será un problema. —Se acaricia su propio miembro y regresa la mirada a la chica—. Lo siento, voy a tener que ser rápido. Acaba de salirte competencia.

La pobre muchacha grita de nuevo cuando él se abalanza sobre ella.

—Mierda —mascullo y, sin pensarlo demasiado, salto justo encima del tipo. Ambos caemos al suelo, pero logro tomarlo por sorpresa y me pongo en pie lo más rápido que soy capaz—. ¡Huye! ¡No te quedes ahí! ¡Vete! —grito.

La chica parece reaccionar y sale corriendo. Intento ir tras ella, pero el enmascarado me sujeta por la parte trasera del abrigo. Me giro rápido, aún se está levantando, así que le lanzo una patada en la cara sobre la máscara, es rígida. Mientras salgo a toda velocidad, escucho como gruñe una maldición. Tengo que salir de este maldito lugar antes de que vengan a por mí.

Paso gran parte de la noche corriendo, de vez en cuando me subo a algún árbol para descansar y retomo mi huida. Cuando se escuchan los primeros cantos de los pájaros anunciando el inminente amanecer, estoy segura de que me he perdido. Ya no sé por dónde vine ni hacia dónde voy y es muy posible que esté andando en círculos. Me siento agotada, me duelen los pies y me muero de sed, sin embargo, no me detengo.

El cielo se va aclarando a cada segundo. Solo tengo que esperar a que salga el sol, entonces podré orientarme mejor y buscar una salida. Estoy a punto de subir a otro árbol para descansar cuando noto un crujido a mi espalda. Me quedo paralizada. Sé que hay alguien ahí, mirándome.

—Has llegado muy lejos. —Contengo el aliento al escuchar la voz ronca y rasgada de un hombre justo detrás de mí. Su acento no es americano. ¿Británico, tal vez?—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Tomo una respiración profunda y me preparo para defenderme. Me giro despacio y con los puños apretados en los costados. Otro enmascarado, pero este es más alto y también parece más fuerte. Puedo percibir los músculos apretados de sus brazos por debajo de la sudadera negra. Ladea la cabeza despacio y me observa con atención.

—Vete. No quiero pelea —digo con todo el valor que soy capaz de reunir.

—¿Pelea? —Vuelve a ladear la cabeza—. Una liebre no pelea contra un lobo, ni un ratón contra una serpiente. Unos son presas y otros cazadores. ¿Quieres adivinar de qué lado de la cadena alimentaria estás tú?

¡Oh, santa mierda! Ya he escapado de un puto violador hoy. ¿De verdad voy a tener que luchar de nuevo? Maldigo en mi mente a Rose y sus jodidas aventuras. ¿Qué se supone que hace viniendo a este sitio? Nada tiene sentido.

—Yo no debería estar aquí —mascullo, negando con la cabeza. El enmascarado da un paso en mi dirección y retrocedo.

—Claro que no. Te has alejado demasiado de las demás, pero a mí me gustan las presas difíciles. —Me sorprende al abalanzarse sobre mí. Intento huir, pero mi espalda golpea el tronco del árbol, dejándome sin escapatoria. El enmascarado me sujeta por el cuello con una mano. Intento golpearlo, pero usa la otra para inmovilizar mi muñeca y baja la mirada despacio hacia ella—. Naranja, justo como a mí me gustan.

—¡Suéltame! —grito revolviéndome.

No me está apretando la garganta, solo me mantiene sujeta por el cuello.

—Eso no va a pasar, pero puedes seguir resistiéndote, solo consigues que se me ponga aún más dura. —Su mano se cierra un poco más alrededor de mi garganta y estiro el otro brazo para alcanzar su rostro, toco la máscara, es de plástico duro y con grabados en relieve. Intento quitársela, pero el muy hijo de puta me aprieta el cuello con más fuerza, dejándome sin aire. Le agarro del antebrazo y clavo las uñas por encima de su sudadera—. Eso es, quiero ver cómo te rindes.

Su mirada se clava en la mía, no pestañea y parece estar disfrutando de lo que hace. Puedo comprobarlo cuando se pega aún más a mí y noto la dureza de su entrepierna rozando mi bajo vientre. En un esfuerzo desesperado por llenar de aire mis pulmones, aprieto la mandíbula y separo los labios, ejerciendo toda mi fuerza en su antebrazo.

—No… Puedo… Respi… Respi… —Su mano se relaja, y cuando levanta un poco mi máscara facial para descubrir mi boca, jadeo en busca de aire.

—Me gustan tus dientes. Son blancos y están perfectamente alineados —susurra, mirándome la boca. Pega el rostro a mi cuello y escucho como inspira hondo por la nariz—. Quiero ver como mi semen gotea de ellos. —Golpeo su hombro con el puño y él se aparta de repente. Mira hacia el cielo justo cuando el primer rayo de sol ilumina la zona donde nos encontramos. Gruñe bajo y me suelta —. Demasiado tarde. — Se mete las manos en los bolsillos mientras yo intento recuperar el aliento.

Me tiemblan las piernas y no soy capaz de dejar de mirarlo. ¿Por qué se ha apartado? ¿Volverá a abalanzarse sobre mí? ¿Ahora es cuando me mata?

—¡Eh! Tú, la que está ahí. —Giro la cabeza de golpe hacia el lugar donde viene la voz y suspiro aliviada al ver a uno de los encapuchados. No lleva máscara, solo un pasamontañas—. ¿Qué haces tan lejos? Ya ha salido el sol.

Regreso la mirada al de la máscara, pero ya no está. Cabeceo. Es imposible que me haya imaginado lo que acaba de suceder. Estaba aquí, aún puedo sentir el peso de su mano en mi garganta, el calor de su cuerpo pegado al mío. Se ha ido. Vuelvo a mirar al encapuchado, que me observa a unos cuantos metros de distancia. Ninguno de los suyos me ha tratado mal y el de la máscara ha salido corriendo cuando él llegó. Ahora mismo no soy capaz de pensar en nada coherente. Lo único que se me ocurre es: Encapuchados buenos, enmascarados malos.

—Me he perdido —digo con un hilo de voz.

—Vamos, te llevaré de vuelta a tu cabaña.

La cabaña. En estos momentos y en mi estado la idea de poder encerrarme en algún lugar no suena nada mal. Descansaré unas horas y en cuanto pueda volver a salir, me largaré de este sitio para siempre.

Capítulo 11

Reese

Se supone que iba a irme la segunda noche de cacería, sin embargo, ya han pasado cinco y aquí sigo. Las tres primeras las dediqué a buscar una salida, pero no la hay. Todo el perímetro está cerrado por vallas electrificadas. Es como un jodido coto de caza en el que las presas no tienen la posibilidad de huir, solo les queda esconderse, y eso es lo que he estado haciendo hasta hoy. Bueno, también he explorado bastante. Las cabañas están todas en la zona central del terreno, hay varios kilómetros de distancia entre unas y otras, supongo que ahí es donde se quedan todas las chicas como yo. En la zona oeste hay otro tipo de edificaciones, más grandes y lujosas. Me hubiese gustado acercarme más para comprobar si es ahí donde se quedan los enmascarados, pero había guardias encapuchados vigilando los alrededores. Lo que sí me queda claro es que esos enmascarados son los que mandan y los otros, los soldados o guardias que nos retienen aquí, no.

Después de pasar varias noches escondida entre los árboles viendo como chicas huyen por el bosque mientras esos hijos de puta las persiguen, la palabra «Cacería» ha cobrado todo el sentido para mí. Esos enmascarados se han creado una especie de juego del gato y el ratón, una cacería humana en el que las presas son mujeres jóvenes y, cuando las encuentran, en vez de matarlas, las golpean y violan.

Por suerte, he logrado mantenerme oculta, pero para ello estoy renunciando a la posibilidad de encontrar a Rose, de modo que tras

pasar todo el día pensando en ello, he tomado la decisión de arriesgarme a buscarla. Si es aquí a donde Rose venía cada seis meses, deduzco que estas cacerías duran una semana. Ese es el tiempo que tardaba en regresar a casa, por lo tanto, solo me quedan dos noches para dar con ella. El tiempo se acaba, aunque no sé qué es lo que sucederá después. ¿Van a liberarme o me harán daño? Quiero pensar que la primera opción es la correcta, aunque también es verdad que Rose siempre volvía a casa hasta que dejó de hacerlo.

Puede que estuviese siendo amenazada por estos perturbados. Tal vez la obligaban a participar en estos juegos macabros y tenía que dejarse pillar. Quizá la última vez que estuvo aquí no respetó las normas y estos hijos de puta la hayan matado. No lo sé. En realidad, no estoy segura de nada, no obstante, al menos debo intentar encontrarla antes de enfrentarme a lo que sea que quieran hacer conmigo.

Espero a que sean las doce en punto antes de acercar mi pulsera a la pantalla, la puerta se abre y, como cada noche, me aseguro de dejarla entreabierta. Necesito un lugar al que volver por la mañana, lo que menos me apetece es tener que seguir huyendo después del amanecer. Antes de comenzar a descender los escalones, me aseguro de tener en los bolsillos del abrigo una botella de agua y varias sogas que yo misma he hecho con telas y trapos que encontré en la cabaña; vienen bien para sujetarse en lo alto de los árboles. No necesito demasiada agua. Conozco la localización de un arroyo donde puedo conseguir más.

Me adentro en el bosque con todos mis sentidos en estado de alerta. Hoy probaré a regresar a la zona donde están las edificaciones grandes. Si yo fuese un perturbado violador y estuviese reteniendo a alguien en contra de su voluntad, la tendría cerca, y ahí es donde están los enmascarados.

Paso un par de horas caminando hasta el arroyo, me veo obligada a subir a un par de árboles cuando escucho pisadas y, como cada noche, los veo a ellos, enmascarados y persiguiendo a chicas. No intercedo. Es posible que cuando salga de aquí me sienta culpable por presenciar todo esto y no hacer nada, pero ahora mismo

necesito centrarme en mi propia supervivencia y en encontrar a Rose.

En cuanto llego al arroyo, cargo mi botella de agua y me refresco un poco antes de rodearlo para seguir caminando en dirección oeste. Me oculto entre los frondosos árboles y los matorrales hasta llegar a una zona más abierta. Reconozco el lugar de la otra vez que estuve aquí. Escucho pisadas e intento no hacer ruido. No tardo en ver la sombra de un encapuchado, camina de un lado a otro, atento a cualquier movimiento, como si estuviese haciendo una ronda de vigilancia. Me quedo muy quieta y espero a que se aleje para salir de mi escondite con cautela. Me muevo entre los árboles hasta que logro ver una especie de valla de madera muy alta. No me acerco, sigo avanzando en paralelo durante varios metros más y entonces veo a varios encapuchados más, hablan entre ellos y uno parece estar fumando. Vuelvo a esconderme y agudizo el oído.

—Estoy deseando largarme de aquí —dice uno.

—Solo faltan un par de noches y podremos irnos. Me gustan las Cacerías, pero esos cabrones se quedan con toda la diversión mientras nosotros hacemos el trabajo duro —añade el que está fumando.

Escucho como ríen bajo antes de que un tercer encapuchado hable.

—Cuando seas un millonario excéntrico como ellos podrás tener ese tipo de diversión, mientras tanto te toca pasar la noche vigilando la entrada.

Se escuchan más risas y empiezan a alejarse, todos a excepción de uno, que camina en mi dirección. Me oculto tras el tronco de un árbol y contengo el aliento justo cuando pasa a mi lado. Por suerte, no me ve, y poco después desaparece en el bosque. Intento acercarme más a la valla. Necesito pasar al otro lado, pero no sé por dónde. «Vigilando la entrada». Eso fue lo que dijo uno de los encapuchados, eso significa que no estará lejos.

Tardo más de media hora en localizar un portalón metálico que está custodiado por un par de encapuchados, creo que uno de ellos

es el que estaba fumando hace un rato. Si logro acercarme lo suficiente, estoy segura de que podría subir por la reja, pero con esos tipos ahí no puedo ni asomarme. Paso un buen rato más observándolos y trazando un plan de distracción. Estoy tan ensimismada con mi tarea que no soy consciente de que alguien se acerca hasta que escucho su respiración pesada justo detrás de mí.

—¡¿Qué carajo haces aquí?! —exclama.

Me giro a toda prisa. Es un encapuchado. Por la voz, juraría que el mismo que se adentró en el bosque hace un rato. Se me queda mirando a apenas un par de metros de distancia. Es tarde para esconderme y tampoco puedo salir huyendo.

—Eh… Me he perdido —respondo titubeando.

Es una excusa de mierda que ya he usado antes, pero tampoco es que tenga otra más creíble.

—Fuera de aquí. Esta zona está prohibida para las presas.

«Presas». No es la primera vez que los encapuchados me llaman así. Eso es lo que somos en este lugar, solo piezas de carne que unos cuantos intentan cazar. Asiento y me alejo despacio bajo su atenta mirada. Voy a volver. Si al otro lado de la valla es donde viven los enmascarados, tendrán que regresar al amanecer. Tal vez logre colarme entonces.

Camino hacia el arroyo a paso ligero. Ya me he acostumbrado a las largas caminatas nocturnas y correr entre los árboles. También estoy adquiriendo habilidades de escalada por todas las veces que me subo a los árboles para ocultarme, y eso es justo lo que hago. Cerca del afluente de agua, encuentro uno bastante alto y frondoso. Me sujeto con una soga a las ramas y espero a que pasen las horas. El tiempo pasa lento, tanto que llego a dar varias cabezadas por puro aburrimiento. Estoy a punto de plantearme bajar a por más agua cuando escucho un grito y después las pisadas de alguien corriendo por el bosque. Enseguida veo a la chica.

—Ahí vamos de nuevo —murmuro para mí.

Observo como da varias vueltas sobre sí misma sin saber qué camino tomar. Pongo los ojos en blanco. ¿En serio va a perder el tiempo buscando un camino en vez de seguir huyendo? Otras pisadas se acercan. Estoy segura de que está siendo perseguida por un enmascarado, y como no se largue ahora mismo la cogerá. La chica parece tomar la decisión de coger un sendero. «El camino más fácil no siempre es el correcto». Eso es lo que mi padre decía siempre. Si no quiere que le sigan el rastro, va a tener que adentrarse en zonas más frondosas, cuanto más intransitables sean, menos posibilidades hay de que la encuentren.

Tal como esperaba, el enmascarado no tarda en aparecer. Incluso desde arriba puedo distinguir que es muy alto y corpulento. Inevitablemente recuerdo al británico de la primera noche. ¿Puede ser él? Mis dudas se disipan cuando el enmascarado empieza a hablar.

—No vas a escapar de mí. Te perseguiré hasta el fin del mundo. —Su acento no es americano, pero tampoco británico. No logro reconocerlo.

La chica echa a correr hacia el sendero, pero no consigue llegar demasiado lejos. Enseguida es interceptada por el enmascarado, a pesar de que me da la impresión de que cojea un poco al andar. La agarra de la nuca y la abofetea antes de arrastrarla en dirección al agua.

—No, por favor —lloriquea.

El encapuchado tira de la manga de su chaqueta y agarra su muñeca con violencia.

—Amarilla, justo como a mí me gustan —dice al ver su pulsera.

Desato la soga y me acomodo mejor sobre la rama para bajar lo más rápido posible. No debería meterme, pero tampoco puedo quedarme a ver cómo la golpea justo delante de mí sin hacer nada. Forcejean unos segundos y el enmascarado vuelve a darle otra bofetada en el rostro y después un puñetazo en el estómago. Estoy a punto de empezar a descender para intentar ayudarla cuando veo como llegan otros dos tipos, son encapuchados. Me detengo, tal vez

ellos puedan detenerlo. No van a permitir que le haga daño a la chica, ¿verdad? El enmascarado se queda quieto, aún sujetándola por la nuca, y se gira hacia ellos.

—¿Todo bien? —pregunta uno de ellos.

—Aquí no hay nada que ver, chicos. Solo nos estamos divirtiendo.

Uno de ellos dice algo en un idioma que no soy capaz de reconocer y el enmascarado vuelve a golpear a la chica. Los recién llegados retroceden unos cuantos pasos.

—¡Ayuda! Fin de…—Antes de poder terminar la frase recibe un nuevo golpe, justo en la boca del estómago.

El enmascarado suelta una carcajada profunda y le quita el pasamontañas de un tirón. Es una chica joven, no creo que tenga más de veinte años, rubia y muy guapa.

—Ellos no van a ayudarte, encanto. —La agarra por la barbilla con fuerza y acerca el rostro al de ella—. Esperarán su turno para follarte.

¡¿Qué?! ¡¿Los encapuchados también?! Me planteo bajar, pero si me atrapan a mí… ¡Maldita sea, voy a correr la misma suerte que esa pobre chiquilla! No puedo defenderme de tres hombres. Aprieto los puños y observo sin moverme cómo el enmascarado les ordena a los dos encapuchados que la sujeten por los brazos. Él mismo le baja el pantalón, esquivando sus patadas. Me tapo los oídos para no escuchar sus gritos cuando la tumban boca abajo. El enmascarado la agarra del pelo y la arrastra hacia el borde del arroyo. Los gritos de la chica se apagan en el momento en el que el muy hijo de puta le sumerge la cabeza en el agua. Se coloca sobre ella y, tras unos segundos, comienza a violarla. Los otros dos la sujetan por los brazos.

La chica jadea cada vez que el cabrón la deja sacar la cabeza del agua, pero enseguida la vuelve a empujar de vuelta y sigue moviéndose a su espalda. Al terminar, le dice algo en ese idioma extraño a uno de los encapuchados y este toma su lugar. Pasan más de una hora violando a la pobre chiquilla. Cuando al fin la dejan

apartarse del agua, apenas tiene fuerzas para moverse y respira de forma agitada.

—Por favor. Fin de la Cacería. Fin de la… —susurra con un hilo de voz mientras los tres hombres se arreglan la ropa.

El enmascarado vuelve a su lado y le da una pequeña patada en el muslo desnudo con la punta de la bota.

—Has sido una buena zorra. ¿Quieres marcharte? —La chica asiente, aterrorizada—. Lo siento, encanto, eso no va a pasar. —Mira de nuevo a uno de los encapuchados—. Lleváosla, nos la quedamos.

Los dos hombres la agarran con fuerza y cargan con ella, ya que apenas es capaz de moverse. El enmascarado mira un lado y a otro, y tras comprobar que no hay nadie alrededor, se marcha tras ellos silbando, como si no acabara de golpear y violar de manera brutal a una pobre chica.

En cuanto estoy segura de que ya se han ido, bajo del árbol y corro lo más rápido que puedo. No me detengo hasta llegar a la cabaña. Cierro la puerta y arrastro el sofá para atrancarla, solo entonces me dejo caer al suelo y empiezo a llorar. «Tengo que salir de este maldito sitio antes de que sea yo la que esté en el lugar de esa muchacha».

Capítulo 12

Wade

«Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo». «Mateo 28:19».

Le doy pequeños sorbos a mi taza de té mientras compruebo mi correo electrónico. A esta hora, la cafetería aún no está demasiado llena. La mayoría de los socios siguen durmiendo después de la partida de caza de anoche. A mí me bastan con un par de horas de sueño para recuperarme, aunque en realidad tampoco es que haya temido demasiada acción estas últimas noches. He jugado con algunas presas, sí, pero ninguna me ha llamado bastante la atención como para cazarla.

La imagen de la presa de mirada desafiante y dientes perfectos acude a mi mente y noto como mi polla se endurece. La he estado buscando a ella, pero no he logrado encontrarla. Es la primera presa que se me escapa y eso es algo que me tiene obsesionado. Solo me queda una noche más para encontrarla y debo estar preparado.

A medida que los socios van despertándose, la cafetería comienza a estar más concurrida, de modo que, tras saludar a varios conocidos, salgo de la edificación más grande que hace de zona común para todos los cazadores y regreso a mi cabaña. Hablo por teléfono con Xander para saber cómo se está comportando nuestro hermano pequeño y también trato algunos temas importantes del

casino con Nancy, mi asistente ejecutiva. Aparte de mis hermanos, ella es la única persona en la confío.

Paso el resto del día encerrado en la cabaña. Me doy un baño relajante, leo un buen libro y, sobre todas las cosas, espero y sigo esperando mientras evoco en mi mente las imágenes de esa primera partida de caza. Esa presa tiene algo especial. No sé si fue su carácter guerrero, esa manera en la que me plantó cara o que dejara de luchar incluso cuando estaba prácticamente derrotada, pero lo cierto es que no soy capaz de dejar de pensar en ella. La tenía ahí, justo delante de mí, lista para hacer con ella todo lo que quisiera y desperdicié la oportunidad. No volverá ocurrir. En cuanto anochezca, saldré a rastrearla de nuevo y esta vez la encontraré. Voy a cazarla, me haré con el trofeo y al fin podré dejar de pensar en ello.

A las doce en punto estoy atravesando la entrada de la zona privada de los socios, ataviado con mi ropa oscura y la máscara. Coincido con varios socios que, como yo, se apresuran para dar comienzo a la última partida de caza de la semana. No tardo en adentrarme en el bosque con solo una cuerda fina en uno de los bolsillos. Siempre es útil tenerla a mano por si las presas se ponen rebeldes. Camino por los senderos que me conozco de memoria en busca de mi presa, no una cualquiera, la quiero a ella y no descansaré hasta tenerla. Ignoro las pisadas cercanas y algunos jadeos que provienen de los cazadores que están disfrutando de sus capturas mientras avanzo.

Las horas van pasando. Recorro palmo a palmo gran parte de los terrenos. Desde el oeste al este, pasando junto a algunas cabañas aisladas, después rodeo la valla de contención y regreso al interior cruzando el arroyo. Por un momento creo haberla encontrado, pero tras perseguir a una presa varios cientos de metros descubro que no es ella, así que la dejo marchar y sigo buscándola. A cada hora que pasa mi frustración va aumentando. No es posible que haya desaparecido sin más, en algún lugar debe estar. Me detengo junto a un árbol y agudizo el oído. Escucho a las cigarras, los pájaros moviéndose en lo alto de las ramas, el sonido de algún reptil o

roedor arrastrándose por la hierba, pero ninguna respiración, no hay pasos, nada, y ya me he alejado demasiado. En unas horas saldrá el sol y tendré que volver a casa cabreado y sin haber cumplido mi objetivo.

Decido regresar al arroyo y buscar alguna otra presa que al menos calme un poco mi frustración, aunque mientras camino a paso rápido no puedo dejar de pensar que a quien en realidad deseo es a la de mirada desafiante. Me detengo de golpe al escuchar un sonido extraño en uno de los árboles. Alzo la cabeza y frunzo el ceño. Hay una especie de sombra entre las ramas. Es posible que… Antes de que pueda dar un solo paso más, mis sospechas se confirman. Una presa baja de un salto y aterriza sobre sus pies y rodillas con un jadeo ahogado. Sabe que la he visto y está a punto de huir. Corro hacia ella y consigo alcanzarla justo cuando está a punto de irse.

—¿A dónde crees que vas? —pregunto, sujetando su brazo con fuerza.

Su mirada se clava en la mía. No parece asustada.

—Eres tú —susurra.

Ladeo la cabeza y la observo con atención. Me planteo la posibilidad de que sea la presa que estoy buscando, pero antes de que pueda llegar a una conclusión, me toma por sorpresa al empujarme con fuerza y salir corriendo. Sonrío. ¡La he encontrado!

La sigo dando zancadas largas y potentes. Es rápida y muy hábil. Derrapa sobre la hierba y se entremezcla con los árboles y la vegetación como si estuviese acostumbrada a hacerlo a diario. Con la escaza luz de la luna alumbrando la zona, no es sencillo orientarse, pero esta presa parece saber con exactitud a dónde se dirige, por suerte, yo también. Le mantengo el paso, y cuando noto que se cansa aflojo un poco para darle ventaja. Lo más divertido de la caza es la persecución, la adrenalina que se extiende por todo mi cuerpo, la forma en la que mi corazón late a toda velocidad… La anticipación, no conozco una sensación más placentera que esa.

Dejo que se canse un poco y hasta le permito que crea que ha logrado escapar. Me escondo, pero sigo observándola. Se oculta tras unos matorrales frondosos y me acerco despacio.

—Sé que estás cerca —susurro, y aspiro hondo por la nariz. Casi puedo oler su miedo, es embriagador—. Hoy es el gran día. No permitiré que vuelvas a huir de mí.

La tengo más que localizada. Sería sencillo asaltarla en su escondite, pero ¿dónde estaría la gracia? Prefiero tomarla por sorpresa. Espero un rato y finjo marcharme, pero me mantengo oculto cerca de los matorrales. Unos minutos después, veo asomar su cabeza cubierta por la capucha y vuelvo a sonreír. Incluso con el rostro tapado intuyo lo preciosa que debe ser. Me la imagino con un rostro de rasgos sutiles y labios gruesos. La observo mientras sale de su escondite. Parece una preciosa flor de esas silvestres que crecen entre las rocas y malas hierbas.

Me acerco sin hacer ruido, y antes de que pueda darse cuenta ya la tengo sujeta por el cuello. La rodeo y clavo mis ojos en los suyos. Creo que ahora sí he logrado asustarla, y me encanta. Aprieto con más fuerza su garganta y noto como su pulso late con fuerza contra mis dedos.

—Por favor —pide con un hilo de voz.

—Te he encontrado. —Tiro de ella y cae a plomo sobre mí. Supongo que nuestro paseo la ha dejado demasiado exhausta como para resistirse. Es una pena, me estaba gustando, pero ha llegado la hora de hacerme con mi trofeo. Observo cada insinuación de su rostro cubierto por la tela elástica negra, varios mechones de cabello castaño sobresalen de la capucha. Parece largo y ondulado—. Una preciosa flor entre la maleza.

Veo como cierra los ojos y esbozo una sonrisa. Se está rindiendo. Bien, ahora viene lo bueno. Pego mi rostro al suyo e inhalo su olor. Sudor, tierra y un aroma floral que no tardo en identificar. Lirios, recuerdo ese olor porque a mi abuela le encantaban.

—No —su susurro me saca de mis recuerdos de la infancia y me aparto con agresividad.

—¿No? ¿Eso es todo? Creí que te resistirías más. —Enrosco mi brazo alrededor de su cintura y vuelvo a atraerla hacia mí—. He disfrutado mucho de la caza, pero ambos sabíamos que terminaría así. Nunca se me ha escapado una presa y tú no ibas a ser la primera.

Me empuja, pero esta vez no logra tomarme por sorpresa. Además, creo que está demasiado agotada como para seguir presentando batalla. La tengo completamente a mi merced.

—Déjame ir —pide, aunque sigue teniendo esa mirada desafiante que me pone aún más duro si es posible.

—Por supuesto. Serás libre para marcharte justo después de que me haya follado uno a uno todos los jodidos agujeros de tu cuerpo. —Retrocedo un paso, aunque tengo el cuidado de no soltar su cuello. No me fio de esta mujer. Tengo la sensación de que intentará huir en cuanto tenga una oportunidad y ya me he cansado de perseguirla. Quiero mi premio, me lo he ganado—. Ahora dime… Flor. —Saco la cuerda del bolsillo de la sudadera y se la muestro—. ¿Voy a tener que atarte o serás una chica obediente?

Parece pensarlo unos segundos y al fin llega la rendición. Sonrío de nuevo. Esto es lo que estaba esperando.

—Haré lo que quieras —responde, agachando la mirada.

Asiento y noto como mi polla da un brinco en el interior de mi pantalón.

—Primero viene la lucha, después la súplica y, por último, la sumisión. —Aflojo el agarre en su garganta y dejo que la cuerda se escurra entre mis dedos—. Esta parte es mi preferida. De rodillas, Flor. Llevo deseando meter la polla en esa boca tan sucia desde que te escuché hablar por primera vez.

—Hijo de puta —masculla.

Sigue luchando. No sé si me cabrea o me excita aún más, creo que un poco de ambas. La atraigo de nuevo hacia mí tirando de su cuello y pego mi rostro al suyo.

—De rodillas —repito.

Me alejo un poco y espero a que obedezca mi orden, pero parece pensárselo de nuevo.

—Acabemos con esto de una vez —dice en voz baja, y cae de rodillas a mis pies.

La obligo a alzar la barbilla, tirando de ella para que me mire. Ya casi había perdido la esperanza de tenerla, pero aquí está, justo delante de mí, lista para cumplir mis fantasías más oscuras. Soy un hombre afortunado. No obstante, sigo sin fiarme.

—Si usas los dientes, juro que te ataré a un árbol y no dejaré de follarte hasta que la sangre bañe tus muslos.

Mi amenaza parece surtir efecto. Baja de nuevo la mirada mientras yo me desabrocho el pantalón y saco mi polla, dura como el jodido acero. No recuerdo haber estado nunca tan excitado. De pronto, alza la cabeza y creo que va a decir algo, pero antes de que pueda hacerlo, levanto un poco la tela, lo justo para dejar su boca al descubierto. No quiero ver su rostro, no obstante, esos labios… Son gruesos, de un color rojizo y tremendamente apetecibles. Me muero por tenerlos rodeando mi polla. Sujeto su nuca y empujo con las caderas hasta que noto como la punta toca el fondo de su garganta.

Suelo tomarme con calma los preliminares, me gusta jugar con mis presas hasta que ellas mismas me suplican que las folle, pero hay algo en esta mujer que me hace seguir sacudiendo las caderas. Me entierro en su boca una y otra vez, cambiando el ritmo cada vez que noto que se ahoga, la llevo al límite y, antes de que pueda ser consciente de lo que va a pasar, ya me he corrido. Doy un paso atrás y observo como mi semen gotea por su barbilla. Es una jodida obra de arte que quiero repetir. Estiro la mano y recojo unas cuantas gotas con el pulgar, meto la mano en el interior de la capucha que le cubre la cabeza y dibujo una cruz en su frente. Este momento merece ser bautizado.

—Puto pirado —susurra en voz baja.

Casi me echo a reír. ¿De verdad va a seguir peleando? A estas alturas ya debería saber que desafiarme no le traerá nada bueno.

—¿Has dicho algo, Flor? —pregunto, cruzándome de brazos—. No es de buena educación hablar mientras comes. ¿Está bueno? Lo he hecho especialmente para ti.

Me estoy regocijando y también aprovecho para relajarme un poco antes del segundo asalto. Si algo tengo claro es que esta noche la voy a follar como nunca antes nadie lo ha hecho. Me suplicará que me detenga, y aun así seguiré destrozándola hasta que me fallen las fuerzas.

Noto como su postura cambia y se levanta con piernas temblorosas. Mi sorpresa va en aumento cuando su mirada desafiante vuelve a alcanzarme. ¡Es una guerrera, joder! A pesar de que me he corrido hace solo unos segundos, mi polla vuelve a endurecerse.

—¿Eso es todo lo que tienes? —inquiere con la barbilla elevada y aún manchada de mis fluidos.

Ladeo la cabeza sonriendo. ¿Esta chica es real? ¿Por qué sigue peleando?

—¿De dónde has salido, Flor? —murmuro para mí—. Mi mejor presa, la más guerrera. Me gusta.

Da un paso hacia mí sin apartar la mirada. Me está enfrentando de nuevo. ¿Es que no sabe lo que es la autoconservación?

—La más guerrera y la más veloz. —Sus comisuras se estiran mientras intento entender el significado de sus palabras, pero antes de que pueda hacerlo, recibo un golpe en la entrepierna que me roba todo el aire de los pulmones. El dolor es tan intenso que me obliga a doblarme sobre mí mismo—. Si quieres seguir jugando, vas a tener que atraparme de nuevo, hijo de puta —escupe antes de echar a correr.

La veo alejarse sin que poder hacer nada para detenerla. Intento respirar despacio, pero el dolor persiste. Estoy cabreado, frustrado y sí, también sigo excitado, eso no es algo que ayude demasiado con mi dolor de huevos. Tardo varios minutos en recomponerme y cuando el dolor va remitiendo poco a poco, sigo su rastro. No voy a permitir que vuelva a escapar.

Capítulo 13

Reese

Tengo la sensación de que en esta última semana no he hecho más que correr y lo sigo haciendo, corro para salvar mi vida, o al menos lo que aún queda de mi dignidad. Consigo orientarme lo suficiente para seguir la ruta hasta mi cabaña, pero a medio camino me detengo. Estoy agotada a un nivel extremo, pero no sé si ese pirado aún me persigue, así que uso las pocas fuerzas que me quedan para subirme a un árbol. Sé que no estoy del todo segura, al fin y al cabo, ya me ha localizado antes. No sé cómo lo hizo y me arrepiento de haber tomado la decisión de salir en busca de Rose.

Después de lo que presencié anoche, se supone que iba a quedarme encerrada, pero no pude hacerlo. La búsqueda de mi amiga es lo que me ha traído hasta aquí, y sí, es posible que ella ya no esté en este lugar, que alguno de estos perturbados se la haya llevado al igual que hicieron con la chica rubia de ayer, no obstante, al menos tenía que intentarlo. No fue una buena idea.

Escupo para sacar los restos de semen de mi boca y me paso el dorso de la mano por los labios y la barbilla. Ahora mismo no puedo pensar en lo que acaba de suceder. Ya tendré tiempo para lamentarme cuando logre salir de este infierno. Lo importante en estos momentos es buscar la manera de volver a casa.

Permanezco en lo alto del árbol hasta que las primeras luces del alba aparecen en el cielo, y cuando estoy a punto de descender para volver a la cabaña, escucho como alguien se acerca. Me quedo inmóvil y hasta dejo de respirar mientras observo la figura de un

enmascarado caminar justo por debajo de mí, mirando a su alrededor como si buscara a alguien o algo, entonces me fijo en su forma de caminar, su postura es rígida, aunque elegante. Es él, el británico hijo de puta, estoy segura. Dejo que se aleje un poco antes de exhalar con fuerza. La rabia me hierve en las venas, quiero seguirlo y golpearlo en la cabeza con un tronco, o mejor una piedra. Sería bastante satisfactorio ver cómo se desangra como lo que es, un puto cerdo violador.

Cuando ya no escucho sus pisadas, bajo del árbol y empiezo a caminar en dirección contraria. Voy lenta por el dolor en las piernas y el cansancio. Mi cuerpo apenas me responde, pero mi mente… ¡Santo Cristo!, mi mente es una olla a presión a punto de explotar. No puedo dejar de pensar que todo el infierno que he pasado durante esta semana no va a servir para nada. Si logro salir de aquí, lo haré de la misma forma en la que llegué, sin la más remota idea de qué le ha ocurrido a Rose.

Me detengo de golpe y respiro hondo mientras echo un vistazo por encima del hombro. No creo que ande muy lejos. Si lo sigo hasta la zona con la valla de madera… Niego con la cabeza y sigo caminando en dirección contraria. Es una locura. Lo más probable es que me pillen antes de que pueda entrar o, peor aún, que sea él quien me descubra y acabe lo que ha empezado. «Te ataré a un árbol y no dejaré de follarte hasta que la sangre bañe tus muslos». Me estremezco. Sé que no era una amenaza vacía.

Paro de nuevo y chasqueo la lengua, contrariada. ¿Vale la pena correr el riesgo? Lo más probable es que Rose no esté ahí dentro, aunque nunca lo sabré si no me atrevo a ir.

—Eres una imbécil, Reese. Mereces que te asesinen por idiota —murmuro para mí, dando media vuelta.

Aprieto los dientes y aguanto el dolor en mis piernas mientras acelero el paso para alcanzar cuanto antes al británico. Tal como había imaginado, lo encuentro a solo unos metros de distancia. Parece cansado y dolorido. Es una pena que no le haya destrozado

las pelotas con el rodillazo, pero al menos lo ha ralentizado; habrá sido de utilidad si logro colarme en la zona restringida.

Lo sigo en el más absoluto sigilo, dejando una distancia considerable entre ambos para que no note mi presencia. Llegamos hasta el borde de la zona boscosa, justo delante del portalón que lleva al interior de la zona vallada. Él atraviesa el sendero, pero no puedo seguirlo ya que hay varios encapuchados vigilando los alrededores. Sigo caminado en paralelo sin perderlo de vista, me camuflo entre los árboles, pero el sol está a punto de salir y mi escondite no lo seguirá siendo durante mucho más tiempo. Ni siquiera sé de dónde saco las fuerzas para seguir avanzando y lo hago cada vez más rápido, hasta que empiezo a correr. Los guardias se concentran sobre todo delante del portalón, pero el resto de la valla está desprotegida. Llego a una parte en la que veo factible saltarla, aunque no me resulta sencillo, es muy alta.

Me lleva varios intentos trepar, y cuando estoy en la cima, pierdo el equilibrio y caigo al otro lado. Noto como mis rodillas se resienten y la sangre empapa mi pantalón, pero no me detengo. Logro esconderme detrás de una cabaña y busco al enmascarado. Lo encuentro, aunque no estoy segura de que sea él, ya que en pocos minutos veo pasar a varios, todos visten igual. Me mantengo oculta hasta que el sol sale por completo y me deja expuesta a cualquiera que pase cerca de mí. Por suerte, parece como si los enmascarados se hubiesen retirado y me da algo de margen para moverme entre las cabañas, pero algunos encapuchados aún se pasean de un lado a otro. Estoy a punto de cruzan una zona más despejada cuando escucho como un par de ellos se acercan.

—¿Está todo listo? —pregunta uno.

—Sí, las furgonetas han llegado. A mediodía recogeremos a las presas y las llevaremos de vuelta, las de más cerca por carretera y el resto en avión. Los pilotos ya están avisados.

—Bien, ¿y el transporte de los socios?

—Preparado también. Alguno de ellos se quedará hasta el anochecer, se ve que los muy cabrones están cansados por la

partida de caza de anoche.

Ambos ríen y pego la espalda contra la pared de madera de la cabaña mientras pasan justo por delante de mí. Contengo el aliento e intento no moverme, sin embargo, a la luz del día, mi ropa oscura no pasa desapercibida y uno de ellos se detiene de golpe. Entro en pánico. Si me pillan aquí, Dios sabrá qué harán conmigo. Escucho sus pisadas acercándose y me muevo deprisa, rodeo la cabaña y encuentro una ventana abierta por la parte trasera. Ni siquiera lo pienso antes de lanzarme al interior. Me agacho y espero a que el encapuchado pase de largo.

—¿Qué ocurre? —escucho que pregunta uno afuera.

—Nada, me pareció ver una sombra. Supongo que habrá sido un pájaro o algo así.

Los pasos se alejan y suelto todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Entonces escucho un ruido que viene del interior de la cabaña, parece el sonido del agua golpeando un cristal. Me levanto y casi de puntillas me asomo para comprobar si hay alguien. Esta cabaña es mucho más grande que la mía, y también más lujosa. Encuentro una puerta abierta que no tardo en descubrir que lleva a un baño. Echo un pequeño vistazo. Distingo la silueta de un hombre en el interior de la ducha, aunque el cristal de la mampara es traslúcido y no logro verle la cara. Retrocedo de espaldas, paso a paso y sin hacer ruido.

Esta es mi oportunidad. Estoy en la cabaña de uno de esos enmascarados. Puede que aquí haya alguna pista de quiénes son y a dónde se llevan a las mujeres, a Rose. Con mucho cuidado, empiezo a revisar los muebles de la sala de estar. Abro cajones y puertas, siempre atenta al sonido del agua que proviene del baño. No hay nada, literalmente todos los muebles están vacíos. Decido arriesgarme y me adentro más en la cabaña. Hay dos habitaciones, una de ellas es un dormitorio y la otra una especie de oficina o despacho, enseguida llama mi atención el ordenador portátil que hay sobre una mesa de madera maciza. Me acerco a toda prisa y lo abro.

Solo soy consciente de la suciedad y la sangre reseca que cubren mis manos cuando las coloco sobre el teclado. Estoy hecha un desastre, pero no me importa. Esto es lo más cerca que he estado de encontrar una pista del paradero de Rose en meses y pienso aprovecharlo. La pantalla se ilumina y en ella aparece una especie de logotipo corporativo: Sutton Casino & Hotel.

«¿Casino? Este enmascarado trabaja en un casino. ¡Eso es algo!». El ordenador está protegido por una contraseña y no tengo tiempo para ponerme a hacer pruebas. Desde esta estancia no puedo escuchar el sonido del agua, y si sale de la ducha y me atrapa aquí es probable que me cueste la vida. Abro un par de cajones y encuentro varios documentos, todos llevan el logotipo del casino. Estoy a punto de salir del despacho para buscar más información en el dormitorio cuando escucho unas pisadas. Entro en pánico por enésima vez hoy. Las pisadas se acercan y no tengo ningún lugar donde esconderme.

Echo un vistazo alrededor. Hay una ventana, pero no sé qué o quiénes pueden estar al otro lado. Me la juego. En el exterior tengo al menos una posibilidad de huir, si me quedo estoy perdida. Abro la ventana sin hacer ruido, y antes de que la puerta se abra, salto casi de cabeza. Aterrizo sobre mis codos y hago una mueca de dolor, no obstante, no me doy tiempo para lamentarme. Echo a correr sin mirar atrás. Tengo que regresar a mi cabaña. Esos encapuchados dijeron que a mediodía nos llevarían de vuelta a casa, o al menos eso fue lo que entendí. Mi prioridad ahora mismo es salir de este infierno, después ya veré qué hago con la información que he conseguido. Sutton Casino & Hotel, esa es mi pista y pienso sacarle partido.

Capítulo 14

Reese

Golpeo la superficie de la mesa con la palma de la mano en un gesto más que evidente de mi enfado. Hace ya más de una hora que intento explicarle al inspector Ellis todo lo que he pasado esta última semana, pero parece como si no me estuviese creyendo.

—Reese, tranquilízate —me advierte.

—Estoy muy tranquila. Solo me han secuestrado, perseguido cada noche durante una semana, he visto cómo violaban y golpeaban a varias chicas y, como si fuese poco, me arriesgué a que me mataran por conseguir una información que por lo visto no sirve para absolutamente nada.

—¿Qué información? —El inspector resopla y se pinza el puente de la nariz—. No sabes a dónde te llevaron ni quiénes eran esos enmascarados. ¿Entiendes que no puedo hacer nada sin tener más datos?

—¡Te he dado el jodido nombre del casino! —grito.

Me lanza una nueva mirada de advertencia y decido ponerme en pie y caminar de un lado a otro de mi sala de estar antes de que termine perdiendo la poca paciencia que aún conservo.

—Sutton Casino & Hotel —dice tras leerlo en su cuaderno de notas.

—¡Sí! Este tipo era uno de los enmascarados y trabaja en ese casino de Las Vegas. ¡Es una pista, joder! Manda a alguien allí, que

interroguen a los empleados.

Bufa de nuevo y niega con la cabeza.

—Reese, no puedo hacerlo. Para empezar, ni siquiera tengo jurisdicción en el estado de Nevada, y tampoco hay pruebas ni indicios de que alguien de ese lugar haya sido el responsable de la desaparición de tu amiga. Solo es tu palabra.

—Y no me crees, ¿verdad? —inquiero—. ¡Mírame! ¿Te parece que me he hecho esto fregando los platos? —Le muestro mis manos y mis antebrazos repletos de arañazos y hematomas—. Pasé noches enteras trepando por los árboles para que esos degenerados no me atraparan.

—Yo te creo, pero eso no cambia nada. Necesitamos pruebas sólidas, no solo una historia de cacerías humanas, cabañas en el bosque, vallas electrificadas y encapuchados que parece sacada de una película de terror de bajo presupuesto.

Resoplo con fuerza y abro uno de los cajones de la librería, saco de su interior un sobre marrón y lo lanzo sobre la mesa.

—¿Y qué me dices de eso? —Lo señalo con la barbilla y espero a que Ellis lo abra y vea lo que hay dentro—. Son veinte mil dólares en efectivo.

—¿De dónde has sacado este dinero? —pregunta confuso.

—¡Ellos me lo dieron! Nos dejaron en las afueras de la ciudad y empezaron a repartir esos sobres a todas las chicas.

—Esas chicas a las que nunca les viste la cara. —Asiento, aunque no ha sido una pregunta.

—Ya te lo he dicho cien veces. Solo vi el rostro de una. Era rubia y muy joven. Tuve que presenciar cómo la violaban entre tres tipos, la golpearon hasta casi perder la consciencia y después se la llevaron. Es posible que hayan hecho lo mismo con Rose.

—Vale, quiero que me escuches con atención. —Empuja el sobre hacia mí y frunce el ceño—. Si le cuentas a alguien lo de este dinero, solo lograrás que se confirmen las sospechas de mis jefes.

—¿Qué sospechas? —inquiero.

—Ellos creen que Rose se dedicaba a la prostitución y que alguno de sus clientes…

—¡Eso no es cierto! —grito, cortándolo.

—¡Da igual! Está esa aplicación, sus antecedentes y ahora el dinero. No sabemos en qué andaba metida tu amiga, ni siquiera tú lo sabes.

—¿Y si fuese así? La vida de una prostituta vale menos que la de cualquier otra mujer, ¿es eso?

—No, no es eso, pero es mucho más complicado que la línea de investigación se mantenga abierta si mis superiores confirman que sus sospechas son ciertas. ¿Sabes a cuántas prostitutas asesinan cada día solo en este Estado? —Contengo un nuevo resoplido y cierro los ojos con fuerza. Esto es inútil. No va a ayudarme—. Hay discusiones, peleas con los clientes por los precios o cualquier otro motivo. Es muy sencillo matar a una prostituta porque nadie va a preocuparse por ella, y los cadáveres…

—Vete de mi casa —gruño, perdiendo la paciencia.

—Reese…

—No, hablo en serio. Lárgate de mi casa. Estoy harta de escuchar cómo me tratas como a una loca e insultas a mi amiga. Si eso es todo lo que vas a aportar, puedes irte. Yo me encargo de encontrarla.

—¿Qué vas a hacer? Mira en dónde acabaste por intentar hacerte la heroína. ¿Estás dispuesta a seguir jugándote la vida por alguien que es posible que ya esté muerto?

—Sí, lo estoy, porque ese alguien jamás dejaría de buscarme si fuese yo la que estuviese desaparecida. Ahora vete, por favor.

Durante unos minutos más, Ellis intenta convencerme de que no me meta en líos, pero logro que se dé por vencido y se marche de mi casa. En cuanto me quedo sola, me dejo caer en el sofá y disfruto del primer momento de paz desde que regresé a casa. Solo han pasado unas pocas horas desde entonces, pero parece como si hubiesen sido muchas más.

Cometí un error al pensar que la Policía podría ayudarme. La única forma de traer a Rose de vuelta es haciéndolo por mí misma. Me enderezo, y tras coger mi ordenador portátil, regreso al sofá y hago una búsqueda rápida por internet. «Sutton Casino & Hotel». El primer resultado es la página web de la empresa. La ojeo un poco. Es un casino de Las Vegas, eso ya lo sabía. Está localizado en el mismísimo Strip y no parece el tipo de establecimiento en el que a mi padre se le ocurriría dar un golpe. El sitio es enorme y muy lujoso, cinco jodidos diamantes. Cuenta con más de dos mil habitaciones, *spa*, un par de clubs nocturnos y casi una docena de bares y restaurantes, además de tiendas de ropa. Es digno de hospedar a cualquier miembro de la realeza, o tal vez al presidente.

Paso un buen rato buscando información sobre la historia del casino. Fue fundado en mil novecientos noventa y ocho por Anthony Sutton, pero son sus tres hijos y herederos los que se hacen cargo del negocio en la actualidad. El mayor es Wade Sutton, el mediano Xander Sutton y el pequeño Ren Sutton. No hay fotos ni más información sobre ellos, pero tampoco es que me interese demasiado. Lo más probable es que el tipo, que estaba en la ducha cuando me colé en su cabaña, sea solo un empleado del lugar. Busco el número de trabajadores y mascullo una maldición.

—¿En serio? ¿Seis mil putos empleados? —farfullo.

Trato de centrarme y empiezo a anotar en una libreta toda la información de la que dispongo. En el despacho de la cabaña encontré documentos corporativos y el logo de la empresa estaba en su ordenador, así que me decanto por un puesto administrativo. ¿El director tal vez?

Trato de hacer memoria por si durante los últimos siete días he oído o visto algo que pueda ayudarme a reducir la lista, y la conversación de esos dos guardias frente a la valla de madera acude a mi mente: «Cuando seas un millonario excéntrico como ellos podrás tener ese tipo de diversión, mientras tanto te toca pasar la noche vigilando la entrada».

«Un millonario excéntrico. Si todos los enmascarados son hombres ricos, el tipo en cuestión no puede tener un puesto cualquiera». Por suerte, la lista de empleados es pública y no tardo en localizarla. Me centro en los puestos más importantes, los de dirección, esos son los que tienen un nivel adquisitivo más alto. Director de Compras, director de Casino, gerente de Tecnología, director de Relaciones Públicas, director de Eventos, gerente de Servicios al Cliente, gerente de Seguridad, director de Recursos Humanos, gerente de Finanzas, director de Operaciones… La jodida lista es interminable.

Muevo los hombros en círculos para desentumecerlos y abro una nueva pestaña en el ordenador. En solo cinco minutos ya he reservado un vuelo a Las Vegas para la próxima semana. Antes de meterme en la boca del lobo necesito saber cuántos dientes tiene, de qué tamaño es la lengua e incluso si le huele el aliento. Tengo que recabar toda la información posible, y esa tarea me llevará unos cuantos días. Cuando logre trazar un buen plan, me presentaré en el dichoso casino y descubriré quién era el tipo de la ducha; él es mi única posibilidad de encontrar a Rose.

Capítulo 15

Wade

«Desean algo y no lo consiguen. Matan y sienten envidia, y no pueden obtener lo que quieren. Riñen y se hacen la guerra. No tienen, porque no piden». «Santiago 4:2».

Repiqueteo con los dedos sobre la mesa de cristal mientras James Harvey, nuestro director financiero, habla sin parar, aunque no presto atención a lo que dice. Como ya se ha convertido en costumbre durante las últimas semanas, mi mente regresa a aquella última noche en el bosque, con ella, Flor, la presa más escurridiza que he intentado cazar en toda mi vida. Casi puedo oler el aroma floral de su pelo, el calor de su boca rodeando mi polla, ese sonido ahogado cuando me enterré en su garganta… y después escapó. A menudo me imagino haciendo algo distinto. Fui descuidado, no debí permitir que huyera.

—Señor Sutton… —Sacudo la cabeza para borrar esas imágenes de mi mente e intento centrarme en el hombre que me mira con confusión—. ¿Se encuentra bien? Podemos aplazar la reunión si no es así.

Echo un vistazo a mi alrededor. Hay más de veinte hombres y mujeres, incluyendo a mi hermano Xander, mirándome con fijeza. Todos esperan una respuesta.

—No. —Me enderezo y tenso los hombros—. Adelante, puede continuar.

Tras unos segundos en los que parece verificar que ahora sí le estoy escuchando, Harvey retoma su discurso y logro centrarme lo suficiente como para prestar atención durante el resto de la reunión. Al terminar, uno a uno, todos los miembros de la junta abandonan la sala, dejándonos a mi asistente y a mí solos en el lugar.

—¿Qué te ocurre, Wade? —pregunta sin tapujos.

Ordeno el dosier que tengo sobre la mesa con mucho cuidado y evito mirar en su dirección. Nancy es una de las pocas personas en las que confío, pero ni siquiera a ella soy capaz de confesarle que no puedo dejar de pensar en esa maldita chica de la cacería.

—Tenemos que preparar la campaña de *marketing* del próximo año. La idea de Russel es buena. Ese piloto de motociclismo…

—Deja la dichosa campaña por un momento y dime qué te pasa —exige. Alzo la cabeza y arqueo una ceja en su dirección por su tono de voz. Nancy es lo más parecido que tengo a una amiga, pero sigue siendo mi empleada y así es como debe tratarme. Enseguida parece darse cuenta de que ha cometido un error, carraspea y se disculpa con un gesto de su mano—. Llevas varias semanas distraído. No soy la única que lo ha notado. Puedes seguir fingiendo que no te ocurre nada o contármelo y tal vez pueda ayudarte. No pretendo meterme en tu vida. Me pagas para que te haga más sencillo tu trabajo, y eso es lo que quiero.

Inspiro hondo por la nariz y me ajusto la corbata. He estado evitando esta conversación. No quiero dar el paso. Si lo hago… Exhalo despacio y clavo mi mirada en la suya.

—Es posible que quiera encontrar a alguien —digo, intentando sonar casual.

—Vale. Tengo el contacto de un par de detectives privados que pueden ayudar. ¿Puedes darme más datos de esa persona?

—No es necesario el detective. La información que busco está en el servidor de la asociación. Quiero encontrar a una de las participantes de la última Cacería.

Nancy tarda unos segundos en asimilar lo que acabo de decir y, cuando lo hace, frunce el ceño, confusa.

—¿Una de las presas? —Asiento. Se cruza de brazos y aparta su flequillo rubio con un golpe de cuello muy sutil—. Wade, no estás buscando la forma de encontrar a esa mujer, sabes cómo hacerlo. Lo que quieres es que alguien te dé su aprobación y yo no voy a ser esa persona. Los datos personales de las presas son confidenciales por una buena razón.

—Lo sé —farfullo, apartando la mirada—. Olvida lo que acabo de decir.

Me pongo en pie, y tras abrocharme la chaqueta del traje, recojo el dosier y empujo la silla bajo la mesa. Solo estoy pensando estupideces. Lo que tengo que hacer es centrarme en el trabajo.

—¿Tan bien te fue con esa mujer en la Cacería? —Aprieto los labios y no respondo—. Espera… No puede ser. ¡¿Se te escapó?!

—Ni una palabra más —siseo, señalándola con el dedo índice a modo de advertencia.

A Nancy se le escapa una risa baja que enseguida disimula tosiendo.

—Espero que el resto de socios no se enteren de que una presa te dio esquinazo. Eso es algo que definitivamente arruinaría tu reputación.

—Deja de preocuparte por mi reputación y agenda una reunión con el representante del piloto.

—¿El español? —Asiento con la cabeza y ella hace una mueca de disgusto—. ¿Estás seguro? No tiene buena fama. Siempre anda metido en líos. Tal vez tenerlo a él como imagen del casino no sea lo más sensato.

Ignoro su comentario. Isaac Luque es el típico deportista joven y rebelde al que la prensa sigue a todas partes para presenciar su siguiente escándalo. Le gustan las mujeres, el juego y los problemas. Me han advertido sobre él y su carácter, sin embargo, estoy seguro de que puedo sacarle provecho a toda esa popularidad.

Si logro que un pequeño porcentaje de sus fans acudan al casino al menos una vez, habrá valido la pena.

—Infórmame cuando tengas noticias del representante —ordeno antes de dirigirme a la salida.

No espero su respuesta, solo abandono la sala de reuniones y me voy. Tengo otro asunto importante del que encargarme hoy, uno con nombre y apellido que casualmente es el mismo que el mío, aunque antes aprovecho para dar una vuelta por el casino y comprobar que todo va bien y ceno algo en uno de los restaurantes.

Ya bien entrada la noche, asciendo hasta la última planta del edificio en mi ascensor privado, y tras abrir la puerta del ático en el que vivo deslizando una tarjeta por el lector, me quito la chaqueta y la dejo colgada en el perchero de la entrada.

—Creí que ya no aparecerías —escucho que dice Ren antes de poder verlo.

Contengo un bufido y me adentro en la enorme sala de estar diáfana. Mi hermano pequeño está tumbado en el sofá con los brazos bajo la cabeza y sonriendo de oreja a oreja.

—Baja los pies —ordeno.

Pone los ojos en blanco, pero obedece. Odio cuando hace eso. ¿Es que en el internado no le han enseñado modales?

—¿Por qué me has hecho venir hasta aquí?

Me siento en uno de los sillones y aflojo un poco el nudo de mi corbata antes de centrarme en él.

—Ren, ya no eres un niño. Vas a tener que empezar a hacerte cargo de tu propia vida.

Bufa con fuerza y se deja caer hacia atrás contra el respaldo del sofá.

—¿En serio me has llamado para darme un sermón? Tú lo has dicho, hermanito, no soy un niño.

—Entonces deja de comportarte como uno. No puedes seguir gastando miles de dólares en alcohol, mujeres y juego.

—¿Por qué? Es mi dinero también. Te recuerdo que un tercio de todo esto me pertenece.

—Y, sin embargo, solo Xander y yo trabajamos para que siga generando beneficios. Si dependiera de ti, ya estaríamos arruinados.

—Qué suerte que no sea así —comenta en tono sarcástico.

Me muerdo el interior de la mejilla para contener las ganas que tengo de zarandearlo. Ren es de las pocas personas que logra irritarme de verdad.

—Hablo en serio. Xander y yo lo hemos hablado y creemos que es conveniente que empieces a tomar responsabilidades en el negocio familiar.

—Lo habéis hablado… —masculla, y vuelve a sonreír—. ¿Qué se supone que significa eso?

—Mañana a primera hora te presentarás en tu nuevo puesto de trabajo. —Va a decir algo, pero lo corto alzando una mano—. Sin excusas ni quejas.

—¿Y si no acepto? No podéis obligarme. Soy el dueño de…

—Haré que te declaren incapaz y nos quedaremos con tu parte del negocio, de las propiedades y del dinero. Repito, vas a tener que hacerte cargo de tus responsabilidades o te quedarás sin nada.

—No puedes hacer eso. —Su gesto divertido cambia a una expresión seria.

—Ponme a prueba.

Nos mantenemos la mirada unos segundos. Puedo notar como su enfado se acrecienta, y cuando se levanta maldiciendo ni siquiera pestañeo. Ya estoy acostumbrado a sus rabietas de niño malcriado. Este es un ultimátum y estoy dispuesto a cumplir mi amenaza si no empieza a comportarse como un adulto de una vez por todas.

Tras un buen rato de berrinche, bufa con fuerza y clava su mirada en la mía.

—¡¿En qué demonios se supone que voy a trabajar?!

Me pongo en pie con lentitud y sin perder la calma. Al menos parece dispuesto a intentarlo, aunque sea bajo amenazas.

—El director del casino está a punto de jubilarse. Serás su ayudante durante unos meses y, con un poco de suerte, cuando se marche estarás capacitado para sustituirlo.

—¿Director de casino? Eso suena divertido —masculla entre dientes. Obviamente está siendo sarcástico, pero decido ignorarlo.

—Si lo prefieres, puedo asignarte un puesto de camarero en alguno de los restaurantes. —Recibo una mirada de odio a modo de respuesta—. Bien, entonces mañana a primera hora. Ya puedes irte.

—Sabes que eres jodidamente irritante, ¿verdad? —sisea furioso —. Algún día me encantaría ver como alguien te baja de ese puto pedestal en el que crees estar.

Inspiro hondo por la nariz y me contengo para no decirle que el pedestal en el que estoy me lo he ganado a pulso trabajando, pero eso es algo que él no entendería, ya que nunca ha tenido que esforzarse para conseguir todo lo que desea.

—Adiós, Ren —murmuro, dándole la espalda.

Ni siquiera se molesta en despedirse, y cuando apenas he ascendido un par de escalones en dirección a la planta superior del ático, escucho como se marcha, azotando la puerta con fuerza.

Termino de subir las escaleras y solo tras cerrar la puerta de mi dormitorio comienzo a desvestirme. Estoy a medio camino de desabrochar la camisa cuando mi teléfono suena. Le echo un vistazo a la pantalla y al ver el nombre de Nancy en ella respondo de inmediato. No es habitual que me llame a estas horas.

—Hola, Nancy —saludo nada más descolgar—. ¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema. Alguien ha entrado en tu despacho.

—¿Cómo dices?

—Un ladrón, Wade, o varios, aún no lo sabemos. El equipo de seguridad está revisando las cámaras de vigilancia, pero no hay nada. Las desconectaron. Parecen profesionales.

Sujeto el teléfono con el hombro mientras vuelvo a recomponer mi ropa. ¿Cómo es posible que alguien haya podido acceder a mi despacho? Se supone que el casino dispone de uno de los equipos de seguridad más caros y eficaces del país.

—¿Sabes qué se han llevado? —inquiero, intentando mantener la calma.

—No. Te he querido llamar a ti antes de tocar nada. Lo han revuelto todo.

¡Hijos de puta! Quién se haya atrevido a tocar mis cosas puede darse por muerto.

—Estaré ahí en tres minutos. Adiós. —Cuelgo la llamada y salgo de la habitación a toda prisa.

Capítulo 16

Reese

Me llevo la copa a los labios y doy un pequeño sorbo mientras observo como la chica de pelo corto y rubio entra en el bar. Hace ya dos meses que llegué a Las Vegas. Es extraño regresar a mi hogar y no sentirlo como tal. Supongo que, sin papá, esta ciudad solo es una más, ruidosa, brillante y repleta de turistas, pero sin una pizca de encanto para mí.

El camarero me sonríe al pasar junto a mí y le respondo de la misma forma. El primer paso para encontrar a alguien es saber a quién estás buscando, y para ello he tenido que adentrarme en terreno desconocido, o lo que es lo mismo, hospedarme en este hotel de lujo que se está llevando cada centavo de mis ahorros.

He hecho un trabajo de vigilancia y seguimiento exhaustivo a varios de los directivos de la empresa, pero ninguno parece estar relacionado con lo que ocurre en esas cacerías humanas. Cuando estaba a punto de rendirme, decidí hacer un último esfuerzo e implicarme de manera más personal, y eso me ha traído hasta aquí.

Sigo mirando a la chica desde lejos. Viene aquí cada noche, se toma un par de copas de vino y, tras poco más de una hora, se marcha. Me fijé en ella tras darme cuenta de que todos los empleados la trataban con excesivo respeto y amabilidad. Hice un par de preguntas discretas y descubrí que es la asistente de uno de los dueños de este inmenso lugar, del mayor para ser más precisa, Wade Sutton.

Sigo dando pequeños sorbos a mi bebida sin alcohol sin perderla de vista. Espero a que ella termine y cuando se acerca a la barra pongo mi plan en marcha. No necesito demasiado, solo fingir un tropiezo, derramar el líquido transparente sobre su blusa de seda y logro llamar su atención.

—¡Oh, lo siento mucho! —exclamo, y agarro un puñado de servilletas para ayudarla a limpiar su escote.

La chica rubia, Nancy, alza la cabeza de golpe, frunciendo el ceño, aunque no tarda en suavizar su expresión y hasta parece sonreír.

—Tranquila, no pasa nada —responde, y como ya esperaba, su mirada va a parar a la generosa porción de piel que deja al descubierto el escote del vestido oscuro y ajustado que llevo puesto.

—Ha sido un accidente. Estaba distraída —digo a modo de disculpa.

—Lo supuse. —Me lanza una sonrisa coqueta y vuelve a repasarme con la mirada, esta vez de arriba abajo.

No suelo vestir de forma tan elegante y ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me maquillé tanto, eso por no hablar del cabello perfectamente peinado creando ondas voluminosas que he tardado horas en perfeccionar. Sin embargo, si logro acceder a esta mujer, habrá valido la pena el esfuerzo. Bueno, casi, porque por culpa de los jodidos tacones es posible que mañana no sea capaz de ponerme de pie.

—He destrozado tu blusa. —La señalo y ella se encoge de hombros.

—No te preocupes, tengo más. —Una nueva sonrisa, esta vez acompañada por un aleteo de pestañas que pretende ser seductor, aunque en mí no tiene ningún efecto.

Estiro mis comisuras y finjo haber caído en su juego. Los camareros hablan demasiado. No tardé ni una semana en descubrir que a la asistente ejecutiva del director general de este lugar le gustan las mujeres, y no cualquiera, ella las prefiere elegantes y sofisticadas.

—Lo siento muchísimo. —Señalo la mancha con el dedo índice, justo en el centro de su pecho—. Si me la das, puedo enviarla a la tintorería.

Arquea una ceja y sus ojos azules brillan con diversión.

—No es necesario. Además, tendría que desnudarme aquí mismo y no creo que eso sea buena idea. —Da un paso corto hacia mí y le mantengo la mirada—. A no ser que quieras acompañarme a mi habitación y quitármela tú. —¡Bingo! Ha sido tan fácil que casi me da pena. Me aseguro de que pueda notar mi gesto de confusión y retrocedo un par de pasos para alejarme de ella. Su expresión cambia de inmediato—. Tengo la sensación de que he malinterpretado tus intenciones —confiesa.

—Sí, eso creo —mascullo, y retiro un mechón de mi cabello con la mano.

—Creí que jugábamos en el mismo equipo. Siento la confusión. —Está a punto de girarse, pero logro retenerla sujetándola por la muñeca.

—¡Oye! —Vuelve a mirarme frunciendo el ceño—. Que no compartamos equipo no nos hace rivales. Al menos deja que te invite a una copa a modo de disculpa por haber arruinado tu blusa. —La suelto y parece pensarlo unos segundos antes de asentir.

—Está bien. Una copa.

En cuanto uno de los camareros reemplaza nuestras bebidas, nos dirigimos a una mesa y tomamos asiento la una frente a la otra. Los primeros instantes los ocupamos con un incómodo silencio. Soy yo la que lo rompe. Necesito tomar las riendas de la situación. Carraspeo y logro que me mire.

—¿Cómo te llamas?

—Nancy.

—Yo soy Reese —respondo, y esbozo una pequeña sonrisa antes de darle un sorbo a mi bebida—. ¿Trabajas aquí? Te he visto alguna noche en el bar.

—Sí, así es. Tú no eres empleada, ¿verdad?

—No. Solo me hospedo en el hotel —aclaro.

—¿Estás en Las Vegas por trabajo o diversión?

«Eso es. Justo el tema que quiero tocar».

—Trabajo, al menos eso espero. Busco un cambio de aires, pero si no logro un empleo pronto, tendré que regresar a Los Ángeles.

—¿Los Ángeles? —Asiento—. ¿Por qué alguien que vive allí querría mudarse a Las Vegas? Te advierto que esto no es tan fantástico y glamuroso como lo describen en las películas. Estamos en mitad del desierto.

Río bajito y niego con la cabeza.

—Lo sé, nací en la ciudad. —Estrecha su mirada sobre mí—. Viví aquí hasta los diecisiete años. Es algo así como un regreso a casa.

—¿Y te hospedas en un hotel?

Chica lista. Voy a tener que emplearme a fondo para poder convencerla.

—Sí, ya no tengo familia en la ciudad. Si consigo un empleo me quedaré, y si no… —dejo la frase en el aire y me encojo de hombros.

—¿De qué quieres trabajar? Me refiero a tu profesión, ¿cuál es?

—Ladrona —respondo sin inmutarme. La pobre chica se atraganta y escupe un buen chorro de vino blanco sobre el mantel. Suelto una carcajada al ver su gesto de confusión—. Esa reacción suele ser habitual, pero tranquila, tu cartera está a salvo conmigo. Es una larga historia.

Tose un par de veces, y tras secarse la barbilla con una servilleta, me mira fijamente.

—Quiero escucharla.

Y ahí es justo donde quería llegar. Sonrío y alzo mi copa.

—En ese caso, pide otra ronda. Va a llevarme un buen rato.

Capítulo 17

Reese

Una hora después, y con varias copas vacías sobre la mesa, Nancy sigue intentando asimilar todo lo que le acabo de contar.

—A ver si lo he entendido bien. —Se humedece los labios y adopta una postura rígida—. Tu padre era un ladrón profesional y tú participabas en sus robos. —Asiento, esbozando media sonrisa—. Un golpe salió mal, él falleció y a ti te enviaron a un reformatorio.

—Centro de tratamiento de menores —la corrijo, y hago una mueca porque ni llamándolo de ese modo suena distinto a lo que en realidad es: una jodida prisión para niños.

—Al salir empezaste a trabajar con la Policía. ¿Cómo es eso posible?

—Nadie mejor que un ladrón para saber cómo y por dónde puede entrar otro. —Parece confusa, así que amplío mi explicación—. Imagina que alguien entra a robar en este mismo casino. —Noto cómo se tensa, pero no hago preguntas al respecto—. Lo lógico sería llamar a la Policía, ¿verdad? —Asiente con la cabeza—. Sin embargo, en algunas ocasiones, ellos no tienen ni idea de cómo han podido burlar las medidas de seguridad y ahí es cuando me llaman a mí. Mi padre era uno de los hombres más inteligentes y metódicos en su trabajo y me enseñó a pensar como él. Planteo el problema como si fuese yo misma la que intentara asaltar el lugar y siempre logro dar con los fallos de seguridad que los ladrones han usado para cometer el golpe.

—Qué interesante. Has pasado de ser la villana a la heroína.

—Tampoco tanto —digo tras soltar una carcajada—. Echando una mano en casos policiales he logrado hacerme con una buena reputación. Hay empresas que están dispuestas a gastar grandes sumas de dinero para cerciorarse de que su seguridad no tiene fisuras.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —inquiere, una vez más demuestra que es una mujer inteligente y sabe hacer las preguntas correctas—. No lo entiendo. Tienes un buen trabajo en Los Ángeles y, por lo que cuentas, te va bien. ¿Por qué quieres mudarte a Las Vegas?

«Tres partes de verdad y una de mentira, esa es la base del mejor engaño». La voz de mi padre resuena en mi cabeza y sonrío. Ya he sido demasiado sincera, ahora toca mentir.

—Busco un cambio de aires. ¿Sabes cuánta delincuencia hay en Los Ángeles? Necesito un descanso y Las Vegas, además de ser mi hogar, también resulta atractiva. Los mejores sistemas de seguridad se implementan en estos casinos y hoteles. Poco trabajo y un pago excesivamente alto. ¿Qué más se puede pedir?

Parece pensarlo unos segundos, y tras beber el resto de su copa, asiente en mi dirección.

—Ningún sistema de seguridad es infalible —masculla entre dientes.

—Lo sé. Si fuese así, yo no tendría trabajo.

Logro hacer que sonría, y tras suspirar, clava su mirada en la mía.

—¿Qué es lo que buscas exactamente? ¿Quieres seguir trabajando para distintas empresas o un puesto fijo en alguna?

—Estoy abierta a cualquier propuesta, pero estaría bien asentarme en algún lugar como este. —Extiendo los brazos, señalando lo que nos rodea—. Podría a acostumbrarme a vivir así.

—No es difícil —comenta sonriendo.

Espero a que diga algo más, pero no lo hace, y cuando echa un vistazo por tercera vez a la pantalla de su teléfono, soy consciente de que no voy a conseguir lo que pretendo sentada aquí con esta

mujer. Necesito cambiar de estrategia, o al menos adaptar la actual a estas nuevas circunstancias.

—En fin… —Me pongo en pie, llamando su atención—. Ha sido un placer charlar contigo, Nancy, pero se está haciendo tarde y debería ir a dormir ya. Supongo que volveremos a encontrarnos por aquí en algún momento antes de que me marche.

—Sí, por supuesto. —Vuelve a pestañear de manera seductora y esboza una sonrisa ladeada—. Es una verdadera pena que no juegues en mi equipo.

Esta vez soy yo la que sonríe, y asiento con la cabeza.

—Buenas noches —me despido, y doy media vuelta.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho…». Como ya esperaba, aún no he llegado a contar diez pasos cuando la escucho decir mi nombre. Me giro a medias y veo como se pone en pie y viene hacia mí.

—Dame tu teléfono. —Arqueo una ceja divertida—. No es para eso —aclara, y se lo doy—. Puede que tenga un trabajo para ti. Deja que lo hable con mi jefe y te contactaré por la mañana.

Espero a que teclee algo en mi teléfono y la pantalla del suyo se ilumina.

—Muchas gracias, Nancy. Eso sería genial.

—Estamos en contacto. Mantente pendiente porque es posible que tengas que acudir a una reunión con el señor Sutton mañana mismo.

—Lo estaré —afirmo.

Nos despedimos y retomo mi salida del local sonriendo de oreja a oreja. He alcanzado mi primer objetivo. Infiltrarme en el equipo de seguridad de la empresa es la forma más rápida y efectiva para conseguir información sobre todos los empleados.

Wade

«Hay que desconfiar hasta del amigo; ni siquiera en el hermano se puede confiar, pues los hermanos se engañan entre sí y los amigos se calumnian unos a otros».

«Jeremías 9: 4-7».

—¿Una ladrona? —Frunzo el ceño, confuso.

Nancy ha tenido la extraña idea de que la única manera de encontrar a la persona o personas que irrumpieron en mi despacho hace un par de noches es contratando a una experta en seguridad de la que hasta hace unos minutos nunca había escuchado hablar, y su carta de presentación no es que sea la mejor: una ladrona. ¿Quién en su sano juicio querría a alguien con esos antecedentes en su empresa?

—Sí, te he hecho un informe detallado sobre ella. Se llama Reese Kennedy, la conocí anoche en el bar del hotel.

—Nancy, ¿has perdido el juicio? —pregunto muy en serio. No es propio en ella sugerir semejante locura.

—Sé que parece extraño, pero lee el informe. —Señala la carpeta que tengo frente a mí, abierta por la primera página—. La he investigado a fondo y todo lo que me contó es verdad. Su padre era un ladrón muy conocido en el estado de Nevada, lo mataron durante el asalto a un pequeño casino de las afueras.

—¿Se supone que esa información debería tranquilizarme?

—Wade, ella era solo una adolescente cuando todo ocurrió. La enviaron a un reformatorio y cuando salió empezó a trabajar como experta en seguridad. Colabora con la Policía de Los Ángeles en los casos más complejos, además, varias empresas han contratado sus servicios. Contacté con ellos y todos concuerdan en que su trabajo es excelente. La chica de verdad sabe de lo que habla porque lo ha vivido, es capaz de encontrar fisuras en el sistema de seguridad más avanzado y perfecto que pueda existir.

—El nuestro no tiene nada de perfecto —mascullo entre dientes mientras ojeo el informe.

Si fuese así, no habrían podido entrar en mi despacho, robarme y amenazarme, y lo peor es que no hay ni una sola imagen o pista de quién pudo haber sido. Tengo a todos trabajando día y noche para encontrar al ladrón, pero está claro que lo que yo creía que era un equipo de seguridad bien entrenado ha resultado ser un grupo de incompetentes.

Tardo varios minutos en revisar toda la información. El informe está repleto de elogios y menciona las virtudes y hazañas de la tal Reese con tanto ahínco que casi no parece real y me hace plantearme la posibilidad de que quien lo ha redactado tenga un interés especial por esta mujer. Cierro la carpeta y clavo la mirada en mi asistente.

—Es perfecta para el trabajo, Wade y no pierdes nada por intentarlo.

—Tengo que hacerte una pregunta importante antes de tomar una decisión. —Coloco los codos sobre la mesa y la miro con fijeza —. ¿Te has acostado con ella?

—¡¿Qué?! —Abre mucho los ojos y niega con la cabeza—. ¿A qué viene eso? ¿Crees que te estoy pidiendo que la contrates porque tengo un interés personal en ella?

—¿No es así?

—Estás poniendo en entredicho mi capacidad laboral, y eso es algo que me ofende —sisea.

—Bien, entonces respóndeme ofendida, pero hazlo. ¿Te has acostado con ella?

—No —contesta rotunda.

—¿Tienes intención de hacerlo? ¿Esto es algo así como un favor por otro?

—¡Claro que no! —exclama. Le lanzo una mirada de advertencia y exhala con fuerza—. No me estoy comprando un polvo, Wade. — Vuelvo a mirarla con dureza. Ese tipo de lenguaje no es para nada apropiado en estas circunstancias, pero ella me ignora y sigue explicándose —. La chica es muy guapa, pero ni siquiera juega en mi

liga. Me pareció interesante tener otro punto de vista. El equipo de seguridad no está haciendo avances y tal vez ella pueda dar con alguna pista. Si no te interesa está bien, se lo diré y buscaremos otra forma de averiguar quién está detrás del robo y de la amenaza.

Lo pienso durante unos segundos. Supongo que tiene razón y no pierdo nada en intentarlo, al menos puedo conocerla y valorar por mí mismo si es de fiar.

—Está bien, fija una reunión para esta tarde. Hablaré con ella y veré qué puede ofrecerme, pero si no me convence no la contrataré, ¿entendido?

—Por supuesto.

Pasamos un par de horas más tratando temas laborales y cuando vuelvo a quedarme solo en el despacho, abro de nuevo la carpeta y le echo otro vistazo. Si lo que dice aquí es verdad, podría ser un buen fichaje para el equipo de seguridad a corto, medio y largo plazo, aunque lo que más me importa ahora es encontrar a quien se haya atrevido a robarme y amenazarme en mi propia casa.

Saco la nota que me dejaron tras el robo y la leo: «Te estoy vigilado, Sutton. Vas a caer». La dejo sobre la carpeta abierta con un bufido y me fijo en que el informe incluye una fotografía de la experta en seguridad. No parece actual. Se supone que la chica tiene veintisiete años y en la imagen no aparenta más de veinte.

—Nancy no se equivocaba. Eres preciosa —murmuro, mirando la imagen con atención—. Veamos qué tienes para mí.

Capítulo 18

Reese

Intento mantener la barbilla en alto y una expresión neutra mientras camino por el largo pasillo que lleva al despacho de Wade Sutton. No me sorprendió la llamada de esta mañana por parte de su asistente, al contrario, la estaba esperando, incluso me di el lujo de no contestar a la primera. Lo que menos me conviene en este momento es que crean que estoy desesperada, aunque así es justo como me siento. Estoy gastando mi último cartucho. Si no consigo este trabajo, no sé qué más puedo hacer para encontrar a Rose.

Me concentro en el repiqueteo de mis tacones sobre el suelo de madera pulida mientras sigo avanzando justo por detrás de Nancy. Se detiene frente a una enorme puerta doble que está custodiada por dos hombres vestidos con trajes negros, corbatas y camisas blancas impolutas. Atisbo a ver la sombra de un auricular en la oreja de uno de ellos y sonrío por dentro. Son parte del equipo de seguridad, lo que es lo mismo, un par de incompetentes. Nancy llama a la puerta y espera a que le den permiso para abrirla antes de hacerlo, echa un vistazo sobre su hombro y me indica con un gesto que la siga al interior de la estancia. Lo hago manteniendo mi postura despreocupada, pero alerta.

Doy un paso más y mis tacones se hunden en una alfombra gruesa y mullida que ocupa gran parte de la estancia, al fondo hay una gran mesa de madera con un sillón de respaldo alto frente al ventanal con vistas al *Strip*. Echo un vistazo de manera disimulada.

No hay fotografías sobre el escritorio ni tampoco en el mueble que está junto a la pared. Estoy tan ocupada intentando sacar toda la información posible de la estancia en la que me encuentro que ni siquiera soy consciente de que hay alguien más en el despacho hasta que siento su presencia a mi espalda.

—Wade, te presento a Reese Kennedy —dice Nancy, y me giro despacio para al fin ponerle cara a uno de los dueños del Sutton Casino & Hotel.

Mi intención es saludarlo con una sonrisa más que ensayada, pero apenas soy capaz de moverme. Cabello oscuro, barba corta cubriendo un mentón anguloso, cejas pronunciadas y bien definidas, hombros anchos… Lleva puesto un traje de tres piezas oscuro con la corbata a juego, camisa blanca y unos zapatos tan relucientes que casi podrían ser usados como espejo. Es alto, me saca al menos una cabeza y sus ojos grises… Hay algo en ellos que me resulta familiar.

Carraspeo, y tras pestañear un par de veces, estiro mi brazo en su dirección.

—Encantada de conocerlo, señor Sutton —digo, intentando sonar muy segura de mí misma.

Arquea una ceja, como si pudiese ver más allá de mi estoica fachada. Supongo que será algo habitual que las mujeres actúen con nerviosismo a su alrededor. Al fin y al cabo, no es como si tuviese justo delante de mí al hombre más guapo e impresionante que he visto nunca, ¿verdad? Vuelvo a fijarme en sus ojos y su mirada va a parar a mi boca cuando sonrío de manera tensa.

Al fin estira su brazo y agarra mi mano con firmeza. Bajo la mirada al notar el frío metálico de un anillo que lleva puesto en el dedo índice. Lo observo solo un segundo, es plateado y tiene la silueta de un escorpión grabado en la parte superior. «Un escorpión, como el de la tarjeta que encontré en el apartamento de Rose, la misma que me dio acceso a la Cacería».

—El placer es mío, señorita Kennedy. —Alzo la cabeza de golpe y regreso la vista a su rostro sin poder evitar mostrar mi estupor.

Esa voz, ese acento… «Una preciosa flor entre la maleza». «Si usas los dientes, juro que te ataré a un árbol y no dejaré de follarte hasta que la sangre bañe tus muslos». ¡Es su voz, la del enmascarado! Suelto su mano de golpe y retrocedo un par de pasos. ¡Es él, estoy segura!

—¿Ocurre algo, Reese? —escucho que pregunta Nancy, pero no soy capaz de responder.

Lo único que hago es mirar al hijo de puta que me persiguió por el bosque durante una jodida semana, el mismo que me obligó a hacerle una mamada a la fuerza y aún tuvo el descaro de burlarse de mí.

—Señorita Kennedy, ¿se encuentra bien? —Cierro los ojos al oír de nuevo ese acento británico tan marcado y un escalofrío recorre mi columna vertebral.

¿Era él quien estaba en la ducha aquella noche? ¿Fue en su cabaña en la que encontré la información del lugar en el que me encuentro ahora mismo? ¡Maldita sea! ¿Qué probabilidades había de que esto pudiese ocurrir? Trago saliva con fuerza e intento serenarme. No puedo echar por tierra todo el tiempo y esfuerzo que he invertido en este plan. La única pista del paradero de Rose está justo delante de mí y, aunque no me guste, voy a tener que seguir adelante. El primer paso es que no me reconozca. Es poco probable que lo haga. Lo único que vio de mi rostro fueron mis labios y la barbilla, además, era de noche. Mi voz podría delatarme, pero tampoco creo que sea un problema. Yo misma no lo habría reconocido si no fuese por ese acento tan inusual.

—Sí, perdón. —Carraspeo y enderezo la espalda—. Un pequeño mareo sin importancia, pero ya estoy bien.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunta Nancy.

Miro en su dirección y fuerzo una sonrisa.

—No es necesario, gracias.

—Bien, en ese caso, toma asiento y comencemos con la reunión.

Hago lo que me pide, y tras sentarme en una de las sillas, inspiro hondo por la nariz y hago mi mayor esfuerzo para mantener la calma. El enmascarado, que ahora sé que se llama Wade Sutton, rodea el escritorio y ocupa el lugar en el sillón de respaldo alto. Nancy se queda de pie a mi lado.

—Espero que no siga encontrándose mal, señorita Kennedy —dice, y una vez más me fijo en sus ojos. ¿Cómo no me di cuenta antes? La mirada de un depredador, mi depredador.

—Estoy perfectamente —respondo. Esbozo media sonrisa y aliso la parte baja de mi vestido gris, que me llega justo por encima de la rodilla—. Puede llamarme solo Reese.

Asiente con la cabeza y coloca los codos sobre la superficie de la mesa. El anillo plateado destella cuando la luz del exterior se refleja en él.

—Bien, Reese. No me gustan los rodeos, de modo que iré al grano. Nancy me ha hablado maravillas sobre usted, la mejor experta en seguridad de Los Ángeles y según tengo entendido está buscando un empleo que le permita quedarse en la ciudad de forma permanente, ¿estoy en lo cierto? —Cabeceo de manera afirmativa—. Supongo que entenderá que debo cerciorarme de sus capacidades antes de ofrecerle un puesto de trabajo en mi empresa.

—Por supuesto —respondo casi de manera automática.

Veo como abre un cajón de su mesa, y tras meter la mano en su interior, saca una especie de hoja de papel arrugada y la coloca frente a mí. Estiro el cuello para leer lo que pone, son solo unas pocas palabras escritas en tinta roja, pero la amenaza está implícita en ellas. «Te estamos vigilando, Sutton. Vas a caer».

—Creo que a alguien no le cae demasiado bien —comento, intentando sonar graciosa, pero el señor Sutton no cambia ni un ápice su expresión seria y rígida.

—¿Qué puede decirme de la persona que me ha hecho llegar esta amenaza? —pregunta.

Frunzo el ceño. ¿Este tipo cree que soy adivina? Aparte de un violador de mierda, también es idiota. «En los momentos de mayor presión es cuando más debes mantener la calma. Muestra tus debilidades solo a quien estés segura de que no vaya a usarlas en tu contra». La voz de mi padre se hace eco en mi mente, y tras cerrar los ojos un par de segundos, vuelvo a mirarlo con una sonrisa ladeada.

—Puedo decirle que al menos estudió en la escuela primaria. —Señalo la nota con el dedo índice sin llegar a tocarla—. No tiene errores de ortografía.

El muy hijo de puta estrecha su mirada sobre mí, como si estuviese amenazándome sin decir una sola palabra.

—¿Le parece graciosa esta situación, Reese? —inquiere con ese tono tan ronco y rasgado.

—No, en absoluto, pero creo que usted no entiende en qué consiste mi trabajo. No soy médium ni psicóloga. Me es imposible sacar nada en claro de un par de frases garabateadas sobre un papel.

—Entonces, explíquese. ¿En qué consiste su trabajo?

—Analizo datos, pienso rápido. Busco formas inimaginables de entrar en lugares en los que se supone que es imposible hacerlo. ¿Quiere que descubra quién lo ha amenazado? —Asiente de manera casi imperceptible—. Bien, en ese caso voy a necesitar mucha más información.

—¿Qué tipo de información?

—Todo lo que pueda ser de ayuda. Cómo llegó esa nota a sus manos, quién pudo tener acceso a ella, si tiene enemigos conocidos… —Alzo la barbilla y clavo la mirada en la suya—. Deme datos que pueda analizar y encontraré a la persona que busca.

Capítulo 19

Wade

«Los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre». «Marcos 7:22-23».

Dejo que Nancy le proporcione los detalles sobre el robo mientras yo la observo en silencio. Estoy seguro de que en otras circunstancias no habría accedido a que una desconocida tuviese tanta información sin ninguna garantía de silencio, pero estoy demasiado consternado como para pensar en las posibles consecuencias. Necesito retenerla en este despacho un rato más y descubrir si mis sospechas son ciertas. Esa boca, sus dientes, el jodido aroma que desprende… Pude percibirlo en cuanto entró al despacho. Huele a flores, como la presa que se me escapó. ¿Es posible que sean la misma persona? Si es así, estoy seguro de que no se trata de una casualidad.

Nancy sigue hablando, solo se detiene cuando la chica… Reese le hace alguna pregunta, que enseguida contesta y retoma su relato de los hechos. Yo no puedo dejar de mirarla. Tiene el cabello castaño, largo y ondulado, igual que ella, incluso su voz es similar. Me planteo la posibilidad de que esté perdiendo el juicio. Tal vez mi obsesión por encontrar a la presa me esté haciendo ver parecidos donde no los hay.

—A ver si lo he entendido bien. —Reese se pone en pie y camina por el despacho con lentitud—. Alguien burló la seguridad del edificio, logró acceder a este despacho y dejó la nota con la amenaza sobre el escritorio.

El vestido gris que lleva puesto se ajusta a sus curvas como una segunda piel. Bajo más la mirada y me remuevo incómodo sobre el asiento al notar como mi miembro se endurece. Esas piernas largas y esbeltas son perfectas para colocármelas sobre los hombros.

—También lo revolvieron todo —añade mi asistente.

—Define «todo» —pide Reese.

—Los muebles, los cajones del escritorio, la estantería… Todo estaba fuera de su lugar.

Observo como se mueve en dirección a una de las paredes laterales, donde está la enorme estantería que va del suelo al techo. Estira el brazo y retira un par de tomos de una enciclopedia que casualmente esconden la caja fuerte donde guardo algo de dinero en efectivo y los documentos más importantes.

—¿Vieron esto? —Señala con la barbilla la caja fuerte y Nancy me lanza una mirada de nerviosismo.

No hay nada casual en esta mujer, sabía a la perfección lo que se ocultaba tras los libros.

—¿Cómo lo sabías? —inquiere mi asistente.

Reese se encoge de hombros y se agacha un poco para inspeccionar la caja más de cerca.

—Los cuadros que hay en las paredes parecen demasiado pesados como para moverlos a menudo, por lo tanto, lo más probable es que estuviese tras los libros —responde sin girarse—. En la estantería hay primeras ediciones de libros muy interesantes, aunque la colección de Hemingway no es de mis preferidas. La enciclopedia que nadie nunca utiliza era la opción más probable. —Se endereza y da media vuelta, esbozando una pequeña sonrisa—. ¿Quién se molestaría en buscar algo en un libro cuando puede *googlearlo*?

Nancy me lanza una nueva mirada, esta vez parece decir: «¿Ves? Te lo dije». La ignoro y sigo atento a cada movimiento de la supuesta experta en seguridad. Va a tener que hacer mucho más para impresionarme.

—Tiraron todos los libros de la estantería —le informa Nancy.

—Y, sin embargo, no hay signos de que hayan forzado la caja de seguridad. —Me mira a mí con una ceja arqueada—. ¿Las cámaras no grabaron nada?

—¿Qué cámaras? —inquiero sin moverme ni un solo centímetro.

Reese hace un gesto de hastío y se cruza de brazos.

—La que está en el pasillo oculta en el detector de humos. Supongo que habrá al menos diez más en toda la planta, aunque me extraña no haber detectado ninguna dentro del despacho. ¿Grabaron algo o no? —Su tono impaciente e irritado casi me hace reír y provoca un nuevo tirón en mi entrepierna.

—Alguien las desconectó, al igual que el resto de cámaras de seguridad desde la recepción del hotel hasta esta planta. Y aquí no hay cámaras porque me gusta preservar mi intimidad.

—Entonces el ladrón entró por el hotel y quiso borrar su rastro. Lo más probable es que borrara las imágenes de la recepción, ascensores y por donde quiera que haya estado. —Se cruza de brazos y da pequeños golpecitos en el labio inferior con una uña.

Contengo el aliento y aparto de mi mente el recuerdo de una boca muy similar a la suya rodeando mi polla. ¿Son la misma persona? Necesito saberlo.

—Reese —pronuncio su nombre, arrastrando las últimas letras, y logro atraer su atención—. No quiero ser grosero ni echar por tierra todo ese prestigio que se supone que tienes, pero a esa conclusión ya había llegado por mí mismo.

Estrecha su mirada sobre mí. Tengo la sensación de que mi comentario ha sido un dardo directo a su ego y, por alguna razón, eso me divierte.

—Señor Sutton, como ya he mencionado antes, me gusta analizar todos los datos. Aparte de dejar la amenaza, ¿qué fue lo que se llevaron?

—Documentos sin importancia —respondo mientras hago girar mi anillo alrededor del dedo índice.

—Defina «sin importancia».

Inspiro hondo por la nariz, y tras ponerme en pie, me abrocho los botones de la chaqueta y camino en su dirección.

—Balances trimestrales, algunas facturas y un recibo de la tintorería.

—Le hemos entregado copias al equipo de seguridad para que lo revisen, pero no creen que pueda tener relación —añade Nancy.

—No estoy de acuerdo —afirma, frunciendo el ceño.

—¿Cree que el ladrón va a estar más cerca de cumplir su amenaza por saber dónde me planchan los trajes? —Hasta a mí me sorprende el tono sarcástico que empleo en la pregunta.

—Si yo quisiera acceder a usted, señor Sutton, lo primero que haría sería investigar su entorno, dónde vive, con quién, cuáles son sus costumbres y sí, dónde le planchan los trajes y le preparan la comida. —Señala la nota que sigue sobre la mesa—. Eso puede considerarse una amenaza de muerte. ¿Sabe cuántos tipos de veneno matan con solo entrar en contacto con la piel?

—Si quisieran matarme, no hubiesen entrado al despacho cuando yo no estaba. ¿No le parece?

—Es posible, aunque ahora mismo lo que más me importa saber es el cómo y no el quién ni el por qué. —Se aparta un mechón con los dedos y alza la barbilla con gesto pensativo—. ¿Quién controla las cámaras de seguridad? ¿Son solo grabaciones o hay alguien viéndolas en tiempo real?

—Tres miembros del equipo de seguridad se turnan para llevar a cabo esa tarea —le responde Nancy—. Dicen no haber visto nada. Las grabaciones están en blanco.

—Es poco probable que eso ocurra.

—No de manera accidental, por eso tenemos la teoría de que alguien las manipuló de forma remota.

—¿Un *hacker*? —Vuelve a fruncir el ceño y niega con la cabeza.

—¿No está de acuerdo, Reese? —pregunto.

—En absoluto. Es ridículo pensar que alguien se haya tomado la molestia de burlar la ciberseguridad de una empresa tan importante. ¿Cuánto invierten en esa rama? Apuesto a que unos cuantos millones al año. Conozco a muy pocos profesionales con la capacidad de tumbar el tipo de defensas que emplean las empresas de seguridad como la que usted tiene contratada.

—Es posible hacerlo, ¿no? —inquiere Nancy.

—Posible sí, pero muy poco probable y un malgasto de energía y recursos innecesario. Si yo quisiese acceder a este despacho y borrar mi rastro, iría directa a la fuente.

—Explíquese —ordeno intrigado.

Reese vuelve a alzar la barbilla con chulería y esboza media sonrisa.

—Quiero hablar con los tres hombres que vigilan las cámaras. Siento mucho informarle de que tiene a un traidor en su empresa, señor Sutton.

Nancy intenta decirle que hemos investigado a fondo a esos tres hombres y ninguno de ellos está implicado en el robo, sin embargo, la experta insiste en hablar con ellos, y solo por curiosidad, accedo a que los llamen y se presenten en mi despacho de inmediato.

Mientras esperamos a que aparezcan, sigo observando a Reese. Intento buscar algo en su postura y su forma de moverse que confirme mis sospechas, pero no logro estar seguro por completo. Hay similitudes, sí, pero esta mujer parece más alta y sofisticada que Flor. Su boca es muy parecida, pero con todo ese maquillaje que lleva puesto tampoco es algo conclusivo. Sus ojos me confunden. Todas las veces que tuve a Flor delante de mí era de noche y la luz demasiado escasa como para percibir el tono real de sus iris. Los de Reese son marrón claro, casi ámbar y, una vez más, el exceso de

maquillaje en las pestañas y los párpados da la sensación de que son más grandes que los de Flor, sin embargo, el perfume… Inspiro hondo por la nariz y dejo que ese aroma floral inunde mis pulmones. Es el mismo, estoy seguro.

Capítulo 20

Wade

«Unánimes entre vosotros: no altivos, más acomodándoos a los humildes. No seáis sabios en vuestra opinión». «Romanos 12:16».

En pocos minutos llaman a la puerta y los tres vigilantes no tardan en pasar al interior del despacho acompañados por el director de Seguridad. Observo a Reese sin moverme de mi sillón, se pone en pie, y tras echar un vistazo rápido en dirección a los tres, me mira a mí por encima del hombro y sonríe de manera arrogante.

—Ese es el traidor —afirma, señalando al más joven de los tres.

—Señor Sutton, ¿qué está pasando aquí? —pregunta el que hasta ahora había considerado un hombre de confianza. Marcus lleva varios años trabajando para mí como director de Seguridad.

Vuelvo a respirar hondo, y tras ponerme en pie, rodeo la mesa y me coloco al lado de Reese. Parece muy segura de su afirmación, pero necesito más que su palabra para creer en lo que dice.

—Lo sé, voy a tener que explicarme —suelta antes de que pueda pedírselo.

—Se lo agradecería.

Se mueve por el despacho con pasos cortos y sin perder de vista al muchacho que ha acusado de ser un traidor.

—Voy a contaros cómo alguien pudo entrar en este despacho y salir sin ser visto, o, mejor dicho, sin ser vista, porque fue una mujer, ¿verdad? —Arquea una ceja en dirección al chico y este mira a un lado y a otro con gesto tenso—. Vale, empecemos por el principio. ¿Cómo te llamas?

—¿Yo? —Se señala a sí mismo y busca mi ayuda. Asiento con la cabeza, dándole permiso para que responda. No sé a dónde va a ir a parar esto, pero ha logrado intrigarme—. Soy Andrew.

—Bien, Andrew. Encantada, mi nombre es Reese y ahora voy a contarte una historia. —Se acerca al muchacho y coloca la mano sobre su hombro—. Presta atención porque no es una historia cualquiera, esta es una historia de amor, o más bien de lujuria.

Casi me echo a reír de nuevo. ¿De dónde ha salido esta mujer?

Marcus la sujeta por la muñeca y aparta su mano con brusquedad.

—Señor Sutton, ¿qué es todo esto?

—Cállate —ordeno, lanzándole una mirada de advertencia. Me apetece seguir escuchando a Reese.

—Gracias —murmura ella, y centra su atención en Marcus—. Por cierto, eso ha sido muy grosero y completamente innecesario. En fin… —Se peina el cabello hacia atrás con los dedos y vuelve a sonreír—. Voy con la historia de lujuria, Andrew, y tranquilo, seré breve. Esta historia empieza como cualquier otra, chico conoce a chica en un bar, discoteca o… —Se queda callada un segundo y sacude la cabeza de un lado a otro—. ¿La bolera? Sí, tienes pinta de que te gusta jugar a los bolos, además, he notado que no pegas bien el codo derecho al costado, supongo que por alguna lesión mal curada.

Andrew asiente de manera casi imperceptible.

—Me lesioné hace dos años, pero no sé de qué me habla con la historia esa, señorita.

—Tranquilo, lo sabrás enseguida. Chico conoce a chica, es guapa, se acerca y te pide que la invites a una copa y tú no te crees la

suerte que estás teniendo porque, seamos sinceros, con ese corte de pelo, los párpados algo caídos y la timidez que salta a la vista puedes acceder a algún tipo de mujer, pero esta está a un nivel muy superior. Tu intención es llevártela a casa, pero ella te pide que no lo hagas, prefiere la discreción de una habitación de hotel y tú, a falta de carisma para impresionarla, decides hacerlo trayéndola a tu lugar de trabajo, un hotel de lujo. ¿Qué mujer no se acostaría contigo en un sitio tan bonito? —Se gira a medias y clava su mirada en la mía —. Yo lo haría.

—¿Esto va a llevarnos a algún lugar? —pregunto en tono cortante.

Sonríe y se encoge de hombros.

—A nosotros no, señor Sutton, pero a Andrew lo llevó a la que podría haber sido una de las mejores noches de su vida. —Lo mira de nuevo—. Bebéis unas cuantas copas más y, de pronto, te sientes mareado. Puede que sea por todo el alcohol, pero en el fondo sabes que esa chica te ha drogado, ¿verdad, Andrew? Pierdes el conocimiento y lo siguiente que recuerdas es despertar en una habitación vacía, sin un centavo y con un dolor de cabeza impresionante. La chica guapa te la ha jugado, pero tú no se lo dices a nadie. Es lógico, si tus compañeros se enteran se burlarían de ti. —Suspira y vuelve a poner la mano sobre el hombro del chico—. Ahora voy a contarte lo que pasó mientras tú dormías. Esa chica guapa te robó las llaves de la sala de seguridad, hizo una copia y se marchó. Al día siguiente regresó, hizo el numerito en este mismo despacho y gracias a ti pudo borrar su rastro y salir sin ser detectada. Fin de la historia.

—Yo no lo sabía. —Andrew me mira con el rostro desencajado—. Señor Sutton, le prometo que no tenía ni idea.

—Nada de eso tiene sentido —dice Marcus—. Siempre hay alguien en la sala de seguridad. Es imposible que alguien, una desconocida, se haya podido pasear por allí sin ser vista.

—¿Siempre? ¿Está seguro? Hay cambios de turno, escapadas para ir al baño o para tomar un café. —Por la forma en la que los tres

hombres agachan la mirada, sé que Reese está en lo cierto y solo por eso van a rodar cabezas—. No solo se paseó por la sala de seguridad, también accedió a la planta administrativa, pasó por delante de la recepción sin ser vista y acabó aquí. Un plan así no se lleva a cabo sin tener garantías, requiere paciencia y muchas horas de vigilancia. Esa mujer sabía cómo actuar y en qué momento. —Se gira hacia mí y cruza los brazos sobre el pecho—. Ahí tiene su «cómo». Proporcióneme un poco más de tiempo y le daré el quién y el por qué.

Marcus resopla con fuerza y niega con la cabeza.

—Señor Sutton, es un disparate. No…

—Estás despedido —lo corto sin apartar la mirada de Reese.

—¡¿Qué?! Pero… Llevo años trabajando para usted.

Me obligo a mirarlo mientras ajusto el nudo de mi corbata con parsimonia. No puedo mantener al cargo de la seguridad de mi edificio a alguien que es incapaz de controlar a tres simples vigilantes. Esa oficina nunca debería estar vacía.

—Fuera —ordeno, y regreso la atención a Reese—. Necesito a un nuevo director de Seguridad. Si acepta el puesto, es suyo.

—Le advierto que si me contrata es posible que haga muchos cambios en los protocolos de seguridad.

—Lo que necesite, pero encuentre a esa mujer y encárguese de que la seguridad de mi empresa vuelva a estar blindada.

Capítulo 21

Wade

«No arruines tu salud por las riquezas, más bien sé sabio y deja esa obsesión». «Proverbios 23:4-5».

En cuanto todos se marchan, a excepción de mi asistente, vuelvo a tomar asiento tras el escritorio y se me escapa un resoplido de frustración.

—Te lo dije, Wade. Es muy buena —comenta Nancy con entusiasmo.

—Lo es. Siéntate. —Señalo la silla que está al otro lado de la mesa y espero a que se acomode.

—¿Qué ocurre?

—¿Has contrastado todo lo que redactaste en el informe sobre Reese Kennedy?

—Sí, por supuesto. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Quiero que entres en el servidor de la Sociedad y busques su nombre.

—¡¿Qué?! ¿Crees que Reese es o ha sido una presa? Eso sería una enorme casualidad.

—Casualidad o no, si es así, debo saberlo.

—Wade, los datos personales de las presas son confidenciales. No creo que…

—Haz lo que te digo —siseo entre dientes.

Tras unos segundos de estupefacción por mi actitud, Nancy saca un ordenador portátil de su maletín y lo coloca sobre la mesa. Tarda solo unos segundos en empezar a teclear.

—No hay coincidencias.

—No puede ser. —Me levanto y rodeo la mesa para poder ver por mí mismo que lo que dice es cierto—. Búscalo de nuevo. —Obedece, pero el resultado es el mismo. El nombre de Reese no está en la base de datos, por lo tanto, es imposible que ella y Flor sean la misma persona—. ¿Puede haber usado un nombre falso?

—Imposible. La identidad de las presas se verifica antes de que participen en la primera Cacería. ¿Qué está pasando?

Hundo los dedos en mi pelo y vuelvo a resoplar.

—Son iguales. Tiene que haber una explicación para todo esto —murmuro.

—¿Iguales? Espera… Te estás refiriendo a esa presa que se te escapó, ¿verdad? —Asiento a regañadientes—. Wade, no quiero ofenderte, pero creo que estás demasiado obsesionado con esa mujer. No pudiste cazarla, está bien. Tampoco es el fin del mundo.

—No se trata de eso —afirmo.

—Entonces…

—No lo entiendes. Su boca, su pelo, los dientes… Son iguales.

—¿Cómo estás tan seguro? Las presas solo salen de noche. ¿Dientes? ¿En serio? —Cierra el ordenador y me mira frunciendo el ceño—. ¿Quieres que te diga lo que pienso?

—Vas a hacerlo de todos modos, así que adelante.

—Creo que Reese ha logrado impresionarte. Es inteligente, carismática, preciosa y tiene un encanto natural que no se ve muy a menudo en una mujer.

Arqueo una ceja en su dirección.

—Ahora vuelve a mentirme y di que no quieres acostarte con ella —la reto.

—Yo no dije que no quiera hacerlo, sé que no lo haré porque no soy su tipo, pero esa no es la cuestión. Te ha impresionado.

—Eso ya lo has dicho —mascullo.

—Y es la primera mujer que te atrae de verdad. —La miro incrédulo y Nancy pone los ojos en blanco—. Me refiero a algo más que una reacción física. Cuando una chica te interesa solo la tienes y listo, pero lo que te llama la atención de Reese no es su belleza. Su inteligencia y personalidad te han fascinado.

—Estás haciendo suposiciones sin sentido.

—Claro, porque tiene todo el sentido que Reese y la presa sean la misma persona, ¿verdad? —Bufa y niega con la cabeza—. Lo entiendo. La otra se te escapó y ahora buscas en Reese una nueva presa, alguien con quien puedas pagar tu frustración. No digo que lo hagas de manera consciente, pero es así, Wade.

¿Es posible que tenga razón? ¿Estoy tan desesperado por encontrar a Flor que mi mente me hace creer que la primera mujer que aparece puede ser ella?

—Cabe la posibilidad de que estés en lo cierto —admito—. De todos modos, quiero que compruebes una por una todas las fotografías de las presas.

—Eso puede llevarme horas.

—Como si son semanas. Hazlo. Necesito estar seguro de que mis sospechas no son ciertas.

—Está bien. Me pondré con ello de inmediato —accede.

—Habla con Recursos Humanos. Que se encarguen del contrato de Reese manteniendo las mismas condiciones que Marcus. —Asiente de acuerdo—. Que preparen también una de las *suites* de la última planta.

—A ver si lo adivino… La que está justo al lado de tu ático, ¿cierto?

—Sí, y no es por lo que piensas. Quiero mantenerla vigilada. No sabemos nada de esa mujer.

—Está bien.

—¿Y dónde está Xander? Se supone que ya debería haber llegado.

—Tuvo un problema con Ashley. No va a venir hoy.

Contengo las ganas de soltar una maldición. Mis hermanos nunca están cuando se les necesita.

Reese

Doy varias vueltas a la manzana tomando distintos caminos para asegurarme de que nadie me sigue antes de detener la moto frente a un almacén abandonado a las afueras de la ciudad. Levanto un poco la visera del casco, mostrando mi rostro, y la puerta se abre de inmediato. Ahora que sé quién es Wade Sutton en realidad, debo extremar todas las precauciones. Alguien que secuestra y viola a un puñado de chicas en su propio juego macabro del gato y el ratón podría ser capaz de cualquier cosa.

He tenido tiempo para pensar en ello mientras permanecía encerrada en mi habitación. Me planteé la posibilidad de llamar al inspector Ellis, pero no lo hice. Estoy segura de que no me va a ayudar. Esto voy a tener que solucionarlo por mi cuenta, y tras darle muchas vueltas, he llegado a la conclusión de que soy una persona afortunada. Al fin y al cabo, estaba buscando pistas sobre el paradero de Rose y he dado justo con uno de los enmascarados. Si alguien sabe dónde está mi amiga, ese es Wade Sutton. Por ahora me conviene estar cerca suyo, cuanto más cerca mucho mejor.

Tras apagar el motor, bajo de la motocicleta y me dirijo al lugar donde se encuentran el viejo Jack con varios de sus chicos, entre ellos está Raya. La saludo con un cabeceo y me acerco a Jack.

—Aquí tienes —digo, sacando del bolsillo interior de mi chaqueta de cuero el sobre con el dinero—. Veinte mil, tal como acordamos.

Coge el sobre y ni siquiera se molesta en contarlo. Sabe que yo jamás se la jugaría.

—¿Has conseguido lo que querías, muchacha? —Asiento y echo un vistazo en dirección a Raya. Sí que es demasiada mujer para

Andrew. El chico pensaría que le había tocado la lotería. Pobre iluso.

—Hizo un buen trabajo, limpio y sin testigos.

—El mérito es todo tuyo, solo siguió tu plan. —El viejo sonríe, mostrando su dentadura desgastada, y niega con la cabeza—. Tienes el mismo cerebro brillante que tu padre para los robos. Si quieres unirte a nosotros, sabes que siempre tendrás un lugar en mi equipo.

—Gracias, pero esta vida no es para mí —respondo, apartando la mirada.

—Tu padre no pensaba eso.

—Ya, y ahora está muerto, ¿no? —Me encojo de hombros y niego con la cabeza—. Prefiero evitar la prisión o el cementerio, al menos por el momento.

—Es tu decisión. ¿Necesitas algo más?

—Por el momento no, aunque me vendría bien contactar con algún *hacker* lo bastante bueno como para fundir las defensas de un sistema de alto nivel. ¿Conoces a alguno?

—Sí, y tú también. —Frunzo el ceño al darme cuenta de a quién se refiere.

La seguridad física de Sutton Casino & Hotel está al cargo de su propio equipo de seguridad, que por lo que he comprobado, no son más que un grupo de incompetentes con protocolos anticuados y muy poca capacidad de respuesta en casos de emergencia. Sin embargo, la ciberseguridad la lleva una empresa privada. Es lo más acertado. En el tiempo en el que vivimos los robos a distancia, con un solo clic a través de un ordenador, son más habituales que unos cuantos encapuchados armados se atrevan a entrar en un edificio repleto de guardias de seguridad. A mí me vendría bien tener acceso a los servidores de la empresa, y no me refiero solo al que usan los ejecutivos. Todas las grandes compañías cuentan con una puerta trasera en sus sistemas informáticos donde almacenan los trapos sucios; tal vez en ellos encuentre alguna pista sobre el paradero de Rose.

—¿Alguien más? —mascullo entre dientes.

—No en este Estado, pero puedo mover algunos hilos.

—Bien, estamos en contacto, viejo. Cuídate. —Nos despedimos y no tardo en abandonar el almacén.

Mientras conduzco de vuelta al hotel, perfecciono mi plan paso a paso. El primero ya lo he llevado a cabo. He conseguido el puesto de director de Seguridad, ahora, mientras finjo estar buscando a la ladrona que yo misma contraté, encontraré la forma de acercarme a Wade Sutton y todos aquellos que lo rodean. Mi idea inicial era hacerme con información sobre los empleados de la empresa, pero ya no la necesito, sin embargo, el haber amenazado a uno de los dueños es algo que puedo usar a mi favor. Le ofreceré protección, así será como me gane su confianza.

Capítulo 22

Reese

Mi plan no está yendo como lo imaginé. He pasado los últimos dos días actualizando el sistema de seguridad de cada sección del edificio. Instalación de nuevas cámaras, contratación de personal mucho más cualificado que el anterior, nuevos protocolos de turnos y vigilancias… El problema es que con toda la carga de trabajo apenas he tenido tiempo para estar cerca de Wade Sutton. Es más, no he vuelto a verlo desde que me contrató.

—Esto ya está —informa uno de los técnicos al que le he ordenado que cambie la cerradura de la sala de vigilancia.

Asiento y me acerco para fijar en el teclado numérico el nuevo código de apertura. Es increíble que el resto de cerraduras del edificio funcionen con tarjeta y esta sala se abriese con una llave de lo más corriente. El técnico me explica brevemente cómo puedo cambiar el código y después se marcha.

—¿Cómo vas? —pregunta Nancy, apareciendo por mi espalda.

Me giro y esbozo una falsa sonrisa.

—Bien, la sala de vigilancia ya tiene una cerradura acorde a su estatus. ¿A quién se le ocurrió que era buena idea usar una convencional?

—No tengo ni idea. El antiguo equipo de seguridad se encargaba de eso. ¿Ahora va por código?

—Sí, uno distinto en cada turno de vigilancia. —Señalo el interior de la sala, donde uno de los vigilantes está sentado sin apartar la

vista de los monitores, tal como debe ser—. Este es un punto caliente y hay que extremar la seguridad en él.

—Ya veo. —Arquea una ceja, sonriendo, y frunzo el ceño.

—¿Por qué me miras así? —inquiero.

—Reese, ¿cuántas horas has trabajado estos dos días? Tienes un aspecto horrible.

—Gracias. Qué amable —mascullo en tono sarcástico.

—No, lo digo en serio. Entiendo que hay muchas cosas que hacer, pero deberías tomarlo con más calma. ¿Has dormido algo?

—Un par de horas por noche —respondo, y me encojo de hombros.

No le explico que mi falta de descanso no tiene que ver solo con el trabajo. Saber que me encuentro en la mismísima boca del lobo es algo que me provoca inquietud e insomnio.

—Son casi las ocho. Vete a tu habitación, prepárate un baño y relájate. Las tareas pendientes seguirán estando ahí por la mañana. —Exhalo con fuerza y asiento.

Debo empezar a vigilar a Wade Sutton. Él es mi mayor prioridad. Necesito saber qué hace, con quién se relaciona cuando no está trabajando y cuáles son sus costumbres. Dependo de ese hijo de puta para recuperar a mi amiga.

—Voy a seguir tu consejo. Además, me muero por cenar algo caliente. No puedo seguir alimentándome de ensaladas y café.

—En eso puedo ayudarte. Te invito a cenar. ¿Has probado el italiano que está en la segunda planta? Hacen el mejor *risotto* que vas a probar nunca.

Estoy a punto de declinar su oferta cuando somos interrumpidas por un hombre moreno, con rasgos asiáticos y tatuajes que salen de debajo del cuello y los puños de su camisa. Se detiene junto a Nancy y la saluda sonriendo. Es una sonrisa bonita que hace que dos hoyuelos se marquen en su rostro algo aniñado.

—Espero no interrumpir —dice, y se fija en mí—. Tú debes ser la nueva directora de Seguridad. Mi hermano me ha hablado de ti.

Me quedo mirando su mano estirada, sin saber a quién se refiere.

—Este es Ren Sutton —aclara Nancy al notar mi expresión de desconcierto.

Ren Sutton, el más joven de los hermanos Sutton. No lo imaginaba con este aspecto tan… Ni siquiera sabría definirlo. Es guapo, sí, pero muy distinto a su hermano mayor. Sé por la información que he sacado de internet que Wade, Xander y Ren Sutton fueron adoptados cuando eran niños, pero en mi mente siempre los he imaginado bastante similares.

—Encantada de conocerte —digo tras carraspear, y agarro su mano con entusiasmo.

El chico, que aún no ha cumplido los veintidós años, ladea la cabeza y estira su sonrisa socarrona.

—Wade mencionó lo eficiente que eres, pero se le olvidó decir que también eres una preciosidad. ¿Qué haces esta noche?

Casi suelto una carcajada. Definitivamente, no se parece en nada a su hermano mayor.

—Ignóralo, Reese —dice Nancy, tirando de su hombro para apartarlo de mí.

El chico no se lo toma a mal. Se encoge de hombros con gesto divertido.

—La invitación sigue en pie —añade con un guiño travieso.

—Se lo agradezco, señor Sutton…

—Ren —me corrige—. Deja lo de señor Sutton para los amargados de mis hermanos.

—Lo siento, Ren. Estaba pensando en retirarme ya a mi habitación. Ha sido un día agotador.

—Me temo que no va a ser posible. El gran jefe quiere verte en su despacho.

—¿A mí? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Sí, y te entiendo. —Se acerca un poco más y pone la mano frente a su boca, como si estuviese contando un secreto—. Yo

tampoco lo soporto.

Sacudo la cabeza y esbozo una sonrisa forzada. No sé qué pensar sobre este chico. Tal vez no tenga nada que ver con los asuntos turbios de su hermano mayor, o puede que sí. Es demasiado pronto para sacar conclusiones.

Enseguida me despido y subo hasta la planta administrativa por el ascensor de personal. No sé qué esperar de la inminente reunión no planificada que está a punto de suceder. Se supone que mi horario laboral terminó hace ya un buen rato, sin embargo, tampoco puedo negarme a acudir al despacho de mi jefe, aunque este sea un jodido perturbado. Además, puedo usar este encuentro para obtener más información sobre él.

Me detengo frente a la recepción y la nueva empleada que yo misma contraté anuncia mi presencia al señor Sutton a través del intercomunicador. No tarda en darme paso con amabilidad. Camino unos cuantos pasos más, y antes de tocar a la puerta tomo una respiración profunda.

—Adelante —la áspera y profunda voz de Wade Sutton, con ese acento tan marcado, consigue ponerme la piel de gallina.

Exhalo despacio y giro la manilla con decisión. Me adentro en el despacho con la barbilla en alto y la espalda recta. Estoy temblando de puro nerviosismo, pero no permito que él lo note. El muy cabrón me observa desde su sillón sin pestañear y cuando me detengo al otro lado del escritorio, solo estira la mano para indicarme que tome asiento.

—¿Quería verme, señor Sutton? —pregunto, acomodándome en la silla.

—Sí, para eso la he mandado llamar. —Desliza una caja pequeña y rectangular sobre la superficie de la mesa y la deja justo delante de mí—. Esto es para usted.

Arqueo una ceja, confusa. Abro la caja con cuidado y descubro que en su interior hay un teléfono último modelo aún sin estrenar.

—No entiendo —mascullo.

—Quiero que esté localizable en todo momento, Reese. Le he dado un par de días para que se aclimate al nuevo puesto y, por lo que he escuchado, lo está haciendo bien, pero a partir de mañana estaremos en contacto a diario.

—¿Por qué motivo? —inquiero.

Casi me parece verlo sonreír, dura apenas un segundo y enseguida recupera su habitual gesto serio e impasible. Escondo las manos bajo la mesa y contengo el aliento. Es tan guapo como hijo de puta.

—No necesito motivos para reunirme con mis empleados. Por algo soy el jefe, ¿no cree?

Lo de hijo de puta le queda corto. Se cree el dueño del mundo. Apuesto a que nunca nadie le ha plantado cara. Bien, pues está a punto de saber lo que se siente.

Capítulo 23

Reese

Carraspeo e intento mantener una expresión neutra. No voy a dejar que me intimide.

—Por supuesto, señor Sutton, pero corríjame si me equivoco, usted me paga para que me encargue de la seguridad de su edificio, no para que le haga compañía.

—Le aseguro que no necesito su compañía, Reese. Entre sus obligaciones también está la de velar por mi seguridad. Desde el asalto a mi despacho, apenas he abandonado el edificio.

—Por eso no hay ningún problema. Asignaré un equipo de dos o tres hombres para que lo escolten en todo momento.

—Bien. Necesito salir esta noche.

—Me encargaré de ello ahora mismo. ¿Puedo ayudarlo en algo más?

—¿Cómo va con la investigación? ¿Hay alguna novedad de esa mujer?

—He hablado con algunos contactos que tengo en la ciudad —miento—. Tendré noticias pronto. También necesito una lista de socios y posibles rivales. La mayoría de estos casos suelen ser conflictos empresariales. ¿Le cae especialmente mal a alguien, señor Sutton?

Una vez más, estira una comisura, pero no llega a sonreír.

—La lista sería interminable —responde con una exhalación.

—Aun así, la necesito para hacer mi trabajo —insisto.

—Hablaremos de ello mañana durante nuestra reunión.

—¿Qué reunión?

—La que tendremos cada día. Usted podrá informarme de todo lo que ha hecho para buscar a esa mujer y también darme detalles sobre el funcionamiento de la seguridad del edificio.

—No creo que eso sea necesario —suelto sin pensar.

Sus ojos grises se clavan en los míos y dejo de respirar. Por un instante me siento como si aún siguiese en ese bosque, con él acechándome. «Nunca se me ha escapado una presa, Flor, y tú no ibas a ser la primera». Su voz se hace eco en mi mente y trago saliva con fuerza. ¿Y si aún sigue cazándome?

—Voy a dejar algo claro. —Lo observo mientras se pone en pie y rodea la mesa sin apartar su mirada de la mía—. No me gusta que me contradigan, Reese. —Ladea la cabeza despacio y me obligo a mantenerle la mirada, sin embargo, el cuadro que está tras él, colgado en la pared, llama mi atención.

Ya lo había visto antes. Me pareció una especie de paisaje con árboles, montañas, algunas cabañas y lo que parece ser un riachuelo. Me pongo en pie y paso a su lado para ver mejor la pintura. Reconozco ese lugar, la verja metálica que lo rodea, la zona con la valla de madera que yo misma salté para llegar a la zona de los enmascarados. ¡Es un jodido mapa! Inspiro hondo por la nariz y soy consciente de su presencia a mi espalda.

—Bonito cuadro —murmuro en voz baja.

—Sí, lo es. —Un escalofrío recorre mi columna al notar su aliento en mi nuca.

Quiero preguntar más acerca del lugar que está dibujado, pero sé que, si lo hago, podría levantar sospechas. Lo observo unos segundos más e incluso soy capaz de localizar la cabaña treinta y tres, mi cabaña, en la que estuve encerrada todos los días durante una semana desde que sol salía hasta que se ponía. Recuerdo el miedo, la sensación de peligro, los gritos de esa chica cuando la

violaban… Cierro los ojos e intento serenarme. «No soy su presa, ya no. Ahora voy a convertirme en el jodido cazador».

Doy media vuelta y lo miro sin temor. Solo es un hombre que se esconde tras su máscara, un hombre de carne y hueso, tangible, frágil y que no tiene ni idea de lo que puedo llegar a hacer cuando se trata de proteger a las personas que quiero.

—Supongo que nos vemos mañana en la reunión, señor Sutton —susurro, dando un paso en su dirección.

No parece sorprendido por mi actitud y tampoco reacciona, aunque puedo notar como su respiración se acelera.

—A primera hora —responde en mi mismo tono.

Me acerco más y estrecho la mirada sobre él.

—Me encargaré de que sus escoltas estén listos para salir cuando usted lo desee. ¿Puedo ayudarlo en algo más?

Su mirada baja a mi boca y deslizo la lengua por el labio inferior de forma sutil. Veo como su nuez se mueve cuando traga saliva con fuerza, y decido retroceder.

—Nada más por el momento. Puede irse —responde tras carraspear. Da media vuelta y regresa al otro lado de la mesa, ajustándose el nudo de la corbata. Asiento y, sin decir ni una sola palabra más, me dirijo a la salida, pero antes de que pueda abrir la puerta, vuelvo a escuchar su voz—. Espero que se encuentre cómoda en su *suite*.

Me detengo de golpe y miro sobre mi hombro.

—Mucho —respondo.

—Mi ático está en la misma planta. Si en algún momento necesita compañía…

—No la necesito —lo corto, y sonrío de medio lado—. De todas formas, gracias por el ofrecimiento.

Antes de que pueda decir nada más, salgo del despacho con pasos firmes y la espalda recta. «Solo tú decides cómo de poderosa puedes llegar a ser, hija. Esa debe ser tu mayor virtud». Recuerdo una de las tantas enseñanzas de mi padre y sonrío al pasar frente a

la recepción. Soy poderosa porque quiero serlo y ni Wade Sutton va a cambiar eso. Encontraré a Rose, y más le vale no cruzarse en mi camino en el proceso porque estoy dispuesta a destruirlo para lograr mi objetivo.

∞∞∞

Dos horas después, y tras pasar por mi habitación para cambiarme de ropa, conduzco tras el todoterreno negro en el que viaja Wade Sutton acompañado por tres escoltas. El muy idiota me dio mucha información sin que tuviese que pedírsela. Ahora sé que vive en la misma planta en la que yo me hospedo y puedo mantenerlo vigilado. No fue difícil seguirlo desde que abandonó el edificio.

Noto como el vehículo aminora la velocidad y freno poco a poco. Estoy manteniendo una distancia bastante considerable para que nadie detecte mi presencia, aunque dudo que me reconocieran con el casco puesto. Se detienen y me apresuro en hacerme a un lado y esconderme entre dos coches que están estacionados a un lado de la acera. Estamos en una zona tranquila de la ciudad, cerca de Sunhampton. Es un barrio obrero de clase media. La puerta trasera del todoterreno se abre y el señor Sutton sale de su interior abrochándose la chaqueta del traje. Él también se ha cambiado de ropa, aunque sigue vestido de manera muy formal. Un par de hombres lo escoltan al otro lado de la calle. Estiro el cuello para comprobar a dónde se dirigen, pero no puedo verlo, así que decido apagar el motor y seguirlos a pie.

No me queda más remedio que quitarme el casco, y aunque estoy más expuesta, soy lo bastante lista y habilidosa como para no ser descubierta. Sutton se acerca a la entrada de lo que parece ser… ¿Una iglesia? Pestañeo un par de veces y vuelvo a mirar hacia la edificación de color blanco, con una cruz en lo alto del tejado. ¡Es una jodida iglesia!

Solo hay cuatro o cinco coches en el aparcamiento, me oculto tras uno de ellos y veo a lo lejos como los dos escoltas se quedan junto a la puerta mientras Sutton se adentra en la iglesia. Con mucho cuidado para no ser vista por el que aún sigue en el todoterreno, rodeo el edificio y busco una puerta trasera o incluso una ventana abierta, cualquier cosa que me dé acceso al interior sin que me pillen. Encuentro una entrada en el lateral opuesto. Camino casi de puntillas por lo que creo que es una sacristía y me detengo junto a la puerta. Hay una pequeña inscripción que pone: «Iglesia anglicana de San Jorge». Asomo la cabeza y veo a Wade Sutton sentado en uno de los bancos de madera. No está rezando, solo tiene la mirada clavada en la imagen de Cristo crucificado que hay sobre el altar.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí, Sutton? —murmuro para mí, y hago una mueca al darme cuenta de que acabo de blasfemar en la mismísima casa de Dios. Otra imagen de Cristo más pequeña, que está justo a mi lado, parece juzgarme con la mirada—. Lo siento. Se me ha escapado —mascullo.

Sutton permanece en la misma posición durante casi dos horas. No se mueve, casi ni pestañea, solo mira al frente en silencio, como en un estado de trance hasta que al fin se pone en pie. Retrocedo de espaldas al ver como se dirige a la salida y no tardo en llegar al lugar en el que he dejado la motocicleta.

Todo esto es demasiado extraño. ¿Un violador que va a la iglesia? Supongo que, aparte de hijo de puta, también es un psicópata de manual.

Desde mi posición alcanzo a ver como se sube al vehículo junto a los otros dos hombres y enseguida se ponen en marcha. Dejo que tomen algo de distancia y solo entonces lo sigo. Parece como si estuviesen regresando al *Strip*, sin embargo, en vez de dirigirse al casino, toman un rumbo distinto. Creo que la noche va a ser más larga de lo que esperaba.

Capítulo 24

Reese

Hace ya un buen rato que Sutton entró en el bajo de un edificio. Sus escoltas no lo han acompañado. He querido investigar bien el lugar antes de acercarme. Busqué algún negocio o club nocturno en la zona, pero en esta dirección no aparece nada en internet. Hay dos hombres vestidos con traje y corbata custodiando la puerta. Aparte de Sutton, en la última hora solo han entrado seis mujeres, todas ellas vestidas de manera elegante y provocativa.

Tras unos minutos más de vigilancia, decido dar el paso. No voy a saber qué sitio es ese desde el otro lado de la calle. Dejo el casco bien sujeto en la moto y tras soltarme el pelo y atusarlo un poco, me bajo la cremallera de la chaqueta de cuero para dejar un poco de piel de mi escote a la vista. Justo cuando estoy llegando a la puerta, un deportivo de lujo se detiene frente a la acera y de su interior sale un hombre bien vestido. Me hago a un lado para dejarlo pasar. Va acompañado por dos chicas rubias en minifalda y tacones enormes.

—Adelante, señor —dice uno de los porteros, haciendo un gesto con la mano para dejar que entre al lugar.

—Las señoritas vienen conmigo —informa.

Las dos mujeres se disponen a ir tras él, pero el otro portero les corta el paso.

—Lo siento, señor. Si no tienen autorización, no podrán entrar.

—La tienen. —El tipo se gira hacia las dos chicas—. Mostradles vuestras tarjetas.

Ambas rebuscan en el interior de sus bolsos de mano y sacan unas tarjetas negras que enseguida reconozco. Son iguales a la que encontré en el apartamento de Rose, la que tiene el escorpión. Sonrío. No es posible que vaya a tener tanta suerte.

Me alejo un par de pasos, y tras sacar mi cartera, cojo la tarjeta y me acerco de nuevo a la puerta.

—Buenas noches —saludo con media sonrisa.

Los dos hombres me miran frunciendo el ceño. A juzgar por la ropa que llevan las chicas que dejan pasar, dudo que mi atuendo sea el más apropiado, pero al menos debo intentarlo.

—Lo siento, es un club privado —me dice uno de ellos.

—Lo sé, tengo autorización. —Levanto la tarjeta y se la muestro —. Mi acompañante me espera en el interior y llego tarde.

Se miran entre ellos durante unos cuantos segundos y empiezo a pensar que mi plan no ha funcionado y me echarán a patadas.

—Adelante, señorita. Que tenga una buena noche. —Pestañeo un par de veces y vuelvo a sonreír. No me puedo creer que haya sido tan sencillo.

Nada más entrar, aparto una pesada cortina negra y entrecierro los ojos para acostumbrarme al cambio de luz. El local parece una especie de bar o club nocturno, con música suave e iluminación tenue. En uno de los laterales está la barra, donde varios camareros preparan bebidas. Mesas redondas en el centro, sofás de cuero, una pequeña pista de baile... Me acerco a la barra mientras observo como varios hombres beben licor y charlan entre ellos, todos llevan un anillo igual que el de Wade Sutton. Uno tiene a una chica sentada en su regazo.

Me acomodo en uno de los taburetes altos y sigo echando un vistazo de manera disimulada. No veo a Sutton por ninguna parte. Al fondo del local, localizo una cortina similar a la de la entrada. Varios hombres y mujeres la traspasan, adentrándose en lo que supongo será otra sección del club.

—¿Reese? —Giro la cabeza de golpe al escuchar mi nombre. Clavo la mirada en el camarero que está al otro lado de la barra y lo reconozco de inmediato—. Reese Kennedy, ¿qué haces aquí?

—Ian —susurro.

—Decir que me sorprende verte, sería quedarme corto —comenta, esbozando esa sonrisa canalla que tanto me gustaba de él.

Ian fue el primer chico con el que estuve después de Nick. Nos conocimos en el correccional. Era el típico chico malo, moreno, tatuajes, actitud chulesca…, y yo estaba demasiado herida como para plantearme que no me convenía en absoluto. Salió mal, pero conservo muy buenos recuerdos de esa época.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto, respondiendo a su sonrisa con otra.

Abre los brazos para mostrar su uniforme de camarero, con pajarita incluida, y pongo los ojos en blanco.

—Espera, no estarás aquí para robar, ¿verdad? —inquiere bajando la voz.

—No, puedes estar tranquilo. Me he reformado, ¿recuerdas?

—Ya. —Suelta una carcajada y cabecea de un lado a otro—. También te habías reformado cuando entraste en el despacho del director del centro y le robaste los cigarrillos, o cuando nos subimos a la azotea para dormir bajo las estrellas.

—No recuerdo que durmiéramos mucho esa noche —añado, arqueando una ceja en su dirección.

Vuelve a reír y asiente.

—Ahora en serio, ¿qué estás haciendo aquí? Pareces un poco fuera de lugar.

—¿Lo dices por mi ropa? Lo siento, me he dejado el disfraz de fulana en casa —susurro para que solo él pueda oírme.

—¿Sabes al menos dónde estás?

—¡Claro! Es un club privado —respondo, repitiendo lo que me dijeron los porteros.

—Ya… —Se sopla un mechón castaño que le cae sobre la frente y cruza los brazos sobre el pecho—. ¿De verdad no vas a robar? Porque me metería en un buen lío si mis jefes se enteraran de que te conozco.

—Nada de robos, prometido. —Alzo la mano derecha y sin poder evitarlo vuelvo a mirar hacia el lugar de la cortina. Un hombre se adentra por el pasillo abrazando a dos chicas por la cintura—. Entonces… ¿Camarero? —comento, siguiendo con la conversación.

—Sí, después del correccional solo podía volver a las calles con mi antigua pandilla o buscar un trabajo para el que no necesitara demasiados estudios. Esto es lo mejor que pude conseguir.

—Y este sitio…

—¿El club privado en el que has entrado y no sabes ni para qué es? —Sonríe de nuevo y niega con la cabeza—. ¿A ti qué te parece?

La manera en la que estira la comisura de manera picaresca, me da la respuesta que estaba buscando.

—Es un club de sexo, ¿verdad? —pregunto en voz baja.

—¡Bingo! El premio es una copa. ¿Qué te apetece tomar?

Le pido un combinado sencillo y aprovecho los pocos minutos en los que se aleja para prepararlo para volver a buscar al señor Sutton. Si no está aquí, lo más probable es que haya pasado al otro lado de la cortina. Cuando Ian regresa, me giro de nuevo en su dirección para seguir interrogándolo.

—¿Cómo te va? Hace mucho que no nos veíamos.

Mientras le doy un trago a mi copa, veo como frunce el ceño y vuelve a cruzarse de brazos.

—Reese, dudo que estés aquí para que nos pongamos al día. Es más, ni siquiera esperabas encontrarme en este lugar, así que dime de una vez a qué has venido.

—A pasarlo bien —respondo tras dejar el vaso sobre la barra.

—¿Con quién? Porque te veo muy sola y aún no sé cómo te han dejado entrar. ¿Te has colado?

—¡No! —exclamo. Ian arquea una ceja con gesto incrédulo y resoplo con fuerza. Saco la tarjeta del bolsillo trasero de mis vaqueros y se la muestro—. Tengo permiso para estar aquí, ¿vale?

—Entonces, eres una invitada.

—Eso es. —Bebo de nuevo y echo otro vistazo por si el señor Sutton anda cerca.

—¿Un socio te ha invitado? —Asiento con la cabeza—. ¿Por qué no te he visto antes por aquí?

—Porque es mi primera vez.

—¿Sabes dónde te estás metiendo? —Señala el pasillo de la cortina con la barbilla sin dejar de mirarme—. Ahí dentro pasan cosas que no son para todo el mundo. ¿Sabes de lo que te hablo?

—¿Es peligroso? —pregunto, inclinándome sobre la barra para que pueda escuchar mi susurro.

—Depende de lo que entiendas como peligroso y las emociones que andes buscando. Es… —Mira por encima de mi hombro y se queda callado de golpe—. Señor Sutton, ¿le sirvo lo de siempre?

Al escuchar ese apellido, un escalofrío recorre mi espalda. Aquí se termina mi investigación. Me ha pillado.

—Sí. —Frunzo el ceño. No hay ni rastro de su acento británico.

Ian se aleja un poco y me atrevo a girar la cabeza hacia atrás para poder ver al hombre que está a mi espalda. Tiene la mirada fija en la pantalla de su teléfono. Es alto, fuerte y su piel oscura contrasta con la camisa blanca que lleva puesta. ¿Lo mejor de todo? No es Wade Sutton. Me giro a toda prisa antes de que pueda ver mi rostro y no espero a que Ian regrese. Necesito salir de aquí. Estoy segura de que este hombre es Xander Sutton, el único de los tres hermanos que aún no he conocido oficialmente.

Me dirijo al fondo del local, y al llegar junto a la cortina, inspiro hondo por la nariz y la aparto con decisión. Me recibe la imagen de un escorpión en la pared iluminado por luces amarillas. Tengo que saber qué demonios ocurre en este lugar.

Capítulo 25

Wade

«Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo». «Romanos 7:18».

Hago girar el líquido ambarino de mi copa mientras mantengo la mirada fija en dos chicas que se besan y acarician. Son la viva imagen de la lujuria y mentiría si dijese que no me agrada verlo. El bulto que se marca en mi pantalón es testigo de ello. Cierro los ojos y escucho los gemidos que llegan desde distintos rincones del club, algunos femeninos, otros masculinos, en las habitaciones privadas u otras salas comunes como la que me encuentro. El aroma a sexo y depravación inunda el aire. No es una cacería, pero venir aquí al menos un par de veces por semana me ayuda a sobrellevar la espera hasta la siguiente.

—Sutton, la noche pinta bien, ¿verdad?

Me gustaría ignorar el intento de conversación de Jozef Dushku, un empresario albanés que se rumorea que puede estar emparentado con la mafia de su país. Es socio desde hace ya unos cuantos años, pero nunca me ha caído bien, sin embargo, mis modales no me permiten dejarlo con la palabra en la boca.

—En efecto —mascullo, y sigo observando a las dos mujeres. Una de ellas se ha tumbado sobre la mesa y la otra está lamiendo su vientre.

—Son una preciosidad. ¿Participarán en la próxima cacería?

—Yo no tomo esas decisiones, Dushku —respondo antes de beber el resto de licor de un solo trago—. Si me disculpa… —No espero a que me dé permiso para retirarme. Ya he sido demasiado amable con él por esta noche.

Paso junto a las dos mujeres y me detengo un instante. La que está por encima ya tiene la boca enterrada en el coño de la otra. Estiro la mano y acaricio su pelo con suavidad. La chica me mira, tiene los labios y la barbilla húmeda y brillante. Dirijo la vista a la entrepierna de su compañera de juegos e inspiro hondo por la nariz. Ahora mismo podría follarla, aquí, delante de todo el mundo, pero busco algo distinto hoy.

Me alejo de la sala común y atravieso el oscuro y estrecho pasillo que lleva al resto de estancias. El sonido de los gemidos se va intensificando y me parece escuchar el silbido de un látigo cortando el aire, después un pequeño grito y jadeos ahogados. Me detengo frente a una puerta abierta y echo un vistazo al interior de la habitación. Hay una chica encadenada a la pared, de espaldas, mientras uno de los socios la azota con el látigo.

Paso de largo e ignoro el resto de escenas sexuales que alcanzo a ver por el rabillo del ojo. Llego casi hasta el final del largo pasillo y tuerzo a la derecha. Cuando entro en la habitación, sé exactamente lo que me espera. Ahí está ella, de rodillas, con los brazos atados a la espalda y la cabeza cubierta por una máscara de látex en color negro que solo deja su boca al descubierto. Una cuerda rodea su cuello, manteniendo su cabeza erguida y pegada a la pared.

En el extremo opuesto de la estancia hay otra chica encerrada en una jaula tan pequeña que los barrotes metálicos se clavan en su piel, las piernas y brazos encogidos bajo su cuerpo menudo y el trasero pegado a la puerta de la jaula. Me acerco a ella por detrás y deslizo el dedo índice por su sexo empapado. La chica no emite ningún sonido y tampoco deseo que lo haga. Solo son muñecas, objetos sin vida que estoy a punto de usar para mi propio disfrute.

Me dirijo a la otra chica, me pongo frente a ella y desabrocho mi pantalón, dejando que mi erección salga de su encierro de tela como un resorte. Sujeto su barbilla con una mano y con la otra dirijo mi polla a su boca. Me entierro en su garganta con un solo empellón y me quedo ahí un rato, disfrutando del calor y la humedad de su boca, de los espasmos involuntarios de su garganta cuando empieza a quedarse sin aire. Escucho una especie de gorgoteo, sé que tengo que retirarme pronto, pero me permito estar unos segundos más antes de hacerlo. Cuando saco la polla de su boca, la chica tose una vez y vuelve a separar los labios. Frunzo el ceño. Por una vez estaría bien que fuese alguien más inexperto, alguien como… La imagen de Flor acude a mi mente y contengo el aliento. Ella, siempre ella. No sé qué demonios me ocurre ni por qué, pero soy incapaz de sacarme a esa mujer de la cabeza.

Aprieto los dientes y vuelvo a enterrarme en su boca. Salgo y entro cada vez más rápido, y cuando noto que estoy a punto de correrme, ralentizo mis movimientos y vuelvo a empezar. Ni siquiera sé cuánto tiempo paso así hasta que decido moverme en dirección a la otra chica, aunque antes cojo un preservativo del montón que hay sobre el único mueble de la habitación. Me lo pongo y amaso su trasero con ambas manos. La chica sigue inmóvil, si no fuese por el leve susurro de su respiración, parecería que está muerta. Asomo la cabeza por encima de la jaula y dejo caer un chorro de saliva por entre los barrotes. Lo recojo con el dedo pulgar a la altura de su ano y presiono hacia dentro, solo me lleva un par de intentos introducirlo hasta el nudillo. Con la otra mano me acaricio la polla enfundada en látex y no tardo en sustituir el dedo por mi erección. No soy paciente esta vez, empujo con fuerza y me clavo en su interior hasta el fondo. La chica gime un poco y me detengo.

—Vuelve a hacer un solo sonido y no podrás volver a sentarte el resto de tu vida —la amenazo.

No espero a que responda, me retiro despacio y vuelvo a embestir hacia delante, esta vez no se escucha nada, así que continúo. Dentro, fuera y dentro de nuevo. Vuelvo a sentir esa excitación recorriendo mi espalda, la tensión en mi cuello, el placer

que se acumula en mi bajo vientre con cada empellón, sin embargo, nada de eso es suficiente.

Mascullo una maldición y golpeo con las caderas con más fuerza aún. No quiero que ocurra de nuevo, necesito poder follar sin pensar en Flor, en su cabello castaño, en esos dientes chorreando mi propio semen, en el odio y la rabia que destilaba su mirada, en su aroma a lirios, esos ojos ambarinos, la forma en la que centellean cuando sonríe, esa arrogancia y… ¡Mierda! Abro los ojos de golpe mientras siento como un latigazo de placer me aprieta las pelotas. Me quito el preservativo de un tirón y sacudo con fuerza mi miembro hasta correrme en la parte baja de la espalda de la chica.

Aún sin aliento, me abrocho el pantalón cabreado conmigo mismo, no solo por haber pensado de nuevo en Flor para llegar al orgasmo, también porque, esta vez, ella también estaba en mi mente: Reese Kennedy.

Escucho un sonido junto a la puerta y me giro de golpe. Solo alcanzo a ver una especie de sombra alejándose a toda prisa. Con un par de zancadas alcanzo la entrada a la habitación y asomo la cabeza por el pasillo. Una mujer con vaqueros y chaqueta de cuero lo recorre casi a la carrera. No logro ver su rostro, pero ese pelo castaño y ondulado me recuerda al de Reese. Sacudo la cabeza y resoplo de pura frustración. ¡Lo que me faltaba! Ahora no solo fantaseo con Flor, esa otra mujer también está logrando desestabilizarme. ¡¿Qué mierda me pasa?!

Reese

Salgo del club tan deprisa que ni siquiera me detengo a despedirme de Ian. Ya he visto suficiente por una noche. Este lugar, lo que hacen aquí, la forma en la que tratan a las mujeres… Si todo lo que presencié antes me pareció horrendo, ver a Wade Sutton usar a esas dos chicas con tanta brutalidad me dio ganas de… de… No sé de qué, pero fue algo malo, muy malo.

Abandono el local, y tras subirme a la moto, conduzco a toda velocidad de vuelta al hotel. No soy capaz de sacar de mi mente a esas dos mujeres y a él mientras… Sacudo la cabeza para borrar esa grotesca imagen de ella. ¿Qué clase de enfermo disfruta haciendo algo así? Porque lo disfrutó, eso es algo que me quedó muy claro al ver cómo se corría sobre esa pobre mujer. Me paro en un semáforo en rojo y recuerdo lo que le dijo. «Vuelve a hacer un solo sonido y no podrás volver a sentarte el resto de tu vida».

Me remuevo incómoda sobre el asiento de la moto. No sé si es por la vibración del motor, pero estoy acalorada. Bajo un poco la cremallera de mi chaqueta y bufo con fuerza. ¡Maldita sea, no es posible que toda esa mierda me haya excitado! ¡Es un enfermo, joder! Un puto perturbado que saca placer del sufrimiento ajeno. «¿Y eso en qué me convierte a mí?», resuena en mi cabeza. Por suerte, el sonido de un claxon me evita tener que seguir pensando en ello. Tiene que haber otro motivo que explique lo que estoy sintiendo. No puedo estar cachonda por lo que acabo de ver, me niego.

Voy directa al hotel, y nada más entrar en mi habitación, me quito la ropa y me meto en la ducha. Necesito aclarar mi mente. Wade Sutton es el enmascarado del bosque, de eso no tengo ninguna duda. Ahora lo que necesito averiguar es si él tuvo algo que ver con la desaparición de Rose y sabe dónde está, pero ¿cómo demonios logro eso? Ese hombre es completamente hermético, su ciberseguridad está blindada y lo único que he conseguido descubrir esta noche es que le gusta ir a la iglesia, aparte de que es un jodido perturbado, solo que eso ya lo sabía. Mis opciones son escasas, y cada día que pasa es un día más en el que mi mejor amiga puede estar en peligro.

Tras un buen rato bajo el agua caliente, salgo de la ducha con más dudas e incógnitas de las que tenía al entrar, si es que eso es posible. Me envuelvo en un albornoz suave y mullido que el servicio de limpieza ha dejado doblado sobre el mueble del lavamanos y busco mi mirada en el espejo. Siento que estoy perdiendo el tiempo aquí. No voy a encontrar a Rose viviendo en esta lujosa *suite* ni

reforzando la seguridad del edificio. Necesito un nuevo plan, algo que me acerque a mi objetivo sin levantar sospechas, y a ser posible que no incluya regresar a ese club de perversión. No me gustó nada lo que sentí al presenciar la escena con las dos chicas. ¿Estaban allí por su propia voluntad? ¿Son prostitutas?

«¿Eres una invitada? ¿Un socio te ha invitado?». Las preguntas que me hizo Ian se hacen eco entre el caos de pensamientos que rondan mi mente. La única manera de entrar es con autorización, o lo que es lo mismo, siendo una invitada de los socios, que apostaría mi cabeza que son los hombres con anillo de escorpión. Entonces, ¿cómo es posible que Rose tuviese esa tarjeta? ¿En qué mierda estaba metida? Empiezo a pensar que tal vez el inspector Ellis está en lo cierto y mi amiga estaba intentando conseguir dinero de una forma muy poco… ¿decente? No sé si esa es la palabra correcta. Me niego a pensar que Rose se estaba prostituyendo por su propia voluntad. Después de toda la mierda que tuvo que pasar en su infancia… No. Hasta que no tenga pruebas irrefutables de ello no estaré convencida. Tiene que haber otra explicación.

Inspiro hondo y la imagen de Ian vestido de camarero me asalta la mente. Sonrío. ¡¿Cómo no se me ha ocurrido antes?! ¡Él puede ser una gran fuente de información! ¡Trabaja allí, en ese club, rodeado por los socios pervertidos! Si alguien sabe lo que ocurre en ese lugar es él.

Con un plan a medio trazar, salgo del baño secándome la melena con una pequeña toalla. Mañana volveré al club, hablaré con Ian para recopilar toda la información que pueda y…

—Buenas noches, Reese. —Doy un respingo al escuchar esa voz profunda con acento británico y me giro a toda prisa.

Wade Sutton está en mi habitación, apoyado contra la pared con gesto relajado. ¡¿Qué mierda…?!

Capítulo 26

Reese

Me quedo paralizada unos segundos, con el corazón latiendo a toda velocidad y sin poder apartar la mirada de la suya. Hace solo un instante vi cómo se follaba a dos chicas, si es que la escena salvaje y grotesca que presencié puede definirse así.

—¡Dios santo! —exclamo, llevándome la mano al pecho.

Frunce el ceño y estrecha su mirada sobre mí.

—Le agradecería que no blasfemara en mi presencia —dice de forma pausada y tranquila.

—¿Disculpe?

Lo miro estupefacta. ¡¿Qué demonios hace este hombre en mi habitación?! ¡¿Sabe que lo vi?! En el club tuve la sensación de que me había descubierto, pero hui antes de que pudiese verme.

—Ya sabe… —Se separa de la pared con un pequeño impulso de los codos y se ajusta la corbata sin dejar de observarme fijamente—. Lo de pronunciar el nombre de Dios en vano y todo eso. Prefiero que no lo haga delante de mí.

Pestañeo un par de veces, confusa por su petición. Entonces recuerdo su visita a la iglesia. Pasó dos horas mirando la imagen de Cristo sin moverse, justo antes de ir al club. ¿Qué clase de pervertido hace algo así?

—Señor Sutton, ¿qué está haciendo en mi habitación? —pregunto con un hilo de voz.

—¿Su habitación? —Estira una comisura en lo que creo que es el gesto más parecido a una sonrisa que le he visto hacer y niega con la cabeza—. No se confunda, Reese. Permito que se quede aquí, pero esta habitación, el hotel y todo lo que está en el interior de este edificio me pertenece.

Me tomo su comentario como lo que es, una declaración de intenciones. Si lo que pretende es amedrentarme o hacerme sentir amenazada, va a necesitar mucho más que palabrería barata. Alzo la barbilla y meto las manos en los bolsillos del albornoz, fingiendo una tranquilidad que no siento en absoluto.

—De acuerdo. Voy a reformular la pregunta. ¿No cree que es de mala educación entrar al dormitorio de una mujer sin ser invitado?

Noto como se tensa, hasta me parece ver que aprieta los dientes, pero se mantiene impasible.

—Mi educación es inmejorable, Reese —afirma.

—Entonces, ¿cómo explica su presencia en esta habitación?

Exhala despacio y da un paso hacia mí. No retrocedo. Solo puede intimidarme si yo se lo permito, y no estoy dispuesta a hacerlo.

—Toqué a la puerta, pero nadie respondió. —Otro paso más—. Creí que podría haberle pasado algo. Ya sabe a qué me refiero… —Un nuevo paso y se detiene a apenas unos centímetros de mi cuerpo. Alzo la cabeza para seguir mirándolo a la cara y que pueda notar que no está consiguiendo amedrentarme—. Los accidentes ocurren. Un resbalón en la ducha, un mal golpe… —Inspira con fuerza por la nariz y estira la mano para tocar un extremo del cinturón del albornoz que llevo puesto. Bajo la vista a su mano. Juguetea con él mientras sigue hablando—. La vida humana es extremadamente frágil, ¿no cree?

Vuelvo a alzar la cabeza y me encojo de hombros.

—Depende de a quién se lo pregunte. Le aseguro que he salido de situaciones mucho más peligrosas que un resbalón en la ducha. —Arqueo una ceja con arrogancia y casi me parece verlo sonreír, pero enseguida aparta la mirada y retrocede un par de pasos.

Su mano se aleja del cinturón y exhala con fuerza.

—Me alegra escuchar eso. Pocas cosas son más atrayentes que una mujer que sabe cuidar de sí misma.

—Una vez más, depende de a quién se lo pregunte, señor Sutton. Aunque le parezca extraño, a muchos hombres les resultan atractivas las mujeres frágiles y sumisas. ¿Qué piensa usted al respecto?

Vuelve a estrechar su mirada sobre mí y se ajusta los puños de la camisa blanca con extremo cuidado y paciencia.

—Disculpe que no responda a su pregunta, pero no he venido aquí a hablar sobre mis preferencias en relación a las mujeres.

¡Eso es! ¡Recoge cuerda, hijo de puta!

—¿A qué ha venido, entonces? —inquiero, cruzándome de brazos —. Si mal no recuerdo, tenemos una reunión acordada a primera hora de la mañana. Estoy segura de que lo que sea que necesite de mí puede esperar hasta entonces.

El muy cabrón ni siquiera se inmuta. Solo sigue mirándome fijamente.

—Creí necesario informarle de que no estaremos solos en la reunión. He invitado a un empleado de confianza para que nos acompañe. Me gustaría presentárselo, ya que van a trabajar mano a mano durante las próximas semanas.

—¿De quién se trata? —inquiero.

—Lo conocerá por la mañana —responde, y echa un vistazo a su reloj de pulsera—. Ahora debería irme. Ya es tarde y seguro que se encuentra agotada. Aprovecho para felicitarla por el arduo trabajo que está llevando a cabo. Es impresionante todo lo que ha avanzado en solo unos días. Espero que muy pronto pueda decir lo mismo en relación a la mujer que irrumpió en mi despacho.

—Puedo asegurarle que así será —afirmo.

—Bien. No la entretengo más. —Da media vuelta y empieza a caminar en dirección a la salida, pero tras dar unos cuantos pasos, se detiene de golpe y se gira a medias para mirarme por encima del

hombro—. Por cierto, ¿dónde estuvo esta noche? La vieron salir del hotel bien entrada la noche.

—Disculpe que no responda a su pregunta, señor Sutton, pero creo que lo que haga o donde vaya en mi tiempo libre no es de su incumbencia —digo, usando las mismas palabras que él para esquivar la pregunta.

Mi contestación no parece agradarle, aunque apenas se le nota.

—Trabaja usted para mí, he puesto mi seguridad y la de mi empresa en sus manos, por lo tanto, todo lo que la rodea me incumbe. Voy a repetir la pregunta y espero que conteste con sinceridad. ¿Dónde estuvo esta noche, Reese?

Muy típico de un hijo de perra manipulador. Usa el poder que tiene para someterme. Lo que no sabe es que yo también sé jugar a ese juego.

—Si insiste en saberlo…

—Lo hago —me corta, y espera en silencio a que me explique.

—He quedado con un viejo amigo.

—¿Qué amigo?

—Uno capaz de cubrir las necesidades de una mujer. —Arqueo una ceja y vuelvo a sonreír—. ¿Necesita todos los detalles o tiene suficiente con esa información?

Se queda callado unos segundos, y cuando creo que va a marcharse de una jodida vez, vuelve a la carga.

—Por casualidad, usted y su amigo no estuvieron en un exclusivo club privado del centro de la ciudad, ¿verdad?

¡Mierda! ¡Lo sabe, joder! Observa cada gesto y expresión de mi rostro con fijeza. Busca una confirmación, pero no va a obtenerla.

—No. —Esbozo mi mejor sonrisa ensayada—. Mi amigo tiene un apartamento en las afueras. ¿Alguna pregunta personal más, señor Sutton? Porque, si no es así, me gustaría descansar unas horas antes de volver al trabajo.

Parece pensarlo unos instantes y al fin asiente y retoma su camino hasta la puerta de salida.

—Buenas noches, Reese —dice a modo de despedida antes de irse, cerrando la puerta a su espalda.

En cuanto me quedo sola, suelto todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo y mascullo una maldición.

«¡Grandísimo hijo de puta!». Me vio en el club, o al menos le pareció haberme visto, incluso es posible que alguien le haya dicho que estuve allí. Si es así, tendré que ser mucho más cuidadosa de ahora en adelante. ¿Y eso de entrar en mi habitación a escondidas? Seguro que tiene una jodida llave maestra que abre todas las puertas del maldito lugar. Son muy habituales en los hoteles. También voy a tener que tomar medidas contra eso. Necesito estar segura de que nadie vendrá a asesinarme mientras duermo, aunque mi mayor prioridad ahora mismo es averiguar más información sobre el club y no estoy dispuesta a esperar hasta mañana.

Me visto a toda prisa y, tras coger mi casco, salgo de la habitación a toda prisa. No me molesto en esconderme. Está claro que los empleados del hotel mantienen bien informado de mis movimientos al señor Sutton. Si alguien me sigue, le daré esquinazo en la carretera. ¿Cree que puede joderme? Adelante, le dejaré que lo intente.

Capítulo 27

Reese

Tres horas después me encuentro tumbada boca arriba en un colchón mientras los dedos de Ian acarician mi vientre desnudo. Me planteo si fue una buena idea ir a buscarlo a la salida del club y dejar que me trajese a su apartamento. No me arrepiento. El sexo con Ian siempre ha sido satisfactorio, pero tampoco quiero que haya confusiones entre nosotros. No me interesa tener una relación, y menos en estos momentos. Lo nuestro forma parte del pasado.

—Casi puedo escuchar cómo los engranajes de tu cerebro funcionan a toda velocidad —masculla, y deposita un beso suave en mi hombro.

Me esfuerzo en sonreírle e inspiro hondo por la nariz.

—Esto ha estado bien. Recordar viejos tiempos y… —Me quedo callada unos segundos, sin saber qué más decir.

—Tranquila, Reese. No voy a darle más importancia de la que tiene. Lo hemos pasado bien, pero sé que no vas a quedarte. —Se sienta, apoyando la espalda contra el cabecero, y tira del edredón para cubrirse hasta la cintura—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

Me enderezo y también me cubro mi cuerpo desnudo.

—¿A qué te refieres? —inquiero.

—No soy imbécil y te conozco bastante bien como para saber que no viniste a buscarme al club, después de marcharte sin despedirte, solo para tener sexo conmigo. Estás buscando algo y crees que puedes conseguirlo a través de mí, así que suéltalo de una vez.

Frunzo el ceño y lo señalo con el dedo índice.

—Vamos a dejar algo claro. Si me he acostado contigo es porque me ha apetecido hacerlo. No pretendo que sea una especie de trueque ni pago por…

—Yo no he dicho eso —me corta. Esboza una sonrisa ladeada y se encoge de hombros—. Ese fue el motivo por el que terminamos, ¿recuerdas? Yo quería esperarte fuera del correccional, una vida contigo y me pediste que no lo hiciera.

—Ian, éramos unos chiquillos. ¿Qué futuro podríamos tener juntos?

—Lo sé. —Alza ambas manos y suspira con fuerza—. Allí dentro solo nos teníamos los unos a los otros, pero el mundo es demasiado grande como para atarse a alguien del que solo conoces una faceta de su vida. Esas fueron tus palabras, y aunque en ese momento no las entendí, ahora sí lo hago.

Sonrío, esta vez con sinceridad, y acaricio su mejilla con las puntas de los dedos.

—Me alegra comprobar que al fin has madurado —susurro.

—Ya, y ahora cuéntame qué está pasando. Lo último que supe de ti es que te mudabas a Los Ángeles con Rose y ahora apareces en el club en el que trabajo con actitud sospechosa y buscas un acercamiento. —Voy a hablar, pero me detiene alzando una mano—. No me refiero al sexo, pero sabes que estoy en lo cierto. Tienes un propósito oculto y quiero saber cuál es.

Respiro hondo y estrecho mi mirada sobre él.

—El club. ¿Hace mucho que trabajas ahí?

—¡Lo sabía! —exclama—. ¡Quieres robarlo!

—Por enésima vez, no voy a robar en ningún lado.

—Entonces, ¿por qué te interesa tanto el club?

Me quedo pensativa unos segundos antes de responder. No sé si me conviene contarle la verdad, pero el tiempo apremia y necesito encontrar a mi amiga. Ian es lo más cerca que he estado de saber a qué me enfrento realmente.

—Es por Rose —contesto con una exhalación.

—¿Rose? ¿Qué le ocurre? ¿No vivís juntas?

—En la misma ciudad, pero manteníamos el contacto hasta que desapareció.

Ian pestañea muy rápido y sacude la cabeza de un lado a otro.

—No estoy entendiendo. ¿Rose ha desaparecido? —Asiento—. ¿Cómo? ¿Has ido a la Policía?

Paso un buen rato contándole todo lo que ha sucedido en los últimos meses. Ian no me interrumpe ni una sola vez. Escucha con atención y puedo notar cómo se tensa cuando llego a la parte de la cacería.

—A ver si lo he entendido bien. ¿Crees que la Sociedad del Escorpión está detrás de la desaparición de Rose?

—Sociedad del Escorpión —repito en un susurro.

—Sí, así se hacen llamar los dueños del club.

—¿Quiénes son? ¿Alguna vez has escuchado hablar de las Cacerías? ¿Sabes si las mujeres que están ahí son retenidas en contra de su voluntad?

—Es una sociedad privada, Reese. Solo conozco a los socios que acuden al club de Las Vegas de manera algo asidua.

—Espera, ¿por qué lo llamas club de Las Vegas? ¿Hay más de uno? —Ian asiente con la cabeza—. ¡¿Cuántos?!

—No lo sé con exactitud, pero al menos otros cuatro o cinco. En Nueva York, Los Ángeles, Miami… Son clubs de sexo exclusivos para socios, y no, las mujeres que acuden a ellos no están obligadas a hacer nada. Solo pueden entrar si son invitadas por algún socio, con la tarjeta negra.

Los Ángeles… Si hay uno de esos clubs en la ciudad es posible que Rose haya estado en él.

—¿Y las Cacerías? —Niega con la cabeza.

—No tengo ni idea de nada de eso. Tampoco es que los socios hablen mucho con el personal que trabaja allí. Solo les servimos

bebidas.

—Pero sabrás al menos quién es el dueño, ¿no?

—Reese, es una sociedad, todos son los dueños.

—¡Lo sé, joder! Pero alguien tiene que dar las órdenes, un jefe que destaque entre los demás socios. —Vuelve a negar—. ¡¿Nadie?! ¿Ni siquiera los Sutton?

—No. Xander y Wade Sutton son socios habituales, pero no más que otros. Van al club un par de veces por semana, se toman unas copas, a veces charlan entre ellos o con otros socios, después se meten en la zona privada y, tras hacer lo suyo, se marchan.

—¿Hacer lo suyo? Esa es una forma muy sutil de explicar lo que ocurre allí. Esas mujeres…

—Están ahí por su propia voluntad —me corta—. Eso es algo de lo que estoy seguro. He hablado con muchas de ellas. Unas buscan dinero, otras poder, aunque la mayoría solo pasar un buen rato.

—¿No te parece preocupante que se conviertan en esclavas de los socios de esa organización?

—No si ellas así lo desean. —Exhala con fuerza y clava su mirada en la mía—. Lo que sí me preocupa es que tú estés trabajando y viviendo en el hotel de los Sutton, y más si crees que ellos pueden haber tenido algo que ver con la desaparición de Rose y todo eso de las Cacerías. Es peligroso, Reese.

—Lo sé, aunque no es como si tuviese otra opción. Wade Sutton es uno de los enmascarados y mi única pista para llegar a Rose. Necesito tenerlo vigilado.

—La Policía…

—Ellos no van a ayudarme. Lo intenté y no funcionó. Tengo que encontrarla por mi cuenta, y para ello necesito saber lo máximo posible sobre esa Sociedad del Escorpión. ¿Vas a ayudarme?

—Claro, cuenta conmigo. —Me sujeta de la mano y le da un leve apretón—. ¿Qué necesitas de mí?

—Cuéntame todo lo que sabes sobre la Sociedad —pido.

—No es mucho. Son hombres de negocios, poderosos. Algunos de mis compañeros rumorean que entre ellos hay algunos miembros de mafias o algo así, pero no podría asegurarlo. Invitan a chicas jóvenes y guapas para follarlas, algunas repiten, otras solo van una vez. Se emborrachan, juegan a las cartas. Es algo así como un club de caballeros, pero con sexo.

—¿Quién paga a los empleados? Alguien tiene que firmar las nóminas, ¿no?

—Trabajamos para una empresa externa. Hace un par de años yo era camarero en un hotel, después me trasladaron al club. La verdad es que gané bastante con el cambio. Mejor sueldo y propinas por menos horas de trabajo.

—¡Mierda! —exclamo, y resoplo con fuerza.

—Tranquila, Reese, te ayudaré a buscarla. Haré preguntas, vigilaré lo que sucede en el club. —Me mira a los ojos y esboza una pequeña sonrisa—. Encontraremos a la pelirroja bocazas.

Sonrío por la forma en la que llama a mi amiga. Él y Rose nunca se han llevado especialmente bien, aunque en el fondo sé que se tienen cariño. Echo un vistazo a mi reloj y me pongo en pie de un salto.

—¡Maldición, debo irme! Tengo una reunión a primera hora y llegaré tarde.

—Puedes usar la ducha si quieres —dice Ian mientras me visto a toda prisa.

—No, prefiero pasar por mi habitación. —En cuanto termino de abrocharme los pantalones, me inclino sobre la cama y beso su mejilla—. Gracias por tu ayuda. Estamos en contacto.

—Te avisaré si descubro algo, y ten cuidado, ¿entendido? No te arriesgues más de lo necesario.

—Descuida. Sé cuidar de mí misma.

—Lo sé, pero a veces se te olvida hacerlo. —Le guiño un ojo y me pongo la chaqueta. Estoy a punto de marcharme cuando vuelve a

hablar—. Esto no va a volver a pasar, ¿verdad? —Frunzo el ceño, confusa—. Me refiero al sexo.

—No, Ian. Creo que es mejor que mantengamos nuestra relación en un plano más amistoso.

—Podemos ser amigos que se acuestan de vez en cuando. —Arqueo una ceja y él chasquea la lengua—. Lo supuse. Está bien, tendré que conformarme. Al menos lo de esta noche ha sido memorable.

—Yo no lo definiría de ese modo, pero si te hace ilusión…

—¡Oye! Ha estado bien —replica.

Suelto una carcajada y asiento.

—Sí, ha estado bien. Tengo que irme. Llámame si hay alguna novedad.

—Lo haré.

Tras despedirme, salgo casi a la carrera del apartamento y no tardo en cruzar la ciudad subida a mi moto. Ya casi ha amanecido y no puedo llegar tarde a esa reunión.

Capítulo 28

Wade

«Practiquen el dominio propio y manténganse alerta. Su enemigo el diablo ronda como león rugiente, buscando a quién devorar». «Pedro 5:8».

Intento mantener un ritmo cardíaco bajo haciendo respiraciones profundas. Mis pisadas se crean eco en todo el gimnasio. Aunque está abierto día y noche, a esta hora siempre me aseguro de que solo yo pueda usarlo. Sería más sencillo habilitar la habitación de invitados del ático para que pueda ejercitarme en ella, pero no me apetece tener a nadie extraño en mi casa durante días, y menos ahora que estoy bajo amenaza. Presiono el botón de parada, y la cinta poco a poco va deteniéndose y yo con ella.

Siento una especie de hormigueo en las piernas cuando me bajo, debido al cansancio. Apenas he dormido un par de horas y puedo notar que eso es algo que me pasará factura a largo del día. Me retiro a los vestuarios, y tras quitarme la ropa, entro en una de las duchas. El agua fría cae sobre mi piel como chuchillas afiladas. No es agradable, pero necesito bajar mi temperatura corporal. Lo malo de hacer ejercicio usando pantalón largo y sudadera es el calor al que me someto, aunque ya me he acostumbrado. «Escóndelas. No dejes que nadie las vea». Sacudo la cabeza de un lado a otro para apagar la molesta voz que sale de mi mente y cierro el grifo de golpe.

En cuanto termino con la ducha, regreso a mi atuendo habitual, traje de tres piezas oscuro y camisa blanca. No tardo demasiado en salir y encontrarme con los tres guardaespaldas que mi nueva directora de Seguridad ha elegido para protegerme. Son unos incompetentes. Estoy casi seguro de que ayer alguien nos estaba siguiendo y ellos ni siquiera se dieron cuenta, o sí lo hicieron, pero les dio igual. Puede que recibieran órdenes de ignorarlo y, si es así, lo más probable es que la persona que me vigilaba sea la mismísima Reese Kennedy. No confío en ella y por eso los tres idiotas que me esperan a la salida del gimnasio están a punto de ser relegados de su cargo.

—Podéis marcharos —digo, deteniéndome en el pasillo mientras me ajusto los puños de la camisa.

—Señor Sutton, tenemos órdenes de… —Lo hago callar con solo una mirada.

—¿De la señorita Kennedy? —inquiero.

El que parece haber tomado el mando de los tres asiente con la cabeza.

—Nos dijo que no debíamos separarnos de usted en ningún momento —explica.

—¿Algo más? —Arqueo una ceja y los tres se miran con gesto confuso—. Tengo una pregunta para vosotros. ¿Es la firma de la señorita Kennedy la que está al pie de página en vuestros contratos o es la mía?

—La suya, señor —responde el mismo de antes en un susurro.

—Entonces, ¿qué os hace pensar que sus órdenes tienen más valor que las mías? —Inspiro hondo y no le dejo contestar—. He dicho que os retiréis, ahora mismo.

Los tres asienten con la cabeza y se marchan sin decir nada más. Después de la reunión me encargaré de que esta sea la última vez que pisan cualquier parte de este edificio. Necesito rodearme de personas de confianza y ellos no lo son, tampoco Reese, pero a ella me conviene tenerla cerca. Me da igual si ella y Flor no son la misma

persona, sé que oculta algo. Su presencia en mi vida no es por casualidad. Apareció justo después de que alguien irrumpiera en mi despacho. Busca algo, lo sé, y después de la conversación de anoche en su *suite* tengo muy claro que me atrae. He pasado toda la noche pensando en ello: Flor, Reese…

Es posible que el parecido entre ellas sea obra de mi imaginación, sin embargo, ambas han logrado despertar al cazador que llevo dentro. Flor logró huir, pero Reese no lo hará. Voy a usar todas las armas que tengo a mi alcance para descubrir su propósito, y entre ellas está el follarla hasta el agotamiento. Se cree muy lista, poderosa y valiente. Pobre niña tonta. Cuando termine con ella deseará no haberse metido en la boca del lobo.

Reese

Intento mantener mi imagen de mujer responsable y poderosa mientras salgo del ascensor en la planta administrativa. No me siento así en absoluto. ¿Es posible morirse de sueño? Si es así, lo más probable es que no termine el día con vida. Desde que regresé del apartamento de Ian solo he tenido tiempo para darme una ducha, cambiarme de ropa y cubrir mi rostro con varios kilos de maquillaje para ocultar cualquier signo de agotamiento. Ni siquiera he podido tomarme un jodido café, y lo necesito.

Saludo a la secretaria de Dirección con un cabeceo y atravieso el largo pasillo que me lleva al despacho de Wade Sutton. Apenas me tomo un par de segundos para inspirar hondo antes de tocar a la puerta. Enseguida escucho su voz de acento marcado dándome paso e instalo una sonrisa ensayada en mi rostro mientras tiro de la manilla.

—Buenos días, señor Sutton —saludo, adentrándome en su despacho.

Me fijo en la presencia de un tipo alto, fuerte y de cabello rubio. Va bien vestido, con traje oscuro, sin corbata y permanece de pie e inmóvil junto a él.

—Tome asiento, Reese —ordena, y por algún extraño motivo siento una especie de cosquilleo en la parte posterior de mi cuello al escucharlo.

Me acomodo en una de las sillas que hay frente a su escritorio y espero a que él lo rodee y se siente en su sillón. El desconocido, que no tardo en suponer que es esa persona que, como dijo anoche, quiere presentarme, sigue sin moverse. Su pose es recta y firme, como el de un militar. Tal vez eso es lo que es, o al menos lo ha sido en algún momento de su vida.

—Usted dirá —suelto tras unos segundos en los que el silencio se apodera de la habitación.

—Como hablamos ayer, cada mañana tendremos una reunión para comentar los avances que está haciendo en la investigación. Ya ha reforzado la seguridad del edificio y…

—Aún no he terminado —lo corto.

Recibo una mirada de advertencia. Sutton coloca los codos sobre la mesa y se inclina unos centímetros hacia adelante. Sus ojos encuentran los míos y puedo notar en el ambiente la tensión y la ira que irradia su cuerpo.

—Dejemos algo claro, Reese. Cuando yo hablo, usted escucha. No quiero interrupciones. Podrá expresarse libremente cuando se lo permita. ¿Lo ha entendido?

Me aprieto las rodillas con fuerza y le mantengo la mirada. ¡Hijo de puta! Vuelve a ejercer su poder sobre mí para intimidarme. Inspiro hondo por la nariz y contengo las ganas de ponerme en pie y lanzarle un puñetazo directo a su rostro. Para ganar la guerra hay que sacrificar algunas batallas, al menos eso dicen.

—Por supuesto, señor Sutton —respondo entre dientes.

Uno de sus ojos se entrecierra en lo que me parece un gesto de diversión. Debería cabrearme aún más que el muy hijo de perra se esté burlando de mí, sin embargo, esa sensación extraña en mi cuello se acrecienta. La siento recorrer mi clavícula y asentarse en el centro de mi pecho.

—Bien, como estaba diciendo, ya que ha reforzado la seguridad del edificio, quiero que centre sus esfuerzos en encontrar a la mujer que entró en mi despacho. Esa debe ser su prioridad. Para que no tenga que preocuparse por nada más, también me encargaré de relegarla de algunas funciones. —Frunzo el ceño mientras señala con el dorso de la mano al hombre que lo acompaña—. Quiero presentarle a Cole Dagger. —Recibo un cabeceo a modo de saludo y Sutton sigue hablando—. A partir de este momento, el señor Dagger será el responsable de mi seguridad. —Se echa hacia atrás y estira su mano en mi dirección—. Ahora puede hablar.

¿Por qué ha tomado esta decisión? ¿Sabe que escogí deliberadamente a tres idiotas para protegerlo? Puede que solo sospeche de mí, pero cambiar a sus guardaespaldas me va a dificultar mucho mi tarea de seguimiento. Pienso muy bien las palabras antes de pronunciarlas.

—Como usted ordene, señor Sutton —digo, esbozando media sonrisa.

—¿No tiene nada más que decir? —inquiere, y la forma en la que arquea una ceja reaviva esa sensación de cosquilleo en mi pecho. Antes de ser consciente de a dónde se dirigen mis propios pensamientos, la imagen de Sutton empujando su miembro en el interior de la boca de aquella chica del club asalta mi mente. Aquella chica también fui yo durante la cacería. Mis senos se tensan y trago saliva con fuerza. «¡¿Qué demonios me está pasando?!»—. Reese, le he hecho una pregunta.

Carraspeo y aparto la mirada. Clavo las uñas en la piel de mis rodillas e intento mantener un ritmo constante en mi respiración. «Esto es lo más raro que me ha sucedido nunca».

—Nada que añadir —murmuro, negando con la cabeza.

—Reese, míreme. —Giro la cabeza en su dirección como una autómata. Está frunciendo el ceño y sus ojos grises parecen centellear.

Me mira fijamente, como si intentara adivinar lo que está sucediendo en el interior de mi cabeza. No me preocupa que lo

haga, ya que ni yo misma sé qué es lo que pasa. Quiero pensar que todas estas sensaciones se deben al cansancio por la falta de sueño, sin embargo, recuerdo cómo me sentí anoche cuando salí del club. Acalorada, nerviosa, inquieta y… ¿Excitada?

Bajo la vista a su mano, la mano con la que rodeo mi cuello hasta dejarme sin respiración, la misma con la que sujetó el cinturón de mi albornoz. Me pregunto cómo habría reaccionado si hubiese tirado de él. ¿Fue ese el motivo por el que acudí a Ian en mitad de la madrugada? Podría haberle pedido su ayuda sin más, pero decidí acostarme con él. ¿Por qué?

Carraspeo de nuevo y sacudo la cabeza de un lado a otro. Necesito serenarme. Ya encontraré una explicación en otro momento. Vuelvo a mirarlo a los ojos con toda la calma que soy capaz de reunir.

—No tengo nada que añadir, señor Sutton. Usted es el jefe. Si ha decidido cambiar de guardaespaldas, no me compete a mí llevarle la contraria. ¿Necesita algo más o puedo marcharme ya?

Parece dudarlo unos segundos. Sigue mirándome con gesto serio, y tras lo que se me hace una eternidad, asiente con la cabeza. Enseguida me pongo en pie, pero antes de que pueda dar un solo paso en dirección a la salida, su voz me detiene.

—Espere fuera, Reese. La llamaré en unos minutos.

Trago saliva con fuerza. ¡¿Qué mierda quiere ahora de mí?! No puedo negarme, aunque ganas no me faltan. Asiento y decido obedecer sin rechistar. Al menos tendré unos minutos para recuperar la cordura antes de un nuevo enfrentamiento.

Capítulo 29

Wade

«He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos: sed pues prudentes como serpientes, y sencillos como palomas». «Mateo 10:16».

En cuanto la puerta de mi despacho se cierra, Dagger relaja su postura y camina con paso lento para rodear mi escritorio. Le pedí que adoptara esa actitud para que le fuese más sencillo estudiar las reacciones y el comportamiento de Reese.

—¿Qué piensas de ella? —pregunto tras unos segundos de silencio.

Dagger sonríe y se encoge de hombros.

—¿Aparte de que la pones cachonda? —Le lanzo una mirada de advertencia que él ignora—. Es buena camuflando su lenguaje corporal.

—Eso ya lo sé —mascullo cabreado.

No necesito que nadie me diga que la pongo cachonda, yo mismo he podido notarlo. No sé qué es lo que estaba pensando, pero su cuerpo la delató. Las pupilas dilatadas, la tensión en sus hombros, esa forma de rehuir mi mirada como si le quemara… La señorita Kennedy ha tenido mucha suerte de que no estuviésemos solos, sin embargo, esta será la última vez que lo deje pasar.

—¿Qué quieres que te diga, Wade? La chica oculta algo, pero eso también lo sabes. Por eso me pediste que la siguiera anoche.

—Y la perdiste —gruño.

Esta vez es él quien parece molesto. Aprieta los puños y frunce el ceño.

—Tomó a mis chicos por sorpresa. Solo me dijiste que querías saber a dónde iba. No creí que tuviesen que emplearse a fondo. Conduce rápido y sabe cómo pasar desapercibida.

—Quiero que la vigilen en todo momento. Necesito saber a dónde va, con quién y por qué.

—Sabes que no estoy especializado en seguimientos ni vigilancia. ¿Por qué me has llamado a mí?

—Porque ya hemos colaborado antes e hiciste un buen trabajo —respondo sin mirarlo.

—Una cosa es darles una paliza a unos cuantos tramposos, incluso matar a algún indeseable, pero esto… ¿Qué pretendes? Puedo hacer que desaparezca si quieres.

—¡No! —exclamo, poniéndome en pie—. La quiero viva. Solo haz que la sigan y me informen de todos sus movimientos. También necesito a un par de hombres que me protejan.

—¿De ella? —pregunta en tono burlón.

—No, de quien sea que me haya amenazado. Siéntate, te lo contaré todo.

Paso un buen rato explicándole a Dagger lo del robo, la amenaza y la llegada de Reese Kennedy a mi vida. Por supuesto, no menciono a Flor, las cacerías ni nada que tenga que ver con la Sociedad del Escorpión. Eso es algo privado. Al terminar, me mira frunciendo el ceño.

—Sigo pensando que te has equivocado de persona. No soy un puto detective privado, Wade. Mi trabajo consiste en extorsionar, amenazar y matar. Si quieres saber quién es esa mujer y qué hace aquí, estoy seguro de que tienes medios para averiguarlo por tu cuenta.

—Ya sé quién es. Tengo un informe detallado sobre su pasado. —Saco de un cajón la carpeta que me dio Nancy con la información de

Reese y se la tiendo—. Tú eres bueno haciendo hablar a la gente y tienes contactos en Los Ángeles. Quiero que vayas allí y saques todo lo que puedas.

—¿Quieres que viaje a Los Ángeles? —Asiento—. Eso te va a salir caro. Tengo clientes en la ciudad que…

—Un millón de dólares por lo que puedas averiguar sobre ella —lo corto.

Dagger arquea una ceja con sorpresa y esboza una sonrisa ladeada.

—Me gusta lo que dices. —Se levanta sin dejar de mirarme—. En una hora llegarán los dos hombres que me has pedido. Son los mismos que se encargaron de lo del italiano que molestó a tu hermano. Por cierto, ese tema está solucionado. —Asiento con la cabeza. No estaba preocupado. Sé que Dagger es el mejor en lo suyo. Hará cualquier cosa que le pidas mientras puedas pagarle—. Te mantendré informado de lo que descubra en Los Ángeles.

Tras despedirse con un cabeceo, sale de mi despacho y me quedo mirando la puerta cerrada mientras pienso en mi próximo movimiento. Reese sigue esperando fuera, al menos eso espero, por su propio bien. Tengo que llamarla, pero aún no sé muy bien qué es lo que voy a hacer con ella. Puedo intentar ganarme su confianza por las buenas, aunque ese no es mi estilo. Además, es demasiado lista como para dejarse engañar.

Exhalo con fuerza y presiono el botón del intercomunicador. Le pido a mi secretaria que la haga pasar y me pongo en pie con decisión. Nada de palabras amables y educadas. Ha llegado el momento de dejar a un lado las conversaciones con dobles sentidos y pasar a la acción. Camino hasta la puerta y me recoloco la entrepierna. Empiezo a estar duro solo con pensar en lo que está a punto de ocurrir. Reese no tiene escapatoria, eso es algo que descubrirá enseguida.

Escucho el sonido de sus tacones acercándose y después sus nudillos golpeando la madera. No respondo, solo me coloco frente a la puerta y la abro de un tirón. Clavo mi mirada en la suya. Parece

sorprendida, aunque hay algo en la forma en la que alza la babilla y endereza la espalda que me hace entender que su estado emocional ha cambiado. Ya no parece la chica nerviosa y titubeante que abandonó el despacho hace solo unos minutos.

—Adelante —susurro, y me hago a un lado para que pueda entrar.

Reese pasa por mi lado con la espalda recta, sus pisadas son firmes y seguras. Echo un buen vistazo a su trasero y contengo el aliento cuando el aroma a lirios invade mi nariz. Estoy seguro de que podría hacer verdaderas maravillas con ese culo. Me obligo a apartar la mirada y cierro la puerta antes de girarme. Me sorprende verla de espaldas al escritorio, con los brazos cruzados sobre el pecho y una actitud que solo podría definir como desafiante.

—Señor Sutton, permítame recomendarle que mande a revisar su reloj. Esos minutos que comentó fueron más de media hora.

La forma en la que casi escupe las palabras, con rabia contenida, provoca que un latigazo de excitación recorra mis pelotas. Vuelvo a respirar hondo y se me escapa media sonrisa.

—La última vez que lo comprobé, media hora eran treinta minutos —respondo, caminando hacia ella.

Parece demasiado sorprendida mirando mi rostro como para darse cuenta de que me estoy acercando. Puedo notar el instante exacto en el que se da cuenta de mi cercanía. Sus hombros se tensan. Doy un nuevo paso y otro más antes de detenerme a solo unos centímetros de su cuerpo. Reese alza la cabeza para seguir mirando mi rostro.

—¿Nunca le han enseñado a respetar el espacio personal de una mujer? —pregunta, arqueando una ceja.

Estiro el brazo tan deprisa que no lo ve venir. Rodeo su cuello con la mano y la atraigo hacia mí con un tirón contundente.

—Me pregunto si seguirás manteniendo ese tono arrogante cuando tengas mi polla en la boca —siseo, pegando mi nariz a su mejilla.

Coloca las manos sobre mi pecho e intenta apartarme, pero no se lo permito. Deslizo la nariz por su cuello inspirando con fuerza, empapándome de su olor. ¡Es igual que el de Flor! ¿Usan el mismo perfume o me estoy volviendo loco?

—¿Qué hace? Suélteme —jadea.

Aprieto más su cuello y me aparto para mirarla. No parece asustada. Bueno, puede que un poco sí, pero también hay excitación y deseo en su mirada. Quiere esto, puedo percibirlo.

—¿Estás segura de que quieres que te suelte, Reese? —Aflojo un poco el agarre en su garganta y vuelvo a acercar el rostro a su cuello. Deslizo la lengua por toda su longitud y el olor se intensifica, casi puedo saborearlo… ¡Mierda, otra vez Flor! Con el otro brazo la pego más a mí para asegurarme de que mi erección presione su bajo vientre y vuelvo a mirarla a los ojos—. No te he escuchado decirlo.

Su garganta se mueve bajo la palma de mi mano cuando traga saliva con fuerza. Inspira hondo por la nariz y entrecierra los ojos.

—¿Qué demonios quieres de mí? —sisea entre dientes.

Sonrío. Es la primera vez que me tutea, y solo con escucharla me he puesto aún más duro si es posible.

Sin soltar su cuello, deslizo la mano por su cadera, la bajo por el muslo hasta llegar al borde del vestido y lo subo muy despacio.

—¿Quieres saber lo que quiero de ti? —Alzo el bajo del vestido ajustado hasta llegar a su vientre y deslizo el dorso de los dedos por encima de la braga de encaje que lleva puesta—. Para empezar, quiero que dejes de blasfemar en mi presencia —Aprieto más su garganta al mismo tiempo que desciendo con la otra mano por encima de la ropa interior hasta su coño. Coloco la rodilla entre sus piernas y la obligo a abrirlas un poco para poder presionar mis dedos contra la tela de encaje—. Quiero hacerte gritar con tanta fuerza y tan alto que todos los empleados de la planta pensarán que te estoy asesinando.

Noto como se tensa aún más, sin embargo, cuando hago a un lado la ropa interior y hundo mis dedos entre sus pliegues, la encuentro húmeda y caliente. Sonrío de nuevo.

—¿Vas a obligarme? —susurra con un hilo de voz.

—¿Quieres que te obligue? —Presiono su clítoris con el dedo corazón y su respiración se acelera—. No, lo que de verdad deseas es suplicarme que te folle, ¿verdad? —Deslizo el dedo por todo su centro hasta la entrada de su cuerpo y su mandíbula se tensa—. No lo reprimas, Reese. Ambos sabemos que en cuanto te meta los dedos te correrás en mi mano. Es inevitable.

Cierra los ojos y puedo notar cómo lucha contra sí misma para contener el placer. Regreso a su clítoris y empiezo a acariciarlo con movimientos circulares. Cuando noto que está a punto de llegar al orgasmo, me detengo. Sus ojos se abren de golpe y me mira con furia.

—Que te jodan —masculla con la mandíbula apretada.

—Peleona, eso me gusta —susurro—. ¿Quieres correrte?

—No.

Aprieto más su garganta y muevo su cabeza hacia un lado para tener mejor acceso a su cuello. Clavo los dientes en su piel. Escucho como gime bajito mientras me aseguro de que la marca de mis dientes quede impresa en su cuello. Una vez más, ese gemido me recuerda a Flor. Enseguida me enderezo y vuelvo a aflojar el agarre en su garganta. Saco la mano de sus bragas y, sin dejar de mirarla a los ojos, me llevo los dedos a la boca.

—Delicioso —susurro, lamiendo uno y después el otro. Libero su cuello y retrocedo un par de pasos. Reese exhala con fuerza y se me queda mirando como si no esperara que la soltara—. Mañana a primera hora vendrás a este despacho para nuestra reunión diaria y lo primero que vas a hacer es dejar las bragas sobre mi mesa. ¿Entendido?

Pasan unos segundos en los que parece estar asimilando lo que acabo de decir. Su respiración sigue alterada y tiene las pupilas tan

dilatadas que apenas logro distinguir el color ambarino de sus iris.

—¿Y si no lo hago? —suelta con una exhalación.

—Entonces daré por concluido tu trabajo en mi empresa —respondo, ajustándome el nudo de la corbata—. Puedo conseguir a un experto en seguridad en cuestión de segundos. Si estás aquí es porque quiero algo más de ti que tu experiencia laboral.

Parece darse cuenta de lo que estoy insinuando. Frunce el ceño y se baja el vestido con un par de tirones fuertes hasta que colocarlo de nuevo en su lugar. Resopla con fuerza y busca de nuevo mi mirada.

—Eso se llama extorsión y abuso de poder —sisea entre dientes.

Está cabreada, mucho, y, por algún motivo, esa actitud agresiva me pone aún más cachondo.

—Llámalo como quieras. Tú decides, Reese. —Tomo una respiración profunda y paso a su lado para rodear la mesa y sentarme en mi sillón—. Ahora puedes marcharte.

Me lanza una mirada heladora por encima del hombro y, tras bufar de nuevo, se dirige a la puerta dando largas zancadas. La observo mientras la abre, y cuando sale, da un portazo que resuena en toda la estancia. Vuelvo a sonreír. La trampa está colocada y armada, ahora solo tengo que esperar a que la presa caiga en ella, y lo hará, estoy seguro.

Capítulo 30

Reese

Once años antes

Entro en el dormitorio que comparto con Rose desde hace seis meses y la encuentro tirada sobre su cama, con las piernas hacia arriba, pegadas a la pared.

—¿Estás practicando alguna postura nueva para seducir a tu carcelero favorito? —bromeo y, tras entrar, cierro la puerta.

—¡Ábrela! —exclama mi amiga.

Enseguida soy consciente de lo que acabo de hacer y me disculpo con la mirada. Rose tiene un pequeño problema con los espacios cerrados. No le importa que la puerta esté cerrada si hay una ventana abierta, pero desde mi último intento de huida nos tapiaron la ventana con maderas y eso la pone nerviosa.

Me acerco a mi guardarropa y tras meter un par de camisetas en el interior de la mochila, doy media vuelta y compruebo que Rose me está mirando con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Ya lo sabes. —Se sienta en el borde del colchón con gesto serio —. ¿Vas a ir a algún lado?

—No sé por qué lo preguntas. —Me alejo del guardarropa intentando disimular, aunque estoy segura de que ya sabe cuál es mi intención.

—No te hagas la tonta conmigo, Reese. Tienes la mochila preparada. ¿Pensabas irte sin decir adiós?

Exhalo con fuerza y tomo asiento en mi cama, justo frente a la suya.

—No quiero involucrarte en esto.

—¿Cuándo? —inquiere. Tras unos segundos en los que no contesto, bufa con fuerza y se cruza de brazos—. Esta noche, ¿verdad? Vas a intentarlo hoy.

—Sí, en cuanto las luces se apaguen —confieso.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Si te atrapan…

—Tengo que arriesgarme —la corto.

Sé muy bien lo que sucederá si me atrapan intentando escapar. El director del centro fue muy claro la última vez. Se acabaron los castigos en celdas de reclusión. Un solo intento más y me declarará no apta para reeducación, lo que conllevará la expulsión inmediata del centro. Un juez podría ordenar mi ingreso en la prisión estatal.

—Sigo sin entender por qué quieres salir ahí fuera. No tienes a nadie. ¿Qué vas a hacer?

—Sé cuidar de mí misma —mascullo.

—Ya, yo también, pero te aseguro que vivir en la calle no es agradable. Además, ¿qué pasa con Ian? Creí que te gustaba.

—Y yo que a ti no —replico.

—Es un idiota, pero le gustas. Vosotros…

—No es nada serio. Solo nos hemos enrollado un par de veces —explico. Suspiro con fuerza y me acerco a mi amiga, me acuclillo frente a ella y busco su mirada—. No aguanto estar encerrada en este lugar. Las normas, los horarios… Quiero algo distinto para mí.

—Lo entiendo, Reese. —Me agarra las manos y esboza un amago de sonrisa—. Esto no es un hogar, pero al menos aquí tienes a alguien que se preocupa por ti. Un año y medio, eso es todo lo que tienes que aguantar y después serás libre.

—Es demasiado. Me volveré loca.

Mi amiga asiente con la cabeza y me aprieta de nuevo las manos.

—Está bien, es tu decisión. Espero que lo logres.

—Voy a echarte de menos, pelirroja —admito.

—Claro que lo harás. —Se sacude la melena con un golpe de cabeza y sonríe de oreja a oreja—. Seamos sinceras, mi presencia es algo que marca un antes y después en la vida de cualquiera.

Suelto una carcajada y la empujo por los hombros hasta que cae de espaldas sobre el colchón.

—También puedes venirte conmigo.

Rose deja de reír y niega con la cabeza.

—Tú ves este lugar como una prisión y yo como una fortaleza. Estoy más segura aquí dentro.

Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere cuando escuchamos como alguien toca a la puerta. Giro la cabeza hacia la entrada y veo a Brandon de pie bajo el umbral.

—Las luces se apagarán en cinco minutos —informa.

Mi amiga lo mira sonriendo de manera provocativa.

—¿Has venido a darme un besito de buenas noches, cariño?

Pongo los ojos en blanco y sacudo la cabeza, dándola por imposible. Le encanta provocar. Por suerte, Brandon es un tipo decente, o al menos eso parece.

—Sé buena, Rose —le advierte, señalándola con el dedo índice—. Acostaos ya.

—¿No vas a arroparme? —Mi amiga insiste, pero él la ignora.

—Hasta mañana, chicas.

—Deja la puerta abierta —pido. Brandon asiente y, tras despedirse con un cabeceo, sigue haciendo su ronda por el pasillo.

Rose y yo nos metemos en nuestras camas y solo unos minutos después todas las luces se apagan. Espero un buen rato en silencio, y cuando no escucho ningún sonido, me levanto y camino casi de puntillas hasta el guardarropa. Ni siquiera me molesto en cambiarme el uniforme del centro. Llevo un par de mudas en la mochila para cuando esté fuera de este lugar.

Tomo una respiración profunda y me dirijo a la salida, pero antes de irme escucho la voz de Rose a mi espalda.

—Buena suerte —susurra.

Me aferro con fuerza a la tira de la mochila y no respondo, solo salgo del dormitorio sin hacer ruido.

Mientras atravieso el pasillo, repaso una vez más el plan: Primero llegar a la cocina, desde ahí tomar el acceso a la lavandería. Los camiones de recogida de ropa sucia vienen a primera hora de la mañana. Solo tengo que esconderme en el interior de uno de los carritos durante la noche y cuando amanezca seré libre.

Mis anteriores intentos de huida fueron más directos y fallaron, por eso creo que esta vez lo conseguiré. Solo tengo que lograr llegar a la lavandería sin que nadie me pille.

Conozco los horarios de los guardias y sé que en algún momento van a tener que hacer la ronda por la cocina. La única forma de entrar ahí es abriendo la puerta de manera remota, por lo tanto, debo aprovechar el momento para colarme sin ser vista. Me oculto durante más de una hora en un pequeño cuarto de limpieza, hasta que escucho unas pisadas en el exterior. Me pongo alerta, lista para salir en cuanto pasen de largo.

Pum, pum, pum, pum… Las pisadas se detienen al otro lado de la puerta y contengo el aliento. Mi corazón se detiene cuando veo como la manilla empieza a girar. ¡Me han descubierto, joder! ¡Este es el final! Estoy a punto de lanzarle un puñetazo a quien sea que esté a punto de entrar, pero una cabellera pelirroja aparece en mi campo de visión.

—¡Mierda, Rose! —exclamo en voz baja y suspiro aliviada—. ¿Qué demonios haces aquí? Vas a lograr que me pillen.

—Ya es tarde para eso. Brandon volvió a nuestro dormitorio para asegurarse de que estábamos dormidas. Le dije que habías ido al baño y fue a buscarte. No tardará en darse cuenta de lo que pretendes. ¡Tienes que regresar!

Escuchamos varias pisadas que se acercan y tiro de su brazo para poder cerrar la puerta. Enseguida noto cómo se tensa y empieza a mirar alrededor con la respiración acelerada.

—No entres en pánico. Solo serán unos segundos.

—Este sitio es demasiado pequeño, Reese —susurra con un hilo de voz.

Una capa de sudor fino cubre su frente y empieza a hiperventilar.

—¡Maldición! —La sujeto por los hombros y la obligo a centrar su mirada en la mía—. Céntrate en mí. Todo va a estar bien.

—¡No puedo respirar! —exclama.

—¡He escuchado algo! —gritan al otro lado de la puerta.

Me abalanzo sobre Rose y le cubro la boca cuando intuyo que está a punto de ponerse a gritar. Odio tener que hacer esto. Sé que no estoy ayudando con su ataque de pánico, pero si nos atrapan será mucho peor. A mí me espera la cárcel, pero ella irá directa a una celda de reclusión, una habitación de dos metros de ancho y largo sin ventanas.

—Lo siento, lo siento —susurro en su oído mientras la sujeto por detrás.

Rose se resiste, intenta salir, pero no se lo permito hasta que ya no escucho a nadie en el exterior. En cuanto la libero, abre la puerta de un tirón y se lanza al pasillo. Toma un par de respiraciones profundas antes de girarse hacia mí para fulminarme con la mirada.

—No vuelvas a hacer eso, nunca —sisea entre dientes.

—Lo sé. —Alzo ambas manos a modo de disculpa—. Ibas a delatarnos. Lo siento.

Su mirada se suaviza y asiente mientras intenta recuperar el aliento.

—Volvamos al dormitorio antes de que nos pillen. —Me muerdo el labio inferior y echo un vistazo sobre su hombro. La puerta está ahí, a solo unos metros. Estoy tan cerca de ser libre de nuevo…—. Reese, ni lo pienses. Es cuestión de minutos que Brandon se dé

cuenta de que ninguna de las dos estamos en nuestras camas. Van a hacer sonar la alarma. No podrás salir de aquí, y lo sabes.

Exhalo con fuerza y asiento. Tiene razón. Si regreso ahora podré intentarlo en otra ocasión. Debo ser paciente y buscar el momento indicado.

—Vámonos —susurro.

Empezamos a recorrer el pasillo casi de puntillas. Todo está oscuro, pero conocemos el camino. Casi hemos llegado al pasillo de los dormitorios cuando, al girar en una esquina, nos damos de frente con un guardia. No logro verle la cara, pero sé que me ha pillado.

—¡¿Quién eres?! —grita. Por puro instinto, agarro la mano de Rose y echo a correr por el mismo lugar por el que hemos venido—. ¡Alto ahí!

Seguimos corriendo y en solo unos segundos la alarma se activa. El sonido es muy alto, tanto no logro escuchar nuestras propias pisadas. Echo un vistazo hacia atrás y compruebo que hemos conseguido despistar al guardia, pero estoy segura de que no tardará en llamar refuerzos.

—¡Por aquí! —oigo que dice Rose, y me arrastra hacia un aula vacía.

Cerramos la puerta y nos ocultamos en el interior.

—¡Joder! Van a venir a buscarnos aquí. Esto es una ratonera —farfullo sin aliento.

Rose mira a su alrededor. Hay dos ventanas al fondo, pero ambas tienen rejas, como todas las del edificio. La única manera de regresar al dormitorio es por el pasillo en el que nos hemos encontrado al guardia.

—Dame tu mochila —ordena estirando el brazo en mi dirección.

—¿Para qué? No hay nada dentro que nos pueda ayudar a salir de aquí.

—Cuando me pillen con ella, creerán que soy yo la que intentó huir. Los distraeré y tú podrás volver al dormitorio.

—¡¿Qué?! ¿Te has vuelto loca? Van a encerrarte en una celda de reclusión.

Puedo ver cómo palidece, sin embargo, tras inspirar hondo por la nariz, alza la barbilla y asiente.

—Lo resistiré. Si te pillan a ti, irás directa a la prisión estatal.

—Olvídalo, Rose. El papel de mártir no te pega. Yo tomé la decisión de escapar. Conocía el riesgo y…

—¡Deja de decir tonterías! —grita.

Escuchamos como alguien se acerca corriendo, y tomándome por sorpresa, me quita la mochila de las manos con un tirón fuerte.

—¡Está aquí! No puede haber ido lejos. —Es Brandon el que está en el pasillo, estoy segura.

—No lo hagas —susurro.

—No soy una mártir. Solo protejo a alguien a quien quiero. Sé que tú también lo harías por mí, Reese. —Niego con la cabeza justo cuando varias pisadas se acercan aún más—. Los llevaré en dirección contraria. Cuando me sigan, regresa al dormitorio sin que nadie te vea.

—No puedes… —Antes de que pueda terminar la frase, me aparta de un empujón, abre la puerta y sale al pasillo.

—¡Ahí está! ¡Rose! —grita Brandon.

Sale corriendo y los guardias la persiguen sin detenerse a comprobar si hay alguien más en el aula de la que acaba de salir.

∞∞∞

Veintiséis horas, eso es todo lo que Rose ha aguantado en la celda de reclusión antes de sufrir un ataque que la ha enviado directa a la enfermería. Se supone que iba a pasar allí dentro una semana, pero Brandon me informó esta mañana de que la habían tenido que sacar porque empezó a golpearse contra las paredes por

pura desesperación. Él sabe que estaba con ella, pero nadie tiene pruebas de ello, por lo tanto, no pueden acusarme de nada.

Con cada paso que doy en dirección a la camilla en la que se encuentra tumbada mi mejor amiga, el peso de la culpa me aplasta el pecho. Su rostro está repleto de hematomas oscuros, uno de sus ojos está hinchado y tiene los labios repletos de cortes. Está aquí por salvarme. Se sacrificó por mí.

Me detengo a su lado y cojo una de sus manos. Tiene los nudillos magullados y cubiertos de sangre reseca.

—Lo siento —susurro. Una lágrima recorre mi mejilla y sorbo por la nariz—. Todo esto es mi culpa. Me advertiste y no te hice caso.

—Eso es porque eres una maldita cabezota —susurra afónica. Abre el único ojo que puede y una de sus comisuras se eleva—. Dime que al menos no te han jodido a ti también. —Niego con la cabeza—. Bien, ahora te pido por favor que esperes a que me recupere antes de volver a intentarlo.

—No lo haré —suelto de golpe, y niego con la cabeza mientras más lágrimas recorren mi rostro—. Voy a quedarme aquí, contigo. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, Rose.

Ambas sonreímos y le aprieto un poco la mano. Supongo que ella siempre tuvo la razón. Ahí fuera ya no tengo a nadie, sin embargo, aquí he encontrado a alguien en quien puedo confiar. Rose me ha demostrado que juntas podemos superar el tiempo que nos queda encerradas. Podemos hacerlo.

Capítulo 31

Reese

En la actualidad

Paso todo el día encerrada en mi habitación, dormito un poco y pienso demasiado, sin embargo, ocupo la mayor parte del tiempo maldiciendo a Wade Sutton. «Si estás aquí es porque quiero algo más de ti que tu experiencia laboral». ¡El muy hijo de puta me está chantajeando! Si no accedo a sus deseos me despedirá.

Me pongo en pie de un salto y bufo con fuerza. ¡Que le jodan! No voy a acceder a los caprichos de un maldito enfermo. Encontraré otra forma de dar con Rose. ¿A quién quiero engañar? No hay otra manera. Él es mi única pista. Me ha costado demasiado tiempo y esfuerzo llegar hasta aquí. Aún faltan más de cinco varios para la siguiente cacería y es muy poco probable que logre colarme por segunda vez, además de un puto suicidio. A duras penas pude salir ilesa de la primera.

Vuelvo a dejarme caer de espaldas sobre la cama y me cubro el rostro con un cojín para amortiguar mi grito de pura frustración. No puedo abandonar a Rose cuando más me necesita. «Eso si aún sigue viva», resuena en mi mente. Lanzo el cojín al otro lado de la habitación y me enderezo. Tiene que estar bien, en algún lugar, a salvo, y voy a encontrarla. Ella nunca se rendiría conmigo, haría cualquier cosa para traerme de vuelta, hasta convertirse en el juguete sexual de un perturbado como Sutton.

Inspiro hondo por la nariz e intento aclarar mi mente. Repaso una y otra vez el recuerdo del momento que viví esta mañana en su despacho. «Quiero hacerte gritar con tanta fuerza y tan alto que todos los empleados de la planta pensarán que te estoy asesinando». ¿Era una amenaza o solo los preliminares macabros de un juego sexual? ¿Eso importa? Debí darle otro rodillazo en las pelotas en el mismo instante en que puso sus manos sobre mí, quería hacerlo, pero… ¡Joder! Me quedé paralizada, y no por miedo precisamente.

Me pinzo el puente de la nariz y vuelvo a resoplar. ¿Cómo es posible que mi cuerpo respondiera de esa forma a su asalto? Eso fue lo que hizo, asaltarme, y yo, en vez de salir corriendo o pelear, dejé que tomara de mí lo que quisiera. ¡Maldita sea, me excité! Eso no tiene ningún sentido. En cualquier otra situación habría ofrecido resistencia. ¿Por qué no lo hice?

El sonido de unos nudillos golpeando la puerta me salvan de volverme loca del todo entre tantas preguntas sin respuesta. Por un instante pienso que puede ser Sutton y me preparo para pelear, pero al abrir veo a Nancy al otro lado del umbral.

—¡Hola! ¿Estás bien?

Carraspeo y asiento con la cabeza.

—Sí, ¿qué ocurre?

—Eso pregunto yo. Has estado desaparecida todo el día. Me tenías preocupada. —Estrecha su mirada sobre mí—. No tienes buen aspecto.

—Ya, eh… —Me froto los ojos con la punta de los dedos y suspiro con fuerza—. He estado con dolor de cabeza, pero ya me encuentro mucho mejor. ¿Hay alguna urgencia?

—No, todo está controlado. —Señala el espacio que hay entre la puerta abierta—. ¿Puedo pasar?

—Sí, claro. —Me hago a un lado y dejo que entre en la habitación.

La habitación es una especie de estudio diáfano con cortinas gruesas y una alfombra enorme en el centro. Noto como la vista de

Nancy va a parar al ordenador portátil que está abierto sobre la mesa baja.

—El nuevo equipo de seguridad es muy eficiente —comenta tras tomar asiento en el sofá de tres plazas que ocupa una de las paredes laterales.

—Sí, los mejores en su campo. La idea es que poco a poco vayan automatizando todos los protocolos para que no tengan que tener a un superior pendiente de ellos de manera constante.

—Eso te deja a ti mucho más tiempo libre para buscar a la ladrona, ¿no? —inquiere, y señala el portátil con la barbilla.

—Claro. Eso es lo que he estado haciendo todo el día —miento. En realidad, estuve buscando información sobre Wade, su pasado es todo un misterio. No hay ninguna información de su vida hasta el momento en el que Anthony Sutton y su esposa lo adoptaron cuando tenía solo once años—. Tendré resultados muy pronto.

—Bien. A Wade le gustará saber eso. —Vuelve a entrecerrar los ojos y hace una mueca de disgusto—. Chica, ¿has comido algo? Pareces agotada.

Exhalo con fuerza y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—No. La verdad es que ni siquiera lo pensé, y ahora que lo has dicho, me muero de hambre. Pediré que me traigan algo antes de acostarme.

—Tengo una idea mucho mejor. —Se pone en pie y da una palmada con gesto alegre—. Vete a la ducha, te cambias y vamos cenar.

—Nancy, no tengo muchas ganas de salir —me quejo.

—No iremos lejos. En la segunda planta hay un bar que sirve las mejores alitas picantes que comerás en todo el Estado.

—No sé…

—¡Vamos, Reese! Desde que te contratamos no has tenido ni un respiro. Necesitas distraerte un rato. Podemos cenar, charlar y, si te animas, hasta bailar un poco.

Arqueo una ceja y esbozo una sonrisa ladeada.

—Añade a todo eso unas cuantas copas y soy toda tuya.

Nancy suelta una carcajada y asiente.

—Eso está hecho. Yo invito a la primera ronda.

—Estaré lista en diez minutos.

—Bien, te espero en la salida del ascensor de la segunda planta.

Tras despedirse, me deja sola en la habitación y vuelvo a sonreír. Lo que menos me apetece en este momento es pasar el rato con la asistente del mismísimo demonio, sin embargo, sé por experiencia que el alcohol puede hacer que se le suelte la lengua a cualquiera. Tal vez esta noche logre sonsacarle a Nancy algo de información que pueda usar contra su querido jefe.

∞∞∞

La noche nos pilla sentadas alrededor de una mesa pequeña de madera que está repleta de platos sucios y vasos de cerveza a medio beber. Echo un nuevo vistazo al local y sonrío, negando con la cabeza. Jamás imaginé que un sitio como el Sutton pudiese albergar este tipo de establecimientos. El ambiente es bullicioso, la música está demasiado alta y los camareros pululan entre las mesas con gesto relajado y distendido. Nada que ver con la imagen de lujo y opulencia que se puede ver en otros locales del edificio.

—Este sitio es interesante —comento tras darle un nuevo trago a mi vaso de cerveza.

—Lo bueno del Sutton es que está preparado para albergar clientes de todo tipo. Podemos contar con la presencia de un gobernador alojado en la última planta y, al mismo tiempo, un grupo de universitarios de clase media se divierten jugando a la ruleta en el salón principal del casino.

—Y las despedidas de soltera —añado, señalando a una veintena de chicas que gritan mientras beben chupitos a pares junto a la barra. Todas llevan diademas en forma de pene sobre sus cabezas.

—Sí, son todo un éxito. Aquí, con la música, el alcohol y tanta gente alrededor casi ni se hacen notar.

Asiento y vuelvo a beber.

—Admito que está bien pensado. Podéis tener todo tipo de clientes y, al darles distintos espacios, no se molestan entre ellos. A los más escandalosos los mantenéis ocultos en establecimientos como este y los ricos y famosos disfrutan de los restaurantes y clubes de lujo.

—Las ideas de Wade casi siempre son buenas.

—¿Wade? Creí que la empresa pertenecía a su padre —digo como quien no quiere la cosa.

Ahora que Nancy ya ha bebido unas cuantas cervezas es el momento perfecto para empezar a sonsacarle información.

—Así era, pero cuando Wade se puso al mando llevó al negocio a un nuevo nivel. Hizo muchos cambios por aquí.

—¿Tú ya trabajabas para él en ese momento?

—Me contrató poco después.

Estoy a punto de hacerle una nueva pregunta cuando, por el rabillo del ojo, atisbo a ver una sombra que cae sobre nosotras. Giro la cabeza a toda prisa y me topo con la sonrisa picaresca del menor de los Sutton.

—Hola, señoritas. Qué agradable sorpresa. —Me guiña un ojo y se cruza de brazos. Lleva la camisa gris remangada, dejando a la vista unos brazos repletos de tatuajes—. Puedo acompañaros, ¿verdad?

Antes de poder contestar, me empuja despacio para que le haga un hueco en el banco de madera y se sienta a mi lado.

—Ren, ¿qué haces aquí? —le pregunta Nancy.

—Lo mismo que vosotras, relajarme un rato. —Estira la mano, y tras coger una patata frita del plato que hay sobre la mesa, se la lleva a la boca y me mira mientras mastica—. ¿Cómo estás, preciosa? Apuesto a que ya me echabas de menos.

Se me escapa una sonrisa y niego con la cabeza. Está claro que lo del derroche de arrogancia es algo que le viene de familia.

—¿No eres demasiado joven como para estar en un bar? —pregunto con una ceja arqueada.

—Soy lo bastante mayor para beber, si es lo que quieres saber —dice mientras se sirve de la jarra de cerveza que pedimos hace un rato.

—Tiene veintiuno —aclara Nancy.

—La edad justa para ofrecerte una noche inolvidable, preciosa —añade él.

Esta vez no soy capaz de contener una carcajada.

—¿En serio esas frases te funcionan con las mujeres?

—Te sorprendería —responde sonriendo—. Además, te aseguro que lo que me falta en años lo compenso en centímetros. —Vuelve a guiñarme un ojo y río de nuevo.

—Ren, estás haciendo el ridículo —se burla Nancy.

El menor de los Sutton se bebe el contenido del vaso de un solo trago y no tarda en servirse otro.

—Dame un respiro, ¿quieres? Mi querido hermanito me tiene todo el día besándole el culo a Halloway. —Recuerdo ese apellido, es el del director del casino. Me reuní con él durante mi primer día de trabajo.

—Bienvenido al mundo laboral —canturrea Nancy.

—Ya, para ti es sencillo. No tienes como hermano mayor a un puto nazi.

—Oye, ten cuidado con tus palabras —le advierte ella—. Wade solo quiere lo mejor para ti.

—Por supuesto. Como si él supiese qué es lo que más me conviene. Solo es un capullo arrogante, incapaz de mantener una relación afectiva con nadie más aparte de su propio reflejo. ¿Crees que es feliz aislado en su puta mazmorra? No deja que nadie se acerque. Ah, pero claro, bien que se folla a todas las mujeres que lo

rodean. Apuesto a que no hay ninguna empleada en este edificio que se le haya escapado —Nancy va a replicar, pero él la interrumpe alzando una patata frita en el aire—. Tú no cuentas. Juegas en otro equipo.

—Deja ya el tema. Lo que haga Wade con su vida privada no es asunto nuestro —masculla Nancy, mirándome de reojo.

Por su actitud, me queda claro que teme lo que el muchacho pueda decir de su hermano mayor. Inspiro hondo por la nariz y coloco mi mano sobre el brazo de Ren. Este me mira con sorpresa.

—Ella tiene razón. Hablemos de otra cosa, o mejor aún, sácame a bailar.

Una enorme sonrisa tira de sus comisuras y se pone en pie enseguida. Por el rabillo del ojo puedo ver como Nancy frunce el ceño, pero la ignoro. Acabo de encontrar una nueva fuente de información, una bastante más manipulable, y no pienso desaprovecharla.

Capítulo 32

Reese

—Entonces, ¿vives aquí en el hotel? —pregunto.

Ren intenta centrar su mirada en mí, aunque no parece lograrlo del todo. Hace ya varias horas que Nancy se marchó y desde entonces me he asegurado de que el pequeño de los Sutton tenga siempre una copa llena entre las manos.

—Eh… —Esboza la típica sonrisilla de borracho y niega con la cabeza—. Solo a veces. Vivimos en una mansión que está… —Apunta hacia un lado y después hacia otro—. Por algún sitio que ahora mismo no recuerdo.

Rompe a reír, y tras beberse otra copa más casi sin respirar, vuelve a centrar su atención en mí.

—¿Los tres vivís en la mansión? —inquiero, reconduciendo la conversación.

Empecé haciendo preguntas disimuladas, pero en el estado en el que se encuentra ahora mismo, ni siquiera nota que lo estoy interrogando, aunque tampoco es que esté siendo demasiado coherente en sus respuestas.

—Solo Xander y yo. A veces también me quedo en el hotel porque, seamos sinceros —eructa y se cubre la boca con la mano antes de volver a reír—. Lo siento, eso ha sido grosero.

—No te preocupes. Me estabas hablando de que Xander y tú vivís en la mansión.

—Sí, la mansión Sutton. Es enorme y tiene muchos jardines. ¿Quieres verla? Puedo llevarte.

—Tal vez en otra ocasión —contesto, y aparto su mano cuando la coloca sobre mi muslo. Por suerte, ni siquiera se da cuenta—. ¿Por qué Wade no vive con vosotros en la mansión?

—¿Wade? —Asiento y él vuelve soltar una carcajada sonora—. Porque es un puto nazi sin sentimientos.

El camarero se acerca para entregarle una nueva copa y en cuanto se marcha vuelvo a la carga.

—Por cómo hablas de él, deduzco que no os lleváis demasiado bien. —Espero a que vuelva a prestarme atención, pero parece estar demasiado ocupado observando cómo se aleja el camarero—. Ren, ¿me estás escuchando?

—¿Qué…? Oh, sí, claro. —Exhala con fuerza y se encoge de hombros—. No nos llevamos bien, pero tampoco mal. Lo de vivir juntos siempre sería una locura.

—¿Por qué?

—Bueno, imagina que tienes que compartir espacio con un tipo que vive deprimido y cabreado con el mundo, y después está Wade, un jodido témpano de hielo. Nunca sabes qué es lo que piensa o qué siente. Se lo guarda todo.

—Suena divertido —comento sonriendo.

—Sí, mucho. Tendrías que estar presente en las reuniones familiares, son de lo más cómico. —Estira el brazo sobre el respaldo y toca mi hombro con la punta del dedo índice en una leve caricia—. Dejemos de hablar de mis hermanos, preciosa. ¿Qué me cuentas de ti?

—No hay mucho que decir —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Estás segura? —Desliza la punta del dedo por el lateral de mi cuello y me tenso—. Bonita marca.

Me aparto un poco y toco el lugar donde está la marca de mordedura que he intentado cubrir con maquillaje sin demasiado

éxito. Nancy también la vio, me di cuenta de que me miraba el cuello en varias ocasiones, pero no dijo nada al respecto.

—Se ha hecho un poco tarde y has bebido demasiado. —Carraspeo y lo miro fijamente—. ¿Quieres que te acerque a tu casa?

—¿Mi casa? —Asiento. Sería genial saber dónde está esa mansión —. Preciosa, no voy a ir a casa. Esta noche me quedo en el hotel, y si puedo elegir no será en mi habitación.

Ignoro su indirecta mientras me pongo en pie. Le tiendo una mano y enseguida la coge. Me sorprendo al ver que logra mantener la verticalidad con relativa facilidad. Está claro que el chico tolera bastante bien el alcohol, presumo que está acostumbrado a beber más de la cuenta.

Mientras caminamos hacia la salida del local, noto su mano en la parte baja de mi espalda y me planteo cuál será mi siguiente paso. Llevarlo a mi habitación podría ser una buena idea. A los hombres siempre se les suelta la lengua después del sexo, sin embargo, no estoy del todo segura de querer cruzar esa línea. Ren, a pesar de su chulería y egocentrismo, no parece un mal chico.

De camino al ascensor me debato entre lo que debo y quiero hacer. ¿En qué clase de persona me convertiría si tomo el camino fácil? ¿El fin justifica los medios? Papá no estaría de acuerdo con eso. Nos detenemos frente a las puertas del ascensor y la presión en mi espalda se intensifica. Ren me empuja hacia su cuerpo y alzo la cabeza para mirarlo a los ojos. Puedo notar como el alcohol que he tomado me revuelve el estómago. Carraspeo y coloco las manos sobre su pecho para apartarlo con suavidad.

—Deberías marcharte a casa —susurro, retrocediendo un par de pasos.

—¿Qué ocurre? Te ha cambiado el humor desde que salimos del bar. —Esboza una sonrisa canalla sin dejar de mirarme fijamente—. Si estás triste, yo tengo unos hombros anchos donde puedes apoyar tus piernas.

No soy capaz de contener la carcajada que sube por mi garganta.

—¿En serio esas frases te funcionan con las mujeres? —pregunto entre risas.

—Te he hecho reír, ¿no? —Niego con la cabeza, y cuando soy capaz de recuperar la compostura exhalo con fuerza—. A ver si lo adivino, no soy tu tipo.

—Creo que es todo lo contrario.

—¿A qué te refieres? Me parece haber dejado muy claro mi interés —replica, frunciendo el ceño.

—¿En mí? —Arqueo una ceja, sonriendo de medio lado—. Tal vez quieras volver al bar y seguir babeando mientras le miras el culo al camarero.

Ren estrecha su mirada sobre mí y vuelve a sonreír de manera pilla.

—Puedo hacer ambas cosas a la vez, Reese.

—Entonces, ¿todo este despilfarro de testosterona no es para ocultar tu sexualidad?

—Mis preferencias sexuales no son un secreto para nadie. ¿Por qué escoger si puedo tener lo mejor de ambos mundos? —Vuelve a acercarse y acaricia mi mejilla con suavidad—. Puedo pedirle al camarero que nos acompañe si te apetece. Eso sería divertido.

Sonrío y vuelvo a cabecear. Este chico es insistente, eso tengo que concedérselo.

Wade

«Porque los celos son el furor del hombre. Y no perdonará en el día de la venganza. No aceptará ningún rescate, Ni querrá perdonar, aunque multipliques los dones». «Proverbios 6:34-35».

Repiqueteo con los dedos sobre la mesa de cristal mientras mi hermano Xander sigue hablando sin parar. Me acerco la mano al

rostro e inspiro hondo. Aunque ya me he lavado más de veinte veces desde esta mañana, aún me parece percibir su aroma en mi piel. Fue tremendamente satisfactorio notar como su interior se ensanchaba, húmedo y caliente. Y su sabor… Casi puedo paladearlo. Dulce, afrutado, delicioso.

—Si no llegamos a un acuerdo con el representante de Luque, tendremos que buscar a alguien más. Piden demasiado.

Bajo la mano y me obligo a mantenerla pegada a la mesa. Necesito centrarme y dejar de pensar en Reese Kennedy de una maldita vez. Esa mujer esconde demasiado y me estoy obsesionando.

—Podemos permitirnos pagar lo que piden —respondo.

—Lo sé, pero la idea es ganar dinero con la publicidad, no perderlo.

Como siempre, Xander se preocupa por cualquier gasto innecesario. Aunque a veces me molesten sus restricciones, admito que es muy bueno haciendo su trabajo. El área financiera es la más competente de la empresa, y todo gracias a él.

—Coméntalo con el departamento de *marketing* y que ellos se encarguen.

—Les marcaré un presupuesto fijo. Si ese niño mimado lo acepta iremos con todo, si no lo hace, les ordenaré que busquen otra alternativa.

—Estoy de acuerdo.

Xander echa un vistazo a su reloj de pulsera y suspira.

—Se hace tarde. Si no hay ningún otro tema urgente que tratar…

—Lo hay. —Me enderezo y busco su mirada.

He estado pensando en esto todo el día. Nancy no logra hacer avances en la lista de las participantes de la última cacería, aunque sigue en ello. Necesito la ayuda de alguien más.

—¿Qué ocurre? Ren…

—No es él —lo corto—. ¿Conoces ya a la nueva directora de Seguridad?

—No, aún no me la han presentado. ¿Qué pasa con ella? Nancy dice que es buena.

—Lo es, pero también oculta algo y estoy intentando averiguar de qué se trata. Hay algo en ella que no me gusta.

—No entiendo a qué te refieres.

Inspiro hondo por la nariz y se lo cuento todo. La cacería, mi encuentro con Flor, la llegada de Reese y mi sospecha inicial de que ambas mujeres pueden ser la misma. Xander me escucha con atención.

—Casi estoy convencido de que la vi en el club la otra noche.

—Eso no tiene ningún sentido, Wade. Solo puedes entrar al club si has sido invitada por un socio.

—Las presas disponen de tarjeta de invitación.

—Pero has dicho que sus datos no constan en el servidor de la Sociedad. ¿Has comprobado si Reese Kennedy es su nombre real? —Asiento. Eso fue lo primero que se me ocurrió hacer.

—Es real. Tengo datos sobre su infancia y todo lo que contó es cierto. Su padre era conocido por ser un ladrón bastante habilidoso, falleció durante un atraco y a ella la enviaron a un correccional. Después se mudó a Los Ángeles y ha estado trabajando con la Policía y empresas privadas como experta en seguridad. Tengo a alguien investigando más sobre eso.

—¿Has ordenado que la sigan? —Vuelvo a asentir—. Entonces tal vez te confundas y esa mujer no tenga nada que ver con la presa que se te escapó, que, por cierto, ¿cómo logró huir? Es la primera vez que te ocurre, ¿verdad?

Le lanzo una mirada de advertencia, y si no fuese porque mi hermano es un amargado sin pizca de sentido del humor, podría jurar que está conteniendo la risa.

—Eso no es importante. Lo que quiero es saber por qué Reese Kennedy estaba en el club. ¿Cómo entró y qué hacia allí? Creo que

me vigila.

—Puedo hacer unas cuantas preguntas al personal del club. Me pasaré por allí mañana.

—Hoy —ordeno.

Mi hermano frunce el ceño y, tras mirar de nuevo la hora, niega con la cabeza.

—Ya es tarde y Ashley me está esperando. Iré mañana.

Tenso la mandíbula, contrariado, pero asiento. A veces no me queda más remedio que hacer concesiones, sobre todo si tiene que ver con algo relacionado con Ash.

—Te haré llegar una fotografía. Mantenme informado.

Ambos nos ponemos en pie y caminamos a la par hacia la salida. Xander centra toda su atención en la pantalla de su teléfono mientras recorremos la segunda planta en dirección a los ascensores. Estamos a punto de llegar cuando dos personas llaman mi atención. Enseguida reconozco a Ren y frente a él está la mujer que no he sido capaz de sacar de mi mente desde esta mañana. Me detengo de golpe y los observo. Ella ríe en alto de algo que mi hermano pequeño le dice, siguen hablando unos segundos más y entonces Ren se acerca a ella y le acaricia la mejilla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te detienes? —pregunta Xander al darse cuenta de que me he quedado atrás.

Aprieto los puños y señalo con la barbilla la escena que se está desarrollando justo delante de nuestras narices. Mi hermano gira la cabeza para ver lo que le indico y las puertas del ascensor se abren. Ren agarra la mano de Reese y tira de ella hacia el interior del aparato. Reese parece dudar un instante, gira la cabeza y nuestras miradas colisionan. ¡Voy a matarla, joder! ¡Los mataré a ambos!

Capítulo 33

Reese

Siempre he pensado que una mirada puede revelar mucho más sobre la personalidad de alguien que cualquier discurso bien ensayado. Ahora, con los ojos grises de Wade Sutton sobre mí, no podría estar más segura de que esa teoría es cierta. Aunque su rostro se muestra impasible y no ha dicho ni una sola palabra, está furioso, lo percibo. Contengo el aliento y aparto la vista de su rostro. Me siento extraña, como una niña pequeña que acaba de ser pillada haciendo una travesura.

Enseguida reconozco al hombre que lo acompaña de verlo en el club la otra noche, es el mediano de los hermanos Sutton, Xander. Ren parece notar la presencia de sus hermanos, se gira y da una palmada sonora.

—¡Ahora sí estamos todos! —exclama.

No me atrevo a mirar de nuevo a Wade, pero escucho sus pisadas cada vez más cerca. Unos zapatos negros y brillantes se cuelan en mi campo de visión y exhalo con fuerza antes de alzar la cabeza. Otra vez esos ojos se clavan en los míos como cuchillas afiladas. Me mira solo a mí. Ese sentimiento de culpa tan extraño se acrecienta en el interior de mi pecho. Contengo las ganas de salir corriendo y a duras penas soy capaz de mantenerle la mirada. Es como si me estuviese regañando sin tener necesidad de decir una sola palabra.

—Xander, llévate a Ren a casa. Ha bebido demasiado —ordena, y su voz suena clara y calmada, sin pizca de toda esa violencia que se refleja en sus ojos.

—¡No voy a casa! —se queja Ren.

Wade inspira hondo por la nariz y su mandíbula se tensa.

—No era una sugerencia.

—¡¿Quién mierda te crees que eres?! No puedes…

—Chico, no lo compliques más —lo corta Xander, y estira el brazo para agarrarlo por la camisa.

Lo arrastra sin apenas esfuerzo. Ren tropieza con sus propios pies y está a punto de caer al pasar junto a mí. Por puro reflejo, lo sujeto con ambas manos y lo ayudo a enderezarse.

—Bien pillado, preciosa —susurra, colocando las manos en mi cintura.

—¡Llévatelo! —sisea Wade entre dientes.

Vuelvo a mirarlo por encima del hombro de su hermano pequeño. Nada, no hay ni una sola expresión en su rostro, sin embargo, una tormenta oscura y tenebrosa se ha desatado en sus ojos.

—Vámonos, idiota. —Xander vuelve a tirar de él.

Ren intenta resistirse, pero no tiene nada que hacer contra la corpulencia de Xander. Acaba arrastrándolo hacia el interior de uno de los ascensores y se marchan. Una vez solos, Wade sigue mirándome fijamente. No dice nada, no se mueve y yo tampoco lo hago. Siento como si mis pies estuviesen pegados al suelo con cemento, mi corazón late tan fuerte que casi puedo escucharlo. Por el rabillo del ojo alcanzo a ver como estira la mano y golpea con el puño cerrado el botón de llamada del ascensor. No es un gesto agresivo, pero sí contundente. Las puertas se abren y Wade mueve la barbilla despacio en dirección al aparato. Es una orden clara: Entra.

Respiro hondo y trato de reunir valor para un nuevo enfrentamiento con este jodido desgraciado. Podría negarme a subir con él, quiero hacerlo. Parece darse cuenta de mi intención, como si el muy hijo de puta fuese capaz de leerme la mente. Da un paso más hacia mí y me sujeta de la barbilla con firmeza.

—Entra en el ascensor, Reese. —Su tono de voz y ese maldito acento tan marcado me dejan sin aliento. Se siente como si sus palabras fuesen manos enguantadas acariciando todo mi cuerpo.

Carraspeo y retrocedo un par de pasos para huir de su cercanía. Intento respirar con normalidad a pesar de los desbocados latidos de mi corazón. Alzo la barbilla, enderezo la espalda y camino despacio hacia el interior del aparato. Wade me sigue y, tras apretar el botón de la última planta, lo escucho exhalar con fuerza. El ascensor comienza a ascender con un zumbido casi inaudible mientras yo mantengo la vista fija en las puertas metálicas. Puedo notar su mirada sobre mí, pero me niego a mirarlo de vuelta.

Los segundos siguen pasando en silencio. El ambiente es tan tenso que apenas soy capaz de respirar. Quiero salir de una maldita vez de este cacharro y encerrarme en mi dormitorio o en cualquier otro lugar, lejos de Wade Sutton. Respiro profundo al ver que estamos a punto de llegar, solo un par de pisos más y podré recuperar el control sobre mis propias emociones, estoy segura. El aparato se detiene y doy un paso adelante para salir en cuanto las puertas se abran, pero Wade se cruza en mi camino y esta vez no soy capaz de evitar su mirada.

—¿Qué…? —empiezo a preguntar, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta cuando regreso la vista a su rostro.

—Voy a preguntarte esto una sola vez, Reese. ¿Tenías la intención de meter a mi hermano pequeño en tu dormitorio?

Su pregunta me toma por sorpresa. Pestañeo un par de veces y abro la boca, pero ninguna palabra sale de su interior. ¿Qué se supone que debo contestar?

—¿Pe…? ¿Perdón? —balbuceo.

Su mano regresa a mi barbilla y dejo de respirar. ¿Por qué demonios me afecta tanto su tacto? ¡Son las manos de un puto violador, joder! Todo lo que sé de este hombre es que está podrido por dentro y, aun así, mi cuerpo reacciona a él como a un oasis en mitad del desierto.

—Decidiré si te perdono cuando respondas a mi pregunta —replica.

Sus palabras se adentran en mi sobreexcitada mente muy despacio, sílaba a sílaba. Tardo varios segundos en entenderlo y no me molesto en aclararle que no me estaba disculpando de verdad. «¡Puto cerdo, arrogante!». Echo la cabeza hacia atrás para que deje de tocarme y me alimento de toda la rabia e indignación que sube por mis extremidades.

—No se confunda, señor Sutton. No necesito su perdón, ni mucho menos su permiso. Lo que yo haga fuera de mi horario…

—No te atrevas a terminar esa frase —sisea, agarrando de nuevo mi barbilla, pero esta vez abre más la mano y sus dedos se clavan en la piel de mis mejillas—. Estás jugando con fuego y vas a quemarte.

—¿Es una amenaza? —inquiero, mirándolo a los ojos de manera desafiante. No responde—. Si no lo es, puede apartarse ya. Me gustaría irme a descansar.

Tarda unos segundos en dar un paso al costado. En cuanto lo hace, salgo del ascensor a toda prisa y cruzo el pasillo en dirección a mi habitación. Aunque aún me tiemblan las piernas, me siento bien, poderosa. Me he enfrentado al puto Wade Sutton y he ganado.

Deslizo la tarjeta por el lector y la puerta se abre con un pequeño clic. Me adentro en la habitación, y cuando estoy a punto de cerrar la puerta, una mano aparece de la nada y la sujeta con fuerza.

—No has respondido a mi pregunta —sisea Sutton, abriéndola del todo para poder entrar.

Retrocedo de espaldas y me cruzo de brazos. La sensación de haber salido victoriosa se esfuma y regresa la rabia.

—Señor Sutton, es la segunda vez que entra en mi dormitorio sin ser invitado. Supongo que a la demanda de extorsión también voy a tener que añadir el acoso laboral y sexual.

El muy hijo de puta ni siquiera reacciona a mis palabras. Solo cierra la puerta despacio y se me queda mirando fijamente.

—Responde a mi pregunta. ¿Qué pretendías hacer con mi hermano?

Bufo con fuerza y me encojo de hombros.

—No iba a follármelo, si eso es lo que está insinuando. Si quiero sexo me sobran lugares donde encontrarlo.

Inspira hondo por la nariz y estrecha su mirada sobre mí.

—Cierto, tienes a tu viejo amigo, ¿verdad?

—Por ejemplo. Si no tiene alguna pregunta personal más…

—No voy a irme —me corta. Se ajusta el nudo de la corbata y echa un vistazo alrededor—. Tampoco te volveré a recordar que todo lo que está en este edificio me pertenece.

—Yo estoy en él y le aseguro que no soy de su propiedad —afirmo.

—Eso es algo que podemos solucionar. —Me alcanza con solo un par de zancadas y sujeta la parte posterior de mi cuello con una mano—. ¿Vas a demandarme, Reese? ¿Eso es lo que quieres?

Intento apartarlo empujándolo por el pecho, pero no consigo que se mueva.

—Me estás obligando a convertirme en tu puto juguete—siseo entre dientes.

Frunce el ceño y sus dedos se entierran en mi nuca. Casi sonrío al notar su malestar. No le gustan las palabras malsonantes. ¡Que se joda! No permitiré que nadie me diga cómo debo hablar.

—Obligarte —susurra. Me obliga a mover el cuello hacia un lado y con la otra mano acaricia la marca de dentadura que él mismo dejó en mi piel—. No es una obligación cuando tienes otra alternativa. Puedes negarte.

—Y perder mi trabajo —mascullo con la mandíbula apretada.

Wade se aleja unos centímetros, pero sigue sujetándome por la nuca.

—Una mujer tan competente y profesional no tardará en encontrar otro empleo.

—No es justo que me hagas elegir —replico.

—Justicia —murmura. Noto como entrelaza los dedos en mi pelo y un escalofrío recorre mi columna vertebral. Contengo el aliento y en un patético intento de demostrar valor, le mantengo la mirada—. Dios es el único juez. Él nos dio la ley, y es el único que puede decir si somos inocentes o culpables. —Su tono es monótono y carente de cualquier emoción, como si estuviese leyendo un puto pasaje de la Biblia. Cierra el puño, aprisionando varios mechones de mi pelo en su interior, y tira de mi cabeza hacia atrás—. Dime, Reese, ¿crees que soy Dios?

Exhalo con fuerza e intento aparentar una calma que no siento en absoluto. Me tiemblan las extremidades y soy muy consciente de que nada tiene que ver con el miedo. Este hombre tiene una especie de poder sobre mi cuerpo que resulta verdaderamente preocupante.

—Vete —susurro con un hilo de voz.

Pestañea un par de veces y una de sus comisuras se estira, creando un amago de sonrisa. Enseguida desaparece y noto cómo me suelta. Retrocede un par de pasos sin dejar de mirarme.

—Dejaré que lo pienses con tranquilidad. Mañana a primera hora, si no tengo tus bragas sobre la mesa de mi oficina, puedes pasar por Recursos Humanos para firmar tu despido. —Da media vuelta y se marcha sin decir ni una sola palabra más.

En cuanto la puerta se cierra, me dejo caer sobre el sofá y suelto un grito de pura frustración. Lo más sensato sería huir ahora que aún puedo hacerlo, pero eso significaría abandonar a Rose.

—¿Quieres jugar, hijo de puta? Vamos a jugar, pero con mis reglas —murmuro para mí.

Si voy a hacer esto, tengo que encontrar la manera de controlarme en su presencia. Esta mierda de temblar cuando me toca y quedarme sin aliento por su cercanía se acaba ya mismo.

Capítulo 34

Wade

«En la lengua hay poder de vida y muerte; quienes la aman comerán de su fruto». «Proverbios 18:1».

Echo un nuevo vistazo en dirección a la puerta. Llevo haciéndolo cada pocos segundos desde que entré en mi oficina. He intentado distraerme revisando algunos documentos, pero me siento demasiado ansioso y nervioso como para concentrarme en cualquier otra cosa que no sea Reese y el hecho de que aún no ha aparecido.

Exhalo con fuerza, y tras marcar el número en la pantalla de mi teléfono, me lo llevo a la oreja. Suenan un par de tonos y Dagger contesta con un saludo escueto.

—¿Tienes algo? —inquiero.

—Aún es pronto.

—Eso no responde a mi pregunta.

Lo escucho bufar y espero a que conteste.

—Me he pasado por su casa, no es ninguna maravilla, pero está situada en un barrio decente. Sus vecinos apenas la conocen.

—¿No tiene amigos o conocidos por la zona?

—Solo una amiga. Nadie ha sabido decirme su nombre, pero sí que es pelirroja y muy guapa, aunque hace ya bastante tiempo que no la ven entrar en la casa de Reese Kennedy.

—¿Has entrado en la casa?

—Por supuesto, pero no hay nada extraño aparte una especie de recibo de un cuidador de animales exóticos. Lo llamé y me dijo que estaba al cuidado de la mascota de la señorita Kennedy. Es una serpiente de grandes dimensiones.

¿Serpiente? Jamás habría imaginado que a Reese le gustaran esos animales y menos que tuviese uno como mascota. Aunque esa información resulta bastante interesante. ¿Por qué alguien que se muda a otro Estado dejaría a su mascota en manos de un cuidador? Si no piensa regresar a Los Ángeles, lo lógico es que se la hubiese traído.

—¿Algo más? —inquiero.

—No, por el momento eso es todo. Dedicaré el día de hoy a investigar las empresas para las que trabajaba en la ciudad.

—¿Y la Policía? Participaba en algunos casos como consultora.

—Sí, ese es mi siguiente paso y también el más complicado. No me llevo demasiado bien con las autoridades.

—Mantenme informado.

—Lo haré.

Me despido, y aún estoy dejando el teléfono sobre la mesa cuando la puerta del despacho se abre sin previo aviso. Alzo la cabeza de golpe y contengo el aliento mientras observo como Reese se acerca despacio, con la barbilla en alto, la espalda recta y una expresión en su rostro que es de todo menos amable.

—Buenos días, señorita Kennedy —saludo.

Se detiene a menos de dos metros de mi mesa, mueve las manos en dirección al bajo de su falda azul a juego con la chaqueta, sujeta el bajo y lo sube con lentitud. Clavo la mirada en sus rodillas y después más arriba, en la piel tersa y clara de sus muslos. Sus manos se pierden tras la tela y cuando descienden lo hacen arrastrando unas bragas de encaje negro. Reese se agacha un poco para quitárselas sin necesidad de descalzarse mientras regresa su mirada a la mía. Da un par de pasos más y apoya una mano sobre la

superficie de la mesa, estira la que aún está sujetando las bragas y las deja caer justo delante de mí.

—Buenos días, Wade —responde.

La forma en la que pronuncia mi nombre no es casual, lo hace con arrogancia y chulería. Me está desafiando. Casi sonrío al notar cómo la rabia se refleja en su mirada. No sé quién es esta mujer ni lo que busca, pero necesito tenerla. Inspiro hondo por la nariz y el aroma a lirios llena mis pulmones. Estoy duro de nuevo y Reese es la única culpable. Trato de controlar mis impulsos usando las manos para ajustar los puños de mi camisa, aunque lo que en realidad deseo es enredar mis dedos en su pelo y morder esa boca de labios gruesos y carnosos.

—No creo haberte dado permiso para que me tutees —digo, exhalando despacio.

Arquea una ceja y mi polla se pone aún más dura si es posible.

—Me pareció oportuno. No suelo entregarle mis bragas usadas a alguien que ni siquiera tuteo. —Acepto su justificación con un leve cabeceo. Reese se endereza, cruza los brazos sobre el pecho y señala la prenda con la barbilla—. Ya tienes lo que querías. ¿Ahora qué?

—Ahora siéntate y dime qué avances has hecho en la búsqueda de la ladrona.

Mi respuesta parece sorprenderla. Pestañea un par de veces y niega con la cabeza.

—Estoy trabajando en ello.

—Ya he escuchado eso antes, Reese. Quiero resultados. Si no te ves capaz de…

—Soy muy capaz —me corta.

Arqueo una ceja, intentando contener una sonrisa. No sé por qué disfruto tanto provocando su ira. Me resulta excitante y placentero.

—Bien, siendo así, puedes volver al trabajo.

—¿Eso es todo? ¿Este numerito de las bragas ha sido solo para demostrar lo grande que la tienes?

Escupe las palabras sin ningún tipo de filtro. Me sorprende que su actitud haya cambiado tanto. Hace solo unas horas se comportaba como una mujer distante y profesional, sin embargo, ahora mismo parece haberse quitado la careta y se muestra tal como es. Bien, la prefiero así. Voy a disfrutar domando su carácter, destrozándolo pedazo a pedazo hasta que no quede nada de él.

—¿Grande? Eso no lo sabes… Aún. —Me pongo en pie y abrocho los botones de mi chaqueta sin apartar la mirada de la suya—. Si esperabas algo más de mí, no dudes en decirlo.

Rodeo la mesa con lentitud y me coloco a su espalda, muy cerca, tanto que con solo mover mi cabeza hacia delante unos centímetros podría hundir la nariz en su pelo.

—No espero ni quiero nada de ti —escupe.

Sonrío y coloco mis manos en el borde de la mesa, a cada lado de su cintura.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí? —susurro cerca de su oído.

Veo como estira un brazo para coger las bragas que siguen sobre la mesa, pero antes de que pueda hacerlo, me inclino hacia delante, pegando mi pecho a su espalda, y las alcanzo. Enseguida las guardo en el bolsillo delantero de mi pantalón. Reese se gira de golpe sobre sí misma y alza la cabeza para poder mirarme a la cara.

—¿Voy a tener que pasearme por todos lados sin bragas? ¿Ese es tu plan?

Mi intención era provocarla y dejar que se marchara. Si hay algo que disfruto de la caza es la persecución, llevar a la presa hasta el límite de sus propias fuerzas y que sea ella la que acuda a mí cuando ya no pueda más, pero con Reese es distinto. Sigo deseando doblegarla, pero hay algo más, esa forma en la que me desafía con la mirada, su aroma, esos labios tentadores… Quiero morderlos, hacer que sangren, tumbarla sobre la jodida mesa y follarla como si no hubiese un mañana. ¡Joder, voy a hacerlo!

Pongo mi mano en su mejilla y deslizo el dedo pulgar sobre su labio inferior. Siento que se tensa aún más y contiene el aliento.

Intenta mantener una postura defensiva, pero puedo notar como tiembla despacio.

—Cuando termine contigo vas a estar tan dolorida que me agradecerás no tener que usar ropa interior —susurro contra su boca.

Siempre he pensado que los besos son innecesarios durante el sexo, y por ese motivo me sorprende tanto el deseo que siento de cubrir sus labios con los míos. ¿Qué tiene esta mujer de especial? ¿Por qué con ella todo es tan distinto a las demás?

—¿Qué quieres de mí, Wade? —pregunta con un hilo de voz.

Escucharla pronunciar mi nombre otra vez provoca que mi polla salte de puro gusto. Ya no solo es su olor, su sabor y su aspecto, ahora también su voz me altera. Retrocedo un par de pasos mientras deslizo las manos por sus costados, al llegar a la cintura, la sujeto con fuerza y la obligo a darse la vuelta. Vuelvo a pegarme a su espalda y empujo mi erección contra su trasero. Aparto su melena castaña hacia un lado y hundo la nariz en su cuello.

—Quiero que grites hasta que te quedes sin aire en los pulmones —le susurro al oído—. Inclínate sobre la mesa.

La empujo despacio hacia adelante y noto como ofrece resistencia durante un par de segundos antes de exhalar con fuerza y rendirse a mis deseos. Coloco una mano en la parte posterior de su cabeza y la mantengo pegada a la mesa mientras con la otra tiro del bajo de su falda hasta que su trasero desnudo queda expuesto ante mí. Amaso su nalga justo antes de azotarla con fuerza. Se escucha un pequeño jadeo ahogado que proviene de Reese y vuelvo a sonreír. Esto va a ser muy divertido.

Capítulo 35

Reese

Recibo el segundo azote con los ojos cerrados y la mandíbula apretada. No voy a darle lo que desea. Si quiere escucharme gritar, va a tener que hacer algo más que darme unos azotes de mierda. Noto su mano de nuevo sobre mi trasero, lo amasa despacio, sin ninguna prisa antes de ascender por la parte baja de mi espalda.

Me concentro en mi propia respiración. Intento no pensar en qué estoy haciendo. El hombre que me tiene doblada sobre su mesa, medio desnuda, es el mismo que me persiguió en el bosque, el que me obligó a hacerle una mamada, un puto violador sin remordimientos y ahora vuelvo a estar en una situación parecida, sin embargo, esta vez es distinto. Estoy aquí por mi propia voluntad. Cuando tomé la decisión de aceptar esta locura, sabía lo que iba a ocurrir.

—Tu piel es suave —susurra, bajando de nuevo la mano a mi trasero y después la parte trasera de mis muslos.

Noto como encaja una rodilla entre mis piernas y me obliga a abrirlas para poder seguir acariciando el interior de mis muslos. Su otra mano sigue en mi nuca, empujando mi cabeza contra la mesa. Cuando sus dedos rozan mi sexo, contengo el aliento. «Es un violador. Es un violador. Es un puto violador». Me repito a mí misma en mi mente, no obstante, soy incapaz de contener el latigazo de placer que recorre todo mi cuerpo cuando pellizca mi clítoris con el

dedo índice y pulgar. Me estremezco y se me escapa un pequeño quejido.

Antes de poder ser consciente de su siguiente movimiento, me veo arrastrada hacia arriba. Wade me endereza con un gesto brusco. Una de sus manos rodea mi garganta y la otra vuelve a mi sexo, esta vez desde la parte delantera.

—No te estoy escuchando, Reese. —Su voz ronca, con ese acento tan marcado, me acelera las pulsaciones. Hunde más los dedos entre mis pliegues y lo escucho gruñir cerca de mi oído—. Resístete todo lo que quieras, pero estás empapada. Quieres que te folle, ¿verdad?

No respondo. Mantengo los ojos cerrados y reúno todo mi autocontrol para seguir impasible a pesar de que el movimiento de sus dedos está logrando excitarme más de lo que jamás creí posible. Una vez más, su rodilla me abre más las piernas y hunde dos dedos de golpe en mi interior.

—¡Dios Santo! —exclamo sin poder evitarlo.

Gruñe de nuevo y noto como su erección se aplasta contra mi trasero.

—No blasfemes —me advierte. Saca los dedos y los acerca a mi boca—. Chúpalos, quiero que pruebes lo dulce que eres. —Pienso en negarme, pero cuando la mano que rodea mi garganta se aprieta aún más, enseguida abro la boca y dejo que deslice el dedo índice y corazón en su interior—. Buena chica —susurra en mi oído, aflojando el agarre en mi garganta—. No dejes ni una gota. Eso es.

Mi lengua se mueve como si tuviese vida propia. Lamo sus dedos, los succiono con ganas mientras Wade se mece contra mi trasero. El roce de la tela de su pantalón contra mi piel desnuda me excita aún más. Un vergonzoso gemido se escapa de mi boca cuando retira los dedos y me empuja de nuevo sobre la mesa. Escucho como se desabrocha la bragueta y después el sonido de un envoltorio al ser abierto.

Me concentro de nuevo en mi respiración, en resistirme todo lo que sea posible, pero la forma en la que mi cuerpo se retuerce de necesidad no me deja demasiadas opciones. No quiero sentirme así,

no debería gustarme lo que este puto perturbado está haciendo conmigo, pero me gusta.

Una de sus manos regresa a mi cintura y noto cómo se acomoda justo detrás de mí. El primer roce de su miembro duro en mi sexo me deja sin aliento. Me provoca, me tienta restregándose contra mi centro una y otra vez. Me aferro con fuerza al borde de la mesa y con los ojos cerrados suplico en silencio que termine de una vez con esta tortura. «Ni una palabra, Reese. ¡Ten un poco de amor propio! ¡Ni se te ocurra rogarle!». Siento como dirige la punta de su polla a mi hendidura, la desliza unos centímetros y me preparo para recibirle, pero enseguida se retira y vuelve a restregarla con lentitud, esta vez entre mis nalgas.

—Hijo de puta —mascullo en voz baja.

—Puedo estar así todo el día, hasta que aceptes que quieres que te folle. —Aprieto los labios con fuerza y noto una de sus manos en mi nuca—. No tienes cómo negarlo, Reese. Estás chorreando. Si sigues así vas a dejar un charco en la alfombra, y no dudes en que haré que lo limpies con la jodida lengua.

¿Cómo de loca estoy para que sienta cierta excitación al escucharle decir semejante guarrada?

—Eres un puto enfermo —siseo entre dientes, lo bastante alto como para que pueda oírme.

—¿Eso crees? —Envuelve un puñado de mi pelo en su puño y me obliga a echar la cabeza hacia atrás—. Mírate, aquí, abierta de piernas y esperando con ansias a que un puto enfermo te la clave hasta el fondo. ¿En qué te convierte eso a ti?

«En una jodida imbécil, masoquista y probablemente con serios problemas mentales», pienso, aunque de mi boca no sale ni una sola palabra. Vuelve a colocarse en mi entrada, lo noto adentrándose en mi interior centímetro a centímetro. Se detiene de nuevo y un bufido se queda atascado en mi garganta cuando, con un fuerte empellón, se incrusta en mi interior.

—¡Dios! —exhalo jadeando.

Wade tira de mí para enderezarme y lo noto aún más adentro si es posible. Es doloroso, sí, pero también lo más placentero que he sentido nunca. Pega su boca a mi cuello y se queda muy quieto.

—Vas a dejar a Dios fuera de esto. No quiero que vuelvas a mencionarlo, ¿entendido? —No respondo y Wade gruñe antes de clavar sus dientes en mi piel.

—¡Sí, joder! —exclamo.

—Buena chica. Estás aprendiendo cómo funciona. —Me empuja de nuevo sobre la mesa y se retira unos centímetros para arremeter de nuevo hacia adelante—. Ahora empieza a gritar.

Wade

«Porque la tristeza conforme a la voluntad de Dios produce un arrepentimiento que lleva a salvación y no deja pesar; en cambio, la tristeza del mundo conduce a la muerte». «Corintios 7:10».

Me clavo en su interior con empellones rápidos y muy bruscos. ¡Lo estoy disfrutando, joder! Siento como su coño caliente y empapado se amolda a mi polla como un puto guante. Me aferro a su cintura con ambas manos y acelero aún más la cadencia de mis embestidas.

—Grita —ordeno con los dientes apretados. Su espalda está tensa y mantiene las manos en el borde de la mesa, inmóvil y en silencio. Sin detenerme, tiro de ella, pegando su espalda a mi pecho—. Me gusta que te resistas, pero ahora vas a hacer lo que te ordeno. ¡Grita! —Niega con la cabeza y yo gruño en respuesta. Rodeo su cuerpo con el brazo y meto la mano entre sus muslos sin dejar de follarla por detrás. Un gemido ronco sale de su boca cuando rodeo su clítoris con los dedos—. Deja de resistirte y grita —susurro en su oreja justo antes de morder el lóbulo.

—Mierda —susurra sin aliento.

Noto como su coño se cierra aún más, me aprisiona mientras todo su cuerpo se sacude. Se está corriendo y podría jurar que nunca he sentido algo tan placentero.

—Eso es, deja que salga —gruño sin dejar de golpear en su interior—. ¡Ahora grita!

Se resiste unos segundos más, pero cuando acaricio de nuevo su clítoris, esta vez con el pulgar, un grito grave y ronco sale de lo más profundo de su garganta. Sonrío como un puto maníaco que acaba de salirse con la suya y, aún entre temblores, la empujo de nuevo sobre la mesa. No necesito más que un par de empellones para alcanzar el orgasmo. Salgo de ella justo a tiempo para quitarme el preservativo y eyacular sobre la parte baja de su espalda.

«¡Dio…!». Me doy cuenta de lo que estoy a punto de pensar y sacudo la cabeza de un lado a otro. ¡Yo no blasfemo, joder! ¡¿Qué me está haciendo esta mujer?! Me aparto y empiezo a arreglarme la ropa. Estoy abrochándome el pantalón con una mano cuando me doy cuenta de que Reese sigue sobre la mesa, inmóvil.

—¿Quieres algo para limpiarte? —pregunto, estirando la mano que tengo libre para ayudarla a enderezarse.

En cuanto hago contacto con su hombro, se aparta de forma brusca.

—¡No me toques! —exclama.

Da media vuelta y se baja la falda, aún con la respiración acelerada.

—¿Qué ocurre, Reese? —Hago un nuevo intento de tocarla, esta vez en la barbilla, pero retrocede tan rápido que casi cae hacia atrás.

—¿Puedo irme ya? —pregunta sin mirarme.

Frunzo el ceño. ¿Qué es lo que le pasa? Actúa como si la hubiese obligado a… ¡No, joder! Yo no la he forzado a hacer nada que ella no quisiera.

—Lo has disfrutado —afirmo.

—¿Puedo irme ya? —repite.

Bufo y doy un paso hacia ella. Sujeto su barbilla con fuerza y la obligo a mirarme.

—Cuando admitas que te ha gustado.

Su mirada se clava en la mía. Tiene los ojos brillantes y… ¿Está a punto de llorar? ¿Por qué?

—Me ha gustado —murmura con un hilo de voz.

Me quedo observándola unos segundos. Parece tan confusa y… ¿Triste? Una sensación que conozco muy bien se instala en mi pecho. Es miedo, pánico puro. No me gusta, me trae demasiados recuerdos horribles de mi pasado.

Fijo la vista en sus labios. Son tan apetecibles… Dejándome llevar por un impulso, acerco mi rostro al suyo con intención de besarla, pero antes de poder rozar su boca, Reese vuelve a apartarse.

—Deja que me vaya, por favor —pide.

La presión en mi pecho aumenta al escuchar la súplica en su tono de voz. Dejo caer la mano de su rostro y me hago a un lado.

—Márchate —susurro.

Capítulo 36

Wade

«Y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado». «Isaías 6:7».

Aún no he terminado de decir la palabra cuando sale casi corriendo en dirección a la puerta. La abre de un tirón, pero en vez de salir se queda de pie frente al umbral.

—Hola, Reese —la saluda Nancy—. Te estaba buscan… —No tiene tiempo de terminar de hablar antes de que Reese retome su huida a la carrera. Nancy se acerca, frunciendo el ceño—. ¿Qué ha pasado? Aparte de lo obvio. —Me señala la entrepierna—. Tienes la bragueta abierta.

Bufo con fuerza y subo la cremallera mientras me dirijo a mi sillón. Me dejo caer y tomo una inspiración profunda. ¿Por qué no puedo sacarme de la cabeza esa mirada de Reese? Deseo ir tras ella y suplicarle que me perdone, aunque en realidad no creo haber hecho nada malo. Ella quería que la follara. Lo disfrutó. Además, no está aquí por casualidad. Busca algo. No debería sentirme culpable.

—Dime que has averiguado algo más sobre Reese —digo, dirigiendo la mirada en dirección a Nancy.

Suspira y toma asiento al otro lado del escritorio.

—No hay nada en la base de datos, Wade. Comprobé las fotos una por una. Ella no es ni ha sido nunca una presa.

—Entonces, ¿cómo es que tiene una tarjeta?

—¿De la Sociedad? —Asiento con la cabeza—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque estuvo en el club. Yo mismo la vi, o al menos me pareció verla —confieso.

—Te pareció… —Estrecha su mirada sobre mí.

—Ya sé lo que vas a decir. No estoy obsesionado con ella, ¿vale? Sé que oculta algo.

—Entonces ve al club y averigua si estuvo o no allí. Te dije que era una buena idea poner cámaras de vigilancia.

—Eso no tiene ningún sentido. Los socios jamás estarían de acuerdo en que los grabaran mientras acuden al club. De todas formas, ya me estoy ocupando del asunto. También he enviado a alguien a Los Ángeles a investigar la vida de Reese en la ciudad y los posibles motivos que la han traído aquí. Pronto tendré noticias.

—Tampoco hay prisa, ¿no? Empleas bien el tiempo follándotela —farfulla.

Clavo mi mirada en la suya con dureza.

—Ese tono de reproche es del todo innecesario —replico—. Si vas a venirme con que tú la viste primero, te lo puedes ahorrar.

Suelta una carcajada y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Wade, supe que te la tirarías en el mismo instante en el que te la presenté. Llamó tu atención, y eso no es algo sencillo para ninguna mujer. Lo que no entiendo es cuáles son tus intenciones. Si no confías en ella, ¿por qué permites que se haga cargo de la seguridad de este edificio?

—Si quisiera robarme ya lo hubiese hecho. No, ella busca otra cosa, y hasta que no averigüe qué es, seguirá aquí, donde pueda vigilarla.

«Y follarla de nuevo, eso también». Pienso. No obstante, no tardo en recordar esa última mirada que me dirigió Reese antes de salir corriendo. ¿Me odiará? ¿Estará haciendo sus maletas para irse lejos de mí? Y más significativo aún, ¿por qué me importa tanto? Solo es una mujer, otra más de muchas que me he follado, ¿O no? ¿Qué la

hace tan especial para tenerme en este estado? ¡Estuve a punto de besarla, joder! Quise hacerlo, lo deseaba con todas mis fuerzas, y eso no es algo que suela pasarme. «Solo estás buscando la forma de expiar tu culpa. Eso es lo que hacen los pecadores», resuena en mis pensamientos.

—¿Qué quieres que haga? —La pregunta de Nancy me saca de la pesadilla en la que estaba a punto de convertirse mi propia mente.

Exhalo con fuerza y me ajusto el nudo de la corbata para intentar recuperar el control sobre mí mismo.

—Habla con la doctora Sanders. Si Reese estuvo en la cacería, tuvo que haber pasado el reconocimiento médico. Tal vez ella la recuerde.

—¿Algo más?

—No, eso es todo. Puedes irte.

Tras despedirse, Nancy abandona el despacho, dejándome solo con las jodidas voces de mi cabeza. Intento concentrarme en el trabajo, sin embargo, cada segundo que pasa se me hace más difícil pensar en cualquier cosa que no sea Reese y cómo se estará sintiendo ahora mismo. No se marchará sin avisar, ¿verdad? ¿Es posible que ya lo haya hecho?

Dándome por vencido, me pongo en pie y tardo apenas unos minutos en ascender a la última planta. Me detengo frente a la puerta de su habitación y estoy a punto de llamar cuando escucho un ruido al otro lado. No se ha marchado. Agudizo el oído y la escucho moverse por el interior de la estancia. Alzo de nuevo la mano para golpear la madera con los nudillos, sin embargo, antes de llegar a hacerlo, me arrepiento y sigo caminando hasta llegar a la entrada de mi apartamento. No tiene ningún sentido lo que estoy haciendo. ¿De verdad voy a sentirme culpable por follarla? ¡Eso es lo que yo hago, joder! Me gusta la caza, disfruto con ella. ¿Por qué es distinto en esta ocasión?

Reese

Tras salir de la ducha, tomo asiento a los pies de la cama y me quedo mirando un punto fijo en la pared hasta perder la noción del tiempo. No soy capaz de sacarme de encima esa sensación que tanto me abruma. Se supone que iba a tomar el control de la situación y, sin embargo, lo único que hice en ese despacho fue permitir que Wade Sutton me usara a su antojo, como una puta muñeca de plástico. Lo peor de todo es que disfruté cada maldito segundo. Pude haberme ido, debí hacerlo, pero me quedé. Tal vez por cabezonería o simplemente porque estoy mal de la cabeza. ¿Quién en su sano juicio se le ofrecería en bandeja a un violador sin escrúpulos?

Pestañeo rápido y me pongo en pie. Debo hacer algo, lo que sea, pero esta mierda se tiene que acabar. Necesito encontrar a Rose y alejarme cuanto antes de este lugar y de Sutton. Sé que, si sigo aquí, volveré a caer. No sé qué demonios me ocurre con ese hombre, cada vez que me pone las manos encima es como si mi autocontrol se esfumara. Me convierto en alguien que no quiero ser.

Me muevo por la habitación y, tras coger mi teléfono, marco el número del viejo Jack. Solo suenan un par de tonos antes de que escuche su voz al otro lado de la línea.

—¿Vuelves a necesitar mi ayuda, muchacha? —pregunta sin molestarse en saludar.

—Dime que has conseguido encontrar a un *hacker* decente.

—Nadie que pueda burlar la ciberseguridad de una empresa como Sutton a excepción de… —No necesita terminar la frase, sé perfectamente a quien se refiere.

Bufo y me detengo unos segundos a pensarlo. Estoy segura de que él podría ayudarme. Si logro acceder al servidor oculto de la empresa, tal vez allí encuentre alguna pista del paradero de Rose. ¡Santo Cristo, no puedo creer que me esté planteando pedirle ayuda!

—Dime dónde puedo encontrarlo —pido.

—¿Estás segura, Reese? No me gustaría que volvieras a meterte en líos. Ya no eres una niña. Si lo matas, irás a la cárcel.

—Descuida, lo necesito vivo.

Apunto la dirección que me da y cuelgo la llamada de inmediato. No lo pienso demasiado. Si esto es lo que debo hacer para encontrar a Rose, que así sea, aunque admito que estoy aterrada. No quería tener que acudir a él, pero cualquier cosa es mejor que seguir aquí, dejándome arrastrar por Wade Sutton hacia un lugar oscuro y aterrador a la vez que placentero.

Capítulo 37

Reese

Un coche me está siguiendo, lo noté nada más salir del hotel. No hace falta ser demasiado lista para adivinar quién me está vigilando. Si tuviese que apostar, el puto Wade Sutton se llevaría todas las papeletas. Sabe que algo raro está pasando y es obvio que no se fía de mí. ¡Que le jodan! ¿En serio cree que puede pillarme? Está claro que no me conoce. Tuve el mejor maestro. Si no quiero que me encuentren, nadie podrá hacerlo.

Sigo circulando por la ciudad a toda velocidad a lomos de mi motocicleta. Doy vueltas y más vueltas, me detengo a repostar en una gasolinera y sigo moviéndome. Recorro cada calle y callejón del centro y después me desplazo a las afueras. Ya casi ha anochecido cuando llego a un club nocturno llamado Broken, paro a tomar una cerveza y compruebo que mi sombra sigue ahí, vigilándome desde lejos. Debo admitir que son buenos, han logrado seguirme durante casi todo el día, pero yo lo soy más.

Dejo la moto en el aparcamiento, muy cerca de la entrada principal, y me adentro en el local. Está casi vacío y a primera vista parece una especie de pub de espectáculos o algo así. Hay un escenario al fondo y varias mesas repartidas por el local. Me acerco a la barra y un chico moreno y muy guapo me atiende.

—Hola —saludo con una sonrisa.

—¿Qué quieres? —pregunta en tono cortante.

—Una cerveza. —Se aleja para servir mi bebida y no tarda en volver. En cuanto deja el vaso frente a mí, da media vuelta para marcharse de nuevo, pero lo detengo—. Hay poca gente, ¿no?

Vuelve a girarse hacia mí y se encoge de hombros.

—Acabamos de abrir hace unos minutos. El primer pase es en una hora.

No le pregunto a qué se refiere con «primer pase», la verdad es que me importa una mierda. No estoy aquí para divertirme.

—Tal vez te parezca raro lo que voy a ofrecerte, pero… ¿quieres ganar cien pavos?

El chico frunce el ceño y su espalda se tensa. Se acerca más y clava su mirada furiosa en la mía.

—No sé quién demonios te ha hablado de mí, pero ya no hago eso. Además, por cien pavos no me quitaría ni la camisa.

Pestañeo rápido y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Vale, creo que no me has entendido. Tengo un problema y necesito ayuda. Puedes quedarte con la camisa puesta.

Parece confuso. Estrecha su mirada sobre mí y se cruza de brazos.

—¿Qué es lo que quieres?

—Información.

—¿Sobre qué o quién?

—Según tengo entendido es un cliente habitual. Viene aquí todos los viernes por la noche.

—El viernes es noche de chicos. Solo bailan las mujeres.

Echo un vistazo al escenario y me fijo que en el centro hay una barra metálica que va del suelo al techo. Estoy en un jodido club de estriptis.

—Eso tiene sentido —mascullo.

—¿Ese cliente habitual tiene nombre? —inquiere el camarero.

—Sí, pero es probable que no use el verdadero. Es rubio, ojos claros, de poco más de cuarenta años y con problemas de movilidad. ¿Te suena alguien con esas características?

—Es posible. ¿Por qué lo buscas?

—Somos viejos conocidos. Me gustaría tener una conversación amistosa con él.

—Oye, este es un sitio tranquilo. Mi jefe se encarga de que no haya peleas ni malos entendidos. ¿Entiendes lo que digo?

—No vengo a buscar problemas. Solo necesito saber si el tipo al que busco suele venir solo o acompañado por alguien.

Tras unos segundos en silencio, exhala con fuerza y se encoge de hombros.

—Casi siempre está con dos o tres hombres más. No dan problemas. Beben, disfrutan del espectáculo y se marchan bien entrada la madrugada.

—¿Se sientan siempre en la misma mesa? —Asiente y señala con la barbilla un par de sofás que hay al fondo del local—. Bien, gracias por la información.

—¡Dix! —El camarero se gira al escuchar lo que supongo que es su nombre o apodo y esboza una sonrisa de oreja a oreja cuando una chica pelirroja se acerca—. ¿Puedes ir a la sala de descanso y decirle a Tay que se ponga algo de ropa encima? Estoy intentando estudiar, pero no es fácil concentrarse si te ponen una polla en la cara.

—Voy a matar a ese hijo de puta —sisea el camarero.

Ni siquiera echa un vistazo en mi dirección antes de marcharse. La chica pelirroja lo sigue y no tardo en escuchar a varias personas discutir. Me levanto y busco una mesa lo bastante alejada del sofá, pero donde pueda ver bien la zona. Me acomodo y bebo pequeños tragos de mi cerveza mientras espero.

Poco a poco el local se va llenando de gente, la mayoría son hombres. Suben el volumen de la música y las camareras se mueven entre las mesas vestidas con pantalones cortos ajustados y tops que

dejan el ombligo al descubierto. Anuncian el primer pase de la noche justo cuando el hombre al que estaba esperando atraviesa la puerta de la entrada acompañado por dos tipos que no conozco. Inspiro hondo por la nariz mientras lo observo caminar hacia el sofá con la ayuda de unas muletas. Las deja a un lado y toma asiento enseguida.

Paso más de veinte minutos vigilándolo. Bromea, les mira el culo a las camareras y tiene tiempo para beber un par de copas antes de que tome la decisión de acercarme. Justo está riendo de algo que le dice uno de los tipos que está con él cuando, al alzar la cabeza, repara en mi presencia. Se le corta la sonrisa de golpe y sus ojos se abren hasta el nacimiento del pelo. Cierro los pocos pasos que nos separan y me detengo justo delante de él.

—Hola, Nick, te veo bien —digo a modo de saludo.

Se queda callado varios segundos y carraspea antes de responder.

—Reese —masculla. Casi no soy capaz de oírlo por el volumen de la música, pero logro leerle los labios.

—Pareces sorprendido de verme.

Se echa hacia atrás, apoyándose contra el respaldo del sofá, y esboza media sonrisa.

—Cuando me dijeron que habías vuelto a la ciudad supe que vendrías a por mí. Lo que me sorprende es que no pareces estar armada.

—Hay muchos lugares donde esconder un arma, Nick. No respires tranquilo aún. —El muy hijo de puta ensancha su sonrisa.

Siempre he imaginado el momento en el que volvería a estar frente al hombre que creí amar durante toda mi adolescencia, el mismo que planeó la muerte de mi padre. Creí que al verlo de nuevo después de once años sentiría rabia, odio e incluso asco, pero no es así. Ahora mismo no siento nada, como si estuviese delante de un desconocido.

—¿Puedes pedirles a tus amigos que nos dejen? Tenemos que hablar.

Con solo un gesto de su barbilla, los dos tipos se marchan, dejándonos a solas. Me siento en el sofá que está frente al suyo y lo miro fijamente.

—¿Hablar? ¿No vas a matarme? —Niego con la cabeza—. Aún sigo pensando en qué lugares puedes tener escondida un arma. Sabes cómo hacer que un hombre use su imaginación, Reeree.

—No me llames así —siseo.

Alza ambas manos con gesto divertido.

—Si no vas a matarme, ¿qué es lo que quieres? —pregunta tras beber un trago largo de su copa.

—Necesito que hagas algo para mí.

—Y supongo que ese «algo» es ilegal, ¿cierto?

—¿Desde cuándo te importa infringir la ley? —Va a responder, pero no le dejo—. Da igual. Créeme, si pudiese pedirle esto a alguien más no estaría aquí. Me lo debes.

Vuelve a sonreír, aunque lo conozco bastante bien como para saber que es una sonrisa falsa.

—¿Te lo debo? —Se inclina sobre la mesa para acercar su rostro al mío—. Me disparaste, pequeña. He tenido que soportar doce operaciones para arreglar el destrozo que me hiciste en la columna vertebral y, aun así, no voy a ser capaz de caminar sin ayuda durante lo que me queda de vida. ¿Sabes cómo tratan a un lisiado como yo en prisión? —Vuelve a recostarse hacia atrás y exhala con fuerza—. No te debo una mierda.

—Da gracias por seguir respirando, maldito hijo de perra —siseo con rabia.

Una chispa de diversión ilumina su mirada.

—Si Darren te escuchara, recibirías unos azotes por malhablada.

Dejándome llevar por un impulso, estiro el brazo y me inclino sobre la mesa para sujetarlo por el cuello de la camisa.

—No te atrevas a mencionar su nombre, cabrón —escupo, pegando mi rostro al suyo.

—Sigues teniendo carácter, pequeña. Eso me gusta —susurra.

Lo empujo con fuerza y regreso a mi asiento con la respiración acelerada. Tengo que mantener la calma por Rose.

—¿Vas a ayudarme o no?

Se acomoda la ropa y regresa su mirada a mi rostro.

—¿Qué es lo que necesitas?

—Acceso total al servidor alternativo de una gran empresa.

Puedo notar que he logrado despertar su curiosidad. La mayor virtud de Nick es también una de sus pocas debilidades. No es capaz de resistirse a un reto.

—¿Un ciberataque? —inquiere.

—Algo más sutil. Necesito poder entrar sin que me detecten.

—Y ahora es cuando me dices que su ciberseguridad depende de una empresa privada que invierte millones en ese campo, ¿verdad? —Asiento con la cabeza mientras él coge su teléfono y empieza a juguetear con él—. ¿Cómo se llama la empresa?

—Sutton.

—¿La del casino Sutton? —pregunta sin mirarme.

—Sí.

—¿Has vuelto al negocio familiar?

Ignoro su pregunta. No voy a darle explicaciones y mucho menos contarle lo que tengo entre manos.

—Eres la única persona que conozco con la capacidad de burlar tanta seguridad sin ser detectado. Estoy segura de que tienes algún artefacto de *hackeo* o…. —Tomo una respiración profunda al darme cuenta de que apenas me está prestando atención. Parece completamente distraído con el puñetero teléfono—. Nick, ¿puede al menos mirarme cuando te hablo?

Levanta la vista y esboza una sonrisa ladeada.

—Te escucho, pequeña. —Deja el móvil sobre la mesa, le da la vuelta y lo empuja en mi dirección—. Esas son las credenciales que necesitas para acceder al servidor. Vas a tener que hacerlo desde

dentro. —Mete la mano en el bolsillo de su pantalón y me tiende una memoria USB—. Con esto puedes descifrar la contraseña de cualquier ordenador para acceder al servidor.

Memorizo enseguida el nombre de usuario y la contraseña que se muestra en la pantalla antes de devolverle el teléfono y me guardo la memoria USB. Sabía que podría conseguirlo. Es un imbécil, pero también un genio informático.

—No voy a darte las gracias por esto —digo, poniéndome en pie.

Ya tengo lo que he venido a buscar. Ha llegado el momento de irse.

—Reese. —Estoy a punto de marcharme cuando lo escucho llamarme. Ni siquiera me molesto en girarme, solo lo miro por encima del hombro—. Sé que cometí muchos errores, pero todo lo que hice fue porque te quería.

Inspiro hondo por la nariz y aprieto los puños con fuerza.

—Si eso fuese cierto, no habrías matado a la única familia que me quedaba. Adiós, Nick.

Antes de que pueda decir nada más, me alejo en dirección a la barra sin mirar atrás. Encuentro enseguida al camarero con el que hablé al llegar y le pago los cien dólares que le prometí antes de salir del local.

Al llegar al aparcamiento, compruebo que el todoterreno que me ha estado siguiendo todo el día sigue ahí, esperándome. Apuesto a que alguno de los hombres ha entrado en el club para ver con quién me he reunido y lo más probable es que ya hayan informado a su jefe. Sinceramente, me importa una mierda. Con un poco de suerte, encontraré alguna pista sobre el paradero de Rose en el servidor y podré largarme del hotel mañana mismo.

Capítulo 38

Wade

«Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Por lo tanto, sé fervoroso y arrepiéntete». «Apocalipsis 3:19».

Desconecto la llamada y devuelvo el teléfono al interior de mi chaqueta de traje con una exhalación profunda. Acaban de informarme de que Reese ha vuelto al hotel después de pasar todo el día recorriendo la ciudad con su motocicleta. Es posible que haya descubierto que le puse vigilancia e intentara librarse de ellos, por suerte, no lo logró y ahora tengo un poco más de información sobre sus compañías. El hombre con el que se reunió en un club a las afueras de la ciudad ya está siendo investigado. También espero que mi hermano Xander me dé buenas noticias en cuanto a su visita al club de la Sociedad y Nancy sigue intentando contactar con la doctora Sanders. Solo tengo que esperar una noche más para saber quién es en realidad Reese Kennedy y cuáles son sus intenciones.

Agudizo el oído y me acerco a la entrada cuando escucho el sonido del ascensor deteniéndose en la última planta. Hay pisadas y después una puerta que se cierra. Reese está en su habitación. «Al menos no ha huido», resuena en mi mente, y enseguida cabeceo para sacar esos pensamientos de mi cabeza. Debería darme igual que se marche. Es más, tal vez sería lo más conveniente. Después de lo que pasó esta mañana en mi despacho, de cómo me sentí con ella, de haber pasado todo el día pensando en la forma en la que me

miró con tanto rencor, alejarme de ella sería lo más sensato, sin embargo…

Bufo con fuerza mientras coloco la mano sobre el pomo de la puerta. «No lo hagas, Wade. Solo tienes que esperar unas horas», me digo a mí mismo en mi mente, pero al mismo tiempo abro la puerta del golpe y salgo al rellano. Titubeo durante los primeros dos o tres pasos, inspiro hondo y cuando me detengo justo delante de su puerta ni siquiera me planteo la posibilidad de llamar. Saco la llave universal en forma de tarjeta que abre todas las cerraduras del edificio y la acerco al lector con rapidez. La puerta se abre con un clic casi inaudible y me adentro en la habitación sin previo aviso.

Encuentro a Reese sentada sobre la cama con un ordenador portátil sobre su regazo. Alza la vista de la pantalla, pero no parece sorprendida al verme.

—Es la tercera vez que invade mi intimidad, señor Sutton —dice al mismo tiempo que cierra el portátil con cuidado.

Exhalo despacio y casi sonrío al notar que ya no hay ni rastro de toda esa fragilidad y desconcierto que lucía en su mirada esta mañana. Vuelve a ser la misma mujer peleona de siempre, la que no teme provocarme, la que me hace disfrutar enormemente con su ingenio y rapidez mental en cada debate o cruce de opiniones.

—¿Ya no me tuteas? —pregunto, ajustando el nudo de mi corbata.

Reese suspira y se encoge de hombros.

—¿Qué quieres, Wade? Es tarde, estoy cansada y hambrienta. Sea lo que sea, estoy segura de que puede esperar a mañana.

Hambrienta. ¿Por qué está hambrienta? Hago un breve repaso mental de todas las conversaciones que tuve a lo largo del día con sus vigilantes. En ningún momento me dijeron que Reese había parado a comer. ¿Lleva sin consumir ningún alimento desde el desayuno? ¡¿Pretende morir de inanición?! Frunzo el ceño y doy un paso en dirección a la cama.

—Levántate. Tienes diez minutos para cambiarte de ropa.

—¿Para qué? —pregunta, estrechando su mirada sobre mí—. Si lo que quieres es volver a usarme como tu jodida muñeca sexual, vas a tener que esperar a nuestra reunión matutina. Ya te he dicho que estoy cansada.

No me sorprende su respuesta. Hasta ahora me he comportado con ella como un patán, y sí, ese es mi comportamiento habitual con las mujeres, pero esta situación es distinta. No dejaré que se desmaye de hambre.

—No te pondré un dedo encima esta noche a menos que me lo pidas. Ahora ponte en pie de una vez. Te quedan nueve minutos y medio.

—Pero…

—No volveré a repetirlo, Reese. Puedes obedecer por las buenas o yo mismo te quitaré la ropa y te pondré otra más acorde a la ocasión y el lugar a donde vamos.

Frunce el ceño y abre la boca para replicar. Parece querer presentar pelea y una parte de mí está deseando que lo haga, sin embargo, cierra de nuevo la boca y aprieta los labios con fuerza durante unos segundos, después inspira hondo por la nariz y su expresión se suaviza.

—¿Dónde se supone que es ese lugar? —pregunta con voz tensa.

—Uno de los restaurantes del edificio. Vamos a cenar.

—Cenar —repite. Parece incrédula.

—Sí, eso he dicho. —Saco mi teléfono y, tras buscar un contacto en el directorio, me lo llevo a la oreja—. Ponte algo elegante. En ocho minutos y medio te espero junto al ascensor. —Sin esperar respuesta, salgo de la habitación justo en el instante en el que el encargado del restaurante descuelga la llamada.

Tardo solo unos segundos en informarle de que en diez minutos estaremos allí. Apuesto a que ya estaban a punto de cerrar, pero nadie se atrevería a decirme que no en mi propia casa. Todo lo que hay en el interior del edificio me pertenece, incluyendo el restaurante en cuestión.

En cuanto cuelgo la llamada, echo un vistazo a mi reloj de pulsera y exhalo con fuerza. Aún no sé cómo he pasado de estar en mi ático convencido de que solo debía esperar a que pasara la noche para resolver los misterios que rodean a Reese Kennedy a esperarla para salir a cenar juntos. ¿Qué tiene esta mujer que me hace comportarme de forma tan… humana? No sé si eso me gusta, pero por lo visto, cuando ella está cerca, mi sentido común desaparece.

Reese

Lo que menos me apetece es acicalarme como una jodida prostituta para cenar con Wade Sutton, pero ahora mismo ya no se trata de lo que quiero o no hacer. No he podido entrar en el servidor desde mi portátil. Tengo las credenciales, pero el dispositivo no es el adecuado. Necesito tener acceso a un ordenador con los permisos adecuados y eso solo puede dármelo el puto Sutton. Podría intentar colarme en su despacho durante la noche, pero sería un suicidio. Yo misma he reforzado la seguridad. Me pillarían en cuanto pusiese un pie en la planta administrativa. Otra opción es esperar a que amanezca y buscar una distracción para quedarme sola en la oficina, sin embargo, una vez más, eso es algo que debo planear con tiempo, y no lo tengo.

Echo un vistazo a mi reflejo en el espejo. Para haber tenido solo unos minutos no estoy nada mal. El vestido rojo ajustado que me he puesto es lo más llamativo que encontré en el guardarropa. Exhalo con fuerza y enderezo la espalda, preparándome para lo que estoy a punto de hacer. Se supone que debería estar corriendo en dirección contraria a este hombre y aquí estoy, poniéndome guapa para él. Si tan solo logro robarle el teléfono… Bufo de nuevo.

—Me vas a deber un favor enorme, Rose —murmuro para mí y, tras coger un pequeño bolso a juego con los zapatos negros de tacón, salgo de la habitación.

Al fondo del pasillo veo a Wade; tal como dijo, está esperando junto al ascensor. Camino hacia él con decisión. Aprovecho que está distraído para observarlo con atención, su espalda ancha está tensa,

no hay ni una sola arruga en su traje de tres piezas color azul marino. Mi vista viaja hasta su trasero, redondo y firme bajo la tela del pantalón. Es muy atractivo, demasiado. Tal vez, si no fuese un cabrón desalmado… «No vayas por ahí, Reese. Es un jodido violador. Recuerda lo que te hizo esta mañana, cómo te usó y humilló por pura diversión». Intento invocar la manera en la que me hizo sentir, los azotes, cómo me aplastó la cara contra la mesa mientras me follaba por detrás… «¡Mierda, no está funcionando!». Se supone que debería estar furiosa, no acalorada.

—Llegas dos minutos tar… —Se gira de golpe y deja la frase en el aire mientras recorre todo mi cuerpo con la mirada. Arqueo una ceja y me cruzo de brazos. Enseguida sus ojos van a parar a mi escote. Carraspea y se endereza el nudo de la corbata—. Llegas tarde —dice mientras presiona el botón de llamada del ascensor.

No me molesto en contestar. Solo espero a que las puertas se abran y entro en el habitáculo con rapidez. Wade me sigue, y tras presionar el botón de la segunda planta, empezamos a descender.

—¿Qué es esto? ¿Una cita? —pregunto sin poder contenerme.

Resulta muy extraño que me esté llevando a cenar. Supongo que él también tiene sus motivos ocultos.

Me mira durante un segundo y niega con la cabeza.

—Yo no tengo citas —responde en su habitual tono impasible.

Pongo los ojos en blanco con gesto divertido y al volver a mirarlo soy consciente de que me ha pillado.

—¿Sabes que lo que acabas de hacer es muy grosero?

El ascensor se detiene y las puertas se abren mientras seguimos mirándonos fijamente. Alzo la barbilla y esbozo una sonrisa ladeada.

—Chantajear a una mujer para que se acueste contigo también lo es, y no veo que tengas ningún problema con ello —replico, y salgo del habitáculo sin esperar su respuesta.

Puede que no me quede más remedio que acompañarlo en esta absurda cena, pero eso no significa que vaya a comportarme como la muñeca sumisa y obediente que él quiere que sea.

Capítulo 39

Reese

Apenas cruzamos un par de palabras sin importancia mientras caminamos en dirección al restaurante. Al llegar, el encargado nos acompaña a una mesa muy bien decorada, de esas con mantel caro y servilletas de tela. Tomamos asiento y echo un vistazo alrededor. No me extraña que a estas horas estemos solos en el local a excepción de un par de empleados. Lo más probable es que, si no hubiésemos venido, ya hubieran cerrado.

—¿Esta gente no tiene que irse a descansar? —comento.

Wade levanta la vista de la carta y se encoge de hombros.

—Se marcharán cuando terminemos de cenar.

—Ya. Podría haber pedido que me subieran algo a la habitación. No era necesario todo este despliegue de medios.

Mi comentario no obtiene respuesta. Wade sigue estudiando la carta durante un rato más, y cuando parece haber escogido ya lo que va a cenar, la deja sobre la mesa y me mira frunciendo el ceño.

—Si te gusta el pescado, te recomiendo que pidas la lubina. La preparan muy bien.

Estrecho la mirada sobre él con gesto confuso. No termino de creer que me haya traído aquí solo para cenar. ¿Qué está tramando?

—¿Puedo elegir mi propia comida? —pregunto en tono burlón—. Vaya, muchas gracias.

Una vez más ignora mi provocación, aunque la forma en la que se ajusta el nudo de la corbata lo delata. Estoy convencida de que es

una especie de tic o manía que aflora en él cuando está nervioso o intenta contenerse.

—Pide lo que quieras, pero hazlo rápido. El chef no va estar esperándote toda la noche —masculla.

—Comeré cualquier cosa. Solo quiero marcharme de una vez a descansar.

Un camarero se acerca para tomar nuestro pedido y, cuando se marcha, Wade retoma la conversación donde la dejamos.

—¿Por qué tan agotada? —pregunta—. Cualquiera diría que has tenido un día duro.

—Así ha sido.

—Espero que haciendo tu trabajo, ese por el que te pago.

—Por supuesto, no he hecho otra cosa en todo el día —respondo con media sonrisa.

Ambos sabemos que miento, y eso es lo más divertido, aunque él no parece pensar lo mismo. Entrelaza los dedos de sus manos sobre la mesa y clava su mirada en la mía.

—Aclárame una duda, Reese. ¿Cómo es posible que pasear por la ciudad durante horas, hasta terminar en un club de estriptis de las afueras bebiendo cerveza, forme parte de tus obligaciones laborales?

—También bebí un par de chupitos, supongo que a tus chicos se les olvidó mencionarlo. Por cierto, espero que les haya gustado el *tour*. Los llevé a los lugares más turísticos de la ciudad.

Sigue mirándome impasible, aunque puedo notar cómo tensa la mandíbula con fuerza.

—¿A qué estás jugando? —inquiere.

—No me gusta que me vigilen a escondidas, Wade.

—Por lo visto, no estaban tan escondidos —masculla, e inspira hondo por la nariz—. No me fio de ti, por eso ordené que te siguieran.

Bien, ahora estamos siendo sinceros. La noche mejora por momentos.

—No espero que lo hagas. Puedo hacer mi trabajo sin tu confianza.

Está a punto de decir algo cuando el camarero regresa con las bebidas que hemos pedido y enseguida se retira. Wade le da un trago a su copa de vino tinto antes de volver a hablar.

—¿Quién era el hombre con el que te reuniste en ese antro? —pregunta. Como siempre, no se anda por las ramas.

—Un viejo amigo —contesto, y se me escapa una risita baja.

—¿Otro? —Arquea una ceja y me encojo de hombros.

—Crecí en esta ciudad. Tengo muchos amigos.

—¿Este también sabe cómo complacer a una mujer?

Su pregunta me toma por sorpresa, aunque enseguida recuerdo que eso fue lo que yo le dije cuando me preguntó dónde estaba la otra noche, cuando estuve con Ian.

—Sí, sabe cómo complacer y respetar a una mujer. No necesita forzarla a hacer algo que no desea para ganársela. Tal vez deberías aprender un poco de él.

Por la forma en la que se ajusta el nudo de la corbata sé que, con mi comentario, he logrado justo lo que buscaba, ponerlo al menos un poquito nervioso. Empiezo a pensar que el señor Sutton no es tan insensible como quiere aparentar.

—Crees que soy un monstruo por como te traté esta mañana, ¿verdad?

Esta vez soy yo la que se tensa. Prefiero no pensar en lo que me hizo o acabaré lanzándole el vino a la cara.

—¿Me equivoco en mis suposiciones? —contraataco.

Se queda en silencio unos segundos y después exhala con fuerza.

—Intento no serlo —susurra tan bajo que apenas soy capaz de escucharlo.

Busco su mirada y me sorprendo al no reconocer en ella a ese hombre frío y calculador. Ahora mismo parece frágil y vulnerable, como un cachorrito perdido que solo busca una caricia amable. Por

suerte, el camarero regresa con nuestra comida, rompiendo el momento de incomodidad.

Durante un buen rato, ninguno dice nada. Solo cenamos en silencio sin levantar la vista de nuestros platos. Cuando ya casi he terminado, me fijo en que Wade ha dejado su teléfono móvil sobre la mesa. Tengo que buscar la manera de distraerlo para hacerme con él.

—Está bueno —digo para llamar su atención. Wade echa un vistazo a lo que queda de mi filete y asiente con la cabeza. Él ha pedido la lubina y tengo que admitir que ver cómo la devora, con esos modales tan refinados, es todo un espectáculo para la vista. Me pregunto quién se lo enseñó. Apuesto a que tuvo un montón de profesores durante su infancia para llegar a comportarse de esa forma—. ¿Fuiste a un internado? —pregunto, dejándome llevar por la curiosidad.

—¿Ahora vas a hacerme preguntas sobre mi vida privada?

—¿Vas a responder a todas con otra?

Casi me parece verlo sonreír de nuevo. Coge su servilleta y se limpia las comisuras antes de dejarla sobre la mesa y apartar su plato vacío.

—No, Reese, no fui a un internado. ¿Qué te ha hecho pensar que es así?

—Tus modales en la mesa. Son muy… Protocolarios.

—Tener buenos modales no es algo malo.

—Si son excesivos puede resultar pretencioso.

Sonríe de nuevo, esta vez menos forzado, y se recuesta hacia atrás en su silla.

—Ahora que has abierto la veda de las preguntas personales, supongo que eso me da derecho a hacerte alguna también, ¿no?

Adopto su misma postura, aunque yo acompaño el gesto con una ceja enarcada.

—¿Necesitas mi permiso? Creí que solo tomabas lo que querías sin preguntar.

Ignora mi comentario por completo y se cruza de brazos.

—¿Puedo o no?

—Adelante, aunque dudo que haya algo que no sepas ya sobre mí. Es más, casi puedo apostar que tienes una carpetita con mi nombre y toda mi vida relatada en su interior.

—¿Por qué te enviaron a un correccional? —pregunta, ignorándome de nuevo.

—Un golpe salió mal —contesto escueta.

—Lo sé, eso está en mi carpetita con tu nombre. Lo que no especifica es lo que pasó para que el robo se torciera.

Me tomo unos segundos para pensar mi respuesta. No tiene sentido que le mienta. Lo que ocurrió aquel día no es un secreto y tampoco puede usarlo en mi contra.

—Un socio de mi padre lo traicionó. Quiso quedarse con todo el botín, lo mató y yo le disparé.

—Pero no lo mataste —añade. Niego con la cabeza—. ¿Te arrepientes de haber apretado el gatillo?

Inspiro hondo y vuelvo a negar.

—De lo único que me arrepiento es de no haber apuntado a la cabeza.

Wade se endereza, colocando los codos sobre la mesa. Se está saltando el protocolo de buenos modales y eso me da una idea de lo interesado que puede estar en esta conversación.

—Si lo hubieses hecho serías una asesina.

—Una asesina satisfecha —respondo, esbozando una pequeña sonrisa. El camarero vuelve para retirar nuestros platos vacíos y nos pregunta si vamos a tomar postre. Ambos lo rechazamos y, cuando se marcha, soy yo la que retoma la conversación—. ¿Tú lo has hecho alguna vez?

—¿El qué?

—Disparar a alguien.

—No me gustan las armas. Ni siquiera sé utilizarlas.

—Como experta en seguridad que trabaja para ti, mi consejo es que aprendas a hacerlo. Deberías poder defenderte por ti mismo.

—Tengo el suficiente dinero como para pagar a alguien que se ensucie las manos por mí —replica—. Además, que no sepa usar una pistola no significa que esté indefenso. Hay muchas maneras de matar a alguien sin tener que usar un arma de fuego.

—Pero tú nunca lo has hecho.

Hace una pausa y se inclina sobre la mesa, acercando su rostro al mío.

—He dicho que nunca he disparado un arma, no que no haya matado a alguien, Reese. Presta atención a los detalles, a veces, son importantes. —Contengo el aliento mientras observo esos ojos grises, que parecen brillar como plata fundida. Todo en este hombre me atrae como un jodido imán, y lo odio por ello. Regresa a su posición y me apresuro en apartar la mirada—. Entonces, háblame más de ese atraco que salió mal.

—No hay más que contar —respondo con una exhalación—. Nick mató a mi padre, yo le disparé, llegó la Policía y nos arrestaron.

—Nick… —masculla—. Suena a que lo conocías bien.

Arqueo una ceja. ¿Tan transparente soy para este hombre? ¿Cómo es capaz de leerme la mente?

—Mi padre fue su mentor antes de que se hicieran socios. Estuvo presente en mi vida desde que tuve uso de razón y sí, también éramos… ¿Amantes? No sé si ese término es el adecuado cuando solo tienes dieciséis años. Yo le quería, o al menos eso creí.

Frunce el ceño. Parece confuso.

—¿Qué edad tenía él? —inquiere.

—El doble.

Se ajusta una vez más el nudo de la corbata con la mandíbula apretada y los hombros tensos.

—El término correcto es pederasta —sisea entre dientes. Me parece ver un destello de furia en su mirada. Dura apenas un segundo, ya que enseguida se pone en pie, arrastrando la silla con

bastante fuerza. Se abrocha los botones de la chaqueta y regresa la vista a mí—. Hemos terminado. Nos vamos.

Capítulo 40

Wade

«Huye de las malas pasiones de la juventud, y esmérate en seguir la justicia, la fe, el amor y la paz, junto con los que invocan al Señor con un corazón limpio». «Timoteo 2:22».

Intento contener mi cabreo mientras ascendemos hasta la última planta del edificio. ¿Qué clase de hijo de puta se enreda con una niña de dieciséis años? Además, mató a su padre delante de ella. ¿Se puede ser más desgraciado? Soy muy consciente de que nada de esto debería afectarme, pero lo hace. No sé por qué, y ahora mismo tampoco me apetece pensar en ello, solo quiero volver a mi ático y sacarme de encima esta frustración como sea.

Las puertas del ascensor se abren y salgo sin esperar a Reese. No le he dirigido ni una sola mirada desde que salimos del restaurante. Me niego a que intuya lo furioso que estoy. ¡Era solo una cría, joder! ¿Cómo puede pensar que lo que tuvo con ese cabrón fue una relación amorosa? ¡Abusó de ella! Se aprovechó de su corta edad e inexperiencia y la muy idiota no es capaz de verlo a pesar de que ya es una mujer adulta.

Escucho sus pisadas a mi espalda mientras cruzamos el pasillo. No me molesto en detenerme al pasar junto a su puerta.

—Buenas noches, Reese —farfullo, y sigo caminando en dirección a la mía.

—¡Wade! —Me paro y cierro los ojos con fuerza, conteniendo la respiración. Exhalo despacio y me giro a medias para mirarla por encima del hombro—. ¿Sigue en pie la reunión de mañana?

La reunión, en mi despacho. Se supone que debe dejar de nuevo las bragas sobre la mesa y después yo la follaré otra vez. Casi gruño al imaginarme de nuevo en esa situación. A pesar del cabreo, ansío volver a clavarme en su interior, escuchar sus gemidos, sus gritos de placer al llegar al orgasmo. Cuando todo acabe, ¿me mirará de nuevo con odio o en esta ocasión será distinto?

—No he dicho lo contrario —contesto con una exhalación.

Reese frunce el ceño y camina hacia mí con pasos lentos, pero seguros. Se detiene justo a solo unos centímetros y busca mi mirada.

—Si no quieres ser un monstruo, empieza por no comportarte como uno —susurra con un hilo de voz.

—¿Qué? —pregunto confuso.

Contengo el aliento y mi mirada va a parar a sus labios, apetecibles, como siempre. Noto como, a cada segundo, la rabia que sentía se va disipando dando paso a sensaciones mucho más agradables: excitación, deseo, lujuria. Reese estira la mano y roza mi mejilla con el dorso en una caricia sutil que hace que me arda la piel. Nunca antes una mujer me había tocado así, no lo permito. Un nudo de emoción inesperado se instala en mi garganta y trago saliva con fuerza sin apartar la vista de sus labios. Quiero besarla, necesito averiguar a qué sabe su boca. Su mano cae de mi rostro y retrocede despacio.

—Buenas noches, Wade —dice antes de dar media vuelta.

Va a marcharse, lo sé, y cuando lo haga ya no podré hacer lo que tanto deseo. Se aleja un paso, y cuando está a punto de dar el siguiente, la alcanzo y agarro su brazo con fuerza. Tiro de él y la obligo a girarse de nuevo al mismo tiempo que me abalanzo sobre ella y estrello mis labios en los suyos.

«Perdónalo, padre. Redimirá sus pecados con sangre, dolor y fuego». Ignoro la voz en mi mente y hundo la lengua en su boca mientras la empujo contra la pared. Sus brazos rodean mi cuello y la alzo por el trasero para instarla a que rodee mi cintura con las piernas. El aroma a lirios y su sabor dulce me envuelven como una jodida tarde de primavera en el campo. Ni siquiera sé qué es lo que estoy haciendo, pero no estoy dispuesto a detenerme. Necesito más, mucho más de Reese. Necesito tenerla por completo, y no solo su cuerpo. Quiero que ella desee tenerme a mí tanto como yo a ella.

Aparto mi boca de la suya con la respiración acelerada y busco su mirada.

—Dime que quieres que te folle —pido, casi suplico.

Se queda callada unos segundos, con gesto de confusión. Estoy casi seguro de que, al igual que a mí, todo esto la ha tomado por sorpresa.

—¿Desde cuándo necesitas mi permiso? —suelta casi sin aliento.

Mi polla se endurece aún más al escuchar ese tono desafiante en su voz. Sonrío y la aplasto contra la pared para que pueda notar mi erección entre las piernas.

—Lo estoy pidiendo ahora, Reese. Di la palabra y solo tardaré unos segundos en arrancarte ese jodido vestido con el que me has torturado toda la noche.

Siento sus dedos en mi nuca, agarra un puñado de mi pelo y tira de él con saña.

—Pídeme que te deje follarme. Suplícame y puede que… —Con un gruñido profundo vuelvo a besarla.

Nuestras lenguas se entrelazan y la aprieto contra mi cuerpo mientras muevo las caderas despacio, rozando su sexo. Me trago su gemido y rompo el beso de nuevo.

—Me tomaré eso como un sí —mascullo, empezando a caminar con ella colgada de las caderas hacia mi puerta.

Reese

Ni siquiera sé en qué momento hemos entrado en su casa y tampoco recuerdo el instante exacto en el que me quitó el vestido. Su boca, eso es lo único en lo que soy capaz de centrarme, en su lengua caliente jugando con la mía, su sabor, la forma en la que me estrecha contra su cuerpo fornido y muerde mi labio inferior. No quiero pensar en lo que estoy haciendo ni por qué lo disfruto tanto.

La parte baja de mi espalda choca contra alguna superficie dura justo cuando Wade se aparta unos centímetros. Siento sus manos recorriendo mi espalda desnuda y desabrocha mi sujetador de encaje con una facilidad pasmosa. Su mirada va a parar a mis pechos y sonríe, una sonrisa peligrosa que me calienta aún más la sangre.

—Jodidamente perfectas —susurra mientras abarca ambos pechos con las manos.

Me estremezco y un gemido sube por mi garganta cuando baja la cabeza y lame uno de mis pezones. Ver a Wade así, diciendo palabrotas, con el pelo revuelto por mis tirones y sonriendo es muy extraño. En nada se parece al habitual hombre de negocios, serio y frío, aunque sí puedo reconocer en él a alguien. La imagen del enmascarado cruza mi mente y me tenso, sin embargo, esa sensación solo dura un segundo, ya que me veo arrastrada de nuevo por sus manos, me agarra por el trasero y me alza para dejarme sentada en lo que no tardo en descubrir que es una mesa de cristal.

Su boca regresa a mis pechos, se da un jodido festín con ellos, lame, succiona y muerde cada porción de piel mientras yo gimo de puro gusto una y otra vez. Asciende con la lengua por el centro de mi pecho y una de sus manos me sujeta el mentón para obligarme a ladear la cabeza. Sigue subiendo, dejando un rastro de saliva caliente por mi piel, y al llegar al cuello clava los dientes con fuerza.

—¡Santo Cristo! —gruño en una mezcla de placer y dolor.

Se aparta un poco y endereza mi cabeza con un gesto brusco.

—No blasfemes, es la última vez que te lo advierto —sisea contra mis labios. Coloco las manos sobre su pecho e intento quitarle la

chaqueta, pero me lo impide sujetando mis muñecas—. Si decido desnudarme, soy muy capaz de hacerlo solo.

Su comentario me deja confundida. Yo solo llevo las bragas puestas, estoy sentada sobre su mesa, con las putas piernas abiertas y él ni siquiera quiere quitarse la chaqueta. ¿Por qué? ¿Qué es lo que esconde? Estoy a punto de quejarme cuando su boca regresa a la mía, pero no me besa, solo desliza la lengua por mis labios y después se aparta. Me empuja hacia atrás y, aunque pienso en resistirme, acabo tumbándome sobre el frío cristal. Wade permanece de pie, acomodado entre mis muslos.

—¿Y ahora qué? —pregunto casi sin aliento.

Esboza de nuevo esa sonrisa ladeada y desliza el dorso de la mano por el valle de mis pechos, después mi vientre y cuando llega a mis bragas las arrastra hacia abajo con fuerza. Él mismo me alza el trasero para quitármelas y vuelve a abrir mis piernas. Clava la vista en mi sexo y se relame.

—No he tomado postre y no me gusta irme a la cama sin él. —Desliza el dedo índice entre mis pliegues empapados e inspira hondo por la nariz—. Puedo oler desde aquí lo dulce que eres, Reese. Estás chorreando como una perra en celo. —Dirige su mirada a mi rostro mientras juguetea con el dedo en mi entrada—. Pídeme que me coma tu jugoso y dulce coño.

Contengo el aliento. ¿Es posible llegar al orgasmo con solo una frase? Nunca antes un hombre me había hablado así durante el sexo y hasta ahora veía inconcebible que pudiese gustarme, pero ¡maldita sea, lo hace! Por más que me cueste admitirlo, me encanta que sea tan rudo y directo.

—Hazlo —susurro con un hilo de voz.

Vuelve a sonreír y cuela un dedo en mi interior.

—Más alto, no te he escuchado. ¿Qué es lo que quieres que haga? —Cierro los ojos con fuerza y contengo el gemido que sube por mi garganta cuando noto un segundo dedo entrando en mí—. Estoy esperando, Reese. —Ese irritante y excitante acento acaricia mi piel como un guante de seda.

Exhalo con fuerza y abro los ojos de golpe.

—Quiero que te comas mi jugoso y dulce coño —pido.

Un segundo, eso es todo lo que tarda en agacharse, subir mis piernas a sus hombros y hundir la boca en mi sexo. La primera pasada de su lengua sobre mi clítoris me hace gritar. ¡Es una puta maravilla, joder! Siento sus labios, su lengua y sus dientes moviéndose sobre mi carne palpitante al mismo tiempo que me folla con los dedos. No es cuidadoso ni gentil, sus gestos son bruscos, casi agresivos, y disfruto de cada uno de ellos como lo que él mismo me ha llamado no hace mucho, una perra en celo.

El orgasmo me alcanza como un rayo, enviando un latigazo de placer por todo mi cuerpo. Expulso todo el aire de mis pulmones en forma de grito ronco y el mundo desparece a mi alrededor. Cualquier pensamiento abandona mi mente y solo me permito sentir como nunca antes lo he hecho. No estoy segura de si es el paraíso o el infierno, pero no quiero salir de él.

Capítulo 41

Wade

«Ante ti, Señor, están todos mis deseos; no te son un secreto mis anhelos». «Salmo 38:9».

Bajo sus piernas de mis hombros y me enderezo mientras relamo mis labios. No suelo hacer esto. Son las mujeres las que se arrodillan ante mí y no al revés, pero una vez más, con Reese todo es distinto. Observo su cuerpo desnudo y sudoroso sobre la mesa y exhalo con fuerza. Me estoy saltando todas las reglas que yo mismo me he impuesto y sé que voy a pagar por ello tarde o temprano.

Saco mi teléfono del bolsillo interior de la chaqueta y voy quitándomela por los hombros mientras me alejo un par de pasos para dejarlo sobre la encimera de la cocina. En el camino de vuelta al comedor, abro uno de los cajones del aparador que hay entre las dos estancias y saco de su interior un preservativo. Reese sigue sin reaccionar cuando regreso a su lado, solo respira fuerte con los ojos cerrados y un ligero temblor en las extremidades. Me aflojo el nudo de la corbata y desabrocho mi cinturón, después el botón de los pantalones y por último bajo la cremallera antes de liberar mi polla y enfundarla en látex.

—Abre los ojos —ordeno.

No parece escucharme, así que me hago un hueco entre sus piernas abiertas y rodeo sus muslos con ambos brazos para tirar de

ella hacia el borde de la mesa. Con mi gesto brusco logro arrancarle un pequeño grito de sorpresa. Aprovecho que abre la boca para meter el pulgar en su interior mientras con la otra mano, sitúo mi polla en su entrada. Sonrío. Ni siquiera he tenido que ordenarle que lo chupe. Su lengua rodea mi dedo y succiona con fuerza.

—Buena chica —susurro, y al instante siguiente me hundo en su interior de un solo empellón.

Reese clava los dientes en mi pulgar y su espalda se arquea con un jadeo ronco. No me molesto en preguntarle si está bien, sé que es así. He aprendido a distinguir un jadeo de dolor de uno de placer, y el suyo es de puro éxtasis. Clavo los dedos en su cintura y muevo las caderas de delante hacia atrás cada vez más rápido y con más violencia. Reese gime en alto con cada una de mis embestidas, olvidando por completo que aún tiene mi pulgar en la boca. Lo retiro y coloco la mano en su otro costado para seguir impulsándome en su interior. Es demasiado bueno, incluso mejor que lo de esta mañana porque ahora ella está participando. Ya no solo soy yo follándola, Reese también se mueve hacia delante y hacia atrás para recibir mis arremetidas, y para mi sorpresa… Me gusta que lo haga.

—¡Dios santo, Wade! —grita, y noto como su coño se estrecha.

Ha vuelto a blasfemar y va a correrse otra vez. Me detengo de golpe y estiro el brazo para alcanzar su rostro. La sujeto por el mentón y la obligo a mirarme.

—Vas a tener que aprender a no desobedecerme por las buenas o tendré que hacerlo por las malas.

Gimotea bajito y mueve las caderas, pero enseguida la detengo.

—¿Por qué paras? —pregunta sin aliento.

—Yo decido cuándo y cómo te puedes correr. Si eres buena… —Me hundo en su interior con un movimiento deliberadamente lento y noto como contiene la respiración—. Dime, Reese, ¿vas a ser buena?

Aprieta la mandíbula y me lanza una mirada furiosa. Un latigazo de placer recorre mis pelotas al notar que se está resistiendo. Vuelvo

a ser el cazador y ella la presa, la mejor presa que he perseguido nunca.

—¡Eres un hijo de puta, Sutton! —sisea con rabia cuando me deslizo fuera de su cavidad.

Tras un par de segundos de incredulidad, se me escapa una carcajada profunda. ¿Acaba de insultarme? No sé qué me gusta más, si doblegarla o incitarla a que siga desafiándome. Suelto su barbilla y vuelvo a sujetarla por la cintura con ambas manos.

—Este hijo de puta va a hacer que te corras como nunca antes lo has hecho —arremeto hacia adelante y ella vuelve a gritar.

Tenso la mandíbula y la sigo follando con fuerza. Reese tarda solo unos segundos en llegar al orgasmo, y tras unos cuantos empellones más, salgo de su interior, me quito el preservativo y me ayudo de la mano para correrme con un gruñido gutural. Dejo que caiga hasta la última gota sobre sus pliegues y me sacudo la polla dando pequeños toquecitos en su clítoris hinchado.

Con la respiración acelerada, retrocedo un par de pasos y me seco el sudor de la frente con el dorso de la mano mientras me acomodo la ropa. Al girarme, compruebo que Reese se ha enderezado y está bajando de la mesa. Verla así, desnuda, con las piernas temblorosas y goteando mi semen provoca en mí un sentimiento que hasta ahora desconocía: Posesión. La quiero para mí, solo para mí. Podría volver a follarla de nuevo si me lo pidiera. Ahora, mañana, toda la vida. La profundidad de mis propios pensamientos resulta sobrecogedora. Me agacho para recoger su vestido del suelo y se lo lanzo.

—Puedes irte —mascullo con la mandíbula apretada. Reese me mira con confusión—. Vístete y márchate. Te espero en mi despacho mañana a primera hora.

Alza la barbilla y me fijo en la forma en la que su espalda se tensa. Está cabreada y supongo que es lo más lógico. A ninguna mujer le gusta ser tratada como un objeto desechable, y menos después del sexo, sin embargo, ahora mismo estoy demasiado ocupado pensando en cómo voy a lidiar con mi propia mierda como

para preocuparme por sus sentimientos. Justo por eso no follo con nadie que pueda esperar más de mí que un revolcón.

La observo en silencio. Se enfunda el vestido e intenta abrochar la cremallera que está en su espalda, pero no lo está logrando. Bufo con fuerza y me acerco para echarle una mano, pero ella se aleja de mí y me lanza una mirada furiosa.

—No necesito tu jodida ayuda, Wade —sisea con rabia.

Retrocedo de nuevo y esa sensación extraña regresa a la boca de mi estómago, la misma de esta mañana cuando se marchó casi llorando de mi oficina. Aunque esta vez es distinto, está muy cabreada.

Opta por dejar la cremallera abierta, recoge su ropa interior, los zapatos y el bolso que están tirados por el suelo y pasa a mi lado sin ni siquiera mirarme. Veo como en su camino hacia la salida, estira el brazo y agarra mi teléfono de la encimera.

—Deja eso en su lugar —ordeno con voz autoritaria antes de que pueda llegar a la puerta.

Se gira a medias y me mira sobre el hombro.

—¿De qué demonios estás hablando?

Decido pasar por alto su lenguaje y la alcanzo en un par de zancadas.

—Mi teléfono, dámelo —pido, extendiendo mi mano con la palma hacia arriba.

Reese echa un vistazo al aparato que lleva en la mano y pone los ojos en blanco.

—Creí que era el mío. Ha sido una confusión —se excusa, y me lo tiende.

Estrecho la mirada sobre ella. ¿Es cierto lo que dice? Puede que sí o haya sido algo premeditado. Quiero preguntárselo, pero sé que no me dirá la verdad y, aunque lo haga, tampoco le creería. No confío en esta mujer.

—Fuera de mi casa —siseo entre dientes.

Da media vuelta y se marcha a toda prisa, azotando la puerta a su espalda. En cuanto me quedo solo, exhalo todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo y me pinzo el puente de la nariz. No sé qué mierda estoy haciendo. Necesito averiguar ya mismo qué es lo que oculta, antes de que pierda la poca cordura que aún conservo.

Capítulo 42

Wade

«Hemos pecado y hecho lo malo; hemos sido malvados y rebeldes; nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus leyes». «Daniel 9:5».

Me muero. Estoy seguro de que voy a morir muy pronto. Intento moverme, pero no siento mis piernas ni brazos por el frío. Noto la boca seca y mis labios están agrietados y doloridos. «Necesito agua. Si no bebo, moriré». Respiro despacio por la nariz y casi vomito por mi propio olor. Por primera vez en mucho tiempo consigo abrir los ojos y echo un vistazo a mi alrededor. Paredes de madera desgastada y podrida, polvo por todas partes… Sigo en el sótano. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que me encerraron aquí? Uso las pocas fuerzas que aún me quedan para arrastrarme por el suelo. El cemento viejo y agrietado me raspa la piel desnuda y un gemido de dolor sube por mi garganta.

—Por favor, Dios. Ayúdame —susurro con un hilo de voz.

Como si alguien hubiese escuchado mis súplicas, escucho como se abre la puerta y todo el sótano se ilumina. Después llegan las pisadas, los peldaños de la escalera de madera chirrían por el peso. Gimo de nuevo y pestañeo un par de veces para centrar la vista en la persona que está de pie junto a mí.

—Aquí estoy, Jonas. —Se agacha a mi lado y siento sus dedos sobre mi cabeza—. Ahora dime, ¿te arrepientes de tus pecados?

—Ayúdame. Dame agua —suplico de manera entrecortada.

—La sed que tienes no se puede saciar con agua, son las llamas del infierno, que te consumen desde dentro.

—Necesito beber —insisto.

—Necesitas rezar.

Cierro los ojos con fuerza y niego con la cabeza. «¿Por qué me hace esto? Soy un niño bueno. Quiero ser bueno».

—Dale un trago de agua —escucho su voz y abro los ojos de golpe.

No sabía que él también estaba aquí. Puede ayudarme.

—Por favor —susurro de nuevo.

Ella se levanta y veo como se gira para hablar con él.

—¿Quieres saciar al demonio, darle vida?

—Si no bebe, morirá.

—A veces debemos dejar morir la carne para matar a la bestia.

—Solo es un niño. Hay otras formas.

—¡Es el demonio! ¡¿No lo ves?! La semilla del maligno crece en su interior. —Hay un silencio y noto como se agacha de nuevo a mi lado —. Lo entiendes, ¿verdad, Jonas? Sabes que hago esto para que puedas convertirte en un buen hombre.

Niego con la cabeza e intento incorporarme, pero apenas me quedan fuerzas.

—Vas a ir al infierno —siseo entre dientes.

Inspira hondo por la nariz y se pone en pie.

—¿Lo has escuchado? Es el demonio que habla en su nombre. Iré a por las cadenas.

—No —gimoteo, y aguanto el dolor cuando intento moverme para alejarme de ella—. No, por favor.

—Jonas, hiciste daño a esa niña y debes pagarlo.

—¡No hice nada! Fue ella… Me besó y…

—¡Cállate, engendro! —Recibo un bofetón que me deja atontado unos segundos y me cubro el rostro con los brazos.

—Por favor, por favor… —lloriqueo.

—Sujétalo, voy a por las cadenas.

Escucho sus pasos alejándose y no soy capaz de hacer otra cosa que llorar en silencio. Sé que no tardará en volver y me hará daño, mucho daño.

—Jonas, sé un buen chico y todo acabará pronto —susurra él, y siento cómo acaricia mi pelo enmarañado.

—Por favor, ayúdame —suplico de nuevo.

—Es por tu bien, hijo. Debes librarte del demonio que vive en ti.

Escucho los pasos de nuevo en las escaleras y cierro los ojos con fuerza. «Acepto mi castigo, Señor. Perdona mis pecados», recito en mi mente.

Me incorporan y siento como las cadenas se ajustan alrededor de mi muslo. Contengo la respiración y la punzada de dolor me hace gritar con fuerza.

—¡No! ¡Por favor! ¡Quítamela! —grito.

—El pecado ha arraigado con fuerza en ti, por eso debes mortificarte y castigar tu cuerpo, para ser esclavo de Dios antes que de tu carne.

—No, no, duele mucho —gimoteo.

—Eres un alma descarriada, hijo mío. Cuando termine contigo, me lo agradecerás. Ahora reza conmigo: Cadenas de Jesús, cadenas que él voluntariamente se dejó poner…

Aprieto los dientes y suelto un nuevo grito cuando las púas de la cadena se incrustan más profundo en mi muslo.

—Cadenas de Jesús, cadenas que él… —Hago una pausa para respirar hondo—. Que él voluntariamente se dejó poner.

—Eso es, Jonas. Continúa. Atadme, hacedme sufrir como a mi Señor.

—Atadme, hacedme sufrir como a mi Señor —repito.

—Mortificadme para que la sangre mane de la salvación.

—Mortificadme para que la sangre mane de la salvación.

—Muy bien, hijo. —Sus dedos recorren mi rostro, secando el rastro de lágrimas, y me obliga a mirarla—. Voy a salvar tu alma. No dejaré que te conviertas en él. Serás un buen hombre. Te lo prometo.

∞∞∞

El agua fría se clava en mi piel como cuchillas afiladas. «El fuego del infierno solo puede ser apagado con agua helada». Bufo con fuerza y sacudo la cabeza para sacar su maldita voz de mi mente. Casi puedo notar como las púas metálicas me desgarran la carne del muslo. Bajo la mano y toco las cicatrices. Siempre están ahí para recordarme el infierno que viví, sin embargo, hasta ahora había logrado mantener a raya las pesadillas. Hace mucho tiempo que las dejé atrás, pero han vuelto. Es por su culpa, estoy seguro. Reese ha hecho que regresen. Me incitó a besarla, a desearla… Por un instante me hizo olvidar quién soy y en quién puedo convertirme. El sabor de sus besos fueron los que desencadenaron los recuerdos y ahora no sé cómo detenerlos.

Cierro el grifo de golpe y con un bufido salgo de la ducha. Me cubro con un albornoz y regreso a mi dormitorio. Aún no ha amanecido, pero apenas he sido capaz de dormir en toda la noche y no aguantaba más en la cama. Busco mi teléfono y me dispongo a acabar de una jodida vez con esta estupidez. Tengo que averiguar quién es Reese y lo que quiere de mí, solo así podré librarme de ella.

El primer número que marco es el de Dagger. Contesta al segundo tono.

—Buenos días a ti también —masculla con tono somnoliento nada más descolgar.

En otras circunstancias no lo habría molestado a estas horas. Es de mala educación interrumpir el descanso de alguien, pero estoy

demasiado desesperado como para seguir cualquier norma protocolaria.

—Dime que has averiguado algo —suelto sin ni siquiera molestarme en saludar.

—Sí. Pensaba llamarte por la mañana.

—Ya es por la mañana —afirmo.

—Creo que tenemos distintos conceptos de lo que es la mañana. Aún ni siquiera ha amanecido.

—Dagger —siseo a modo de advertencia.

—Ya, sí. —Lo escucho suspirar y moverse al otro lado de la línea —. Ayer estuve cenando con una agente de policía muy guapa.

—Eso me da igual. Quiero saber…

—Sé lo que quieres, Sutton —me corta—. Resulta que mi cita trabaja en la comisaría con la que Reese Keller colaboraba en la ciudad, al menos una de ellas.

—¿Qué has podido sacarle?

—No demasiado. Esto de estar fuera de mi área de trabajo me está complicando las cosas. No conozco a nadie a quien sobornar ni me deben favores. Lo tengo que hacer a la antigua usanza.

—Al grano —siseo.

—Sí, voy. Lo más importante que logré sacarle es sobre la amiga de Reese, la pelirroja de la que te hablé. Lleva desaparecida varios meses.

Capítulo 43

Wade

«No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará». «Gálatas 6:7».

Desaparecida. ¿Qué mierda significa eso y qué tiene que ver con la aparición de Reese en Las Vegas?

—¿Cómo ha desaparecido? —pregunto.

—Nadie lo sabe. Se marchó de viaje y nunca volvió. La señorita Kennedy fue la que puso la denuncia. La han estado buscando desde entonces, pero tampoco le están haciendo mucho caso. Es una investigación secundaria.

—¿Por qué? —inquiero, intentando asimilar toda la información que recibo.

—La tal Rose se ganaba la vida subiendo videos a cierta aplicación para adultos. ¿Sabes de lo que te hablo?

—Sí.

—Se ve que tenía muchos suscriptores y a veces quedaba con alguno.

—¿Ejercía la prostitución?

—Eso es lo que cree la Policía. Tienen la teoría de que la chica aceptó reunirse con algún pirado y lo más probable es que ya esté muerta. Reese estuvo muy involucrada en la investigación, llamaba casi a diario a la comisaría, hasta que abandonó la ciudad. Tiene

muy buena relación con un policía, se llama… Inspector Michael Ellis. Es el que lleva el caso de su amiga.

Si Reese estaba tan preocupada por la tal Rose como para llamar todos los días a la comisaría, ¿por qué abandonó la ciudad y vino aquí? Nada de esto tiene sentido.

—¿Algo más? —pregunto tras resoplar.

—No, y no creo que pueda sacar nada más de todo esto. La señorita Kennedy llevaba una vida muy tranquila en Los Ángeles. No se le conoce pareja estable ni más amigos aparte de la desaparecida.

—Bien, eso es todo entonces.

—Regresaré hoy mismo a Las Vegas y espero la otra mitad de mi pago.

—Lo tendrás. Adiós.

No espero a que se despida antes de colgar la llamada y buscar en el registro el nombre de mi hermano Xander. Él tarda algo más en responder.

—Son las cinco de la madrugada, Wade —dice nada más descolgar.

Pongo los ojos en blanco. ¿La gente no sabe lo que son los modales? No puedes contestar una llamada sin ni siquiera saludar.

—Buenos días, hermano. ¿Fuiste anoche al club?

—Sí. Pensé en llamarte, pero era tarde y creí que estarías dormido.

—¿Qué sabes?

—Estuve haciendo preguntas sobre Reese Kennedy. Varios miembros de seguridad la reconocieron en cuanto les mostré una fotografía. Estuvo en el club hace un par de noches, les llamó la atención que no fuese vestida como las chicas que suelen acudir allí.

—¿Tenía una invitación?

—Sí, llevó su propia tarjeta, por eso la dejaron pasar.

¡Mierda! Eso significa que ha sido una presa o algún miembro de la Sociedad la ha invitado al club, solo así ha podido conseguir una tarjeta. En ese caso, mi teoría de que Reese y Flor son la misma persona no parece tan descabellada.

—¿Habló con alguien, algún socio?

—Sí, con un camarero. La vieron en la barra, charlando con él un buen rato antes de adentrarse en la zona privada.

—¿Qué camarero?

—Uno que ya lleva algún tiempo en el bar del club. Nunca ha dado problemas, pero cuando le pregunté por Reese y le mostré la foto, aseguró no recordarla.

—¿Crees que miente? —pregunto. Xander tiene la capacidad para reconocer cuando alguien no dice la verdad. No sé cómo lo hace, pero siempre acierta.

—Por supuesto que miente. La reconoció, pero no quiso decirlo. Oculta algo.

Bufo de nuevo y me pinzo el puente de la nariz. Todos ocultan algo, Reese, el camarero… No sé qué está pasando y esta situación ya empieza a cansarme.

—Está bien. Gracias por la ayuda.

—¿Qué vas a hacer con ella? Esa mujer no es de fiar, Wade.

Pongo los ojos en blanco. Para Xander ninguna lo es.

—Voy a desenmascararla. Sea lo que sea que está ocultando, averiguaré qué es.

—Si quieres un consejo, líbrate de ella antes de que sea tarde.

—¿Qué quieres decir con eso?

Lo escucho bufar al otro lado de la línea.

—Vi cómo la mirabas cuando la encontramos con Ren la otra noche. Esa chica te está jodiendo el cerebro. Lo peor que puedes hacer es permitir que se adueñe de ti. No vale la pena, te lo aseguro.

—Gracias por el consejo que no te he pedido. Tengo que colgar. Adiós.

Espero a que él también se despida y desconecto la llamada con más dudas que certezas. Mi prioridad ahora es saber si Reese es una presa, y si es así, existe la posibilidad de que ella y Flor sean la misma persona. Eso tendría sentido. Nos conocimos en la cacería y ahora ha vuelto a por mí, pero ¿por qué? ¿Qué es lo que quiere?

Vuelvo a acceder al registro telefónico y llamo a Nancy. Ella no se queja por haberla despertado y contesta con un saludo animado.

—Buenos días —respondo—. ¿Has podido contactar con la doctora Sanders?

—Hablé con ella anoche. Está fuera del país en un congreso médico, por eso no respondía a mis llamadas.

—¿Le preguntaste por Reese?

—Sí, estuvo en la última cacería, Wade. Cuando le mencioné la posibilidad de que alguien se hubiese colado en la cacería, comprobó los resultados del reconocimiento médico de las presas y se dio cuenta de que había discordancias. Nadie sabe cómo es posible que haya estado ahí y no aparezca su nombre en la base de datos.

Cierro los ojos y echo la cabeza hacia atrás. ¡Es ella, Flor! Sabía que no estaba equivocado. ¿Lo hizo solo una vez o ha pasado más veces?

—Averigua cómo logró colarse en una cacería, Nancy. ¿Sabes lo que puede ocurrir si los socios se enteran de que ha pasado algo así?

—¿Crees que está trabajando de encubierto para la Policía?

¡Mierda! No había pensado en eso.

—Lo sabré pronto. Tú encárgate de descubrir cómo lo hizo y blindar la seguridad de las cacerías. Aplazaremos la siguiente si es necesario, pero no puede volver a ocurrir.

—Sí, me pongo a ello ya mismo.

Nos despedimos y, tras colgar la llamada, lanzo el teléfono sobre la cama. No puedo seguir evitando el problema. Ha llegado el

momento de enfrentar a Reese y saber qué es lo que busca, ¿por qué está aquí? Podría ir ahora mismo a su habitación y sacarle la información, sin embargo, prefiero organizar mi mente antes de nuestro siguiente encuentro. Tengo que calmarme y planearlo muy bien. Primero debo confirmar mis sospechas, si Reese y Flor son la misma, y después vendrá lo demás. Estoy dispuesto a usar cualquier método que tenga a mi alcance para llegar al fondo de este asunto.

Capítulo 44

Reese

Sentada al borde de la cama, sigo pensando cómo he llegado a esta situación. Se supone que había venido a Las Vegas en busca de alguna pista del paradero de Rose y he terminado convirtiéndome en el juguete sexual de un hombre frío, arrogante y el posible culpable de la desaparición de mi amiga. Le he estado dando vueltas toda la noche. ¿Por qué dejo que me trate como a una basura? Y más importante aún, ¿por qué lo disfruto? Anoche participé activamente en lo que sea que hayamos hecho, me sentí bien, poderosa, deseada… Al menos hasta que me echó de su casa como a un objeto usado e inservible.

Ese es el problema con Wade Sutton, a veces se comporta como todo un caballero y al instante siguiente es un monstruo desalmado y sin escrúpulos. Esa maldita dualidad está acabando con mi sentido común. ¿Qué lleva a alguien como él a comportarse de esa forma? Durante la cena casi parecía un hombre decente, hablamos, comimos y hasta me arriesgaría a decir que hubo cierta química entre nosotros, pero enseguida cambió y quiso marcharse sin dar explicaciones. Después me proporcionó el sexo más excitante y placentero de mi vida y, una vez más, cuando creí que tal vez podría haber más en él que lo que se ve a simple vista, volvió a actuar como un imbécil echándome a patadas.

Bufo con fuerza y me cubro el rostro con las manos. Ni siquiera sé por qué estoy pensando en ello. Debería darme igual. Lo que tengo que hacer es entrar de una vez en alguno de sus dispositivos y coger

lo que he venido a buscar. Estuve a punto de hacerme con su teléfono, creí que no se daría cuenta, pero Wade Sutton es mucho más listo de lo que pensé y no se fía de mí. Estoy segura de que trama algo, por eso debo largarme antes de que sea demasiado tarde.

Me pongo en pie y busco mi teléfono móvil, que está sobre la mesita de noche. Al cogerlo me doy cuenta de que está apagado. Lo enchufo al cargador y no tarda en encenderse. En cuanto la pantalla se ilumina, empiezan a entrar cientos de notificaciones de llamadas perdidas y mensajes, todos son de Ian. No me molesto en leer los mensajes, solo marco su número y me llevo el aparato a la oreja.

—Hola, ¿qué ocurre? —pregunto cuando responde.

—¡Reese! ¡¿Dónde demonios estás?! Te he estado llamando toda la noche.

—Lo sé, acabo de verlo. Debí quedarme sin batería y…

—¡Eso da igual! —me corta, y bufa con fuerza—. Tienes que salir de ahí. Estás en peligro.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Anoche, Xander Sutton estuvo en el club haciendo preguntas. Llevaba una fotografía tuya. —Un escalofrío me recorre la espalda y se me corta la respiración—. Alguien le dijo que estuviste hablando conmigo y me estuvo interrogando sobre ti. Te han pillado, Reese. Tienes que salir cuanto antes de ahí.

—Mierda —mascullo, y exhalo profundo—. ¿Estás seguro?

—¡Claro que estoy seguro, joder! Coge tus cosas y ven a mi apartamento. Puedes quedarte conmigo hasta que te marches. Te ayudaré a buscar a Rose, pero ahora mismo es mejor que vuelvas a Los Ángeles.

¿Regresar a casa con las manos vacías? ¡Maldita sea, no puedo hacer eso! Echo un vistazo a mi reloj de pulsera, son casi las seis de la mañana. A esta hora es muy poco probable que Wade esté en su despacho, si pudiese entrar y acceder a su ordenador…

—Ian, no te preocupes por mí, estaré bien.

—Pero…

—Tengo que colgar. Te llamaré. Adiós. —Desconecto la llamada y me pongo en marcha.

Tardo solo unos minutos en vestirme y salgo de la habitación. Tras descender en el ascensor hasta la planta administrativa, me adentro en el pasillo que lleva a Dirección. Aún no hay nadie trabajando, por lo que todas las puertas están cerradas y estoy segura de que las cámaras de seguridad están grabando mi recorrido hacia el despacho de Wade Sutton.

Me detengo frente a la puerta y miro a un lado y a otro. No tardarán en enviar a algún miembro de seguridad a comprobar qué es lo que está pasando, así que, antes de que lo hagan, cojo mi teléfono y hago una llamada a la sala de vigilancia. Tardo apenas unos segundos en informar de que no hay ningún problema y que solo soy yo entrando al despacho del señor Sutton por orden suya, después cuelgo la llamada y saco del bolsillo la tarjeta maestra que le robé anoche. Puede que me haya pillado con lo del teléfono, pero fue una gran distracción para sacar la tarjeta de su cartera sin que se diese cuenta. La deslizo frente a la cerradura electrónica y la puerta se abre con un ligero pitido. ¡Chúpate esa, Sutton!

—Buenos días, Reese, llegas temprano. —Doy un respingo y alzo la cabeza de golpe al escucharlo. El muy hijo de puta está sentado tras su mesa con la mirada fija en mí. Se pone de pie despacio, con toda la tranquilidad del mundo, y rodea el escritorio mientras se abrocha los botones de la americana—. Adelante, no te hagas la tímida ahora. Deja tus bragas sobre la mesa.

¡¿Qué?! ¿Se puede tener más mala suerte? ¡¿Qué se supone que voy a hacer ahora?! Me trago el grito de pura frustración que sube por mi garganta y me planteo salir corriendo, pero dudo que pueda ir demasiado lejos. Aún no está todo perdido. Solo necesito un momento, unos segundos para revisar su ordenador. Tal vez logre distraerlo. Inspiro hondo por la nariz y me acerco a él con decisión. A solo unos pasos de llegar a su lado, me detengo y subo un poco la falda que llevo puesta para poder quitarme la ropa interior. Lo hago

rápido y tras agacharme para recogerlas del suelo, cierro el par de pasos que me quedan hasta llegar a él y se las doy.

—¿Algo más, señor Sutton? —pregunto sin molestarme en aparentar amabilidad.

—Sí. —Estira un brazo y me sujeta por el mentón—. De rodillas. Quiero ver qué sabes hacer con esa boca además de desafiarme.

Contengo el aliento y le lanzo una mirada furiosa.

—¿Y si no quiero hacerlo? —siseo entre dientes.

El muy cabrón se atreve a sonreír, y no es una sonrisa cualquiera, se está burlando de mí.

—¿Quién te ha dicho que puedes elegir? —Desliza la mano por mi garganta hasta rodearla por completo y me atrae hacia él con un tirón contundente. Saca la lengua y lame mis labios como una pantera saborea a su presa antes de comérsela—. De rodillas, Reese. No volveré a repetirlo.

No quiero hacerlo. Me gustaría ser lo bastante fuerte como para seguir plantándole cara y negarme a sus caprichos, pero mis rodillas temblorosas se doblan y, antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, ya estoy en el suelo. Wade me sujeta por la barbilla y alza mi rostro. Quiero insultarlo, darle un jodido rodillazo en las pelotas y largarme, pero no lo hago, me quedo quieta, con la mandíbula apretada, la espalda tensa y una mezcla de rabia y excitación recorriendo todo mi cuerpo.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a obligarme? —suelto sin poder evitarlo.

No responde, solo estrecha su mirada sobre mí, incluso ladea la cabeza para mirarme desde distintos ángulos. Lo que está pasando ahora mismo ya lo hemos vivido antes, en la cacería, aunque esta vez es distinto, ya no hay máscaras ni pasamontañas cubriendo nuestros rostros y el terror que sentí entonces ha sido sustituido por una sensación extraña a la que soy incapaz de poner nombre. No me gusta que me trate así, o tal vez sí y lo que en realidad detesto es que sé que, cuando acabe conmigo, volverá a desecharme como si no valiera nada.

Nos quedamos mirándonos unos segundos hasta que Wade retrocede un par de pasos, dejando caer su mano de mi barbilla, y exhala con fuerza.

—Ponte en pie. Tenemos mucho trabajo pendiente —dice, dando media vuelta para regresar a su mesa. Me invade una mezcla de alivio, decepción y enfado. Al igual que en el bosque, ha vuelto a ser el cazador que juega con su presa antes de devorarla—. Reese, ¿me has escuchado? He dicho que te levantes.

Lo hago de inmediato sin poder disimular mi cabreo. Sacudo mi falda a la altura de las rodillas mientras él guarda varios documentos en el interior de una carpeta. Ni siquiera le pregunto a qué ha venido lo de hacer que me arrodille, ya conozco la respuesta. Ha querido demostrar que él es quien manda, el que tiene el poder sobre mí y no puedo hacer nada para cambiar eso.

—¿Qué más quieres de mí? —pregunto tras carraspear.

Su mirada regresa a la mía, ya no hay ni rastro de esa sonrisa de suficiencia que lucía hace solo un instante. El cazador se ha ido y en su lugar está el frío e insensible Wade Sutton.

—Quiero que hagas el trabajo por el que te pago. Hoy pasarás el día conmigo. Tengo agendadas un par de reuniones fuera del edificio y necesito un escolta.

—No estoy capacitada para cumplir esa tarea.

—Eso es algo que decido yo. Nos acompañarán dos guardaespaldas, pero tú no vas a apartarte de mí más de un metro. ¿Entendido?

Estoy a punto de quejarme, pero antes de que las palabras puedan salir de mi boca, me arrepiento y asiento con la cabeza. Si voy a pasar todo el día con él mis posibilidades de acceder a alguno de sus dispositivos son mayores. Solo necesito unos minutos para fisgonear en el servidor y después me largaré.

—¿Puedes devolverme mis bragas? No quiero pasearme por la ciudad sin ropa interior.

Introduce la mano en el bolsillo de su pantalón y cuando creo que va a sacarlas, niega con la cabeza.

—Si quieres recuperarlas, vas a tener que ganártelo. Sé una buena chica, haz todo lo que te ordene y tal vez a mediodía te las devuelva.

—Wade, no puedo ir por ahí sin bragas —replico, cruzándome de brazos.

Exhala con fuerza y camina hacia mí con lentitud, se detiene a solo unos centímetros y desliza el dorso de la mano por mi muslo cubierto por la fina tela de la falda.

—Puedes hacerlo y lo harás. —Acerca su boca a mi oreja y clava los dientes con suavidad en el lóbulo antes de soltarlo—. Necesito tener libre acceso a tu coño cuando yo lo decida. Si en mitad de una reunión me apetece tocarte… —Mueve la mano hacia abajo, levanta un poco mi falta y siento cómo recorre el interior de mi muslo con los dedos en una leve caricia. Contengo la respiración y cierro los ojos con fuerza cuando llega a mi sexo—. Imagina las posibilidades.

Lucho contra la oleada de excitación que se concentra en mi bajo vientre al tener su mano entre mis piernas y lo empujo por los hombros. Wade no opone resistencia, solo se aparta y lame sus dedos sin dejar de mirarme.

—Lo que quieres es una puta que acceda a cumplir todos tus caprichos, no un escolta. Te estás equivocando conmigo porque no soy ni una cosa ni la otra.

—¿Estás segura? —Aprieto los dientes y hago acopio de toda mi fuerza de voluntad para no darle un jodido puñetazo en la nariz. ¿En serio acaba de insinuar que soy una puta?—. No estoy equivocado, Reese. Tienes el olfato y la capacidad para detectar el peligro cuando se acerca. Estoy seguro de que tu trabajo como escolta será exitoso.

Lo sigo mirando con rabia mientras se ajusta el nudo de la corbata y echa un vistazo a su reloj de pulsera. Esa ha sido una buena salida, aunque dudo mucho de su sinceridad.

—Está bien, acabemos con esto de una vez. ¿A dónde vamos?

—Te lo diré por el camino. —Pasa a mi lado y se dirige a la puerta —. Por cierto, ¿cómo has entrado en mi oficina? Podría jurar que había activado el cerrojo electrónico.

¡Mierda!

Me giro para mirarlo y me encojo de hombros.

—No estaba activado —afirmo con toda la seguridad que soy capaz de fingir.

Se me queda mirando unos segundos y abre la puerta.

—Vámonos, ya llegamos tarde.

Respiro aliviada y recorro el camino hasta la salida con la espalda recta y pasos firmes. Wade mantiene la puerta abierta y solo cuando ya estoy fuera se pone en marcha. Esta vez activa el cerrojo delante de mí y sonríe.

—Ahora sí estoy seguro de haberlo hecho —murmura en tono burlón.

Asiento, aunque sé que lo que acaba de hacer no es algo casual. Una vez más está demostrando que no confía en mí y sabe que oculto algo. No me importa, solo necesito que se despiste unos minutos y desapareceré de su vida para siempre. Sé que me estoy arriesgando demasiado, pero tampoco tengo otra alternativa.

«Rendirse no es una opción, Reeree». La voz de mi padre resuena en mi mente y sigo caminado por el pasillo. Estoy segura de que él no aprobaría nada de lo que estoy haciendo. Es posible que logre alcanzar mi objetivo y encuentre a Rose, pero ¿qué pasará después? ¿Podré vivir con el peso de mis acciones? Me estoy regalando a un jodido violador perturbado, me he convertido en su juguete sexual y en el fondo lo estoy disfrutando. ¿Qué dice eso de mí como persona?

Capítulo 45

Wade

«Guarda tu lengua del mal, y tus labios de hablar engaño». «Salmo 34:13».

No sé si Reese se cree muy lista o que yo soy un completo imbécil. Sé que me robó la tarjeta universal que abre todas las cerraduras electrónicas de mi edificio, la eché en falta esta mañana cuando intenté entrar al gimnasio antes de que abriera. No fue difícil deducir su siguiente movimiento. Lo que quiere está en alguno de mis dispositivos. Primero el teléfono, después entrar a mi despacho… La esperé y no tardó en aparecer. Por un momento me planteé la posibilidad de enfrentarla allí mismo, pero aún tenía dudas. ¿Y si estaba equivocado?

Todos los indicios que he encontrado dicen que ella y Flor son la misma persona; su presencia en la cacería, su parecido físico, la forma de expresarse, cómo me desafía y provoca cada vez que se le presenta la oportunidad de hacerlo, incluso su olor es el mismo. Desde que apareció en mi vida, me ha hecho dudar de mi propia cordura. Creí que tal vez Nancy podría tener razón y solo estaba viendo lo que quería ver, sin embargo, después de tenerla a mis pies, arrodillada, igual que tuve a Flor durante la cacería, ahora sé que son la misma persona, estoy completamente seguro y ha llegado el momento de desenmascararla. Antes de que termine el día sabré qué es lo que quiere de mí.

Pasamos toda la mañana reunidos con varios colaboradores y empresarios de la zona. Muy pronto se celebrará el tan esperado Gran Premio de Fórmula Uno de Las Vegas y la mayoría tienen intención de invertir grandes sumas de dinero en el evento del año. Yo también lo haré, no obstante, entra en mis planes desmarcarme del resto y usar el motociclismo como escaparate comercial de la marca Sutton. Por ese mismo motivo, tras una pequeña parada en un restaurante para comer, nos dirigimos al punto de encuentro donde nos encontramos con el piloto de motociclismo español Adrián Luque, su representante y varios miembros de su equipo de *Marketing* y Publicidad. Tal como me advirtió Nancy, el chico resulta ser un arrogante malcriado que apenas me dirige la palabra, aunque sí le resta tiempo a lo que sea que está viendo en el teléfono móvil durante gran parte de la reunión para coquetear con Reese. Por suerte, ella no cae en sus insinuaciones poco disimuladas. En realidad, apenas abre la boca durante todo el día, solo permanece a mi lado, atenta a cualquier peligro.

Cuando la tensa y poco productiva reunión finaliza, ya casi ha anochecido. Tengo la sensación de que voy a tener que emplearme a fondo para lograr el acuerdo con Luque y su gente, aunque sé que conseguiré sacarlo adelante. Por otra parte, mi plan con Reese parece haber funcionado a las mil maravillas. Se la ve agotada después de asistir a todo un día de reuniones, pero la he tenido vigilada en todo momento y sé que no ha podido llevar a cabo lo que sea que esté tramando.

—¿Cansada? —pregunto mientras nos metemos en el interior de mi deportivo.

Los guardaespaldas también se suben al todoterreno que está detrás y esperan a que arranque para seguirnos.

—Aburrida —responde sin tapujos.

Inspiro hondo por la nariz y su aroma floral, que ya está impregnado en el interior del vehículo, me hace apretar la mandíbula con fuerza. Es ella, mi Flor, la única presa que se me ha escapado nunca. Es curioso que justo ella viniese a por mí. Creo que la he

estado subestimando todo este tiempo, es una cazadora en potencia, aunque ella aún no parece haberlo notado.

—Tengo algo que hará que dejes de estarlo —murmuro mientras estiro el brazo y coloco la mano sobre su rodilla. Noto como se tensa bajo mi tacto y la sujeto con más fuerza.

—Me gustaría volver al hotel —susurra con un hilo de voz.

—¿Algún viejo amigo al que tengas intención de visitar? —inquiero, mirándola de reojo.

—No, solo quiero descansar.

—Aún es pronto. —Aparto la mano y arranco el motor—. Vamos a divertirnos un rato.

—Creo que tenemos distintos conceptos de lo que es divertirse —replica.

Casi se me escapa la risa. Estoy cabreado por su engaño, por creer que soy tan idiota como para no darme cuenta de sus intenciones, pero en el fondo sé que también voy a echar de menos estos momentos con ella. Mis interacciones con las mujeres son meros trámites para satisfacer mis más bajos instintos. Tomo de ellas lo que quiero y después me marcho y sigo con mi vida, pero Reese es distinta, ella no solo me incita y provoca de una manera física, ansío sus contestaciones mordaces, esa forma en la que siempre busca tener la razón, aunque no sea así. Todo en ella es único, excitante y novedoso.

Exhalo profundo y agarro el volante con fuerza mientras salimos del aparcamiento. Justo por cómo me hace sentir es que no puedo posponer más este momento. Necesito desenmascararla, averiguar qué es lo que la ha traído a mí y sacarla de mi vida para siempre.

Reese

Mis nervios alterados llegan a un nuevo nivel cuando veo la fachada del lugar en el que Wade estaciona el deportivo. Enseguida, un aparcacoches se acerca para abrir mi puerta y me insta a salir. Lo hago con cuidado para que no se me vea más de lo estrictamente necesario. Llevo todo el día sin ropa interior y el muy cabrón no

parece tener intención de devolvérmela, aunque ahora mismo ese es el menor de mis problemas. Sé que, en cuanto nos acerquemos a la entrada del club privado de la Sociedad del Escorpión, los de seguridad me reconocerán y tendré que dar muchas explicaciones.

—Vamos dentro —dice Wade, sujetándome por el brazo y tirando de mí hacia la puerta.

—¿Podemos irnos? No me encuentro bien.

Se detiene y esboza una pequeña sonrisa. Mi excusa es patética, y él también lo sabe.

—Te aseguro que se te pasará en cuanto entremos en el club.

Vuelve a tirar de mí y no me queda otra que seguirlo. Dos hombres custodian la puerta de entrada, aunque por suerte para mí, no son los mismos que los de la otra noche. Parecen reconocer a Wade y enseguida lo dejan pasar. Para mi sorpresa, no me hacen identificarme ni me preguntan si estoy autorizada para entrar en el local.

El sitio está mucho más vacío que la otra vez que estuve aquí. Solo hay un par de mesas ocupadas y no veo a Ian por ningún lado. Wade casi me arrastra en dirección a la barra, sin embargo, antes de llegar, se detiene de golpe y me suelta.

—Espérame en la barra. Pide lo que quieras. Voy a saludar a un conocido y enseguida estoy contigo. —Asiento y, mientras él se marcha hacia una de las mesas ocupadas, yo retomo el camino en dirección a la barra.

Me cómodo sobre el mismo taburete alto en el que estuve la noche anterior y sigo buscando a Ian por el local, pero no hay ni rastro de él. Con un poco de suerte, aún no habrá empezado su turno. Mejor así. Todo esto ya es demasiado peligroso como para añadir otro factor al fracaso de ecuación en el que se ha convertido mi vida. Es muy sospechoso que hace menos de veinticuatro horas Xander Sutton estuviese haciendo preguntas sobre mí aquí mismo y su hermano haya decidido traerme para, según él, «divertirnos un rato». No suelo creer en las casualidades, sin embargo, se me escapa cuál puede ser su intención.

Un camarero se acerca y le pido un combinado sin alcohol. Lo que menos necesito en este momento es perder mi capacidad de reacción. Debo estar alerta ante cualquier movimiento de Wade. Lo observo mientras le doy pequeños tragos a mi bebida. Charla de manera amistosa con un hombre de mediana edad, aunque no creo que le esté prestando demasiada atención, ya que su mirada está puesta en mí.

Le doy la espalda e inspiro hondo por la nariz para tranquilizarme. Tal vez esté siendo paranoica. Puede que solo estemos aquí para hacer uso de las salas privadas del club. Acude a mi mente la imagen de esa chica atada y con la cabeza enfundada en una máscara de látex negra que solo dejaba su boca al descubierto. ¿Eso es lo que Wade espera de mí? Porque si es así se va a quedar con las ganas. Ya he aceptado que disfruto en cierta manera de sus juegos retorcidos y esa forma que tiene de doblegar mi voluntad, pero no creo ser capaz de convertirme en una mujer sumisa hasta ese punto. No, definitivamente eso es algo que no disfrutaría.

Estoy tan perdida en mis propios pensamientos que ni siquiera me doy cuenta de que alguien se acerca hasta que escucho su voz.

—Reese, ¿qué haces aquí? —Alzo la cabeza de golpe. Ian me mira con los ojos muy abiertos y expresión preocupada—. ¿Te has vuelto loca? Te dije que…

—¿Qué es lo que le dijiste? —la voz de Wade a mi espalda, con su acento tan marcado, me provoca un escalofrío.

Ian, que se ha quedado a media frase, echa un vistazo por encima de mi hombro y su mandíbula se tensa.

—Señor Sutton… —saluda con un cabeceo forzado.

—Responde a mi pregunta, chico —ordena. Ian y yo nos miramos y niego con la cabeza de manera sutil. No sé cómo demonios voy a salir de esta—. ¿Nada que decir? —Siento la mano de Wade en mi cintura y pega su pecho a mi espalda—. ¿Tú tampoco, Reese? Está claro que os conocéis.

Inspiro hondo y busco una excusa en mi mente, pero no me sale nada coherente. ¡Mierda! Ahora sí que la he cagado.

Capítulo 46

Reese

«Cuando no encuentres la manera de mentir de forma convincente, solo di la verdad e intenta minimizar los daños». Como siempre, tiro de los consejos de mi padre para sobrellevar la situación.

—Ian y yo somos…

—A ver si lo adivino… —me interrumpe—. Sois viejos amigos, ¿verdad?

—Señor Sutton, ¿qué puedo servirle? —le pregunta Ian para intentar romper el momento de tensión, aunque no termina de lograrlo.

Wade me rodea y clava su mirada en la mía. Una vez más soy incapaz de adivinar su estado de ánimo, es completamente indescifrable.

—*Bourbon*, solo —suelta sin ni siquiera girarse para mirarlo. Mi amigo se marcha para servir su bebida y estoy a punto de romper el contacto visual, pero Wade me sujeta la barbilla con el dedo índice y pulgar y me obliga a seguir mirándolo—. No has respondido a mi pregunta.

Exhalo con fuerza y me encojo de hombros.

—Tú lo has dicho, somos viejos amigos —confirmo.

Estrecha su mirada sobre mí, y en cuanto Ian deja el vaso sobre la barra, Wade lo coge sin dejar de mirarme. Vuelvo a hacer el

intento de girar la cabeza, pero me sujeta la barbilla con más fuerza y escucho como mi amigo carraspea.

—¿Algo más? —pregunta en un tono nada amistoso.

—No, puedes irte —le contesta Wade con arrogancia.

Puedo oír como Ian resopla con fuerza y después sus pasos alejándose al extremo opuesto de la barra.

—Para alguien con tus modales, lo que acabas de hacer ha sido muy descortés —siseo entre dientes.

—¿Eso crees? —Asiento con la cabeza y él le da un trago a su bebida antes de dejarla sobre la barra sin soltarme en ningún momento ni apartar la vista—. Ese chico tiene suerte de que no soy un hombre celoso.

Su comentario me toma por sorpresa. ¿Celoso? ¿Qué es lo que iba a celar? ¿A mí? Eso sí tiene gracia. Sonrío de medio lado y con un gesto brusco de mi cabeza logro zafarme de su agarre.

—¿Qué pasaría si lo fueses? Celoso, digo. ¿Golpearías a un pobre camarero solo porque conoce a una de tus conquistas?

Ladea la cabeza despacio y su mano regresa a mi rostro, pero esta vez no me sujeta la barbilla. Desliza el dedo pulgar por mi labio inferior y exhala con fuerza. Su aliento caliente me golpea la cara y contengo la respiración al notar cómo desciende con el dorso de la mano por mi cuello.

—No soy un hombre violento, Reese. Estas manos fueron creadas para dar placer, no para infligir dolor.

Sigue bajando la mano por mi clavícula, después recorre uno de mis costados y acaricia el muslo con suavidad.

—Eso depende mucho de a quién se lo preguntes —afirmo, recordando todo lo que viví durante la semana en la que estuve atrapada en esa maldita cacería.

Sus palabras no son más que mentiras. Es un jodido violador, todo en él es duro, frío y doloroso. No puede ser de otra manera.

—Supongo que voy a tener que demostrarlo —susurra con su boca muy cerca de la mía.

Sus dedos tocan el borde inferior de mi vestido y hace el amago de subirlo, pero soy muy consciente del lugar en donde estamos y la gente que hay a nuestro alrededor y lo detengo.

—No —susurro con una exhalación.

Entrecierra los ojos y se aparta un poco. Echa un vistazo a un lado y a otro mientras se ajusta la corbata y después me tiende su mano con la palma hacia arriba.

—Ven, acompáñame.

—¿A dónde?

Esboza una sonrisa canalla sin dejar de mirarme a los ojos.

—Al cielo o al infierno, es tu decisión.

Pienso en negarme, pero como la reina de las contradicciones que soy, inspiro hondo por la nariz y asiento.

Algo aturdida, y sin saber muy bien a qué me voy a enfrentar, dejo que me guíe por el club. Nos adentramos por el pasillo con la cortina gruesa y enseguida empiezo a escuchar los gemidos y jadeos que provienen de las habitaciones privadas. No me molesto en preguntarle a Wade qué tipo de sitio es este. Solo un tonto no se daría cuenta. Además, a estas alturas, creo que ambos tenemos claro que yo sé que él sabe que he estado antes aquí.

Gira a la izquierda y caminamos hasta el fondo del pasillo. Wade se detiene frente a una puerta cerrada, me mira por encima del hombro, y sin decir ni una palabra, tira de la manilla y me arrastra al interior de la estancia, que resulta ser una sala muy parecida a la que vi la otra noche. Paredes de ladrillo desnudo con anclajes en la parte inferior muy similares a los que inmovilizaban a la chica con la máscara de látex de la otra noche. En el otro extremo de la habitación hay una jaula lo bastante grande como para meter en su interior a una persona.

—¿Qué es esto? —pregunto casi sin aliento.

—Esta habitación puede ser lo que tú quieras —responde mientras se quita la chaqueta y la deja encima del único mueble que

hay en la estancia, una especie de cómoda antigua, después se afloja la corbata y abre uno de los cajones.

—Parece una cámara de torturas —susurro al fijarme en todos los utensilios que están colgados sobre la cómoda. Látigos, fustas, distintas barras metálicas y amarres de cuero, y una enorme selección de consoladores y dildos de distintos tamaños.

—¿Tortura o placer? Como ya he dicho, es tu decisión. —Saca una caja de terciopelo cuadrada del cajón y regresa a mi lado. Cuando la abre, veo que guarda en su interior tres pulseras de silicona muy parecidas a las que las chicas usan en las cacerías. De nuevo, son tres colores: amarillo, naranja y rojo—. Elige una, Reese.

—¿Para qué? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé —replico.

Wade exhala profundo y me acerca más la caja.

—Tú y yo vamos a tener una charla muy importante sobre lo que les ocurre a las buenas chicas cuando dicen mentiras.

¿Mentiras? ¡¿Quién demonios se cree para darme lecciones?!

—Nunca he dicho que lo sea —digo, encogiéndome de hombros.

—Entonces elige un color de una vez y acabemos con esto.

Chasqueo la lengua y estiro el brazo para agarrar la primera pulsera que encuentro.

—¡Listo! ¿Contento?

Frunce el ceño, mirando fijamente mi mano.

—¿Estás segura? —Bajo la mirada y descubro que he cogido la pulsera roja. Asiento. ¡¿Qué más da?! ¡Solo es una puta pulsera, joder! Wade esboza una sonrisa ladeada y vuelve a la cómoda. Tras guardar la caja en el cajón y cerrarlo, lo escucho inspirar hondo—. Has sido muy valiente al elegir el rojo, aunque no esperaba que me lo pusieras tan fácil. Solo para que quede claro. En esta sala se aplican las mismas reglas que en las cacerías.

Lo miro confusa y me cruzo de brazos. Cacerías. ¿Me ha descubierto? No estoy segura.

—No sé de qué demonios me hablas, Wade.

Gira la cabeza en mi dirección con la velocidad de un látigo y me fulmina con la mirada.

—No blasfemes. Esta es la última vez que te lo repito —gruñe—. Y ambos sabemos que sabes muy bien a qué me refiero.

Se acerca de nuevo, y tras quitarme la pulsera, agarra mi mano izquierda y me la coloca en la muñeca.

—¿A qué estás jugando? —pregunto, clavando mi mirada en la suya.

Me rodea y coloca las manos en mis hombros desde atrás, los masajea con suavidad y empieza a bajar la cremallera del vestido. Estoy a punto de quejarme cuando siento como sus dedos recorren mi piel desde la nuca hasta la parte baja de mi espalda. Acomoda mi cabello hacia un lado y se acerca para lamer el lateral de mi cuello.

—¿Alguna vez alguien te ha dicho que eres deliciosa? —pregunta, susurrando cerca de mi oído.

Contengo el aliento y cierro los ojos con fuerza. No sé de dónde vienen todas esas sensaciones que invaden mis sentidos cada vez que Wade me toca. Es algo irracional. Lo más parecido que he sentido nunca y con lo que puedo compararlo es el sentimiento de euforia y adrenalina que explota en el interior de un ladrón justo después de hacerse con el botín soñado, esa chispa de la que mi padre tanto hablaba. Es como una adicción, si la sientes una vez sabes que harás cualquier cosa por volver a experimentarla.

Capítulo 47

Reese

Exhalo al mismo tiempo que Wade vuelve a rodearme y se coloca frente a mí. Me mira, esperando una respuesta, y niego con la cabeza. Me han dicho muchas cosas en momentos íntimos, pero nunca que soy deliciosa. Él esboza media sonrisa y arrastra mi vestido por los hombros para quitármelo. La tela resbala por mi cuerpo hasta caer al suelo. Desabrocha mi sujetador y lo deja caer junto al vestido antes de tirar de mí hacia el lugar donde están los anclajes de la pared. Una vez más, estoy completamente desnuda mientras él sigue vestido.

Me empuja despacio, hasta que mi espalda choca contra los ladrillos y coloca las manos en mis hombros.

—No vas a atarme ahí —digo con voz temblorosa.

Recuerdo a esa chica de la otra noche, desnuda, con la cara cubierta, dejando solo la boca al descubierto, la forma en la que él la trató, como si fuese una muñeca sin vida. No puedo negar que ver esa escena me excitó, pero también me hizo sentir mal. Nadie debería ser tratado de esa forma.

—¿Quieres apostar? —pregunta, ejerciendo presión sobre mis hombros—. Ponte de rodillas, Reese.

Trago saliva y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Su forma de hablar, esa mirada fría y sin vida… El cazador ha vuelto y está sediento de sangre. Inspiro hondo por la nariz y alzo la barbilla.

—¿Qué pasará si no obedezco? —pregunto con voz temblorosa.

Su sonrisa se convierte en una mueca espeluznante y peligrosa. Desliza la mano por mi cuello hasta su base y aprieta con fuerza. Me sujeto a su muñeca e intento soltarme, pero me tiene bien agarrada.

—Esto es lo que pasará. —Me empuja hacia abajo con fuerza y caigo de rodillas—. Si prefieres que use la fuerza, no tengo ningún inconveniente. —Me obliga a estirar un brazo y cierra uno de los grilletes de cuero alrededor de la muñeca, después la otra y finalmente me rodea el cuello con otro amarre que no tarda en anclar a la pared—. Es más, me gusta así. Quiero que grites y patalees, que te resistas hasta que no te queden fuerzas.

Estoy en la misma posición que la chica de la cara cubierta, sin opción de liberarme por mi cuenta y sin apenas poder moverme, pero no me resisto. Necesito saber hasta dónde está dispuesto a llegar. ¿Esto es parte de su juego? ¿Va a hacerme daño? Soy muy consciente del peligro que corro, vi lo que le pasó a aquella otra chica durante la cacería, yo misma fui asaltada por el hombre que ahora mismo me está inmovilizando para hacer Dios sabe qué conmigo. Inspiro hondo por la nariz y, cuando se incorpora, alzo la mirada con una ceja arqueada.

—¿Ya está? ¿Esto es lo que te pone cachondo? Te gusta convertir a las mujeres en muñecas sin vida, ¿verdad? Solo así te sientes más hombre.

El muy cabrón vuelve a sonreír. Acaricia mi mejilla con suavidad y desliza el pulgar por mi labio inferior.

—No se trata de ser más o menos hombre. Lo que importa es el poder, yo lo tengo y tú no. Estás indefensa. Podría hacer contigo lo que quisiera, incluso acabar con tu vida, y nadie lo sabría. Has entrado en el club por tu propia voluntad, me has acompañado hasta aquí sin oponer resistencia. No hay cámaras y los testigos que están ahí fuera no abrirán la boca. —Exhala despacio y aparta la mano de mi rostro—. Ha sido un verdadero placer darte caza.

—¿Y ahora qué? ¿Vas a matarme? ¿Para eso me has traído aquí?

Se desabrocha el cinturón y los pantalones. Saca su miembro ya erecto y empieza a masturbarse.

—Solo voy a hacerte unas preguntas mientras disfruto de esa boca tan sucia que tienes. —Acerca su polla a mi boca. La punta toca mis labios, sin embargo, los mantengo cerrados—. No me hagas usar la fuerza, Reese. Me gusta que te resistas, pero ahora no es el momento. —Me sujeta la barbilla con una mano mientras sigue guiando su erección contra mis labios—. Abre la puta boca —ordena.

Intento poner en orden mis propias emociones. Una parte de mí quiere morderle la polla y salir corriendo de este lugar, pero la otra, esa más masoquista y temeraria, está disfrutando de esta situación, y eso es lo que más me asusta. Nadie en su sano juicio debería sentir excitación ni placer estando en mi posición. Inspiro hondo por la nariz y dejo que mi parte salvaje gane la batalla. Cierro los ojos y separo los labios.

Wade aprovecha para hundirse en mi boca de un solo empellón.

—Eso es, abre más —gruñe, y sigue enterrándose en mi cavidad cada vez más hondo—. Quiero que la acojas por completo y después empezaré con las preguntas.

Abro los ojos de golpe y muevo la cabeza de un lado a otro para intentar liberarme cuando noto como la punta choca contra el fondo de mi garganta. Wade me sujeta con más fuerza y se queda ahí, quieto y con los ojos cerrados. Intento adaptarme a su tamaño, pero es demasiado grande. Está bloqueando por completo mi garganta, cortándome el suministro de aire de los pulmones. Empiezo a atragantarme, tiro de los amarres con fuerza, solo que no ceden. Mi mirada se nubla y por un momento pienso que este puede ser el final. La culpa es mía. Dejé que me trajera hasta aquí, me convertí en su juguete, olvidé que Wade Sutton es un animal y los animales son impredecibles.

De pronto, se retira de golpe y al fin puedo respirar. Jadeo en busca del tan preciado aire entre tosidos y clavo mis ojos llorosos en él.

—Hijo de puta —susurro casi sin voz.

—No creo que estés en posición de insultarme. Piénsalo bien, tu supervivencia depende de cuánto tiempo quiera seguir con mi polla

metida en tu boca, por lo tanto, te recomiendo que moderes tu lenguaje. —Da pequeños golpecitos con su miembro en mi mejilla y desliza la mano por mi pecho hasta llegar a uno de mis senos, que no tarda en amasar—. Ahora pasemos a lo importante. Quiero la verdad.

—¿Qué verdad?

—Ya lo sabes. —Pellizca mi pezón y esboza una sonrisa ladeada—. ¿Creíste que no te reconocería? Jamás podría olvidarte, Flor.

«Flor». «Una preciosa flor entre la maleza». «Nunca se me ha escapado una presa, Flor, y tú no ibas a ser la primera». «¿De dónde has salido, Flor?». Su voz se hace eco en mi mente como una maldita campana. Recuerdo todas y cada una de las veces que usó ese apelativo para referirse a mí durante la cacería.

Sabe quién soy. He sido descubierta y ahora sí empiezo a temer por mi vida. De alguna manera había logrado separar a la bestia del hombre. El cazador enmascarado se quedó en aquel remoto lugar del bosque. Sabía que eran la misma persona, pero mi mente decidió ponerlos en apartados distintos, sin embargo, en este mismo instante, esa línea que los separaba acaba de desaparecer y me doy cuenta de lo idiota que he sido.

Wade

«No hay nada encubierto que no llegue a revelarse, ni nada escondido que no llegue a conocerse». «Lucas 12:2».

—¿Sorprendida? —pregunto, y recojo un chorretón de saliva de su barbilla con los dedos, la extiendo por mi miembro y sigo masturbándome mientras ella respira con dificultad.

—Suéltame, Wade —pide casi sin aliento.

—¿Soltarte? —Niego con la cabeza y la sujeto por la barbilla. Me agacho y pego mi rostro al suyo—. Esto solo acaba de empezar, Flor.

Vas a decirme quién eres y por qué has venido a buscarme. Quiero la verdad o te juro que no saldrás de esta sala con vida.

—Suélta… —Antes de que pueda terminar, ya me he metido en su boca de nuevo.

Noto cómo se resiste, intenta empujar mi miembro con la lengua y cerrar la boca para morderme, pero me empujo hasta el fondo de su garganta, cortándole el suministro de oxígeno, y me quedo quieto. Sujeto su rostro con ambas manos y la obligo a mirarme. Tiene los ojos llorosos y muy abiertos. Su pecho convulsiona por las arcadas, pero no la suelto.

—Si quieres terminar con esto, solo tienes que decir la verdad —siseo, y me aparto al notar que está a punto de vomitar.

En cuanto me retiro unos centímetros, Reese empieza a toser con los ojos cerrados y el rostro desencajado. Intenta respirar hondo, pero se atraganta de nuevo y escupe grandes cantidades de saliva espesa.

Trago con fuerza mientras la veo ahí, de rodillas. Nunca antes he tenido ningún gesto de piedad o compasión cuando se trata de doblegar a una mujer. Esto es lo que yo hago, lo que se me da bien. Cuando libero a la bestia no existe nada que no sea alcanzar mi propio placer, pero una vez más, con Reese todo es distinto. Siento la necesidad de arrodillarme frente a ella, liberarla y estrecharla entre mis brazos para que no siga sufriendo.

Capítulo 48

Wade

«En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor». «Juan 4:18».

—Eres un… —Escupe de nuevo y me mira rabiosa, con los ojos rojos y la respiración acelerada—. ¡Maldito cabrón!

Ladeo la cabeza despacio. Tal vez esté yendo demasiado lejos. Inspiro hondo y me agacho un poco para buscar su mirada.

—En este lugar se aplican las mismas reglas que en la cacería —le recuerdo—. ¿Quieres decirme algo? Si es así, esta es tu oportunidad. Dilo y me detendré.

Carraspea y respira profundo por la nariz.

—¡Eres un maldito enfermo, joder! Tú y tus amiguitos enmascarados vais a terminar todos en la cárcel. ¡¿Esto fue lo que le hiciste a Rose?! ¡¿La mataste tú mismo?!

Frunzo el ceño, confuso. ¿De qué está hablando? Recuerdo la conversación con Dagger. Me dijo que la única amiga de Reese había desaparecido en extrañas circunstancias.

—Tu amiga Rose —susurro—. ¿Has venido a buscarla aquí?

—¡Hijo de puta! ¡¿Dónde la tienes?! —Se revuelve para intentar liberarse mientras yo la observo en silencio.

Mi mente trabaja a toda velocidad intentando buscarle sentido a todo esto. Su amiga desapareció, fue Reese quien lo denunció y la

estuvo buscando hasta que decidió venir a Las Vegas, aunque antes estuvo en la cacería. ¿Por qué fue allí? ¿Cómo es que no hay ningún registro de ella como una presa? De pronto, todas las piezas empiezan a encajar como en un rompecabezas. Rose desapareció, la tarjeta, Reese la está buscando, la buscaba en la cacería.

Pestañeo varias veces y siento cómo me tambaleo. «No puede ser».

—Usaste la identidad de tu amiga para colarte en la cacería, ¿verdad? —pregunto con un hilo de voz.

Bufa con fuerza y vuelve a mirarme con rabia.

—¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho? Deja que me marche con ella y no diré nada.

«No. No. No.». Me acerco a ella y la sujeto por la barbilla.

—Mírame, Reese. ¿Leíste el contrato al menos? Supongo que fue tu amiga la que lo firmó, pero ¿lo leíste?

—¡¿Qué contrato?! ¡Suéltame, joder! —Se sacude y mueve la cabeza de un lado a otro, todo lo que la sujeción le permite—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude!

La escucho gritar, pero no soy capaz de centrarme en nada que no sean mis propios pensamientos. «No leyó el contrato. Para ella todo es y siempre ha sido real».

Alguien golpea la puerta con fuerza y tomo una bocanada de aire por la boca. Tengo una sensación de ahogo en la boca del estómago que casi no me deja respirar.

—¡Reese! ¡¿Reese, estás ahí?!

—¡Ian! ¡Sácame de aquí! —grita Reese.

Ian, el camarero. Viene a ayudarla porque yo… ¡Mierda, yo la estoy reteniendo en contra de su voluntad! «Para ella es real».

Me abrocho los pantalones, regreso a su lado y empiezo a desatar los amarres a toda prisa.

—Estás jugando a un juego del que no conoces las reglas —siseo entre dientes.

Cuando termino, la agarro del brazo para ayudarla a incorporarse, pero me empuja con fuerza y se pone en pie por sí misma.

—¡No me toques, hijo de perra! —escupe.

La presión en mi pecho aumenta y soy incapaz de mantenerle la mirada. «Yo he provocado esto. Soy el culpable».

—Elegiste la pulsera roja —susurro sin aliento—. Elegiste la roja.

«¡Maldita sea, ella no sabe lo que significa! ¡¿Qué he hecho?!». Intento acercarme de nuevo, pero se aparta y puedo ver el miedo reflejado en su mirada.

—Aléjate de mí —susurra, cubriéndose el cuerpo desnudo con los brazos.

—¡Reese! ¡Reese, abre la puerta! —Los golpes van en aumento mientras intento buscar la manera de explicarle lo que acaba de pasar, pero las palabras parecen haberse atascado en mi garganta junto al nudo de nervios e impotencia que amenaza con estrangularme.

Siempre he sabido que algún día tendría que pagar por mis pecados y ese día ha llegado. He ido demasiado lejos y ahora no sé qué hacer para arreglarlo.

Reese intenta correr en dirección a la puerta, pero le corto el paso. Enseguida retrocede y alzo las manos para que vea que no voy a hacerle daño.

—Hablemos de esto. Es un gran malentendido.

—¡No voy a hablar una mierda contigo! ¡¿Dónde está Rose?! ¡¿La has matado?!

Niego con la cabeza y retrocedo un par de pasos.

—Yo no sé dónde está tu amiga, Reese. Ni siquiera la conozco.

—¡No mientas! ¡Desapareció durante una de tus cacerías! Yo misma vi lo que le hacéis a esas chicas. ¿A dónde la habéis llevado?

Se escuchan nuevos golpes en la puerta. El puto camarero está intentando echarla abajo.

—Deja que te lo explique —pido.

Parece dudar, pero justo en el momento en el que doy un nuevo paso en su dirección, la puerta se abre de golpe y el camarero entra en la sala corriendo.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —Me mira a mí y después a Reese, que sigue desnuda, cubriéndose los pechos y el sexo con los brazos—. ¡Santo Cristo! ¿Estás bien? —Se quita la chaqueta y la pone sobre sus hombros.

Reese está llorando y no lo aparta cuando él la abraza y la atrae a su costado.

—Aléjate de ella —siseo con los puños apretados.

No quiero que la toque, ni siquiera que la mire o respire cerca de ella. Reese es mía, solo mía.

—¡¿Qué demonios le has hecho?! —Se acerca a mí, pero yo soy incapaz de apartar la mirada de ella. Necesito que hable conmigo, que me escuche al menos—. ¡Te estoy hablando, joder! —Lo ignoro y sigo observándola a ella a distancia.

—Por favor, Reese. Ven conmigo, deja que te lo expli… —Me quedo a media frase cuando recibo un puñetazo en el mentón por parte del camarero.

Me tambaleo hacia atrás y estoy a punto de perder el equilibrio, pero consigo recomponerme y le lanzo una mirada de advertencia.

—Tienes suerte de que no me guste la violencia —siseo, tocándome la zona dolorida.

—¡Vamos! Eres muy valiente con una chica, pero ¿conmigo te acobardas?

Vuelvo a ignorarlo y devuelvo la mirada a Reese. Inspira hondo por la nariz, se seca las mejillas de un manotazo y alza la barbilla.

—Si no vas a decirme dónde está Rose, no tenemos nada que hablar.

—No sé dónde está —afirmo.

—Entonces mi presencia en este lugar no tiene ningún sentido. —Se acerca al camarero y lo sujeta por el brazo—. Sácame de aquí, Ian. Quiero irme.

El chico me lanza una última mirada amenazante antes de volver a abrazarla por los hombros y dirigirse a la salida.

—Reese, por favor —pido, casi suplico con un hilo de voz.

Se detiene bajo el umbral y por un segundo creo que va a girarse y darme la oportunidad de excusarme, pero enseguida sigue caminando y se marcha, dejándome solo y sin saber qué hacer para reparar todos los errores que he cometido.

Exhalo con fuerza y me llevo las manos a la cabeza. «Eres la semilla del maligno». «Algún día serás como él». «Lo llevas en la sangre». Tiro de mi cabello sin ser capaz de apagar las jodidas voces de mi cabeza. Lo peor de todo es darme cuenta de que son ciertas. Todo lo que me han repetido desde niño, lo que me han hecho creer es verdad. Soy un monstruo y debo ser castigado.

Capítulo 49

Reese

He pasado los últimos dos días encerrada en el apartamento de Ian. Sé que yo fui la culpable de lo que pasó en el club, fui demasiado lejos. Me arriesgué y me ha tocado pagar las consecuencias, sin embargo, no me permití hundirme más de unas horas. Después de desahogarme llorando por mi propia estupidez, empecé a pensar en la manera de entrar en el edificio Sutton sin que nadie pueda verme.

—Es una locura —comenta Ian, negando con la cabeza tras escuchar mi plan.

Echo un vistazo a la pared de su salón, que he reconvertido en una especie de tablero repleto de planos y anotaciones.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho? El plan es perfecto. —Bufa con fuerza y se pone en pie.

No ha estado de acuerdo conmigo en ningún momento desde que le conté lo que pensaba hacer, aunque eso no me ha impedido seguir adelante.

—No voy a negar que es un buen plan, o al menos eso parece, pero de la teoría a la práctica hay una línea enorme que puede llevarte a la muerte, Reese. ¿No has tenido suficiente con lo que pasó la otra noche? ¡Ese jodido perturbado casi te mata!

—¡Lo sé! ¡Era yo la que estaba ahí, ¿recuerdas?! —replico cabreada. Bufo con fuerza al darme cuenta de que estoy pagando

toda mi rabia y frustración con quien menos se lo merece—. Lo siento, Ian. No es contigo con quien estoy cabreada.

—Lo sé. —Se acerca y acaricia mi mejilla con el dorso de la mano —. No he querido preguntar por qué, aunque finges estar bien, te conozco y puedo ver que no lo estás, pero… —Toma una respiración profunda y busca mi mirada—. ¿Por qué te fuiste con él a la zona privada? Yo te vi, lo seguiste por tu propia voluntad y dejaste que te atara. ¿Por qué no te negaste, Reese?

—Porque soy idiota —mascullo entre dientes.

—¿Es solo eso o…? —Se queda callado unos segundos—. ¿Te gusta Sutton? ¿Sientes algo por él?

—Ian, no quiero hablar de esto. —Y tampoco pensarlo, por eso debo mantener mi mente ocupada en lo que de verdad importa, encontrar a mi amiga. Señalo la pared, donde está todo el plan—. Entiendo que no estés de acuerdo con mis decisiones y te agradezco mucho lo que has hecho por mí, pero no voy a dejar de buscar a Rose.

—¡Eso ya lo sé! Lo que no entiendo es por qué quieres ir a meterte justo en la boca del lobo.

—Serán solo unos minutos. Entro en su despacho, busco la información en su ordenador y vuelvo a salir. No necesito nada más.

—Van a descubrirte.

—No lo harán. Yo diseñé todo el plan de seguridad del edificio, sé perfectamente cuáles serán sus movimientos, qué harán y cuándo. Puedo entrar y salir sin que nadie me vea.

—¿No has pensado que es posible que ya hayan hecho desaparecer toda la información sobre Rose?

—No, porque lo último que esperan es que yo regrese a su edificio después de lo que ocurrió en el club. No va a verlo venir.

Ian resopla y se rasca la nuca mientras asiente.

—Está bien, ¿qué necesitas que haga?

—Nada. Tú mantente al margen. Ya has perdido tu trabajo por ayudarme, no quiero meterte en más problemas.

—¡¿Qué?! ¡A la mierda el trabajo! Encontraré otro. No voy a dejarte sola en esto. Además, necesitas una distracción.

—Puedo hacerlo sola. —Me giro hacia el plano más grande del edificio y señalo un punto concreto—. Activaré la alarma de incendios, esa será mi maniobra de distracción.

—Ya, claro, y ¿cómo vas a llegar hasta ahí sin que te reconozcan? ¿Crees que Sutton no estará buscándote? Lo raro es que no haya aparecido por aquí con unos cuantos matones para terminar el trabajo.

—Él no es así —suelto sin pensar, y me maldigo a mí misma por defender a ese hijo de puta. Por suerte, Ian ignora mi comentario.

—Voy a ir contigo, sin discusiones. Dime cómo acciono la alarma de incendios.

—¿Estás seguro? —Asiente de nuevo—. Bien, escucha con atención. Seremos tan rápidos y eficientes que, cuando se den cuenta de lo que está pasando, ya estaremos muy lejos de la ciudad.

—¿Cuándo? —pregunta, cruzándose de brazos.

—Esta noche.

∞∞∞

Solo unas horas después, estoy justo delante de la puerta principal del casino Sutton. Es la entrada más vigilada, pero también el lugar por donde menos me he pasado durante mi corto periodo trabajando como jefa de seguridad del edificio, por lo tanto, hay menos posibilidades de que algún empleado me reconozca.

Uno de los aparcacoches pasa a mi lado y mantengo la cabeza gacha bajo mi gorra de béisbol oscura, al igual que el resto de mi ropa. Esta vez no me importa pasar desapercibida, nadie se fijará en mí cuando cunda el pánico y una multitud de gente intente abandonar el edificio a toda prisa. Los guardias estarán demasiado ocupados intentando averiguar qué es lo que ocurre como para darse cuenta de mi presencia.

Echo un vistazo a mi reloj de pulsera y contengo el aliento. Ya casi es la hora. Ian no tardará en accionar la alarma, esa es mi señal. Exhalo despacio justo cuando una sensación extraña me invade, es como una especie de cosquilleo en la nuca. Miro hacia atrás de manera disimulada, pero no veo a nadie extraño, sin embargo, tengo la sensación de que me están vigilando.

Sacudo los hombros para liberar algo de tensión. Lo más probable es que me lo esté imaginando. Los nervios y el estrés a veces nos hacen ver y sentir cosas sin sentido. Estoy a punto de volver a comprobar la hora cuando la alarma empieza a sonar. Varios aparcacoches se miran extrañados entre ellos y la gente empieza a salir por la puerta principal entre gritos y gestos de preocupación.

Me adentro entre la multitud por la acera, siguiendo el lateral del edificio hasta llegar a una de las puertas de servicio. Apenas tardo unos segundos en sacar del bolsillo la tarjeta que le robé a Wade y desactivar el cierre automático. Como ya esperaba, el muy idiota no se ha molestado en cambiar el código, al menos no de todas las puertas. A pesar de tener una cámara de seguridad apuntando en mi dirección, apuesto a que nadie se percata de mi intrusión, no con tanta gente a mi alrededor; ellos son mi escudo.

Recorro el pasillo de servicio con la cabeza gacha hasta llegar a la zona de empleados. Desde mi posición oigo cómo hablan entre ellos casi a gritos. Tal como predije, están desalojando el edificio. Mi teléfono vibra una vez en el interior del bolsillo de mi sudadera. Es Ian avisándome de que todo va como lo planeé y ya ha salido del edificio.

No tardo en hacerme con un uniforme en la sala de descanso de empleados y, tras cambiarme bien escondida para no ser captada por ninguna cámara, continúo mi camino en dirección a las cocinas. Al llegar, solo encuentro restos de comida en las sartenes y ollas, platos aún calientes y olor a especias, pero no hay nadie que pueda impedirme acceder a uno de los almacenes que usan a modo de despensa. Me encierro en su interior, y antes de que la única cámara de vigilancia pueda captarme, la destrozo con un solo golpe. Saco mi teléfono y llamo a Ian.

—¿Cómo vas? —pregunta nada más descolgar.

—Bien. Estoy a punto de subirme en el montacargas. ¿Has salido?

—Sí, estoy fuera. Esto es un caos, Reese. Hay vigilantes de seguridad por todas partes. Estoy seguro de que saben que no es un incendio y algo raro está pasando.

—No te preocupes, ya contaba con ello. Accede al aparcamiento por la puerta exterior, recupera mi moto y espérame en la parte posterior del edificio con el motor en marcha. Si no he salido en veinte minutos, vete.

—No cuentes con ello. Si no sales, yo mismo iré a buscarte.

Sonrío, negando con la cabeza. Apuesto a que lo hará. Conozco a poca gente tan cabezota como Ian.

—Esperemos que no sea necesario —mascullo mientras sujeto el teléfono con el hombro para poder abrir la puerta del montacargas.

Me meto en su interior y presiono el botón. Por aquí es por donde los empleados suben la comida a las distintas plantas del edificio. Cuando empecé a trabajar como jefa de seguridad, me di cuenta de que era un acceso relativamente sencillo y mal vigilado para cualquier intruso con algo de ingenio e inteligencia, pero decidí no excederme al reforzar la seguridad por si en algún momento necesitaba una vía de escape. No pensé que acabaría usándolo para entrar en vez de salir.

—Veinte minutos, Reese. No te entretengas.

—No lo haré. —Golpeo la botonera para accionar la parada de emergencia y el montacargas de detiene de forma brusca—. Tengo que dejarte. Me toca hacer el resto del trayecto a pie.

—Ten cuidado. —Asiento y desconecto la llamada sin despedirme.

Tomo una respiración profunda y alzo la vista al techo.

—Ahora a ensuciarse las manos —murmuro para mí, y con un pequeño salto golpeo la trampilla superior. Esta se abre y vuelvo a saltar para sujetarme al borde y subir encima del montacargas.

Me quito la chaqueta del uniforme, quedando solo con la camiseta de tirantes, y rasgo varios trozos de tela con los dientes. Me

envuelvo bien las manos y pruebo a agarrarme a los cables de sujeción del montacargas. Resbalan bastante por la grasa, pero consigo sostener mi peso sin problemas, además, solo son cinco metros de ascenso hasta la planta administrativa, después podré acceder a los conductos de ventilación que me llevarán directa a los despachos de dirección.

Capítulo 50

Reese

Debo admitir que Ian tenía razón en algo, la teoría ha sido mucho más sencilla que ponerlo en práctica. Tengo los brazos doloridos y agarrotados por el ascenso, y recorrer varios metros por el conducto de ventilación no ha sido nada sencillo.

Cuando al fin logro abrir la trampilla que me lleva al despacho de Wade, estoy sudada, agotada y cubierta de manchas negras y grasientas. Casi me parto las piernas al bajar desde el techo, pero consigo aterrizar de una pieza y busco el interruptor de la luz. A esta hora de la noche ya no hay nadie en la planta, por lo tanto, no me preocupo demasiado por el ruido o porque puedan ver la claridad que sale del despacho.

Desenrosco los trozos de tela de mis manos y los guardo en el bolsillo del pantalón, voy a necesitarlos para descender de nuevo por el hueco del montacargas. Enseguida me dirijo a la mesa de Wade y tiro del portátil, que está sobre ella, para acercarlo a mí. Tras presionar el botón de encendido, la pantalla se ilumina. Mi mirada va a parar al cuadro que hay en la pared. Ese lugar en mitad de la nada donde un puñado de perturbados persiguen a chicas y hacen con ellas lo que quieren. ¿Cómo pude ser tan estúpida como para olvidar quién es Wade Sutton en realidad?

Acuden a mi mente distintas imágenes: la primera vez que pisé este despacho; el instante en el que me di cuenta de que Wade y el enmascarado eran la misma persona; la primera vez que me tocó…

«Me pregunto si seguirás manteniendo ese tono arrogante cuando tengas mi polla en la boca». Una ráfaga de calor recorre mi espalda y muevo la cabeza de un lado a otro para apartar esos estúpidos recuerdos de mi cabeza y centrarme en lo que debo hacer.

Descifro la contraseña en cuestión de segundos con la memoria USB que me ha dado Nick. No me molesto en buscar nada en la memoria interna del dispositivo, voy directa al servidor de la compañía. Tecleo las credenciales que he memorizado y logro acceder al sistema. Saco del bolsillo un disco duro portátil y lo conecto al ordenador. .Tras hacer una busca rápida con «Cacería» como palabra clave, no obtengo ningún resultado. Pruebo de nuevo con «Sociedad del Escorpión» y aparece el resultado de una sola carpeta con ese nombre. Al abrirla, se despliegan una veintena de carpetas más.

—Socios, contratos, clubs, transporte, informes médicos, personal interno… —voy leyendo los encabezados de las carpetas en voz alta hasta que encuentro una que me llama la atención—. Presas, esto es —susurro.

Clico sobre el icono de la carpeta y encuentro cientos de documentos con fotografías y datos personales de distintas mujeres. Mientras se van desplegando, aprovecho para volver atrás, hago una copia de la carpeta principal y la pego en la memoria externa antes de regresar de nuevo a los perfiles de las presas. Tengo cuatro minutos para descubrir si el nombre de Rose está en la base de datos antes de que termine de copiarse toda la información. Repaso uno a uno todos los documentos, pero son tantos que apenas me da tiempo a ojear unos cuantos antes de que se termine el tiempo. Extraigo la memoria del ordenador y me la guardo en el bolsillo. Estoy a punto de irme, pero tras echar un vistazo al reloj, compruebo que aún tengo un par de minutos extra para salir del edificio. El descenso va a ser mucho más rápido. Lo más seguro sería irme cuanto antes y comprobar toda la información lejos de aquí, sin embargo, después de casi un año buscando a Rose, las ansias por saber si hay alguna pista de su paradero en estas carpetas me lleva a quedarme y seguir revisando los documentos.

No tardo en dar con su perfil, lo tiene todo sobre ella: nombre completo; edad; estatura; peso; lugar de nacimiento y hasta una breve biografía de su infancia y adolescencia, sin embargo, al igual que en los demás perfiles de mujeres, en los apartados de informes médicos y contrato solo aparecen unos números sin sentido. «¿Leíste el contrato al menos? Supongo que fue tu amiga la que lo firmó, pero ¿lo leíste?».

Regreso al buscador y pego los números del contrato, enseguida se abre un documento de más de veinte páginas. Empiezo a leerlo sin entender de qué se trata, aunque no tardo en darme cuenta de que es una especie de autorización para participar en las cacerías.

- La presa será sometida a una revisión médica antes de cada cacería.
- La presa tiene terminantemente prohibido divulgar nada de lo que ocurra en la cacería a alguien externo a ella.
- La presa se compromete a no dejarse atrapar por ningún cazador de forma voluntaria.
- La presa tiene prohibido el acceso a la zona privada de los cazadores al igual que a los refugios diurnos de las demás presas.
- La presa podrá marcar los límites de su participación en cada cacería escogiendo el color que más se adecuen a sus gustos:

Pulsera amarilla: La presa tiene absoluto control sobre todas las actividades llevadas a cabo con los cazadores, debe dar autorización expresa para ser tocada.

Pulsera naranja: La presa acepta que los cazadores practiquen cualquier acto sexual sin su consentimiento, a excepción de la violencia física.

Pulsera roja: La presa acepta que los cazadores practiquen cualquier acto sexual, violento o de cualquier otra índole sin su consentimiento.

- La presa podrá detener cualquier actividad en transcurso independientemente de la pulsera que haya escogido usando la frase de seguridad: **Fin de la cacería**. Tras usar dicha frase, toda actividad será cesada y la presa abandonará el coto de caza sin posibilidad de volver a participar en una cacería en el futuro.

—¡¿Qué demonios…? —exclamo, negando con la cabeza.

¿Quién se arriesgaría a firmar algo así? Prácticamente le estás dando permiso para que hagan lo que quieran contigo un grupo de perturbados. Deslizo el documento hasta el final y mis ojos se abren como platos al ver la firma de Rose a pie de página. Exhalo con fuerza y recuerdo las palabras de Wade en el club. «Elegiste la pulsera roja». Sí, lo hice, le di permiso para…

Oigo un sonido a mi espalda, una especie de pisada, y me giro a toda prisa, pero antes de que pueda ver qué es lo que sucede, unas manos me sujetan por detrás, rodean mi cuello y empiezan a asfixiarme. Intento gritar, pataleo y lanzo patadas con el talón, pero quien sea que esté sujetándome es demasiado fuerte.

—Tengo un mensaje para ti —susurra en mi oído mientras yo sigo luchando por sacármelo de encima. No reconozco su voz, pero es un hombre. Le clavo las uñas en los antebrazos y jadeo en busca de aire—. No debiste meter las narices en asuntos ajenos, preciosa.

Sigo sacudiéndome de un lado a otro, buscando la manera de sacarme sus manos del cuello, pero con cada uno de mis movimientos solo logro agotarme más y el aire sigue sin llegar a mis

pulmones. Empiezo a convulsionar y se me nubla la vista. Voy a morir, estoy segura.

Wade

«Porque el hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido». Lucas 19:10»

Unos minutos antes

Ella está aquí. He estado esperando este momento durante los últimos dos días. Dagger la localizó en el apartamento del camarero y hasta ahora no había salido de allí, pero estaba seguro de que tarde o temprano regresaría en busca de cualquier información sobre su amiga. Hace menos de una hora que se subió a su motocicleta y se dirigió aquí, el camarero estaba con ella y lo estoy vigilando a través de las cámaras de seguridad.

Frunzo el ceño, mirando fijamente los monitores en la sala de vigilancia. Aún no he sido capaz de localizarla en ninguna zona del edificio. Me acerco más a las pantallas y pestañeo un par de veces para centrar la vista. Estoy agotado. Apenas he dormido un par de horas en los últimos dos días y tampoco he comido demasiado. En lo único que he estado de verdad centrado ha sido en buscar la manera de expiar mi culpa, debo hablar con ella, pero ir a buscarla al apartamento de su… amigo nunca fue una opción. Estoy seguro de que me daría con la puerta en las narices, o tal vez algo peor. Necesitaba traerla a mi terreno y ahora aquí está, en algún lugar, cerca.

Mi teléfono empieza a vibrar en el interior del bolsillo y lo saco sin apartar la mirada de los monitores.

—Está justo delante de la puerta principal del casino —me informa Dagger.

Le hago un gesto a uno de los vigilantes para que pinche esa cámara, y cuando veo su silueta a través de la pantalla casi suspiro de alivio.

—No la pierdas de vista —ordeno.

—No lo haré. ¡Mierda! —Veo por la pantalla cómo Reese se gira, como si hubiese detectado la presencia de Dagger al otro lado de la acera—. ¡Casi me pilla, joder! ¿Qué es, una ninja?

Contengo una sonrisa. Solo es jodidamente buena haciendo su trabajo y la persona más intuitiva que he conocido nunca.

—Mantente oculto, la estoy siguiendo por el circuito cerrado de cámaras de…

De pronto, la alarma de incendios empieza a sonar y vemos como los clientes y huéspedes empiezan a abandonar el edificio presos del pánico. Se me escapa una sonrisa. Ella no podía entrar sin hacer ruido, no, necesitaba fuegos de artificio y luces de colores. ¿Por qué no me sorprende?

Capítulo 51

Wade

«Nadie tiene amor más grande que el dar la vida por sus amigos». «Juan 15:13».

—Se mueve —informa Dagger.

—¡Síguela!

—No veo fuego en ningún lado, señor, y los sensores térmicos tampoco lo detectan —dice uno de los vigilantes.

—Está frente a una de las puertas laterales de servicio. —Yo mismo toco el botón que me da la vista de esa cámara, pero no logro verla entre tanta gente—. Es lista, joder. Se está ocultando entre la gente. ¿Crees que lo de la alarma ha sido cosa suya?

—Estoy seguro —mascullo entre dientes—. Que alguien me dé imágenes del interior —ordeno.

—La he perdido. Está dentro del edificio —informa Dagger.

—Lo sé, la estoy viendo —respondo justo cuando su imagen vuelve a aparecer en pantalla. Va vestida de negro y lleva puesta una gorra de béisbol para cubrir parcialmente su rostro—. Hablamos después, Dagger. Adiós.

Cuelgo la llamada y, tras guardar el teléfono, sigo vigilando cada paso de Reese por las pantallas. Se adentra por el pasillo de servicio con la cabeza gacha.

—Hay alguien más con ella —murmura uno de los chicos.

Me fijo en la persona que va unos pasos por detrás, pero no logro reconocerlo porque lleva el rostro cubierto por un pasamontañas. Parece estar siguiéndola.

Reese entra en una de las salas de descanso de personal y no tarda en salir vestida con el uniforme del hotel. El que por su complexión parece ser un hombre, sigue de cerca cada uno de sus pasos. Los vigilantes van cambiando de cámara en cámara hasta que llega a la cocina, de ahí se adentra en uno de los almacenes y la imagen se corta.

—¡Ha roto la cámara! —escucho que dice alguien.

—¿No hay otra?

—No, señor, es la única.

—Es solo un almacén. ¿A dónde puede acceder desde ahí? —inquiero.

Los dos vigilantes se miran entre ellos antes de que uno responda a mi pregunta.

—Ahí está el montacargas. Puede ir a cualquier planta del edificio.

«¡Mierda! ¿Por qué tiene que ser tan lista?». Inspiro hondo por la nariz y me ajusto el nudo de la corbata. ¿Quién es el tipo que la sigue y por qué? No creo que estén juntos.

—Haced un barrido por cada planta y encontradla —ordeno.

—El tipo del casino se va —me informan.

—Síguelo. —Uno de ellos continúa rastreando el paradero de Reese mientras el otro me da visual del camarero. Veo cómo sale por la puerta principal del casino y se entremezcla entre la gente. Está hablando por teléfono y apostaría mi cabeza a que es con ella.

Cojo de nuevo mi teléfono y llamo a Dagger, contesta al segundo tono.

—El camarero acaba de salir del edificio.

—Lo veo, está hablando con alguien.

—Espera a que termine la llamada y ve a por él —ordeno.

—¿Qué quieres que le haga?

—Por el momento nada. Solo sácalo de la jugada y espera mis órdenes.

—Entendido.

Corto la llamada y sigo buscando a Reese en los monitores. Parece como si se hubiese esfumado.

—Tengo al tipo del pasamontañas. Acaba de salir del montacargas en la planta administrativa.

Lo observo en silencio. Parece estar buscando a alguien y estoy seguro de que ese alguien es Reese. Tal vez solo sea una distracción. Es posible que todo sea parte del plan de Reese para que no la encontremos, pero algo me dice que no es así. De pronto, se detiene y empieza a hablar por teléfono con alguien. La llamada dura apenas unos segundos antes de que retome su búsqueda por toda la planta.

—Mi despacho —murmuro para mí.

—¿Cómo dice, señor?

—Seguid buscándola y no perdáis de vista al encapuchado —digo mientras me dirijo a la salida—. Contactad conmigo si la encontráis.

Salgo de la sala y corro por el pasillo hasta llegar al ascensor, pero tarda demasiado en llegar, así que decido subir por las escaleras. Con cada paso que doy siento el dolor punzante en mi pierna derecha, pero no me detengo. Subo los escalones de tres en tres, y cuando al fin logro llegar a la planta administrativa estoy casi sin aliento.

Soy imbécil. Está claro que Reese iba a ir a mi despacho, para eso me robó la tarjeta. Lo que sea que esté buscando se encuentra ahí. Atravieso el pasillo como una exhalación y al llegar a la puerta noto como mi teléfono empieza a vibrar. Estoy a punto de cogerlo cuando escucho una especie de jadeo ahogado que proviene del interior de mi oficina.

Abro la puerta de un tirón. Doy un paso al interior y me doy de frente con una imagen que solo podría categorizar como sacada de

una pesadilla. El encapuchado tiene a Reese sujeta por detrás y la está estrangulando.

Corro hacia ellos lo más rápido que soy capaz y lo agarro por la sudadera. Tiro de él con todas mis fuerzas hasta que consigo que suelte a Reese, pero entonces se gira y me lanza un puñetazo directo a la mandíbula. Retrocedo un par de pasos y miro por encima de su hombro. Reese se sujeta a la mesa y está a punto de caer al suelo. Tiene el rostro rojo, sus labios son de un color morado oscuro y respira de manera acelerada. Verla así, intentando luchar por su vida, provoca que una ráfaga de ira me recorra de pies a cabeza.

Me abalanzo sobre el encapuchado, embistiéndole en el pecho con mi hombro, y si no fuese por la pared contra la que choca, sé que lo habría derribado. Estoy a punto de darle un puñetazo, pero el muy cabrón se revuelve y logra golpearme de nuevo, esta vez en el estómago. Aguanto el dolor y lo empujo de nuevo contra la pared.

—¡Hijo de puta! —exhala casi sin aliento por el golpe que acaba de recibir.

Armo el brazo hacia atrás mientras lo sujeto por el pecho.

—¡Cuidado, Wade!

El grito ahogado de Reese me alerta, pero no lo bastante rápido como para darme cuenta de que el encapuchado está cogiendo un pisapapeles enorme y pesado que había sobre el mueble que está a nuestro lado. Intento alejarme para esquivar el golpe, sin embargo, solo soy consciente de que no lo he conseguido cuando siento cómo impacta contra mi sien y todo se vuelve negro.

Capítulo 52

Reese

Wade cae al suelo y el encapuchado me mira a mí. Por un instante creo que va a intentar matarme de nuevo, pero se escuchan unas voces al fondo del pasillo y sale corriendo del despacho. Toso un par de veces y sacudo la cabeza de un lado a otro. Ha estado muy cerca. Creí que me mataría.

Compruebo que sigo teniendo el disco duro en el bolsillo y me acerco a Wade. Me agacho a su lado y toco el lateral de su cuello. Tiene latido, pero está inconsciente y una enorme mancha de sangre empieza a dibujarse alrededor de su cabeza. El corte no parece demasiado grande, aunque sí profundo, está situado sobre su sien, en el cuero cabelludo.

Se escuchan nuevas voces y me pongo en pie de un salto. Tengo que salir de aquí antes de que me atrapen. Arrastro una de las sillas y la coloco bajo la trampilla. Estoy a punto de subirme a ella, pero antes echo un nuevo vistazo en dirección a Wade. La mancha de sangre espesa y de un rojo vivo sigue creciendo, ya casi se ha convertido en un charco en el suelo. Una nueva voz se hace eco y me subo a la silla.

—Olvídalo, Reese. Vendrá alguien a por él —murmuro para mí mientras cojo impulso para subir a la trampilla. Flexiono las piernas, y cuando estoy a punto de saltar, bufo con fuerza y niego con la cabeza—. ¡Eres imbécil, joder! —Bajo de la silla a toda prisa y regreso al lado del cuerpo inmóvil de Wade. Uso los trozos de tela para taponar la herida. Están sucios, pero es mejor eso que dejar

que se desangre. ¿Por qué no puedo irme sin más? Él me ha salvado del encapuchado, sí, pero también me ha puesto en peligro otras veces. No le debo nada y, sin embargo, aquí estoy. Escucho otra vez las voces y bufo con fuerza—. ¡Aquí! ¡Ayuda!

Enseguida escucho las pisadas y unos segundos después tres guardias de seguridad entran en el despacho acompañados por Xander Sutton.

—¡¿Qué demonios ha pasado?! —exclama, corriendo hacia nosotros.

—Le han golpeado en la cabeza y está sangrando mucho. Necesita un médico —mi voz suena áspera y ronca

Xander se agacha al otro lado de su hermano y le da un par de palmaditas en la mejilla.

—¿Le han golpeado o le has golpeado tú? —gruñe, lanzándome una mirada poco amistosa.

—No he sido yo. ¡¿Vas a pedir ayuda de una vez?! No servirá de nada cuando se haya desangrado.

Masculla una maldición y dirige la mirada hacia la entrada, donde los tres tipos siguen observándonos desde la distancia.

—¡Que uno de vosotros vaya a buscar al doctor Evans, los demás ayudadme a trasladarlo! —ordena. Enseguida se organizan y dos de ellos se acercan para levantar a Wade. Me aparto para que puedan cargar con él y espero a que lo saquen del despacho. Xander los sigue, pero antes de abandonar el despacho, se gira y me hace un gesto con la cabeza—. Tú te vienes conmigo. No saldrás de este edificio hasta que mi hermano despierte y aclare toda esta situación.

Frunzo el ceño y me cruzo de brazos.

—¿Y si me niego?

—Niña, no tientes tu suerte. Te aseguro que Wade es un hombre mucho más paciente que yo. Si tengo que usar la fuerza es posible que no salgas nunca de aquí, al menos de una pieza.

Cierro los ojos con pesadez y exhalo con fuerza. Debí haber huido cuando tuve la oportunidad.

Wade

«El que encubre sus pecados no prosperará; Mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia». «Proverbios 28:13».

Al abrir los ojos me siento desorientado y con un dolor de cabeza insoportable. Los recuerdos van acudiendo a mi mente poco a poco, como en una película: la persecución a Reese; entrar en el despacho; el encapuchado intentando matarla; el forcejeo; el pisapapeles… Me incorporo de un salto al darme cuenta de que ese tipo me noqueó golpeándome en la cabeza.

—¡Eh, despacio! —escucho una voz y tardo unos segundos en reconocerla. Es Xander. Mi mirada se nubla, pero logro ubicarme. Estoy en mi habitación del ático—. ¿Cómo te encuentras, hermano?

Sacudo la cabeza para intentar centrar la mirada, pero solo consigo que me duela aún más. Me toco la sien y hago una mueca con los labios.

—¿Qué hago aquí? —pregunto.

—Le pedí al doctor Evans que te revisara. Dijo que es posible que tengas una conmoción y no debes moverte demasiado.

Pestañeo varias veces y al fin logro verlo con claridad.

—¡¿Dónde está Reese?! ¡Ese tipo intentó matarla! —exclamo, y me bajo de la cama de un salto.

En cuanto me pongo en pie, el mareo regresa y casi pierdo el equilibrio. Xander me sujeta y me empuja para sentarme en el borde de la cama.

—Tómatelo con calma. Has perdido bastante sangre.

Inspiro hondo por la nariz y clavo mi mirada en la suya.

—¿Dónde está Reese? —repito.

Mi hermano se cruza de brazos, estrechando la mirada sobre mí.

—Entonces es cierto. No fue ella quien te golpeó.

—¿Qué…? —Niego con la cabeza y esta vez no me mareo tanto.

—Cuando os encontré, no había nadie más en la oficina. Solo estabais ella y tú inconsciente. Creía que mentía.

Le lanzo a mi hermano una mirada poco amistosa.

—Dime que no le has hecho daño.

Sonríe de manera burlona.

—¿Por quién me tomas, hermano?

«Por un hijo de puta de cuidado», pienso, aunque no respondo a su pregunta.

—¿Dónde está? ¿La has dejado irse?

—No, ahora mismo… —Se escucha un enorme estruendo y Xander entrecierra los ojos—. Esa es ella. Ha pasado las últimas horas redecorando tu habitación de invitados.

—¿Está encerrada? —Asiente y me pongo de pie, en esta ocasión más despacio—. ¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente?

—Cerca de cuatro horas.

Respiro profundo y logro mantener la verticalidad. Echo un vistazo a mi ropa. No llevo puesta la chaqueta ni la corbata y mi camisa está cubierta de sangre.

—¿Dagger ha llamado? —Cabecea de nuevo y señala mi teléfono, que está sobre la mesita de noche. Tengo que hablar con él. Aún tendrá retenido al camarero.

—Si no fue la señorita Kennedy quien te golpeó, supongo que no tiene sentido retenerla.

—Ni se te ocurra dejarla ir. —Xander frunce el ceño—. No me mires así. Tengo una deuda con ella y pienso saldarla.

—¿Cómo vas a hacer eso?

—Para empezar, descubriré quién era el tipo que intentó matarla en mi despacho. Cuando llegué la estaba estrangulando.

—Espera… ¿Fue a por ella? ¿Quién era?

—No lo sé, llevaba el rostro cubierto por un pasamontañas y no reconocí su voz. Tal vez me buscaba a mí o… —Bufo con fuerza y cierro los ojos cuando una punzada de dolor me atraviesa la sien—. Necesito hablar con Reese.

—Ya has encontrado la excusa perfecta, ¿verdad?

—¿De qué hablas? ¿Para qué necesito una excusa? —inquiero.

—Para no dejar de verla. El encapuchado, su amiga desaparecida, esa deuda que dices tener…

—La tengo —siseo entre dientes—. No tienes ni idea de todo lo que le hice.

Le cuento a mi hermano todo lo que pasó en el club, sin embargo, creo que él no termina de entender la gravedad de mis actos.

—Estaba dentro del coto de caza, actuaba como una presa. No podías saber que no tenía ni idea de qué trataba el juego.

Aprieto la mandíbula con fuerza y niego con la cabeza. Definitivamente no lo entiende.

—Eso da igual. Necesito redimirme.

Xander señala mi pantalón, salpicado de sangre.

—¿No te parece suficiente penitencia?

Me tenso e ignoro su pregunta mientras me dirijo al baño con pasos lentos. Mis hermanos conocen parte de mi historia, sin embargo, han aprendido a mantenerse al margen y no hacer preguntas que puedan resultar incómodas para mí.

—Voy a ducharme y después iré a verla. Ordena que suban algo de comer para ella y después márchate.

—Tú también deberías comer y descansar. Te ves como un pedazo de mierda.

—Gracias por tu preocupación, ahora vete de una vez —escupo las palabras por encima del hombro y cierro la puerta del baño.

En cuanto escucho que Xander se marcha, exhalo con fuerza y me miro en el espejo. Tiene razón, mi aspecto es horrible. Un nuevo

golpe en la pared me sobresalta y después escucho un grito.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me saque de aquí!

Me pinzo el puente de la nariz y cierro los ojos. Reese está furiosa. No tengo ni idea de cómo tranquilizarla. Estoy seguro de que ahora mismo está planeando cómo arrancarme la cabeza de un bocado nada más verme. Tengo que ser cauteloso y muy convincente, solo así lograré mantenerla a salvo. Es primordial que no vuelva a sufrir ningún daño, solo así puedo expiar mi culpa.

Capítulo 53

Wade

«Pero te confesé mi pecado y no te oculté mi maldad. Me dije: "Voy a confesar mis transgresiones al Señor", y tú perdonaste mi maldad y mi pecado.» «Salmo 32:5».

Mientras camino por el pasillo que lleva al dormitorio de invitados, voy tomando inhalaciones cortas por la nariz y exhalo por la boca. La carpeta de documentos que llevo en la mano tiembla levemente cuando me detengo frente a la puerta. Hago el amago de ajustarme el nudo de la corbata por pura costumbre, pero enseguida bajo el brazo al darme cuenta de que no la llevo puesta. Tras la ducha, me vestí con un pantalón de traje y una camisa nada más. Pensé en usar algo menos formal, sin embargo, la negociación que estoy a punto de emprender va a ser dura y siempre he pensado que hay que ir vestido acorde a cada ocasión.

Exhalo una última bocanada y giro el pomo, haciendo que la cerradura automática se desbloquee. Tras abrir la puerta, doy un paso al interior de la estancia, y después otro y otro más antes de alzar la vista. Reese está sentada sobre la cama, con las rodillas flexionadas y la cara enterrada en ellas. Carraspeo y alza la cabeza como un resorte.

—Estás vivo —susurra, estrechando la mirada sobre mí.

—Lo estoy. —Echo un vistazo alrededor. Toda la ropa de la cama está esparcida por el suelo, cajones volcados, las lámparas de las mesitas rotas…—. ¿Ha pasado un huracán por aquí mientras estaba inconsciente? —pregunto con una ceja arqueada.

Ignora mi comentario y se baja de la cama.

—Ahora que estás despierto, puedes decirle al bruto de tu hermano que yo no tuve nada que ver con lo que te pasó.

—Ya lo he hecho.

—Bien, entonces me marcho. —Intenta llegar hasta la puerta, pero doy un paso al costado y me interpongo en su camino.

—No tan rápido, Flor.

Se detiene a solo unos centímetros y la mirada que me lanza es de todo menos amigable.

—Deja de llamarme así —sisea entre dientes.

Tengo tantas ganas de discutir con ella como de que me arranquen una muela sin anestesia. El dolor de cabeza me está matando y aún siento un ligero mareo. Aunque ella tampoco parece estar muy bien. Unas marcas rojizas rodean su cuello y su camiseta de tirantes está llena de grasa y salpicaduras de sangre.

—Está bien. Siéntate, por favor. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. Si vas a denunciarme por irrumpir en tu despacho, hazlo. Es más, devuélveme mi teléfono y yo misma llamaré a la Policía. Estarán encantados de saber que un puto psicópata violador me tiene secuestrada en su ático.

—No soy un violador —afirmo con el ceño fruncido y la mandíbula apretada.

—Ya, claro. —Esboza una sonrisa burlona y se cruza de brazos—. ¿Tengo que recordarte lo que me hiciste en la cacería y después en el club? Eso se llama violación, Wade.

—Creí que sabías a lo que te enfrentabas. Se supone que habías firmado el contrato. —Le tiendo la carpeta y ella retrocede un par de pasos, como si hubiese pensado que la iba a tocar—. Léelo, por favor.

Inspira hondo por la nariz y alza la barbilla de manera desafiante.

—Ya lo he hecho.

¡¿Qué?! ¿Cuándo? ¿Cómo? Entonces empiezo a verlo claro. Por eso necesitaba entrar en mi despacho. Quería acceso a mi ordenador.

—Has entrado en el servidor de la Sociedad, ¿verdad? Para eso irrumpiste en mi despacho.

—Es posible —dice, encogiéndose de hombros.

—Reese, quiero la verdad. No más mentiras ni engaños.

—¿La verdad? Bien, entonces dime dónde tenéis a Rose.

—No lo sé. —Lanzo la carpeta sobre la cama y me muevo de un lado a otro de la habitación—. Si has leído el contrato, sabrás que nada de lo que ocurre en las cacerías es real.

—¡Y una mierda! Lo que yo vi fue muy real. Te compro que algunas mujeres están tan perturbadas como para acceder a participar en ese juego macabro huyendo de los enmascarados, pero la chica del arroyo, esa no fingía. La golpearon, la violaron.

—Reese, algunas presas disfrutan con eso. Les gusta que los cazadores sean agresivos. Por eso escogen la pulsera roja.

—¡La chica del arroyo no tenía una pulsera roja! ¡Era amarilla!

—¿Qué chica? —pregunto confuso.

—En la cacería, era rubia, de unos veinte años.

—Vas a tener que darme más pistas que no tengan nada que ver con su aspecto físico. Como habrás leído en el contrato, los cazadores no podemos ver los rostros de las presas y ellas tampoco los nuestros. Son las reglas.

—Pues esos tipos no las cumplieron. Le quitaron la máscara y la capucha entre los tres y después…

—Espera, más despacio —la interrumpo—. ¿Qué tres? ¿Eran tres cazadores?

Se pone en pie y empieza a moverse de un lado a otro de la habitación.

—¡Y yo que sé! Primero llegó un tipo con una máscara y después dos con pasamontañas.

—Un cazador y dos vigilantes. ¿Quién le quito el pasamontañas a la presa?

—Uno de ellos, no recuerdo cuál. Hablaban en un idioma que no conozco. —Frunzo el ceño mientras ella sigue moviéndose de manera nerviosa.

—Reese, si alguno de los vigilantes se excedió con una presa, te aseguro que averiguaré quién ha sido y no saldrá indemne. Ellos tienen prohibido tocarlas de manera indebida, están allí para guiarlas y ayudarlas.

—¿Ayudarlas? ¡Esos dos hijos de puta violaron a la chica mientras le hundían la cabeza en el arroyo! ¡Casi la matan, joder! No te atrevas a decir que es solo un juego. Ella estaba luchando por su vida.

—¿Los vigilantes participaron de forma activa en la cacería? —pregunto confuso. No se si es por el mareo, pero lo que dice no tiene sentido para mí.

—¡¿Es que estás sordo o eres idiota?! Acabo de decir que, entre los tres, la violaron y golpearon y después se la llevaron.

—¿A dónde?

Pone los ojos en blanco y se pinza el puente de la nariz.

—¡Santo Dios, sí que eres idiota! ¿Cómo demonios voy a saber dónde se la llevaron? Supongo que al mismo sitio que a Rose. Otra chica desaparecida más en la lista.

Inspiro profundo por la nariz y la alcanzo en un par de zancadas, la sujeto por la barbilla y la obligo a mirarme. Si no se tranquiliza, seguiré sin entender lo que sea que intenta explicarme. ¿Chicas desaparecidas? ¿Cómo es eso posible?

—Deja de blasfemar —siseo entre dientes—. Lo he estado pasando por alto porque estás nerviosa con todo lo que ha pasado, pero no más.

—¿Quién te crees que eres para darme órdenes? —replica, intentando zafarse de mi agarre.

La sujeto con más fuerza, rodeando su cintura con el brazo, y la pego a mí.

—Soy tu mejor oportunidad para encontrar a tu amiga. Si lo que dices es verdad y hay vigilantes y cazadores saltándose las reglas, violando, maltratando y secuestrando presas, los descubriré. —La suelto y señalo el colchón con la barbilla—. Ahora, siéntate ahí y cuéntame con todo detalle qué fue lo que viste en la cacería.

Capítulo 54

Reese

Cuando termino de relatar todo lo que sucedió en la cacería, todo lo que vi desde el día en que llegué a ese lugar, aún sigo sintiendo el tacto de sus dedos en mi barbilla y la presión de su mano en mi cintura, aunque hace ya un buen rato que me ha soltado. Ni siquiera sé por qué se lo he contado. Es posible que él ya lo sepa y solo esté jugando con mi mente de nuevo, sin embargo, algo me dice que no es así. No sé si es la forma en la que sus ojos destellan ira y rabia o que me ha afectado demasiado el que me haya salvado la vida hace solo unas horas lo que me tiene tan confundida.

—Reese, te prometo que no tenía ni idea de nada de lo que me has contado —dice tras escuchar con atención toda la historia.

Inspiro hondo por la nariz y niego con la cabeza. Definitivamente, mi detector de capullos mentirosos debe estar atrofiado porque le creo.

—Tus promesas no valen una mierda. Quiero a Rose de vuelta sana y salva. Me da igual si has sido tú o alguno de tus amiguitos psicópatas, dime dónde puedo encontrarla.

—No lo sé, pero lo averiguaré. Lo más probable es que tu amiga y esa chica que viste no sean las únicas presas a las que han secuestrado. Lo investigaré a fondo y daré con ellas.

—Claro, resulta que ahora quieres ayudarme —murmuro en tono sarcástico.

—Sí, eso es precisamente lo que pretendo hacer.

—¿Por qué? —inquiero con una ceja arqueada.

—Porque estoy en deuda contigo. —Inspira hondo por la nariz y alza la mano en dirección a su cuello, como si estuviese a punto de ajustarse el nudo de la corbata que no lleva puesta. Parece darse cuenta de ello y enseguida baja el brazo—. Te hice daño. No importa si fue una confusión o algo premeditado, aun así, te lastimé y debo enmendar mi error. Si lo que quieres es encontrar a tu amiga, removeré la tierra y el infierno si es necesario hasta dar con ella.

Nos quedamos mirándonos a los ojos durante unos segundos. No quiero creerle. Sé que este hombre no va a traerme nada bueno, pero tampoco me queda otra opción. Doy un paso hacia él con decisión.

—Júrame que tú no has tenido nada que ver con la desaparición de Rose —pido.

Niega con la cabeza sin apartar sus ojos de los míos.

—Lo siento, Reese. Yo no juro en vano, pero sí puedo demostrarlo. Acepta mi ayuda y tú misma podrás comprobar que digo la verdad.

—¿Cómo? ¿Qué puedes hacer? Ni siquiera sé quién se llevó a esa chica. No les vi las caras.

—Pero dijiste que su acento era extraño, ¿no? —Asiento—. Eso descarta unos cuantos sospechosos. Nos centraremos en los socios extranjeros. ¿Crees que podrías reconocer sus voces?

—No lo sé. Es posible que del enmascarado sí. Los otros dos apenas hablaron.

—Bien, entonces ya tenemos un punto de partida. Haré una lista y después los llamaré uno a uno delante de ti hasta que lo reconozcas.

—¿Cómo sabes que no ha borrado sus datos del servidor? Si ese socio está secuestrando a mujeres, Dios sabrá para qué, no se arriesgaría a que su nombre y su número de teléfono estén en un lugar a donde todos podéis acceder.

—¿Qué te hace pensar que todos los socios pueden acceder al servidor? Es algo privado, Reese. Solo yo tengo esa información. —Me señala con el dedo índice y frunce el ceño—. Y deja de blasfemar de una vez.

—¿Tú? ¿Por qué…? —Dejo la pregunta en el aire y abro mucho los ojos cuando la realidad me golpea de frente como una jodida bofetada—. Todo es tuyo, ¿verdad? Las cacerías, los clubs… La Sociedad entera te pertenece.

—La base de una Sociedad es que no pertenece a un solo miembro, por eso se llama así, pero sí, fui yo quien la fundó. También mandé construir el coto de caza y creé el juego, sin embargo, son las donaciones de los socios las que lo mantienen en funcionamiento, al igual que los clubs.

—Increíble —susurro, negando con la cabeza—. ¿Cómo funciona? ¿Pagas una suscripción mensual y puedes dar caza a un montón de chicas? Además de follarlas en los clubs, claro. Como el puto Netflix de los psicópatas perturbados. Hasta les dais dinero después de cada cacería. Veinte mil jodidos pavos.

Wade exhala con fuerza y estrecha la mirada sobre mí.

—Crees que soy un enfermo, y tal vez tengas razón, pero eso no cambia nada. Sigo siendo la única persona que puede ayudarte a encontrar a tu amiga. Esta vez no hay pulseras de colores, Reese, no voy a presuponer que tengo tu consentimiento. Quiero escucharlo de tu boca. ¿Quieres mi ayuda, sí o no?

Frunzo el ceño y alzo la barbilla de manera desafiante.

—¿Cuáles son las condiciones del trato? No esperarás que me crea que tú no sacas nada de esto y lo haces por puro altruismo, ¿verdad?

—Ya te he dado mis razones. No me gusta estar en deuda con nadie.

—Entonces, ¿sin condiciones? —inquiero, arqueando una ceja. Es demasiado bueno para ser verdad.

—Solo una.

Chasqueo la lengua y esbozo una sonrisa burlona.

—Ya me lo parecía. ¿Qué es lo que quieres?

—Desde ahora mismo hasta que encuentre a tu amiga vas a hacer todo lo que yo te diga. Nada de quejas ni reclamos. Si te doy una orden, la cumples sin rechistar.

Suelto una falsa carcajada y sus ojos me taladran.

—¿En serio crees que vas a volver a manipularme con el jueguecito de las bragas y toda esa mierda? No voy a seguir fingiendo que soy una chica sumisa y sin personalidad para que tú te pongas cachondo.

—Me estaba refiriendo a la investigación. Lo que quise decir es que yo tomaré las decisiones de todo lo que hagamos para encontrar a Rose.

Aparto la mirada sin saber muy bien qué decir. Incluso me parece notar algo de calor en las mejillas, aunque enseguida me recompongo.

—Vale. Si es solo eso…

—Y también quiero que seas sincera conmigo. No más mentiras ni verdades a medias. Entiendo que no confíes en mí, pero si vamos a hacer esto juntos necesito al menos poder fiarme yo de ti.

—¿Eso es todo? —pregunto entre dientes.

Se ajusta los puños de la camisa y asiente.

—Obediencia y sinceridad, esa es la base de cualquier relación.

Pongo los ojos en blanco y se me escapa una risa por la nariz.

—Tienes un concepto muy conveniente de lo que es una relación sana. Conveniente para ti, por supuesto.

—No he dicho que tenga que ser sana, solo beneficiosa para ambos. Si lo que te preocupa es que pueda volver a propasarme contigo, te doy mi palabra de que no volveré a ponerte un dedo encima a no ser que me des tu consentimiento.

—Eso no pasará —mascullo, negando con la cabeza.

—Entonces no tienes nada que temer. —Estira su brazo en mi dirección y busca mi mirada—. ¿Hay trato?

Miro su mano extendida, pero no la toco. Tengo la sensación de estar a punto de vender mi alma al mismísimo diablo.

Capítulo 55

Reese

Tras unos segundos de espera, estira más su mano y yo retrocedo un par de pasos.

—¿Por qué debería fiarme de tu palabra?

Wade suspira y se encoge de hombros.

—Porque no tienes otra opción, Reese. Si la tuvieses ya te habrías marchado.

Sigo mirando su mano sin saber muy bien qué hacer. Pienso en qué otras alternativas tengo y, aunque me mate admitirlo, él tiene razón. Lo necesito para encontrar a Rose. «Cuando todo salga mal, solo sigue tu instinto. Esa será tu mejor guía». Una vez más, las enseñanzas de mi padre se hacen eco en mi mente. Suspiro y doy un nuevo paso hacia él.

—Seré sincera y obediente en todo menos en lo relacionado con mi vida personal. Si no es relevante para buscar a mi amiga, no tengo por qué acceder.

—Estoy de acuerdo. Ahora, ¿vas a estrecharme la mano o piensas dejarme así? Es de muy mala educa… —Le agarro la mano haciéndolo callar y lo señalo con el dedo índice de la otra mano.

—Ni se te ocurra jugármela, Sutton. Hasta ahora solo has conocido la parte de mí que yo he querido mostrar, pero te juro… —Me lanza una mirada de advertencia que ignoro y le aprieto más la mano. ¡Me importa una mierda si le parece mal que jure en vano! ¡No va a interrumpir mi amenaza, joder! Eso sí que es una falta de

educación—. Juro que puedo convertirme en tu puta pesadilla si me provocas más de la cuenta.

Suelto su mano y su mirada se suaviza, hasta me parece que está conteniendo una sonrisa.

—No voy a negar que me siento tentado a descubrir cómo de mala puede ser esa pesadilla, pero como ya he dicho, tengo una deuda contigo y mi prioridad es saldarla cuanto antes.

—Bien, y ¿ahora qué? ¿Te pones a hacer llamadas y listo?

—Es de madrugada. A primera hora de la mañana empezaré con la lista de sospechosos. Por el momento, tienes un plato de comida caliente en la cocina. Apuesto a que no has cenado. Date una ducha y ordenaré que alguien recoja tus pertenencias de la *suite*.

—Espera, ¿por qué? ¿Qué vas a hacer con mis cosas?

—Nos las llevamos. Supongo que querrás tener ropa para cambiarte mientras permanezcas en mi casa.

—¿En tu casa? —Asiente—. Wade, no me voy a quedar aquí.

—Por supuesto que no. Este lugar ya no es seguro. Hace solo unas horas un tipo te estaba estrangulando en mi propia oficina, ¿recuerdas? —Me toco el cuello y trago saliva con fuerza. Casi puedo notar sus manos apretándome la garganta. Los ojos de Wade se oscurecen—. Te están saliendo cardenales. Cuando lleguemos a la mansión, llamaré a un médico para que te revise.

—A tu mansión… ¡No! Yo no voy a ir a tu mansión. ¡Eso no tiene ningún sentido!

—Reese, ¿me escuchas cuando hablo? Te han atacado. Si no hubiese llegado a tiempo estarías muerta. Ese tipo te siguió, sabía que ibas a entrar en este edificio y fue a por ti. ¿Sabes quién puede ser?

—Me dijo que no debí meter las narices en asuntos ajenos.

—Tal vez solo intentaba llegar a mí —masculla en voz baja—. Es posible que el robo en mi despacho y tu ataque estén relacionados. Tal vez la misma persona esté detrás de todo esto.

—No —afirmo, y aparto la mirada.

—No, ¿qué?

—Los dos hechos no están relacionados. Este hijo de puta vino a matarme. No tiene nada que ver contigo. Puede que alguien sepa que estoy buscando a Rose y quiera sacarme de en medio.

—¿Y eso lo sabes por tu experiencia como experta en seguridad? Porque déjame decirte que no lo has hecho demasiado bien aquí. Ese tipo…

Tomo una respiración profunda y busco su mirada.

—Eso lo sé porque nadie te amenazó —admito, cortándolo—. Entrar en tu despacho, la nota, revolverlo todo… Fue cosa mía, Wade. Necesitaba una excusa para entrar en tu vida. No corres ningún peligro.

—Debí suponerlo —sisea entre dientes. Cierra los ojos, y cuando vuelve a abrirlos ya se han convertido de nuevo en dos pozos profundos carentes de emociones—. Ahora con más razón debo sacarte de aquí. Puede que yo no corra peligro, pero tú sí.

—¿Por qué tu mansión? Puedo esconderme en cualquier otro lado.

—Te aseguro que no vas a estar más segura en ningún sitio. Ven conmigo y tú misma podrás comprobarlo.

—¿Y si me niego?

—Tenemos un trato. Accediste a obedecerme.

—Solo en lo que concierne a la búsqueda de Rose —replico.

Vuelve a cerrar los ojos, como si estuviese intentando contenerse.

—¿Eres consciente de que si te matan no podrás encontrarla? Por lo tanto, para poder ayudarte con eso, antes debo mantenerte a salvo. Come, dúchate y descansa unas horas. Te despertaré por la mañana y nos iremos.

—Pero…

—¡No es negociable, Reese! —me corta, alzando la voz. Pestañea un par de veces y niega con la cabeza—. Lo siento.

—Vuelve a usar ese tono conmigo y lo sentirás de verdad, hijo de puta —siseo con rabia.

Nos desafiamos con la mirada. Puede que haya hecho un pacto con el diablo, pero no dejaré que me arrastre al infierno. Es Wade quien retrocede, da media vuelta y se dirige a la salida.

—Buenas noches, Reese, y por cierto… Yo no soy el único que se pone cachondo cuando finges ser una buena chica —escupe las palabras sobre el hombro y se marcha dejando la puerta abierta.

Recuerdo que, antes de encerrarme, el bruto de su hermano me quitó el teléfono y el disco duro. Necesito llamar a Ian para decirle que me encuentro bien o hará alguna locura.

—¡Dame mi teléfono! —grito, pero no obtengo ninguna respuesta.

Bufo con fuerza y me dejo caer de espaldas sobre el colchón. ¡Odio a Wade Sutton, joder! Y lo peor es que, por más que intento alejarme de él, siempre termino caminando directa a la boca del lobo, o en este caso a su guarida. ¿La mansión Sutton? ¿Qué demonios voy a hacer yo allí? Nada de esto tiene sentido.

Wade

«Pónganse toda la armadura de Dios para que puedan hacer frente a las artimañas del diablo». «Efesios 6:11».

Reese permanece en total silencio mientras atravesamos las enormes puertas de hierro que dan acceso a la estrecha carretera de adoquines que dividen los jardines de la mansión. En realidad, no ha dicho ni una sola palabra desde que salimos del ático. Más de una docena de hombres de Dagger nos han escoltado hasta aquí, pero se retiran de inmediato cuando el todoterreno en el que viajamos se detiene frente a la puerta principal de la mansión en la que pasé gran parte de mi infancia y toda mi adolescencia.

—Hemos llegado —anuncio.

Reese inspira hondo por la nariz y ni siquiera me dirige una mirada antes de salir del vehículo.

Me molesta su actitud fría y distante, aunque me esfuerzo en que no se me note. Sinceramente, no sé si voy a poder mantener la fachada durante mucho más tiempo. Estoy agotado. No he dormido nada en toda la noche, me duele la cabeza por el golpe y apenas puedo mantenerme en pie. Se supone que iba a descansar un par de horas al menos, pero fui incapaz de hacerlo. Después de mi conversación con Reese, regresé a mi dormitorio y me puse a elaborar una lista de posibles sospechosos. Si alguno de los socios es responsable de la desaparición de Rose Keller, lo encontraré y le haré pagar por ello.

Salgo del vehículo tras ella y hago un gesto para que me siga. Parece dudar, echa un vistazo hacia el maletero del todoterreno, donde un par de hombres están sacando sus maletas. Puede que esté pensando en huir y se acabe de dar cuenta de que por más que lo intente no hay forma de salir de aquí. Pasea la mirada por la fachada de la enorme casa, después más lejos, al muro que rodea los jardines. Hay cámaras de vigilancia cubriendo cada palmo de terreno y hombres armados cada pocos metros. Al fin, echa los hombros hacia atrás, levanta la barbilla y empieza a caminar hacia la puerta principal con pasos lentos, pero seguros. Admito que incluso con esos vaqueros sencillos y el suéter que deja uno de sus hombros al descubierto sigue estando preciosa. Reese no necesita capas de maquillaje ni usar ropa bonita para brillar, lo hace con luz propia.

Tras cruzar el umbral, dirijo la mirada a su rostro y casi me echo a reír al notar su expresión de sorpresa. La mansión Sutton es impresionante desde fuera, pero su interior resulta incluso más despampanante. Suelo de mármol claro con dibujos en tonos grises que llevan la vista hacia una gran escalera de fondo que sube en dos direcciones y tiene una barandilla de hierro negro con detalles brillantes. A los lados, hay jarrones con flores altas y esculturas de piedra blanca, bien iluminadas. Las paredes están cubiertas de papel pintado en tonos crema con varios cuadros grandes colgados, casi

todos retratos antiguos. Desde el techo cuelgan lámparas enormes de cristal que brillan con miles de pequeñas luces.

—Imagino que tu infancia debe haber sido toda una tortura en un lugar como este —masculla en tono sarcástico.

Ignoro su comentario y la guío por una de las puertas dobles que dan acceso a la primera sala de estar. Atravesamos la estancia y seguimos caminando, yo delante y Reese siguiéndome a pocos pasos de distancia. Al llegar frente a la puerta del despacho, me detengo y doy media vuelta.

—Antes de empezar con la investigación, hay algo que necesito que hagas —digo.

—Y yo quiero que me des mi teléfono.

—Después de…

—Ahora, Wade —me corta.

Estrecho la mirada sobre ella y me obligo a respirar hondo. No estoy acostumbrado a que nadie me dé órdenes y mucho menos a cumplirlas, aunque supongo que si quiero ganarme su confianza voy a tener que empezar a hacer algunas concesiones.

Saco el teléfono móvil del bolsillo interior de mi chaqueta y se lo tiendo.

—Ahora escúchame con atención. Por tu seguridad, nadie puede saber que estás aquí y tampoco nos interesa tener a la Policía metiendo las narices en este asunto.

—¿Temes que puedan detenerte, Sutton? —inquiere, arqueando una ceja con gesto divertido.

—En absoluto, pero la Policía solo logrará entorpecer nuestra investigación.

—¿A qué viene todo esto? Si tuviese intención de denunciarte ya lo habría hecho.

—Sé que no lo harás, pero tu… Amigo no deja de amenazar con ir a la Policía. Por eso necesito que entres ahí dentro y le digas que estás aquí por tu propia voluntad.

—¿Mi amigo? —Abre mucho los ojos—. ¡¿Ian?! ¡¿Qué demonios hace él aquí?!

—Estaba… —antes de que pueda terminar de responder, ya ha abierto la puerta y entra en el despacho como un jodido huracán.

Tomo una respiración profunda y la sigo. Admito que esta nueva versión de Reese, más atrevida y sin filtro, es incluso más excitante que la chica comedida y sumisa que fingía ser, pero no estoy del todo seguro de ser capaz de contenerla. Es una fuerza imparable, cabezota, indisciplinada e irreverente, todo lo que nunca me ha gustado en una mujer, aunque en ella… ¡Joder, en ella todo es distinto!

Capítulo 56

Reese

En cuanto doy un paso al interior del lujoso despacho, dirijo la mirada a Ian. Está sentado en una silla, maniatado y amordazado. A su espalda, permanece de pie el hombre que Wade me presentó no hace mucho, Cole Dagger. No me dio buena espina en su momento y ahora, al verlo con un cuchillo de caza entre las manos, soy consciente de que mi instinto no me falló. Este tipo es un matón.

—¡Ian! —Intento acercarme a él, pero Dagger se cruza en mi camino—. ¡¿Qué mierda está pasando?! —Me giro y busco a Wade, que me ha seguido al interior de la estancia—. ¡Ordena a tu perro que lo suelte! —exijo.

Wade hace un gesto con su barbilla y Dagger sonríe.

—La chica tiene carácter, eso me gusta —comenta mientras sujeta el cuchillo por el mango y se coloca más cerca de la espalda de Ian. De pronto, su gesto cambia y tira del pelo de mi amigo hacia atrás. Ian se queja bajo la mordaza, pero al notar el filo metálico en su cuello se calla de inmediato—. Si vuelves a faltarme al respeto, le rajaré la garganta a tu amiguito, después le sacaré las cuerdas vocales y haré para ti un precioso collar con ellas. ¿Lo has entendido, dulzura?

—¡Dagger, suficiente! —le advierte Wade.

Lo suelta y vuelve a sonreír como un puto maníaco.

—Deberías enseñar a tu chica a mantener la boca cerrada o alguien lo hará por ti, Sutton.

—Tomo nota —responde en tono neutro—. Ahora suelta al chico y vete.

Dagger corta las bridas que mantienen sujetas las muñecas de Ian y después la mordaza. Mi amigo corre hacia mí y me abraza por los hombros.

—¿Estás bien? Creí que te habían matado —susurra cerca de mi oído.

No le respondo. Mantengo la mirada de Dagger mientras él camina hacia la salida. Al pasar junto a Wade, se detiene y ensancha aún más su sonrisa.

—Si necesitas ayuda para darle unos azotes, puedo ayudarte con eso. Es más… —Mira en mi dirección y me guiña un ojo—. Lo haré gratis.

—Lárgate de mi casa —sisea Wade en un tono para nada amistoso.

Dagger se encoge de hombros y abandona el despacho, cerrando la puerta a su espalda. En cuanto nos quedamos solos, me aparto de Ian y señalo a Wade con el dedo índice.

—¡¿Qué mierda te pasa?! Ese puto loco podría haber matado a Ian.

Exhala despacio y se ajusta el nudo de la corbata.

—Tranquilízate, Reese. Tu amigo está bien.

—Vámonos de aquí —masculla Ian, agarrando mi mano y tirando de mí hacia la puerta.

—Tú te vas, pero ella se queda —dice Wade, cruzándose en su camino.

—¡Hijo de puta! ¿Quieres pelea? Ya te tumbé una vez y puedo volver a hacerlo.

—Chico, no tientes tu suerte. —Me mira a mí por encima del hombro de Ian—. Despídete de él y que se marche. Tenemos mucho

trabajo pendiente.

Tomo una respiración profunda y tiro de la mano de Ian para llamar su atención.

—Escúchame, vas a tener que confiar en mí —digo, buscando su mirada.

—¿De qué hablas, Reese? Te tiene amenazada, ¿verdad? —Se acerca más y sujeta mi rostro entre sus manos—. Mierda, ¿qué te ha pasado en el cuello? ¿Ha sido él? —Echa un vistazo en dirección a Wade y frunce el ceño—. Lo tumbaré. Cuando te diga que corras, hazlo —susurra para que solo yo pueda oírlo.

Levanto la vista y compruebo que Wade se ha alejado unos cuantos pasos. Se está sirviendo una copa de licor sin perdernos de vista en ningún momento.

—No, todo está bien, de verdad. Necesito quedarme aquí un tiempo. Wade va a ayudarme a buscar a Rose.

—¡¿Aquí?! —Me suelta y se lleva las manos a la cabeza—. ¡¿Te has vuelto loca?! Ese cabrón me ha secuestrado. ¿Ya no recuerdas lo que te hizo en el club?

—Eso fue un malentendido —farfullo tras inspirar hondo por la nariz.

Ian se gira para mirar a Wade y este lo saluda de manera burlona, alzando su vaso a modo de brindis.

—¿Qué demonios te da? ¿Por qué sigues confiando en él? ¡Va a terminar matándote, Reese! ¡¿Es que no lo ves?!

—No confío en él, pero es la única persona que puede encontrar a Rose.

Ian bufa con fuerza y vuelve a llevarse las manos a la cabeza.

—Ahora sí que has perdido por completo la cordura. Ya sé que no quieres pensarlo, pero es muy posible que Rose esté muer…

—Ni se te ocurra terminar esa frase —lo corto, clavando mi dedo índice en su pecho—. Sigue viva y voy a traerla de vuelta, aunque sea lo último que haga.

Ian vuelve a sujetarme el rostro y pega su frente a la mía.

—Ven conmigo. La encontraremos juntos, por favor, Reese —susurra en tono de súplica.

Wade carraspea y escucho sus pasos acercándose.

—Si no se marcha de mi casa en los próximos cinco segundos haré que lo saquen, y no puedo asegurarte que cuando atraviese el portalón siga respirando.

Giro la cabeza con la velocidad de un látigo y lo fulmino con la mirada.

—No amenaces a mi gente, Sutton —siseo con rabia.

—Pues saca a tu gente de mi jodida casa —replica sin inmutarse.

—¿Quieres probar a sacarme tú? —lo provoca Ian. Intenta ir hacia él, pero me pongo en medio y lo empujo hacia atrás.

—Ian, tienes que irte. Vuelve a casa y olvida todo esto. Yo estaré bien. Me pondré en contacto contigo cuando todo termine.

—No voy a hacer eso. Dejarte aquí, con este tipo… —Niega con la cabeza—. Estás firmando tu sentencia de muerte, Reese. Vas a terminar igual o peor que Rose.

—Eso es asunto mío. Me hago cargo de las consecuencias de mis actos, pero tú debes marcharte. No hagas nada ni hables con nadie sobre esto. Sigue con tu vida.

—No puedes pedirme eso —susurra, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Bien. Han pasado los cinco segundos. —Wade se desplaza hasta la entrada, abre la puerta y enseguida aparecen cuatro hombres—. Sacadlo de aquí —les ordena.

Los cuatro entran en la estancia y dos de ellos sujetan a Ian por los brazos. Intentan tirar de él, pero mi amigo se resiste.

—¡Parad, parad! —grito, y Wade alza una de sus manos. Los tipos sueltan a Ian y esta vez soy yo quien sujeta su rostro para que me mire—. Por favor, confía en mí. Yo te metí en esta mierda y ahora

necesito saber que vas a estar a salvo. Te prometo que iré a buscarte cuando tenga a Rose.

—¡Maldita sea, Reese! —Bufa con fuerza—. No has cambiado nada. Los problemas te persiguen, igual que en el correccional.

Me encojo de hombros y esbozo un amago de sonrisa.

—Todo va a estar bien, te lo prometo —susurro.

Ian me abraza y deposita un beso rápido en mi frente.

—Ten cuidado, y si me necesitas, sabes dónde encontrarme. —Asiento y esta vez soy yo la que lo beso en la comisura.

—Vete —pido.

Los tipos vuelven a sujetarlo y lo arrastran hacia la salida. Esta vez Ian no se revuelve. Deja que lo saquen del despacho y la puerta se cierra. En cuanto nos quedamos solos, le lanzo una mirada poco amistosa a Wade. Él bebe de su vaso con parsimonia, después se dirige a su mesa y, tras dejar la bebida sobre ella, exhala despacio.

—¿Lo del beso era necesario? —pregunta con su habitual tono neutro.

—Tanto como secuestrarlo. ¿En qué demonios estabas pensando? ¡No puedes ir por ahí amenazando con matar a la gente, joder!

—Yo no he amenazado a nadie. Solo constaté un hecho y voy a hacerlo de nuevo. —Se desabrocha la americana y toma asiento en el sillón de respaldo alto que está al otro lado de la mesa—. Si sigues usando ese lenguaje en mi presencia, haré uso de la sugerencia de Dagger. Te enseñaré a mantener esa boquita cerrada en según qué situaciones.

Me acerco a la mesa, coloco las manos sobre la superficie de madera y me inclino hacia delante de manera amenazadora.

—¿Y cómo piensas hacer eso, Wade? ¿Vas a llamar a tu perro?

Sus ojos grises centellean y una de sus comisuras se estira, creando media sonrisa que no tiene nada de encantadora. Es oscura y peligrosa.

—Sigue poniéndome a prueba y te azotaré ese bonito trasero con tanta fuerza que no podrás volver a sentarte en un mes. Así aprenderás a distinguir entre la valentía y la estupidez.

Me enderezo y cruzo los brazos sobre el pecho. Estoy furiosa, sin embargo, no puedo evitar sentir una especie de excitación extraña al imaginar a Wade cumpliendo su amenaza. Sacudo la cabeza de un lado a otro y bufo con fuerza.

—¿Has acabado ya con las amenazas? No he venido hasta aquí para soportar tus majaderías.

Se me queda mirando un rato más y señala la silla que hay a mi lado con la barbilla.

—Toma asiento y empecemos a trabajar.

Capítulo 57

Reese

Wade cuelga el teléfono tras tener una conversación de pocos segundos con uno de los socios y enseguida dirige la mirada hacia mí.

—¿Y bien? Ese era Sergey Sidorov, el dueño de una multinacional rusa que podría compararse a un pequeño imperio.

Inspiro hondo por la nariz y niego con la cabeza. Ya llevamos varias horas con las llamadas y por ahora no ha habido suerte. Lo más curiosos es que Wade me ha dado una lista de nombres y apellidos de los socios extranjeros. Cuando lo hizo me pareció muy extraño, sin embargo, tras pensarlo un poco, he llegado a la conclusión de que es una especie de prueba de confianza. Con este acto, dándome acceso a información tan delicada como para arruinar su Sociedad, me está diciendo que confía en mí y espera que yo haga lo mismo.

—El acento ni siquiera se parecía. El del enmascarado era mucho menos agresivo.

—¿Agresivo? ¿Defines el acento ruso como agresivo?

—¿Tú no? —Dejo la carpeta con la lista sobre la mesa y me acomodo mejor sobre el asiento—. Cuando un ruso habla dan ganas de salir corriendo. Pasa lo mismo con los japoneses, parece como si estuviesen regañándote cuando en realidad pueden estar diciendo lo mucho que te quieren.

Arquea una ceja y me parece ver un amago de su sonrisa en sus comisuras.

—¿Y cómo definirías el acento del socio que violó a la chica en la cacería?

—No lo sé, algo más sutil. Como el griego o el italiano.

—Reese, el italiano es una lengua romance y el griego una lengua helénica. Son completamente distintas.

—Pues a mí me suenan así.

—Ya, eso no tiene ninguna base, por lo tanto, es una pérdida de tiempo.

Pongo los ojos en blanco por su tono condescendiente.

—¿Quieres saber cómo suena el tuyo?

Arquea una ceja y se recuesta contra el respaldo del sillón.

—Sorpréndeme.

—Tu acento suena arrogante, pomposo, egocéntrico, petulante, vanidoso, engreído y digno de un esnob británico con ínfulas de grandeza.

Tarda unos segundos en reaccionar. Se me queda mirando fijamente y después se encoge de hombros.

—Y aún con todos esos sinónimos, logra que mojes las bragas cuando te susurro algo al oído. Qué interesante.

—¡¿Lo ves?! Arrogancia pura —siseo, señalándolo con el dedo índice—. Además, lo que dices no es cierto. Soy una buena actriz y necesitaba estar cerca de ti, nada más.

Exhala despacio y dirige la mirada a su propia lista de nombres.

—Por supuesto que sí, Reese. Sigue repitiéndote eso, tal vez en algún momento te lo creas. Vamos a por el siguiente número.

Aprieto los puños y me quedo con las ganas de insultarlo por su jodido egocentrismo. Podría negar en rotundo su afirmación, pero mi padre me enseñó que no debo decir mentiras, y menos cuando es probable que no logre mantenerlas si me pone a prueba.

Wade

«Mujer ejemplar, ¿dónde se hallará? ¡Es más valiosa que las piedras preciosas!». «Proverbios 31:10».

Pasamos toda la mañana encerrados en el despacho principal de la mansión Sutton, inmersos en llamadas telefónicas, listas de socios, comentarios mordaces y provocaciones nada disimuladas. Mentiría si dijese que no disfruto de cada segundo al lado de Reese. Es divertida, espontanea, inteligente y le cuesta mantener la boca cerrada. No obstante, no es capaz de reconocer ninguna de las voces que escucha, y cuando empieza a dudar de su propia memoria, decido que ha llegado el momento de hacer una pausa para comer.

—¡No! Sigamos un rato más. Este último me suena un poco —se queja.

—Reese, no me sirve que te suene un poco. Tienes que estar totalmente segura.

Bufa con fuerza y se pone en pie.

—Era de noche y estaba subida a un árbol viendo como tres tipos a los que no pude verles las caras violaban a una pobre chica. Perdón si no soy lo bastante precisa en mis descripciones, es que estaba luchando por mi jodida vida —dice en tono sarcástico.

—No es necesario usar ese lenguaje. —Me levanto y abotono mi chaqueta antes de caminar en su dirección—. Después de comer podrás dormir unas horas. Tal vez te sientas menos irritable tras descansar.

—Eres tú quien me irrita, no la falta de sueño —replica, haciendo alarde una vez más de su valentía y estupidez.

A esta chica nadie le ha enseñado a no empezar una pelea que no puede ganar, y eso es un gran problema.

—Reese, no voy a entrar en un nuevo debate. Si quieres dormir hazlo, y si no quieres pues lee o ve la televisión. Yo pasaré la tarde fuera.

—Dijiste que Nancy se estaba encargando del trabajo pendiente.

—Y así es. He cancelado mi agenda de los próximos días para centrarme en buscar a tu amiga.

—Entonces, ¿a dónde vas?

—Al club. He citado al gerente allí y hablaré por videollamada con los responsables del resto de clubes. Se supone que es solo una reunión de rutina, pero aprovecharé para indagar un poco.

—¿Todos los socios acuden a los clubs aparte de las cacerías?

—No. Algunos nunca han participado en una cacería y otros prefieren la comodidad de los clubs, pero no está de más hacer algunas preguntas. Si algún socio se ha propasado con chicas de algún club, puede que también lo haga en las cacerías.

—Sí, eso tiene sentido —comenta, mordiéndose el interior de la mejilla con gesto pensativo—. Iré contigo.

—No, tú te quedas. Aún hay alguien intentando matarte, ¿recuerdas? La mansión es el sitio más seguro para ti.

—Wade, no puedes encerrarme aquí.

Inspiro hondo por la nariz y me preparo para una nueva batalla verbal. Me cabrea tener que justificarme, sin embargo, esa forma que tiene Reese de llevarme la contraria en todo también resulta muy excitante. Nunca nadie se ha enfrentado tanto a mí.

—Puedo hacerlo y lo haré. No es discutible —zanjo.

La sonrisa sarcástica y burlona que esboza me da una pista de lo que está a punto de hacer, que no es otra cosa que rebelarse ante mi orden.

—Creo que no estás pensando con claridad. ¿Sabes con quién hablas? Puedo salir de este sitio cuando me apetezca y sin que nadie lo note.

—Hay cámaras y hombres armados por todo el perímetro, Reese. La mansión es una fortaleza.

—He salido y entrado en fortalezas más vigiladas que esta. ¿Quieres que te lo demuestre?

Arqueo una ceja, sonriendo de medio lado, y busco su mirada.

—¿Quién está siendo arrogante ahora?

—Soy realista. Un puñado de hombres y cámaras de vigilancia no pueden retenerme aquí en contra de mi voluntad.

Estoy a punto de imponer mi voluntad por las malas, pero antes de decir algo que logre provocarla, tomo la decisión de apaciguar los ánimos. Cederé en esta ocasión, pero no como ella quiere.

—Entonces, por una vez, solo hazme caso. Cuando llegue te contaré todo lo que suceda en la reunión. Es más, te daré las grabaciones de la videollamada para que tú misma puedas ver y escuchar lo que vamos a hablar, pero quédate aquí, a salvo.

—¿Por qué te preocupa tanto mi seguridad? Si me matan tendrás un problema menos.

Enderezo la espalda mientras me ajusto el nudo de la corbata con gesto serio.

—Podrás morir cuando haya saldado mi deuda. Hasta entonces, nadie va a ponerte un dedo encima.

Reese pone los ojos en blanco y se cruza de brazos.

—Eres todo un caballero, Sutton —masculla en voz baja.

—¿Has llegado a esa conclusión por mi acento? —Esbozo una sonrisa ladeada y estrecha la mirada sobre mí.

—No te hagas el gracioso. Ambos sabemos que no lo eres. —Suspira y da una palmada sonora—. Está bien. ¿Qué se puede comer por aquí? Estoy hambrienta.

Echo un vistazo a mi reloj de pulsera antes de responder.

—Acompáñame. Nos hemos saltado la hora del almuerzo, pero haré que nos preparen algo rápido.

Capítulo 58

Reese

Tras comer un par de sándwiches y que una de las chicas del servicio me acompañe al dormitorio que voy a ocupar, paso un buen rato intentando descansar, pero solo logro frustrarme y decido dar una vuelta por la casa. Antes de irse, Wade me advirtió que no saliera de la propiedad, aunque no dijo nada de investigar por mi cuenta las estancias interiores. Empiezo por la planta superior, donde están las habitaciones. Hay varias puertas cerradas con llave. Podría forzar las cerraduras, sin embargo, decido no hacerlo. Encuentro un despacho, más dormitorios de los que soy capaz de contar con vestidores y baños incluidos, dos baños completos más a los que se acceden desde cada pasillo y una especie de sala de juegos con pantalla gigante y máquinas recreativas. La casa es inmensa, tanto que cuando quiero darme cuenta ya no sé dónde estoy.

Tras más de media hora perdida, encuentro la escalera doble que lleva a la planta principal. Desciendo con cuidado y no tardo en encontrarme con varias chicas del servicio y algunos miembros del equipo de seguridad. Por un momento pienso que van a llamarme la atención por merodear por la casa sin permiso, pero solo me saludan de manera escueta y siguen su camino.

Termino de bajar las escaleras, y al entrar en la sala de estar por la que pasé nada más llegar veo a una niña pequeña, de tez morena y cabello rizado, sentada en uno de los enormes sofás de diseño. Al

escucharme, alza la cabeza de la muñeca que lleva sobre el regazo y sonríe.

—Hola, ¿quién eres? —pregunta.

—Eh… Reese —contesto dubitativa—. ¿Quién eres tú?

La niña se pone en pie y se alisa el vestido azul claro que lleva puesto antes de sonreírme de nuevo.

—Ashley Sutton. —Hace una especie de media reverencia y vuelve a enderezarse.

Sonrío. Es una niña preciosa.

—Encantada —murmuro, e imito su gesto.

Ambas reímos y la niña vuelve a tomar asiento en el sofá.

—Si buscas a mi papá, no está.

Frunzo el ceño. ¿Su papá? ¡Espera! ¡¿Ha dicho que su apellido es Sutton?! No será hija de… La repaso con la mirada y sacudo la cabeza de un lado a otro. Por sus rasgos, especialmente el color de piel, lo más probable es que sea hija de Xander. Es curioso porque, cuando estuve investigando a los Sutton, no recuerdo haber visto en ningún lado que Xander tiene una hija, aunque, para ser sincera, tampoco me centré demasiado en la historia familiar.

—En realidad, soy una especie de invitada de Wade.

—¡¿El tío Wade?! —exclama, y sonrisa se expande—. ¿Eres su amiga? ¿Su novia?

—Nada de eso. Solo me está ayudando a resolver un problema, por eso me quedaré aquí unos días. Espero no molestarte.

—Depende… —Arquea una ceja y ladea la cabeza hacia un lado—. ¿Te gusta jugar con muñecas? Dona nunca quiere jugar conmigo.

—¿Quién es Dona? —pregunto mientras tomo asiento a su lado. Enseguida me tiende la muñeca y la dejo sobre mi regazo.

—Mi cuidadora. —Mira a un lado y a otro antes de acercar su boca a mi oreja—. Yo la llamo Brujona, pero no se lo cuentes a nadie —susurra.

Río y niego con la cabeza.

—Tranquila, soy una tumba —digo en su mismo tono.

Las siguientes horas las paso jugando con muñecas, tazas de té en miniatura vacías y algunos animales de peluche mientras le sonsaco a la pequeña toda la información que soy capaz. Descubro que, en efecto, es hija de Xander Sutton y tiene seis años. Al preguntar por su madre, enseguida cambia de tema para no contestar, por lo tanto, decido no insistir.

Ashley, o Ash, que es como todos la llaman, es una fuente inagotable de energía. Me muestra parte de los jardines que rodean la casa y después su habitación. En poco tiempo, me veo sentada frente a una mesa bajita, con un sombrero de copa sobre la cabeza, pajarita y una taza de té de mentira en la mano que Ash me acaba de servir.

—¿Está rico el té, señorita Kennedy? —pregunta, y me río porque está haciendo una imitación realmente buena del acento británico.

—Exquisito, señorita Sutton. ¿Puedo tomar un poco más? —respondo, siguiendo la broma.

—Oh, no. El señor Rosco se lo ha terminado. —Señala al oso de peluche que está a mi derecha—. Ordenaré que preparen más de inmediato.

Casi me echo a reír de nuevo. Está claro que los rasgos físicos son de Xander, pero esa arrogancia y la forma de expresarse la ha aprendido de su tío.

—Es una pena que no quede nada de té para mí —la voz de Wade, con ese acento marcado, me sobresalta y giro la cabeza en dirección a la puerta con la velocidad de un látigo.

Lo encuentro en el umbral, con un hombro apoyado en el marco y las manos en los bolsillos del pantalón. Arquea una ceja en mi dirección y noto que está conteniendo la risa, probablemente por mis pintas. En vez de avergonzarme, alzo la ridícula taza de té en su dirección y finjo beber.

—¡Tío Wade! —Ashley sale corriendo y casi se me cae la mandíbula al ver como Wade se agacha para cogerla en brazos y

abrazarla.

—¿Te lo estás pasando bien, peque? —le pregunta, acomodándola en su cadera.

La niña se sujeta a su cuello y asiente, sonriendo de oreja a oreja.

—Reese ha jugado conmigo toda la tarde. Ya me ha dicho que no es tu amiga ni tu novia.

Wade me mira a mí con una ceja arqueada.

—No, no lo es.

—¿Quieres jugar con nosotras?

Wade la deja en el suelo y acaricia sus rizos oscuros con la mano.

—Tal vez en otro momento, peque. Ahora ve a lavarte las manos. Enseguida vamos a cenar.

—¿Papá ha llegado?

—Sí, está abajo. Date prisa.

—¿Reese va a cenar con nosotros? —Wade asiente y la niña corre hacia mí, me da un beso rápido en la mejilla y sale corriendo de la habitación.

En cuanto nos quedamos solos, busco su mirada y él sigue sonriendo, no ha dejado de hacerlo desde que abrazó a su sobrina.

—Bonito sombrero —susurra.

Me lo quito y lo dejo sobre la pequeña mesa antes de ponerme en pie.

—Bonita sonrisa. Casi no te reconozco con ella puesta. ¿El secreto para ponerte de buen humor es ser una niña de seis años?

Se queda callado unos segundos mientras recupera su habitual expresión neutra.

—Crees que soy un cabrón sin sentimientos, ¿verdad?

—Lo has dicho tú —respondo, encogiéndome de hombros.

Wade exhala despacio y se ajusta los puños de la camisa sin mirarme.

—Tal vez tengas razón, pero Ashley es mi sobrina, prácticamente la vi nacer. Hasta los cabrones insensibles necesitamos a alguien a quien querer. —La última frase es solo un murmuro casi inaudible.

Carraspeo y decido cambiar de tema. Lo último que necesito ahora mismo es sentir pena o compasión por él.

—¿Cómo ha ido la reunión?

—Mal. Nadie ha visto ni escuchado nada extraño en ninguno de los clubs.

—¿Eso qué significa?

Vuelve a mirarme y exhala de nuevo por la boca.

—Que estamos en el punto de partida, pero he tenido una idea. Ya que lo de las llamadas no está funcionado, creo que lo mejor será centrarnos en tu amiga. Tenemos que averiguar cómo llego hasta la Sociedad del Escorpión. ¿Quién la invitó a ser una presa?

—¿Solo se puede acceder a las cacerías por invitación?

—Sí. Bueno, hay más formas. Después de leer el informe policial del caso de Rose, y con lo que tú me has contado de ella, sospecho que contactaron con ella por esa página web en la que compartía contenido para adultos.

—Lo he comprobado. Entré en su cuenta y no hay nada. Solo peticiones extrañas de un montón de salidos *chupapies*. —Arquea una ceja y niego con la cabeza—. No preguntes. Hay gente muy rara en internet.

—Me hago una idea.

—Sí, me lo imagino. —Meto las manos en los bolsillos traseros de mis vaqueros ajustados y veo como se ajusta la corbata. Enseguida detecto ese gesto como una señal de nerviosismo—. ¿Pasa algo más? ¿Ian está bien?

—Dagger lo dejó en su apartamento anoche. ¿Por qué preguntas por él? No me digas que ya lo echas de menos.

—Es posible —respondo, encogiéndome de hombros.

Wade estrecha la mirada sobre mí.

—¿Sientes algo por él, Reese? ¿Es tu amante?

Alzo la barbilla de manera altiva y esbozo un amago de sonrisa.

—No contestaré a ninguna pregunta sobre mi vida privada. Ese es el trato, Sutton.

—Bien, entonces centrémonos en tu… amigo de una forma menos personal. ¿Hace cuánto tiempo lo conoces? ¿Se lleva bien con Rose?

—¡¿Qué?! ¿De qué lo estás acusando?

—No lo acuso. Aunque es bastante curioso que tu amiga desaparezca, supuestamente a manos de la misma Sociedad para la que trabaja ese chico. ¿No crees que es demasiada casualidad?

—No. Confío en Ian.

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho él para ganarse tu confianza?

Me acerco en un par de zancadas y clavo mi mirada en la suya.

—Puedo decirte lo que no ha hecho. Él nunca me ha forzado a hacer nada que yo no quiera, nunca me ha perseguido por el bosque para violarme y tampoco me ha obligado a convertirme en su juguete sexual. ¿Quieres saber cómo puedes ganarte mi confianza, Wade? —Respiro hondo y clavo el dedo índice en su pecho con rabia —. Vuelve a nacer y conviértete en un hombre decente, sin esas putas perversiones enfermas que rondan en tu cabeza en todo momento. Solo así podrás lograrlo.

No responde, solo me observa inmóvil e inexpresivo mientras yo retrocedo un par de pasos.

—Vamos a cenar. Ya llegamos tarde —dice tras unos segundos y, tras dar media vuelta, sale de la habitación a toda prisa.

Suspiro con fuerza viendo cómo se aleja por el pasillo. El enmascarado, el hombre de negocios insensible y ahora esta nueva faceta de tío cariñoso y divertido. A cada minuto me pregunto cuál de todas esas personalidades es la verdadera. Me pinzo el puente de la nariz y niego con la cabeza. Tal vez todas lo sean, al fin y al cabo, Wade Sutton no parece estar demasiado equilibrado. Cualquiera que hace lo que él no puede estar bien de la cabeza.

Capítulo 59

Wade

«Si alguien afirma: "Yo amo a Dios", pero odia a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto». «1 Juan 4:20».

«Él nunca me ha forzado a hacer nada que yo no quiera, nunca me ha perseguido por el bosque para violarme y tampoco me ha obligado a convertirme en su juguete sexual». «Vuelve a nacer y conviértete en un hombre decente, sin esas putas perversiones enfermas que rondan en tu cabeza en todo momento».

Tenso los músculos de las piernas y aguanto la punzada de dolor. Me lo merezco. Reese tiene razón, soy un puto enfermo que no debería tener permitido acercarse a ninguna mujer.

—Wade. —Alzo la vista y compruebo que mi hermano me está mirando con el ceño fruncido—. ¿Qué te ocurre? No has probado la comida.

Bajo la mirada a mi plato lleno y lo aparto con la mano.

—No tengo hambre.

Se hace el silencio en el comedor hasta que Ashley lo rompe preguntándole a Reese si le gusta el filete.

—Está delicioso —responde sonriendo.

La niña se queda satisfecha con la contestación y sigue comiendo en silencio mientras yo observo la sala.

—¿Dónde está Ren? ¿Por qué no ha venido a cenar? —inquiero.

—Últimamente no pasa mucho por aquí, pero su supervisor dice que está haciendo un buen trabajo. Fue una gran idea darle trabajo en el casino —comenta mi hermano.

—En parte me alegra que no venga a casa muy seguido. Al menos hasta que no se centre, no es un buen ejemplo para Ashley.

Xander niega con la cabeza y clava el tenedor en su filete con más fuerza de la necesaria.

—Tiene gracia que justo tú digas eso —murmura en voz baja.

—¿A qué te refieres?

Alza la cabeza de golpe y señala a Reese con la barbilla.

—¿Crees que meter en nuestra casa a una ladrona mentirosa es un buen ejemplo para tu sobrina?

—¡Oye, yo no estoy aquí por mi propia voluntad! —salta Reese.

—Ya, claro. Tampoco te metiste en el hotel y en nuestras vidas por tu propia voluntad, ¿verdad, bonita?

Reese está a punto de responderle, pero me adelanto.

—Que yo sepa, apenas le diriges la palabra a tu propia hija y la ves como mucho una hora al día. ¿Vas a darme tú lecciones sobre lo que es mejor o peor para ella? Antes aprende a ser un buen padre.

Xander se levanta de golpe, haciendo que la silla caiga hacia atrás, y golpea la superficie de la mesa con el puño. Su mirada es amenazante, todo su cuerpo destila furia y agresividad. Me pongo en pie despacio y sin hacer movimientos bruscos, me ajusto el nudo de la corbata y lo miro con dureza.

—Sal de aquí —ordeno.

—¿Y si pruebas a echarme tú? —me provoca.

—Xander, hablo en serio. No quieres hacer esto delante de tu hija. Vete. Ahora.

Tras echar un vistazo en dirección a la niña, que se ha encogido en el costado de Reese, mi hermano golpea de nuevo la mesa con el

puño y abandona el comedor maldiciendo en voz baja. Cuando al fin se ha ido, exhalo despacio por la boca. «Eso ha estado cerca».

—Tío Wade, tienes sangre —dirijo la mirada a Ashley y compruebo que está señalando mi pierna.

Al bajar la mirada, veo como una pequeña mancha de sangre empapa la tela del pantalón gris de traje a la altura de mi muslo derecho.

—Peque, si ya has terminado, ve a buscar a Dona para que te ayude con el pijama. Es hora de irse a la cama.

—Pero…

—Haz lo que te digo, Ashley —ordeno en un tono más duro.

La pequeña se despide de Reese con un abrazo fugaz y se marcha corriendo.

—¿Qué te pasa en la pierna? —pregunta Reese en cuanto nos quedamos solos.

—Nada.

—Es sangre, Wade. La sangre nunca es nada. ¿Estás bien? ¿Te has golpeado con algo?

Tomo una respiración profunda y le lanzo una mirada poco amigable.

—Empiezo a pensar que ese tipo del despacho tenía razón en querer matarte. No te metas en asuntos ajenos. —Lanzo la servilleta sobre la mesa y yo también me voy.

Reese

Tras la desastrosa cena me retiro a mi dormitorio, debería dormir, llego a intentarlo, sin embargo, no soy capaz de sacarme de la cabeza la forma en la que Wade me ha tratado. No fue lo que dijo, sino cómo lo hizo. No había ni rastro de su habitual actitud tranquila e impasible. Estaba cabreado, mucho, de hecho, y no sé por qué. Además, ni siquiera hablamos sobre el siguiente paso que vamos a

dar en la investigación. ¿Seguiremos con las llamadas por la mañana?

Miro hacia la puerta cerrada de mi habitación y suspiro. Es una buena razón para ir a buscarlo, ¿no? También podría ser considerada una excusa, pero eso nadie tiene por qué saberlo. Es más, yo misma, cuando salgo al pasillo, ya lo he borrado de mi mente.

Me dirijo a la zona donde encontré varias puertas cerradas por la tarde. Me aventuro a suponer que tras alguna de ellas encontraré el dormitorio de Wade. Me detengo frente a la primera, y tras tomar una respiración profunda, toco con los nudillos a la madera y espero. Escucho unas pisadas acercándose y la puerta se abre de golpe, pero no es Wade quien aparece.

—¿Qué demonios quieres? —inquiere Xander con el ceño fruncido. Tiene toda la pinta de que aún no se le ha pasado el cabreo de hace un rato.

Podría disculparme y marcharme sin más, sin embargo, como siempre me ocurre en los momentos menos indicados, mi parte peleona decide tomar el control. Alzo la barbilla, enderezo la espalda y lo miro entrecerrando los ojos.

—Buenas noches a ti también, Xander. ¿Sabes dónde puedo encontrar a tu hermano?

—¿A cuál de los dos? Porque no hace mucho estabas coqueteando con Ren y ahora apareces aquí con Wade. —Esboza una falsa sonrisa y apoya el antebrazo contra el marco de la puerta con actitud chulesca—. ¿Es una especie de reto para saber cuál de los tres hermanos Sutton te lo hace mejor?

—¡Oye, ¿qué puto problema tienes conmigo?! —exclamo, perdiendo la poca paciencia que aún me quedaba.

—Tú eres mi problema y lo que estás haciendo con mi hermano.

—¡¿Con Wade?! ¡Fue él quien me trajo aquí casi obligada! Te aseguro que, si tuviese otra opción, estaría muy lejos de esta casa.

Maldice entre dientes y se pinza el puente de la nariz.

—Y ese es el maldito problema —masculla en voz baja—. ¿De verdad no sabes lo que estás haciendo? ¿Eres tan idiota como para…?

—¡Ey! Suficiente —lo corto—. No voy a quedarme aquí mientras me insultas Dios sabrá por qué motivo. He intentado resolver lo que sea que tengas en mi contra, pero ha sido un error.

—¡El error es no pensar ni un segundo en el desastre que vas a dejar a tu espalda cuando te largues, maldición! —Bufa con fuerza y, tras negar con la cabeza, vuelve a mirarme directo a los ojos—. ¿Sabes qué? ¡A la mierda! Si ese imbécil quiere arruinar su vida, que lo haga. Su habitación está al fondo del pasillo, la última puerta de la derecha. —Antes de que pueda decir nada más, me cierra la puerta en la cara de golpe.

Me quedo inmóvil unos segundos, pensando qué demonios le he hecho yo a este hombre para que me trate así, y solo puedo llegar a la conclusión de que debe ser un jodido problema familiar. Los hermanos Sutton son todos unos cabronazos, está claro.

Capítulo 60

Reese

Toco varias veces a la puerta, pero no recibo respuesta. Pienso en marcharme, sin embargo, antes de que pueda darle la orden a mis piernas de que se muevan, ya estoy tirando de la manilla y entrando al dormitorio. Echo un vistazo a mi alrededor y agudizo el oído. Se escucha el sonido de la ducha que viene desde el baño, la puerta está entreabierta. Lo más adecuado sería irme y volver más tarde, pero sigo avanzando hasta que llego al centro de la estancia. Lo observo todo, desde la cama de estilo moderno con una colcha gris sin una sola arruga, los muebles de madera oscura, dos mesitas de noche y una cómoda contra la pared del fondo, encima hay un televisor colgado en la pared que está encendido en el canal de noticias, pero silenciado. Junto a las puertas acristaladas que, por lo que puedo ver llevan a un pequeño balcón o terraza, hay un sofá de dos plazas, frente al sofá, una mesa baja con un libro y varios papeles esparcidos sobre ella.

Mientras sigo escuchando el sonido del agua al caer, un objeto que hay sobre una de las mesitas llama mi atención. Me acerco y lo agarro, es un crucifijo de madera pulida en color negro, los bordes son redondos y muy suaves. «Un crucifijo, ¿por qué será que no me sorprende?», pienso, y lo dejo en su lugar. Me desplazo hacia la zona donde está el sofá, agarro el libro y le doy la vuelta para ver el título.

—El diario de Dorian Grey —murmuro, poniendo los ojos en blanco.

Suelto el libro y sigo cotilleando. Los papeles parecen recortes de periódicos viejos. Leo en silencio los titulares:

«El Monstruo de Birmingham confiesa más de setenta crímenes tras su paso por la corte».

«El juicio del horror: comienza el proceso contra Jack Alexander Davies, más conocido como el monstruo de Birmingham».

«Davies escogía a sus víctimas con semanas de antelación».

«El mapa del horror: trazan el recorrido criminal de Davies por todo el West Midlands».

«Violación, tortura y muerte: las víctimas olvidadas de Jack Davies».

«Davies mantenía cautivas a sus víctimas durante semanas, algunas incluso meses, antes de matarlas».

«Una rutina de terror: cómo Jack Davies convertía a cada víctima en un trofeo de sumisión».

«Le gustaba verlas suplicar: revelan detalles sádicos del patrón de Jack Davies».

Dejo de escuchar el sonido del agua y lanzo los papeles sobre la mesa con nerviosismo. No sé quién demonios es ese tal Jack Davies, pero que Wade tenga esos recortes en su dormitorio me produce escalofríos. ¿Y si de verdad estoy bajo el mismo techo que un perturbado mental?

Me muevo deprisa. Mi intención es salir de la habitación sin que Wade me vea, pero al pasar junto a la cama me fijo en un objeto que hay sobre ella. No lo había visto antes. Me detengo y lo cojo para inspeccionarlo. Es una especie de correa de cuero, como una pulsera, pero más ancha y larga. Por la parte interior lleva pinchos de metal y algunos están manchados de sangre.

—¡¿Pero qué…? —Me giro a toda prisa al escucharlo detrás de mí y la correa se me escurre entre las manos. Wade, vestido solo con un albornoz negro y con el pelo húmedo, baja la mirada al suelo y frunce el ceño—. ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta.

Su tono de voz es agresivo, aunque no se mueve ni un centímetro. Carraspeo y me encojo de hombros.

—Toqué a la puerta, pero nadie me abrió.

—¿Y eso te da derecho a entrar y husmear entre mis cosas?

—No estaba husmeando. Yo… —Bufo con fuerza y niego con la cabeza—. Da igual, es mejor que me vaya.

Me agacho para recoger la correa del suelo, y cuando me estoy levantando lo veo moverse hacia mí. Alzo la vista y justo en ese instante el albornoz se abre un poco por el movimiento de sus piernas y puedo ver una línea de puntos rodeando su muslo derecho. Me enderezo del todo y vuelvo a mirar la correa que tengo entre las manos, la sangre… Los pinchos del interior crean el mismo patrón de puntos que está en su piel.

—¿Esto es lo que te ha hecho sangrar? —pregunto sin pensar, extendiendo la correa en su dirección.

Me arrebata el artefacto de la mano y me lanza una mirada furiosa.

—Vete de aquí, Reese. Ahora.

Doy un paso hacia la puerta, pero me giro de nuevo y busco su mirada.

—¡No! ¿Por qué usas esa cosa? ¿Por qué te haces daño? El crucifijo en la mesita de noche, esas púas en la piel… ¿Crees que si sufres vas a estar más cerca de Dios o algo así?

Exhala con fuerza y su expresión se suaviza. Deja la correa sobre la cómoda antes de girarse de nuevo en mi dirección.

—No tiene nada que ver con Dios. Esto es algo que debo hacer por mí mismo.

—Esa correa…

—Es un cilicio —me corta—. Un instrumento de penitencia. El dolor me ayuda a ser más consecuente con mis malas acciones. Si haces daño a alguien, debes pagarlo.

—¿A alguien? —Abro mucho los ojos con sorpresa cuando acuden a mi mente varias frases que me ha dicho en los últimos días: «Tengo una deuda contigo». «Te hice daño. No importa si fue una confusión o algo premeditado, aun así, te lastimé y debo enmendar mi error»—. ¿Esto lo haces por mí? —pregunto con la voz entrecortada.

—Por lo que te hice. Debo redimir mis pecados, Reese. El dolor se paga con dolor.

—Dolor. —Asiente con gesto serio y doy un paso hacia él y después otro—. Lo que yo sentí en la cacería no tuvo nada de doloroso. Mírame, no me hiciste ni un rasguño. Tampoco en el club. Nunca podrás saber qué es lo que se siente cuando te arrebatan la voluntad y te conviertes en una muñeca en manos de otra persona. Eso es lo que hiciste conmigo, lo mismo que haces con todas esas chicas.

—Nunca he forzado a nadie que no me haya dado antes su consentimiento para hacerlo. Lo tuyo fue un error.

—¡Pero lo disfrutas, joder! Eres un puto enfermo que encuentra placer sexual en una violación. ¡Santo Cristo, mira a dónde te ha llevado todo eso! Tienes que autolesionarte para saber… ¿El qué exactamente?

—Lo intento, Reese. Llevo toda la vida luchando contra mi naturaleza. —Aparta la mirada y niega con la cabeza—. Da igual, no lo entenderías.

—¿Quieres saber qué es lo que se siente? —siseo entre dientes. Inspiro hondo por la nariz y me acerco más a él—. ¿Quieres que te lo demuestre? —Wade tensa la mandíbula y asiente—. Bien, dijiste que no me tocarías a menos que te diera mi consentimiento.

—No lo haré.

—Pues recuerda que no te lo he dado. —Me aparto y señalo el sofá con un gesto de mi barbilla—. Siéntate ahí.

Mientras lo veo ir hacia el sofá, contengo el aliento y me pregunto a mí misma qué demonios estoy haciendo. Mi mente no deja de gritarme que me marche sin mirar atrás. Wade es una causa perdida, un enfermo sin solución, y lo que voy a hacer no cambiará nada, sin embargo, una parte de mí, la más mezquina y vengativa necesita esto, darle una probada de su propia medicina.

Capítulo 61

Wade

«Bienaventurados los que lloran, pues ellos serán consolados». «Mateo 5:4»

Me dejo caer sobre el sofá y miro a Reese con curiosidad. Ella no debería haber visto el cilicio ni las marcas en mi muslo, eso es algo que solo me incumbe a mí, sin embargo, siento una especie de alivio por el hecho de que haya conocido esa parte de mí y aún siga aquí, conmigo. La observo mientras se acerca. Lleva puesto un pantalón de algodón ajustado y una camiseta de manga corta, nada de látex, cuero, encaje o seda, y aun así es la mujer más hermosa y sensual que he conocido jamás.

Se detiene justo delante de mí y coloca las manos sobre mis hombros. Busco su mirada, confuso. ¿Por qué me toca? Yo he estado evitando cualquier contacto desde que hicimos el trato, ni siquiera un roce casual. He mantenido mi promesa.

—¿Qué es lo que pretendes? —pregunto en voz baja.

Me empuja hacia atrás con fuerza hasta que quedo recostado contra el respaldo del sofá y después agarra las solapas de mi albornoz con ambas manos.

—Voy a demostrarte qué se siente cuando te obligan a hacer algo que no quieres.

—No. —Intuyo su intención y la sujeto por las muñecas cuando está a punto de abrir el albornoz.

—¿No? ¿Esa palabra alguna vez te ha detenido cuando persigues a las chicas por el bosque, Wade?

—Solo con las que llevan las pulseras ama…

—¡Deja las putas pulseras! —exclama, y con un movimiento rápido se sienta a horcajadas sobre mi regazo—. Aquí no hay pulseras ni códigos de colores. Si quieres saber lo que se siente, deja que te lo demuestre y aparta tus jodidas manos de mí. No te he dado permiso para que me toques.

Me planteo apartarla y exigirle que se marche. Sé que lo que está a punto de ocurrir no va a ser agradable, lo puedo ver en la rabia que desprenden sus palabras y por la forma en la que sus ojos brillan con furia contenida. «El cuerpo ha de enfrentarse a las buenas obras y estas deben ser dolorosas». Esa voz en mi cabeza me desarma por completo.

—Tú ganas —susurro.

Dejo caer las manos y al instante siguiente Reese abre el albornoz de un tirón, dejando mi cuerpo desnudo al descubierto. No aparto la vista de su rostro mientras ella baja la mirada. Sus ojos se abren más y una expresión de sorpresa se va dibujando en sus facciones.

—¡Santo Cristo! —masculla.

Aprieto la mandíbula y cierro los ojos con fuerza.

—No blasfemes —siseo entre dientes.

Hay un momento de silencio en el que mantengo los ojos cerrados para no tener que ver su reacción. Entonces, cuando estoy seguro de que no tardará en irse corriendo por lo que acaba de descubrir, siento sus dedos sobre mi clavícula. Exhalo despacio y abro los ojos poco a poco. Reese desliza el dedo índice por encima de la cicatriz en forma de cruz que llega hasta mi pecho. Una de las muchas que cubren casi la totalidad de mi cuerpo.

—¿Esto también te lo has hecho tú? —pregunta con un hilo de voz.

Regresa su mirada a la mía y suspiro.

—¿Qué importa eso?

Carraspea y sigue repasando la piel rugosa con las puntas de los dedos.

—¿Son quemaduras? —Asiento, y al inspirar por la nariz casi puedo recordar el aroma a piel y pelos quemados, incluso lo saboreo en el fondo de mi garganta.

También hay cicatrices de cortes, y alrededor de mis muslos y brazos están las marcas que han dejado el uso de distintos cilicios.

—No quiero ni necesito tu compasión —murmuro sin dejar de mirarla a los ojos.

Toma una respiración profunda y sube las manos hasta mi cuello, lo rodea y me obliga a echar la cabeza hacia atrás.

—Créeme, no me inspiras ni una pizca de compasión. —Se pega más a mí, haciendo que mi miembro en reposo encaje en su centro y empieza a moverse de delante hacia atrás con lentitud.

—¿A qué estás jugando? —siseo intentando contenerme, pero soy incapaz de detener la inminente erección de mi polla.

—Los juegos son lo tuyo, Wade. Yo nunca quise jugar. —Se mueve más rápido, rozándose con descaro, y me contengo para no gemir al notar el calor de su sexo a través de la tela fina de algodón.

—Detente —susurro.

—Esto es lo que se siente cuando no te dan opción a elegir, cuando te arrebatan la voluntad. —Me abraza por el cuello para impulsarse con más fuerza y cuando tira del pelo de mi nuca se me escapa un gruñido, mezcla entre dolor y placer—. No te gusta ser quien cede el control, ¿verdad? Sentirte tan expuesto e indefenso es aterrador.

—Reese, por favor —farfullo, y me agarro con fuerza a los cojines del sofá.

—¿Quieres tocarme? —Asiento con el pulso acelerado y unas ganas terribles de hundirme en su interior. Reese acerca su rostro al mío—. ¿Quieres besarme? —susurra contra mis labios.

—Sí —respondo con un nuevo gruñido.

—Pues eso es lo que se siente. Mientras te arrebatan tu dignidad, tus emociones y todo lo que eres, no dejas de pensar en que tal vez, si haces todo lo que te piden, te den tu tan ansiada liberación, pero ¿sabes qué? —No respondo. Solo estrujo los cojines para contener el impulso de poner mis manos sobre ella y contengo las ganas de correrme. De pronto, detiene sus movimientos y me sujeta el rostro con ambas manos—. No hay liberación, Wade. Después de pasar por toda esa mierda ya no hay vuelta atrás. Sabes que en el fondo nunca podrás volver a confiar en un hombre porque cualquiera podría ser un puto enfermo y violador sin escrúpulos.

Me empuja con fuerza por el pecho y se baja de mi regazo a toda prisa mientras yo aún intento averiguar qué demonios acaba de suceder. De pie frente a mí, Reese me mira con odio y alza la barbilla de manera desafiante.

—Reese… —susurro sin aliento y con el pecho subiendo y bajando con violencia.

—Ahora ya sabes lo que se siente cuando alguien toma algo de ti sin tu consentimiento. Fin de la puta lección. —Da media vuelta y se marcha a toda prisa en dirección a la salida.

Estoy a punto de detenerla, de pedirle que se quede y me deje disculparme de nuevo por todo lo que he hecho, pero sé que no servirá de nada. Ella necesitaba esto, tenía que sacar toda esa rabia que la consume. La puerta se cierra con un estruendo y echo la cabeza hacia atrás, aún con la respiración alterada. Me quedo unos segundos mirando el techo y noto mi rostro húmedo, al tocarlo me doy cuenta de que estoy llorando y ni siquiera sé por qué lo hago. ¿Por ella? ¿Por su sufrimiento? ¿Por todas esas veces que me he repetido a mí mismo que no soy un monstruo? Reese cree que lo soy, por lo tanto, tal vez me haya convertido en uno.

Capítulo 62

Reese

Mientras desciendo por las escaleras hacia la planta principal de la mansión, no puedo dejar de pensar en lo que ocurrió anoche. Ni siquiera sé por qué monté todo ese numerito. Al principio solo quería darle una lección a Wade, pero cuando estuve ahí, mirándolo a los ojos, sentí una oleada de ira irrefrenable. Supongo que tarde o temprano tenía que suceder. Desde la cacería no me he permitido a mí misma pensar demasiado en lo que tuve que vivir esa semana y tampoco en el incidente del club. Me limité a reprimirlo todo y seguir buscando a Rose sin descanso, sin embargo, toda esa mierda estaba ahí, latente, esperando un desencadenante para salir a la luz.

Creo que ver las cicatrices de Wade fue lo que me llevó a ese estado de rabia. El crucifijo, sus autolesiones, esos recortes de periódico… Por momentos me lo imaginaba a él, fuera de sí, persiguiendo a chicas por el bosque con la máscara puesta y haciéndoles todo lo que ese tal Jack Davies les hacía a sus víctimas.

Tras lograr dormir un par de horas, esta mañana he despertado con la mente un poco más clara y un peso menos sobre mi espalda. Sé que me excedí. Me siento arrepentida y puede que tal vez un poco culpable también, o mucho. No tenía ningún derecho a tratarlo de ese modo. He visto el contrato que Rose firmó. Todas esas chicas acuden a las cacerías y a los clubs por su propia voluntad, y aunque no entiendo por qué hacen algo así, no soy nadie para juzgarlas y

tampoco a los cazadores, a excepción del cabrón del arroyo, por supuesto.

Encuentro a Ashley en el comedor desayunando con su cuidadora, y tras preguntarle a esta última por Wade, me indica que me está esperando en el despacho. Ni siquiera me tomo un café antes de ir a su encuentro. Mi padre me dio muchas lecciones sobre atracos durante mi infancia y adolescencia, pero eso no fue sobre lo único que me enseñó. La mejor manera de dejar de sentir culpa es admitir tu error y disculparte con cualquiera que pueda haber salido dañado, y eso es precisamente lo que pretendo hacer.

Me detengo frente a la puerta del despacho y, tras tocar un par de veces, Wade me da paso desde el interior. Tomo una respiración profunda antes de adentrarme en la estancia. Lo encuentro tras su mesa, enfrascado en la lectura de lo que parecen ser unos documentos. Ni siquiera alza la vista al escucharme entrar.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días. Toma asiento, por favor. —Su tono es neutro y desprovisto de cualquier emoción.

Hago lo que me pide y lo observo mientras él sigue ignorándome. Ni siquiera me molesta su actitud. Es solo Wade Sutton comportándose como él mismo.

—Wade, lo que pasó anoche… —empiezo a decir tras un buen rato en silencio.

—He hecho una nueva lista —me corta, y me tiende una carpeta sin mirarme—. Los nombres marcados en azul son los que has dudado, los verdes los que aún no hemos llamado y los rojos los que no han accedido a hablar conmigo.

Está claro que no quiere hablar de lo de anoche. Respiro hondo y decido dejarlo estar. Mucha gente diría que lo que estoy haciendo es un acto de cobardía, yo prefiero llamarlo evasión de conflictos.

—¿Qué va a pasar con estos últimos si no logro reconocer la voz entre los de verde y azul?

Por primera vez dirige su mirada hacia mí e inspira hondo por la nariz.

—Los rojos son los socios más importantes y poderosos de la Sociedad del Escorpión. No acostumbran a aceptar llamadas de cualquiera.

—Creí que tú no eras cualquiera —comento.

—Para ellos lo soy, pero no adelantemos acontecimientos. Antes hay que comprobar los números marcados en verde, y si no hay suerte, buscaré otra forma de ponerme en contacto con ellos.

—¿Esto es lo único que podemos hacer? Porque tengo la sensación de que no vamos a averiguar dónde está Rose haciendo llamadas de teléfono. Ni siquiera estoy segura de ser capaz de reconocer la voz de este tipo.

—Con las llamadas hemos logrado descartar a la gran mayoría de socios que estuvieron en la última cacería. Estamos reduciendo la lista —responde mientras repiquetea con los dedos sobre la superficie de la mesa.

Su anillo con el símbolo de un escorpión brilla por el reflejo del sol que entra por la ventana.

—¿Hay un registro de los que estuvieron allí?

—Por supuesto. También estoy contactando con los vigilantes. Esos son trabajadores externos. Todos firman un contrato de confidencialidad antes de participar en las cacerías y los tenemos localizados.

—Si dudo en ser capaz de reconocer la voz del enmascarado, mucho menos de los otros dos.

—Por eso nos estamos centrando en los socios y no en los vigilantes, pero tengo a alguien haciendo preguntas.

—¿Tu amigo Dagger? —inquiero, haciendo una mueca con los labios. No me gusta nada ese tipo.

—Sí, unos cuantos de sus hombres trabajan como vigilantes para la Sociedad. El problema es que no viven en la ciudad. Dagger ha viajado para averiguar en persona si saben algo de lo que está

pasando en las cacerías. Si Rose no es la única chica que ha desaparecido, puede que la voz se haya corrido entre los vigilantes.

Asiento y enseguida nos ponemos manos a la obra, sin embargo, tras pasar toda la mañana haciendo llamadas, solo logramos agotar la lista. Terminamos con las llamadas con cuatro nombres marcados en azul. Cuatro posibles sospechosos y otros ocho en rojo que no han atendido la llamada.

—¿Y qué va a pasar ahora con los que no han contestado? —pregunto, pinzándome el puente de la nariz.

Wade apenas me ha hablado lo estrictamente necesario durante todas las horas que llevamos encerrados en el despacho. Tiene aspecto de estar agotado, pero se mantiene frío e impasible como de costumbre.

—Supongo que tendré que ir a verlos en persona.

—¿Todos son de Las Vegas? —Niega con la cabeza—. ¿Vamos a viajar?

—Yo lo haré. Tú estás más segura aquí.

—De eso nada.

—Reese, recuerda que hicimos un trato. Yo tomo las decisiones. Grabaré la voz de los socios y te la haré llegar.

—Pero…

—Escúchame bien. Me va a costar mucho dinero y varios favores agendar reuniones con todos estos tipos poderosos. Si vienes conmigo, tendré que dar explicaciones y lo más probable es que no acepten. —Exhala con fuerza y se ajusta el nudo de la corbata—. Te quedas aquí. No es discutible.

Tengo ganas de seguir insistiendo, pero sé que no servirá de nada. Además, entiendo sus razones. Solo espero que entre esos ocho nombres esté el enmascarado que atacó a esa chica en la cacería. «¡Eso es, la chica!».

—¿Sabemos cómo se llama la chica de la cacería? —pregunto, dándole forma a una idea en mi mente.

—¿Qué chica? ¿Hablas de la que se llevaron?

—Sí. Si desapareció sin más tiene que haber una denuncia, ¿no?

—Supongo que sí, pero no sabemos quién es.

—También tienes los datos de las chicas, ¿verdad? En el servidor de la Sociedad están todos sus datos.

—Eso ya lo sabes. Has entrado al servidor, aunque aún no sé cómo obtuviste las credenciales para hacerlo.

—Conozco a alguien que se le da muy bien meterse donde no le llaman.

Me quedo callada esperando su réplica, algo así como: «Alguien como tú», pero esta nunca llega.

—¿Quieres investigar el paradero de todas las presas?

—Me mantendrá entretenida mientras estés fuera. Deja una lista…

—Son demasiados datos. Ya tienes las credenciales y puedes usar mi ordenador. Si encuentras algo, házmelo saber. —Asiento, algo sorprendida. ¿De verdad va a darme acceso total al servidor de la Sociedad?

—¿Cuándo te marchas?

—Hoy. Ahora. Había calculado esta posibilidad, así que le pedí a mi piloto que estuviese atento. En cuanto haga una maleta, salgo hacia el aeropuerto.

—¿Y cuándo vuelves?

—No lo sé —contesta cortante.

—Eh… Bien. Entonces, tenemos un plan —mascullo sin saber muy bien qué más decir.

—Sí, tenemos un plan. —Se ajusta de nuevo el nudo de la corbata sin mirarme—. Puedes irte. Cierra la puerta al salir.

Tardo unos segundos en reaccionar. Quiero disculparme por lo que hice anoche antes de que se vaya, pero con su actitud… ¡Mierda! Me levanto y me dirijo a la salida a grandes zancadas, abro la puerta de un tirón y, cuando estoy a punto de salir, recuerdo la pregunta que llevo días queriendo hacerle.

—¿Por qué un escorpión? —suelto girándome.

Alza la vista y frunce el ceño.

—¿Cómo dices?

—Tu anillo, la Sociedad… ¿por qué ese nombre? Tengo curiosidad.

Wade se recuesta en su sillón y cruza los dedos sobre la mesa en silencio.

—¿Conoces la fábula del escorpión y la rana? —Niego con la cabeza—. Es un viejo cuento, como todas las fábulas, consiste en dejarnos una bonita moraleja. En este caso, la historia dice que había una vez un escorpión que quería cruzar un río, así que le pidió a la rana que vivía allí que lo llevara en su lomo hasta la otra orilla. La rana se negó. Le dijo: No me fío de ti, me picarás. El escorpión le explicó que no lo haría porque si lo picaba se hundirían en el río y ambos acabarían muriendo, así que la rana accedió a llevarlo. —Toma una respiración profunda por la nariz y continúa—. El escorpión se subió al lomo de la rana y juntos empezaron a cruzar el río, pero cuando estaban en la parte más profunda, la rana sintió un dolor agudo y supo que el escorpión le había picado. Le preguntó: ¿Por qué lo has hecho? Ahora moriremos los dos. A lo que el escorpión respondió: Porque es mi naturaleza.

Entrecierro los ojos y me cruzo de brazos, mirándolo fijamente.

—Entonces, la moraleja de la historia es que la rana es imbécil por confiar en un depredador y el escorpión aún más por suicidarse de esa forma, ¿no?

Me parece ver un amago de sonrisa en su comisura, pero enseguida desaparece.

—No, Reese. La moraleja es que nunca dejamos de ser quienes somos. Si nuestra naturaleza es matar, moriremos haciéndolo. Por eso la Sociedad se llama así. Es un lugar seguro para dar rienda suelta a nuestros instintos sin tener que pensar en las consecuencias. Somos animales y no dejaremos de serlo nunca.

Me quedo unos segundos asimilando lo que acaba de decir y asiento. No estoy de acuerdo con su afirmación, pero tampoco voy a

decirle que se equivoca. Si decide creer que todo es blanco y negro, es su maldito problema, no el mío.

—Que tengas un buen viaje, Wade —susurro antes de dar media vuelta y salir del despacho.

Capítulo 63

Reese

Hace ya dos meses que Wade se marchó y desde entonces solo hemos hablado en siete ocasiones y nunca por llamada. Se limita a enviarme un mensaje con la grabación de la voz del socio con el que ha estado reunido. Hemos descartado seis de ellas, por lo tanto, ahora tenemos cinco sospechosos y un socio esquivo que aún no ha aceptado reunirse con Wade.

Tampoco puedo decir que me haya aburrido en estas semanas, las he pasado enfrascada en la investigación sobre las chicas y, como ya sospechaba, hay más desaparecidas aparte de Rose. Los últimos dos días los he dedicado a intentar encontrar algo que las conecte entre ellas, pero no ha habido suerte. Son trece mujeres con distintos trabajos, aficiones y de distintos Estados.

Exhalo con fuerza y aparto la vista de la pantalla unos segundos para frotarme los ojos. Esto es como buscar una aguja en concreto en un pajar repleto de agujas. Siento que todo lo que estamos haciendo es inútil. Escucho como la puerta del despacho se abre y esbozo una sonrisa.

—Ash, cielo, ya deberías estar durmiendo. Mañana nos meteremos en la piscina —digo sin mirar hacia la puerta.

—No soy Ash, pero lo del baño suena bien.

Alzo la cabeza de golpe y veo a Nancy en la entrada.

—Perdón, no sabía que eras tú. Ashley lleva insistiendo todo el día para que nos bañemos.

—¿Ya te ha conquistado a ti también? —pregunta acercándose y toma asiento al otro lado de la mesa.

—Sí, es un encanto de niña. No soy capaz de negarle nada.

—Ese es uno de los superpoderes de los Sutton —comenta sonriendo.

Nos quedamos calladas unos segundos y tomo una respiración profunda. No hemos vuelto hablar desde que se descubrió mi tapadera, y la verdad es que me siento un poco culpable por haber utilizado a Nancy para llegar a Wade. Me cae bien y no se merecía mi engaño.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, buscando su mirada.

—Me envía Wade. Cree que en cualquier momento puedes intentar huir y colarte en la próxima cacería.

Estrecho mi mirada sobre ella. No es que no lo haya pensado. La próxima cacería es en poco más de una semana, sin embargo, no termino de verlo claro. Escapar de la mansión es factible. He estado observando las medidas de seguridad, cambios de turno, rango de alcance de las cámaras de seguridad… El problema no es salir, sino colarme en la cacería. Estoy segura de que si intentara usar de nuevo la identidad de Rose saltarían todas las alarmas.

—No voy a ir a ningún lado. Estoy demasiado ocupada —mascullo, señalando la pila de documentos que hay sobre la mesa.

—¿Has encontrado algo? —pregunta, y frunzo el ceño—. Tranquila, Wade me ha contado lo que estás haciendo.

—Me alegra que lo haya hecho. No tengo ganas de seguir mintiendo a nadie más.

Nancy sonríe y asiente levemente con la cabeza. Supongo que ha entendido que en mi comentario había una disculpa encubierta que ella ha aceptado.

—¿Qué tienes?

—Trece chicas desaparecidas, incluyendo a mi amiga, pero no encuentro nada que las vincule. Es como si secuestraran a mujeres al azar.

—Tal vez sea así. Si un socio está usando las cacerías para llevarse a presas, lo más probable es que lo haga con las que es capaz de cazar.

—Sí, es una posibilidad —farfullo.

—¿Quieres que te ayude? Dos cabezas piensan más que una sola.

—No, creo que voy a dejarlo por hoy y tomaré ese baño en la piscina. ¿Cómo llevas tú el trabajo? Te estás encargando de todo lo relacionado con el hotel y el casino en ausencia de Wade, ¿verdad?

—Es un caos. —Resopla y se pone en pie—. ¿Quieres una copa? Yo voy a servirme una. —Asiento y la observo mientras se dirige al mueble bar—. Odio cuando el jefe no está en la oficina. Todo el mundo quiere hablar con Wade, los problemas se multiplican y, seamos sinceras, ni por asomo me respetan tanto como a él. —Se gira y regresa con dos copas de licor, que deja sobre la mesa.

—Suena divertido —murmuro, cogiendo mi copa.

Estoy a punto de darle un sorbo cuando la puerta vuelve a abrirse y en esta ocasión tampoco es Ashley.

—Buenas noches, señoritas —saluda Ren, entando en la estancia.

Dejo la copa sobre la mesa y me levanto. En el tiempo que llevo en la mansión aún no había coincidido con él. He llegado a pensar que no aparecía por aquí para evitarme.

—Hola, Ren —contesta Nancy, agitando sus dedos en el aire.

El pequeño de los Sutton se detiene a su lado y cruza sus brazos tatuados sobre el pecho, mirándome fijamente.

—Y aquí tenemos a la embustera. ¿Cómo estás, Reese? ¿Ese es tu nombre real?

—Sí, lo es. ¿A ti también te ha enviado Wade?

—¿Mi hermano? Como si me contara algo de lo que sucede. Solo sé que nos mentiste y ahora estás viviendo en nuestra casa. Esperaba que tú rellenaras los huecos.

—Siéntate y te lo explicaré —pido.

—Está bien, pero no aquí. Este sitio me da escalofríos. —Echa un vistazo alrededor y finge estremecerse—. Mi padre siempre nos llamaba a su despacho para regañarnos. Tengo la sensación de que en cualquier momento aparecerá con su cara de ogro diciendo: «Ren, no puedes hacer que te expulsen de nuevo del colegio. Ren, sé un buen chico. Ren, no le pegues gomas de mascar en el pelo a tus cuidadoras».

Sonrío por la forma en la que alza el dedo índice, como si estuviese regañándose a sí mismo, y usa un tono de voz grave y ronco.

—Salgamos de aquí, entonces. —Cojo mi vaso, pero enseguida me lo quita, y también a Nancy el suyo.

—Sé dónde Xander guarda su alijo de alcohol del bueno. —Le da un sorbo a mi vaso y hace una mueca de asco—. No vamos a beber esta bazofia. —Lanza el contenido de los vasos a una maceta de ficus y esboza una sonrisa canalla—. ¿Quién quiere emborracharse?

—Yo voy a declinar la invitación. Tengo una reunión a primera hora con el departamento de *Marketing*, y si voy con resaca es probable que termine tirándome desde el último piso del edificio —contesta Nancy mientras se cuelga su bolso del hombro.

Tras despedirnos de ella, Ren y yo nos acomodamos en una de las salas de estar con una copa cada uno y empezamos a hablar. Le cuento todo sobre la desaparición de Rose, mi búsqueda y las razones por las que tuve que mentir a todos. No entro en detalles sobre lo que ha pasado entre su hermano y yo. Tampoco necesita saberlo todo. Él me escucha con atención, y al terminar, solo rellena mi copa vacía y silba con sorpresa.

—Entonces, nos engañaste para ayudar a tu amiga. —Asiento, aunque no era una pregunta—. Eso te exculpa bastante. Y todo eso de la cacería es una locura.

—Espera… Sabías de la existencia de las cacerías, ¿verdad? Si no es así, creo que me acabo de meter en un buen lío.

Ren suelta una carcajada genuina y asiente con la cabeza.

—Tranquila, lo descubrí a los dieciocho. Xander y Wade estaban hablando y yo los escuché de pasada.

—Los espiaste —deduzco.

—Sí, eso hice —admite, y choca su vaso con el mío a modo de brindis antes de beberse todo el contenido de un solo trago.

Capítulo 64

Reese

Ren y yo seguimos bebiendo en silencio un rato más, pero soy incapaz de contener mi curiosidad.

—¿Qué te parece todo eso? ¿Alguna vez has participado?

—¿En una cacería? —Se sirve otro vaso y termina de rellenar el mío, aunque casi no he bebido nada. Hace una mueca con los labios mientras deja la botella sobre la mesa—. Ese no es mi rollo. Mírame. —Se señala el rostro—. Cubrir esta maravilla con una máscara es un pecado capital, y de eso mi hermano Wade sabe mucho.

Sonrío, negando con la cabeza. Me hacía falta algo así. Hablar con Ren es sencillo y divertido. Siempre tiene un chiste o un comentario gracioso en la punta de la lengua.

—Por cierto, ¿qué es lo que le pasa con el tema de la religión? Está obsesionado con lo de no blasfemar.

—Oh, eso son sus traumitas. Mis hermanos viven anclados en sus infancias desastrosas y bla, bla, bla…

Vuelvo a reír mientras él se bebe un vaso detrás de otro. Yo intento moderarme, pero cada vez que me doy cuenta ya me ha servido más licor.

—¿Tú no los tienes? —inquiero.

—No, por suerte era demasiado pequeño cuando los Sutton me adoptaron, y después del accidente, Xander y Wade se encargaron de mí, o lo que es lo mismo, me mandaron lejos para no tener que soportarme.

Arqueo una ceja con gesto divertido.

—¿Es resentimiento lo que escucho en tu voz? Puede que sí tengas un traumita aflorando por algún lugar.

Se atraganta con el licor y, tras toser un buen rato, ambos empezamos a reír a carcajadas sin motivo alguno, porque el alcohol, que ya empieza a nublarme la mente, no puede considerarse uno válido. Seguimos bebiendo y riendo un rato más, hasta que somos interrumpidos por Xander. Atraviesa la sala de estar sin ni siquiera saludarnos, aunque no pierde la oportunidad de lanzarme una mirada poco amistosa. En cuanto se marcha, resoplo con fuerza y echo la cabeza hacia atrás.

—Me odia y no sé por qué —susurro.

—No te lo tomes como algo personal. Xander odia todo y a todos, las paredes, la ropa, las personas… Creo que a los únicos que tolera un poco son a Wade y a su propia hija, y a veces ni siquiera a ellos los soporta.

—¿Por qué?

—Traumitas —dice, encogiéndose de hombros, como si eso lo explicara todo.

—Me dejas más tranquila —respondo, haciendo una mueca.

Mi teléfono suena con el tono de mensaje entrante y me estiro para cogerlo de la mesa. Tras echarle un vistazo compruebo que es Wade, ha logrado hablar con el último socio que quedaba y me manda una nota de audio con su voz. Me planteo escucharla de inmediato, como hago siempre, pero tras pensarlo mejor, bloqueo el teléfono y lo devuelvo a la mesa. Si ya me cuesta concentrarme en reconocer la voz del enmascarado estando sobria, en mi estado sería una tarea imposible. Prefiero hacerlo por la mañana.

—¿Puedo preguntar quién era? —dice Ren tras unos instantes en los que el ambiente se ha enrarecido debido a la interrupción de su hermano.

—Wade —contesto, y bebo el contenido de mi vaso de un solo trago antes de servirme más.

—¿Qué pasa entre vosotros? Creo que no me lo has contado todo.

—Nada, solo me está ayudando a encontrar a Rose —contesto de manera escueta.

—Reese, conozco a mi hermano. A pesar de sus creencias, no tiene ni una pizca de buen samaritano. Solo hace una buena obra si tiene razones de peso.

Suspiro y me dejo caer hacia atrás contra el respaldo del sofá.

—Se portó mal conmigo y ahora se siente culpable, por eso me ayuda —confieso.

—¿Cómo de mal? —Estrecha la mirada sobre mí, frunciendo el ceño—. ¿Te ha hecho daño, Reese?

—No. Bueno, sí, pero ya lo hemos solucionado —respondo, y en esta ocasión no miento.

Estos últimos dos meses he pensado mucho en ello. No digo que lo haya perdonado, o al menos no del todo, pero mi pequeña venganza me ha hecho darme cuenta de que seguir alimentando este resentimiento en mi interior no es bueno para mí.

—¿Estás segura? —insiste.

—Sí, estamos en paz.

—Entonces, solo me queda hacer una pregunta. —Arqueo una ceja interrogante y Ren esboza media sonrisa socarrona mientras coloca la mano en mi rodilla—. ¿Qué hubo de verdad en nuestra última cita?

Río y aparto su mano.

—Lo pasamos bien y me emborraché casi tanto como tú. —Bebo un nuevo sorbo largo de mi copa y frunzo el ceño—. Mira, como hoy. Eres una mala influencia, Ren Sutton.

—Me gusta serlo, pero no cambies de tema. ¿En algún momento de la noche que estuvimos bebiendo existió la posibilidad de que tú y yo…? —Niego con la cabeza—. ¿Nada? ¿Ni siquiera lo pensaste?

—Lo pensé, pero solo para sonsacarte información sobre tu hermano, y no me pareció correcto.

—¡Auch! —Se lleva la mano al centro del pecho—. Eso ha dolido. Nunca antes me había sentido tan utilizado por una mujer.

—¡Vamos! Si de verdad hubieses querido que pasara algo entre nosotros, no habrías estado la mayor parte del tiempo mirándole el culo al camarero.

—¡Era un gran culo! —exclama, moviendo las manos en el aire.

—Tengo una pregunta —digo, arqueando una ceja en su dirección. Ya se me está soltando demasiado la lengua. Siempre me ocurre cuando bebo más de la cuenta.

—Dispara.

—¿Prefieres el sexo con un hombre o con una mujer?

Entrecierra los ojos y se da pequeños golpecitos en el labio inferior con gesto pensativo.

—¿Puedo escoger ambos? —Suelto una carcajada—. No, lo digo en serio. No conozco ninguna sensación más placentera que notar como mi polla y la polla de otro hombre encajan a la perfección en el cuerpo de una mujer. Bueno… puede que una mamada a dos bocas lo supere por poco.

Río de nuevo y vuelvo a beber de mi vaso.

—Como mujer debo decir que tampoco es para tanto.

Abre mucho los ojos y esta vez es él quien ríe a carcajadas.

—Eres una cajita de sorpresas, Kennedy —comenta, negando con la cabeza—. ¿No crees en el poliamor?

Hago una mueca con los labios y me encojo de hombros.

—No creo en el amor sin más.

—Lamento escuchar eso.

Me encojo de hombros e intentamos retomar la conversación, pero volvemos a ser interrumpidos por mi teléfono, esta vez es el tono de llamada entrante. Me estiro para cogerlo y leo el nombre de Wade en la pantalla.

—Es tu hermano —mascullo antes de descolgar.

—Hola, Reese. ¿Te he despertado? —pregunta.

Contengo el aliento al escuchar ese acento suyo tan peculiar. No me había dado cuenta hasta ahora de que lo echaba de menos, o algo así. Carraspeo y le hago un gesto con la mano a Ren para que deje de hacer el tonto.

—Eh… No, estaba despierta. ¿Qué ocurre?

—Te envié el audio con la voz del último socio que quedaba. ¿Has podido escucharlo?

—No, lo haré por la mañana. Ya es tarde y…

—¡Hermanito, no te preocupes, la tengo entretenida! —grita Ren a mi lado.

Se hace un silencio en la línea y, tras unos segundos, vuelvo a escuchar su respiración.

—Es Ren. Ha pasado por aquí y estamos charlando un rato.

—Ya veo —susurra—. Por como hablas, supongo que también estáis bebiendo.

—Sí. Bueno, un par de copas nada más. —Me pinzo el puente de la nariz y me levanto para alejarme de Ren. No sé por qué siento la necesidad de justificarme, pero eso es exactamente lo que estoy haciendo—. Supongo que no tardaremos en irnos a la cama. Cada uno a la suya —aclaro.

—Ya, claro. Cuando estés sobria, escucha el audio y dime si reconoces o no la voz. Adiós. —La llamada se corta y aparto el teléfono de mi oreja para mirar la pantalla.

—Me ha colgado —susurro, incrédula.

—¿En serio? —Asiento, y Ren vuelve a reír a carcajadas—. Eso ha sido grosero —dice, imitando el acento británico de su hermano.

Se me escapa la risa por la nariz.

—Muy grosero —digo, intentando yo también imitar el acento.

Seguimos riendo y, tras regresar al sofá, Ren me sirve un vaso lleno hasta arriba de licor.

—Brindemos por Wade y porque en algún momento decida sacarse el palo que lleva atascado en el culo.

Unimos nuestros vasos y volvemos a reír, sin embargo, no puedo dejar de pensar en la forma en la que se ha comportado Wade durante la llamada. No dijo nada malo, pero su silencio fue suficiente. ¿Aún estará cabreado por lo que hice o es que no le gusta que pase tiempo con su hermano pequeño?

Capítulo 65

Wade

«Judá hizo lo malo ante los ojos del SEÑOR, y le provocaron a celos más que todo lo que sus padres le habían provocado con los pecados que habían hecho». «Reyes 14:22».

Llevo toda la noche dando vueltas en la cama de la habitación de hotel. Por más que intento dormir, en cuanto cierro los ojos me asaltan imágenes de Reese y mi hermano juntos, bebiendo, riendo, bromeando y… Pateo las sábanas y me siento sobre el colchón. Me planteo llamarla de nuevo, pero en Las Vegas ya es de madrugada y lo más probable es que esté dormida, puede que sola o con Ren. La simple idea de imaginar a mi hermano pequeño en esa situación con Reese me llena de ira.

Bufo de nuevo y estoy a punto de intentar dormir una vez más cuando el sonido de llamada entrante de mi teléfono me sobresalta. Estiro la mano y lo cojo de la mesita de noche. Tras echarle un vistazo a la pantalla y ver el nombre de Reese, contengo el aliento y descuelgo.

—Hola —susurra.

—Hola. ¿Por qué me llamas?

—¿Te he despertado? Ni siquiera sé dónde estás para calcular la franja horaria.

—En Nueva York —respondo.

—Oh… Eso es… Espera, tengo que hacer cuentas —balbucea.

En su tono de voz se nota que está muy ebria.

—Ya casi va a amanecer —aclaro.

—Oh… Entonces sí te he despertado.

—No, Reese, estaba despierto. ¿Qué ocurre?

—He escuchado el audio y… No estoy segura. Creo que tengo que oírlo de nuevo.

Pongo los ojos en blanco y apoyo la espalda contra el cabecero.

—Sí, estaría bien. ¿Puedo ayudarte en algo más?

—Podrías ser un poco menos… Menos ¿frío? Te he llamado porque me apetecía hablar contigo.

—Creí que ya lo estabas pasando bien con mi hermano —suelto sin poder evitarlo.

Reese se queda callada unos segundos y después me parece escucharla reír bajito.

—Suenas como un novio celoso, Wade —dice, arrastrando las palabras.

Frunzo el ceño y tenso la mandíbula con fuerza.

—No soy tu novio ni estoy celoso. Duerme y cuando vuelvas a escuchar el audio me lo haces saber. Adiós.

—¡Espera, no cuelgues! —grita cuando ya he apartado el teléfono de mi oreja. Exhalo y me planteo hacerlo de todos modos, pero termino acercándolo de nuevo—. ¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí.

—El techo da vueltas. Creo que voy a vomitar.

—Tal vez deberías haberlo pensado mejor antes de emborracharte.

—Ese es mi problema, que a veces se me olvida pensar en las consec… consec… ¡Mierda! Espera, tiene que salir. —Se me escapa una sonrisa.

—Consecuencias.

—¡Eso! —La escucho resoplar al otro lado de la línea—. No debí dejar que Ren me convenciera de emborracharme.

—¿Y por qué lo hiciste?

—Porque… No lo sé. Supongo que me siento sola. No me refiero a ahora, aquí, en tu casa. Siempre estoy sola. Rose era la única persona que me quedaba y ya no está.

Cierro los ojos y me pinzo el puente de la nariz.

—Vamos a encontrarla, Reese —susurro.

—¿Estás seguro? Porque yo no. Siempre digo que sí, pero no es cierto. Necesito creerlo, sin embargo, las problabli… probabilidades de que la hayan matado son muy altas y lo sabes. La Policía lo piensa, todo el mundo lo piensa.

—Yo no.

—¿Por qué? —inquiere.

Inspiro hondo por la nariz y, por primera vez en muchos años, dejo que las palabras salgan de mi boca sin pensar en ellas.

—Porque eso te destrozaría y verte sufrir me destrozaría a mí también.

Hay un silencio largo y cierro los ojos, maldiciéndome a mí mismo por lo que acabo de decir.

—No puedes hacerme esto, Wade Sutton. Te lo prohíbo —sisea Reese.

—¿El qué?

—Comportarte como un buen tipo, decir cosas bonitas, eso no… —Suspira y vuelve a quedarse callada unos segundos—. Me prometí que no volvería a hacerlo.

—¿Qué es lo que no vas a volver a hacer, Reese? No entiendo nada de lo que dices.

—¡Nick me arruinó la vida, joder! Yo confiaba en él y me engañó.

—Ese tipo jamás debió ponerte un dedo encima. Solo eras una niña.

—¡Sí, era una niña idiota!, pero ya no soy una niña y sigo siendo idiota. Creí que lo de engancharme a los chicos malos ya lo había superado y entonces apareces tú, con ese acento *sexy*, la máscara… No hablo de la máscara fea que usas en las cacerías, me refiero a la que llevas puesta en todo momento. El hombre serio, poderoso y sin sentimientos. ¿Sabes qué te digo? ¡Una mierda! No quiero echarte de menos y tampoco sentir lo que siento cuando estoy contigo.

Trago saliva con dificultad mientras intento asimilar todo lo que me acaba de decir.

—¿Qué sentimientos son esos, Reese? —pregunto con un hilo de voz y el corazón latiendo a toda velocidad.

—¡No lo sé! —lloriquea—. O sí, pero soy imbécil por pensar siquiera que tiene algún sentido.

Bufa de nuevo y la escucho sorber por la nariz.

—¿Puedes hacerme un favor?

—¿Qué?

—No llores, y mucho menos por mí. No lo merezco.

—Tú también eres idiota.

Esbozo media sonrisa y asiento, aunque sé que no puede verme.

—Nunca lo he negado.

Hay un nuevo silencio y la escucho suspirar.

—Wade, no quiero extrañarte, pero lo hago.

Intento tragar saliva, pero un nudo de emoción se ha atascado en mi garganta. Carraspeo y tomo una inspiración profunda por la nariz.

—Quiero que repitas lo que acabas de decir, pero sobria.

—Es muy poco probable que suceda —responde, e intuyo por su tono de voz que está sonriendo.

—Te lo recordaré.

—No te atrevas.

Río y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Toma un analgésico, bebe agua e intenta descansar. Te veré por la mañana.

—¿Vas a venir?

—Sí. No puedo permitir que sigas echándome de menos.

—Imbécil —farfulla—. Ya me he humillado bastante por una noche, así que voy a colgar. Buenas noches, Wade.

—Buenas noches, Reese —susurro, y antes de que pueda añadir nada más, la llamada se corta.

Echo la cabeza hacia atrás y trago el nudo de mi garganta con fuerza, aunque este no desparece, solo se desplaza hasta el centro de mi pecho y se va haciendo cada vez más y más grande. Estoy perdido, lo supe desde el momento en que vi a Reese en el bosque, después otra vez cuando estuvo por primera vez en mi despacho, sin embargo, hasta ahora no me había dado cuenta del alcance de esa verdad. Estoy tan jodido… Va a destrozarme, y lo peor es que no tengo ninguna intención de impedírselo.

Me estiro y desabrocho el cilicio que rodea mi muslo, haciendo muecas de dolor. Ya no lo necesito. He encontrado una nueva forma de castigarme, una mucho más creativa. Mi mayor penitencia va ser Reese.

Capítulo 66

Reese

Todo el mundo sabe que cuando estás borracha jamás, nunca, bajo ningún concepto debes llamar a tu ex o a la persona por la que estás teniendo sentimientos si aún no lo sabe. Es de primero de alcoholismo y, aun así, anoche hice esa jodida llamada. Lo peor es que por haberlo verbalizado, ahora no soy capaz de dejar de pensar en ello. «Me estoy enamorando de Wade Sutton, eso si no lo estoy ya». ¡Es una puta pesadilla!

—¡Reese, mírame! ¡Reese!

Los gritos de Ashley me sacan del caos en el que se ha convertido mi propia mente y esbozo una falsa sonrisa.

—Es genial, cielo. —Aplaudo su intento de bucear y muevo los pies en el agua, creando pequeñas hondas.

Llevo ya un buen rato sentada en el borde de la enorme piscina interior que hay en la mansión. Mi humor no es el mejor esta mañana, en parte gracias a mi metida de pata de anoche, aunque la resaca tampoco está ayudando demasiado. Tengo un dolor de cabeza impresionante.

—¿Nadamos juntas? —me pregunta la pequeña.

Echo un vistazo a mi reloj de pulsera y niego con la cabeza.

—Ya casi es la hora de comer. Será mejor que vayamos a cambiarnos antes de que Brujona venga a buscarte.

La niña ríe por la forma en la que me refiero a su cuidadora. Dona no parece una mala persona, aunque entiendo que a Ashley no le

guste. La señora puede ser la mejor haciendo su trabajo, sin embargo, en el tiempo que llevo aquí nunca la he visto tener un gesto cariñoso con ella.

Tras sacarla de la piscina, nos envolvemos en unas toallas y subimos a la planta superior de la casa por una escalera secundaria para no dejarlo todo perdido de agua de camino a nuestros dormitorios. Dejo a Ashley con Brujona y después me dirijo a mi propia habitación. Tardo unos pocos minutos en ducharme y cambiarme. Los domingos, Xander siempre almuerza en casa, por lo tanto, debo prepararme para un rato de incomodidad a su lado. No sé si Ren aún sigue aquí o ya se ha marchado. Anoche me dijo que se quedaría, pero estaba tan borracho que no sé si lo decía en serio, además, si se siente tan hecho mierda como yo, lo más probable es que pase el día durmiendo.

Estoy tan abstraída con mis propios pensamientos que, cuando me dispongo a salir de mi dormitorio, no me doy cuenta de que hay alguien al otro lado de la puerta y acabo chocando con un pecho ancho y duro.

—Mierda —susurro. Al alzar la vista compruebo que el pecho en cuestión está unido al cuello y este a la cabeza de ni más ni menos el hombre que no abandona mi mente—. Wade, ¿qué haces aquí? —pregunto sorprendida.

Retrocedo un par de pasos para alejarme de él. He estado pensando mucho en lo que le diría cuando nos volviéramos a ver. Tengo que darle una explicación por esa llamada tan extraña que hice en mitad de la madrugada. Mi plan era ser sincera y decirle lo que me está pasando. Es sencillo, lo he ensayado mil veces. «Wade, tengo sentimientos por ti. No te estoy pidiendo nada ni quiero hacer algo al respecto. Estas cosas ocurren. Llámalo consecuencia de la proximidad o síndrome de Estocolmo, pero todo está bien. Cuando encontremos a Rose, yo seguiré mi vida y tú la tuya. No tendremos que volver a vernos y será como si nunca hubiese pasado nada». ¡Eso es! Solo tengo que ser sincera.

—Anoche te dije que vendría —responde, estrechando la mirada sobre mí.

Cabeceo confusa. No recuerdo esa parte de la conversación. ¿Cuándo lo dijo?

—¿Anoche? ¿Cuándo? —inquiero.

Da un paso hacia mí y frunce el ceño.

—De madrugada, cuando me llamaste. Lo recuerdas, ¿verdad? Estabas borracha.

«¡Bien! Ya ha mencionado la llamada. Ahora toca decir la verdad. ¡Vamos! ¡Hazlo!».

Trago saliva con fuerza y me encojo de hombros.

—Cuando bebo más de la cuenta suelo olvidarlo todo. Lamento haberte llamado. ¿Dije algo fuera de lugar? —Sí, esa soy yo acobardándome como una patética lagartija.

Wade se queda callado unos segundos y niega con la cabeza.

—Nada importante. ¿Has podido escuchar el audio?

—Sí, lo hice nada más despertar. No es él, estoy segura.

—Bien, eso nos deja con cinco sospechosos y todos estuvieron en las últimas dos cacerías, por lo tanto, cualquiera de ellos pudo haberse llevado a Rose y la chica que viste.

—Shanon, se llama Shanon —aclaro—. La reportaron desaparecida tres días después de que terminara la cacería. Tiene veintidós años y vive en Brookfield, Winsconsin.

—Buen trabajo. ¿Has dado con más chicas desaparecidas?

Asiento y me adentro más en la habitación. Wade no se aleja de la entrada y mantiene la puerta abierta en todo momento.

—Son trece, incluyendo a Rose. No he podido encontrar nada que las vincule. Es posible que ese tipo las escoja al azar durante las cacerías. Podemos comprobar si los cinco sospechosos coincidieron con ellas cuando desaparecieron y así reducir la lista.

—Sí, es muy buena idea. —Se ajusta el nudo de la corbata y busca mi mirada—. ¿Tú cómo estás? Espero que no te hayas sentido

muy sola en mi ausencia.

«Supongo que me siento sola. No me refiero a ahora, aquí, en tu casa. Siempre estoy sola. Rose era la única persona que me quedaba y ya no está». Recuerdo lo que le dije anoche y esbozo una falsa sonrisa. No sé si está provocándome de manera intencional o solo intenta refrescarme la memoria.

—No, en absoluto. Ash ha sido una gran compañía, y ayer con Ren… —Me señalo a mí misma—. Esta resaca no es por haber estado aburrida.

Su mandíbula se tensa, pero no reacciona.

—Me alegra que mi hermano te mantenga entretenida.

—¿A ti cómo te ha ido?

—Bien. Me ha tocado pedir unos cuantos favores que me va a costar pagar, pero tengo lo que necesitábamos, por lo tanto, todo está como debería.

—Genial.

—Sí, genial —masculla.

Nos quedamos mirándonos fijamente y puedo notar como el aire cambia a nuestro alrededor, es como una sensación de electricidad o estática que nos rodea. Su mirada va a parar a mi boca. Deslizo la lengua por mis labios resecos y contengo el aliento. Quiero besarlo, de verdad lo deseo. Wade parece darse cuenta porque da un nuevo paso hacia mí. Retrocedo y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Deberíamos bajar. Ya estarán sirviendo el almuerzo —murmuro sin mirarlo.

Lo escucho carraspear y después sus pasos alejándose. Cuando vuelvo a alzar la mirada ya se ha ido. Mascullo una maldición y resoplo con fuerza. Tengo que parar esto ya mismo. Como sea.

Wade

«¿Por qué te fijas en la astilla que tiene tu hermano en el ojo, y no le das importancia a la viga que está en el tuyo?». «Mateo 7:3».

Sentado a la cabecera, miro de reojo cada pocos segundos a Reese. ¿En serio no recuerda nada de lo que me dijo anoche o solo finge no hacerlo? Apenas ha probado su comida, solo la mueve de un lado a otro del plato con el tenedor sin llegar a comerla. Al otro lado de la mesa, mi hermano Ren hace lo mismo, aunque él parece mucho más indispuesto. Tiene ojeras, su frente está húmeda por el sudor y de vez en cuando se retuerce un poco sobre el asiento, respirando de manera pesada.

—Creo que voy a pasar de la comida. No me encuentro bien —comenta, apartando su plato.

—A eso se le llama resaca —suelta Xander en tono de regaño.

—Sí, lo que tú digas. Es la peor resaca que he tenido nunca. Siento como si me estuviesen apuñalando el estómago.

—No tienes ni idea de cómo se siente una puñalada —farfulla Xander sin ni siquiera apartar la mirada de su plato.

Me preparo para una nueva batalla verbal entre mis dos hermanos, sin embargo, Ren me sorprende al no contestar a la provocación de Xander. Me queda claro que debe sentirse realmente mal para dar por perdida una discusión antes siquiera de iniciarla, no es propio de él.

—Intenta descansar un rato. Cuando despiertes estarás mejor —le dice Reese.

—Sí, me voy a dorm… ¡Oh, mierda! —Antes de que pueda saber qué está ocurriendo, Ren se echa hacia atrás y un enorme chorro de vómito sale de su boca y cae sobre la mesa, el mantel, su propia ropa y el suelo.

—¡Qué asco! Huele a pescado podrido —se queja Ash, tapándose la nariz.

Ren bufa con fuerza y se limpia la boca con la servilleta, aunque su ropa aún sigue empapada de vómito.

—Lo siento. Anoche cené sushi. Puede que me haya intoxicado —susurra poniéndose en pie, se tambalea un poco y estira la mano para sujetarse a la mesa, pero antes de poder alcanzarla, su rostro pierde todo el color y se desploma en el suelo.

—¡Ren! —grita Reese, poniéndose en pie de un salto.

Yo también me levanto y voy hacia el lugar donde está mi hermano pequeño, parece haber pedido el sentido. Al llegar, Xander ya está con él. Intenta despertarlo, pero no reacciona.

—Está inconsciente —susurra, y me mira con preocupación—. Esto no parece una resaca, Wade.

—Pide una ambulancia —ordeno, empujándolo para que me deje acceder a Ren. Le doy pequeños golpecitos en el rostro con la mano, pero no despierta y parece estar respirando con dificultad—. ¡Date prisa, Xander! Algo no anda bien.

Capítulo 67

Reese

Ya ha anochecido cuando decido enviarle un nuevo mensaje a Wade para preguntarle por el estado de su hermano. Al igual que en las otras cuatro ocasiones, ni siquiera lo ve. Ash ha pasado toda la tarde pegada a mí, preocupada por su tío, y no supe qué decirle para tranquilizarla. Quiero pensar que no es nada grave. Tal vez se trate de una intoxicación alimentaria sin importancia. Sin embargo, cuando veo a Xander y Wade entrar solos en la sala de estar en la que he pasado las últimas horas, sé que mis suposiciones son equivocadas.

—¿Cómo está Ren? —pregunto, levantándome de un salto del sofá.

Me preocupa el aspecto demacrado de Xander, y que Wade esté despeinado, con la corbata desabrochada y la camisa arrugada tampoco augura nada bueno.

—Fuera de peligro, pero grave —responde Wade.

—¿Qué le ha ocurrido? Anoche estaba bien.

—Anoche, ¿cuando os pegasteis la fiesta madre aquí mismo? —escupe Xander.

—Bebimos más de la cuenta, pero el alcohol no puede hacer algo así. Yo estoy perfectamente.

—Los médicos han encontrado restos de fosfina en su organismo —explica Wade tras resoplar.

—¿Fosfina? —inquiero confusa.

—Sí, el fosfuro de zinc es un veneno utilizado en pesticidas y raticidas, muy tóxico para humanos en pequeñas cantidades. Al entrar en contacto con el ácido del estómago, libera fosfina, un gas altamente tóxico, que afecta principalmente al corazón, el hígado y el sistema nervioso central.

—¿Ha tomado matarratas?

—También se usa para adulterar algunas drogas como la heroína, la cocaína, MDMA Y LSD.

—Drogas —murmuro para mí.

—Sí, drogas. —Xander se quita la chaqueta y la lanza sobre el sofá con violencia—. ¡Suéltalo de una vez! ¿Qué consumisteis anoche aparte del alcohol? ¿Lo trajo Ren o se lo diste tú? ¡Dime a quién demonios tengo que buscar para arrancarle la puta cabeza!

—¡Yo no consumo drogas! —exclamo, frunciendo el ceño.

—Entonces, ¿cómo explicas que mi hermano esté tirado en una cama por una sustancia que se usa para cortar droga? —Se acerca a mí y yo retrocedo, pero logra alcanzarme y me sujeta por el brazo con fuerza—. ¡Me importa una mierda lo que hayáis hecho, si ha sido para divertiros o no! ¡Solo dime dónde puedo encontrar al hijo de puta que os vendió esa mierda adulterada!

—¡Suéltame! —grito, tirando de mi brazo.

—Xander, apártate de ella —ordena Wade, y enseguida lo arrastra lejos de mí. Su hermano intenta venir de nuevo hacia donde estoy, pero Wade se interpone en su camino y lo empuja con fuerza—. Tranquilízate. No estás siendo de ayuda.

—¡Ella estuvo con él toda la noche, joder! Es la única que puede decirnos de dónde sacó Ren la droga que casi lo mata.

—¡Maldita sea, yo no sé nada de ninguna droga! —vocifero.

—Vamos a calmarnos todos. —Wade se afloja aún más la corbata y hunde los dedos en su pelo mientras se gira hacia mí—. Reese, ¿anoche él estaba bien? ¿Lo notaste alterado, eufórico o adormecido?

—No, estaba normal. Nos tomamos unas copas aquí mismo, en ese sofá. Estuvimos charlando y bromeando y después nos fuimos a dormir.

—¿Cuántas copas? —pregunta Xander tras bufar con fuerza.

—No lo sé. Él más que yo, eso seguro, pero no hubo nada de drogas.

—Es posible que las haya tomado después de que se marchara a su dormitorio. ¿A qué hora lo viste por última vez? —me pregunta Wade.

—No lo recuerdo. De madrugada. —Me encojo de hombros, mordiéndome el interior de la mejilla con nerviosismo—. Espera, justo después de marcharme a mi habitación fue cuando te llamé.

Wade arquea una ceja y solo entonces soy consciente de que acabo de descubrirme yo solita. Le he confesado que todo lo de no recordar la llamada es mentira.

—Eran pasadas las dos de la madrugada —masculla, dando media vuelta para mirar a su hermano.

—Eso no sirve para nada.

—Tampoco que estés a punto de liarte a puñetazos con las paredes. Relájate, ve a intentar dormir y por la mañana revisaremos su habitación.

Xander parece dispuesto a enfrentarse a su hermano, sin embargo, tras unos segundos mirándolo con rabia, bufa de nuevo y se marcha visiblemente furioso. En cuanto nos quedamos a solas, Wade suspira y se deja caer en el sofá. Lo observo en silencio. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Su pecho sube y baja con suavidad. Se ve tan perdido y vulnerable que casi no puedo reconocerlo.

—¿Ren va a estar bien? —pregunto tras un buen rato.

Wade abre los ojos y se echa hacia delante, colocando los codos sobre las rodillas.

—Eso espero. Los médicos están monitorizando su hígado y riñones. Temen que puedan quedar dañados, pero ha recuperado la

consciencia y eso es buena señal.

Me siento en el borde de la mesa baja, justo delante de él, y me acerco, aunque sin llegar a tocarlo.

—Wade, te juro que no he tenido nada que ver con esto. Si Ren consumió alguna droga, yo no lo vi ni noté nada extraño.

—No jures —sisea entre dientes. Pongo los ojos en blanco y él estrecha su mirada sobre mí—. Jurar en vano es un pecado venial.

—Me da igual. No soy creyente —replico.

—Pero yo sí. ¿Sabes qué más es un pecado venial? Las mentiras.

—No sé de qué me hablas.

—Recuerdas la llamada de anoche y mentiste. ¿Por qué?

—Porque soy idiota —murmuro para mí, aunque lo bastante alto para que él me escuche.

—Eso lo repetiste varias veces durante la llamada, pero no explica que hayas mentido.

—¿Tú siempre dices la verdad? —inquiero, cruzándome de brazos.

—Lo intento.

—Ya, pues bienvenido al mundo de los mortales pecadores. La gente miente, Wade. A veces para protegerse a sí misma, para proteger a las personas a las que quiere o simplemente por cobardía.

—¿Y cuál de esas tres opciones te ha llevado a mentirme?

Exhalo con fuerza y me encojo de hombros.

—Las tres, supongo. Sé que te debo una explicación.

—No me debes nada, aunque me gustaría que me lo explicaras.

Me pongo en pie y empiezo a moverme de un lado a otro de la sala bajo su atenta mirada.

—El alcohol me suelta la lengua, es algo que me pasa desde siempre. Por eso no acostumbro a beber demasiado. Te dije todas esas tonterías y después me arrepentí.

—¿Tonterías? Entonces, ¿no es cierto que me hayas echado de menos?

Me detengo y lo miro directamente a los ojos.

—¿Quieres la verdad o vuelvo a mentir?

—La verdad —contesta de inmediato.

—Te aseguro que una mentira piadosa puede ser mucho más sencilla.

—La verdad, Reese —insiste.

Tomo una respiración profunda y me preparo para soltar el discurso ensayado.

—Wade, tengo sentimientos por ti. No te estoy pidiendo nada ni quiero hacer algo al respecto. Estas cosas ocurren. Llámalo consecuencia de la proximidad o síndrome de Estocolmo, pero todo está bien. Cuando encontremos a Rose, yo seguiré mi vida y tú la tuya. No tendremos que volver a vernos y será como si nunca hubiese pasado nada.

Nos quedamos mirándonos durante un buen rato. Como es habitual, soy incapaz de descifrar cuál va a ser su reacción. De pronto, se levanta con lentitud y viene hacia mí. Se detiene a menos de un metro y no hace amago de tocarme.

—Dime solo una cosa, Reese. ¿Cuánto tiempo llevas ensayando ese bonito discurso?

—Eh… Es lo que pienso.

—¿De verdad? —Asiento—. A ver si lo he entendido, sientes algo por mí. ¿Algo como qué?

Cierro los ojos y resoplo.

—No me obligues a decirlo, por favor —susurro.

Lo noto más cerca de mí, su aliento golpea mi rostro y dejo de respirar.

—Mírame, Reese. —Abro los ojos y lo encuentro a solo unos centímetros de mi cuerpo, pero no me toca. Sé que no lo hará a no ser que yo se lo pida—. No voy a obligarte a hacer nada que no

quieras nunca más. Créeme, lo que hiciste antes de que me marchara aún lo tengo muy presente. Sentí tu desesperación, tu dolor. Eso es algo que jamás deseo vivir de nuevo.

—Te debo una disculpa por…

—No me debes nada —repite, remarcando cada palabra—. Merezco toda la mierda que quieras verter sobre mí. Te aseguro que yo mismo te pondría un cuchillo en la mano y dejaría que me apuñalaras el pecho si con ello pudiese borrar todo el daño que te hice.

—No quiero apuñalarte en el pecho —susurro, mirándolo a los ojos.

—Entonces, ¿qué quieres?

Me quedo callada y siento de nuevo esa sensación extraña en el aire. Se me eriza la piel y un cosquilleo recorre mi columna. Cierro los ojos con fuerza y me maldigo a mí misma por lo que estoy a punto de decir, pero necesito ser sincera. No con él, conmigo misma. Abro los ojos y trago saliva con dificultad.

—Quiero que me beses.

Capítulo 68

Wade

«Y el que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí». «Mateo 10:38».

Tardo unos segundos en reaccionar. ¿Acaba de pedirme que la bese? Inspiro hondo por la nariz y estiro la mano para sujetar su barbilla, pero la retiro antes de llegar a tocarla.

—Quiero que repitas eso alto y claro, Reese —digo con la respiración acelerada.

—Bésame —pide.

—Si lo hago, no podré detenerme. No me conformaré con solo un beso. ¿Entiendes lo que digo? —Asiente con la cabeza—. ¿Me estás dando tu consentimiento para tocarte?

—¡A la mierda el consentimiento! ¡Bésame de una puta vez, joder! —masculla, y al instante tengo sus labios sobre los míos.

Gruño contra su boca y rodeo su cintura con el brazo para pegarla a mí. Su sabor y su olor invaden todos mis sentidos. La beso con hambre, hundiendo la lengua en su boca mientras estrecho su cuerpo contra el mío. Apenas respiramos. La necesidad de poseerla de nuevo es tanta que no soy capaz de pensar en otra cosa que no sea desnudarla y clavarme en ella como un puto animal. Con una mano rodeo su garganta y la empujo hacia atrás hasta que su

espalda impacta con la pared. Muerdo su labio inferior y me aparto unos centímetros.

—No sé qué esperas de mí, pero no puedes pedirme lo que no tengo. No voy a darte cariños ni arrumacos, Reese. Nada de palabras cariñosas ni gestos de afecto. —Aprieto más su garganta mientras con la otra mano desciendo por su vientre, la introduzco en el interior de su pantalón y un gemido ronco sale de su boca cuando empiezo a acariciar sus pliegues ya empapados—. Este soy yo. Si no es lo que quieres, dilo ahora y me detendré.

Sus ojos ambarinos brillan con fuerza y esboza una sonrisa ladeada mientras yo sigo acariciándola entre las piernas.

—Lo quiero todo. Ahora.

Esta vez soy yo el que sonríe, y creo que es la sonrisa más genuina y sincera que he esbozado en toda mi vida.

—Ten cuidado con lo que deseas, Flor —susurro antes de lamer sus labios.

Ignoro la necesidad creciente que aprieta desde el interior de mi bragueta y me aparto de ella, liberando su cuello. Retrocedo un par de pasos sin dejar de mirarla a los ojos.

—¿Qué haces? ¿Por qué te paras? —pregunta casi sin aliento.

—Porque para lo que quiero hacerte necesito una cama. Voy a llenarte tanto que estarás goteando durante semanas.

Sus ojos se abren con sorpresa, pero antes de que pueda decir nada, me agacho un poco, clavo mi hombro en su vientre y la levanto. Suelta un pequeño grito al quedar cabeza abajo, pero eso no me detiene. Empiezo a caminar hacia la escalera con ella colgada del hombro. Se sujeta a mi cintura mientras asciendo lo más deprisa que puedo. Al llegar a la cima, golpeo su trasero con la mano abierta y Reese vuelve a gritar.

—¡Wade! ¡Eso ha dolido, joder! —se queja.

Sonrío de nuevo. No hay ni rastro de la chica sumisa y obediente que fingía ser, y eso me encanta. Como buen cazador, estoy

deseando doblegar a mi presa. Me excita que me lo ponga difícil, que luche contra mí e intente resistirse.

Golpeo de nuevo su trasero, esta vez con más fuerza, y Reese me responde con codazo en el costado que me obliga a detenerme un segundo para respirar hondo.

—Vuelve a hacer eso y no podrás sentarte durante un mes —gruño, volviendo a emprender el camino hacia mi dormitorio.

Tardo solo unos segundos en llegar a la puerta, y tras abrirla, entro en la habitación y cierro con una patada hacia atrás. Avanzo hasta la cama y la lanzo sobre el colchón.

—Flor…

—No me llames así —sisea entre dientes, apartándose el pelo de la cara.

Me abalanzo sobre ella y la agarro de la barbilla con fuerza.

—Te llamo como a mí me dé la gana. Yo ordeno y tú obedeces. Si no te gusta, puedes largarte. ¿Lo has entendido?

—¿Hablas en serio? —Me aparto y la miro desde arriba con una ceja arqueada—. ¡Santo Cristo! Solo a mí se me ocurre enamorarme de un capullo ególatra y presuntuoso —farfulla intentando bajarse de la cama, pero la empujo por los hombros contra el colchón.

—Sigue resistiéndote, Flor. Solo consigues ponerme aún más cachondo, y deja de blasfemar.

—¿Y si no lo hago? ¿Qué pasa si sigo llamando a Dios, a la virgen, al niño Jesús y todos sus putos apóstoles? ¿Qué vas a hacer, Sutton?

Aprieto la mandíbula con fuerza y vuelvo a rodear su garganta con una mano mientras con la otra cojo el crucifijo que está sobre la mesita de noche.

—Darte lo que pides —susurro, colocando la cruz en el centro de su pecho.

—¿Vas a exorcizarme? —Ríe entre dientes y niega con la cabeza —. De entre todos los hombres que hay en el mundo, he tenido que fijarme en el más rarito. Muy típico de mí.

Agarro su rostro con una mano y clavo mi mirada en la suya.

—Voy a sacarte los demonios, Flor.

Deslizo la cruz por su vientre hasta llegar a la unión de sus muslos, intenta cerrar las piernas, pero antes de que pueda hacerlo, me coloco sobre ella, libero su rostro y uso la mano libre para bajarle los pantalones y las bragas a tirones, después acerco el crucifico a su sexo y restriego uno de los bordes redondos contra su clítoris.

—¿Qué haces? No vas a meterme esa cosa, Wade.

Regreso la mano a su cuello y uso la rodilla para mantener sus muslos separados. Muevo la cruz de madera más abajo y la coloco justo en la entrada de su cavidad.

—Voy a meterte a Cristo en el cuerpo. Piénsalo, Flor. Es un jodido acto divino al alcance de muy pocos.

—No lo harás —farfulla, pero cuando restriego el crucifico por todo su centro, un nuevo gemido rasga su garganta y se arquea de puro placer.

—¿Estás segura? Creo que lo estás deseando. Quieres aceptar a Jesucristo como tu salvador.

—Wade, esto no está bien —murmura, sin embargo, mece las caderas para rozarse más contra la madera.

Lamo sus labios y pego mi frente a la suya con la respiración alterada. Darle placer y no recibir nada a cambio es mi mayor penitencia y también mi único motivo para seguir respirando. Coloco de nuevo el borde fálico en su entrada y la miro a los ojos.

—Repite conmigo: Señor Jesús, te necesito.

—No voy a… —Me adentro en ella con lentitud y vuelve a gemir.

—¡Wade, maldito seas!

—Repite conmigo: Señor Jesús, te necesito. —Cierra los ojos mientras yo sigo hundiendo la cruz en su coño, al llegar al fondo, me detengo y uso el dedo pulgar para estimular de nuevo su clítoris—. Hazlo, Flor —ordeno.

Abre los ojos y exhala con fuerza.

—Eres un puto pervertido —masculla.

—Nunca lo he negado. Ahora repite…

—Señor Jesús, te necesito —dice interrumpiéndome.

Sonrío y me acerco para besarla con dureza mientras saco de golpe la cruz. Me aparto de nuevo y vuelvo a introducirla despacio. Reese se retuerce bajo mi cuerpo.

—Gracias por morir en la cruz para pagar por mis pecados. —Llego al fondo y me detengo, esperando a que repita lo que acabo de decir.

—Gracias por morir en la cruz para pagar por mis pecados —susurra entre jadeos ahogados—. Wade, déjate de tonterías y fóllame de una vez —pide.

—Aún no. —Rozo mi prominente erección contra su muslo para buscar algo de alivio mientras sigo metiendo y sacando el crucifijo con lentitud—. Sigue repitiendo: Te pido perdón por mis pecados y te recibo como mi Señor y salvador.

—¡Oh, mierda! Voy a correrme.

—Más vale que no lo hagas. Repite.

—Te pido… ¡Joder! Te pido perdón por mis pecados y… —Un gemido ronco rasga su garganta—. ¡No me acuerdo del resto!

—Te recibo como mi Señor y salvador.

—Te recibo como mi Señor y salvador.

—Eso es, ya casi has terminado. ¿Ves como puedes ser obediente cuando te lo propones? —murmuro, acelerando la velocidad de mi mano. Reese se muerde el labio inferior y hunde las uñas en mi antebrazo mientras se esfuerza en contener el orgasmo—. Gracias por darme el regalo de la vida eterna.

—Gracias por… —Toma una respiración profunda y mueve las caderas de delante hacia atrás para acompasar mis arremetidas—. ¡Dios! Gracias por darme el regalo de la vida eterna. ¡No puedo,

Wade! —Echa la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo se estremece y se tensa cuando el clímax la sacude.

Yo sigo follándola con el crucifico hasta que el último temblor se desvanece y solo entonces lo retiro. Reese abre los ojos e intenta acompasar su propia respiración. Le enseño la cruz de madera empapada por sus fluidos y niega con la cabeza.

—Esto es un verdadero milagro, Flor, y no lo que nos vende la iglesia. —Lamo la cruz hasta que no queda ni una gota y la lanzo hacia atrás sobre mi hombro—. Amén.

—Estás loco —dice, sonriendo de manera incrédula.

—Es posible, pero te gusta. Admítelo.

Inspira hondo por la nariz y asiente.

—Me gusta.

—Bien, ahora empezamos a entendernos. —Me pongo de rodillas entre sus piernas abiertas—. Ahora desnúdame, y hazlo rápido porque no creo que pueda contenerme durante mucho más tiempo. Necesito estar en tu interior.

Capítulo 69

Reese

Mientras desabrocho su pantalón, no soy capaz de apartar la mirada de su pecho. Sus cicatrices, esas marcas de quemaduras y creo que de cortes también… Ni siquiera puedo imaginar el dolor que tuvo que sentir cuando las obtuvo. La mayoría son en forma de cruz, cruces por todos lados, unas grandes, otras más pequeñas, más marcadas o solo una sombra superficial. Es como si alguien hubiese pasado horas, días o semanas enteras dibujando sobre su piel con un crucifijo candente.

Me obligo a apartar la mirada para tirar de sus pantalones hacia abajo y quitárselos por los pies. Me fijo en su muslo, en el lugar donde vi esa correa de pinchos la última vez, pero ya no está. Solo hay una cicatriz reciente, más rojiza que todas las demás.

—Me alegra ver que ya no te estás haciendo daño —susurro, deslizando el dedo índice sobre la superficie rugosa de una cicatriz que abarca casi todo su costado.

—He encontrado una manera más eficaz de mortificarme, aunque hoy he decidido no hacer uso de ella. —Sujeta mi cabello con una mano y lo aparta con cuidado hacia atrás.

—Todas estas marcas…

—No preguntes —me corta, y aparta su mano con rapidez.

—Pero…

—Reese, por favor. No lo hagas —insiste.

Dejo caer la mano y asiento. No puedo ni quiero obligarlo a que me lo cuente. Además, hablar de ello ahora mismo, en esta situación, sería adentrarse en un lugar demasiado íntimo y personal, un sitio al que no estoy dispuesta a entrar. Termino de desvestirlo y también me quito el suéter y el sujetador antes de tumbarme de nuevo sobre el colchón.

—Ven aquí —pido, estirando el brazo.

Wade niega con la cabeza y desliza las manos por mi torso, pellizca mis pezones y sigue acariciándome de manera descendente hasta llegar a las rodillas.

—Tu cuerpo es el verdadero pecado original, Flor. Iré al infierno mil veces por poseerlo —susurra, y desliza el pulgar por mi centro.

—¿No crees que ya has pecado bastante por hoy? —pregunto con voz entrecortada.

—Contigo nunca es suficiente. Se me ocurren un millón de formas de pervertirte, y cuando termine, tendré listas un millón más. —Se mete el pulgar en la boca y lo saborea con lentitud—. El fruto más jugoso y dulce que he probado nunca. Adán era un hijo de puta con suerte, pero yo lo soy más.

—¿Puedes dejar a Adán, Dios y todo eso un ratito? Estoy… —Dejo la frase a medias cuando me sujeta por las rodillas y tira de mí con fuerza. Guía su polla a mi hendidura y me penetra de una sola estocada—. ¡Dios santo! —grito.

—¿Quién está llamando a Dios ahora, Flor? —Se retira y vuelve a clavarse en mí con violencia.

Alza mis piernas, las coloca sobre sus hombros y arremete aún más fuerte. Sus caderas cobran vida y apenas soy capaz de gemir mientras sigue acelerando la cadencia de sus embestidas. Cada vez más rápido, más profundo y más agresivo. Muerde mi muslo sin dejar de moverse y un latigazo de dolor y placer recorre todo mi cuerpo. Me aferro con fuerza a la colcha, la estrujo entre mis puños cerrados. Wade sigue follándome con violencia, estira un brazo y acaricia mis labios con las puntas de los dedos índice y corazón, enseguida adivino lo que quiere. Abro la boca y dejo que introduzca

sus dedos en ella. Me concentro en succionarlos, lamerlos y mordisquearlos para no ceder ante el inminente orgasmo que amenaza con destruirme.

—Estoy… Voy… —atino a decir, aún con sus dedos en mi boca.

Wade los retira, baja mis piernas y se tumba sobre mí. Me agarra por el cuello y sigue impulsándose en mi interior a una velocidad casi imposible. Lo noto tan dentro de mí que temo que pueda atravesarme. Las gotas de sudor que caen de su frente y su pelo golpean mi rostro, pero no me molesta. Me quedo embobada mirándolo. Esos ojos grises que normalmente no expresan ninguna emoción, están brillando como una jodida estrella en mitad de la noche más oscura. Su frente arrugada y sudorosa, los labios apretados y el cuello tenso con las venas hinchadas. Rodeo su cuerpo con mis brazos y toco su espalda. Él se arquea como si en vez de mis dedos fuesen cuchillas afiladas las que recorren su piel.

—Eres mi pecado, mi penitencia y mi salvación, Flor —sisea entre dientes justo antes de besarme.

Nuestros dientes chocan y el muro de granito que he creado en mi mente para contener el clímax se resquebraja y empieza a caer pedazo a pedazo, losa a losa hasta abrir un agujero enorme e irreparable.

—¡Wade! —jadeo contra su boca.

Se aparta un poco y pega su frente a la mía. El orgasmo me alcanza, o más bien me golpea como una jodida bola de demolición que lo arrasa todo a su paso. Cierro los ojos y dejo que suceda, que me lance a cualquier lugar del mundo. Un gruñido ronco y gutural se hace eco en la habitación. Siento como sale de mí y su semen caliente y espeso se esparce sobre mi bajo vientre.

Tras unos segundos, Wade se hace a un lado y cae sobre la cama, haciendo verdaderos esfuerzos para seguir respirando. Muevo la cabeza hacia un lado y lo veo tumbado boca arriba, con el brazo cubriéndole el rostro y su pecho subiendo y bajando con violencia. Cierro los ojos y me concentro en mi propia respiración. ¿Es posible

perder la consciencia después de un orgasmo? Creo que sí, o es que estoy tan agotada que mi cuerpo ha decidido dejar de funcionar.

Capítulo 70

Wade

«Y he aquí, yo traeré un diluvio sobre la tierra, para destruir toda carne en que hay aliento de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra perecerá». «Génesis 6:17».

Escucho la respiración pesada de Reese y me incorporo para poder verla bien. Se ha quedado dormida. Desnuda, con el pelo revuelto y los labios hinchados por mis besos y mordiscos parece un puto ángel sacado de mis sueños más húmedos. Sonrío y aparto un mechón de su frente. Jamás imaginé que el sexo pudiese ser tan placentero. Lo que he sentido esta noche con ella es algo que no puedo comparar con absolutamente nada que haya vivido antes. Las presas, las chicas del club… Tengo la sensación de que todo eso solo ha sido una especie de entrante o preliminar de lo que me estaba esperando con Reese. Su olor, su sabor, incluso la forma en la que gime mi nombre mientras la follo, es como si toda ella hubiese sido creada para mí.

Exhalo por la boca con pesadez y me levanto. Necesito pensar en todo esto. No sé cómo gestionar lo que siento. Una parte de mí quiere conservar a Reese a toda costa, para siempre. Encerrarla en una habitación y no dejarla salir bajo ningún concepto. Sin embargo, hay otra mucho más sensata y coherente que no deja de gritarme que lo que estoy haciendo está mal. Ella se merece a alguien mucho mejor, o al menos que no esté tan jodidamente roto. Sé que si me

empeño en retenerla a mi lado solo lograré que sufra, y si vuelve a pasar, si la lastimo de nuevo, es probable que acabe destruyéndome por completo.

Tiro de la colcha, que está arrugada a los pies de la cama, y cubro su cuerpo desnudo con cuidado de no despertarla. Tras una parada rápida en el baño, me visto con un pantalón y una camiseta de algodón y abandono el dormitorio. Vago sin rumbo fijo por la casa, pensando en una manera de resolver esta situación. Lo más sensato sería alejarme ahora. Podría irme ya mismo, regresar al hotel y seguir trabajando en la búsqueda de su amiga desde allí, pero la simple idea de apartarme de ella me produce un dolor intenso en la boca del estómago, una especie de presión que casi no me deja respirar.

—¿Qué haces despierto? —me sobresalto al escuchar la voz de Xander.

Alzo la cabeza y echo un vistazo a mi alrededor. Estoy en la biblioteca, aunque no recuerdo cómo he llegado hasta aquí. Mi hermano me observa, sentado en uno de los sillones orejeros, lleva una copa de licor en la mano. Exhalo con fuerza y me acerco al mueble bar para servirme una igual a la suya. Después camino hacia él y tomo asiento en el sillón que está justo delante al suyo.

—Estoy muy jodido —susurro tras un buen rato en silencio.

—Eso es nuevo. ¿Desde cuándo admites en voz alta que algo te incomoda? —Lo miro por encima del vaso del que estoy bebiendo y él frunce el ceño—. Es por ella, ¿verdad? Has dejado que esa mujer se te meta dentro.

Trago el licor y saboreo la quemazón que resbala por mi garganta antes de responder.

—Creo que jamás tuve otra opción. No sé por qué, pero desde la primera vez que la vi, supe que lo cambiaría todo.

—Conozco esa sensación —masculla Xander, bebiendo un sorbo de su vaso.

—No sé qué hacer. Acabo de pasar la mejor noche de mi vida con una mujer preciosa, valiente y luchadora, pero si me quedo a su lado…

—Tú lo has dicho, hermano —me corta—. No tienes otra opción. El amor es como una enorme ola que llega sin avisar, te engulle, te zarandea, te ahoga y después te escupe en cualquier lugar, sin embargo, luchar contra la corriente solo hace que sea aún más violenta. No se puede negociar con un tsunami. Lo aceptas y rezas para que, cuando te suelte, aún sigas respirando. La pregunta aquí es… ¿Ella siente lo mismo o solo te está usando para que la ayudes a encontrar a su amiga?

Estrecho la mirada sobre él y tenso la mandíbula.

—Ya has dejado claro que Reese no te gusta, pero no es la persona que piensas —siseo entre dientes.

—No, Wade. Ella me da igual. Es más, en otras circunstancias hasta es posible que me cayera bien, pero temo que te destruya aún más de lo que tú ya lo haces. No me malinterpretes, ha conseguido que por primera vez te abras un poco y hables sobre tus sentimientos, y eso es algo bueno, pero ¿qué pasará cuando se marche?

—Tal vez no lo haga —murmuro, aunque ni siquiera yo me lo creo.

Xander bebe lo que queda de licor en su vaso de un solo trago y lo deja sobre la mesa baja que hay entre nosotros.

—Tarde o temprano, todas se van. Obtienen de nosotros lo que buscan: atención, sexo, dinero, amor… Da igual, sea lo que sea, en cuanto lo consiguen, salen corriendo y por más que intentes retenerlas no puedes hacer nada. Es el tsunami escupiéndote. —Se pone en pie y palmea mi hombro de manera cariñosa—. Aprovéchalo mientras dure, hermano. Supongo que tendré que acostumbrarme a verla por aquí.

Empieza a alejarse, pero lo detengo llamándolo por su nombre. Se gira y clavo mi mirada en la suya.

—No vuelvas a tratarla nunca como lo hiciste hoy —le advierto—. Eres mi hermano y te respeto, pero si la tocas de nuevo con o sin intención de lastimarla, te arrancaré la puta cabeza. ¿Entendido?

Xander esboza una sonrisa ladeada y asiente.

—Espero que no conviertas en una costumbre lo de ir por ahí amenazando a la gente. No quiero perder mi puesto del hermano violento. Buenas noches, Wade.

No respondo, solo espero a que se marche, y en cuanto la puerta se cierra a su espalda, tomo una respiración profunda y me sirvo otra copa. No creo ser capaz de dormir hoy, y menos aún con Reese en mi cama, así que me quedan unas cuantas horas hasta el amanecer para planear lo que voy a hacer.

Reese

Me despierto sola, desorientada y muy, pero muy dolorida. Me cuesta ponerme en pie y siento como me tiemblan las piernas con cada paso que doy de camino al baño. Solo me refresco un poco y, tras hacerme con un albornoz que me queda enorme, regreso de nuevo al dormitorio. Al ver el crucifijo de madera en el suelo, un calor extraño me sube por el cuello y se instala en mis mejillas. No puedo creer que le permitiera a Wade meterme eso en el… Suspiro y me cubro el rostro con las manos. Lo peor es que lo disfruté tanto que si ahora mismo me propusiera hacerlo de nuevo no diría que no. ¿Me he vuelto completamente loca? Empiezo a pensar que sí.

Recojo mi ropa del suelo y salgo del dormitorio casi de puntillas. Ya es tarde y lo más probable es que todos en la casa estén despiertos. Tardo solo unos minutos en ducharme, vestirme y bajo a la planta principal en busca de Wade. No sé exactamente cómo de incómodo va a resultar este encuentro, pero necesito preguntarle por el estado de Ren. Solo espero que no haya empeorado durante la noche.

Al pasar por el comedor me encuentro con Xander, que está a punto de marcharse, y me sorprende al saludarme. No es demasiado

cariñoso. Solo me da los buenos días de manera cordial y se va antes de que pueda responder. Aún sin creerlo del todo, sigo mi camino en dirección al despacho y tomo una respiración profunda justo antes de golpear la puerta con los nudillos.

—Pasa —responde Wade desde el interior.

Lo hago enseguida, antes de perder el poco valor que he sido capaz de reunir, sin embargo, mantengo la cabeza gacha y evito su mirada.

—Buenos días, ¿cómo está Ren? —pregunto con el tono de voz más casual y neutro que soy capaz de fingir.

—Bien, he hablado con los médicos esta mañana. Se está recuperando rápido y parece que no tendrá ninguna secuela.

—Me alegro mucho.

Miro mis zapatillas de deporte, la alfombra, después un poco más arriba hacia el mueble aparador, un par de carpetas que hay sobre él y el ficus medio muerto que está al lado. Se ve que a las plantas no les sienta demasiado bien el alcohol. Estoy tan concentrada en evitar el contacto visual con Wade que ni siquiera noto que se está acercando hasta que lo siento justo delante de mí. Noto sus dedos en mi barbilla y contengo el aliento cuando me obliga a mirarlo.

—¿Qué hay tan interesante en el despacho para que ni siquiera me mires a la cara? —pregunta, clavando sus ojos en los míos.

Exhalo todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo y retrocedo un paso para alejarme de su tacto. Wade frunce el ceño, pero no me retiene.

—No quiero que las cosas se pongan raras entre nosotros por lo que pasó anoche.

—¿No crees que eres tú, con esa actitud, la que está provocando que se pongan raras?

—Sí, es posible, pero ya ha habido demasiados malentendidos y me gustaría que, por una vez, seamos sinceros y dejemos las cosas claras.

Arquea una ceja interrogante y se cruza de brazos.

—Muy bien, sé sincera entonces.

Respiro hondo y decido soltarlo todo del tirón. No tiene sentido andarse por las ramas. Cuando más clara y concisa sea, menos probabilidades habrá de que volvamos a caer en otro malentendido.

—No quiero que pienses que, porque siento algo por ti, voy a creer que lo de anoche significó más de lo que fue realmente. Te lo dije y lo mantengo, no espero nada por tu parte y tampoco lo quiero. El sexo fue genial y te lo agradezco, pero…

—Espera. —Me corta alzando la mano, y casi me parece ver una sonrisa en su comisura—. ¿Acabas de darme las gracias por follarte o me lo parece a mí?

—Sí. Bueno, no por follarme. —Bufo y me pinzo el puente de la nariz—. Creo que me estoy explicando fatal. Lo que quiero decir es que soy muy consciente de quién eres y lo que te gusta.

—¿Y quién soy según tú?

—Un depredador. —Pestañea un par de veces, como si no esperara esa respuesta—. No lo digo como algo ofensivo. Es un hecho. Disfrutas cazando todas las presas que encuentras. Esta noche fui yo, mañana alguna de las mujeres del club, las de las cacerías… A donde quiero llegar es a que no espero que te tomes en serio lo que ha pasado entre nosotros. Tampoco es la primera vez que follamos, ¿no?

—Sí es la primera que tú tomas la iniciativa —comenta.

—Eso no importa.

—Ah, ¿no?

—No. Soy muy consciente de que solo soy una más en tu lista de conquistas y no quiero que te preocupes por que pueda pedirte algo más.

—Entonces, lo de anoche no fue nada, ¿no?

—¡Exacto! Estuvo bien, pero no le demos más importancia.

—Bien —susurra. Ladea la cabeza sin perderme de vista y se da pequeños golpecitos con el dedo en el labio inferior—. Yo no lo definiría de ese modo.

¡¿Cree que no estuvo bien?! Para mí fue el mejor sexo de mi vida y él ni siquiera lo considera merecedor de un «bien». ¡Genial! Trago saliva con dificultad y me encojo de hombros, intentando aparentar una comodidad que no siento.

—Defínelo como quieras. Yo solo pretendo que podamos seguir trabajando juntos sin más confusiones.

—Por supuesto. —Se acerca despacio, y antes de que pueda ser consciente de su intención, rodea mi cintura con el brazo y tira de mí. Con la otra mano envuelve mi nuca y me besa. Un beso apasionado y húmedo que me cortocircuita el cerebro, dejándolo hecho papilla. Cuando se aparta un poco, arrastrando mi labio inferior con los dientes, tengo la sensación de que no recuerdo ni mi propio nombre—. Voy a darte un consejo, Reese. Nunca le niegues a un depredador su pedazo de carne. Con eso solo lograrás que se vuelva aún más letal.

—¿Qu…? ¿Qué? —balbuceo.

El muy cabrón esboza una sonrisa canalla y retrocede de espaldas mientras se ajusta los puños de la chaqueta.

—Siéntate. Tenemos trabajo que hacer. —Me quedo mirando la silla que señala sin ser capaz de reaccionar—. Reese, ¿me has escuchado?

Sacudo la cabeza de un lado a otro y lo miro confusa.

—Sí, que me siente.

—Pues hazlo antes de que cambie de idea y acabe follándote sobre la mesa.

Abro mucho los ojos y casi corro a tomar asiento donde me ha indicado. Ahora mismo no soy capaz de asimilar nada de lo que está pasando. ¿Qué demonios ha significado ese beso? ¿Y el comentario sobre el depredador? Nada con este hombre puede ser sencillo, ¿verdad? Cada vez que pienso que estoy empezando a entenderlo, hace algo que me confunde aún más.

Capítulo 71

Wade

«Aun mi íntimo amigo en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, contra mí ha levantado su calcañar». «Salmos 41:9».

No sé si tengo más ganas de besarla de nuevo o de tumbarla sobre mis rodillas y usar su trasero como un tambor. ¿Cómo se atreve a decir que lo de anoche no significó nada? «Estuvo bien». ¡¿Bien?! ¡Fue una experiencia grandiosa y extraordinaria! Inspiro hondo para tranquilizarme y decido dejarlo pasar. Tengo que buscar otra forma de llegar a ella. Se ve que el sexo no es suficiente.

—He cotejado la lista de sospechosos con las fechas de las cacerías en las que desaparecieron las otras chicas —comento, captando su atención—. Has hecho un gran trabajo.

—Eh… Gracias —masculla—. ¿Pudiste descartar algún nombre más?

—Sí, dos de los sospechosos no acudieron a algunas cacerías. Eso nos deja con solo tres nombres sobre la mesa. —Dejo tres folios con los datos de los posibles culpables frente a ella y coloco el dedo índice sobre uno de ellos—. El primero es Risto Niarchos, el marido de una de las infantas de Grecia. El segundo, Jozef Dushku, un magnate de petróleo albanés, y, por último, Constantin Dumitrescu, el ministro de Justicia de Rumania.

—¿Un ministro? —inquiere, abriendo mucho los ojos. Asiento y ella cabecea con sorpresa—. No tiene sentido que un ministro secuestre a chicas, tampoco lo del griego que está emparentado con la realeza ni el del petróleo. A todos esos hombres les sobra poder y dinero. ¿Para qué querrían meterse en una trama de secuestros? Pueden tener a cualquier mujer que deseen.

—Para algunas personas el dinero nunca es suficiente, además, también puede tratarse de algo personal. Desde el principio hemos apostado por la posibilidad de que tratamos con una organización de trata de mujeres, pero también existe la opción de que quien esté detrás de esto lo haga para su propio disfrute.

—¿Crees que se lleva a las chicas y las mantiene encerradas en algún lugar?

—Es posible. —Me ajusto el nudo de la corbata con nerviosismo por lo que estoy a punto de decir—. Reese, los hombres que acuden a las cacerías disfrutan doblegando a las mujeres. Podrían ser violadores en potencia, gente sin escrúpulos y capaces de cometer verdaderas atrocidades.

Se me queda mirando unos segundos sin pestañear.

—¿Te estás definiendo a ti mismo, Wade? —pregunta sin tapujos.

Me inclino hacia delante sin apartar mis ojos de los suyos.

—Escúchame bien, yo nunca he tocado a una mujer sin su consentimiento.

—Pero eso no significa que no fantasees con ello, ¿verdad? Por eso creaste la Sociedad y las cacerías, para no caer en la tentación y convertirte en una noticia en la prensa como el tipo de los recortes que tienes en tu dormitorio.

Me echo hacia atrás de golpe y contengo el aliento. Si ha visto los recortes es posible que ya conozca todos mis secretos. Sabe lo de Jack Davies.

—¿Nunca te han enseñado a no husmear entre las cosas privadas de los demás? —mascullo, apartando la mirada.

—No husmeé, estaban sobre la mesa. Entonces, ¿es cierto? ¿Ese tipo es algo así como un referente para ti? ¿Lo admiras por su trabajo y toda esa mierda?

Exhalo con alivio al darme cuenta de que en realidad no tiene ni idea de lo que está hablando. Jack Davies es uno de los mayores hijos de puta que ha pisado la Tierra, y si aún viviera, yo mismo iría buscarlo y lo mataría de la peor forma imaginable.

—¿Podemos dejar a un lado tus suposiciones y prejuicios para centrarnos en lo que de verdad importa? Ahora tenemos tres nombres. Uno de ellos se llevó a tu amiga y hay que buscar la manera de averiguar quién fue.

Reese se queda callada unos segundos y después asiente con la cabeza.

—Solo se me ocurre una forma.

—¿Cuál?

—La próxima cacería es en unos días. Mantendremos vigilados a los tres sospechosos. Es más, los obligaremos a actuar.

—¿Cómo?

—Me tendrán a mí de cebo.

Frunzo el ceño y me aferro al borde de la mesa con tanta fuerza que tengo la sensación de que en algún momento la madera terminará haciéndose pedazos. ¡Por encima de mi cadáver!

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? Quieres meterte directa en la boca del lobo—siseo, intentando contener la furia.

Reese empieza a reír, enfureciéndome aún más.

—¿Crees que usarme de cebo en una cacería es lo más temerario que puedo hacer? Mira dónde estoy. —Abre los brazos, señalando la sala a nuestro alrededor—. Después de nuestro encuentro en la cacería, donde me obligaste a hacerte una mamada, te seguí y me colé en tu cabaña, y como si no fuese suficiente, tuve la brillante idea de venir a buscarte a Las Vegas e infiltrarme en tu empresa. Cualquiera hubiese aprendido la lección, pero yo no, tras haber sido

descubierta aquí estoy, en tu casa, dejando que me metas crucifijos por el coño. ¡Vivo en la puta boca del lobo, Wade!

—La diferencia es que conmigo nunca corriste verdadero peligro —replico.

—Prefiero no responder a eso —murmura.

—Aunque lleváramos a cabo esa locura, ¿qué te hace pensar que el que se llevó a Rose y las demás presas iría a por ti? Puede que seleccione con anterioridad a sus víctimas.

—Nancy cree que las escoge al azar.

—¿Nancy? —pregunto, arqueando una ceja.

—Sí, ayer cuando vino, hablamos de ello.

—¿Qué quería? ¿Por qué se pasó por aquí?

—Tú la enviaste a vigilarme, ¿recuerdas? —Chasquea la lengua y se cruza de brazos—. Creíste que podría huir.

—No es cierto. Hablamos por teléfono y comenté que había reforzado la seguridad para que no te escaparas, pero no le dije que viniera a verte.

—¿Y por qué me…? —Se calla de golpe y casi puedo ver cómo los engranajes de su cabeza funcionan a toda velocidad. Gira la cabeza hacia el mueble que está junto a la pared y se pone en pie de un salto—. ¡El ficus está muerto!

Frunzo el ceño, confuso. No esperaba que dijera eso. Compruebo lo que está señalando. La planta que está sobre el mueble está amarillenta y reseca.

—¿Qué tiene que ver eso con Nancy?

—Ella sirvió dos copas de licor y me dio una a mí. Después llegó Ren y las tiró a la maceta.

—Mi hermano nunca ha tenido modales —comento.

—¡No, Wade! No estás entendiendo. Antes de tirar el licor, Ren le dio un sorbo a mi vaso. Al día siguiente se puso enfermo y el ficus ha muerto. ¿Y si no se drogó? ¡Bebió de mi copa!

—Espera, ¿estás insinuando que Nancy…? —Asiente y me detengo a pensarlo un segundo. «¿Es posible que haya intentado envenenar a Reese? ¿Por qué?». Recuerdo al tipo que casi la mata en mi despacho. Nancy estaba al tanto de la trampa que le tendí a Reese, sabía que ella estaría en el edificio—. Hija de puta —mascullo, poniéndome en pie de un salto.

—Fue ella, ¿verdad? Ha intentado envenenarme.

Me acerco a Reese y la sujeto por los hombros.

—No estoy seguro, pero voy a averiguarlo. Si nuestras sospechas son ciertas, lo más probable es que también esté metida en lo de los secuestros de las presas. Tiene todo el sentido. Ella tiene acceso al servidor con los datos de todas las chicas.

—Si es así, sabe quién es. Hay que ir a buscarla.

—Tú te quedas aquí.

—¡No! Voy contigo.

Enmarco su rostro con ambas manos y la obligo a mirarme.

—No me arriesgaré a sacarte de la casa. Estás más segura aquí. —Deposito un beso en su frente y exhalo con fuerza—. Volveré lo más pronto que pueda.

—No, espera. ¡Wade! —grita, pero ya estoy de camino a la salida.

La escucho maldecir e insultarme mientras casi corro por toda la casa. En pocos minutos, consigo organizar a un puñado de hombres y salimos a toda velocidad hacia el edificio Sutton.

Capítulo 72

Wade

«Entonces Judas Iscariote, que era uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregarles a Jesús. Cuando ellos lo oyeron, se alegraron y prometieron darle dinero. Y él buscaba cómo entregarle en un momento oportuno». «Marcos 14: 10-11».

El ascensor abre sus puertas en la planta administrativa y salgo de él como un vendaval. Busco a Nancy en su despacho, pero una de las secretarias me informa que está reunida con el equipo de Marketing en una de las salas de juntas. Me dirijo hacia allí a toda prisa y no me molesto en tocar la puerta antes de entrar. Al verme, todos se quedan callados, incluida la que hasta hace muy poco consideraba mi persona de confianza.

—Wade, ¿pasa algo? —pregunta con el ceño fruncido.

Me ajusto el nudo de la corbata y muevo el cuello de un lado a otro. Siempre he mantenido una imagen de jefe distante, recto e intachable ante mis empleados, pero ahora mismo estoy a punto de abalanzarme sobre la hija de puta que ha tenido el descaro de atentar contra la vida de Reese en mi propia casa y, de paso, ha enviado a mi hermano pequeño al hospital.

—Todos fuera —ordeno.

Tras unos segundos de estupor, los empleados abandonan la sala, dejándonos a Nancy y a mí solos. Cierro la puerta y me giro hacia ella.

—¿Qué ocurre? Me estás asustando.

—Ayer mi hermano Ren tuvo que ser hospitalizado.

—¿Ren? ¿Por qué? ¿Está bien?

Camino hacia ella con lentitud y me encojo de hombros.

—Sí, por suerte, el veneno que usaste, en dosis bajas, no es mortal.

—¿Veneno? —Retrocede un par de pasos negando con la cabeza. Está asustada, puedo verlo en su mirada—. ¿Crees que yo envenené a tu hermano? Eso no tiene ningún sentido. Lo conozco desde hace años. Somos amigos.

Antes de que pueda seguir retrocediendo, estiro el brazo y con un movimiento rápido la agarro del cuello y empiezo a apretar.

—Querías matar a Reese, pero no tuviste suerte, ¿verdad? —Niega con la cabeza mientras se retuerce para intentar soltarse, pero la tengo bien sujeta. Acerco mi rostro al suyo y aprieto aún más—. ¿Quién te mandó matarla? ¿Para quién estás trabajando?

—No —gimotea casi sin aire.

Aflojo el agarre y la empujo con fuerza. Su espalda golpea la pared con un sonido sordo.

—No voy a preguntarlo de nuevo. ¿Quién está detrás de los secuestros?

Se agarra el cuello con ambas manos mientras tose repetidamente. Espero paciente a que se recupere, y cuando alza la cabeza para mirarme, sus ojos están rojos con las pupilas muy dilatadas. Ahora está aterrada. Bien, espero que sea suficiente para aflojarle la lengua.

—Yo no quería, te lo juro. Se supone que iba a ser solo una chica, pero él me obligó a ayudarlo.

—¡¿Quién?! —grito, perdiendo los nervios.

—No puedo, Wade. Me matará.

Estampo el puño en la pared justo al lado de su cabeza.

—Si no hablas ahora mismo, seré yo quien te mate. ¿Quién es?

Escucho como alguien abre la puerta y me giro de golpe.

—Señor Sutton, escuché un ruido fuerte y… —Se calla de golpe mientras mira por encima de hombro.

Vuelvo a mirar a Nancy, pero ya no está a mi lado. Me rodea y corre hacia la puerta.

—¡¿A dónde vas?! —grito, saliendo tras ella.

Empuja a la secretaria y sigue corriendo. La persigo, pero la jodida secretaria cubre la puerta y acabo tropezando con ella. Caigo al suelo y me levanto lo más rápido que puedo. La sigo por el pasillo, estoy a punto de alcanzarla junto al ascensor, pero antes de que pueda hacerlo, las puertas se cierran y el aparato empieza a descender. Bajo la atenta mirada de muchos de mis empleados, corro hacia las escaleras de emergencia.

Bajo los escalones de tres en tres lo más rápido que soy capaz. No voy a permitir que se escape. Al llegar abajo estoy sudando y sin aliento, pero sigo corriendo. Llego al recibidor y alcanzo a ver como sale del edificio a la carrera.

Con los pulmones ardiendo por el esfuerzo, me pongo en marcha. Ya en la acera grito su nombre, pero no puedo evitar que se lance hacia la carretera. Estoy dispuesto a ir tras ella, sin embargo, antes de que pueda poner un pie en el asfalto, un enorme camión se la lleva por delante.

La gente grita a mi alrededor y el tráfico se paraliza. Me quedo inmóvil en el borde de la acera y alcanzo a ver su cuerpo destrozado a varios metros de distancia. Está muerta. Es imposible que alguien pueda sobrevivir a un golpe así.

Reese

Lanzo el teléfono sobre la cama y resoplo con fuerza. Wade no responde a mis llamadas ni a los mensajes. Hace horas que se marchó, dejándome encerrada en esta maldita casa. ¿Cómo se atreve? Se supone que iba a hacerme partícipe de todo lo que tenga que ver con la búsqueda de Rose y a la primera de cambio se larga

sin más. Suelto un grito de pura frustración y estoy a punto de ir a buscarlo como sea cuando la puerta de mi dormitorio se abre y lo veo entrar.

—¡Maldito hijo de perra! —siseo, yendo hacia él.

Me lanza una mirada dura y enseguida noto que algo no va bien.

—Reese, voy a pedirte que moderes tu lenguaje.

—Pídeme lo que quieras, pero si vuelves a encerrarme aquí vas a conocerme de verdad. ¡¿Qué ha pasado con Nancy?! ¿Fue ella? —Pasa a mi lado y exhala con fuerza mientras se quita la chaqueta, después se toma su tiempo para aflojarse la corbata y desabrocha los botones superiores de la camisa—. ¿Su majestad se ha puesto cómodo ya? ¡Habla de una vez, joder!

—Sí, fue ella. Creo que ese tipo la tenía amenazada, por eso lo ayudaba.

—Pero ¿te ha dicho su nombre? ¿Sabes quién es? —Niega con la cabeza—. Y ¿por qué demonios no estás sacándoselo por las malas? Dame cinco minutos a solas con esa zorra y cantará como un pajarito.

Vuelve a taladrarme con la mirada.

—Para empezar, no blasfemes. —Me llevo las manos a la cabeza y pongo los ojos en blanco—. ¿Crees que estaría aquí si hubiese alguna posibilidad de saber la verdad?

—¿Dónde está ahora? ¿Has dejado que se vaya?

—Está en la morgue, Reese. Si he tardado tanto es porque tuve que explicarle a la Policía cómo es que mi asistente acabó aplastada por un camión de reparto.

—¡¿Qué?! ¿La has matado?

—No, claro que no. —Bufa con fuerza y se pinza el puente de la nariz—. Cuando la presioné un poco salió corriendo. La alcancé fuera del edificio, pero antes de poder reaccionar la atropellaron. Murió al instante.

—Mierda —susurro.

—Sí, mierda.

—¿No te dio ninguna pista? —Niega con la cabeza—. ¿Y entre sus cosas no hay nada? Debe mantener el contacto con ese tipo de alguna forma.

—Después de soportar horas de interrogatorio regresé al edifico Sutton y revisé su ordenador, pero no había nada personal.

—¿Y en su casa?

—Envié a Dagger allí de inmediato, pero la Policía se nos adelantó. Creen que pudo haberse suicidado y han abierto una investigación. Se han llevado todas sus cosas.

—¿No les dijiste la verdad?

—¿Qué verdad? ¿Pretendes que le explique a la Policía que una Sociedad secreta del que yo soy miembro fundador practica una caza de mujeres un par de veces al año y que a uno de ellos le ha dado por secuestrarlas? Aparte de arruinar mi vida, ¿qué lograríamos con eso? Solo entorpecerían nuestro trabajo. Ya casi lo tenemos.

—¡No tenemos una mierda! —exclamo alzando la voz.

—Tranquilízate —ordena Wade con su habitual actitud impasible.

—¿Te molesta que me enfade? Perdón, es que algunos tenemos sangre en las venas. ¿Cómo puedes estar tan relajado cuando una persona a la que conoces bien se ha muerto delante de ti?

—No estoy relajado, solo lo parezco —susurra, mirándome a los ojos. Se pone en pie y viene hacia mí—. Entiendo tu frustración, pero no podemos perder los nervios ahora. Tengo esto. —Saca de su bolsillo un teléfono móvil destrozado y me lo enseña.

—¿Qué le ha pasado a tu teléfono? ¿También ha terminado debajo del camión?

—No es mío. Lo recogí junto a lo que quedaba del cadáver de Nancy antes de que llegara la Policía. Dagger está buscando a alguien que pueda echarle un vistazo. Tal vez contenga información que nos sirva de utilidad.

Lo cojo de su mano y un par de piezas caen al suelo. Está completamente destrozado.

—Muy pocas personas pueden sacar algo de un dispositivo en tan mal estado. —Cierro los ojos y chasqueo la lengua cuando una idea acude a mi mente—. Yo conozco a alguien.

—¿Quién?

—Un viejo amigo. Es el mejor en lo suyo.

—¿Otro viejo amigo? —Arquea una ceja y le devuelvo el teléfono —. Supongo que «lo suyo» implica acciones ilegales.

—Sí, pero es de confianza, o eso creo.

—Podemos esperar a Dagger.

—No hay tiempo. La cacería es en pocos días y necesitamos un nombre.

—Está bien. Dime dónde puedo encontrarlo y hablaré con él.

—De eso nada. No vas a volver a dejarme al margen. Iré yo —replico.

—Estás más segura aquí.

—¿Por qué? Si era Nancy la que intentaba asesinarme, ya no hay peligro, ¿no?

Me muevo por la habitación para coger una chaqueta y me la pongo bajo su atenta mirada.

—Reese, no vas a ir a ningún lado sola. No sabemos si ese tipo te está vigilando.

—Pues llegar acompañada de un grupo de matones no es una opción.

—Voy yo contigo.

—¿Tú? —Lo repaso con la mirada desde la cabeza a los pies y esbozo una sonrisa burlona—. Wade, se te comerán vivo cuando te vean. Voy a lidiar con tipos peligrosos.

—Y exactamente por eso no irás sola. —Bufa con fuerza y me señala con el dedo índice—. Dame diez minutos para que me cambie y nos vamos.

—Es una mala idea —mascullo.

—En eso estamos de acuerdo. Diez minutos.

Sin esperar confirmación, da media vuelta y se marcha de mi habitación a toda prisa. Me siento de nuevo en el borde de la cama y se me escapa la risa nerviosa. La noche se presenta interesante. Estoy a punto de juntar a los dos únicos hombres por los que he tenido sentimientos en toda mi vida. No creo que acabe bien.

Capítulo 73

Reese

Exactamente diez minutos después de salir de mi habitación, Wade y yo nos encontramos frente a la puerta principal de la mansión. Es puntual, como siempre. Al menos he tenido tiempo para hacer una llamada al viejo Jack.

Por un segundo sufro una especie de lapsus mental al verlo vestido con vaqueros con rotos en las rodillas, una camiseta negra ajustada y chaqueta de cuero también negra. Su pelo está algo revuelto y lleva puestas unas botas desabrochadas que le cubren el dobladillo del pantalón.

—¿Cambio de imagen? —pregunto con una ceja arqueada. Jamás admitiré en voz alta que es uno de los hombres más atractivos que he visto nunca.

Wade se frota la barba de un par de días y camina hacia mí con su habitual elegancia.

—¿Es demasiado? —inquiere.

—No, yo te veo bien. —Pasa junto a mí y le echo un vistazo a su trasero. Los vaqueros le hacen un culo perfecto—. Demasiado bien —murmuro para mí, sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

Caminamos juntos hasta el garaje. Wade abre la puerta con un pequeño mando a distancia y nos adentramos en el lugar, que alberga más de una docena de vehículos, entre ellos, deportivos de lujo, todoterrenos y varias motocicletas de alta cilindrada.

—Escoge el que quieras.

—¿En serio? —Asiente y se me escapa una sonrisa—. ¿Yo conduzco?

—No.

—No tiene sentido que me dejes elegir, pero no conducir.

—Aprende a decir gracias y no pedir más de lo que te ofrecen.

—Aguafiestas —mascullo en voz baja, y me dirijo hacia donde está estacionada una de las motos.

—Buena elección —dice Wade cuando llegamos junto a la máquina.

—Es la más discreta. No creo que ir montados en un Maserati rojo chillón nos ayude a pasar desapercibidos. Por cierto, quiero recuperar mi moto.

—¿Dónde está? —pregunta mientras me tiende un casco y empieza a colocarse el suyo.

—La tiene Ian.

Me parece escucharle resoplar en voz baja.

—Te compraré otra —susurra, y tras quitarle el seguro a la moto, se sube encima y arranca el motor.

—No quiero otra, me gusta la mía. Además, no tengo por costumbre aceptar regalos tan caros por parte de cualquiera.

Gira la cabeza en mi dirección. Tiene el ceño fruncido.

—Por suerte, yo no soy cualquiera. Sube —ordena.

Antes de que pueda replicar, se baja la visera y mueve el puño, haciendo rugir el motor. Pongo los ojos en blanco y me monto sobre la motocicleta. Rodeo su cintura con los brazos y Wade acelera para salir del garaje.

Atravesamos la ciudad en poco tiempo, aunque Wade no sobrepasa el límite de velocidad en ningún momento. Su forma de conducir es ágil, segura y elegante, muy acorde a su personalidad. Le indico por dónde ir, guiándome por las indicaciones que he recibido de parte del viejo Jack. Al llegar a una especie de nave

industrial a las afueras de la ciudad, nos detenemos y bajamos de la moto.

—Deberías quedarte aquí —comento, colgando el casco del manillar.

Wade sigue mi ejemplo y se peina hacia atrás con los dedos, negando con la cabeza.

—Voy contigo, sin discusiones.

Alzo las manos a modo de rendición y camino con lentitud hacia la puerta principal de la nave. Hay cámaras rodeando toda la estructura, por lo tanto, no me sorprende que antes de llegar a tocar, la puerta se abra de golpe y dos tipos grandes y con pintas de matones salgan de la nave.

—Es una propiedad privada —dice uno de ellos.

—Lo sé. Estoy buscando a vuestro jefe. Decidle que Reese quiere verlo.

Se miran entre ellos y uno entra de nuevo en la nave. Regresa tras unos segundos y le hace un gesto con la cabeza a su compañero. Este se hace a un lado para dejarnos pasar. Inspiro hondo y doy un paso al interior, y después otro y otro más. Escucho las pisadas de Wade a mi espalda, se mantiene cerca. Los dos tipos nos guían por unas escaleras hacia una especie de oficina reconvertida en sala de estar, con sofás y un enorme televisor que ocupa toda la pared.

Las voces se apagan en cuanto entro en la sala y Nick dirige su mirada hacia mí. Se pone en pie con dificultad y ladea la cabeza, esbozando una sonrisa socarrona.

—Reeree, qué agradable sorpresa —dice a modo de saludo.

Hago una mueca por la forma en la que se ha referido a mí, pero no lo corrijo. Lo que necesito ahora es ganarme su favor y no lo lograré iniciando una discusión por tonterías.

—Hola, Nick. Tenemos que hablar.

Wade

«Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que desciende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa». «Santiago 3: 14-16».

¿Reeree? ¿Qué está pasando aquí? El tal Nick es un tipo de unos cuarenta años o puede que algo más, con pintas de mafioso barato y parece conocer a Reese muy bien, demasiado bien. Espera… ¿Nick? ¡¿Es ese Nick?!

—¿En qué puedo ayudarte, pequeña? —pregunta tras hacer un gesto con la mano para que todos sus hombres se retiren.

Yo no me marcho. Me mantengo inmóvil, conteniendo las ganas de reventarle la cabeza a puñetazos. Si de verdad este tipo es el mismo que abusó de Reese cuando era una niña, porque, aunque ella no lo vea así, eso es lo que hizo, es hombre muerto.

—Para empezar, me gustaría que empezaras a llamarme por mi nombre. Deja los apelativos cariñosos en el pasado.

—Lo siento, no puedo evitarlo. Al fin y al cabo, te conozco desde que llevabas coletas.

El muy hijo de puta le sonríe y aprieto los puños con fuerza. Voy a arrancarle los dientes uno a uno.

—Necesito que hagas algo por mí —le dice Reese, y enseguida le tiende lo que queda del teléfono de Nancy.

Él lo coge y un par de piezas resbalan entre sus dedos.

—Te recomiendo que compres uno nuevo. Hay una tienda de electrónica a unos kilómetros de aquí. Te daré la dirección.

—Necesito que saques todo lo que puedas de ese terminal. Números agendados, registro de llamadas, mensajes… Todo.

El tal Nick vuelve a mirar los trozos del teléfono y se ríe.

—Nena, soy *hacker* informático, no el puto Harry Potter. —Lanza los restos sobre la mesa baja que tiene delante y niega con la cabeza—. No puedo ayudarte.

—Al menos inténtalo.

—¿Y si no quiero hacerlo? —replica, cruzándose de brazos.

—¡Maldita sea, Nick! ¡Me lo debes!

Él resopla con fuerza y vuelve a negar.

—Ya te ayudé cuando me pediste esas credenciales. ¿Esto va a ser siempre así? No puedes aparecer por mi puerta y hacerme chantaje emocional cada vez que necesitas algo de mí.

—¿Desde cuándo tienes emociones? —replica Reese, arqueando una ceja con burla.

Entonces fue él quien le consiguió las credenciales. Han estado en contacto todo el tiempo. ¿Por qué no me lo dijo Reese?

Capítulo 74

Wade

«La soberbia del hombre le abate; Pero al humilde de espíritu sustenta la honra». «Proverbios 29:23».

Nick se queda mirándola un buen rato y después asiente con la cabeza.

—Está bien, haré esto por ti, pero quiero algo a cambio.

Hay un silencio entre ellos y Reese alza la barbilla de manera desafiante.

—A ver si lo adivino… Quieres que me acueste contigo.

—No lo había pensado, pero gracias por poner esa imagen en mi mente, pequeña.

Contengo el gruñido que sube por mi garganta al verlo sonreír de manera seductora.

—¿Qué mierda quieres?

—Tu perdón.

Reese abre mucho los ojos con sorpresa, y tras unos segundos de estupor, se agacha para coger el teléfono.

—No hay trato. Adiós.

—¡Espera, Reese! —Nick la detiene cuando ya se ha dado la vuelta. Ella se gira a medias para mirarlo por encima del hombro—.

Lo siento, ¿vale? He cometido muchos errores en mi vida, pero de ninguno me arrepiento tanto como de lo que pasó aquella noche.

—¡No te atrevas ni a mencionarlo! ¡¿Lo sientes?! ¡Mataste a mi padre, joder! —grita, confirmando que es quien yo pensaba.

—Yo no lo maté.

—Puede que no apretaras el gatillo, pero murió por tu culpa. Y ¿sabes lo peor? Que él confiaba en ti más que en nadie. ¡Yo confiaba en ti!

—¡¿Por qué no entiendes que solo intentaba que estuviésemos juntos para siempre?!

—Suficiente —intervengo sin poder contenerme más.

Ambos me miran, Reese con gesto enfadado y el tal Nick parece confuso.

—¿El príncipe inglés es tu guardaespaldas? —pregunta, señalando con la barbilla en mi dirección.

—Wade, no te metas —sisea Reese en voz baja.

La ignoro y doy un par de pasos para acercarme a Nick. Él sonríe y adopta una pose chulesca, apoyándose en una muleta. Lo miro de arriba abajo y me ajusto la cazadora con parsimonia.

—¿Cuánto quieres? —pregunto.

—¿Disculpa? No te sigo.

—Pon un precio para revisar el teléfono y acabemos con esto.

—Oh… Hablamos de dinero, ¿no? —Asiento—. Puestos a escoger, prefiero la propuesta de Reese. —Echa un vistazo sobre mi hombro y su sonrisa se ensancha—. Lo haré a cambio de una mama…

—Termina esa frase y no podrás caminar el resto de tu vida ni con las muletas —lo corto sin perder la templanza, aunque puedo notar como la rabia me calienta la sangre.

Pierde la sonrisa y me mira frunciendo el ceño.

—¿Acabas de amenazarme, principito?

—Perdón, creo que no me he presentado. Qué grosero de mi parte. —Estiro el brazo hacia él—. Me llamo Wade Sutton.

—¿Sutton? —susurra.

—Sí, el del edificio ese enorme del Strip con el apellido Sutton en lo alto. Es un placer conocerte, Nick. He escuchado hablar de ti.

Su gesto cambia a uno mucho más serio. Se sujeta con fuerza a la muleta y vuelve a mirar sobre mi hombro.

—¿Por qué demonios traes a un ricachón contigo, Reese? ¿Qué mierda está pasando?

Doy un paso al costado para cortarle la línea de visión y clavo mi mirada en la suya.

—No te preocupes. Enseguida nos vamos. Solo quiero asegurarme de que vas a revisar ese teléfono cuanto antes. Es importante.

—Parece que me estás dando una orden, y yo no acepto órdenes de nadie —sisea entre dientes.

—Lamento que hayas llegado a esa conclusión. Lo que pretendo es pagarte por tu trabajo. Pon una cifra y tendrás el dinero en cuanto nos des la información.

—También puedo negarme y hacer que os saquen de aquí a patadas.

—Por supuesto, pero entonces yo tendría que hacer un par de llamadas a gente muy peligrosa, llegarían aquí pegando tiros, matando gente… —Echo un vistazo alrededor y suspiro—. Es una pena que un lugar tan… pintoresco como este termine reducido a cenizas, ¿verdad?

—Wade —susurra Reese a mi espalda.

Alzo una mano para que no me interrumpa y sigo mirando a Nick. Puedo notar en su mirada que está pensando su siguiente movimiento. No parece demasiado listo, aunque espero que sí lo bastante como para saber lo que le conviene.

—Tienes dos opciones, puedes coger el dinero o no. Es tu decisión.

Inspira hondo por la nariz, y cuando aparta la mirada, sé que he ganado.

—Cien de los grandes y no prometo poder sacar algo de ese cacharro. Lo intentaré.

—Eso me sirve. —Estiro el brazo de nuevo y espero a que él estreche mi mano—. Ha sido un placer hacer negocios contigo, Nick. Enviaré a alguien por aquí para recibir noticias —murmuro, apretando su mano con todas mis fuerzas.

Lo suelto de golpe, y tras girarme, le hago un gesto a Reese para que avance delante de mí. No quiero que ese hijo de perra vuelva a poner sus ojos sobre ella ni un segundo más.

Reese

En cuanto salimos de la nave, sigo a Wade hasta la moto y me cruzo de brazos mientras él se sube a ella.

—¿Qué demonios has hecho? Te dije que no te metieras.

—Sube y no blasfemes —dice, ignorando mi pregunta.

—Wade…

—Salgamos de este lugar —me corta y se baja la visera, dando por terminada la conversación.

Bufo con fuerza y me monto a su espalda. El trayecto de vuelta lo hacemos en casi la mitad del tiempo. Wade conduce deprisa, derrapando en las curvas cerradas y saltándose todas las señales de tráfico. Cuando llegamos a la mansión, ni siquiera se gira para mirarme antes de salir del garaje sin decir ni una sola palabra.

Lo sigo, confusa por su actitud. Parece cabreado, pero eso no es posible. Wade es el hombre menos temperamental que conozco. Solo lo he visto demostrar alguna emoción durante el sexo y en la cacería, el resto del tiempo se mantiene impasible y tranquilo.

Me detengo al pie de la escalera y lo observo mientras asciende, sin embargo, a medio camino se para de golpe y se gira a medias para mirarme.

—Sube —ordena.

—Creo que paso —farfullo.

—¡Te he dicho que subas! —gruñe, taladrándome con la mirada.

Me sorprende su arrebato. Retrocedo un par de pasos y niego con la cabeza.

—No te atrevas a hablarme como a una de tus fulanas. Recuerda que yo no he firmado ningún contrato. A mí me gusta que me respeten, no que me traten como a una perra amaestrada.

—Claro, por eso hemos ido a ver a tu viejo amigo, ¿verdad? Porque ese patético desperdicio de hombre te trata genial. —Desciende los escalones a toda prisa y yo sigo retrocediendo por puro instinto—. ¿Qué es lo que más te gusta de él, Reese? ¿Te atrae que se aprovechara de ti cuando eras una niña o es el hecho de haber sido el responsable de la muerte de tu padre lo que te pone cachonda?

Lo empujo por el pecho, haciéndole perder el equilibrio y casi cae sobre los primeros peldaños de la escalera, pero logra incorporarse de inmediato.

—¡No tienes ni puta idea de lo que es para mí mirar a la cara a ese hijo de perra! ¡¿Crees que me gusta pedirle favores al asesino de mi padre?!

—No me pareció que te molestara demasiado cuando sugirió que le hicieras una mamada.

—¡Al menos él no me obligó a hacérsela! —grito en su cara.

—¡¿Me estás comparando con ese cabrón que se aprovechó de ti cuando eras una niña?!

—¡No te estoy comparando con nadie, joder! Ni siquiera entiendo por qué estás cabreado.

—¡No estoy cabreado! —vocifera.

Arqueo una ceja y él maldice en voz baja antes de empezar a moverse de un lado a otro. Más que cabreado, parece furioso y… humano.

—Si no estás cabreado, ¿por qué demonios me gritas?

—¡Deja de blasfemar, joder!

—¡No me da la gana! Ya me has quitado la libertad, no permitiré que me sigas diciendo qué puedo o no decir.

—¡¿Yo te he quitado la libertad?!

—¡Sí! ¡Vivo encerrada en esta maldita casa y soportando al imbécil de tu hermano!

—¡Te estoy protegiendo!

—¡Yo no te lo he pedido!

—¿Se puede saber a qué viene tanto escándalo? —Ambos miramos hacia lo alto de la escalera, desde donde Xander nos observa con el ceño fruncido—. Es casi la una de la madrugada y os recuerdo que en esta casa vive una niña pequeña que necesita dormir. Si queréis gritaros, salid al puto jardín.

—Ya hemos terminado —farfullo, pasando por delante de Wade para acceder a la escalera.

Subo uno a uno todos los escalones hasta llegar a la cima. Me topo de frente con Xander y lo sobrepaso con la espalda recta y la barbilla en alto. ¡Que los jodan a los dos!

Capítulo 75

Wade

«Pon la mirada en lo que tienes delante; fija la vista en lo que está frente a ti». «Proverbios 4:25».

La sigo con la mirada hasta que se pierde en la planta superior y solo entonces soy capaz de exhalar todo el aire que estaba conteniendo. No sé qué me ha pasado. Yo no soy así, no grito ni pierdo el control de esta manera.

—¿Todo bien? —pregunta mi hermano.

Lo veo bajar las escaleras y me recompongo de inmediato.

—¿Qué has escuchado?

—Tu chica me ha llamado imbécil —responde, estrechando la mirada sobre mí.

—No es mi chica —aclaro.

—Ni lo será si sigues tratándola así. ¿A qué venían esos gritos?

—No es nada. He perdido los nervios durante un momento.

—¿En serio? No lo había notado, y es extraño porque yo sé bastante de ese tema —comenta en tono sarcástico.

Bufo con fuerza y me pinzo el puente de la nariz.

—No sé qué estoy haciendo. Esto no se me da bien.

—¿El qué? ¿Las mujeres?

—Esa mujer —matizo, señalando a lo alto de la escalera con el dedo índice.

—Si quieres conservarla, vas a tener que cambiar de estrategia. Por experiencia, te digo que a las mujeres no les gusta que les griten a la cara.

—¿Estrategia? Ni siquiera sabía que estaba siguiendo una.

—Pues hazlo. Bien o mal, esto de la desaparición de su amiga está a punto de terminar. En pocos días se celebrará la cacería y pillarás a ese cabrón. Entonces agradecerás el haber hecho las cosas bien con Reese porque no querrá alejarse de ti.

—No lo tengo tan claro.

—¿Qué ha pasado con el teléfono? —Arqueo una ceja, interrogante—. Dagger me ha puesto al corriente de todo. Nancy era una perra.

—Ya, pues ahora está muerta y dudo que el idiota al que le hemos entregado el teléfono pueda sacar algo de él, al menos no antes de la cacería. Eso significa que tendré que ir y Reese va a insistir en hacerlo también.

—¿Se lo vas a permitir?

—Nunca. Prefiero que me arranquen un brazo antes de exponerla a otra cacería.

—En ese caso, solo te quedan dos opciones, hermano. Ve buscando una buena prótesis que sustituya tu brazo o te arriesgas de verdad y logras conservar a esa mujer.

—¿Cómo lo hago? ¿No la has visto? Intento doblegarla, pero es imposible.

—Doblegarla —susurra, y sacude la cabeza de un lado a otro—. No es un caballo, Wade. Habla con ella, pasad tiempo juntos, demuéstrale que no eres esa bestia en la que te conviertes cuando te pones la máscara y tampoco el capullo arrogante e insensible que todo el mundo conoce. Muéstrale tu parte más vulnerable, el verdadero Wade Sutton.

—¿Cuándo te has convertido en un gurú motivacional? —inquiero, arqueando una ceja en su dirección.

—Te estoy dando un buen consejo. Es decisión tuya aceptarlo o no.

—¿Qué pretendes que haga? ¿Me encierro con ella en una habitación y no la dejo salir hasta que me conozca de verdad?

—No, idiota, todo lo contrario. Ya la has escuchado. Tú, yo y medio estado de Nevada. Se siente atrapada en esta casa. Llévatela a algún lado. Un viaje rápido para que os conozcáis mejor.

—¿Un viaje? No tengo tiempo para eso. La cacería está a la vuelta de la esquina.

—Nancy la dejó organizada, ¿no? —Asiento—. Entonces, ¿dónde está el problema?

—Está muerta. Me he quedado sin asistente y hay miles de asuntos pendientes en la oficina. Además, Ren sale mañana del hospital y debo ir a buscarlo.

—Yo puedo encargarme de todo eso. La empresa seguirá en pie cuando vuelvas y Ren dando por culo como siempre. ¿Qué más te detiene? —Inspiro hondo por la nariz y me encojo de hombros—. El miedo no puede ser un motivo, hermano. Te arrepentirás si la dejas escapar. Sé de lo que hablo.

—Está bien. Avísame si hay algún problema. Y una cosa más… Necesito que mandes a alguien a recoger la motocicleta de Reese. La tiene el camarero.

—Cuenta con ello.

Reese

Aún no se me ha pasado del todo el cabreo cuando la puerta de mi dormitorio se abre sin previo aviso y Wade entra en la estancia como un jodido elefante en una cacharrería.

—¿Vienes a gritarme de nuevo? —inquiero, cruzándome de brazos.

No me responde. Atraviesa la habitación y entra en el vestidor sin ni siquiera mirarme. Lo sigo confusa. Se detiene frente a las perchas con mi ropa y frunce el ceño.

—¿No tienes nada más que esto?

—¿Disculpa?

—La ropa. —La señala—. ¿Esto es todo lo que tienes?

—En Los Ángeles tengo más, aunque no sé por qué debo darte explicaciones. ¿Vas a decirme también cómo tengo que vestirme?

Ignora mi comentario y rebusca entre las baldas hasta encontrar mi mochila, después agarra todas las perchas con ambas manos y empieza a meter la ropa a la fuerza en la mochila.

—No creo que entre —masculla.

—¿Se puede saber qué haces?

—Una maleta.

Deja la mochila y las prendas en el suelo y se mueve para coger la maleta que está en la parte superior.

—¿Voy a algún lado?

—Nos vamos de viaje.

Su respuesta me deja aún más confusa.

—Espera, ¿de qué hablas? ¿Ha ocurrido algo? —Niega con la cabeza—. Entonces, ¿por qué nos vamos?

—Porque tienes que conocerme —murmura, creo que para sí mismo, y sigue metiendo mi ropa en la maleta como si lo que acaba de decir tuviese algún sentido.

—Ya te conozco, Wade, y por eso puedo asegurar que eres el hombre más extraño e irritante que he visto nunca.

Resopla y se incorpora de golpe. Sus ojos grises se clavan en los míos.

—Hace solo un momento estabas gritando que no quieres seguir encerrada en esta casa. Te estoy brindando la posibilidad de viajar, conocer otros lugares, un país distinto. ¿De verdad vas a quejarte también por eso?

—¿Un país distinto? Pero ¿a dónde quieres llevarme?

—A Inglaterra.

Sale del vestidor pasando a mi lado como un vendaval y no me queda más remedio que seguirlo. Sigue comportándose de una forma muy extraña, aunque ya no parece tan furioso como antes.

—¿Qué demonios voy a hacer yo en Inglaterra? —Se detiene de golpe y me lanza una mirada heladora.

—Te lo voy a pedir por las buenas una vez más, deja de blasfemar.

Me cruzo de brazos y alzo la barbilla de manera desafiante.

—No has respondido a mi pregunta.

—Vamos a Inglaterra y listo. No necesitas saber más.

—Pero quiero saber más. —Lo observo mientras abre los cajones de la cómoda y empieza a revolver las prendas—. ¿Puedes, por favor, no manosear mi ropa interior?

—¿Por qué son todos distintos? —Saca varias bragas y sujetadores y los compara.

—Porque es lo habitual. Dime a qué vamos a ir a Inglaterra.

—No es cierto. He visto a muchas mujeres en ropa interior y suelen llevarla a juego.

Me acerco a él y le arrebato las prendas de las manos.

—Voy a darte una lección sobre el sexo femenino. Si desnudas a una mujer y su ropa interior combina, fue ella quien decidió follarte y no al revés.

Se queda pensativo unos segundos y ladea la cabeza despacio.

—Eso tiene sentido —masculla mientras vuelve a meter la mano en el cajón. Coge un conjunto de ropa interior de encaje negro y me lo enseña—. Es bonito.

—Gracias. Ahora déjalo en su sitio.

—Nos lo llevamos. —Pasa a mi lado y lanza toda la ropa al interior de la maleta, después la cierra y vuelve a mirarme—. Vámonos, el avión estará en la pista en cuarenta minutos.

—Wade, no pienso moverme de aquí hasta que me expliques qué demo… —Frunce el ceño y exhalo con fuerza— Dime qué es lo que pasa. Tenemos que encontrar a Rose.

—No podemos hacer nada hasta que tu amigo el patético saque la información del teléfono.

Ni siquiera me molesto en pararme a pensar en la forma en la que se ha referido a Nick.

—¿Y la cacería? Hay que valorar esa opción.

—Lo haremos como último recurso. Ahora, por favor, ven conmigo a Inglaterra.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ir solo.

—¿Qué hay allí? —inquiero sin terminar de entender a qué viene todo esto.

Wade suspira y se acerca a mí arrastrando la maleta con una mano. Me sujeta por la barbilla y clava su mirada en la mía.

—Allí está mi hogar, o el que algún día fue mi hogar, y me gustaría compartirlo contigo.

Me quedo mirando sus ojos grises y se me corta el aliento al notar sus dedos recorriendo el lateral de mi cuello en una suave caricia.

—Está bien —susurro con una exhalación.

Wade esboza media sonrisa y se acerca para depositar un beso fugaz en mi frente. Es la segunda vez que lo hace y no entiendo por qué. ¿Qué significa ese gesto para él? Este hombre está logrando desestabilizarme por completo. Un momento quiero asesinarlo y al instante siguiente me inspira una especie de ternura que ni siquiera sé de dónde procede.

Capítulo 76

Wade

«Como el padre se compadece de los hijos, Se compadece Jehová de los que le temen». «Salmos 103:13»

Cuando nos subimos al avión, la asistente de vuelo nos recibe con una sonrisa y nos informa de que estaremos listos para el despegue en pocos minutos. Asiento y guío a Reese por el pasillo central. Escojo dos sillones que están uno frente al otro y le indico que tome asiento. Espero a que se quite la chaqueta para entregársela a la azafata y después me acomodo en mi sillón. Yo me dejo puesta la mía, aunque en el interior del avión hace bastante calor, pero llevo una camiseta de manga corta y lo que menos me apetece es tener que soportar las miradas de reojo de la azafata al ver mis cicatrices. Reese echa un vistazo alrededor y suelta un silbido largo.

—*Jet* privado de lujo. ¿Alguna vez has viajado en clase turista?

Niego con la cabeza, y cuando la azafata nos ofrece algo de comer o beber, ambos lo rechazamos. Reese sigue mirándolo todo con curiosidad, y creo que con algo de admiración también. Ya he contestado a su pregunta, sin embargo, recuerdo la conversación con Xander y decido ampliar mi respuesta. Se supone que lo que quiero lograr con este viaje es que me conozca, que sepa cómo soy de verdad, y para eso debo empezar a abrirme un poco, o al menos eso creo. En realidad, no sé muy bien lo que estoy haciendo.

—No me gustan las aglomeraciones —digo para captar su atención. Arquea una ceja interrogante—. Por eso no viajo en turista. Además, ¿quién lo haría teniendo un avión privado?

—No lo tendrías si no te lo hubieses comprado. No te estoy juzgando, Wade. Cada uno se gasta su dinero en lo que le apetezca.

—En realidad, el *jet* lo compró mi padre. No es solo mío. Lo heredamos Xander, Ren y yo, al igual que la mansión, la empresa y todas las demás propiedades.

—Nunca mencionas a tus padres —susurra, y enseguida sacude la cabeza de un lado a otro, esbozando un amago de sonrisa—. Bueno, nunca hablas de nada personal.

Llevo la mano al cuello para toquetear el nudo de la corbata y solo entonces recuerdo que no la llevo puesta. No tuve tiempo para cambiarme de ropa después de nuestra escapada a esa asquerosa nave en las afueras de la ciudad. Carraspeo y mantengo una postura relajada, aunque pocas veces he estado más nervioso en toda mi vida.

—No eran malas personas. Me adoptaron cuando tenía once años. Se encargaron de que tuviese una buena educación, un techo, comida, ropa cara y más caprichos de los que cualquier niño pudiese necesitar.

—Suena un poco frío. ¿No tenías buena relación con ellos? —pregunta, estrechando su mirada sobre mí.

—Sí. Bueno, nunca fueron demasiado cariñosos, pero yo tampoco lo era. —Me encojo de hombros y contengo un resoplido. Esto está siendo más incómodo de lo que imaginé.

—¿También eran así con tus hermanos? —Asiento—. No entiendo, ¿por qué alguien adoptaría a tres niños si no es para darles todo el amor del mundo?

—Anthony Sutton era hijo único y necesitaba herederos, pero ni él ni su mujer estaban dispuestos a que ella perdiera su esbelta y refinada figura con un embarazo, así que optaron por la adopción.

Además, en el ambiente en el que se movían las obras de caridad están bien vistas.

—Hipocresía en estado puro —farfulla, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, supongo que tienes razón, pero para mis hermanos y para mí funcionó. No importa las razones que los llevaron a adoptarnos, mejoraron nuestras vidas.

Nos quedamos callados mientras el avión despega y poco después la azafata se acerca de nuevo para informarnos de que estará atenta a todas nuestras necesidades. Esa última palabra la dice mirándome con una sonrisa provocativa a la que no doy importancia, pero cuando se marcha, me doy cuenta de que Reese está frunciendo el ceño.

—¿Quieres que te deje a solas con ella? —pregunta sorprendiéndome.

—¿Cómo dices?

—La azafata parece muy interesada en cubrir tus… necesidades y no quiero que por mi culpa no pueda llevar a cabo esa tarea. Si queréis quedaros a solas un rato, puedo encerrarme en el baño.

Casi me echo a reír. ¿Son celos lo que detecto en su voz? Me acomodo mejor en el sillón y repiqueteo con los dedos sobre el reposabrazos sin apartar la mirada de la suya.

—¿Quién suena ahora como una novia celosa? —comento, arqueando una ceja.

Alza la barbilla de esa forma tan característica suya e intenta parecer relajada, pero el leve movimiento compulsivo de su pie izquierdo la delata.

—No soy tu novia y tampoco estoy celosa —contesta, usando mis mismas palabras. Exhala profundo y se inclina hacia delante unos centímetros—. ¿Por qué estoy aquí, Wade? Apuesto a que te sobran mujeres despampanantes que venderían a su propia madre por montarse en este *jet*, rodeadas de lujos y con un hombre como tú.

—Disfruto de tu compañía. Eres tan irritante y obstinada que a tu lado es imposible aburrirse.

—Oh, me alegra haber pasado de ser un pedazo de carne al que perseguir a mono de feria —farfulla. Se le escapa un bostezo que enseguida cubre con la mano—. Lamento no poder seguir divirtiéndote, pero es tarde y estoy agotada. Al menos los asientos son cómodos.

—Hay una habitación privada en la cola —digo, señalando el fondo del pasillo.

Reese se gira para verlo y después regresa la mirada a mí.

—¡Qué bien! No tendré que esconderme en el baño cuando regrese la azafata. Podéis iros vosotros.

Me enderezo y clavo mi mirada en la suya con talante serio.

—Ve a dormir, Reese. Va a ser un vuelo largo. Tu maleta está allí. Puedes darte una ducha y cambiarte de ropa si quieres. Solo no te pases todo el viaje durmiendo o al llegar sufrirás por el *jet lag*.

—¿Cuándo aterrizaremos?

Echo un vistazo a mi reloj de pulsera antes de responder.

—Sobre las doce del mediodía, en Inglaterra serán las ocho de la tarde.

Se pone en pie y mueve los hombros en círculos. Su cabello castaño se sacude cuando estira el cuello de un lado a otro. Aún con pinta de estar agotada, no deja de ser arrebatadoramente hermosa.

Al verla de pie, la azafata viene enseguida hacia nosotros.

—Señor Sutton, ¿puedo ayudarle en algo? —pregunta servicial.

Reese pone los ojos en blanco y esboza una falsa sonrisa. Es cierto que la que se ha levantado es ella y la chica solo parece estar pendiente de mí.

—Sí —respondo sin apartar la mirada de Reese. Ella se mantiene atenta a mi próximo movimiento.

—¿Qué necesita, señor?

—Quiero que te marches y no vuelvas hasta que la señorita Kennedy o yo te llamemos.

—No entiendo.

—Márchate, ahora. —Pierde la sonrisa y asiente antes de dar media vuelta y alejarse hacia la parte delantera del avión. Reese arquea una ceja—. Tú, ven aquí —ordeno.

—Ya estoy aquí.

Inspiro hondo por la nariz, estiro el brazo y, tras agarrarla por la muñeca, tiro de ella hacia mí con fuerza. Como ya esperaba, cae hacia delante y me apresuro a sujetarla para que no se haga daño.

—Aquí —gruño.

Intenta incorporarse, pero con un movimiento rápido la alzo y hago que se siente en mi regazo.

—¿Qué haces, Wade?

—Voy a ayudarte a dormir mejor —susurro contra sus labios justo antes de lamerlos.

Capítulo 77

Reese

En cuanto siento la humedad de su lengua sobre mis labios, todo mi cuerpo se enciende como una jodida antorcha. Abro la boca y dejo que su lengua se adentre en ella. Es un beso apasionado y obsceno sin una pizca de gentileza. Wade sujeta mi melena con una mano y tira de mi cabeza hacia atrás, rompiendo el beso.

—Lo sientes, Flor. —Empuja sus caderas hacia arriba para que pueda notar su erección y se me escapa un gemido—. Vas a tener que ser muy silenciosa. No queremos distraer al piloto.

Echo un vistazo al lugar por donde se ha marchado la azafata. Ha corrido la cortina, pero está ahí, a solo unos metros de nosotros.

—Wade, va a escucharnos —susurro.

—Bien, que disfrute con el sonido porque es lo único que va a obtener.

Se pone en pie, cogiéndome en brazos, y enseguida me agarro a su cuello para no caer, aunque no tarda en dejarme sobre mis pies y vuelve a besarme. Mueve mi cabeza a un lado y a otro, acomodándome a su antojo para poder profundizar más mientras con la mano amasa mis pechos por encima de la ropa. De pronto, se aparta de golpe y con una sonrisa arrogante y canalla, se quita la chaqueta y regresa a su asiento.

—¿Qué haces? —pregunto confusa.

—Me pongo cómodo. Acércate. —Doy un paso hacia él, pero me detiene alzando una mano—. Primero quítate los pantalones.

Miro a un lado y a otro con nerviosismo. ¿De verdad estoy a punto de desnudarme aquí, donde varios desconocidos pueden verme? Inspiro hondo por la nariz y dudo.

—No es buena idea —mascullo.

Wade estrecha su mirada sobre mí y su mandíbula se tensa.

—Vamos a dejar algo claro, Reese. Puedo aceptar que me desafíes y seas testaruda en cualquier otro momento del día, pero cuando te pido que te quites la ropa, que te arrodilles a mis pies o cualquier otra obscenidad que se me ocurra, negarse no es una opción. Ahora quítate el jodido pantalón o me pondré en pie, te lo arrancaré a la fuerza y lo haré trizas antes de follarte.

Trago saliva con dificultad y noto cómo me tiemblan las piernas. Ni siquiera me molesto en fingirme ofendida por su tono autoritario. A estas alturas ya he aceptado que, incluso en contra de mi buen juicio, me excita esa parte mandona de Wade. Llevo las manos a la cinturilla del pantalón y desabrocho el botón superior mientras con los pies voy quitándome las botas. En cuanto estoy descalza, bajo la cremallera y arrastro la prenda hacia abajo por mis piernas.

—¿Ahora qué? —pregunto con un hilo de voz.

Wade me devora con la mirada y desliza la mano por encima del enorme bulto que se marca en su entrepierna.

—Ahora quiero que te subas un poco el suéter. —Lo hago, y al ver mi sujetador su sonrisa se agranda—. No combinan. Parece que no tenías planeado follarme, ¿no?

Dejo caer el suéter y me cruzo de brazos.

—¿Te estás divirtiendo con esto, pervertido?

—Mucho. Quítate las bragas. —Lo hago sin quejarme. Al fin y al cabo, no sirve de nada negar que este jueguecito me excita—. Casi puedo olerte desde aquí. Acércate más.

Doy otro paso hacia él y me detengo cuando mis piernas se topan con las suyas. Wade estira un brazo y me agarra por el muslo, después desciende y acaricia la parte posterior de mi rodilla antes de tirar de mi pierna hacia arriba. Me sujeto a sus hombros para no

caer hacia atrás y dejo que pose mi pie en el sillón, junto a su rodilla. Cuando intenta hacer lo mismo con la otra pierna, lo detengo.

—¿Pretendes que me suba al sillón? —Asiente—. ¿Crees que soy una acróbata de circo? Acabaré partiéndome la cabeza si lo intento.

Una de sus comisuras se eleva y se inclina hacia delante, rodea mi cintura con un brazo y me alza. Me agarro al techo del avión y me contengo para no gritar cuando hunde su boca en mi sexo.

Durante los siguientes minutos me concentro en mi propia respiración. Wade me lame, chupa y mordisquea. En cierto momento usa los dedos para masturbarme y no soy capaz de hacer más que restregarme contra su boca mientras mantengo el equilibrio. Un pequeño roce más de su lengua contra mi clítoris desencadena el clímax que, de no ser porque me está sujetando, haría que me estampara contra el suelo.

Él mismo me ayuda a bajar del asiento y me acomoda sobre su regazo. En un gesto que resulta extrañamente tierno y cariñoso, aparta el pelo de mi frente antes de besarme de nuevo.

—Apuesto a que ahora vas a dormir mucho más tranquila —susurra contra mi boca.

Aún tiene los labios húmedos por mis fluidos. Se relame y me aparta para ponerme en pie. Al darme cuenta de que está recogiendo mi ropa del suelo, dirijo la mirada a su bragueta. Está claro que él no ha obtenido ningún tipo de satisfacción de este encuentro.

—¿Y tú? —pregunto.

Arquea una ceja y se encoge de hombros.

—Nada de esto es para mí, Flor. Además, he notado que aún estás dolorida por lo de anoche.

Se agacha y me indica que meta la pierna por una de las aberturas de las bragas. Me sujeto a su hombro y lo hago. Después repite el mismo procedimiento con la otra pierna. Sube la prenda

hasta ajustarla en la cintura y hace exactamente lo mismo con el pantalón.

Cuando vuelvo a estar de nuevo vestida, se incorpora y me atrae por la cintura. Pienso que va a besarme en los labios, pero alza más el mentón y deposita un beso suave en mi frente. Cuando se aparta de nuevo, lo miro confusa.

—¿Por qué haces eso?

—¿El qué?

—Lo del beso en la frente, actuar como un tipo decente…

—¿Estoy actuando como un tipo decente? —inquiere, y me parece que está conteniendo la risa.

—Por momentos.

—Bueno, me alegra seguir siendo indecente el resto del tiempo.

—¿Y ahora también bromeas? ¿Te han abducido los extraterrestres y no me he dado cuenta?

—Reese, vete a dormir.

—¿Tú no vas a dormir?

—No, prefiero aguantar despierto y descansar cuando lleguemos.

Asiento. Supongo que es lo más lógico y una buena forma de evitar el desfase horario. Se me escapa un bostezo y noto como mis párpados se cierran de puro cansancio. Estoy segura de que en cuanto me tumbe en una cama entraré en coma profundo.

—Buenas noches, Wade —susurro.

—Buenas noches, Reese —responde en mi mismo tono.

Antes de poder decir alguna tontería más como… «Ven conmigo a la cama», doy media vuelta y camino con prisa por el pasillo hasta llegar a la puerta corredera que separa la habitación del resto del avión.

Si antes ya tenía claro que estaba metida en un buen lío, ahora, con Wade actuando como si al fin se hubiese sacado el palo del culo como dice su hermano, estoy casi convencida de que nada de esto

va a terminar bien para mí. Preferiría tener que lidiar con el gruñón y malhumorado. Al menos de ese sabía qué esperar.

Capítulo 78

Wade

«Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca». «Mateo 7:24».

Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Birmingham, apenas soy capaz de mantener los ojos abiertos. Reese baja del avión con energía y hasta podría aventurarme a decir que de buen humor.

—Debiste despertarme. Ahora pasaré toda la noche sin poder dormir —se queja mientras nos dirigimos a nuestro transporte.

—Lo intenté tres veces, y entre otras lindezas me dijiste que, si volvía a molestarte, me lanzarías del avión sin paracaídas.

—¿Eso dije? —Suelta una carcajada y no puedo hacer más que mirarla embobado—. Lo siento, no tengo muy buen despertar.

—Lo he notado —mascullo.

Al llegar junto al vehículo, le lanzo las llaves y las coge al vuelo.

—¿Quieres que conduzca yo? —Asiento. Reese frunce el ceño y hace una mueca con los labios—. No creo que sea buena idea.

—Es un Lamborghini Uros. Creí que te haría ilusión llevarlo.

—Y así es, pero los ingleses sois muy raros. No sé conducir por la izquierda.

—Es igual que por la derecha, pero al revés.

Me mira con una ceja arqueada y sonríe.

—No sé quién te ha dicho que eres gracioso. Hazme caso, no te dediques a la comedia.

—Reese, apenas he dormido durante las últimas cuarenta y ocho horas. Créeme, es más peligroso que conduzca yo.

—¿Por qué no ordenas a uno de esos que nos lleve? —inquiere, señalando con la barbilla a los dos hombres que están bajando nuestro equipaje del *jet*.

—No me gusta que unos desconocidos conozcan la ubicación de mi cabaña —respondo. Esperamos a que carguen nuestras maletas en el vehículo, y cuando todo está listo, me dirijo al lado del acompañante—. Lo harás bien. Vámonos de una vez.

Al fin accede a meterse en el coche, y tras unos cuantos kilómetros de prueba en los que vamos extremadamente despacio, empieza soltarse y el resto del trayecto lo hacemos con normalidad. La mayor parte del trayecto es por autopista, sin embargo, cuando ya estamos cerca, le indico que coja una salida y seguimos viajando por una carretera secundaria. Cuando le pido que se adentre en otra carretera, mucho más estrecha, oscura y sin asfaltar, recibo una breve mirada confusa de su parte.

—Ahora es cuando me tocaría soltar un chiste sobre la posibilidad de que me estés llevando a mitad de la nada para violarme y asesinarme, pero con tus antecedentes, creo que está fuera de lugar —comenta.

Ignoro lo que quiero pensar que es una broma y le indico que vuelva a girar en una intersección muy estrecha.

—Ten cuidado. El terreno no es muy estable.

—Ya lo he notado. ¿Estás seguro de que es por aquí? Parece como si nos estuviésemos adentrando en la jungla.

—Es una reserva natural, y sí, ya casi estamos.

Tras unos metros más, a lo lejos empiezo a ver la estructura de hormigón y cristal de dos plantas que se entremezcla con la naturaleza y el paisaje de la zona. Reese detiene el coche justo

delante de la puerta principal y me tomo unos segundos para observar la casa. Inspiro hondo y trago saliva con fuerza. Este sitio es un remanso de paz en mitad del bosque, el lugar perfecto para desconectar de la vida diaria, descansar y disfrutar de la naturaleza y, aun así, lo odio con todas mis fuerzas.

Salimos y Reese entrecierra los ojos para ver bien la casa. La escasa luz de la luna es toda la iluminación que tenemos. Al igual que cuando entró en el avión, suelta un silbido largo.

—Cuando mencionaste una cabaña imaginé una pequeña casita de madera, con techo bajo y chimenea de leña. Esto no se parece en nada.

—No hagas eso.

—¿El qué? —pregunta, dirigiendo la mirada hacia mí.

—Silbar cuando algo te agrada o te sorprende. Es un gesto muy vulgar.

Pone los ojos en blanco y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Eres un *snob*. Lo sabes, ¿verdad?

Ignoro su comentario y rodeo el coche para sacar nuestro equipaje del maletero. Reese acude a ayudarme, pero no se lo permito y eso solo provoca que suelte un discurso feminista que finjo escuchar hasta que llegamos a la puerta principal. Tras abrir la puerta, me adentro en la cabaña y con la ayuda de la linterna del teléfono accedo al cuadro eléctrico y enciendo las luces.

—¡Madre mía! Esto es más grande de lo que parecía a oscuras —susurra Reese, echando un vistazo alrededor—. No te atrevas a volver a llamarlo cabaña.

—Antes lo era. En este mismo lugar había una pequeña cabaña de caza, pero la mandé derribar y construí esta.

—Debo admitir que tienes buen gusto para la decoración.

—Gracias. ¿Quieres que te lo muestre todo o prefieres explorar?

—Me las arreglaré sola. Tú vete a dormir antes de que termines desmayándote. No creo tener la fuerza suficiente para levantarte y estamos lejos de la civilización.

Casi me echo a reír. En realidad, estamos a solo cincuenta minutos del centro de la ciudad.

—Está bien. Solo unas indicaciones rápidas. En la planta de arriba están el dormitorio, la terraza y la piscina. Aquí abajo, la sala de estar, la cocina y un baño. Tampoco te equivocabas en lo de la chimenea, pero es eléctrica. Puedes encenderla si tienes frío. —Asiente de acuerdo—. No hay televisión, pero la conexión a internet es decente. Si tienes hambre…

—Wade, vete de una vez. Puedo arreglármelas por mi cuenta —me corta.

—Bien. —Tomo una respiración profunda y me froto los ojos. Ya empiezo a ver borroso—. Buenas noches, Reese. Intenta no quemar la cabaña mientras duermo.

—No es una cabaña —la escucho decir cuando ya estoy subiendo las escaleras.

Reese

La casa es preciosa, toda en hormigón, cristal y piedra natural. Moderna, pero con carácter, y a pesar de no estar construida en madera, tampoco parece desentonar con el ambiente que la rodea, al menos esa es la sensación que tengo. Cuando amanezca podré verlo.

Paso gran parte de la noche tirada en el sofá. Leo, veo películas en el ordenador portátil de Wade y hasta me doy un atracón de comida en mitad de la madrugada. No sé cuánto tiempo hace que no viene por aquí, pero el frigorífico está a rebosar de comida. Supongo que una ventaja de ser millonario es que tienes quien te haga la compra, incluso a miles de kilómetros de distancia.

No accedo a la planta superior. Se supone que allí está la piscina y me gustaría verla, pero tampoco quiero molestar a Wade. Se le veía agotado. Al fin, por puro aburrimiento, supongo que termino quedándome dormida, pero no soy consciente de ello hasta que un grito me despierta. Sobresaltada, me incorporo de un salto,

esparciendo por el suelo lo que quedaba del bol de palomitas dulces que estaba sobre mi pecho. Agudizo el oído, atenta a cualquier sonido, pero lo único que se escuchan son el cantar de los grillos y las cigarras en el exterior.

Estoy a punto de tumbarme de nuevo cuando vuelvo a escucharlo, otro grito, ronco y desgarrador. Es Wade. Corro hacia las escaleras y empiezo a subir los peldaños de dos en dos. Al llegar arriba, me giro hacia un lado y al otro. No sé dónde está Wade. Entonces vuelve a gritar, esta vez más alto aún, y sigo el sonido de su voz.

Abro la puerta sin llamar. Las cortinas no están cerradas y por el enorme ventanal que cubre por completo una de las paredes del dormitorio entra la suficiente claridad como para verlo. Está tumbado sobre la cama, revolviéndose y murmurando palabras ininteligibles. Parece estar sufriendo una horrible pesadilla.

Me acerco despacio. Siempre he escuchado eso de que no debemos despertar a alguien cuando está teniendo una pesadilla, pero al ver cómo se retuerce con el rostro contraído, como si estuviese sintiendo un dolor insoportable, decido arriesgarme. Me inclino sobre él y coloco suavemente la mano en su hombro desnudo.

—Wade —lo llamo.

—No… Fuego no. No me quemes más. —Sus palabras me dejan inmóvil y con una sensación extraña en la boca del estómago. Creo que está soñando con el momento que le causaron las heridas que cubren casi todo su cuerpo—. Por favor. No más. —Exhala con fuerza y sigue retorciéndose.

—Wade, despierta. Es solo una pesadilla —intento despertarlo de nuevo, pero sigue sin reaccionar.

—Soy un monstruo. Soy malo. Debo ser castigado —farfulla. Dice más palabras que no soy capaz de entender y grita de nuevo.

—¡Wade! —Lo zarandeo y al fin logro que abra los ojos.

Antes de ser consciente de cómo va a reaccionar, se abalanza sobre mí, su mano rodea mi cuello y empieza a apretar con fuerza. Tras unos segundos en los que intento empujarlo, afloja su agarre y ladea la cabeza como si acabara de reconocerme.

—¡Mierda, Reese! —exclama, y me suelta. Toso un par de veces y las luces del dormitorio se encienden—. ¿Te encuentras bien? No era mi intención… Yo…

Alzo una mano, y cuando dejo de toser, lo miro aún sin aliento.

—Estabas teniendo una pesadilla —digo con voz ronca.

—Lo sé, pero ¿tú estás bien? —Enmarca mi rostro con ambas manos y busca mi mirada, como si necesitara mi confirmación para seguir respirando.

—Estoy bien —susurro.

Una gran bocanada de aire impacta contra mi rostro y Wade une su frente a la mía.

—Perdóname, no sabía que eras tú. Estaba dormido.

—Lo sé, solo intentaba despertarte. —Lo empujo despacio y clavo mi mirada en la suya—. ¿Te encuentras mejor? Parecía una pesadilla realmente mala.

—Sí. —Se recuesta hacia atrás y vuelve a bufar con fuerza—. Es este sitio. Lo odio.

—¿Y por qué vienes si no te gusta? —pregunto sin pensar.

—Porque forma parte de quien soy. —Suspira y se pinza el puente de la nariz—. Lamento haberte asustado y lo que hice después.

—Tranquilo, no pasa nada. —Me levanto y me esfuerzo en esbozar una sonrisa—. Me voy para que puedas seguir durmiendo. Intenta descansar.

—Puedes quedarte, si quieres.

—Eh… prefiero seguir con mi maratón de películas. No tengo sueño. —Alzo una mano a modo de despedida y retrocedo de espaldas hacia la puerta—. Buenas noches.

—Buenas noches —contesta sin dejar de mirarme.

Salgo del dormitorio, y tras cerrar la puerta, regreso a la sala de estar y me pongo a recoger todo el desastre que he montado con las palomitas, sin embargo, no soy capaz de quitarme de la cabeza la expresión de Wade mientras estaba teniendo la pesadilla. Transmitía un dolor tan real y desgarrador… Además, cuando me sugirió que me quedara con él, tengo la sensación de que me lo estaba pidiendo de verdad y no como algo casual.

Capítulo 79

Wade

«Si alguno destruye el templo de Dios, él mismo será destruido por Dios; porque el templo de Dios es sagrado, y ustedes son ese templo». «Corintios 3:17».

Al levantarme esta mañana, encontré a Reese durmiendo en el sofá en una postura muy poco propia de una señorita. Tuve que escuchar sus quejas cuando intenté despertarla, y no fue hasta que la cargué en brazos y la metí en la ducha casi a la fuerza con ropa incluida que logré que espabilara un poco. También me encargué de escoger su ropa, un vestido lo suficientemente recatado como para acudir al lugar al que nos dirigimos y, al mismo tiempo, lo bastante sexi como para tenerme distraído mientras conduzco. Lo mejor es que es de un color rojo intenso que ni queriendo pasa desapercibido.

—¿A dónde se supone que vamos? —pregunta tras bostezar por tercera vez en pocos segundos.

—¿Ya vuelves a hablarme? —La miro de reojo, arqueando una ceja, y ella me responde alzando el dedo corazón—. Eres muy grosera, ¿lo sabes?

—Solo con quien se lo merece. No me has respondido, ¿A dónde vamos, Wade?

Pasamos el cartel que indica que acabamos de entrar en Duddeston y exhalo con fuerza.

—Ya casi hemos llegado —informo.

La escucho resoplar, pero no sigue insistiendo. Circulo por las calles donde crecí hasta conseguir un lugar de estacionamiento y solo entonces nos bajamos del vehículo. Yo lo hago primero y después abro la puerta de Reese y le tiendo la mano para ayudarla a salir. Acepta mi ayuda y, una vez en la acera, me mira sonriendo.

—Es increíble lo caballeroso que resultas en algunas ocasiones, pero en otras pareces un salvaje sin educación ni modales —comenta.

Me coloco a su lado y rodeo su cintura con el brazo para instarla a que se mueva.

—Hay momentos y lugares para todo, Flor —susurro en su oído mientras caminamos a la par.

Reese se detiene de golpe cuando estamos a punto entrar en el recinto de la iglesia de San Jorge. Me mira con los ojos muy abiertos y niega con la cabeza.

—Dime que no vamos a ir a misa o algo así.

—Eso es justo lo que vamos a hacer.

—Wade, yo no soy creyente. —Arqueo una ceja de manera interrogante y ella bufa con fuerza—. No sé cómo comportarme en una iglesia. Lo más probable es que me echen por romper alguna regla o…

—Nadie te va a echar —la corto.

—Pero…

—Vamos, tú solo sigue caminando.

La escucho resoplar de nuevo, pero cuando pongo mi mano en la parte baja de su espalda y la empujo despacio no se resiste. Nos acercamos a la entrada principal, en forma de arco puntiagudo, donde un grupo numeroso de mujeres y hombres vestidos con sus mejores galas charlan en voz baja. La puerta, de un color rojo chillón, del mismo tono que el vestido de Reese, está abierta de par en par, pero no podemos acceder a ella porque nos cortan el paso.

—¿Por qué algunas mujeres llevan un velo en la cabeza? —me pregunta Reese en un susurro.

—Es una señal de respeto a Dios.

—¿Debería ponerme uno?

La estrecho más contra mi costado y frunzo el ceño.

—Tú no tienes que mostrar respeto ante nadie más que a mí, Flor.

Gira la cabeza de golpe y casi se me escapa la risa al ver su cara de enfado. Damos un par de pasos más y creo que va a dejarlo pasar, pero no tardo en notar su codo clavándose en mis costillas de manera disimulada. Pellizco su cintura y recibo otra nueva mirada furiosa.

Estoy seguro de que, de no ser porque llegamos junto al grupo de gente, su ataque no se quedaría en una sola advertencia silenciosa. Si algo tengo claro es que Reese no es de las que se guarda nada para ella misma. Si algo le molesta, como en este caso mi comentario, lo expresa sin medir las consecuencias, y eso es algo que me encanta de ella. No tiene una cara oculta. Lo que ves es lo que hay, sin máscaras ni medias verdades.

Las voces se acallan de golpe cuando el grupo de gente se da cuenta de nuestra presencia. En su lugar, quedan algunos murmullos y cuchicheos, entre ellos solo puedo distinguir mi nombre. Reconozco varios rostros de mi infancia, algunos vecinos, compañeros de clase e incluso un par de profesores de la escuela primaria. Todos nos miran entre enfadados y curiosos.

Tomo una respiración profunda, tenso los hombros y alzo la barbilla de manera desafiante. Empieza el espectáculo.

Reese

—Señores, señoras, ¿nos permiten pasar? —pregunta Wade ante el grupo de gente que nos mira fijamente. Aunque sus palabras son educadas, no hay ni una pizca de amabilidad en su tono de voz. Ha vuelto a ponerse la máscara de frialdad y dureza que tanto lo caracteriza.

Entre murmullos, la gente se va haciendo a un lado y dejan un pasillo central para que podamos entrar a la iglesia. Nadie saluda a Wade, aunque estoy segura de que al menos alguno de ellos lo conoce. Cuando nos adentramos en la iglesia, el olor a incienso y cera quemada me sube por la nariz. El sitio es enorme, con paredes de piedra y vigas de madera que sujetan el techo alto repleto de vidrieras de colores que forman imágenes de santos, apóstoles o lo que sean. Pilares de piedra maciza en forma de arcos crean el pasillo central por donde caminamos. Hay bastante gente sentada ya en los bancos de madera oscura a un lado y otro del pasillo, pero la iglesia no está llena ni mucho menos.

Wade me guía hasta casi la mitad del pasillo y, tras detenerse, hace un gesto con la barbilla para indicarme que tome asiento en uno de los bancos que está a nuestra izquierda. Nerviosa y sin saber muy bien qué hacer o decir, me dejo llevar por él y hago lo que me pide.

—Tengo la sensación de que todo el mundo nos está mirando —susurro tras un rato en el que he notado las miradas curiosas de la gente que nos rodea. No me pasa desapercibido el hecho de que nadie se ha sentado en nuestro banco.

—Así es —responde Wade sin apartar la vista del altar, donde un sacerdote vestido con una sotana blanca con bordados en rojo y dorado se mueve de un lado a otro.

Sobre el altar, grabados en lo que parece ser madera, hay cinco imágenes religiosas, una de ellas en la parte central y dos a cada uno de sus lados. Cuando las últimas personas ocupan sus asientos, alguien cierra las puertas y el sacerdote alza sus manos por encima de su cabeza. Todos se levantan. Wade agarra mi mano y me insta a que lo haga también. Enseguida volvemos a sentarnos y la ceremonia da comienzo. Intento prestar atención a lo que predica el sacerdote, pero no tardo en aburrirme. A mi lado, Wade permanece con la mirada fija en el altar, tenso, podría jurar que incluso algo incómodo.

Contengo un bostezo cuando ya han pasado veinte minutos entre rezos y cantos. Justo estoy pensando en qué es lo que la gente ve de interesante en acudir a misa cuando noto la mano de Wade en mi rodilla. Bajo la mirada y lo veo juguetear con el bajo de mi vestido. Al principio pienso que es solo un gesto casual, sin embargo, cuando su mano empieza a ascender por mi muslo por debajo de la falda soy plenamente consciente de sus intenciones. Cierro las piernas y lo agarro por la muñeca cuando casi ha llegado a mis bragas.

—¿Qué demonios haces? —susurro muy cerca de su oído.

Una de sus comisuras se estira, pero no me mira. Solo inclina la cabeza hacia mí.

—Estás en una iglesia. No blasfemes.

Ejerce presión en su mano para que la libere, pero no lo hago.

—Wade, este no es el momento ni el lugar —digo, recordando lo que dijo hace solo un rato, cuando estábamos fuera de la iglesia.

Gira la cabeza en mi dirección y clava sus ojos grises en los míos.

—Eso lo decido yo, Flor. —Se acerca más y pega su boca a mi oreja—. Ahora sé una buena chica y abre las piernas para mí. Voy a mostrarte lo que es el verdadero paraíso.

Capítulo 80

Wade

«La vara y la reprensión dan sabiduría, pero el niño consentido avergüenza a su madre». «Proverbios 29:15».

Noto como Reese se resiste, pero ante mi insistencia acaba cediendo. Sus piernas tiemblan cuando las separo y muy despacio acaricio su coño por encima de la ropa interior. En pocos segundos noto la humedad en la punta de mis dedos y contengo una sonrisa. No la miro, solo sigo acariciándola hasta que noto su respiración pesada, después aparto mi mano y la dejo quieta sobre su muslo unos minutos antes de regresar a su sexo, pero esta vez aparto las bragas y hundo los dedos entre sus pliegues empapados.

Inspiro hondo por la nariz y exhalo por la boca con la mirada fija en el hombre que predica su sermón desde el altar. Por encima suyo, la talla de San Jorge parece vigilar cada uno de mis obscenos movimientos. Más arriba aún, en la vidriera que llega hasta el techo, se puede ver la imagen de Jesucristo en la cruz. Profundizo más con los dedos y Reese clava las uñas en mi muñeca, soltando un gemido muy bajo.

«Mírame». Digo en mi mente, como si estuviese hablando con el mismísimo hijo de Dios. «Estoy pecando y no me arrepiento. Ve y díselo a tu padre, al padre de todos. Cuéntale que una oveja de su rebaño ha decidido seguir el camino de la perdición». Noto como

Reese tiembla y deslizo una y otra vez el pulgar sobre su clítoris. «Ven a por mí, hijo de puta. Envíame al infierno».

Toda la gente a nuestro alrededor se pone en pie para recibir la comunión, interrumpiendo el momento que estaba a punto de suceder. Quería que Reese se corriera aquí, en mi mano, en la casa de Dios y con toda esta maldita gente a nuestro alrededor. Saco la mano de sus bragas y bajo el vestido para cubrirla antes de ponerme en pie. No la miro cuando abandono el banco y me pongo en la fila.

No tarda en ser mi turno, y cuando Thomas Wittman alza la vista y me ve, sus ojos se abren como platos.

—Jonas —susurra.

—Pastor. —Asiento a modo de saludo y dirijo la mirada a la hostia consagrada que lleva en la mano.

—Cuerpo de Cristo —dice, tendiéndomela.

Me aseguro de coger el trozo de pan ázimo con la mano aún húmeda por los fluidos de Reese y me lo llevo a la boca.

—Amén —respondo.

Estoy a punto de dar media vuelta y marcharme, pero antes de que pueda hacerlo, siento como me agarra del brazo.

—Jonas, espérame cuando termine el oficio. Tenemos que hablar.

No respondo, solo me sacudo su mano de encima y me dirijo de nuevo a mi lugar junto a Reese. Empiezo a pensar que fue una mala idea venir aquí.

Reese

Aún con el corazón acelerado y la respiración agitada, observo a Wade venir hacia mí. Aparenta tranquilidad, sin embargo, solo tengo que mirarlo a los ojos para darme cuenta de que algo le ha pasado.

—Vámonos —farfulla, tendiéndome su mano. La cojo y salimos de la iglesia con prontitud.

Decido no hacer preguntas hasta que llegamos al coche, pero sé que algo no anda bien.

—¿Vas a decirme a qué ha venido todo ese numerito? —pregunto sin poder contenerme más. Wade arranca el motor y se incorpora a la carretera. No dice nada durante unos segundos, pero lo noto alterado—. Ahora me estás ignorando y eso me cabrea. ¿Qué demonios te pasa?

—No blasfemes —sisea entre dientes con los puños apretados alrededor del volante.

—¿En serio? ¡Acabas de masturbarme en una jodida iglesia, Wade!

Bufa con fuerza, y cuando se detiene en un semáforo en rojo gira la cabeza hacia mí.

—Yo voy a ir al infierno. Estoy condenado, pero tu alma aún tiene salvación, así que, delante de mí contén tu lenguaje. ¿Entendido?

—Eres un hipócrita, ¿lo sabes?

—Sí, soy muy consciente —farfulla, volviendo a poner el vehículo en marcha—. ¿Qué es lo que te molesta, que te haya masturbado en la iglesia o que no te hayas corrido? Te noto un poco irritable.

Me contengo para no darle un guantazo con la mano abierta. Está conduciendo y no quiero provocar un accidente que nos mate a ambos, pero ganas no me faltan. Tomo una respiración profunda y decido afrontar la situación con el dialogo en vez de la violencia.

—Lo que de verdad me molesta es que me uses como una muñeca para llevar a cabo tus rituales o lo que sea que hagas. Lo que pasó en la iglesia no tuvo nada que ver conmigo, Wade, y lo sabes. Estabas provocando a algo o a alguien y yo solo fui el instrumento.

Detiene el coche junto a la acera y resopla con fuerza antes de mirarme.

—Es cierto y te pido perdón por ello —dice sorprendiéndome. Se inclina hacia mí y me sujeta el rosto con una mano—. Quiero

contártelo todo, pero antes necesito que conozcas a alguien. ¿Vienes conmigo, por favor?

—¿A dónde? —Señala con el dedo índice al otro lado de la acera.

Hay una edificación alta, con un reloj en la parte superior. A pie de calle están unas puertas dobles de barrotes metálicos oscuros. Entrecierro los ojos para poder leer lo que pone en el cartel que está colgado en la fachada. «Cementerio de Brooksfields».

—Solo será un momento.

Me lo pienso unos segundos y asiento.

—Si me metes mano en un cementerio, juro que te lanzaré a la primera tumba vacía que encuentre —lo amenazo.

El muy cabrón esboza una sonrisa ladeada que me desarma por completo. Se me corta la respiración. ¿Qué es lo que tiene este hombre que siempre consigue de mí lo que quiere?

Salimos del coche y, una vez más, Wade me sorprende al agarrarme de la mano. Su tacto es sutil. No me está imponiendo nada, puedo soltarme cuando quiera, pero extrañamente decido no hacerlo. ¿Por qué? Bueno, pues porque como buena masoquista estoy disfrutando de su cercanía, aunque sé que no me conviene en absoluto.

Paseamos por un camino empedrado. A nuestro alrededor se extienden miles de metros de terreno cubierto de césped bien cortado y lápidas de piedra esparcidas por todos lados. En cierto momento, Wade tira de mí hacia un costado y seguimos avanzando por encima de la hierba hasta llegar a una lápida vieja y desgastada. Se detiene y exhala por la boca con fuerza.

—Reese, te presento a Grace Wittman. —Leo el mismo nombre en la lápida y frunzo el ceño. La fecha indica que murió hace veinticinco años.

Trago saliva y hago la primera pregunta que se me pasa por la cabeza.

—¿Era tu madre?

Wade inspira hondo y niega.

—Mi madre está enterrada a unos cincuenta metros de aquí, Grace era mi abuela.

Me fijo de nuevo en la fecha. Tenía solo cuarenta y nueve años cuando falleció.

—¿De qué murió? Era muy joven.

Vuelve a respirar hondo y me aprieta la mano con fuerza.

—Yo la maté.



Capítulo 81

Reese

Dejo de respirar al escucharlo. «Yo la maté». Repito sus palabras en mi mente y sacudo la cabeza de un lado a otro. Tiene que haber una explicación. A veces nos sentimos culpables por cosas que ocurren por azar. Carraspeo y agarro su antebrazo con la mano que tengo libre.

—Yo también me sentí así durante mucho tiempo. Por mi culpa mi padre está muerto, pero eso no me hace responsable.

Wade estrecha su mirada sobre mí y niega levemente.

—No me has entendido. Yo la maté con mis propias manos. Le destrocé la cabeza con un martillo, Reese, y no me siento culpable. Lo haría de nuevo si pudiese.

—¿Por qué? —atino a preguntar. Estoy tan confusa… ¿Un martillo?

Wade me suelta y se aleja un poco en dirección a la lápida. Coloca la mano sobre la parte superior y suspira.

—Mi madre se suicidó cuando yo solo tenía un par de días de vida. Grace y Thomas, mis abuelos, se hicieron cargo de mí, pero ellos… —se le corta la voz y mueve la cabeza de un lado a otro con lentitud—. Ellos me culpaban por lo que le ocurrió a su hija, Thomas aún me sigue culpando.

—¿Está vivo?

Me mira por encima del hombro y asiente.

—Lo conociste en la iglesia. Era el hijo de puta que estaba oficiando la misa.

Pestañeo rápido y mi mente regresa a ese momento en la iglesia, con su mano entre mis piernas y su mirada fija en el altar.

—Lo del numerito fue por él, ¿verdad? Lo estabas desafiando.

—Sí, supongo que consciente o inconscientemente busco darles la razón. Durante los once años de mi vida que pasé con ellos me decían a cada momento que era un pecador, que mi destino sería arder en el infierno.

Recuerdo sus cicatrices, esas quemaduras en forma de cruz por todo el cuerpo. La pesadilla de anoche, casi puedo escucharlo gritar en mi cabeza, siento su dolor. Parecía un niño asustado. «Fuego no. No me quemes más». Entonces todo cobra sentido.

—¿Fueron tus abuelos los que te hicieron todas esas quemaduras? —pregunto con un hilo de voz.

Wade exhala con fuerza y asiente.

—Según ellos, el fuego purificaría mi cuerpo y mi alma. Cuando me encerraban en el sótano durante días, desnudo, sin comida ni agua, se excusaban diciendo que alimentarme era alimentar a la bestia y mil cosas más que prefiero ahorrarte. —Se gira hacia mí y coloca la mano en su pecho, sé que bajo la ropa, en esa zona, tiene una cicatriz mucho más grande que las demás—. El día que me hizo esto supe que tenía que salir de esa casa.

—¿Fue tu abuelo quien lo hizo?

—No, Thomas solo miraba. A veces incluso se compadecía de mí y me daba un poco de agua, leche o pan a escondidas, pero ella… —Mira la lápida con furia—. Era un monstruo. No me dejó escapar.

¡Hija de puta! ¡Solo era un niño!

—No tienes que contármelo si no quieres, Wade —digo, aguantando las lágrimas.

—Quiero hacerlo, por eso te he traído aquí. —Contengo el aliento y busco su mirada.

¿Qué significa lo que acaba de decir? Quiero preguntárselo, pero ahora mismo creo que no debería interrumpirlo.

—Sigue —susurro.

—Llevaba seis días encerrado en el sótano. Todas las noches, Grace venía a verme y se aseguraba de que pagara mi penitencia, pero esa noche fue especialmente cruel y despiadada. Le supliqué que me dejara, grité pidiendo ayuda, pero eso solo lo empeoró. —Esboza una sonrisa triste y niega con la cabeza—. Ella siempre decía que el demonio se alimentaba de compasión, por eso no podía tenerla conmigo.

Trago saliva con dificultad y me seco una lágrima que rueda por mi mejilla.

—Ella era el demonio —murmuro para mí.

—Sí, lo era, pero yo ni siquiera lo notaba. Me enseñaron a obedecer y aceptar todo lo que me hacían, sin embargo, esa noche, mientras me quemaba, hubo una especie de punto de rotura en mi mente. Me dio igual ser el malo, solo quería huir, y lo hice. En un descuido, salí corriendo del sótano. Estaba muy débil y caí varias veces, ella me alcanzó enseguida. Cogió una lámpara y empezó a golpearme con ella mientras estaba en el suelo. Me arrastraba hacia la puerta soportando el dolor de sus golpes y entonces lo vi allí, el martillo que Thomas había dejado en el recibidor. Ni siquiera lo pensé. Dejé salir toda la rabia y la furia contenida durante años. De pronto, ya no me sentía débil ni herido. La tiré al suelo, me abalancé sobre ella y no dejé de darle en la cabeza hasta que mis brazos colapsaron.

—Wade, lo siento mucho —susurro, sorbiendo por la nariz—. Nadie debería tener que pasar por algo así, y mucho menos un niño.

—Cuando Thomas llegó a casa, nos encontró a los dos allí, ensangrentados. Yo me había desmayado y Grace estaba muerta. Me llevaron a un hospital y ellos denunciaron el estado en el que me encontraba a Asuntos Sociales. No volví a esa casa nunca más.

—¿No habías vuelto a ver a tu abuelo hasta hoy?

—Eso sí. Vengo unas cuantas veces al año para comprobar si aún sigue vivo. A veces acudo a misa y me pavoneo entre su rebaño. Me odian por lo que le hice a Grace.

—¡Solo te defendiste! ¡Esa mujer estaba loca! —exclamo enfadada.

—Thomas le hizo creer a todo el mundo que yo soy la mismísima reencarnación del demonio. Mis cicatrices son las marcas del maligno y ellos solo intentaban salvarme, pero maté a su mujer, demostrando así que tengo al mal dentro de mí.

—Nunca entenderé esas locuras sectarias de los religiosos. ¿En serio sigues siendo creyente después de todo lo que te ha pasado? —Asiente.

—Yo no solo creo en Dios, lo temo. Sé que tarde o temprano tendré que rendir cuentas por todos mis pecados, empezando por el asesinato de Grace.

—¿No es que tu Dios lo perdona todo?

—Solo cuando te arrepientes, y yo no lo hago.

Me acerco a él, y llevada por un impulso, pongo la mano en su mejilla y la acaricio con suavidad.

—No tienes nada de qué arrepentirte. Esos dos hijos de puta no merecen que te sientas culpable, Wade.

Ladea la cabeza, rozando la mejilla contra mi palma como un gatito que busca mimos, y un nudo de emociones me cierra la garganta.

—Eres la mujer más increíble y maravillosa que he conocido nunca, Flor. Si no fuese un jodido egoísta, te obligaría a huir lejos de mí a algún lugar donde no pueda encontrarte. —Rodea mi cintura con el brazo y me estrecha contra su cuerpo—. Pero lo soy y no permitiré que te alejes ni un solo centímetro.

Antes de ser consciente de su intención, su boca cae sobre la mía y solo soy capaz de agarrarme a su cuello con ambos brazos y pegarlo más a mí mientras nuestras lenguas se unen.

Capítulo 82

Wade

«Huyan de la inmoralidad sexual. Todos los demás pecados que una persona comete quedan fuera de su cuerpo; pero el que comete inmoralidades sexuales peca contra su propio cuerpo». «Corintios 6:18».

Rompo nuestro beso y mi intención es apartarme, pero Reese tira de mi cuello y es ella quien me besa a mí. Sonrío contra su boca y hundo los dedos en su pelo para poder dirigir su cabeza a mi gusto. Sus manos recorren mi espalda y descienden hasta mi trasero, cuando me aprieta más contra su cuerpo, tiro de su pelo hacia atrás y la obligo a mirarme.

—Recuerda lo que dijiste sobre meterte mano en un cementerio, Flor —susurro contra sus labios.

—No veo ninguna tumba abierta por aquí —responde con la respiración acelerada.

Mira a un lado y a otro y esboza una sonrisa peligrosa.

—¿Qué estás pensando? —pregunto.

—Ese numerito de la iglesia…

—¿Aún sigues caliente? —Asiente, y cuando la veo echar un vistazo en dirección a la lápida de Grace, enseguida adivino cuál es su intención—. Eres una chica mala, ¿lo sabes?

Esta vez soy yo el que mira alrededor, y tras comprobar que no hay nadie cerca, tiro de ella y la hago girar sobre sí misma para

empujarla contra la piedra. Pego mi erección a su trasero y rodeo su cuerpo para poder levantar el bajo de su vestido y así tener acceso a su coño. En cuanto meto la mano bajo su ropa interior y noto su humedad, mi polla se endurece aún más. Reese gime bajo y apoya la parte posterior de su cabeza en mi hombro.

—Que les jodan a tus abuelos —susurra.

Inspiro hondo por la nariz, y tras morder su cuello, la empujo hacia delante y me desabrocho el pantalón. No tardo en liberar mi polla, levanto su vestido solo un poco más, después aparto sus bragas hacia un lado y me hundo en su interior de una sola estocada. Reese está a punto de gritar, pero le cubro la boca con la mano.

—Esto va a ser rápido, Flor —susurro en su oído mientras salgo con lentitud—. Sujétate a la lápida.

En cuanto lo hace, me clavo de nuevo en ella y esta vez no ralentizo el ritmo, más bien todo lo contrario. La follo con fuerza, llegando al fondo de su sexo, golpeando con las caderas con tanta fuerza y rapidez que, de no ser por la lápida, ambos caeríamos hacia delante.

En pocos segundos ya estoy listo para correrme, pero me contengo lo suficiente para que ella alcance el orgasmo primero y solo cuando su espalda se arquea y le fallan las piernas, salgo de su interior y eyaculo en la parte trasera de sus bragas.

Aún sin aliento y con el corazón latiendo a toda velocidad, me recompongo la ropa y la ayudo a ella a hacer lo mismo, después echo un vistazo al nombre de mi abuela grabado en la lápida y sonrío. «No vemos en el infierno, perra».

∞∞∞

El camino de vuelta lo hacemos en absoluto silencio, aunque no es para nada incómodo. Reese parece agotada. Apenas ha dormido por la noche y supongo que entre el sexo y todo lo que le he

contado sobre mi pasado ya ha tenido bastante por un día, y eso que ni siquiera es la hora del almuerzo.

Cuando detengo el coche frente a la cabaña, la escucho suspirar y busco su mirada. ¡Es preciosa, joder! Sus ojos, su boca, ese aroma floral que desprende y me deja babeando… Sin embargo, no es solo su físico lo que me atrae. Le conté sobre mi pasado, lo que hice, mis pecados y ni una sola vez me ha juzgado. Reese es todo lo que no sabía que necesitaba y no voy a renunciar a ella.

—Wade, ¿pasa algo? Me estás mirando raro —dice, frunciendo el ceño.

Aparto la mirada y trago el nudo de emociones que se ha instalado en mi garganta. Sé que no la merezco, pero necesito conservarla como sea.

—Vamos dentro —digo tras carraspear—. Podrás darte una ducha mientras preparo algo de comer.

—¿Sabes cocinar? —pregunta en tono de sorpresa.

—No te hagas ilusiones. Tendrás que conformarte con unos sándwiches.

Pone los ojos en blanco, y antes de que pueda salir del coche, la sujeto de la barbilla y estampo mis labios en los suyos. Me aparto deprisa, y tras bajarme, rodeo el vehículo y abro su puerta. Vuelve a aceptar mi mano y no la suelto hasta que entramos en la cabaña. Me quedo mirándola mientras sube las escaleras y sonrío de oreja a oreja. Reese es, sin duda, mi mejor presa y la última que quiero cazar.

Cuando se pierde en la planta superior, me desplazo a la cocina y preparo unos sándwiches lo mejor que puedo. No es gran cosa, pero servirá para alimentarnos. Para lo que pienso hacer con ella el resto del día necesito que esté con fuerzas.

Dejo la comida sobre la mesa baja de la sala de estar y subo al dormitorio para cambiarme de ropa. Encuentro la maleta de Reese abierta sobre la cama y desde el interior del baño se escucha el sonido de la ducha. Siento la tentación de unirme a ella, pero decido

darle un momento a solas. Creo que lo necesita después de todas las emociones de la mañana. Es mucho que gestionar y a mí también me está costando hacerlo.

Me visto con un pantalón y una camiseta de algodón y estoy a punto de salir del dormitorio cuando escucho el teléfono de Reese sonando. Me giro de golpe y lo veo vibrar sobre la cómoda. Sé que debería irme, y pretendo hacerlo en cuanto deja de sonar, pero antes de poder llegar a la puerta, suena de nuevo y decido regresar. Lo cojo y, al ver el nombre de Ian en la pantalla, atiendo la llamada.

—Reese, ¿estás bien? Te he estado llamando. Hoy ha venido Xander Sutton a mi casa a buscar tu moto. ¿Lo has enviado tú? Le dije que tenía que hablarlo antes contigo, pero no hay forma de discutir con ese cabrón. —Sonrío. Espero que mi hermano haya hecho gala de su reputación de violento y ahora mismo el puto camarero luzca un bonito ojo morado—. Reese, ¿me escuchas? ¡¿Qué demonios está pasando?! Sé que me dijiste que ibas a estar bien, pero estoy preocupado.

—Reese no puede atenderte en este momento.

Hay un silencio al otro lado de la línea y después lo escucho resoplar.

—¿Dónde está? Si le has hecho algo…

—Está en la ducha, de mi cabaña, en Birmingham.

—¿Birmingham? Espera, ¿el Birmingham de Alabama o el de Inglaterra?

—Adivina —respondo en tono burlón.

—¡Hijo de puta! ¡¿Por qué te la has llevado?!

—Muchacho, no voy a volver a permitir que me faltes al respeto —siseo, apretando con fuerza el teléfono.

—Puto inglés. ¿Te crees mejor que yo? Sabes que ella solo te está utilizando para encontrar a Rose, ¿verdad? No hay un final en este cuento donde la caperucita roja se queda con el lobo.

—Cierto, creo que ella prefiere al cazador —replico—. Y ya que lo preguntas, sí, soy mucho mejor que tú.

—Reese es demasiada mujer para ti. Nunca te perdonará lo que le hiciste.

Dejo de escuchar el sonido del agua cayendo en la ducha y echo un vistazo hacia la puerta cerrada del baño. En cualquier momento saldrá Reese y no quiero que me escuche. Inspiro hondo por la nariz y me preparo para zanjar esta conversación de una vez por todas.

—Voy a decirte algo, Ian. ¿Sabes cuál es la diferencia entre tú y yo? Que tú sigues a Reese como un perrito faldero, pero es a mí a quien le pide que la monte. Hazte un favor y deja de llamarla. —Aparto el teléfono de la oreja y desconecto la llamada antes de que pueda decir nada más.

Capítulo 83

Reese

Permanezco en la ducha durante un rato largo en el que aprovecho para poner en orden todas las emociones del día. La visita a la iglesia, el hecho de que Wade me haya masturbado entre una multitud de gente y que yo no solo no se lo haya impedido, sino que también lo disfruté. Mi cabreo al darme cuenta de que solo me estaba usando una vez más y después su revelación en el cementerio. Su abuela lo maltrataba de la peor manera hasta que él acabó con su vida.

«He dicho que nunca he disparado un arma, no que no haya matado a alguien, Reese. Presta atención a los detalles, a veces, son importantes». El recuerdo acude a mi mente y sacudo la cabeza de un lado a otro. Me lo confesó la noche que cenamos juntos, pero hasta ahora no me había parado a pensarlo.

Inclino la cabeza hacia arriba y dejo que el agua caliente caiga sobre mi rostro. No puedo ni quiero juzgarlo por lo que hizo. Estoy segura de que cualquiera en su lugar habría actuado del mismo modo. Solo era un niño herido intentando sobrevivir. Lo más preocupante es que, con cada pedazo que conozco de su historia y cada minuto que paso a su lado, me hace querer justificar sus malas acciones.

Hace ya algún tiempo que dejé de verlo como el enmascarado de la cacería, y al hombre serio e impasible que conocí en el edificio Sutton no soy capaz de reconocerlo tampoco. Ahora miro a Wade y solo veo a un hombre fuerte que ha sobrevivido a un infierno,

aunque para ello tuvo que crear una especie de coraza a su alrededor, una coraza que parece querer quitarse cuando está conmigo.

Antes de caer de nuevo en el error de imaginarme escenarios en mi cabeza que jamás se harán realidad, salgo de la ducha y me cubro con un albornoz. Nada más poner un pie fuera del baño, soy consciente de la presencia de Wade en el dormitorio. Se ha cambiado de ropa. Así, sin el traje y la corbata, con solo un pantalón de algodón y una camiseta del mismo material, que deja sus brazos con cicatrices al descubierto, parece un hombre cualquiera. Guapo como el mismísimo demonio, pero inofensivo.

—Ian te ha llamado —dice, tendiéndome el teléfono.

Frunzo el ceño y se lo arrebato de la mano. Compruebo que no tengo notificaciones de llamadas perdidas.

—¿Lo has cogido? —Asiente—. ¿Por qué? Pudiste dejar que sonara.

—Lo hice, pero el chico es insistente. ¿No vas a preguntarme qué es lo que quería?

—Supongo que saber cómo estoy. Hace varios días que no hablamos.

—¿Habéis estado en contacto?

—Por supuesto. Es mi amigo.

—Ambos sabemos que quiere de ti algo más que tu amistad —replica.

Me encojo de hombros y doy media vuelta para acceder a mi maleta, que está abierta sobre la cama.

—¿Vas a decirme qué es lo que hablaste con él? —inquiero mientras rebusco entre mi ropa algo cómodo que ponerme, pero no encuentro nada.

—Llamó para decirte que Xander ha ido a buscar tu moto.

—¿Se lo pediste tú?

—Sí, eso es lo que querías, ¿no?

—Ahora que ya no hay peligro podría haberla recuperado por mí misma, pero gracias. Lo llamaré más tarde. —Escucho un gruñido bajo y giro la cabeza para mirarlo por encima del hombro—. ¿Algo que objetar?

—Preferiría que no lo hicieras. Ese camarero no me gusta.

Arqueo una ceja sonriendo.

—No tiene que gustarte, Wade. Es mi amigo, no el tuyo.

—Un amigo con el que te acuestas —masculla entre dientes.

—No creo que eso sea de tu incumbencia. —Lanzo varias prendas al interior de la maleta y resoplo—. ¿Qué voy a ponerme? Metiste cuatro vestidos en el equipaje, pero ni un solo pantalón cómodo o incluso algún pijama.

—Por mí como si te paseas desnuda por la casa. No hay vecinos, ¿recuerdas? —pongo los ojos en blanco—. Volviendo al tema del camarero…

—¡¿Puedes dejarlo ya?! —exclamo, perdiendo la paciencia—. Me ha quedado claro que no os soportáis y está bien. Sois dos machitos golpeándoos el pecho para demostrar quién la tiene más grande.

—No necesito demostrar nada —sisea entre dientes.

—Bien, entonces esta conversación ha llegado a su fin. ¿Puedo usar una de tus camisetas?

Bufando, se gira, y tras abrir el cajón de la cómoda y sacar una prenda de su interior, me la lanza y la cojo al vuelo. Es una camiseta negra de manga corta.

—No quiero que sigas viendo a ese tipo —lo escucho decir mientras me pongo la prenda bajo su atenta mirada. Ni siquiera me molesto en cubrirme, al fin y al cabo, ya ha visto todo lo que hay debajo de la ropa.

—Wade, estás actuando de nuevo como un novio celoso.

—Tal vez lo esté.

Me detengo de golpe a medio camino de peinarme con los dedos y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿El qué estás? ¿Celoso? —Inspira hondo por la nariz y mueve la cabeza de arriba abajo de una forma muy sutil.

Intento, sin éxito, contener la carcajada que sube por mi garganta.

—Por supuesto —digo entre risas—. Porque estás locamente enamorado de mí, ¿verdad? —Sigo riendo mientras él permanece de pie junto a la cómoda, con los brazos pegados a los costados y los hombros tensos.

Al darme cuenta de que no parece hacerle gracia mi comentario, intento calmarme.

—¿Has terminado ya con la burla? —masculla con la mandíbula apretada.

Carraspeo y tomo una respiración profunda.

—No me estoy burlando. Solo me parece gracioso que creas que estás celoso porque no es cierto.

—Ah, ¿no?

Sonrío de nuevo y niego con la cabeza de manera contundente.

—No son celos, Wade. Es tu ego herido. Estás acostumbrado a apoderarte de todo lo que tocas y tienes la extraña creencia de que yo, de alguna forma retorcida, te pertenezco. Eso no son celos, es posesividad.

Su mandíbula tiembla levemente y tensa aún más los hombros.

—¿Desde cuándo eres una experta en el comportamiento humano?

—No lo soy, pero admítelo, lo único de mí que te llama la atención es que fui la única presa en darte esquinazo. No pudiste cazarme, y eso es algo que te tiene obsesionado. Después está el tema de la culpa, que no te deja vivir en paz. Si lo unes todo, obtienes una especie de fijación enfermiza por poseerme. —Respiro hondo y doy un par de pasos hacia él—. Mi padre siempre decía que solo un ladrón siente como propio aquello que no le pertenece, y tú no eres ningún ladrón, Wade.

Se me queda mirando durante un buen rato, y cuando creo que va a decir algo, exhala con fuerza y da media vuelta.

—La comida está lista —gruñe mientras sale del dormitorio.

Dejo que se vaya y suelto todo el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Esto no va a acabar bien. Necesito encontrar a Rose y alejarme de este hombre cuanto antes. Cada minuto que paso a su lado corro el riesgo de enamorarme aún más de lo que ya lo estoy.

Capítulo 84

Wade

«El alma que peque, esa morirá. El hijo no cargará con la iniquidad del padre, ni el padre cargará con la iniquidad del hijo; la justicia del justo será sobre él y la maldad del impío será sobre él». «Ezequiel 18:20».

«Solo un ladrón siente como suyo algo que no le pertenece, Wade, y tú no eres ningún ladrón». Repito en mi mente esa frase una y otra vez mientras observo de reojo como Reese da buena cuenta de su sándwich. No soy un ladrón, pero sí siento que ella me pertenece. No la merezco, jamás lo haré y, aun así, la quiero.

Espero a que termine de comer y, cuando aparta su plato vacío, busco su mirada. Quiero decírselo. Necesito que entienda que estoy dispuesto a perseguirla hasta el fin del mundo si es necesario. Haré cualquier cosa por mantenerla a mi lado. Inspiro hondo por la nariz para reunir el valor necesario.

—Reese… —Me quedo callado al escuchar el motor de un vehículo en el exterior.

Estiro el cuello para ver por el ventanal de la sala de estar y compruebo que una camioneta verde acaba de aparcar frente a la entrada.

—¿Esperabas a alguien? —me pregunta Reese.

No respondo. Me pongo en pie y me acerco al ventanal. Contengo el aliento al ver a Thomas salir del vehículo y dirigirse a la puerta principal.

—Quédate aquí —mascullo antes de abandonar la sala de estar.

Me acerco a la puerta y la abro antes de que él pueda tocar. Mi abuelo me mira frunciendo el ceño.

—Buenas tardes, Jonas —saluda.

Casi me echo a reír. A veces olvido que para él lo más importante en la vida es la buena educación, los modales y lo que la gente piensa sobre nosotros. Desde niño me inculcaron que ante todo debía ser amable y respetuoso, sin importar las circunstancias, sin embargo, hoy, en este preciso instante, lo que menos quiero es seguir las directrices de un hipócrita como el pastor Thomas Wittman.

—¿Qué haces aquí? —inquiero en un tono nada amistoso.

Me regaña con la mirada, como cada vez que hacía algo que no le gustaba cuando era pequeño. Comer más de la cuenta, llegar un minuto más tarde de lo esperado cuando volvía de la escuela, hablar si no me daban permiso para ello… Cualquier motivo era bueno para recordarme que él tenía el poder.

—Te dije que me esperaras y no lo hiciste. —Respira hondo y echa un vistazo sobre mi hombro al interior de la cabaña—. ¿Dónde está la chica? Te vi con ella en la iglesia.

—Lárgate de mi propiedad —gruño, y estoy a punto de cerrar la puerta, pero me lo impide.

—¡No voy a irme hasta que la vea! —grita.

Estoy a punto de sacarlo a la fuerza cuando siento la presencia de Reese a mi espalda.

—¿Qué ocurre, Wade? —pregunta.

Thomas la repasa con la mirada. Solo lleva puesta mi camiseta a modo de vestido, que le llega por encima de las rodillas, y está descalza. Agarro su mano y tiro de ella hacia atrás para cubrirla con mi cuerpo.

—Ya la has visto. Ahora vete de mi casa o yo mismo te sacaré —siseo con los dientes apretados.

—¿Llamas casa a este lugar inmundo? —Retrocede un par de pasos y sacude la cabeza de un lado a otro—. Debí quemar este sitio cuando empezaste a construirlo. ¿Cómo te atreves? Después de todo lo que pasó aquí.

—Fuera —gruño, apretando los puños con fuerza.

—¿Qué vas a hacer con la chica? Deja que me la lleve, Jonas.

Intenta ir hacia ella, pero le corto el paso.

—Si la tocas, juro que no saldrás de este lugar con vida.

Pestañea un par de veces con gesto de sorpresa, pero no retrocede.

—Ya has dejado que el maligno se apodere de tu alma. No tienes salvación. —Vuelve a mirar por encima de mi hombro—. Señorita, venga conmigo. Puedo sacarla de aquí antes de que él la lastime.

—No hables con ella. —Doy un paso hacia él con agresividad y enseguida siento la mano de Reese en mi antebrazo.

Tira de mí hacia atrás y se coloca a mi lado. Su mano desciende por mi brazo y entrelaza sus dedos con los míos. Thomas se fija en el gesto y vuelve a fruncir el ceño.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero estamos bien. Márchese, por favor.

Thomas niega con la cabeza y dirige su atención a mi rostro.

—¿Le has contado quién eres? ¿Qué lugar es este y por qué la has traído? Jonas, aún estás a tiempo de parar todo esto. Deja ir a la chica.

—Señor, creo que no me ha entendido. Estoy justo donde quiero estar —dice Reese.

—Muchacha, estás cometiendo un error. No lo conoces. Es un monstruo.

—Suficiente. Fuera de aquí. —Suelto la mano de Reese y empujo a Thomas por el pecho. Se tambalea hacia atrás y está a punto de

caer, pero antes de cerrar la puerta logro ver cómo recupera el equilibrio.

—¡Jonas! ¡Jonas, no lo hagas! —grita, aporreando la puerta.

Lo ignoro, y tras agarrar de nuevo a Reese de la mano, tiro de ella para que me siga. Casi la arrastro escaleras arriba mientras seguimos escuchando los gritos y golpes de Thomas en el exterior. Al llegar al dormitorio, cierro de un portazo y exhalo con fuerza. Reese me suelta y se sienta en el borde del colchón sin perderme de vista. Unos minutos después, se escucha de nuevo el motor de la camioneta alejándose de la casa.

—¿Estás bien…, Jonas? —me pregunta Reese tras unos segundos en silencio.

—Lamento que hayas tenido que pasar por esta situación tan desagradable, y, por favor, no me llames así —mascullo.

Esboza media sonrisa y se encoge de hombros.

—Tu abuelo está loco.

Niego con la cabeza y resoplo con fuerza.

—En realidad, solo intenta protegerte de mí. Cree que voy a encadenarte, torturarte, violarte y asesinarte.

—Ya, por eso digo que está loco.

Busco su mirada y contengo el aliento.

—¿Lo está? Tiene razones para creerlo, Reese. Mira a dónde te he traído. —Señalo el espacio a nuestro alrededor y ella frunce el ceño.

—¿A una cabaña que no es una cabaña? —Arquea una ceja y vuelvo a resoplar.

—No lo entiendes. He pasado toda mi vida renegando de mis orígenes, pero aquí estoy, en el mismo lugar, con una mujer a la que he tratado como él lo hacía y… —Cierro los ojos con fuerza y me pinzo el puente de la nariz—. Tal vez Thomas tenga razón y esté repitiendo la historia.

—Wade, no entiendo nada de lo que dices. ¿Qué es lo que vas a repetir? ¿Quieres hacerme daño? —Niego con la cabeza.

—¿Y si no puedo evitarlo? ¿Y si él tampoco podía hacerlo?

—¿Él? ¿Quién es él?

Tomo una respiración profunda y busco su mirada.

—Jack Alexander Davies —respondo con una exhalación.

—¿El de los recortes de periódico? —Asiento con la cabeza. Reese se pone de pie y camina de un lado a otro de la estancia en silencio —. A ver si consigo entenderlo, ¿crees que eres como ese Davies?

—Sí, y mis abuelos también lo creían. Bueno, Thomas aún lo hace.

—¿Por qué?

—Porque Jack Davies era mi padre.

Capítulo 85

Reese

Parpadeo un par de veces, intentando asimilar lo que acabo de escuchar. Algunos de los titulares que leí en los recortes de periódico acuden a mi mente. «Davies escogía a sus víctimas con semanas de antelación». «Le gustaba verlas suplicar: revelan detalles sádicos del patrón de Jack Davies».

—Tu padre —susurro.

—Sí, mi padre —confirma.

Sacudo la cabeza de un lado a otro sin poder llegar a dar sentido a lo que estoy escuchando.

—Vas a tener que explicármelo, Wade.

Asiente y me indica con un gesto de su barbilla que regrese al lugar donde estaba antes, sentada al borde de la cama. Lo hago casi de manera automática mientras él me observa en silencio.

—Lo que viste en esos recortes sobre Jack Davies es todo cierto. Era un violador y asesino en serie. Vigilaba a sus víctimas durante semanas, a algunas incluso meses, después las secuestraba y las traía a este lugar.

Abro mucho los ojos y miro a mi alrededor, confusa.

—¿Aquí? ¿A esta casa? —inquiero.

—No, a la pequeña cabaña de caza que mandé derruir cuando construí esta.

—Tengo muchas preguntas al respecto —mascullo.

—Las responderé todas, pero antes déjame terminar. —Asiento y él toma una respiración profunda—. Jack Davies las traía hasta aquí, las mantenía cautivas durante meses, las violaba y torturaba día tras día hasta que terminaban muriendo. Después solo iba en busca de su siguiente víctima. Mi madre fue una de ellas. En realidad, ella fue la última.

—¿Logró huir?

—No. La Policía le seguía el rastro a Davies y dieron con él en la cabaña. Liberaron a mi madre y a él lo enviaron a prisión.

—Pero estaba embarazada de ti —deduzco.

—Sí. Yo jamás debí haber nacido. Lo más lógico en una situación así es que la víctima interrumpa el embarazo.

—Pero sus padres no le dejaron hacerlo —siseo entre dientes.

Lo poco que sé de sus abuelos es suficiente para llegar a la conclusión de que jamás permitirían que la madre de Wade abortara.

—Acabar con la vida de un bebé, aunque ni siquiera haya nacido aún, a ojos de Dios es un pecado mortal. —Exhala despacio y niega con la cabeza—. Mi madre se suicidó dos días después de que yo naciera. Supongo que no soportaba la idea de tener que pasar el resto de su vida criando al hijo del hombre que le destruyó la vida.

—Por eso tus abuelos te trataban tan mal. Te culpan de la muerte de su hija.

—Sí, entre otras cosas. También estaban seguros de que yo era la reencarnación de satanás. Un demonio nacido la semilla del maligno.

Inspiro hondo por la nariz y me pongo en pie.

—Wade, puedo entender que tengas fe en Dios, en la virgen, los apóstoles y todo eso, pero lo de ser la semilla del mal… Sabes que es una tontería, ¿verdad?

—¿Lo es? —Suspira y me mira con los ojos brillantes—. Dejando a un lado todo el tema religioso, mírame, Reese. Siento la necesidad de ponerme una máscara y perseguir a chicas inocentes por el

bosque, me gusta que se resistan, que supliquen mientras las follo. ¿En qué soy distinto a Davies?

—Wade…

—¡No, piénsalo un momento! Fundé una asociación de perturbados como yo para excusar mi comportamiento. —Se mira la mano y hace girar el anillo de escorpión alrededor de su dedo—. Después de todo lo que te hice pasar a ti, en la cacería, en el club… Te he traído aquí, y mientras Thomas te intentaba convencer de que te marcharas con él, cuando vi la preocupación en su rostro no podía dejar de pensar en que tal vez tenga razón. ¿Y si soy como mi padre?

Me atrevo a dar un paso en su dirección y Wade niega con la cabeza, pero tras tomar una respiración profunda sigo avanzando.

—¿Quieres hacerme daño? —pregunto con un hilo de voz. Parece pensarlo unos segundos y después niega con la cabeza—. ¿Cómo te sentirías si me tuvieses encadenada? ¿Qué harías conmigo?

—Da igual. Déjalo. —Intenta pasar a mi lado, pero le corto el paso.

—No, responde a mi pregunta. Quiero saberlo.

Bufa con fuerza y me mira con el ceño fruncido.

—Me pone cachondo pensar en ti de ese modo, Reese. Me encantaría tenerte desnuda y encadenada.

Trago saliva y sacudo la cabeza de un lado a otro.

—Vale, ¿y qué harías conmigo?

—Suficiente. —Intenta marcharse de nuevo, pero lo detengo.

—¿Intentas decir que me has traído aquí para violarme y torturarme? ¿Eso es lo que deseas? ¿Serías capaz de hacerme daño de verdad? No estoy hablando del juego que te montas en la cacería, me refiero a un daño físico real. ¿Quieres verme sangrar? ¿Te daría placer ver cómo suplico por mi vida?

—¡No, joder! ¡Claro que no! —exclama.

—Entonces…

—Tal vez mi subconsciente sí lo desee. Puede que solo esté enmascarando mi verdadera naturaleza. Es posible que los genes, la sangre o lo que sea que me haya transmitido Davies me conviertan en una escoria humana como lo fue él.

—Wade, la maldad no va en la sangre. Cada persona, con sus acciones, decide si es bueno o malo. Tú sientes esa necesidad de dominar a las mujeres, de doblegarlas a tus deseos, ¿no? —Asiente con la cabeza—. Olvídate de esa tontería de la naturaleza del escorpión. Nosotros mismos decidimos quiénes queremos ser. Podrías hacer lo mismo que tu padre. Secuestrarlas y hacerles daño, pero decides no hacerlo. No voy a entrar en el debate de si es moralmente correcto o no todo el tema de las cacerías, pero lo importante es que tienes el consentimiento de las chicas que participan.

—Menos el tuyo —susurra.

—Eso no lo sabías, y créeme, no estoy justificando tus acciones, pero si algo te diferencia del tipo que te engendró es que tienes la capacidad de sentir culpa y arrepentimiento, yo lo he visto en ti.

Se me queda mirando unos segundos, y tras exhalar con fuerza, enmarca mi rostro con ambas manos.

—Eres demasiado buena, Reese. No deberías perdonarme.

—No lo he hecho. Entiendo que fue un error y no pretendías hacerme daño, pero tal vez nunca pueda perdonarte.

—Bien, porque no lo merezco. —Se acerca más y deposita un beso rápido en mi frente—. Descansa un rato si quieres. Voy a prepararlo todo para que nos marchemos de este lugar cuanto antes.

Se aleja en dirección a la puerta, pero antes de que pueda marcharse lo llamo por su nombre.

—Wade… —Se gira a medias y me mira—. ¿Qué le pasó a Davies? ¿Sigue en la cárcel?

Niega con la cabeza.

—Ni siquiera llegaron a condenarlo. Varios presos lo mataron a golpes en prisión antes de que acabara el juicio. Tuvo su merecido.

—Estoy de acuerdo. No deberías permitir que las acciones de un hombre al que ni siquiera conociste dicten tu vida. Los hijos no deben pagar por los pecados del padre, eso dice la Biblia, ¿no?

Estira una comisura y asiente.

—Lo sorprendente es que sepas eso. —Me encojo de hombros—. Ten cuidado, Flor, empiezas recitando versículos de la Biblia y acabas acudiendo a misa todos los domingos.

—Creo que paso, pero gracias por la advertencia —digo sonriendo.

—Descansa. Te despertaré cuando esté todo listo.

Asiento, y mientras lo observo salir del dormitorio, no puedo dejar de preguntarme qué habría sido de Wade si sus abuelos no se hubiesen hecho cargo de él cuando murió su madre. Tal vez esa obsesión por dominar y doblegar a las mujeres la haya causado precisamente la forma en la que lo trataron cuando era solo un niño. Es posible que le hayan repetido tanto que es un monstruo que sin querer lo han convertido en uno, aunque en el fondo y, a pesar de todo, estoy convencida de que aún hay esperanza para él.

Capítulo 86

Reese

Doce malditas horas de vuelo y no he logrado sacarle ni media docena de palabras. Algo ha cambiado en Wade desde el enfrentamiento con su abuelo. He intentado acceder a él, pero cada vez que saco un tema de conversación me topo con el muro de imperturbabilidad e indiferencia que usa a modo de escudo. Se ha puesto la máscara de nuevo y, por más que quiero, no logro que se la quite.

En cuanto el avión toca tierra en el aeropuerto de Las Vegas, su teléfono empieza a sonar. Lo observo mientras habla con quien no tardo en deducir que es Dagger, y al colgar lo noto molesto.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Nick no ha encontrado nada en el teléfono de Nancy. Si se comunicaba con el socio que se llevó a Rose y las demás chicas, no era por ese dispositivo.

Mascullo una maldición bajo su atenta mirada y espero a que me regañe por haber blasfemado, pero no lo hace. Actúa como si no le importara.

—¿Cuál es el plan, entonces? Sin la información del teléfono solo nos queda la cacería. Es en dos días.

Asiente y la asistente de vuelo se acerca para informarnos de que ya podemos desembarcar.

—Hablaremos de ello al llegar a casa —responde en cuanto se marcha, y se pone en pie.

Antes de que pueda seguir insistiendo, empieza a alejarse por el pasillo y no me queda más remedio que seguirlo. Espero a que salgamos de la pista y nos adentremos en el interior del aeropuerto antes de volver a retomar el tema. Aunque Wade no parece prestarme atención. Está demasiado ocupado tecleando en su teléfono.

—Sabes que la mejor opción es usarme a mí de cebo. Son tres sospechosos. Solo tenemos que…

—Reese. —Se detiene de golpe y me mira con gesto serio—. He dicho que lo hablaremos en casa.

Se guarda el teléfono el bolsillo interior de la americana y me hace un gesto con la barbilla para que siga avanzando. Resoplo y me contengo para no montar una escena en mitad del aeropuerto. Odio cuando se pone en este plan dando órdenes y mangoneando a todo el mundo.

Al salir del aeropuerto, un todoterreno negro nos espera frente a la puerta. Wade se adelanta y abre la puerta trasera, después se hace a un lado y me ordena con la mirada que entre. Lo hago a regañadientes, pero nada más darme cuenta de que Dagger está sentado a mi lado en el asiento trasero, soy consciente de que algo no anda bien.

—¿Qué hace él aquí? —inquiero.

Wade me mira fijamente desde fuera del vehículo y exhala despacio.

—Lo siento. No voy a permitir que te hagan daño.

—¿A qué te refie…? —Antes de que pueda terminar la frase, noto como Dagger me sujeta por detrás y empuja contra mi boca y mi nariz un trapo o pañuelo con un olor fuerte a químico.

Intento revolverme y gritar, pero enseguida siento cómo las fuerzas me abandonan y mi mente se nubla hasta que caigo inconsciente.

Wade

El cuerpo de Reese se desploma sobre el asiento y ayudo a Dagger a enderezarla para que no se lastime. Por suerte, las ventanas del vehículo son oscuras y estoy tapando con mi cuerpo la visión del interior por la apertura de la puerta.

—¿Estás seguro de esto, Sutton? Tu chica va a cabrearse cuando despierte y descubra que se la has jugado.

Aparto un mechón de pelo que cae sobre la frente de Reese y asiento con la mandíbula apretada.

—Prefiero que me odie y siga viva. —Saco del bolsillo el sobre con el dinero que hemos acordado y se lo doy—. Llévatela lo más lejos que puedas. Me reuniré con vosotros cuando encuentre al culpable de la desaparición de las chicas.

—La llevaré a dar un paseo por el desierto. Tengo el presentimiento de que no me aburriré en ningún momento. Esta es de las peleonas.

—Ni se te ocurra ponerle un dedo encima —le advierto.

—Descuida, me las arreglaré con un par de cuerdas y una mordaza.

El muy sádico sonríe de oreja a oreja y me dan ganas de partirle la cara de un puñetazo, pero me contengo. Dagger es el único capaz de mantener a Reese alejada de la cacería. Lo necesito.

—Estaremos en contacto. Cuida de ella. —Asiente, y antes de que cambie de idea, me incorporo y cierro la puerta del todoterreno.

Ajusto el nudo de mi corbata y me aliso la americana mientras echo un vistazo alrededor. Unos segundos después, el motor del vehículo cobra vida y se aleja. Saco mi teléfono y busco en la agenda el contacto del piloto del *jet*.

—Señor Sutton, ¿hay algún problema? —pregunta tras descolgar.

Su tono es de extrañeza. No acostumbro a contactar con él justo después de un viaje largo.

—Quiero que prepares el avión para salir mañana a primera hora —ordeno.

—Por supuesto, señor. ¿Cuál es el plan de vuelo?

—Los Ángeles, y que el helicóptero esté listo para volar a Deer Creek a mi llegada.

—Sí, señor. Me encargaré de que todo esté preparado.

Me despido y enseguida cuelgo la llamada antes de echar un nuevo vistazo al lugar por donde acaba de irse el vehículo con Reese en su interior. Va a odiarme por esto, estoy seguro. Con mis acciones solo estoy haciendo que nunca sea capaz de confiar en mí, pero la alternativa es permitir que vaya a la cacería y se ponga en peligro. No, ni siquiera puedo imaginármela en esa situación de nuevo, en mitad del bosque, huyendo de tipos enfermos como yo que solo quieren un pedazo de ella. Un nudo de angustia se instala en mi pecho solo de pensarlo. Prefiero su odio.

Reese

Cuando tenía ocho años, papá me llevó al parque de atracciones. Recuerdo bajar de la montaña rusa con el estómago revuelto y las piernas temblorosas. Ahora, lo que siento es una sensación similar, pero multiplicada por cien. Tengo la vista borrosa y estoy tan desorientada que tardo varios minutos en ser consciente de que me encuentro en la parte trasera de un vehículo en movimiento. Intento incorporarme, pero mis movimientos son limitados porque, por algún motivo, llevo las manos atadas con una cuerda.

—Tranquila, el mareo se pasará pronto. —Pestañeo, tratando de averiguar de dónde proviene esa voz y por qué me resulta familiar.

Me concentro en mi respiración. Inspiro por la nariz y expiro por la boca con suavidad hasta que logro recuperar un poco de control sobre mi propio cuerpo, entonces lo recuerdo. Estábamos en el aeropuerto, entré en el coche y Wade… «Lo siento. No voy a permitir que te hagan daño». Alzo la cabeza y consigo ver con claridad a la persona que conduce. Es Dagger.

—¡Hijos de puta! —exclamo, y me lanzo hacia delante, pero enseguida siento como todo empieza a girar de nuevo.

—¡Eh! Relájate. Estás bien, ¿vale?

Me recuesto hacia atrás y sigo respirando. Me han drogado.

—¿Dónde está Wade? —pregunto casi sin aliento.

—Eso ya lo sabes, dulzura.

Echo un vistazo a la parte delantera y Dagger me sonríe por el espejo retrovisor. La cacería. El muy hijo de perra ha decidido dejarme fuera. Inspiro lo más hondo que puedo y trato de calmarme. No voy a resolver nada dejándome llevar por la ira. Necesito saber dónde estoy y cómo huir.

—¿A dónde me llevas? —inquiero mientras me muevo despacio para mirar por la ventanilla.

Ya ha anochecido. Circulamos por una carretera de dos carriles, rodeada de montañas altas de piedra rojiza y tierra árida. El desierto de Nevada, estoy segura, pero en qué dirección. ¿Cuánto nos hemos alejado de Las Vegas?

—No importa el destino. Disfruta del viaje porque será largo. ¿Tienes sed?

—Claro que tengo sed. Siento como si me hubiese tragado una botella de ácido —me quejo.

—Eso es por el cloroformo, puede irritar un poco la garganta. Tranquila, el efecto es temporal. En unos minutos me detendré para darte un poco de agua.

—Suéltame —pido.

—Eso no va a ocurrir. —Suspira y vuelve a mirarme a través del espejo—. No me pongas las cosas difíciles, dulzura.

—Me llamo Reese.

—Lo que sea. ¿Crees que yo disfruto haciendo de niñera? Sutton me ha ordenado que te mantenga alejada de la ciudad y eso es lo que voy a hacer, de ti depende que tenga que usar o no la fuerza.

Me fijo en un cartel de carretera. Estamos a solo cuarenta kilómetros de Phoenix, Arizona. Eso significa que he pasado más de cuatro horas inconsciente. Decido no seguir hablando. Necesito un plan de fuga. Cierro los ojos y pienso qué haría mi padre en esta situación. «No intentes resolver todos los problemas a la vez,

Reeree. Céntrate en lo más importante, márcate objetivos y ve superándolos». Su voz se hace eco en mi mente y sonrío.

Mi primer objetivo es deshacerme de las ataduras. Están muy apretadas, pero si me esfuerzo sé que puedo conseguirlo. Muevo un poco las muñecas y enseguida empiezo a notar un poco de holgura, pero Dagger no deja de vigilarme por el espejo.

—Entonces, ¿haces todo lo que Wade te manda? Eres algo así como su perro amaestrado, ¿no?

—Dulzura, no me obligues a amordazarte —dice tras resoplar.

Fuerzo más las ataduras y consigo hacer el espacio suficiente para empezar a sacar una mano.

—No pretendo ofenderte. En realidad, te entiendo. Cuando Wade se pone en plan mandón, con esa pose seria, la voz ronca y con ese acento… —Me muerdo el labio inferior mientras sigo forcejeando con la cuerda. Ya casi he logrado liberar la mano—. No te juzgo. Es impresionante.

—Si tú lo dices…

—No digo que tú no seas un hombre guapo. Tienes tu encanto, pero puedo entender que cada vez que él te pide algo sientas el irrefrenable deseo de complacerlo.

Me incorporo un poco más para mirar hacia la parte delantera del vehículo. Ahora que casi me he soltado necesito algo con lo que defenderme. Dagger es un hombre grande. No puedo con él. Echo un vistazo al asiento del copiloto y me parece ver la culata de una pistola que está parcialmente cubierta por un sobre abultado.

—Tengo la sensación de que te estás equivocando. El único deseo irrefrenable que siento es el de ganar dinero.

—Entonces, Wade y tú… —Me quedo con la frase a medias cuando Dagger pisa el freno de golpe y se detiene a un lado de la carretera.

Antes de que pueda preguntarle qué es lo que ocurre, baja del coche y lo rodea para abrir una de las puertas traseras.

—Sé lo que estás haciendo —gruñe, metiendo medio cuerpo en el interior del vehículo.

—¿El qué? —Me alejo al extremo opuesto y él se adentra más.

—Intentas distraerme mientras te liberas.

—En realidad… —Cuando está a punto de agarrarme, al fin logro soltarme y lo empujo con fuerza por el pecho—. Ya me he liberado.

Consigo apartarlo lo suficiente como para abrir la puerta y salir del coche. Lo escucho maldecir y sé que viene a por mí, pero no logra alcanzarme antes de que pueda abrir la puerta delantera y coger la pistola. La levanto y le apunto a la cabeza.

—¡¿Qué demonios haces?! —Sigue avanzando hacia mí y yo retrocedo—. ¿Vas a dispararme?

—Ponme a prueba —siseo entre dientes mientras sigo retrocediendo.

Todo está oscuro a nuestro alrededor. La única claridad que ilumina la sombría carretera es la luz de los focos del todoterreno.

Dagger sonríe y niega con la cabeza.

—Vamos, dulzura. Vas a hacerte daño con eso. Apuesto a que no has disparado un arma en tu vida.

Arqueo una ceja, y tras quitarle el seguro a la pistola, la muevo un poco y aprieto el gatillo. La bala rebota justo al lado de su pie.

—¿Qué decías?

Deja de avanzar y su sonrisa burlona se esfuma.

—Está bien. —Levanta ambas manos sobre su cabeza—. ¿Qué es lo que pretendes? Estamos en mitad del desierto. Por esta carretera apenas circulan vehículos a estas horas. ¿Vas a caminar de vuelta a Las Vegas? Es un trayecto muy largo.

—¿Caminar? —Esbozo una sonrisa y niego con la cabeza—. Tengo un bonito coche justo aquí.

—No voy a dejar que te lo lleves.

—Entonces tendré que matarte, «dulzura».

Capítulo 87

Wade

«El odio es motivo de disensiones, pero el amor cubre todas las faltas». «Proverbios 10:12».

Dos días después

He participado en dos cacerías al año durante más de una década. La primera noche siempre es la más excitante, esa en el que la expectación y las ganas de salir de la cabaña en busca de alguna presa no me dejan ni dormir. Tengo la ropa, las botas y la máscara. Se supone que no necesito nada más para pasar un buen rato, pero esta vez todo es distinto.

Echo un nuevo vistazo a mi teléfono y bufo con fuerza. Hace dos días que no sé nada de Reese. Dagger no se ha puesto en contacto y cuando intento llamarlo me salta el buzón de voz. Tengo a Xander y a los hombres de Dagger buscándolos por todas partes, pero parece como si se los hubiera tragado la tierra. Confío en Dagger, él es leal al dinero y sabe que nadie puede proporcionarle más que yo, pero la falta de información me está matando.

Las reglas especifican que los aparatos electrónicos están prohibidos durante las partidas de caza, pero no estoy dispuesto a pasar toda la noche sin comunicación. Necesito saber qué está ocurriendo en Las Vegas, de modo que decido guardar el teléfono en uno de los bolsillos laterales del pantalón, no obstante, cuando estoy a punto de hacerlo, lo noto vibrar y lo saco de inmediato. Un vistazo

rápido a la pantalla me hace saber que es mi hermano Xander quien me está llamando.

—Dime que los has encontrado —digo nada más descolgar.

—Sí, al menos a uno de ellos —responde. Cierro los ojos con fuerza y espero a que me diga que se trata de Reese—. Espera, voy a poner el altavoz.

—Sutton, tu novia está para encerrarla en un manicomio, joder —escucho que dice Dagger.

Mascullo una maldición y empiezo a moverme de un lado a otro de la cabaña.

—¡¿Dónde está Reese?! —vocifero.

—No lo sé. En cuanto despertó, logró soltarse y me quitó la pistola. He pasado los últimos dos días en mitad del desierto, encerrado en el maletero de mi propio coche. Solo me dejó una pequeña botella de agua y se largó.

—¿Has permitido que se vaya?

—¡¿Crees que yo lo decidí?! ¡Está loca, joder! Más te vale encontrarla antes que yo porque cuando la vea pienso meterle una bala en esa bonita cara suya.

Me contengo para no decirle que lo mataré si llega a ponerle un dedo encima. Ahora mismo lo más importante es encontrar a Reese.

—¿Ha contactado con el camarero? —inquiero.

—No —responde mi hermano—. Los hombres de Dagger han estado vigilándolo y ella no ha aparecido. Fue el primer lugar al que pensé que acudiría.

—No puede andar lejos. Si dejó el coche en el desierto, tuvo que ir a algún lado.

—Con el dinero que me robó puede estar en cualquier parte del mundo —intercede Dagger.

Me pinzo el puente de la nariz y resoplo. Eso lo cambia todo. Le di doscientos mil dólares a Dagger.

—No creo que haya huido. Su único objetivo es buscar a Rose, ¿no es así? —pregunta Xander.

Me paro a pensarlo un segundo. Reese sabe que solo puede encontrar al culpable de la desaparición de su amiga en la cacería.

—¿Quién puede ayudarla a llegar ahí? —dice Dagger, que parece haber llegado a la misma conclusión que yo.

—Nick —mascullo entre dientes.

—¿Quieres que le haga una visita?

—No vas a encontrarla a ella. La primera partida de caza está a punto de empezar. Lo más probable es que Reese ya esté aquí.

—Entonces…

—Ve a verlo de todos modos y pregúntale qué sabe. Después prende fuego a la jodida nave.

—Voy para allá en cuanto me dé una ducha. ¡Me he meado encima, joder!

—Date prisa, y, Dagger, asegúrate de que Nick esté dentro cuando ese puto lugar arda.

—Dalo por hecho. Alguien va a tener que pagar por lo que me ha hecho tu chica. Ese hijo de puta parece un buen candidato.

Escucho ruido al otro lado de la línea y después la voz de Xander.

—Ya se ha puesto en marcha. ¿Qué más necesitas? —me pregunta.

—Nada. Yo me encargo desde aquí. Tengo media hora para encontrarla antes de que empiece la partida de caza. —Exhalo profundo y escucho una risa baja—. ¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Te advertí que las mujeres solo traen problemas, y tú justo tenías que fijarte en una que está desquiciada. Si de algo estoy seguro es de que no vas a aburrirte el resto de tu vida.

—Antes de pensar en el futuro tengo que lograr que no la maten esta noche. Estoy aterrado —confieso.

Hay un silencio y escucho la respiración pesada de Xander.

—¿Quieres que vaya para allá? Puedo ayudarte a buscarla.

—No. Sé por dónde empezar. Te llamaré cuando la encuentre. —Tras despedirnos, cuelgo la llamada y me guardo el teléfono en el bolsillo antes de coger la máscara, un par de cuerdas y salir de la cabaña a toda prisa.

Se supone que nadie puede salir de la zona restringida hasta que dé comienzo la partida de caza, por eso opto por subirme a una de las motocicletas de montaña y dar un rodeo por el exterior del coto de caza.

Tardo casi quince minutos en llegar a la cabaña de reconocimiento médico. No me molesto en saludar a los vigilantes que custodian la puerta, solo entro sin llamar y encuentro a la doctora Sanders ordenando el material médico de una de las estanterías. Se sorprende al verme.

—Señor Sutton, ¿en qué puedo ayudarlo? —pregunta, viniendo hacia mí.

—Necesito saber cómo descubriste que había una brecha de seguridad en la anterior cacería. Nancy comentó algo de un reconocimiento médico.

—Eh… Sí, el grupo sanguíneo de la presa que participó en la cacería no coincidía con su ficha médica. ¿Hay algún problema?

—¿Todas las presas han pasado ya el reconocimiento médico? —pregunto.

—Sí, acabo de comprobar los resultados. Todo está bien.

—¿Comparaste los grupos sanguíneos de las participantes con sus historiales médicos?

—No. Esa no es una práctica que suela llevarse a cabo. La otra vez lo hice porque Nancy me dijo que habíamos tenido una brecha de seguridad.

—Compruébalo —ordeno.

—¿Ahora? —Asiento, y ella se mueve hacia la mesa donde está su ordenador—. Puede llevar algún tiempo cotejar la información de todas las presas.

—Redúcela a las que vienen de Los Ángeles y Las Vegas.

—Vale, eso puedo hacerlo —masculla mientras empieza a teclear.

Inspiro hondo por la nariz y me mantengo a la espera. Si Reese ha acudido a Nick en busca de ayuda, lo más probable es que él haya entrado en nuestro sistema y le haya proporcionado información sobre alguna presa que acudiría hoy a la cacería. Conociéndola, habrá encontrado la manera de interceptarla y robarle su identidad. Es la única manera de entrar aquí sin ser detectada.

Veo cómo la doctora Sanders frunce el ceño y me acerco para mirar la pantalla por encima de su hombro.

—¿Qué ocurre? —inquiero.

—Hay una presa que recogieron en Las Vegas. Su grupo sanguíneo no coincide con la chica a la que he examinado esta tarde.

—¿Dónde está?

—Cabaña veintiuno.

Salgo corriendo sin ni siquiera despedirme ni darle las gracias por su ayuda. Me planteo volver a subirme a la moto, pero la partida de caza está a punto de empezar y no llegaré a tiempo si rodeo toda la zona. Me cubro el rostro con la máscara y cojo el camino más rápido por el sendero de tierra y después corriendo entre los árboles. Solo soy consciente de que ya ha dado inicio la partida de caza cuando me cruzo con una presa. Me detengo de golpe y se me queda mirando unos segundos antes de huir en dirección contraria. Me fijo en su forma de moverse y sé de inmediato que no es Reese.

Sigo avanzando a grandes zancadas y al llegar a la cabaña veintiuno subo los dos escalones de un salto. Empujo la puerta rezando para encontrarla en el interior, pero no hay nadie. Con la respiración acelerada y el corazón latiendo a toda velocidad, exclamo una maldición y regreso al exterior. Voy a tener que rastrearla como si fuese una presa más. Solo espero llegar a ella antes de que alguien le haga daño.

Capítulo 88

Reese

No recordaba lo incómodo que es pasar horas subida a un árbol. Creí que lo más difícil sería colarme de nuevo en una cacería, pero me equivocaba. El sonido de los animales nocturnos, el viento golpeándome el rostro, la sensación de que, si me muevo, aunque sea un poco, voy a llamar la atención de cualquier pirado con máscara que recorre el bosque en busca de su próxima víctima me tienen al borde de un ataque de nervios.

Con cuidado, me bajo un poco la cremallera de la chaqueta que le robé a la pobre chica. En realidad, toda la ropa que llevo puesta es suya y me queda algo apretada, especialmente las botas. Intento mover los dedos y hago una mueca de dolor. Nick solo me ayudó a encontrar una presa que había confirmado su asistencia a la cacería. El resto tuve que hacerlo por mi cuenta. La intercepté cuando se dirigía al punto de encuentro, y tras dejarla inconsciente, le robé la ropa, la máscara facial y el teléfono. A esta hora lo más probable es que esté de vuelta en su casa sana y salva.

Mi siguiente objetivo fue pasar por la cabaña donde está la médica sin ser descubierta. Apenas abrí la boca mientras me sacaba sangre y me daba esa inyección que sigo sin saber qué demonios es. Después uno de los encapuchados me llevó a mi cabaña y solo tuve que esperar a que la puerta se abriera para salir en busca del hijo de puta que está secuestrando a las chicas. Decidí empezar por el último lugar donde había visto a ese tipo: el arroyo. Sin embargo, ya

llevo varias horas aquí y, aparte de ver a alguna presa pasar de largo y otras huyendo de enmascarados, no ha pasado nada extraño.

Casi me río al darme cuenta de que el hecho de presenciar como mujeres corren mientras son perseguidas por un grupo de perturbados que van a violarlas no me parece algo extraño. Aunque admito que, después de saber cómo funciona todo esto, mi sensación al estar aquí es muy distinta a la vez pasada. Ahora sé que nada de esto es real. Entiendo que es algo consentido, pero sigo sin poder comprender cómo es posible que disfruten con estos juegos macabros.

«Tú también estás aquí», me recuerda una vocecita en mi cabeza. Es cierto, pero en mi caso no busco un subidón de adrenalina ni ponerme en peligro, solo quiero encontrar a Rose y traerla de vuelta a casa. Prefiero ignorar el hecho de que aquí, en algún lugar de este bosque también está Wade, probablemente buscando a una presa para… Sacudo la cabeza de un lado a otro y respiro hondo. Más le vale no cruzarse en mi camino. Sigo furiosa por su traición. Por un momento, cuando estábamos en Inglaterra, llegué a creer que era un tipo decente, y justo después el muy hijo de perra me droga y ordena a su amigo que me secuestre.

Sigo esperando sujeta a un par de ramas hasta que algo llama mi atención. Un enmascarado se acerca mirando a un lado y a otro. Intento fijarme en su complexión, en su forma de caminar por si logro reconocerlo. Mi plan es observarlo desde mi lugar seguro, sin embargo, cuando se detiene justo debajo del árbol, me cuesta contener la respiración para no ser descubierta. El enmascarado parece darse cuenta de que alguien anda cerca y se mueve. Pocos segundos después se marcha y al fin puedo respirar aliviada.

—Esto no va a funcionar —murmuro para mí.

Es imposible que encuentre al tipo que está secuestrando a las chicas sin interactuar con los enmascarados. Se supone que soy el cebo, pero escondida no logro atraer la atención hacia mí. Tiro de la manga de la chaqueta hacia arriba y echo un vistazo a la pulsera que rodea mi muñeca. Es roja. Eso le da consentimiento a cualquiera

para hacer conmigo lo que desee sin pedir permiso, incluso si me resisto o me niego. Mi única posibilidad de evitarlo es usando la frase de seguridad: «Fin de la cacería», pero si el enmascarado es el tipo al que estoy buscando, no se detendrá y no quiero ni imaginar lo que puede hacerme.

Tardo unos minutos en tomar la decisión de bajar del árbol. Sé que es muy arriesgado y probablemente acabe arrepintiéndome de exponerme de esta forma, sin embargo, no encuentro otra manera de encontrar al hijo de puta que se ha llevado a Rose. En cuanto mis pies vuelven a estar sobre la tierra, inspiro hondo por la nariz y me atrevo a caminar un poco alrededor.

Pasa un buen rato en el que no sucede absolutamente nada, y entonces escucho unas pisadas cerca de donde me encuentro. Pego la espalda a un tronco grueso y contengo el aliento. Intento no entrar en pánico, pero cuanto más alto escucho el sonido que emiten las ramas siendo pisadas, el roce de la hierba y los arbustos contra la ropa, soy consciente del enorme peligro que corro. Estoy a punto de subir al árbol para esconderme de nuevo cuando lo noto a mi espalda.

—Mira qué tenemos aquí —canturrea.

Me giro de golpe y lo veo de pie, a solo unos metros de distancia. Por su forma de hablar sé que no es el tipo al que busco, de modo que solo me queda la opción de huir. Antes de que pueda dar un paso más en mi dirección, salgo corriendo todo lo rápido que soy capaz.

Lo escucho seguirme, me acecha mientras sigo avanzando entre la hierba alta y frondosa. Intento despistarlo, pero no soy capaz y empiezo a notar como mis piernas se debilitan. No encuentro dónde esconderme y lo noto cada vez más cerca. Cuando ya estoy al límite de mis fuerzas y apenas puedo respirar por el esfuerzo, decido detenerme. Solo es un cazador más, si uso la frase de seguridad se marchará, o al menos eso espero. Mi plan es horrible, pero espero que funcione.

—Está bien, tú ganas —digo casi sin aliento, girándome para enfrentarlo.

—Eres rápida —comenta. Él también está cansado. Echa un vistazo rápido a mi muñeca y puedo intuir cómo sonríe bajo la máscara—. Rojo, es mi color favorito.

Avanza hacia mí y yo retrocedo hasta que mi espalda impacta contra el tronco de un árbol. El enmascarado se abalanza sobre mí.

—Fin de la… —Aún no he terminado de pronunciar la frase cuando lo veo retroceder de manera brusca. Entonces me fijo en que hay otro enmascarado a su espalda.

—¡No la toques! —gruñe, y abro mucho los ojos al reconocer ese acento británico tan familiar.

El enmascarado lo empuja, pero Wade no retrocede. Lo agarra por la sudadera a la altura del pecho y lo zarandea.

—¡Estás infringiendo las reglas! ¡Yo la vi primero! —grita el desconocido.

Wade lo atrae hacia él y casi lo levanta del suelo. Solo puedo ver su espalda en tensión y los músculos de sus hombros rígidos que se marcan por debajo de la ropa.

—¡Es mía! —vuelve a gruñir.

Lo zarandea de nuevo y el enmascarado alza ambas manos en el aire.

—¡Está bien, joder! Quédatela.

Wade tarda unos segundos en soltarlo con un empujón y después se queda mirándolo fijamente mientras el tipo se aleja. Cuando ya se ha marchado, se gira despacio y clava su mirada en la mía.

—No necesitaba tu ayuda. Estaba manejando la situación perfec… —dejo la frase en el aire cuando lo veo quitarse la máscara.

Su rostro es el fiel reflejo del peligro. Su fachada habitual de hombre sereno e imperturbable ha desaparecido por completo y en su lugar hay una especie de animal salvaje y furioso que empieza a caminar hacia mí con pasos lentos y contundentes. Antes de que

pueda averiguar cuál va a ser su siguiente movimiento, estira el brazo y rodea mi garganta con la mano.

—Eres mía —sisea contra mi rostro.

—Wade… —digo con un hilo de voz mientras me sujeto a su muñeca e intento apartarlo.

Con la otra mano me arranca la tela que cubre parcialmente mi rostro y tira de la capucha hacia atrás. Afloja el agarre en mi garganta y pega su frente a la mía.

—Eres solo mía —repite con una exhalación justo antes de estrellar sus labios contra los míos.

Me besa con rabia y furia, mordiendo mi carne y apretando la base de mi cuello. No soy capaz de seguirle el ritmo, el movimiento de su lengua en mi boca es tan rápido y feroz que me roba el poco aliento que aún conservaba. Cuando se aparta, con el pecho subiendo y bajando con violencia, baja la mirada a mi mano, que sigue sobre su antebrazo.

—Suéltame —logro decir.

—Roja, una puta pulsera roja —sisea entre dientes—. No sé si follarte aquí mismo por lo aliviado que me siento al verte sana y salva o ponerte sobre mi regazo y dejarte el culo en carne viva por ponerte en peligro.

Frunzo el ceño y lo empujo por el pecho con todas mis fuerzas, pero no logro moverlo ni un milímetro.

—Wade, suéltame —exijo, clavando mi mirada en la suya.

Inspira hondo por la nariz y su aliento caliente baña mi rostro al exhalar con fuerza. Noto como afloja el agarre en mi garganta y retrocede un par de pasos.

—Se acabó el juego para ti, Reese. No vas a ir a ningún lado.

Antes de que pueda alejarse demasiado, estiro el brazo y lo abofeteo con todas mis fuerzas.

—Esto es por drogarme, y esto… —Estoy a punto de golpearlo de nuevo, pero intercepta mi mano y vuelve a sujetarme por la

garganta, pero no aprieta—. ¡Hijo de puta! ¡Déjame ir! ¡Maldita sea! —grito.

Acerca otra vez su rostro al mío. Está aún más furioso si es posible.

—No blasfemes —gruñe antes de hundir la boca en mi cuello y morderme con fuerza.

Suelto un grito agudo y golpeo su espalda con los puños cerrados mientras me revuelvo para intentar sacármelo de encima. Al fin se aparta sin dejar de sujetarme por la garganta, saca mi mascara facial del bolsillo de la chaqueta, me la pone a la fuerza y después me coloca la capucha sobre la cabeza antes de ponerse su propia máscara.

—¡¿Qué demonios crees que estás haciendo?! ¡Eres un bruto, joder! ¡Suéltame!

No responde, solo se agacha un poco y con un movimiento rápido me sube a su hombro, arrancándome un nuevo grito por el cambio de postura. Me aferro a sus caderas, con la cabeza hacia abajo y las piernas colgando por la parte delantera de su cuerpo.

—Vas a aprender a obedecer, Flor, aunque tenga que enseñarte a hacerlo por las malas —escucho que dice justo antes de sentir su mano impactando en mi trasero con fuerza.

Capítulo 89

Wade

«Grábame como un sello sobre tu corazón; llévame como una marca sobre tu brazo. Fuerte es el amor, como la muerte, y tenaz la pasión, como el sepulcro. Como llama divina es el fuego ardiente del amor». «Cantares 8:6».

Llevar a Reese sobre mi hombro mientras ella se revuelve, intenta golpearme y me insulta sin parar no resulta una tarea sencilla. Por eso, a mitad de camino decido detenerme y uso las cuerdas que tenía guardadas para inmovilizarla y amordazarla antes de seguir el resto del trayecto un poco más cómodo.

Tardo bastante en llegar a su cabaña, y cuando al fin la dejo sobre sus propios pies, tengo que sujetarla al ver que pierde el equilibrio, aunque no tarda en recomponerse y me propina una patada en la pierna que me deja dolorido durante varios minutos. La llevo hasta la cama y la obligo a sentarse en el borde del colchón. Reese sigue revolviéndose para quitarse las ataduras, y aunque no puedo entender lo que dice por la mordaza, apuesto a que no es nada bonito.

Me quito la máscara y los guantes antes de ir a la zona de cocina y beber un poco de agua para tranquilizarme. Necesito dejar de pensar en lo que hubiese podido ocurrir si no llego a encontrarla a tiempo. Ese hijo de puta ha estado a punto de tocarla. Quiero ir a buscarlo y arrancarle las manos solo por intentarlo.

Aprovecho para enviarle un mensaje a Xander, informándole de que he encontrado a Reese, y regreso a su lado. Está en el mismo lugar en que la dejé, pero también parece haberse calmado un poco. Exhalo con fuerza y me agacho justo delante de ella.

—Voy a quitarte la mordaza, y espero que podamos hablar como dos personas adultas —digo en tono sereno.

Me lanza una mirada furiosa y, de todo lo que dice, solo logro entender la última parte, estoy casi seguro de que me ha llamado hijo de puta. Desato la cuerda que rodea su cabeza y me aparto despacio.

—Eres un jodido animal —sisea entre dientes.

—Si quieres verme así, adelante. Prefiero que pienses que soy un animal antes de que uno de verdad acabe contigo ahí fuera. ¿Te ha hecho daño?

—¡No, joder! El único que me ha hecho daño aquí eres tú. —Ladea la cabeza para mostrarme el cuello, pero con la capucha puesta no logro verlo. Se la quito y aparto el pelo. En el lateral del cuello tiene una porción de piel rojiza con mis dientes marcados en ella. Deslizo el pulgar por encima, pero enseguida se aparta—. Suéltame, Wade —demanda.

—No pretendía lastimarte, pero admite que te lo has ganado al ponerte en peligro —mascullo mientras desato los nudos de la cuerda que rodea sus muñecas.

En cuanto está libre, me empuja por los hombros y casi caigo hacia atrás. Logro mantener el equilibrio y la miro con dureza, pero me ignora y se pone en pie.

—Podría habérmelas arreglado sola. No necesito tu ayuda.

—¿En serio? Pues a mí me pareció todo lo contrario. —La sigo hacia la puerta. Intenta abrirla, pero está bloqueada. Ya ha amanecido y hasta medianoche permanecerá cerrada, son las reglas —. ¿Dónde crees que vas?

—Ahí fuera, a terminar lo que he empezado —gruñe, y pasa su muñeca con la pulsera por delante de la pantalla, pero la puerta no

se abre.

—Es inútil, está bloqueada.

—¡Pues desbloquéala, joder!

—¿Tengo pinta de cerrajero? Además, ¿qué te hace pensar que voy a permitir que salgas de nuevo ahí fuera?

—¿Vas a drogarme otra vez? —Se cruza de brazos y esboza una falsa sonrisa—. Por cierto, ¿dónde has dejado a tu perro fiel? Vas a necesitarlo para mantenerme quietecita, aunque la última vez no le salió demasiado bien. ¿Sigue en el desierto?

Respiro hondo y me armo de paciencia. La mayoría del tiempo me encanta que Reese me desafíe y se enfrente a mí, pero cuando se pone cabezota es insoportable.

—Dagger está bien. Con ganas de asesinarte, pero bien, y créeme, es muy capaz de hacerlo.

—Puede intentarlo —replica, alzando la barbilla de manera desafiante—. Ahora dime cómo puedo salir de aquí.

—Reese, vamos a dejar algo claro, cuando esa puerta se abra, el único lugar al que vas a ir es a un helicóptero que te llevará de vuelta a casa. Tu aventura se ha terminado.

—¡Y una mierda! No vas a decirme qué es lo que puedo o no hacer. No tienes ningún derecho.

Gruño de pura frustración y aprieto los puños con fuerza.

—No eres consciente de lo que ha estado a punto de pasarte, ¿verdad? ¡Ese tipo de ahí fuera iba a violarte, joder! No importa que te hubieses negado. ¡Nada lo iba a detener porque llevas una puta pulsera roja en la muñeca! —grito, perdiendo los papeles.

—¡Tenía un plan! Cuando llegaste, justo estaba a punto de decir esa mierda de «fin de la cacería».

—¿Y qué creíste que pasaría? ¿Pensaste que se marcharía sin más y podrías seguir adelante con tu excursión por el bosque? —Asiente, convencida, y me dan ganas de agarrarla por los hombros y zarandearla hasta que entre en razón—. ¡Eres una idiota! Cuando las presas firman el contrato y acceden a participar en una cacería, lo

hacen con todas las consecuencias. Si te niegas a jugar, eres expulsada de inmediato. Además, ¿qué hubiese pasado si ese tipo fuese el que estamos buscando? Te lo digo yo. Ahora mismo estarías tirada en mitad de la nada después de recibir una paliza de muerte, eso con suerte.

—¡¿Y a ti qué mierda te importa?!

—¡Me importa y punto! —grito, pegando mi rostro al suyo—. Desearía no preocuparme por ti, pero no puedo evitarlo. Solo intento mantenerte a salvo.

—Yo no te lo he pedido.

—Y, aun así, aquí estoy. —Enmarco su rostro con ambas manos y clavo mi mirada en la suya—. Haría cualquier cosa por ti, lo que sea, pero no me pidas que me quede quieto mientras te pones en peligro. No puedo, Reese. Y no me arrepiento de haberte drogado para alejarte de este lugar. No dudaría ni un segundo si tuviese que hacerlo de nuevo.

—¡¿Por qué?! ¡Maldita sea, ¿por qué esa obsesión por protegerme?!

—¡Porque sin ti nada tiene sentido! —La agarro con más fuerza—. Si te hacen daño, Reese, yo no tendría un motivo para seguir viviendo. Te necesito sana y salva, lejos de cualquier peligro.

Se me queda mirando con los ojos muy abiertos. Puedo notar como su pulso se acelera bajo mis manos.

—Está bien. No tienes que seguir sintiendo culpa —dice con un hilo de voz.

—¿Culpa? —Niego con la cabeza y hago verdaderos esfuerzos por no derramar las lágrimas que se acumulan en mis ojos—. Si no eres capaz de ver lo mucho que te amo, es que de verdad eres idiota.

—No —susurra, y sacude la cabeza de un lado a otro. La obligo a seguir mirándome—. Wade, tú no me amas. Solo te sientes culpable.

—No te atrevas a decirme qué es lo que siento. —Pego mi frente a la suya y exhalo con fuerza, dejando que las lágrimas caigan al fin por mis mejillas—. Te amo tanto que no podría vivir en un mundo en

el que no existieras. Juro que, si hoy no hubiese llegado a tiempo y ese cabrón te hubiese lastimado, lo habría matado con mis propias manos.

Me alejo unos centímetros para mirar su rostro. Reese pestañea rápido, como si estuviese intentando asimilar todo lo que acabo de decir. Resopla con fuerza y retrocede para intentar alejarse de mí. Mi primera reacción es agarrarla más fuerte, pero tras unos segundos, la libero y dejo que se aparte un poco.

—Estás equivocado. No puedes quererme —dice tras unos segundos en silencio.

—¿Crees que estoy tan podrido que no soy capaz de querer? —pregunto con voz ronca.

Reese me mira a los ojos frunciendo el ceño.

—Yo no he dicho eso. —Se aparta el pelo con un golpe de cabeza y se pinza el puente de la nariz—. ¿Por qué yo?

—No tengo una respuesta a esa pregunta. Solo puedo decirte que nunca me dejaste otra opción. En el instante en el que te encontré en el bosque hace seis meses, supe que habías llegado a cambiarlo todo.

—Yo no… —Traga saliva con fuerza y niega con la cabeza—. Wade, no hay un futuro en el que tú y yo estemos juntos. Lo sabes, ¿verdad?

—Dijiste que tenías sentimientos por mí.

—Sí, y me reafirmo, pero también te dije que no pretendo hacer nada al respecto.

Inspiro hondo por la nariz y estrecho mi mirada sobre ella. Si cree que puede huir de esto, está muy equivocada. No permitiré que se aleje de mí.

—Pues yo sí. Te reto a que intentes impedírmelo.

Capítulo 90

Reese

—Estás loco —susurro, negando con la cabeza.

El muy cabrón se atreve a sonreír y rodea mi cintura con el brazo. Intento empujarlo, pero no me lo permite.

—Ambos sabemos que es cierto, pero obviémoslo durante un segundo. ¿Por qué crees que lo estoy?

—Porque… Porque… —Sigo empujándolo por el pecho—. ¿Puedes darme un poco de espacio?

—No. Responde a mi pregunta.

Lo miro con furia, aunque no parece afectarle.

—No puedes pretender que tú y yo… ¿Qué es lo que quieres exactamente?

—Todo.

—Sé más específico.

Aparta mi cabello con una mano y pega su nariz a mi cuello. Inspira profundo y después su aliento baña mi piel, provocando que mi corazón se acelere.

—Quiero despertarme cada mañana con tu aroma a lirios en mis sábanas. Quiero escuchar esos gemidos que salen de tu boca cuando te toco, quiero que grites mi nombre cada vez que te follo en cualquier lugar, a cualquier hora. Quiero que me sigas desafiando, que te resistas a mí, que no me permitas doblegarte. Lo quiero todo, Reese. Durante el resto de mi vida.

Se me corta el aliento y mi cuerpo me traiciona. Estoy temblando, no sé si por los nervios, porque acabo de entrar en *shock* o simplemente por su cercanía.

—Es una locura —atino a decir con voz temblorosa.

Wade se aparta un poco y busca mi mirada.

—Eso ya lo has dicho. Ahora explícame el motivo que te ha llevado a sacar esa conclusión.

—Jamás funcionaría. Somos incompatibles. Además, tú tienes unas necesidades que no creo estar preparada para cubrir.

—¿Te refieres a las cacerías? —Asiento y él afloja el agarre en mi cintura, aunque no me suelta del todo—. Reese, no lo has entendido, ¿verdad? No necesito nada de esto, solo a ti.

Arqueo una ceja de manera interrogante.

—¿Me estás diciendo que hoy no has disfrutado de la partida de caza? ¿A cuántas chicas has perseguido por el bosque?

—Solo a ti. —Frunzo el ceño y Wade resopla—. No me crees, ¿verdad?

—No.

Al fin me suelta y retrocede un par de pasos.

—Porque no confías en mí —susurra.

—No te lo tomes como algo personal, yo no confío en nadie. Por eso mismo soy incapaz de mantener una relación. No es lo que quiero para mí.

Da un par de vueltas mientras cabecea de un lado a otro. Yo me quito la chaqueta y la dejo sobre la mesa antes de volver a encararlo.

—Puedo hacer que cambies de idea. Solo necesito tiempo. Te demostraré que puedes confiar en mí.

—¿Cómo? ¿Vas a volver a drogarme? ¿Vas a atacarme en el bosque, marcarme como una pieza de ganado y encerrarme a la fuerza contigo en una cabaña? La confianza no funciona así, Wade. —Respiro hondo, y al mirarlo a los ojos soy consciente del daño que

le estoy haciendo con mis palabras, pero debo ser sincera con él y conmigo misma—. Mejor olvidemos todo esto. Cuando encuentre a Rose, volveré a Los Ángeles y con el tiempo se nos pasará.

—No —gruñe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ya me has escuchado. —Antes de que pueda ser consciente de su próximo movimiento, ya lo tengo encima, sujetándome por la nuca—. Si tengo que volver a drogarte, marcarte y encerrarte conmigo lo haré una y mil veces, pero no voy a permitir que huyas de mí —dice justo antes de besarme.

Wade

«¿Acaso has podido verlas? ¡No existen! Es como si les salieran alas, pues se van volando como las águilas». «Proverbios 23:5».

La resistencia de Reese dura apenas el segundo que tardo en hundir mi lengua en su boca. La aprieto con más fuerza contra mi cuerpo y disfruto de su sabor, de la forma en la que sus curvas se adaptan a las mías, como si fuésemos dos piezas de puzle que encajan a la perfección. Agarro un puñado de su pelo y tiro de él hacia atrás para obligarla a mirarme.

—Nunca más vas a volver a decir que quieres alejarte de mí.

—Wade… —susurra sin aliento—. No puedes obligarme.

—Pero puedo hacer que te enganches tanto a lo que te doy que jamás quieras abandonarme.

Esboza una sonrisa arrogante que me desarma por completo. ¿Cómo se supone que voy a dejar que se vaya si me sonríe así? No lo haré, nunca.

—El sexo no es amor.

—Cierto, pero por algo se empieza. —Lamo sus labios, tirando más de su cabello, y la escucho gemir, puede que de dolor, pero no

tardará en hacerlo de placer.

Con un movimiento rápido, la hago girar sobre sí misma y tiro del borde de su camiseta para quitársela. Después me deshago de las botas, el pantalón y su ropa interior antes de empujarla hacia delante, hasta que está inclinada sobre la mesa. Deslizo la palma de mi mano por el centro de su espalda hasta llegar a su trasero, que no tardo en azotar.

—¡Wade! —grita, y cuando intenta enderezarse, la empujo de nuevo contra la mesa.

—Esto es por decir que somos incompatibles. Nunca volverás a hacerlo. —Amaso su nalga con dureza mientras separo sus piernas con la rodilla.

—No te atrevas a azotarme otra… —Antes de que pueda terminar la frase, mi mano impacta contra su otra nalga—. ¡Hijo de puta! —Se revuelve mientras sigo sujetándola para que no se levante.

Pego mi endurecida entrepierna a su trasero y masajeo sus hombros despacio. Me inclino sobre ella y clavo mis dientes en su hombro con suavidad.

—No blasfemes y deja de fingir que no te gusta, Flor. —Aparto su pelo con una mano mientras dirijo la otra a su sexo por detrás—. Estás chorreando por mí. Te encanta que te azote, que te castigue por ser una chica mala.

—Idiota —sisea.

Sonrío y vuelvo a clavar los dientes en su hombro, esta vez con un poco más de fuerza mientras deslizo los dedos entre sus pliegues empapados. Su respiración se acelera y noto como todo su cuerpo se tensa cuando rodeo su clítoris con el dedo índice.

—Gime, lo estás deseando. No te contengas.

—Tampoco eres tan bueno —replica.

Detengo el movimiento de mi mano y tiro de su pelo otra vez.

—No tienes ni idea de lo mucho que me excita que te sigas resistiendo —murmuro antes de soltar su pelo, retroceder unos centímetros y clavar una rodilla en el suelo.

Separo más sus piernas, la sujeto con firmeza por las caderas y hundo la boca en su sexo. Su sabor estalla en mi paladar como si acabara de morder una fresa madura, dulce y ácida al mismo tiempo. Tan sabrosa que podría olvidarme de respirar solo para seguir chupando, lamiendo y mordisqueando su carne palpitante.

Tal como esperaba, Reese no tarda en gemir mientras su espalda se arquea con cada pasada de mi lengua. Uso los dedos para masturbarla mientras introduzco la punta de la lengua en su cavidad y cuando noto que está a punto de correrse, me detengo, saco los dedos y deslizo la lengua por todo su centro de delante hacia atrás hasta llegar a su trasero.

Hundo el pulgar en su sexo y sigo lamiendo su entrada trasera con ganas, hasta que noto como se mueve de delante hacia atrás buscando rozarse contra mi boca. Sonrío de oreja a oreja poniéndome en pie. Me desabrocho el pantalón, lo bajo un poco junto al bóxer y saco mi polla dura como una jodida piedra. Reese intenta girarse, pero vuelvo a empujarla de vuelta a la mesa. La observo mientras me acaricio despacio.

—¿Vas a follarme de una maldita vez? —sisea tras unos segundos.

—Mi Flor de boca sucia —murmuro, acercando la punta a su entrada.

Tiro de una de sus piernas y la coloco en el borde de la mesa antes de introducirme en su interior solo unos centímetros, y vuelvo a salir.

—¡Wade! —exclama. Puedo notar su ansiedad por la forma en la que su espalda se tensa.

Vuelvo a meterme en su interior lentamente, pero esta vez no retrocedo. La sujeto por la cintura y me clavo hasta el fondo con un fuerte empellón. Se me escapa todo el aire de los pulmones y Reese suelta un grito ronco que reverbera contra las paredes de madera. Me inclino hacia delante, rodeo su cuello con un brazo y tiro de ella hacia atrás para morder su cuello mientras me empujo de delante hacia atrás una y otra vez, con cada embestida ejerzo más fuerza.

—¿Estás dispuesta a renunciar a esto, Flor? —susurro en su oído de manera entrecortada por el esfuerzo.

Reese no responde, solo gime y se aferra a mi antebrazo, clava las uñas en mi piel. Sigo follándola duro durante un buen rato, hasta que noto como está a punto de correrse de nuevo. Entonces me detengo y salgo de su interior.

—¡¿Qué…?! —Gira la cabeza para mirarme. Tiene el pelo enmarañado y una capa fina de sudor cubre su frente—. ¿Por qué paras?

Retrocedo un par de pasos y me cruzo de brazos.

—Porque no has dicho que te quedarás conmigo. Solo podrás correrte cuando lo hagas.

Pestañea un par de veces y se gira por completo para enfrentarme. Desliza la mirada hasta mi polla, dura y húmeda por sus fluidos.

—¿En serio? ¿Crees que puedes chantajearme con sexo? —Me encojo de hombros y ella alza la barbilla de manera desafiante. Cierra el paso que nos separa y coloca las manos en la parte baja de mi cintura. Incluso por encima de la sudadera puedo notar el calor de su piel, pero me mantengo impasible e inmóvil—. Estás jugando a algo muy peligroso, Sutton. Es un juego que puede convertirse en un arma de doble filo.

Sus palabras cobran sentido cuando noto como rodea mi polla con la mano y la acaricia con lentitud. Trago saliva con fuerza y reúno toda mi fuerza de voluntad para no ceder a mis deseos. Quiero volver a tumbarla sobre la mesa y follarla hasta que ambos perdamos el sentido.

—Me gusta el peligro —susurro contra sus labios.

No veo venir el empujón que me da, retrocedo por puro instinto, y antes de que pueda recuperarme me empuja de nuevo. Coloca las manos sobre mis hombros y me obliga a caminar de espaldas hasta que la parte posterior de mis rodillas chocan contra lo que no tardo en descubrir que es el borde de la cama. Reese tira de mi sudadera

hacia arriba y, aunque podría impedirle que me la quite, me agacho para ayudarla a hacerlo. No sé qué es lo que pretende con todo esto, pero quiero averiguarlo.

Cuando termina con la sudadera, se agacha justo delante de mí y por un momento siento la tentación de mantenerla ahí, arrodillada, y clavarme hasta el fondo de su garganta, pero sus planes parecen ser otros porque tras quitarme las botas y bajar mi pantalón junto con el bóxer, se pone de pie y vuelve a empujarme por los hombros. Caigo de espaldas sobre el colchón y al instante siguiente Reese está encima de mí a horcajadas. Mueve las caderas y mi polla queda encajada entre la unión de sus muslos. La sujeto por la cintura, sin embargo, ella enseguida me aparta las manos y me obliga a colocarlas sobre mi cabeza.

—Estás volviendo a ser una chica mala —siseo con la mandíbula apretada cuando se roza de nuevo contra mi miembro.

—Si te portas bien, puede que después deje que me castigues por ello —dice antes de morder mi labio inferior—. Las manos quietas. ¿Puedes hacer eso por mí? —Asiento con la respiración alterada.

Reese se echa hacia atrás un segundo, agarra mi polla y la sostiene mientras se va sentando sobre ella con lentitud. Contengo el aliento hasta que estoy profundamente enterrado en su interior. Quiero moverme, quiero agarrarla y empujar, pero no lo hago. Dejo que sea ella quien se mueva, primero lento, de delante hacia atrás, después más rápido, dando pequeños saltos mientras desliza las uñas por mis pectorales.

Agarro la colcha entre mis puños cerrados y aprieto los dientes sin poder dejar de mirarla. Con los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia atrás, la espalda arqueada, los labios entreabiertos y su cabello castaño cayendo en cascada sobre sus hombros, es lo más parecido que visto he nunca a una imagen celestial.

Muevo mis manos, las deslizo por sus muslos, después agarro su cintura y sigo ascendiendo por su cuerpo hasta alcanzar su rostro. Reese abre los ojos y me dedica una sonrisa ladeada y sensual que me lleva al borde del orgasmo.

—Eres un ángel. Mi salvación —farfullo, acariciando sus labios con la punta de los dedos.

Su sonrisa se expande, y sin dejar de moverse encima de mí, saca la lengua y lame mis dedos. Enseguida los introduzco en su boca y soy incapaz de contenerme por más tiempo. Me enderezo un poco, rodeo su cintura con el brazo y empujo con las caderas lo más fuerte que soy capaz. Una vez, dos, tres, y antes de llegar a la cuarta Reese grita mi nombre y se corre. Su orgasmo desencadena el mío. Saco los dedos de su boca y la beso mientras derramo en su interior hasta la última gota.

Capítulo 91

Reese

Tardo varios minutos en recuperar el aliento. «Lo quiero todo, Reese. Durante el resto de mi vida». Sacudo la cabeza de un lado a otro e intento enderezarme, pero Wade aún me tiene sujeta por la cintura. Ahora mismo no puedo ni quiero pensar en su confesión. Prefiero fingir que nada ha cambiado entre nosotros. Solo es sexo, increíblemente placentero y arrebatador, pero sexo sin sentimientos, al menos por su parte.

Aparto sus manos de mi cintura y me muevo un poco para salir de encima suya, pero entonces noto como su miembro semiendurecido sale de mi interior, mojando la parte interna de mis muslos.

—¿Qué has hecho? —inquiero con los ojos muy abiertos.

Wade frunce el ceño y se encoge de hombros.

—¿A qué te refieres?

Me levanto de un salto y reboto contra el colchón.

—¡Te has corrido dentro, joder!

—Lo sé. Ha sido increíble —murmura, esbozando una sonrisa ladeada.

Golpeo su hombro con el puño y resoplo antes de salir de la cama.

—¿Te has vuelto loco? No tomo anticonceptivos.

Se endereza un poco, apoyándose en los codos, y arquea una ceja en mi dirección. ¡Soy una imbécil! No es la primera vez que tenemos sexo sin protección, pero hasta hoy, al menos, se corría fuera.

—Reese, se supone que has leído el contrato.

—¿Contrato? ¡¿Qué mierda importa eso ahora?! ¿Has escuchado lo que he dicho? No tomo anticonceptivos.

Exhala despacio y, aunque no aparenta estar cabreado, una tormenta de furia se asoma en su mirada.

—Por supuesto que los tomas. ¿Qué crees que te han inyectado esta misma tarde cuando llegaste?

Me detengo a pensarlo un segundo y sus palabras empiezan a cobrar sentido.

—Es un anticonceptivo —digo con un suspiro de alivio.

—Sí, lo es. Todos los participantes en las cacerías, sean presas o cazadores, deben someterse a un análisis de sangre para descartar enfermedades de transmisión sexual y, además, a las presas se les administra un anticonceptivo inyectable de seis meses de duración. ¿Cómo es que no sabes eso? Lo dice en el contrato.

Hago una mueca con los labios y me encojo de hombros.

—Lo leí, pero solo las partes importantes.

Con un gruñido, se estira y tira de mí para arrastrarme de nuevo a la cama. Caigo sobre él y rodea mi cintura con el brazo.

—Has vuelto a meterte en un juego sin conocer las normas —sisea entre dientes—. ¿Qué voy a hacer contigo, Reese? Si sigues poniéndote en peligro, acabarás matándome de un jodido infarto.

Ignoro deliberadamente su comentario e intento alejarme de él, pero me sujeta con más fuerza contra su cuerpo.

—¿No es más sencillo usar preservativos?

—Es poco práctico y pueden romperse —contesta tras unos segundos en silencio.

Desnudos sobre la cama, con la cabeza apoyada en su pecho y nuestras piernas entrelazadas, noto como Wade acaricia mi brazo con la punta de los dedos y me tenso.

—¿Ahora nos acurrucamos? —suelto sin pensar.

Exhala profundo y deposita un beso fugaz en lo alto de mi cabeza antes de responder.

—Eso parece.

Estar así con él, abrazados después del sexo, es extraño, aunque, lamentablemente, también resulta agradable. «Lo quiero todo, Reese. Durante el resto de mi vida». Alzo la cabeza de golpe y busco su mirada.

—Sabes que esto no cambia nada, ¿verdad? Sigo pensando que somos incompa… —Me tapa la boca con la mano y me lanza una mirada de advertencia.

—Termina esa frase y no podrás sentarte durante un mes —sisea entre dientes. Pongo los ojos en blanco, y tras resoplar, aparta la mano y sujeta mi barbilla con suavidad—. No quiero discutir ni pelear contigo. Por una vez, ¿podemos relajarnos y disfrutar de un momento de paz?

—Sí, podemos —susurro, asintiendo con la cabeza.

—Bien. —Acerca más su rostro y acaricia mi nariz con la suya.

Me aparto de inmediato y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¡¿Qué demonios ha sido eso?! —exclamo.

—¿El qué?

—Lo que acabas de hacer con la nariz. Es… Es demasiado íntimo y personal. No vuelvas a hacerlo.

Me sorprende al soltar una carcajada profunda.

—¿En serio? Hace solo un momento te estaba metiendo la lengua en el culo, Reese. ¿Cómo es posible que un pequeño roce con la nariz te parezca más íntimo y personal que eso?

—Porque lo es.

Se le corta la risa y estrecha su mirada sobre mí.

—¿A qué le tienes tanto miedo? ¿Es por mí o por lo que te hizo ese cabrón de Nick?

—¿Qué demonios tiene que ver Nick con esto?

—No blasfemes —me advierte, pellizcando el hueco de mi cadera —. Nick te hizo daño, te traicionó y ahora no eres capaz de confiar en nadie. Eso puedo entenderlo, pero ¿de verdad vas a darle el poder de dictar tu vida? Solo tú deberías decidir si quieres o no tener una relación.

—Es curioso que digas eso, ya que hace solo un rato estabas insinuando que no tengo ningún poder de decisión en lo que se refiere a tener una relación contigo.

Nos quedamos mirándonos a los ojos fijamente durante unos segundos hasta que él aparta la vista. Sonrío. Puede que esté perdiendo la guerra, pero al menos he ganado esta pequeña batalla.

—Yo jamás te traicionaría —susurra tras un buen rato en silencio.

—No hagas eso, Wade. —Arquea una ceja, interrogante—. Deja de comportarte como un tipo tierno y cariñoso. Ambos sabemos que no eres así.

—¿Estás diciendo que prefieres que te trate mal?

—Sí. Digo… No. Yo solo… —Resoplo y sacudo la cabeza de un lado a otro—. ¿Podemos actuar como siempre?

—Según tú, ¿cómo actuamos siempre?

—Yo te grito y tú te comportas como si no tuvieses sangre en las venas.

Una sonrisa se asoma en su comisura y desliza la mano por la parte baja de mi espalda.

—Voy a contarte un secreto.

—Y ahí vamos de nuevo —mascullo, poniendo los ojos en blanco.

Wade vuelve a pellizcar mi cintura a modo de advertencia.

—¿Sabes por qué parece que no tengo sangre en las venas? — Inspiro hondo por la nariz y arqueo una ceja de manera interrogante

—. Porque cada vez que estás cerca, toda la sangre de mi cuerpo se concentra ahí abajo.

—¿En los pies? —pregunto en tono burlón.

—No eres graciosa.

—Sí que lo soy, pero un rancio como tú no sabe apreciarlo —replico.

—Un poco más arriba. —Tira de mí para pegarme más a su cuerpo, haciendo que su erección roce mi muslo.

Miro hacia abajo y ladeo la cabeza a un lado y después al otro.

—¿Toda la sangre está ahí?

—Toda.

Me muerdo el labio inferior mientras estiro la mano para agarrar su miembro erecto. Noto como Wade se tensa en cuanto lo aprieto un poco. Al menos ahora ya no estamos hablando de sentimientos. El sexo es un lugar seguro entre nosotros.

—Creo que no termino de verlo bien. Voy a tener que inspeccionar la zona más de cerca. —Repto por su cuerpo hacia abajo. Él entreabre las piernas para dejarme espacio. Me arrodillo sobre el colchón y coloco las manos en sus muslos—. Sí, es posible que tengas razón. Puedo ayudarte con ese problemita.

—¿En serio? —Alzo la vista a su rostro y le dedico una sonrisa provocativa mientras me levanto de la cama.

—Ven aquí —Cojo su mano y no opone resistencia cuando tiro de él y lo insto a sentarse en el borde del colchón—. Todo sea por intentar que dejes de ser tan avinagrado.

Wade me observa con gesto serio y hasta podría decir que con nerviosismo. Me arrodillo entre sus piernas abiertas y me echo el pelo hacia atrás antes de agarrar de nuevo su polla, que apunta hacia mi rostro, gruesa, larga y algo arqueada hacia arriba. Cuando estoy a punto de bajar la cabeza, me detiene.

—No tienes por qué hacerlo, Reese. —Vuelvo a mirarlo confusa. ¿Desde cuándo un hombre rechaza una mamada? Si se atreve a hablar de nuevo de sentimientos y toda esa mierda, le morderé las

pelotas. Exhala con fuerza y estira el brazo para sujetar mi barbilla —. Las dos únicas veces que he estado en tu boca no fueron experiencias agradables para ti. No quiero que te sientas obligada a hacer algo que no te apetece.

Arqueo una ceja y se me escapa una sonrisa. Es cierto que nunca lo he hecho por mi propia voluntad, pero ni siquiera había pensado en ello.

—Entonces, te alegrará saber que voy a chuparte la polla porque quiero hacerlo. ¿Algo que objetar?

Veo como contiene el aliento y niega con la cabeza. Su miembro se hincha más en mi mano y bajo la cabeza lentamente y sin dejar de mirarlo a los ojos. Deslizo la lengua por su tronco, desde la base hasta la punta, y le doy un pequeño mordisco. Wade sisea y las venas de su cuello se hinchan de manera visible. Vuelvo a sonreír y, sujetándola por la base, me la meto en la boca lo más profundo que soy capaz.

—¡Dios santo, Reese! —exclama, arqueando la espalda.

Levanto la cabeza con la velocidad de un látigo y busco su mirada.

—¿Acabas de blasfemar?

—Sí —contesta de manera entrecortada—. Ya cumpliré mi penitencia más tarde. No te detengas.

Esbozo una sonrisa ladeada y niego con la cabeza.

—Descuida, yo misma haré que te arrepientas de tus pecados. Cuando acabe contigo, estarás rezándome de rodillas.

Me sujeta por el pelo con rudeza y clava su mirada en la mía.

—La única que está de rodillas aquí eres tú. Deja la puta fanfarronería y usa esa boca sucia de niña malcriada hasta que no quede ni una sola gota de semen en mis pelotas.

Capítulo 92

Wade

«Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo; cuando cruces los ríos, no te cubrirán sus aguas; cuando camines por el fuego, no te quemarás ni te abrasarán las llamas». «Isaías 43:2».

Un pequeño ronquido sale de la boca entreabierta de Reese y se me escapa una sonrisa. Hace ya un buen rato que se quedó dormida. Estaba exhausta tras nuestra última ronda de sexo en la ducha. Yo también me siento agotado, pero cada vez que cierro los ojos e intento descansar siento que estoy malgastando un valioso tiempo a su lado, aunque sea solo viéndola roncar.

Hundo la nariz en su pelo e inspiro con fuerza. Ya casi ha anochecido y sé que tengo que tomar una decisión. Todos mis instintos de protección me gritan que la saque de este lugar, que la ponga a salvo, sin embargo, sé que no lograré hacerlo sin cruzar otra línea roja. Reese no es de las que se rinden, presentará batalla y es posible que termine haciendo algo que va a alejarla de mí.

«¿Vas a volver a drogarme? ¿Vas a atacarme en el bosque, marcarme como una pieza de ganado y encerrarme a la fuerza contigo en una cabaña? La confianza no funciona así, Wade». Repito sus palabras en mi mente una y otra vez. Ya he intentado lo de usar la fuerza, tal vez deba cambiar mi estrategia.

Reese suelta un nuevo ronquido, profundo y rápido, como el ladrido de un perro, y se reacomoda sobre mi pecho con un suspiro.

Me encantaría quedarme aquí, en esta cama con ella el resto de nuestras vidas, pero el tiempo sigue pasando y debo ponerme en marcha. Tal vez esté siendo egoísta. Debería importarme más no saber el paradero ni el estado de su mejor amiga, pero la verdad es que el único motivo por el que quiero encontrarla es porque tengo la certeza de que, si Rose no aparece, jamás podré tener a Reese, no del todo. Necesito dar con esa chica y después la convenceré de que su lugar está a mi lado.

Con una exhalación profunda, empujo un poco el cuerpo desnudo de Reese. Rueda sobre el colchón y ni siquiera se despierta cuando salgo de la cama. Me visto con la ropa que llevaba ayer y me desplazo a la zona de la cocina. Mientras preparo un par de sándwiches sigo pensando en qué es lo que voy a hacer cuando Reese despierte. Si la obligo a marcharse, perderé todo lo que he ganado en las últimas horas, pero si se queda… Bufo con fuerza y me pinzo el puente de la nariz. ¡Es peligroso! ¿Cómo puedo convencerla de que no salga ahí fuera y me deje a mí solucionar esta situación? No puedo. Está claro que no lograré que entre en razón.

Dejo los platos con la comida sobre la mesa y regreso a la zona donde se encuentra Reese aún durmiendo boca abajo, con la cabeza ladeada y su pelo cubriéndole parcialmente el rostro. Me siento en el borde del colchón y deslizo la palma de la mano por su espalda.

—Despierta, Flor —susurro. Se remueve un poco, suspira y sigue durmiendo—. Reese, tienes que levantarte ya —insisto.

—¡Dios santo, Wade! Déjame dormir —refunfuña y se tapa la cabeza con la almohada. Frunzo el ceño y le doy un azote en el trasero. De una forma u otra voy a lograr que deje de blasfemar, al menos en mi presencia—. ¡Oye! —exclama, alzando la cabeza de golpe y fulminándome con la mirada.

—No me mires así, te lo has ganado. —Amaso su nalga con suavidad en el sitio justo donde acabo de golpearla—. Ahora levanta ese precioso culo y ven a comer algo. Nos hemos saltado el desayuno y el almuerzo.

—Paso, quiero seguir durmiendo. —Intenta cubrirse de nuevo con la almohada, pero se la quito y la lanzo al suelo. Reese resopla con fuerza—. No vas a dejarme, ¿verdad?

—No, levántate. Ya ha anochecido y tenemos que hablar de cómo actuaremos en la partida de caza.

Logro llamar su atención. Se endereza de golpe y pestañea rápido, como si estuviese intentando espabilar.

—¿Has dicho «actuaremos»? Aún sigo medio dormida, pero juraría que has hablado en plural.

Inspiro hondo por la nariz y asiento.

—Si no puedes con el enemigo, únete a él. Así es como funciona, ¿no?

—¿Yo soy el enemigo? —pregunta, esbozando media sonrisa picaresca.

—Tú eres un grano en mi trasero, pero te quiero y mi prioridad es mantenerte a salvo.

—Deja de decir eso —masculla, apartando la mirada.

—No. Acostúmbrate y ponte en pie de una vez. Tenemos trabajo que hacer.

Mientras devoramos la comida, comentamos cuál será nuestro plan para esta noche. La idea es minimizar los riesgos. No quiero que Reese se exponga más de lo estrictamente necesario.

—Entonces, ¿puedes rastrear a los tres sospechosos? —pregunta mientras se abrocha la chaqueta.

—Sí, los conozco bien. Niarchos suele alejarse bastante de la zona privada de los cazadores. Dushku y Dimitrescu son más holgazanes, les gustan las presas fáciles. Actúan casi siempre en los alrededores del arroyo.

—Ahí fue dónde violaron a la chica rubia. ¿Crees que pudo haber sido alguno de ellos?

—Es posible, aunque no descarto a Niarchos. Como miembro de la familia real griega, tiene el suficiente poder como para montar

toda una trama de trata de blancas sin ser atrapado.

—Quiero encontrar a ese hijo de puta y que pague por lo que ha estado haciendo —sisea entre dientes.

Me acerco a ella y la ayudo a colocarse la capucha, cierro la cremallera de su chaqueta hasta el cuello y busco su mirada.

—Reese, recuerda que no debes exponerte demasiado. Yo estaré vigilándote en todo momento. Solo queremos saber quién es el secuestrador. No vamos a enfrentarnos a él. En cuanto tengamos un nombre, nos vamos de aquí y buscamos la mejor forma de actuar, ¿entendido?

—Lo intentaré. —Exhala profundo y asiente con la cabeza.

La sujeto con fuerza por la barbilla y la obligo a mirarme.

—Eso no me sirve. Prométeme que no harás ninguna locura.

—Wade…

—Promételo —ordeno.

—Está bien, lo prometo. Solo localizarlo, después llegas tú y dejamos que se vaya. Todo claro.

Inspiro hondo por la nariz y deposito un beso rápido en sus labios.

—Intenta no matarme de un infarto, ¿quieres?

Sonríe de medio lado mientras le subo la máscara facial hasta la parte alta de la nariz, después la cojo de la mano y me coloco mi propia máscara antes de llevarla hacia la puerta. Esperamos unos segundos, y tras escuchar el sonido de la cerradura al desbloquearse, tiro de la manilla y exhalo profundo. Que Dios nos proteja a nosotros y a cualquier hijo de puta que no cumpla las normas porque tengo muy claro que mataré a cualquiera que la toque.

Reese

Sigo a Wade a través de la oscuridad del bosque. Parece un perro de caza siguiendo el rastro de su presa. Se fija en cada huella que

hay en la tierra, en las ramas rotas que cuelgan de los árboles, en cada pequeño detalle que pasarían desapercibidos para cualquier persona él ve una pista a seguir.

Nos mantenemos en los alrededores del arroyo durante varias horas hasta que Wade detecta a un cazador cerca. Casi tengo que suplicarle que se aleje un poco, y cuando al fin logro que me haga caso, sé que me está vigilando de cerca. Es extraño porque hoy no siento esa sensación de terror que me acompañó durante la semana entera que pasé aquí hace seis meses. Incluso anoche me notaba más nerviosa e insegura, pero al sentirlo cerca, ese miedo ha desaparecido.

Estoy loca, lo sé. Al fin y al cabo, él también es uno de ellos, pero estoy completamente convencida de que no volvería a hacerme daño. ¿Tiene algún sentido?

Me paseo por la orilla del arroyo intentando mantener la calma. Enseguida escucho unas pisadas muy cerca de mí, pero no huyo, solo actúo como si no me hubiese dado cuenta de que alguien me está acechando. Las pisadas se acercan aún más, y tras respirar hondo, me giro y lo veo a pocos metros de distancia, es un enmascarado.

—Ni se te ocurra moverte —susurra.

Alzo la barbilla y le lanzo una mirada desafiante. Necesito hacerlo hablar más para saber si es la persona que estamos buscando.

—Soy muy veloz y sé esconderme bien.

—Cuando acabe contigo no podrás ni moverte, *Bella.*

¿Bella? ¿Italiano? ¡Maldita sea, no es él!

—No es de ti de quien me escondo —digo lo bastante alto como para que Wade pueda escucharme.

Se acerca más y enseguida escucho como alguien corre hacia nosotros. Aparece de la nada y se interpone en el camino del enmascarado.

—Es mía —afirma.

—¿Cómo dices?

—He estado rastreándola durante horas. Me pertenece.

El tipo parece dudar, echa un vistazo en mi dirección, pero Wade da un paso hacia él de manera amenazante y no le queda más remedio que retroceder.

—Bien. Que tengas una buena partida de caza —dice antes de dar media vuelta y marcharse.

En cuanto nos quedamos solos, Wade se acerca a mí y se levanta la máscara.

—¿Es él?

—No, su acento es italiano.

—Puede ser Marco Berruti, un empresario de Milán. Esto no me gusta, Reese. Te expones demasiado.

—¿Qué dices? No se ha acercado a menos de dos metros de mí.

—Porque no quiso. Estaba muy ocupado desnudándote con la mirada. A saber todas las cosas que imaginaba hacerte. —Resopla con fuerza y niega con la cabeza—. Ha sido mala idea traerte aquí. Volvamos.

Intenta cogerme de la mano, pero me aparto de forma brusca.

—No voy a ir a ningún lado. Sigamos con el plan. Aún faltan varias horas para que amanezca.

A regañadientes, logro que se marche y durante el resto de la noche pasan tres enmascarados más por el lugar donde me encuentro, pero ninguno de ellos es el que buscamos. Wade me hace prometerle que esperaremos una hora más antes de irnos, y cuando está a punto de cumplirse, empiezo a pensar que esta noche no lograremos dar con ese hijo de puta.

Escucho como alguien se acerca y pongo los ojos en blanco. Estoy segura de que es Wade.

—Aún faltan diez minutos. ¿No te has podido esperar? —pregunto sin girarme para mirarlo.

—Los diez minutos más placenteros de tu vida —escucho que dice alguien a mi espalda.

Me quedo muy quieta y cierro los ojos. Su acento es similar al de… ¡Mierda! ¿Es él? Me giro despacio y lo observo en silencio. Por su altura y corpulencia podría tratarse del secuestrador, pero no estoy segura. Además, las voces de los dos sospechosos son similares. Las he escuchado mil veces y sigo sin poder reconocer la correcta.

Tomo una respiración profunda y trato de mantener mi tono de voz tranquilo y neutro.

—Todos dicen lo mismo, pero solo unos pocos logran cubrir mis expectativas —digo, sin apartar la mirada de la suya.

Noto como sonríe bajo la máscara y empieza a caminar hacia mí. Retrocedo un par de pasos, pero entonces me fijo en su forma de andar. Cojea un poco de la pierna derecha. La imagen del tipo que violó a la chica acude a mi mente de forma nítida. Él también cojeaba. ¿Cómo pudo pasárseme ese detalle? ¡Es él! ¡Joder, es él, estoy segura! Mi corazón se acelera mientras intento retroceder de espaldas.

—No vas a escapar de mí, encanto. Te perseguiré hasta el fin del mundo.

Encanto. Así fue como llamó a la chica rubia, a ella también le dijo esas mismas palabras.

—¡No es de ti de quien huyo! —exclamo, casi grito. Necesito que Wade aparezca ahora mismo. Hemos encontrado al hijo de puta que se llevó a Rose.

Capítulo 93

Wade

«Guíame, pues eres mi roca y mi fortaleza, dirígeme por amor a tu nombre». «Salmo 31:3».

«No es de ti de quien huyo». La afirmación de Reese es mi señal para interceder. Bajo de un salto del árbol en el que he estado escondido durante la última hora y corro hacia ella lo más rápido que soy capaz.

De pronto, escucho una especie de grito o jadeo ahogado y mi corazón se salta un latido. Corro aún más rápido. Al llegar a la orilla del arroyo veo como el cazador tiene a Reese sujeta por la cintura. Ella lo empuja e intenta quitárselo de encima, pero no puede. Me acerco en un par de zancadas y lo agarro por la parte posterior de la chaqueta. Con un tirón contundente, logro hacerlo trastrabillar y apartarlo de Reese.

—¡Es mía! —vocifero, empujándolo.

—¡¿Qué demonios haces?!

—Ella es mía.

—¿Tuya? ¿Desde cuándo las presas son propiedad de un solo cazador? Están aquí para todos.

Lo reconozco enseguida. Es Jozef Dushku, uno de los tres sospechosos de la desaparición de las chicas.

—He pasado toda la noche rastreándola. Me pertenece.

Estoy seguro de que él también me ha reconocido, pero no retrocede.

—Va en contra de las reglas.

Doy un paso en su dirección y lo agarro por las solapas de la chaqueta de manera amenazante. Quiero lanzarlo al agua solo por haberse atrevido a tocar lo que me pertenece.

—Yo pongo las putas reglas, Dushku. Sal de mi vista antes de que te mate —siseo, pegando mi rostro cubierto por la máscara al suyo.

Tras unos segundos en los que parece dudar, echa un vistazo en dirección a Reese y alza ambas manos a modo de rendición.

—Está bien, me voy.

Lo empujo y me quedo mirándolo mientras se aleja. No me muevo ni un centímetro hasta que se adentra en la parte más oscura y frondosa y dejo de verlo.

—Wade —escucho el susurro de Reese, y me giro a toda prisa.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —pregunto, acercándome a ella.

Se baja la máscara facial y clava su mirada en la mía.

—Es él. Ese tipo es el que se llevó a la chica rubia.

—¿Estás segura? —Asiente repetidamente y exhalo con fuerza—. Dushku —siseo con rabia.

—No recordaba su cojera, pero cuando lo vi se me vino a la mente, y me dijo… —echa un vistazo por encima de mi hombro y abre mucho los ojos—. ¡Cuidado, Wade!

Intento girarme, pero antes de poder terminar de hacerlo siento como algo duro impacta contra mi sien. El dolor estalla en mi cabeza y baja por mi cuello como un latigazo. Pestañeo y por un instante todo se vuelve negro. Mis piernas ceden y caigo al suelo de rodillas.

—¿De verdad creíste que me había tragado el numerito? —escucho que dice alguien. Podría jurar que es la voz de Dushku.

Intento moverme, pero mi cuerpo no responde, y cada vez que hago el esfuerzo de alzar la cabeza solo logro hundirme aún más en

la tierra.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, joder! ¡Wade! ¡Wade! —los gritos de Reese penetran en mi entumecida mente y resuenan como una campana.

El muy hijo de puta la está lastimando y yo no puedo moverme. Ni siquiera soy capaz de verlos. Sigo escuchando sus gritos y más voces alrededor. Reúno toda la fuerza que me queda para hablar, pero apenas logro pronunciar un par de susurros.

—Reese… Reese…

Alguien me golpea en el costado, arrancándome todo el aire de los pulmones.

—¿Qué hacemos con él?

—Dejadlo ahí. No me apetece tener que cargar con su cadáver. Si sabe lo que le conviene, mantendrá la boca cerrada. —Siento que me tiran del pelo y me quitan la máscara. Abro los ojos, sin embargo, solo logro distinguir la silueta de un rostro entre la neblina que lo cubre todo—. Me llevo a la chica, Sutton. Espero que no te importe.

—No… Déjala —susurro.

—Lo siento, no puedo hacer eso. La chica sabe demasiado. —Tira más de mi pelo. Siento como si me estuviese separando el cuero cabelludo del cráneo—. Más te vale no irte de la lengua. Si lo haces, me aseguraré de que este jueguecito que te has montado en mitad de la nada desaparezca de un plumazo. ¿Entendido?

Quiero gritar, ponerme en pie y hundir mi puño en su rostro hasta verlo sangrar, pero por más que lo intento sigo sin poder moverme. Solo siento dolor en mi cabeza y en el centro del pecho, un dolor lacerante que me desgarra de dentro hacia fuera como unas garras afiladas.

«No te la lleves, por favor. No le hagas daño», repito en mi mente una y otra vez. Me suelta el pelo y mi rostro golpea la tierra seca. Sigo repitiéndome a mí mismo que Reese va a estar bien mientras hago mi mayor esfuerzo por recuperar el control de mi propio

cuerpo. Al fin, después de un tiempo que se me hace eterno, consigo recuperar parte de la visión y poco a poco empiezo a mover las extremidades. Me arrastro por sobre la tierra buscándola en los alrededores, pero no está. Se la han llevado.

Consigo girarme y respiro de manera violenta con la espalda pegada al suelo. Alzo la vista al cielo, que ya empieza a volverse más claro.

—Si existes, si estás ahí, Señor, dame la fuerza que necesito para salvarla. Haré todo lo que me pidas, mortificaré mi cuerpo, te entregaré mi alma, pero no me abandones ahora.

Reese

Uno de los encapuchados me empuja y casi tropiezo con una rama caída. Consigo enderezarme justo a tiempo, antes de recibir el siguiente empujón.

—¡Muévete! —ordena.

El otro encapuchado va delante de nosotros, junto al enmascarado. Dushku, así es como Wade lo llamó. Es el magnate del petróleo albanés, y teniendo en cuenta que los tres se comunican en un idioma que no soy capaz de entender, deduzco que los otros dos también son de ese país.

Calculo que tardamos cerca de una hora en atravesar el bosque. No hemos caminado demasiado rápido, supongo que debido a la cojera del tal Dushku. Con las manos atadas al frente y amordazada, busco a mi alrededor una ruta de escape. Wade no va a poder ayudarme. Solo espero que se encuentre bien. Los muy hijos de puta lo dejaron tirado, herido y medio inconsciente junto al arroyo.

Estoy aterrada, y no solo por no saber si Wade sigue vivo. Prefiero pensar que es así. Es fuerte, podrá recuperarse. Además, necesito concentrarme en mi propia supervivencia. Si no consigo huir es posible que termine muerta o algo mucho peor. Trato de mantener la calma y respirar hondo. Tiene que haber una manera de escapar.

Tras unos minutos más caminando, llegamos a la valla metálica que acota la zona donde se practican las cacerías. Hay una gran puerta. Intento ir hacia ella, pero el encapuchado que me está custodiando me sujeta con fuerza por el brazo.

—Si tocas la puerta te convertirás en barbacoa humana —dice en tono burlón.

El otro encapuchado suelta una carcajada, y para demostrar que lo que dice su compañero es cierto, lanza una piedra contra la estructura de metal. En cuanto la piedra toca la reja, salta una enorme chispa. Está electrificada.

—Dejaos de tonterías y apagadla. Quiero irme de aquí cuanto antes. No tardarán en llegar los vigilantes —vocifera Dushku.

Mientras uno de los encapuchados trastea en lo que parece ser una caja eléctrica, él se gira hacia mí y se quita la máscara. Es un hombre de unos cuarenta años, moreno y no muy agraciado.

—Suéltame —pido cuando se acerca más y el encapuchado que está detrás de mí me quita la mordaza.

Sonríe, dejando a la vista unos dientes mal alineados, y niega con la cabeza.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, encanto? Por tu culpa no voy a poder seguir participando en estas cacerías tan divertidas. Eso es un problema. —Acerca su mano a mi rostro, y aunque intento esquivarla, me sujeta con fuerza por la barbilla y me obliga a mirarlo —. Escuché lo que le decías a Sutton: «Es él, el que se llevó a la chica rubia». ¿Me viste hacerlo? —Aprieta más mi barbilla y asiento —. ¿Cuándo? ¿Qué es lo que sabes?

—Estaba allí cuando la violasteis y le disteis una paliza —escupo —. Sé lo que estás haciendo. Te llevas a las chicas. ¿Dónde las tienes? ¿Rose está viva?

—¿Rose? —Abre los ojos con sorpresa.

—¡Sí, maldito enfermo! ¡Rose! ¡¿Dónde la tienes?! —grito.

—Espera… ¿Te refieres a la pelirroja? Creo que se llamaba así. —Asiento—. Hace ya un año de eso. ¿De qué la conoces?

—¿Dónde está? ¿Sigue con vida?

—Por supuesto, pequeña. —Afloja el agarre en mi barbilla y me acaricia la mejilla con suavidad—. La última vez que la follé estaba muy viva. De eso hace tres o cuatro días.

Suspiro aliviada. Sabía que estaba viva, aunque no puedo ni imaginar el infierno por el que debe estar pasando. «El mismo que te espera a ti si no te largas ahora mismo», me recuerda una voz en mi cabeza.

El encapuchado que se había alejado regresa tras abrir la puerta y Dushku me suelta al fin. Hablan entre ellos y poco después veo como los faros de un coche se acercan por el sendero al otro lado de la valla. El otro encapuchado, que no se ha apartado de mí en ningún momento, vuelve a empujarme para que camine, pero me resisto. Si subo a ese vehículo estaré firmando mi sentencia de muerte.

—Camina —ordena, volviendo a empujarme.

Clavo mis pies en la tierra y niego con la cabeza.

—No —siseo entre dientes.

—¿No? —Los otros dos se dirigen al vehículo. Dushku se gira cuando está a punto de entrar y grita algo en su idioma. Supongo que le está preguntando al encapuchado por qué seguimos sin movernos—. El jefe se está poniendo nervioso, y eso no es bueno para tu salud. Avanza o te llevaré a rastras.

Me giro de golpe y le escupo en la cara antes de intentar salir corriendo, pero apenas he logrado dar un par de zancadas cuando me alcanza de nuevo. Me sujeta por detrás y noto como algo metálico y afilado roza mi cuello en la zona de la garganta.

Ahora sí que estoy jodida. Mis dos opciones son resistirme y morir degollada u obedecer y enfrentarme a lo que sea que me espera, que no será agradable. Lo más probable es que termine muerta de todos modos.

Capítulo 94

Wade

«Yo, en cambio, te ofreceré sacrificios y cánticos de gratitud. Cumpliré las promesas que te hice. ¡La salvación viene del Señor!». «Jonas 2:9»

No sé cómo he logrado seguir el rastro de Dushku, pero sí sé que no está solo. Hay cuatro tipos de huellas de pisadas distintas, una de ellas estoy seguro de que pertenecen a Reese y deduzco que otras son de Dushku. Supongo que las voces que escuché mientras estaba medio inconsciente eran de los dos vigilantes que Reese asegura haber visto cuando violaron y se llevaron a la chica hace seis meses.

Tropiezo con mis propios pies y me paro solo un segundo para coger aliento. Noto como el líquido caliente y espeso recorre parte de mi rostro y mi cuello. Tengo la ropa empapada por mi propia sangre, pero eso no va a detenerme. Me agacho para comprobar la trayectoria de las huellas. Hace bastante viento y no hay hojas secas cubriendo las pisadas, por lo tanto, es probable que no me lleven mucha distancia de ventaja.

Sigo avanzando lo más rápido que puedo. A veces me mareo y se me nubla la vista, pero sigo adelante, un paso tras otro. Sé que estoy cerca de una de las puertas laterales del coto de caza. Deduzco que es ahí a donde se dirigen. Cuando estoy a punto de llegar, dos luces intensas me ciegan, parecen los faros de un vehículo. Me escondo tras un árbol y sacudo la cabeza de un lado a

otro para que las estelas de colores desaparezcan. Sigo muy aturdido.

Escucho un grito. Es la voz de Dushku, pero no logro entender lo que dice. Me asomo de nuevo y entonces me fijo en las dos figuras que están a poco más de diez metros de distancia. Es un vigilante y… Reese. Es ella, está bien. La tienen maniatada y el vigilante la empuja, pero ella se rehúsa a seguir caminando.

Debería haber al menos media docena de vigilantes por esta zona. Estoy seguro de que no tardarán en aparecer, pero tal vez, cuando lo hagan, sea demasiado tarde. Si no actúo ahora mismo se la llevarán.

Me acerco despacio, escucho como el vigilante le dice algo, Reese le escupe y sale corriendo, pero él la persigue y la agarra por detrás. Sigo avanzando casi de puntillas a su espalda. No puede verme y Reese tampoco. Cuando casi he llegado a su lado, escucho que le dice algo a Reese.

—Intenta huir otra vez y te rajaré la garganta de lado a lado.

Me detengo. Por su postura y la forma en la que la tiene sujeta es posible que la esté amenazando con un cuchillo. Ignoro la punzada de dolor en mi sien y uso las fuerzas que me quedan para conseguir mantener la mirada centrada en la espalda del hijo de puta que tiene retenida a Reese.

—Vas a tener que matarme, cabrón —sisea Reese.

Tomo la decisión de actuar en una milésima de segundo. Me abalanzo sobre su espalda y echo el brazo hacia delante para sujetar su muñeca. El tipo se revuelve y me propina un codazo en el abdomen, pero ni así logra que lo suelte.

—¡Sal de aquí, Reese! ¡Corre! —grito, tirando del tipo hacia atrás.

Consigo apartarlo de ella, pero el muy hijo de puta se gira de golpe y se tira sobre mí. Ambos caemos al suelo. Quiero pelear, lo intento, pero apenas me queda energía para defenderme de sus golpes. Entonces siento como algo punzante se clava en mi abdomen y todo el aire se escapa de mis pulmones.

—¡Ey! —el grito de Reese logra atraer la atención del vigilante lo justo para que pueda empujarlo y sacármelo de encima. Entonces escucho un ruido sordo y lo veo caer hacia un lado—. Wade, ¿estás bien?

Me esfuerzo en mantener la vista centrada y busco a Reese. Está justo al lado del cuerpo inerte del tipo que me ha atacado con una gran piedra entre sus manos atadas. Intento ponerme en pie, pero caigo de espaldas.

—Vete de aquí —susurro con una exhalación.

Escucho voces y pisadas acercándose. Vienen a por ella y no voy a permitir que se la lleven. Aprieto los dientes y con un grito ronco logro ponerme de pie. Reese corre a mi lado, la estrecho contra mi cuerpo y miro hacia el vehículo, que sigue parado frente a la puerta. Consigo distinguir la silueta de Dushku. Creo que va a venir hacia nosotros, pero entonces aparecen de la nada varios vigilantes y el muy cobarde se mete en el coche y se marcha a toda velocidad.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pregunta alguien, creo que es uno de los vigilantes que acaba de llegar.

—Wade, mírame. —Reese toca mi rostro, siento sus manos cálidas sobre mi piel. Quiero seguir abrazándola, pero mis piernas flaquean y caigo hacia atrás—. ¡Wade! ¡Estás sangrando!

—¿Señor Sutton?

—¡Que alguien llame a una ambulancia! —grita Reese.

—Es el señor Sutton. Está herido. Hay que trasladarlo a la cabaña médica. Avisad a la doctora Sanders.

Escucho las voces a mi alrededor, pero ya no soy capaz de ver nada. La niebla oscura ha vuelto. Noto como me mueven. Reese está a mi lado, la escucho pedirme que hable con ella. Quiero hacerlo, sin embargo, soy consciente de que no voy a poder. Vuelvo a oír más voces, como si alguien estuviese discutiendo, y todo se vuelve negro.

Reese

Están metiendo a Wade en la parte trasera de un todoterreno. Está herido y creo que inconsciente. No reacciona. Aún con las manos atadas, intento entrar tras él, pero uno de los encapuchados me lo impide.

—Tú te vuelves a tu cabaña. Te quedarás encerrada allí hasta que todo esto se aclare —me dice.

Me zafo de su agarre con un empujón y clavo la mirada en la suya.

—¡Suéltame, joder! Me voy con Wade, y si quieres impedírmelo, vas a tener que matarme.

—Las reglas dicen que las presas no pueden…

—¡Me importa una mierda vuestras reglas! —grito. Tomo una respiración profunda y trato de calmarme—. ¿Quién está al mando? —pregunto.

—Él —señala al todoterreno donde acaban de meter a Wade.

—¡Eso ya lo sé, maldición! Pero aparte de Wade Sutton, ¿quién manda aquí?

—Los socios. Ellos dan las órdenes y tú eres una presa que debe regresar a su cabaña.

—¡Nos vamos! —grita otro de los encapuchados.

—Ella no quiere moverse. Dice que solo irá con el señor Sutton —informa el tipo con el que he estado hablando.

—¡Pues métela en el coche y marchémonos de una maldita vez! La doctora Sanders nos espera.

Resopla y me mira frunciendo el ceño.

—Está bien, parece que tú ganas, pero voy a mantenerte vigilada. Entra.

Estoy a punto de girarme para subir al todoterreno cuando veo por el rabillo del ojo a dos encapuchados cargando al que yo golpeé hace un momento con la piedra.

—Atadlo y mantenedlo vigilado —ordeno.

—¿Y eso por qué? Es uno de los nuestros.

—Ese tipo es el que atacó a vuestro jefe. Te aseguro que cuando se despierte no estará nada contento si lo perdéis de vista.

Bufa de nuevo y me da un pequeño empujón para que termine de meterme en el vehículo.

Capítulo 95

Reese

Me siento en el pequeño espacio que está libre del asiento y levanto un poco a Wade para colocar su cabeza sobre mi regazo.

—Nos vamos —dice el encapuchado que está al volante, arrancando el motor.

Veo como la mancha de sangre en el abdomen de Wade crece a cada segundo. La levanto un poco y compruebo que tiene un corte profundo cerca de las costillas.

—¡Rápido! ¡Está perdiendo mucha sangre! —grito desesperada. Noto como el vehículo incrementa la velocidad. Inspiro hondo y toco el rostro de Wade con las manos atadas—. Todo va salir bien. Te pondrás bien, lo prometo.

Tardamos unos solo unos minutos en llegar a la cabaña médica, es la misma por la que pasé cuando llegué, donde me sacaron sangre y me administraron lo que ahora sé que es un anticonceptivo. Entre tres encapuchados bajan a Wade del vehículo y yo los sigo al interior de la cabaña. La médica… Doctora Sanders, así es como la llaman, enseguida ordena que lo tumben en una camilla y empieza a inspeccionar sus heridas.

—Lo han apuñalado en el abdomen —informo.

La doctora alza la vista hacia mí y frunce el ceño.

—¿Quién eres tú?

—Una presa, pero parece que conoce al señor Sutton. No ha habido manera de separarla de él —dice el mismo encapuchado con el que he tenido más que un roce de palabras.

La doctora estrecha su mirada sobre mí y suspira.

—A ver si lo adivino, tú eres la chica que se ha colado no en una, sino en dos cacerías, ¿estoy en lo cierto? —pregunta mientras corta la camiseta de Wade con unas tijeras.

—Sí, pero Wade lo sabe. Si me encerráis en mi cabaña, os aseguro que perderéis vuestro trabajo. No voy a apartarme de él, ¿queda claro?

Veo como la doctora se queda un par de segundos inmóvil inspeccionando el torso denudo de Wade. Apuesto a que nunca había visto sus cicatrices. Cabecea despacio y continúa haciendo su trabajo sin comentar nada al respecto.

—Cristalino. —Mira en dirección al encapuchado y le hace un gesto con la barbilla—. Podéis marcharos. Yo me encargo.

—¿Y la presa?

—Se queda conmigo. Cerrad la puerta al salir. No irá a ningún lado.

El encapuchado asiente y, tras lanzarme una mirada poca amistosa, se marcha de la cabaña. Yo sigo observando cómo la doctora desinfecta la herida en el vientre de Wade. Le inyecta algo y después empieza a coserlo.

—¿Es grave? ¿Se va a poner bien? —pregunto con un hilo de voz.

—La herida parece limpia, y por la zona en la que se encuentra no creo que haya dañado ningún órgano, pero le haré una ecografía en cuanto termine de coserla. Lo que más me preocupa es el golpe de la cabeza. Lo más probable es que tenga una conmoción. Tiene dos golpes cerca de la sien, aunque uno de ellos no parece tan reciente.

—Mierda —susurro.

Dos golpes, dos veces que le han abierto la cabeza por intentar protegerme.

—¿Tú estás bien? Tienes un pequeño corte en el cuello.

Me toco la zona de la garganta y veo la sangre en mis dedos, pero no es mucha.

—Estoy bien. Necesito hacer una llamada.

—Cielo, aquí están prohibidos los teléfonos, y más aún a las presas.

Bufo con fuerza y recuerdo que antes de salir de mi cabaña, Wade guardó su teléfono en el bolsillo lateral del pantalón. Rodeo la camilla en la que está tumbado y rebusco en su bolsillo. La doctora se detiene cuando está a punto de volver a clavar la aguja en su piel y me observa con atención. Tener las manos atadas me dificulta acceder al bolsillo.

—¡Maldita sea! ¿Puedes soltarme las cuerdas? Wade tiene un teléfono en su bolsillo y de verdad necesito hacer esa llamada. Podrás escuchar todo lo que digo. No voy a ir a ninguna parte.

Parece dudar un instante, y tras resoplar, deja la aguja sobre una gasa encima de su vientre, agarra las tijeras y las dirige hacia mí. Estiro los brazos y espero a que termine de cortar los amarres.

—Estuvo aquí ayer buscando alguna pista de tu paradero y parecía muy preocupado —dice, volviendo a dejar las tijeras en su lugar.

—Me encontró —farfullo. Me apresuro a sacar el teléfono del bolsillo y la pantalla se ilumina—. ¡Maldita sea, me pide la contraseña! —exclamo.

—No blasfemes —escucho el susurro de Wade, y giro la cabeza hacia su rostro con la velocidad de un látigo.

—¡Wade! Estás despierto —digo, agarrando su cara.

Suelta un gemido de dolor y mira a un lado y a otro. Parece estar desorientado.

—Reese… —gime de nuevo.

—Sí, estoy aquí. ¿Cómo te encuentras? Te hemos traído a la cabaña médica. La doctora Sanders te está curando.

Exhala con fuerza y abre los ojos unos segundos, pero enseguida los cierra.

—Llama a Xander. Cuéntale lo que ha pasado y dile que envíe a alguien a buscarnos.

—Eso mismo pretendía hacer, pero tu teléfono está bloqueado. Necesito la contraseña. —Espero unos segundos a que me responda, pero parece que ni siquiera me ha escuchado—. Wade, despierta. —Abre los ojos otra vez—. Necesito la contraseña de tu teléfono.

—Flor —murmura antes de volver a cerrar los ojos.

Bufo con fuerza. No parece estar del todo consciente y así no voy a conseguir sacarle la jodida contraseña.

—Vamos, haz un esfuerzo. Tengo que llamar a Xander. ¿Cuál es la contraseña?

—Flor. La contraseña… La contra… Es Flor —farfulla.

¿Flor? Eso no tiene sentido. Son cuatro números, no letras. Me paro a pensarlo un instante y se me ocurre usar el orden en el alfabeto de las cuatro letras de la palabra flor. Seis, doce, dieciséis y diecinueve. Son demasiados números, pero si dejo solo los números del final sería: Seis, dos, uno, nueve. Los marco a toda prisa y el teléfono se desbloquea de inmediato.

Miro a Wade, que parece haber vuelto a perder el conocimiento, y se me escapa una sonrisa.

—Eres un cursi —murmuro.

Busco en la agenda de contactos, y tras encontrar el de Xander, presiono el botón de llamada. Suena un par de tonos antes de contestar.

—Wade, ¿todo bien?

—Xander, soy Reese.

Hay un silencio y escucho como se mueve al otro lado de la línea.

—¿Qué le ha pasado a mi hermano?

—Lo han herido. Ahora mismo está inconsciente, pero la doctora Sanders lo está tratando.

—¿Lo han herido otra vez? ¡¿Qué demonios ha pasado?! —exclama.

—Es una larga historia que te contaré después. Lo que necesito urgentemente es que envíes a alguien a buscarnos.

—Dame un segundo. —Me mantengo a la espera mientras lo escucho hablar con alguien, no sé quién es ni si está con él o está contactando por otro teléfono. Solo un momento después, regresa a la llamada—. Un coche os recogerá delante de la cabaña médica en media hora. El helicóptero estará listo para llevaros a Los Ángeles y ahí cogeréis el *jet* de vuelta a Las Vegas.

—Bien, aunque no estoy segura de que me vayan a dejar salir de aquí. Solo soy una presa.

Resopla al otro lado de la línea y lo escucho maldecir en voz baja.

—¿Estás con la doctora Sanders?

—Sí.

—Pon el altavoz —lo hago de inmediato—. Doctora Sanders, soy Xander Sutton. ¿Cómo está mi hermano?

Ella ni siquiera aparta la mirada de lo que está haciendo para responder.

—Estable. En cuanto acabe con él, si no hay ninguna complicación, solo necesitará reposo para que pueda recuperarse por completo.

—Bien. Cure sus heridas lo más rápido que pueda. No tardarán en ir a recogerlo y la señorita Kennedy lo acompañará.

—Señor Sutton, no creo que los vigilantes permitan que una presa salga de aquí de ese modo.

—Esa presa es la mujer de mi hermano. Si alguien le pone un dedo encima, yo mismo iré a buscarlo y me encargaré de que no vuelva a caminar el resto de su vida, ¿he sido claro? —La doctora alza la mirada hacia mí y me encojo de hombros—. Sanders, no escucho su respuesta. Ella está al mando. Todos vais a hacer lo que os ordene. ¿He sido claro o no?

—Por supuesto, señor Sutton. Así será.

—Bien. Reese, desconecta el altavoz. —Lo hago y me llevo el teléfono a la oreja—. Ahora cuéntame qué mierda ha pasado y no te

dejes ningún detalle.

Capítulo 96

Wade

«De hecho, ya que la muerte vino por medio de un hombre, también por medio de un hombre viene la resurrección de los muertos». «1 corintios 15:21».

Nada más abrir los ojos, las imágenes de lo que ha sucedido acuden a mi mente de golpe, junto a un intenso dolor de cabeza y la sensación de no saber dónde estoy ni cuánto tiempo he estado inconsciente. Tardo unos minutos en reconocer mi propia habitación. Me encuentro tumbado en mi cama en la mansión Sutton.

Escucho un ronquido suave y frunzo el ceño. Al echar un vistazo a mi alrededor me doy cuenta de que no estoy solo. Reese está tumbada en el sofá, con el brazo colgando hacia el suelo y el pelo enmarañado. Vuelve a roncar y se me escapa una sonrisa. No sé cómo he llegado hasta aquí, pero al menos sé que ella está bien y eso es lo único que me importa. Intento moverme y siento una punzada en mi vientre. Recuerdo que me clavaron un cuchillo. Me incorporo un poco para poder ver la herida, pero está cubierta por un pequeño apósito.

Decido ponerme en pie y me sorprendo al no notar sensación de mareo ni la visión borrosa. El abdomen apenas me duele, aunque no puedo decir lo mismo de la cabeza, sin embargo, es bastante soportable. Siempre he tenido una tolerancia alta al dolor, supongo

que es porque he estado expuesto a él desde que era solo un niño. Me muevo despacio hasta llegar al baño. Uso el retrete y aprovecho para asearme un poco antes de regresar al dormitorio. En vez de ir directo a la cama opto por acercarme al sofá, donde Reese sigue durmiendo a pierna suelta. Me siento en el borde de la mesa baja, justo frente a ella y aparto varios mechones de cabello que cubren su rostro. Acaricio su mejilla y después sus labios con las puntas de los dedos. Doy gracias a Dios por haber llegado a tiempo. No sé qué habría pasado si se la hubiesen llevado. Ahora mismo estaría volviéndome loco.

Cuando estoy a punto de apartar la mano, los ojos de Reese se abren de golpe y se endereza de un salto.

—¡Estás despierto! —exclama, mirándome con los ojos muy abiertos.

Esbozo un amago de sonrisa y asiento.

—Es difícil dormir con tus ronquidos.

—Yo no ronco —replica con el ceño fruncido. Sacude la cabeza de un lado a otro y se pone de pie—. ¿Qué haces levantado? La doctora Sanders dijo que guardaras reposo.

—Me encuentro bien. Solo me duele un poco la cabeza.

—Hay analgésicos sobre la mesita de noche. Te los traeré. —Está a punto de pasar a mi lado, pero la detengo estirando el brazo, la sujeto por la cintura y tiro de ella hacia mí. Pretendo que se siente sobre mi regazo, pero Reese coloca las manos en mis hombros e intenta alejarse—. ¿Qué haces? Te vas a hacer daño.

—No me importa. —Tiro con más fuerza. Deja de resistirse y se acomoda sobre mí, rodeando mi cuello con los brazos—. ¿Cómo estás? Dime que esos cabrones no te hicieron daño.

—No. Tú te llevaste la peor parte —Siento sus dedos jugueteando con el pelo de mi nuca y acerco mi nariz a su cuello para aspirar su aroma floral—. Por suerte, tienes la cabeza dura, aunque eso no es ninguna novedad.

Esbozo media sonrisa por su comentario y permanecemos un rato así, tocándonos y sintiéndonos el uno al otro en un agradable silencio. Entonces, Reese intenta ponerse en pie, pero la sujeto con fuerza.

—No vas a ningún lado —susurro contra su cuello y muerdo suavemente su piel, justo encima de la marca de mis propios dientes.

—Wade, se te van a saltar los puntos del vientre.

—Podré soportarlo —digo, y lamo su cuello.

—Estate quieto un momento. Has estado inconsciente más de veinticuatro horas. —Vuelve a intentar levantarse, y esta vez, aunque a regañadientes, se lo permito.

Exhalo con fuerza y la observo mientras se sienta en el sofá.

—¿Cómo he llegado aquí? No recuerdo el viaje.

—Perdiste la consciencia en la cabaña médica. La doctora Sanders se encargó de tus heridas. Dijo que no era necesario ir a un hospital a menos que empeoraras, que solo necesitabas descansar.

—Tenía razón. Ya me encuentro mucho mejor.

—Ya. Bueno, deberías seguir reposando al menos un par de días más.

—No creo que pueda. Tenemos que encontrar a Dushku. ¿Se sabe algo de él?

Reese suspira y niega con la cabeza.

—Mientras dormías he aprovechado para investigarlo un poco, pero tampoco es que haya tenido mucha suerte. El tipo es un pez gordo de la industria petrolífera.

—Eso ya lo sabía, Flor. —Me froto el rostro con ambas manos e inspiro hondo por la nariz—. Nunca me ha gustado ese tipo. No debí permitir que se uniera a la Sociedad. Tiene propiedades en casi todo el mundo. Es casi imposible saber dónde esconde a las chicas, eso si aún siguen vivas.

Me doy cuenta de lo que acabo de decir y alzo la mirada con arrepentimiento, pero Reese no parece afectada por mi comentario.

—Rose está viva. Él mismo me lo confesó. Solo tenemos que averiguar a dónde se la ha llevado.

Suspiro aliviado, no por mí, sino por Reese. Sé lo importante que es para ella tener la certeza de que su amiga no ha muerto.

—Puedo hacer un par de llamadas, pedir algún favor. Dushku es un hombre poderoso, pero sé que tiene muchos enemigos. Tal vez alguien pueda darnos una pista de su paradero.

—Tenemos al encapuchado —dice sorprendiéndome.

—¿Cómo dices?

—El tipo con el que te peleaste. Lo noqueé con una piedra. —Asiento. Eso lo recuerdo—. Cuando llegaron los otros, Dushku y el otro encapuchado salieron huyendo, pero él estaba inconsciente. Ordené que lo inmovilizaran y retuvieran.

—Lo ordenaste —mascullo, arqueando una ceja con diversión.

Reese alza la barbilla y esboza una sonrisa arrogante.

—Sí, como estabas durmiendo la siesta, Xander me puso al mando. Es curioso, está siendo mucho más amable conmigo desde que llegamos. Bueno, todo lo amable que puede ser tu hermano.

Contengo una sonrisa. Por supuesto que está siendo amable. Sabe lo importante que ella es para mí. Puede que mi hermano tenga sus problemas, pero si de algo estoy seguro es de que me será leal hasta la muerte.

—¿Dónde está el vigilante? ¿Lo han interrogado?

—Xander me dijo anoche que Dagger estaba trabajando en él. No quise preguntar a qué se refería. Tengo la sensación de que prefiero no saberlo. —Asiento. Definitivamente es mejor que no se entere de los métodos que usa Dagger para hacer hablar a alguien.

Me levanto y camino en dirección a la cama. Encuentro mi teléfono sobre la mesita de noche y le echo un vistazo a la pantalla para comprobar la hora. Son casi las diez de la mañana.

—¿Has desayunado? —pregunto, girándome de nuevo para mirar a Reese.

—No, aún no. ¿Tú tienes hambre?

—No demasiada, pero me vendrá bien comer para recuperar energías. Adelántate si quieres. Me daré una ducha rápida y te alcanzo en un momento.

Se pone en pie y estrecha su mirada sobre mí.

—¿Te las arreglarás solo con las heridas?

Se me escapa una sonrisa. Intenta fingir que no se preocupa por mí, pero yo sé que es así.

—¿Quieres unirte a mí y frotarme la espalda, Flor? —pregunto en tono burlón.

Pone los ojos en blanco y chasquea la lengua.

—Ya veo que te encuentras mucho mejor, así que me voy. —Da media vuelta y empieza a caminar hacia la salida—. Por cierto, esa costumbre que tienes de dejar que te golpeen en la cabeza no es buena para tu salud.

—Reese —la llamo con tono firme. Se gira a medias y me mira por encima del hombro—. Ven aquí —ordeno. Arquea una ceja de manera desafiante, pero insisto—. Ven aquí. Ahora.

Termina de girarse y camina despacio hacia mí. Se detiene a un par de pasos de distancia y clava su mirada en la mía.

—Sabes que no soy un perro, ¿verdad?

Estiro el brazo y la sujeto por la barbilla.

—Eres mi perra. Solo me obedeces a mí. —Intenta apartarse. No se lo permito. La agarro por la nuca y tiro de ella—. Ahora bésame —susurro contra sus labios.

—¡Y una mierda! Si crees… —Antes de que pueda seguir con las quejas, uno mis labios a los suyos y la estrecho con fuerza contra mi cuerpo.

El beso solo dura unos segundos, pero cuando me aparto, siento como si mi corazón estuviese a punto de atravesarme el pecho por

lo fuerte que late. Reese parece algo aturdida. Contengo una sonrisa y la hago girar sobre sí misma antes de azotar su trasero despacio.

—Ahora puedes irte, y dile a Xander que quiero ver a Dagger en una hora.

Me lanza una mirada rabiosa por encima del hombro y soy incapaz de contener más la sonrisa. Le guiño un ojo y hago un gesto con la barbilla para que se marche. Reese obedece, aunque no sin antes soltar una recua de maldiciones en voz baja. Al salir del dormitorio, azota la puerta con tanta fuerza que por un momento creo que puede haber resquebrajado el marco.

Regreso al baño y, tras darme una ducha caliente, me quedo mirando mi reflejo en el espejo. No puedo sacarme de la cabeza el miedo que sentí cuando se llevaron a Reese. Casi puedo notarlo ahora, recorriendo mi pecho, esa sensación de ahogo y pérdida.

Sacudo la cabeza e intento enterrar ese recuerdo en lo más profundo de mi mente. Ni siquiera sé de dónde saqué la fuerza para llegar hasta ella. «Si existes, si estás ahí, Señor, dame la fuerza que necesito para salvarla. Haré todo lo que me pidas, mortificaré mi cuerpo, te entregaré mi alma, pero no me abandones ahora». Recuerdo mi súplica. Cuando creí que todo estaba perdido, acudí a Dios y él respondió a mi llamada.

Vuelvo al dormitorio y me acerco a la mesita donde tengo el crucifico de madera, lo cojo y deslizo el dedo pulgar por su superficie suave y pulida.

—Yo cumplo mis promesas —susurro, abriendo el primer cajón. Introduzco en su interior el crucifijo y saco una correa de cuero con pequeñas púas metálicas en la parte interior. Coloco el pie derecho sobre el colchón y rodeo mi muslo con el cilicio. Tomo solo una respiración profunda antes de empezar a apretarlo—. Cadenas de Jesús, cadenas que él voluntariamente se dejó poner. Atadme, hacedme sufrir como a mi Señor. Mortificadme para que de la sangre mane la salvación. —Noto como las púas se clavan en mi carne y aprieto los dientes con fuerza. Tras abrochar la correa, bajo la pierna

y uso la toalla para secar un par de hilos de sangre que escurren por mi muslo.

Capítulo 97

Wade

«Como tenemos estas promesas, queridos hermanos, purifiquémonos de todo lo que contamina el cuerpo y el espíritu, para completar en el temor de Dios la obra de nuestra santificación». «2 Corintios 7:1».

Tras vestirme con un traje de tres piezas, bajo al comedor y me reúno con Xander y Reese. Mientras comemos, hablamos de lo que ha ocurrido en la cacería y cuál será el siguiente paso a seguir. Nuestra prioridad es encontrar a Dushku. Con un poco de suerte, el vigilante que trabajaba con él podrá darnos alguna pista de su paradero.

—¿Dónde está Ren? —pregunto tras vaciar mi plato.

Xander se encoge de hombros y deja los cubiertos sobre el suyo antes de responder. Me remuevo incómodo en mi asiento. El dolor en mi muslo es tan intenso que apenas puedo mover la pierna.

—En cuanto se recuperó quiso volver al trabajo. Ya sabes cómo es. No aguanta demasiado tiempo en la cama. No sé de quién lo habrá aprendido.

Obvio su comentario y observo de reojo cómo Reese sigue comiendo a mi lado en silencio. Muevo la mano por debajo de la mesa y la coloco sobre su muslo. Ni siquiera se inmuta. Me está ignorando deliberadamente para hacerme pagar lo de hace un rato.

—¿Todo va bien en el casino? —quiero saber.

—Sí, con más trabajo de lo habitual. Hago lo que puedo, pero los temas administrativos se te dan mejor a ti. Por suerte, Nancy dejó todo bastante atado antes de… —deja la frase en el aire y asiento. Todos sabemos lo que ha querido decir.

Escuchamos el timbre y poco después vemos entrar a Dagger en el comedor con su habitual pose despreocupada. Me saluda con un cabeceo y dirige su mirada a Reese.

—Hola, dulzura —dice, esbozando una sonrisa petulante.

—Dagger, ¿cómo te fue en el desierto? Espero que no pasaras mucho calor —replica ella sin ni siquiera alzar la vista de su plato.

Antes de que pueda adivinar sus intenciones, Dagger echa la mano hacia atrás, saca una pistola de su espalda y apunta a Reese a la cabeza. Me pongo en pie de un salto y aprieto los dientes para contener un gemido de dolor. Me atravieso en el camino de Dagger.

—¿Qué crees que estás haciendo? Baja la pistola —ordeno sin elevar el tono de voz.

Escucho el sonido que emiten los cubiertos de Reese al chocar contra su plato y después cómo la silla se arrastra por el suelo. Enseguida siento su mano en mi hombro y se coloca justo a mi lado. La miro de reojo. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y está sonriendo.

—¿Vas a dispararme? —pregunta, y se mira las uñas como si no estuviese siendo encañonada por un jodido asesino sin escrúpulos.

—Tal vez lo haga.

Me muevo hacia un lado para cubrir a Reese con mi cuerpo y clavo la mirada en la de Dagger.

—Baja la puta pistola —siseo con la mandíbula apretada.

Ladea la cabeza y exhala con fuerza.

—Tienes suerte de que prefiera el dinero a la venganza, dulzura. —Baja el arma y se la guarda en la espalda—. Ahora sabes lo que se siente cuando te apuntan con una pistola. ¿A que no es agradable?

Al ver que ya no corre peligro, me aparto y Reese da un paso al frente para encarar a Dagger.

—No me he meado encima. Creo que tú no puedes decir lo mismo —comenta sonriendo.

Mi hermano se tapa la boca para contener la risa y le lanzo una mirada dura. No sé qué mierda tiene de graciosa esta situación. Si Reese conociera a Dagger, si supiese de lo que es capaz, apuesto a que no estaría tan tranquila.

—¿Y si dejamos las estupideces y nos centramos en lo que de verdad importa? —suelto, mirando a uno y después al otro.

Dagger parece cabreado, pero asiente y toma asiento en uno de los lugares vacíos en la mesa. Me acomodo de vuelta en mi lugar. El roce del cilicio contra el asiento me hace contener el aliento.

—¿Hay algo de comer? Tengo hambre —dice Dagger, estirando la mano para coger un panecillo del centro de la mesa.

—No has venido aquí para desayunar. ¿Qué le has sacado al vigilante? —inquiero.

—Sutton, tú como siempre tan directo. —Le da un mordisco al panecillo y se recuesta hacia atrás en la silla—. Se llama Arjan Murat y es un exsoldado de las Fuerzas Armadas de Albania. Dushku le pagaba a él y a su hermano Bashkim para que lo ayudaran a secuestrar a las chicas durante las cacerías. Recibían un buen pago en metálico, aparte de la oportunidad de… —Se queda callado y vuelve a mirar a Reese, que está atenta a lo que dice—. Espero no ofenderte con mi lenguaje, dulzura.

—Sigue —ordeno, conteniendo un resoplido.

—Dushku les permitía follarlas antes de sacarlas del coto de caza.

—¿Sabe dónde se las llevaba Dushku? —inquiere mi hermano.

—Sí, ellos mismos hacían la entrega de las chicas. Cogían un helicóptero que los llevaba a Los Ángeles y después un avión hasta México.

—¿México? Dime que has podido sacarle una ubicación exacta.

Dagger arquea una ceja y termina de comerse el panecillo antes de responder.

—Admito que no fue sencillo. Tuve que sacar la artillería pesada para hacerlo hablar, pero en cuanto empezó a perder los dedos de las manos cantó como un pajarito. —Se endereza y sacude las migajas de su camisa—. Dushku tiene una jodida isla en propiedad, está ubicada en el golfo de California. Es pequeña, pero tiene pista de aterrizaje y una enorme mansión. Allí es donde mantiene retenidas a las mujeres. Pasa gran parte del año con ellas, hace fiestas, invita a sus amigos y socios… Lo normal en un hijo de puta millonario con la polla minúscula.

—¿A cuánta distancia está esa isla de la frontera?

—Cerca de quinientos kilómetros, en el estado de Sonora, pero el sitio es una puta fortaleza. Se accede a la isla por aire y hay docenas de hombres armados y videovigilancia permanente. Nadie entra ni sale sin ser detectado.

—Si la mansión es tan grande, debe haber registro de su construcción —dice Reese, atrayendo todas las miradas—. Para crear una estructura de esas dimensiones, hacen falta permisos de obra, transporte de materiales…, mucha infraestructura.

—¿A dónde quieres llegar? —inquiero.

—Si conseguimos los planos de esa mansión, tal vez pueda crear una posible ruta de entrada.

—¿Y cómo piensas llegar allí, dulzura? ¿Te salen alas cuando se pone el sol?

Le lanzo a Dagger una mirada de advertencia. Me estoy cansando de ese tono tan condescendiente cada vez que se dirige a Reese.

—Es una isla, también habrá acceso por mar o en paracaídas, ¡yo qué sé! Lo importante es encontrar la manera de eludir la vigilancia, y eso puedo conseguirlo. Necesito un mapa de la isla, planos de la mansión, tener localizadas todas las entradas y salidas.

—¿Y las cámaras de vigilancia? —pregunta Xander.

—Se pueden *hackear*. Tendremos visión completa de lo que sucede en el interior de la mansión. Con un plan bien estructurado no será difícil entrar a por las chicas.

—¿Y quién va a hacerlo? ¿Tú? —inquiere Dagger—. Harían falta al menos veinte hombres entrenados, armamento y alguien que conozca el terreno.

Inspiro hondo por la nariz y me paro a pensarlo un segundo. No quería tener que hacerlo, pero si no hay otra manera…

—Yo puedo encargarme de eso. Tendremos apoyo en México.

—Vale, pero aún nos falta toda la información sobre la isla, la mansión y alguien lo bastante habilidoso como para *hackear* las cámaras.

—Nick —dice Reese, y me tenso de pies a cabeza.

—Eso no va a ser posible, dulzura —comenta Dagger, usando el cuchillo de mantequilla para limpiarse las uñas.

—Lo conozco. Por una buena suma de dinero hará cualquier cosa que le pidamos.

Busco la mirada de Dagger, intento advertirle de que mantenga la boca cerrada, pero ni siquiera se fija en mí. Está demasiado ocupado manteniendo una jodida pelea de niños pequeños con Reese.

—Va a ser muy complicado que el bueno de Nick haga algo. El pobre está un poco… crujiente.

Reese frunce el ceño con gesto de confusión.

—¿De qué hablas?

—Lo que intento decir es que…

—Dagger —siseo a modo de advertencia.

Al fin me mira y arquea una ceja, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Ella no lo sabe?

Reese me mira a mí buscando una explicación. Exhalo despacio y aparto la vista.

—¿Qué es lo que no sé, Wade? —No respondo—. ¡Wade!

Regresa la mirada a Dagger y este hace un gesto con la mano, pasando el dedo pulgar de un lado a otro de su garganta. Reese gira la cabeza en mi dirección con la velocidad de un látigo.

—¡¿Lo ha matado?! —exclama, poniéndose en pie.

—Barbacoa de Nick —canturrea Dagger.

Me levanto y, tras respirar hondo, clavo mi mirada en la de Reese.

—No te enfades —susurro.

—¡¿Que no me enfade?! ¡Lo ha matado, joder! ¿Tú lo sabías?

Podría mentir y eludir mi responsabilidad, pero sé que con eso solo lograré ganar algo de tiempo. Tarde o temprano se enterará de la verdad.

—Yo le ordené a Dagger que lo hiciera —confieso.

Reese me mantiene la mirada y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Estáis locos. No quiero tener nada que ver con esto —intenta marcharse, pero le cierro el paso.

—No te vayas —mi voz suena como una orden, pero en realidad es una súplica.

—Apártate de mi camino, Wade —sisea con rabia.

Trago saliva con fuerza mientras busco la forma de mantenerla aquí. No puedo permitir que se marche. Sé que lo único capaz de hacerla cambiar de idea es la esperanza de poder recuperar a Rose.

—Reese, puedo conseguir a otro *hacker*. Me encargaré de todo. Viajaremos a México muy pronto y rescataremos a Rose y las demás chicas, pero tienes que quedarte aquí.

Respira hondo por la nariz y chasquea la lengua contrariada.

—Avísame cuando hayas hecho todo eso. Estaré en mi habitación, y más te vale no aparecer por allí por tu propio bien.

Exhalo despacio y asiento, haciéndome a un lado para dejarla pasar. En cuanto abandona la estancia, dirijo mi mirada a Dagger y este sigue sonriendo con malicia.

—Se la debía —dice, encogiéndose de hombros.

Me marcho yo también antes de perder la poca paciencia que me queda y hacer alguna estupidez, como asesinar al jodido Cole Dagger con mis propias manos. Mientras me dirijo a mi despacho,

saco el teléfono del bolsillo y busco entre mis contactos el número que necesito. Inspiro profundo y presiono la tecla de llamada. Suena un par de tonos y escucho su voz alta y clara.

—Sutton, admito que creí que no volvería a saber nada de ti. ¿Cómo te va?

—Hola, Urriaga. Necesito un favor.

Capítulo 98

Reese

Paso todo el día encerrada en mi dormitorio. No salgo ni siquiera para almorzar ni cenar, aunque sin pedirlo, una chica del servicio me trae comida siguiendo las órdenes de Wade. Odio que haga eso. Sé que está respetando lo que le pedí, no venir a buscarme, pero en el fondo siento que es una forma más de manipularme y hacerme ver que él tiene todo el poder. «Y es un asesino». Me recuerda mi subconsciente.

Entiendo lo que pasó con su abuela cuando era un niño. Solo se defendió y nadie en su sano juicio podría culparlo por haber acabado con la vida de una mujer tan monstruosa, pero Nick… Es una situación completamente distinta. Lo mató sin ningún motivo. Puede que no lo haya hecho con sus propias manos, pero fue él quien dio la orden y ese hecho lo convierte en culpable.

Tampoco soy tan hipócrita como para no admitir que he fantaseado muchas veces con ver a Nick exhalar su último aliento. Yo misma le disparé y mi intención era matarlo. No siento ni una pizca de pena por él, sin embargo, que justo haya sido Wade quien haya ordenado su asesinato es algo que no estoy siendo capaz de digerir. Tal vez solo necesite entenderlo. Si creyese que Wade y yo podemos hablar sin discusiones, gritos ni peleas, le preguntaría los motivos que lo llevaron a cometer ese acto. No obstante, ir a buscarlo solo hará que termine enfureciéndome aún más. No se puede dialogar con alguien que siempre pretende tener la razón. Se

cree dueño y señor de la verdad absoluta, y eso es algo que me saca de mis casillas.

Estoy tumbada boca arriba sobre la cama cuando escucho que llaman a la puerta. Antes de que pueda preguntar quién es, esta se abre y Wade entra en mi dormitorio. Le lanzo una mirada poco amistosa que él responde con indiferencia. Aunque lleva la corbata floja, la camisa arrugada y el pelo revuelto, he sido capaz de detectar su máscara de impasibilidad desde antes que diera un paso al interior de la estancia.

—¿Qué demonios quieres? —inquiero, sentándome en el borde del colchón.

—Para empezar, que no blasfemes —contesta sin inmutarse, y clava su mirada en la mía—. Me dijiste que te avisara cuando todo estuviese resuelto. Salimos hacia México a primera hora de la mañana. Cuando lleguemos, tendrás a tu disposición un mapa de la isla y los planos de la vivienda. Están trabajando en conseguir el acceso a las cámaras de seguridad y ya hay un grupo de hombres en la zona buscando la mejor forma de llegar a la isla.

¿En serio? ¿Así de fácil? Es mucho trabajo para conseguirlo en solo un día. Quiero preguntar cómo lo ha hecho, pero mi orgullo me lo impide.

—Bien —digo asintiendo.

—Bien —repite.

—Si no tienes nada más que decir… —Señalo la salida con un gesto de mi barbilla y Wade se afloja aún más la corbata antes de dar media vuelta y dirigirse a la puerta.

Lo veo alejarse en silencio. Quiero pedirle explicaciones, que hablemos sobre todo lo que ocurrido. Abro la boca para llamarlo, pero antes de poder pronunciar la primera silaba de su nombre, se detiene de golpe, escucho cómo resopla y regresa sobre sus propios pasos.

—No me arrepiento —afirma, dejando caer su máscara. Se mueve nervioso, apoyando el peso sobre la pierna izquierda—. Si estás

esperando a que me disculpe por haber ordenado que mataran a ese hijo de perra, te advierto que no sucederá.

Me pongo en pie y lo miro fijamente, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Por qué? —suelto la pregunta que llevo queriendo hacerle desde esta mañana.

—Porque te hizo daño, Reese.

—Eres un hipócrita.

—Lo sé. Yo también te lastimé y viviré el resto de mi vida arrepentido, pero eso no cambia el hecho de que por su culpa seas incapaz de confiar en nadie.

—Me pidió perdón.

—Yo también lo he hecho, cientos de veces. No cambia nada, Reese. Al menos estoy intentando arreglar las cosas, hacerlo mejor, sin embargo, ese imbécil, en cuanto tuvo la oportunidad, intentó chantajearte para que le hicieras una mamada.

—¡Dios santo, Wade! —exclamo, llevándome las manos a la cabeza—. Ni siquiera recordaba eso.

—Pues yo sí. Créeme, lo he tenido muy presente, y si no lo maté yo mismo en ese momento fue porque necesitábamos su ayuda para encontrar a Rose. Cuando dejó de ser útil, ya no tenía sentido que siguiera respirando.

—¿Te estás escuchando? Suenas como un mafioso. No tienes el derecho de decidir quién vive y quién muere.

—¡Sí lo tengo, joder! —vocifera—. Te traicionó, fue el causante de la muerte de tu padre y por su culpa entras en pánico cada vez que te digo que te quiero. —Resoplo con fuerza y aparto la mirada—. ¿Ves? Justo a eso me refiero. No podía permitir que ese tipo se saliera con la suya.

Inspiro hondo por la nariz y regreso la mirada a su rostro.

—Wade, lo que pasa entre nosotros no tiene nada que ver con Nick.

—¿No? Entonces si ahora mismo te pido que te subas a un coche conmigo, busquemos una capilla y nos casemos, ¿lo harás? Porque yo no dudaría ni un solo segundo.

Abro mucho los ojos y sacudo la cabeza de un lado a otro mientras intento asimilar lo que acaba de decir.

—¡Estás como una puta regadera! —exclamo, retrocediendo de espaldas.

Me alcanza en un par de zancadas y me agarra por la nuca.

—Mírate, esto es lo que haces cada vez que alguien amenaza con atravesar ese muro de hormigón que usas a modo de escudo. Te aterra confiar en mí y que te traicione como lo hizo Nick. No me digas que no tiene nada que ver con él. Yo asumo la culpa y las consecuencias de mis errores, estoy dispuesto a pasar el resto de mi vida intentando enmendarlos, pero no puedo pagar una penitencia por los pecados de otro hombre.

Me suelto de su agarre con un movimiento brusco y me desplazo hasta la otra punta del dormitorio, huyendo de su cercanía.

—Vete —pido.

—¿En serio? —Sacude la cabeza y me mira con los ojos vidriosos —. Lo estás haciendo de nuevo.

—He dicho que te largues, ahora mismo.

Se acerca con pasos lentos y sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te amo. No encuentro más formas de decirlo o qué hacer para demostrarlo. —Me tenso aún más si es posible. Inspiro hondo por la nariz y alzo la barbilla—. Me da igual si piensas que somos incompatibles, dañinos el uno para el otro o que no me perdones por lo que te hice. Yo sé que juntos podemos superarlo todo. Lo peor es que en el fondo tú también lo sabes, pero eres demasiado testaruda y orgullosa como para planteártelo siquiera. Es más sencillo negar la evidencia y actuar como si nada te importara, ¿verdad?

Trago saliva con fuerza para bajar el nudo de angustia que se ha instalado en mi garganta mientras hago verdaderos esfuerzos para

mantener las lágrimas encerradas tras mis párpados.

—Wade, márchate, por favor —susurro con un hilo de voz.

Suspira y cierra los pocos pasos que nos separan. Intuyo su intención de besarme, pero antes de que su boca toque la mía, aparto el rostro y me mantengo inmóvil. Siento sus labios cerca de mi oído y contengo el aliento.

—No voy a rendirme, Flor —susurra antes de rozar mi mejilla con los labios. Se aparta y retrocede de espaldas—. Buenas noches.

En cuanto sale del dormitorio, cerrando la puerta a su espalda, suelto todo el aire que estaba conteniendo y dejo que las lágrimas rueden libremente por mis mejillas. ¿Por qué tuve que conocer a este hombre? Con tantas personas que hay en el planeta y justo tuve que enamorarme del más complicado. El destino es un maldito hijo de perra con un retorcido sentido del humor.

Capítulo 99

Wade

«Entonces les fueron abiertos los ojos y le reconocieron; pero Él desapareció de la presencia de ellos». «Lucas 24:31»

Cuando el avión toca tierra en la pista de aterrizaje privada de la finca Urriaga, Reese apenas me ha dicho un par de monosílabas. Tampoco la fuerzo a hablarme, aunque he aprovechado el trayecto para ponerla al día con todo lo que tiene que ver con las personas que nos van a ayudar a rescatar a Rose.

Creí que se cabrearía al enterarse de que los Urriaga son miembros de una banda criminal llamada Clan Z que actúa entre el estado de Arizona y al otro lado de la frontera, en Sonora. Esperaba unos cuantos gritos o alguna mirada amenazante, sin embargo, no obtuve ninguna reacción por su parte. Ni siquiera respondió a las constantes provocaciones de Dagger durante las horas de vuelo.

Dejo que sea ella la que baje primero del avión, pero me mantengo muy cerca. Intento no cojear, aunque la verdad es que con cada paso que doy noto como las púas del cilicio se clavan en mi carne, enviado una punzada de dolor desde la punta de los dedos hasta la cintura.

Conozco a Beni, el hermano pequeño del líder del clan Z, desde hace años. Fue miembro de la Sociedad hasta que decidió dejarlo, tengo entendido que se casó hace unos años y se ha vuelto un hombre formal, o al menos todo lo que puede serlo un tipo como él.

En cuanto pisamos la pista, veo no muy lejos a tres hombres esperándonos junto a dos todoterrenos.

—Uno de esos tipos es Alex Urriaga —susurro para que solo ella pueda oírme. Dagger nos sigue a pocos pasos de distancia. Le he pedido que nos acompañe como medida de seguridad, además, puede sernos útil en la misión de rescate. Aparte de asesino despiadado que ama el dinero por sobre todas las cosas, también tiene formación militar—. No hagas ni digas nada que pueda provocarlo, tengo entendido que es bastante temperamental. Recuerda que estos tipos son muy peligrosos.

—Bien —contesta, para no variar, con otra monosílaba.

Tenso la mandíbula y sigo caminando a su lado en dirección a los tres hombres que nos esperan. Reconozco a Alex Urriaga por el parecido con su hermano menor, otro es un chico algo más joven, con el pelo castaño y apariencia afable a pesar de los tatuajes que cubren gran parte de la piel que lleva al descubierto. No obstante, al fijarme en el tercer tipo todas mis alarmas se encienden, es enorme, moreno y con una mirada asesina que haría temblar hasta al más valiente. Me arrepiento de inmediato de haber traído a Reese a este lugar, con estos hombres, pero tampoco es que haya tenido otra opción. Después de lo que pasó ayer, si llego a impedir que me acompañe lo más probable es que hubiese terminado muerto.

—¿Sutton? —pregunta el que estoy seguro que es Alex Urriaga. Lleva un cigarrillo encendido en los labios y me mira con una ceja arqueada.

Me ajusto la corbata y estiro el brazo en su dirección.

—Wade Sutton, encantado. Supongo que tú eres Alex, ¿verdad?

El tipo echa un vistazo a mi mano, y tras darle una calada a su cigarrillo, lo lanza al suelo y esboza una sonrisa petulante.

—Al cabrón de mi hermano se le olvidó mencionar que íbamos a tratar con la puta realeza inglesa. —Se agacha, fingiendo hacer una especie de reverencia, y niega con la cabeza—. Subid a uno de los coches, joder. Tanta educación me da alergia. —Sin esperar respuesta, se mete en el interior del vehículo y cierra la puerta.

El chico más joven da un paso en mi dirección y estrecha mi mano, que aún seguía estirada. Me fijo en sus ojos, son desiguales, uno de cada color.

—Yo soy Nacho, y el que tiene pinta de asesino en serie se llama Oscar. —Señala con el pulgar sobre su hombro. Este asiente con la cabeza a modo de saludo—. Voy a darte un consejo para lidiar con Alex. Ignóralo. Casi todo lo que sale por su boca son gilipolleces, pero nunca te atrevas a faltarle al respeto a él o a cualquiera de los suyos, especialmente a su mujer. Si lo haces, no dudará en meterte un tiro en la cabeza.

Asiento con la espalda tensa y la mandíbula apretada. El chico nos insta a que entremos en uno de los vehículos y no tardamos en hacerlo. Es él mismo quien lo conduce, Dagger va a su lado en la parte delantera y Reese y yo detrás. Solo unos minutos después, detiene el todoterreno frente a una gran casa de planta baja; al mirar por la ventanilla, compruebo que el otro vehículo también se ha parado. Alex Urriaga y el tal Oscar salen de él y se quedan de pie junto a lo que parece ser la puerta principal de la casa.

—Adelante, no son tan malos como parecen —dice el chico sonriendo.

Abro la puerta y estiro la mano para ayudar a Reese a bajar del todoterreno, pero ella no la coge. Me hago a un lado y espero a que esté fuera para cerrar la puerta. Dagger y el chico, Nacho, se unen a nosotros enseguida y los cuatro caminamos hasta la entrada en silencio.

—Hemos montado un puesto de mando en el despacho —informa Alex.

Asiento y estamos a punto de entrar cuando otro chico sale de la casa, lleva puesto un sombrero oscuro sobre la cabeza. Al verme, se detiene y abre mucho los ojos.

—¿De dónde ha salido el pingüino? No sabía que estábamos en carnaval —se burla, repasándome con la mirada desde la cabeza a los pies. Entonces se fija en Reese y su expresión cambia enseguida —. Hola, preciosa. ¿Tú quién eres?

Rodeo la cintura de Reese con el brazo y la atraigo a mi costado mientras le sostengo la mirada al recién llegado.

—Mocoso, largo de aquí —le dice Alex.

—¡Oh, vamos, papá! Para una vez que hay una mujer guapa en casa…

Frunzo el ceño. Es solo un adolescente, pero la forma en la que mira a Reese no me gusta nada.

—Ignorad al acosador —intercede Nacho—. Lucas no sabe cuándo mantener la boca cerrada.

—¡Cabrón, la quieres para ti, ¿verdad! —replica el chico, que por lo que he entendido es hijo de Alex.

Es su padre quien acaba empujándolo para que se marche y al fin nos adentramos en la casa. Seguimos a Alex hasta un despacho bastante grande con muebles oscuros. Una mujer nos espera en el interior. En cuanto nos escucha entrar, sale de detrás de la mesa sobre la que hay varias pantallas de ordenador encendidas y se acerca a nosotros.

—Ella es Angy, mi mujer —informa Alex.

La chica nos saluda de manera afable y después vuelve a sentarse tras la mesa. Por la forma en la que nos habla, sin apenas apartar la vista de las pantallas, deduzco que ella es la *hacker* de la que Beni me habló.

—Ya tengo el mapa de la isla y los planos de la edificación impresos —dice mientras sus dedos vuelan sobre el teclado—. Estoy en contacto constante con Bailey, ella tiene adiestramiento militar y ya está trabajando en una manera de acceder a la isla. Creemos que una incursión mixta puede ser mucho más ventajosa. Un grupo de hombres viajará por aire y se lanzarán en paracaídas, otro grupo será transportado cerca de la costa en barco y hará el resto del trayecto buceando.

—¿Puedo ver el mapa y los planos? —pregunta Reese. Es la primera vez que dice una frase completa desde anoche.

—Sí, claro. ¿Tú eres la experta en seguridad? —Asiente—. Bien, dime qué más necesitas.

—Un lugar donde colgar los planos. Tengo que verlos en detalle.

—¿Te sirve con esa pared? —Señala una vacía y Reese vuelve asentir.

—Pues toda tuya. ¿Qué más?

—Las cámaras de seguridad de la propiedad.

—Eso es lo que estoy intentando conseguir. Se me están resistiendo, pero las tendrás.

—Perfecto. —Reese da un paso adelante y señala con el dedo índice un lápiz que hay sobre la mesa—. ¿Puedo?

—Adelante.

Lo coge y lo usa para sujetarse el pelo en un moño desordenado en la parte alta de la cabeza. Después se quita la chaqueta y la deja en el respaldo de una silla.

—¿Los planos?

—Sobre ese mueble. Si los necesitas más ampliados, haré que alguien vaya a imprimirlos.

Reese se desplaza por la estancia y desenrolla el papel, echa un vistazo y niega con la cabeza.

—Así están bien.

—Genial, entonces ponte a trabajar. —Angy nos echa una mirada a los demás y esboza una sonrisa ladeada—. Señores, si no tienen nada que aportar, fuera de aquí.

Capítulo 100

Reese

Angy y yo pasamos todo el día encerradas en el despacho. Nos entendemos bien. Ella es un genio de la informática, mucho más rápida y resolutiva que Nick. Con la ayuda de Bailey, la mujer del líder del Clan Z, que nos brinda apoyo estratégico por videollamada, no tardamos en empezar a trazar un plan. Tenemos la forma de entrar a la isla, una ruta de entrada a la mansión para eludir la vigilancia y dos rutas de salida, solo nos faltan las imágenes del interior de la mansión para dejarlo todo atado. Es demasiado apresurado. En realidad, nunca antes había planeado un golpe tan grande y complejo con tan poco tiempo, pero la verdad es que entre las tres nos complementamos a la perfección y todo fluye a las mil maravillas.

—Tengo las cámaras —informa Angy.

Pestañeo rápido. Estaba a punto de quedarme dormida por puro cansancio. No sé cómo ella es capaz de mantener la atención puesta en las pantallas durante tantas horas sin caer rendida.

—¿Hay muchas? —pregunto, y rodeo la mesa para mirar por encima de su hombro.

—Bastantes. La calidad no es la mejor, pero podemos hacernos una idea de cuántos guardias hay vigilando a las chicas y dónde se encuentran.

Observo los monitores con atención. Hay zonas de la casa completamente vacías.

—La mayoría de la gente está en la zona este —comento.

Aunque intento fijarme en los detalles, no puedo evitar buscar entre las personas que aparecen en la pantalla algún rasgo que me haga identificar a Rose.

—Mira esto. —Señala una imagen donde parece haber un grupo grande de personas, están repartidas en tres habitaciones contiguas. Hay siete camas individuales en cada habitación y todas ellas están ocupadas—. ¿Crees que pueden ser las chicas secuestradas?

—Si es así, son más de las que pensábamos. Veintiuna en total.

—Fíjate en el pasillo, hay hombres armados vigilando esas puertas. Creo que hemos dado con ellas.

Ambas nos miramos y sonreímos. Enseguida informamos a Bailey, y cuando terminamos de trazar cada detalle del plan ya es bien entrada la madrugada. Salimos del despacho y nos reunimos con los demás en lo que parece ser una sala de estar para ponerlos al corriente de lo que va a ocurrir mañana. No esperaremos ni un día más. Sabemos cómo está todo en la isla, pero si dejamos que pase el tiempo, es posible que surjan imprevistos. Lo más seguro es actuar de inmediato. Oscar y Dagger ya han salido para liderar la incursión.

—El equipo estará listo para entrar antes del amanecer—informa Alex tras pasar casi una hora al teléfono. Bufa con fuerza y se bebe un vaso tequila de un solo trago—. Odio hablar por teléfono, carajo. La próxima vez que Beni tenga la brillante idea de meternos en sus movidas, me aseguraré de que sea él quien se deje el culo.

—Alex, deja de quejarte de una vez —farfulla Angy.

Alex se acomoda en el reposabrazos del sillón en el que ella está sentada y rodea sus hombros con el brazo.

—Vamos, Ángel. Te encanta que me queje. Es más, juraría que te pone cachonda.

—Vale, hora de cerrar la bocaza e irse a dormir. —Angy salta del sillón y arrastra a su marido fuera de la sala de estar.

En cuanto se marchan, me quedo a solas con el hombre que he pasado todo el día evitando. En parte me alegra haber mantenido la mente ocupada, así no he tenido que pensar en nuestro encontronazo de anoche, pero ahora, al verlo aquí, sentado en el sofá de una casa extraña, no puedo evitar darme cuenta de lo incómodo que parece. Wade está completamente fuera de su ambiente. Apuesto a que se sentirá inseguro al estar rodeado de tantos desconocidos; con lo poco que he tratado con Alex, solo puedo definirlo como un hombre invasivo que no respeta los límites de los demás. No puedo ni imaginar lo que habrá sido pasar tantas horas con él, y sé que lo ha hecho por mí. Hace solo unas horas estaba inconsciente en su cama y no ha dudado ni un segundo en pedirle ayuda a un grupo de mafiosos para ayudarme a rescatar a Rose.

Inspiro hondo por la nariz y me froto el rostro con ambas manos. Lo que más me molesta de esta situación entre nosotros es que en el fondo sé que él tiene razón. Todo lo que dijo anoche es cierto. Me aterra volver a confiar en alguien y que me traicione, y más aún si esa persona es Wade, porque, aunque intente negarlo, estoy perdidamente enamorada de él.

—Pareces agotada —susurra. Alzo la vista a su rostro y me encojo de hombros—. Está bien, Reese. No voy a seguir insistiendo para que hables conmigo. Si lo que quieres es ignorarme, adelante. Yo me voy a dormir unas horas.

Exhalo con fuerza mientras lo veo salir de la sala de estar. Me fijo en su postura recta, en su forma de andar, grácil, elegante y… ¿Está cojeando? Estrecho la mirada sobre él y noto que está cargando la mayor parte del peso en la pierna izquierda. Lo pierdo de vista y me quedo pensando en por qué cojea. Sus heridas están en el vientre y la cabeza. No tiene ningún sentido que le duela la pierna, a no ser que… Me pongo en pie de un salto y atravieso a toda prisa la casa.

Llego al pasillo en el que estuve esta tarde con Angy. Cuando me preguntó si Wade y yo compartiríamos dormitorio me negué. Entonces nos asignó dos estancias contiguas. Paso de largo la primera, que se supone que es donde voy a descansar, y me

detengo frente a la puerta de la siguiente. Estoy a punto de tocar, pero cambio de idea y solo tiro de la manilla antes de adentrarme en el interior del dormitorio.

Wade

«Hasta ahora no han pedido nada en mi nombre. Pidan y recibirán, para que su alegría sea completa». «Juan 16:24».

La puerta se abre de golpe y me quedo a medio camino de desabrochar uno de los botones inferiores de mi camisa al ver a Reese entrar en la habitación como un vendaval. Resoplo con fuerza. Tiene toda la pinta de estar buscando pelea, y después de pasar todo el día soportando las gilipolleces de Alex Urriaga, lo que menos me apetece es que discutamos de nuevo.

—Reese, no es un buen momento —mascullo.

—¿Qué demonios te pasa en la pierna? —Alzo la mirada a su rostro y frunzo el ceño.

—No blasfemes, y no sé a qué te refieres.

—Estás cojeando, Wade. Cargas todo el peso en la pierna izquierda. ¿Qué le ocurre a la derecha?

Mierda. Lo ha notado y, conociéndola, sé que no va a conformarse con una mala excusa.

—No es nada. Ve a descansar. En unas horas…

—¡Deja de hacerte el tonto, maldita sea! —exclama, alzando la voz.

Le lanzo una mirada dura y tenso la mandíbula.

—Si tengo que volver a decirte que dejes de blasfemar, te aseguro que no seré tan amable.

—Wade, no eludas el tema. ¿Qué le ocurre a tu pierna?

Exhalo con fuerza y termino de quitarme la camisa antes de lanzarla sobre la cama.

—Nada. Estoy bien.

—Si no es nada, no te importará bajarte los pantalones para que pueda verlo, ¿verdad?

Estrecho la mirada sobre ella y me cruzo de brazos.

—Si quieres que me quite los pantalones, vas a tener que hacerlo tú misma.

Tarda unos segundos en moverse, pero cuando da el par de pasos que nos separan, lo hace con decisión. Lleva las manos a mi cinturón y empieza a desabrocharlo, después pasa al botón de los pantalones y decido detenerla. Agarro sus manos y ella me mira cabreada.

—Suelta —sisea entre dientes.

Me lo pienso un instante. No vale de nada seguir ocultándolo. Al final conseguirá salirse con la suya. Cierro los ojos y con una exhalación pesada, libero sus manos. Reese termina de desabrochar los pantalones y después los desliza hacia abajo por mis piernas. Sus ojos brillan de furia contenida al ver el cilicio rodeando mi muslo derecho.

—Estoy bien —susurro.

—¿Bien? —Niega con la cabeza—. ¿Qué es esta vez? ¿Un ataque de culpa por lo que pasó anoche? ¡Dios santo, Wade! No puedes seguir haciéndote esto.

Decido ignorar su lenguaje y clavo mi mirada en la suya.

—No me arrepiento ni de una sola palabra de las que dije anoche. Esto es… —Me detengo a tomar aire—. No se trata de una penitencia. Estoy cumpliendo una promesa.

—¡¿Una promesa a quién?!

—A Dios.

—Explícate. No estoy entendiendo una mierda.

—En la cacería, cuando Dushku me golpeó en la cabeza y te llevó con él, me quedé allí tirado, revolcándome sobre la tierra, sin ser capaz de ponerme en pie y con la certeza de que, si no lograba ir a por ti, esos hijos de puta te lastimarían. Entonces le supliqué a Dios

que me ayudará. Prometí que, si me daba la fuerza suficiente para ir a buscarte, mortificaría mi cuerpo y le entregaría mi alma. Por eso estoy usando el cilicio.

—¡¿Crees que Dios quiere que te hagas esto?!

—No se trata de lo que él quiera. Es una promesa que debo cumplir.

—¡¿Y qué pasa conmigo?! —Frunzo el ceño confuso—. A mí me prometiste que no volverías a hacerme daño. ¿Cómo crees que me siento al verte así? —Señala mi muslo y una lágrima solitaria rueda por su mejilla.

—Reese, no llores —susurro. Intento tocarla, pero no me lo permite.

—¡No, joder! ¡No puedes decirme a cada minuto que te arrepientes de lastimarme y seguir haciéndolo! Yo no… —Más lágrimas caen de sus ojos y niega con la cabeza—. Me haces daño. Ver lo que te haces a ti mismo me destroza.

Inspiro hondo por la nariz y la observo mientras sigue llorando. Un dolor intenso y punzante se instala en mi pecho al verla así. Reese no se merece más sufrimiento, y justo yo, que prometí cuidarla y no volver a dejar que nadie la lastime, soy el que se lo está provocando. Entonces todas las piezas del puzle encajan a la perfección en mi mente. No importa lo que haya tenido que vivir, ni Dios ni mi mierda de infancia. Yo nací y vivo para hacer feliz a la mujer que tengo frente a mí. Ninguna promesa es más importante que la que le he hecho a ella.

Llevo la mano a la correa y la desabrocho, dejando que el cilicio caiga al suelo por su propio peso. Ella alza la vista a mi rostro y esta vez no dejo que se aparte cuando intento enmarcar su rostro con ambas manos.

—Nunca más volveré a usarlo. —Intenta retroceder, pero la sujeto con más fuerza—. Mírame, Reese. Me mata verte llorar. Nunca más, te lo juro.

Sorbe por la nariz y niega con la cabeza.

—Jurar en vano es pecado —dice con la voz entrecortada.

—¡A la mierda Dios y sus mandamientos! La única persona a la que le debo respeto, obediencia y admiración es a ti, a nadie más.

Suspira y le seco las mejillas con suavidad.

—¿Por qué me lo pones tan difícil, Wade? Estoy haciendo mi mejor esfuerzo, pero con cada cosa que dices o haces solo provocas que te quiera un poco más.

Una especie de emoción desconocida sube por mi vientre, recorre mi pecho y repta por mi cuello hasta explotar en mis mejillas. Es una sensación agradable, caliente y reconfortante que nunca antes había experimentado.

—Acabas de decir que me quieres —susurro, sonriendo de oreja a oreja.

Reese bufa y apoya la frente en el centro de mi pecho.

—Lo sé, soy idiota y vas a romperme el corazón —lloriquea.

La obligo a mirarme de nuevo y acaricio rostro con suavidad.

—No lo haré, pero sí puedo hacerte otra promesa.

—¿Cuál?

—Voy a estar todos los días a tu lado, cada hora me esforzaré por ganarme tu confianza, cada minuto te recordaré que eres lo mejor que me ha pasado nunca y cada segundo de mi vida lo dedicaré a hacerte feliz.

—Te odio, Sutton —gimotea, cerrando los ojos.

Uno mi frente a la suya y beso la punta de su nariz.

—No, me quieres.

Reese abre los ojos y rodea mi cuello con los brazos, pegándose más a mí.

—Claro que te quiero, pero también te odio.

—Eso es algo con lo que puedo vivir —susurro antes de cubrir su boca con la mía.

Capítulo 101

Reese

—La tengo —la voz de Dagger sale por el altavoz de la radio alta y clara.

Se me escapa todo el aire de los pulmones y apenas soy capaz de contener el llanto. «La tengo». Se refiere a Rose. Su tarea en la misión era buscarla a ella, protegerla y traerla sana y salva a la finca Urriaga.

—Están saliendo por la puerta principal —dice Angy, señalando una de las pantallas. En ella se puede ver cómo un hombre lleva a alguien más menudo y delgado en brazos.

Dejo de mirar en cuanto salen de la casa y me fijo en las otras pantallas. Algunas chicas son guiadas por nuestro equipo de asalto al exterior de la propiedad, los demás siguen enfrentándose a los hombres de Dushku. No se escuchan los disparos, pero sí podemos ver los haces de luz que emiten las detonaciones.

Bailey es quien está dirigiendo el equipo a distancia. En el despacho se hace el silencio total cuando la escuchamos darle órdenes a Oscar.

—Tengo a Dushku acorralado. ¿Puedo matarlo o lo necesitáis vivo? —pregunta Oscar.

Quiero pedirle que lo mate ya mismo. Ese hijo de puta no merece seguir respirando, pero antes de que pueda hacerlo, Bailey le contesta.

—Luna ha sugerido que lo traigas a casa. Nuestra habitación de invitados del sótano lleva algún tiempo vacía.

Vemos por la pantalla como Oscar avanza hacia Dushku, y tras propinarle un par de puñetazos en el rostro, este cae al suelo.

—¿Alguien puede conseguirme un lazo? Me llevo a este cabrón como regalo para mi mujer —dice Oscar, arrancando las carcajadas de los demás.

En pocos minutos, los hombres de Dushku que no han sido abatidos entregan las armas y todo termina. Las chicas están siendo transportadas hacia nuestra ubicación, incluyendo a Rose.

—Ha sido un placer trabajar contigo, Reese —dice Bailey.

Cojo la radio y me la acerco a la boca.

—Igualmente. Muchas gracias por tu ayuda.

—Descuida. Estos capullos os lo van a cobrar bien. En el Clan Z no saben lo que es el altruismo. Todo lo hacen por algún motivo. —Dejo la radio sobre la mesa y miro a Wade en busca de una explicación, pero, como siempre, se mantiene impasible.

—Ahora solo queda esperar —comenta Alex, rodeando la cintura de su mujer con el brazo y atrayéndola a su costado. Me mira a mí y esboza una sonrisa canalla—. Eres buena. Nos vendría bien alguien con tus habilidades.

Wade da un paso al frente y entrelaza sus dedos con los míos.

—Eso no entra en el trato que hice con tu hermano.

—Lo sé, solo estaba probando suerte —responde sin dejar de sonreír—. Un trato es un trato, y los Urriaga siempre cumplimos nuestra palabra.

Angy pone los ojos en blanco de manera burlona y se me escapa una sonrisa. No me imagino lo que será estar casada con un tipo con la personalidad de Alex Urriaga, sin embargo, ella parece manejarlo bastante bien. Doy un pequeño apretón en la mano de Wade y lo miro de reojo. Yo también voy a tener que aprender a lidiar con un hombre complicado. Sigo aterrada por la idea de mantener una relación, pero no voy a dejar que el miedo me limite.

Amo a Wade, y sé que él también siente lo mismo por mí. Mentiría si dijese que pienso que va a ser sencillo enfrentarnos a lo que nos depara el futuro. Probablemente me arrepienta más de una vez de haber tomado la decisión de permanecer a su lado, sin embargo, no podría vivir con la duda de lo que podría haber pasado de no haberlo hecho.

La espera se hace eterna y, al fin, cuando llegan las furgonetas con las veintiún mujeres, siento como mi corazón se acelera. Voy a verla de nuevo. Rose ya está aquí y estoy deseando abrazarla y decirle que ya no tiene nada que temer, que todo va a estar bien.

Dagger es el primero en salir del vehículo, lanza una mirada en mi dirección y esboza esa sonrisa arrogante que tanto lo caracteriza antes de abrir la puerta trasera de la furgoneta. Entonces la veo, es ella. Está muy delgada, lleva puesta una minifalda de cuero y un top que apenas le cubre los pechos. Su cabello pelirrojo está enmarañado y sin brillo. Se me corta el aliento y trago el nudo de angustia que se ha instalado en mi garganta al verla en estas condiciones. ¿Qué le han hecho? Casi no parece ella misma.

Dagger se acerca para decirle algo y Rose enseguida se aparta con expresión asustada. Él alza ambas manos y me señala a mí con la barbilla. Rose gira la cabeza en mi dirección y todo el aire que estaba conteniendo abandona mis pulmones de golpe. Doy un paso hacia ella, después otro y varios más antes de detenerme a menos de un metro de distancia. Mi amiga estrecha su mirada sobre mí, abrazándose a sí misma.

—¿Reese? —su voz es solo un susurro casi inaudible.

Asiento y cierro los pocos pasos que nos separan.

—Sí, soy yo. Ya estás a salvo. Todo va a estar bien, te lo prometo —digo mientras dejo que las lágrimas bañen mi rostro.

Un sollozo ronco emerge del fondo de su garganta y se lanza a mis brazos. La sujeto con fuerza contra mi cuerpo y sigo llorando mientras la abrazo con todas mis fuerzas. He tenido que esperar un año para recuperarla, pero al fin lo he logrado y no permitiré que nunca nadie vuelva a lastimarla.

Wade

Mientras observo como Reese abraza a su amiga, no puedo evitar sentirme culpable por todo el sufrimiento por el que ambas han pasado. Yo era el responsable de velar por la seguridad de esas chicas. Dushku actuaba delante mis narices y nunca sospeché nada. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que algo así podría ocurrir, y mucho menos que Nancy, una persona en la que confiaba, pudiese estar involucrada. Ella era quien le proporcionaba información al albanés sobre las presas más vulnerables. Elegía a las que no tenían familia que pudiesen luchar para recuperarlas, pero con Rose cometió un error porque ella sí tiene a alguien que se preocupa por su seguridad. Reese habría ido al mismísimo infierno a buscarla de ser necesario.

Carraspeo y aparto la mirada de ambas cuando Dagger llega a mi lado. El muy cabrón está sonriendo de manera arrogante, como si él solo hubiese evitado la Tercera Guerra Mundial.

—Buen trabajo —digo con un golpe de cabeza.

—Lo sé. Aunque no me conformaré con una palmadita en la espalda, Sutton. Espero mi pago mañana mismo.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Una vez más, Dagger demuestra que esas chicas no le importan nada. A él lo único que lo mueve es el dinero.

—Lo tendrás.

Se coloca a mi lado y mira en dirección a Reese y su amiga, que han dejado de abrazarse y hablan en voz baja. Las demás chicas están siendo guiadas al interior de la casa por los hombres de Urriaga. Todas están extremadamente delgadas, semidesnudas y algunas parecen muy nerviosas y asustadizas. Entre ellas reconozco a la chica rubia de la que Reese me habló. Solo han pasado seis meses desde que se la llevaron, pero basándome en la fotografía que suya que vi, su aspecto ha cambiado bastante.

—Las mantenían encerradas, casi sin comida ni agua —¿Es compasión lo que detecto en su voz? Lo miro de reojo con sorpresa —. Dushku solo las dejaba salir de las habitaciones para satisfacer a sus amigos y socios en las fiestas que organizaba. Les daban drogas para mantenerlas controladas y sumisas. —Exhala con fuerza y sacude la cabeza de un lado a otro—. Es posible que muchas de ellas, si no todas, estén enganchadas a esas drogas. ¿Qué va a pasarles?

—Me encargaré de que todas tengan los cuidados que necesitan antes de regresar a sus vidas.

Dagger sonríe de nuevo y niega con la cabeza.

—Esa mujer te ha ablandado, Sutton. —Señala el lugar donde Reese sigue hablando con su amiga, ajenas a todos los demás. No lo corrijo. Tiene toda la razón, Reese me ha ablandado y no me avergüenza admitirlo—. Es un grano en el culo, pero admito que tiene su punto. Si algún día te cansas de ella…

—Termina esa frase y no seguirás respirando un solo segundo más —digo sin inmutarme.

Pierde la sonrisa y se mueve para encararme. Me fijo en su mano. En algún momento ha sacado una pequeña navaja que mueve entre sus dedos de manera juguetona, aunque su gesto no tiene nada de inocente. Sé muy bien lo que es capaz de hacer con ese objeto.

—No me gusta que me amenacen, Sutton.

Me ajusto la corbata, y con los hombros tensos y la mandíbula apretada busco su mirada.

—Vuelve a hacer alguna insinuación sobre mi mujer y te aseguro que no se quedará solo en una amenaza, Dagger.

Echo un vistazo sobre su hombro y veo a Reese venir hacia nosotros abrazando a su amiga por los hombros. Me muevo a un costado y paso al lado de Dagger sin que me importe nada más que recibir a Reese. Está llorando y me mata verla así, pero sé que sus lágrimas son de felicidad por haber recuperado a Rose.

—Cielo, él es Wade. Me ha ayudado a encontrarte —le dice a su amiga. Rose alza la vista a mi rostro y la saludo con un cabeceo sutil. Ella aparta la mirada y se estremece, como si una corriente eléctrica le recorriera de pies a cabeza—. ¿Tienes frío?

—Un poco. Estoy muy cansada —responde con voz débil y entrecortada.

—Te acompañaré a dentro.

—Deja, yo la llevo —intercede Dagger, saliendo de detrás de mí.

Reese arquea una ceja en su dirección, pero cuando él estira la mano en dirección a Rose, esta la coge y va hacia él sin dudar.

—Gracias por tu ayuda —Reese escupe las palabras como si le estuviesen arrancando una muela sin anestesia.

—Siempre que lo necesites, dulzura —contesta Dagger, mirándome de reojo con chulería.

El muy hijo de puta me está desafiando. Aprieto los puños a cada lado de mi cuerpo e inspiro hondo por la nariz para controlarme. Tengo que borrarle esa sonrisa de suficiencia con un puñetazo, pero este no es el momento para eso. Además, no me conviene tenerlo de enemigo.

Reese se mantiene atenta a cada paso que da su amiga, y solo cuando se adentran en la casa y deja de verla, exhala profundo y dirige su mirada hacia mí.

—¿Estás bien? —pregunto, rodeando su cintura con el brazo para atraerla hacia mi cuerpo.

Asiente y esboza una pequeña sonrisa.

—No sé qué va a ser de ella, Wade. Ha vivido un infierno y temo que nunca más vuelva a ser la de antes de todo esto.

Aparto el cabello de su rostro y acaricio su mejilla con suavidad sin dejar de mirarla a los ojos.

—Estaremos a su lado para brindarle todas las herramientas que necesite para superarlo. Se recuperará, te lo aseguro.

—¿Por qué estás tan convencido?

—Porque tu felicidad depende de ello y mi única misión en esta vida es verte feliz.

Expande más su sonrisa y niega con la cabeza.

—¿Quién iba a pensar que podrías llegar a ser tan cursi? —se burla.

Deposito un beso fugaz en sus labios y me aparto un poco para mirarla de nuevo a los ojos.

—Lo digo muy en serio. Es más, te prometo que para nuestra boda estará a tu lado, con un bonito vestido de dama de honor y completamente recuperada. —Noto como se tensa e intenta apartarse, pero no se lo permito—. ¿Dónde crees que vas, Flor? —susurro, hundiendo mi nariz en su cuello.

—Wade, tienes que dejar de hacer esto.

—¿El qué? ¿No quieres que te hable de matrimonio? —Asiente—. Vas a tener que hacerte a la idea.

Chasquea la lengua contrariada y me empuja por el pecho, pero sigo manteniéndola sujeta por la cintura.

—Cuando dices esas cosas me dan ganas de salir corriendo —masculla entre dientes.

Sonrío y la agarro por la nuca para obligarla a mirarme.

—Hazlo, huye, pero prepárate porque te perseguiré, te acecharé hasta encontrarte y te castigaré como nunca nadie lo ha hecho. —Su mirada se enciende y noto cómo se estremece entre mis brazos. Expando mi sonrisa sin dejar de mirarla a los ojos—. Te gusta esto, ¿verdad? —Lamo sus labios y después los muerdo despacio—. He creado a una pequeña pervertida.

Estoy a punto de besarla, pero esquiva mi boca y me agarra con fuerza el mentón.

—Eres un perturbado y un enfermo sin remedio —inspira hondo por la nariz y su aliento cálido baña mi rostro—, pero, joder, te amo tanto que empiezo a pensar que yo también lo soy.

—Bien, exploremos esa teoría —gruño antes de adueñarme de su boca.

Fin

Epílogo

Reese

Dos años después

Me termino mi cuarta copa de la noche y enseguida alzo la mano para llamar al camarero. Aún no he tenido suficiente.

—¿Vas a pedir otra? —pregunta Ian, alzando la voz por encima de la música que suena en el local.

Estamos en el Broken, un local de estriptis a las afueras de Las Vegas, el mismo al que vine en busca de Nick hace más de dos años. Ian, Rose y yo venimos aquí al menos una vez al mes. Mi amiga suelta una carcajada al escuchar que no solo pido otra copa para mí, también lo hago para ellos.

—Te recuerdo que trabajo esta noche —se queja, sin embargo, no tarda en darle un sorbo a su bebida.

—¿Se le llama trabajo a quitarse la ropa delante de una cámara? —inquiere Ian en tono burlón.

Rose responde a su broma golpeándolo en el hombro con el puño y sonrío de oreja a oreja. Es increíble ver el cambio que ha dado en los últimos dos años. Le ha costado varios meses encerrada en un centro desintoxicación, horas interminables de terapia y muchas noches en vela juntas hablando del infierno por el que tuvo que pasar en esa maldita isla, pero al fin Rose empieza a ser la persona que era antes de que la secuestraran. Incluso ha vuelto a usar esa aplicación de contenido para adultos. Intenté convencerla de que trabajara en otra cosa, Wade hasta le ofreció un empleo en el

casino, pero ella se negó en rotundo. Dice que para recuperarse a sí misma debe regresar a su antigua vida, aunque en una ciudad distinta.

—¿Tú no tienes que coger un vuelo a primera hora? —me pregunta al ver que estoy dando buena cuenta de la bebida que acabo de pedir.

Me encojo de hombros y dejo el vaso sobre la mesa antes de responder.

—Es un avión privado, no se marchará sin mí.

Mis amigos se miran entre ellos y empiezan a burlarse de lo que acabo de decir. Es increíble como apenas pueden pasar tiempo juntos sin empezar a provocarse el uno al otro, pero al mismo tiempo, unen fuerzas cuando se trata de ridiculizarme.

—Disculpe usted, señora Sutton. Los simples plebeyos no estamos acostumbrados a tratar con la realeza inglesa —se burla Ian. Echa un vistazo por encima de mi hombro y abre mucho los ojos—. Hablando del príncipe de las tinieblas. Tu marido acaba de entrar en el local.

Me giro deprisa y veo a Wade junto a la puerta principal, mira a un lado y a otro mientras se ajusta la corbata. Se me escapa una sonrisa. Solo con ese gesto sé que está incómodo entre tantos desconocidos. No le gustan las multitudes. Estoy convencida de que es debido a que, cuando hay tanta gente, tiene que esforzarse aún más por mantener su máscara de hombre impasible y sin sentimientos. Es tan distinto cuando estamos solos… En el momento en el que deja caer la máscara, se convierte en el hombre más tierno y cariñoso que he conocido nunca. A una parte de mí le encanta que solo yo tenga acceso a esa faceta suya.

Nuestras miradas coinciden y le sonrío, moviendo los dedos en el aire a modo de saludo. Enseguida empieza a caminar en nuestra dirección con pasos firmes y elegantes.

—Rose, Ian… —dice con un gesto de cabeza para saludar a mis amigos.

Rose lo saluda de vuelta, Ian, sin embargo, solo cabecea y aparta la mirada. Aunque la relación entre ellos ha mejorado bastante, no son amigos ni mucho menos. Se toleran el uno al otro, y con eso es suficiente para mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, buscando su mirada.

—Has bebido demasiado. Te llevo a casa —contesta sin inmutarse.

Arqueo una ceja de manera interrogante. ¿Cómo sabe él cuánto he bebido? A no ser…

—¡¿Dónde está?! —exclamo, poniéndome en pie de un salto. Siento un pequeño mareo debido al alcohol, pero consigo mantenerme erguida sin problemas. Miro a un lado y otro del lugar, pero no logro localizarlo—. ¿El hijo de puta de Dagger ha decidido venir él mismo a vigilarme o esta vez ha enviado a uno de sus hombres? ¡Por Dios santo, Wade! Tienes que dejar de hacer esto.

Me lanza una mirada de advertencia, que ignoro, y alzo la barbilla de manera desafiante.

—No blasfemes y baja la voz. Nos vamos a casa ahora mismo.

—¿Y si no quiero?

Esbozo una falsa sonrisa y me cruzo de brazos. Wade inspira hondo por la nariz y vuelve a ajustarse el nudo de la corbata.

—Flor, no me provoques. Pídeme cualquier cosa menos que deje de velar por tu seguridad. Ahora vámonos o yo mismo te sacaré de este sitio, y no seré gentil —susurra para que solo yo pueda escucharlo.

Nos mantenemos la mirada unos segundos, lo justo para darme cuenta de que esta vez no voy a ganar la discusión. Cuando se pone así no lo soporto, pero tampoco quiero montar un numerito delante de mis amigos y un montón de desconocidos. Estiro el brazo para alcanzar mi copa, y tras alzar el vaso en su dirección a modo de brindis, vacío el resto del contenido en mi boca y vuelvo a dejarlo sobre la mesa con un golpe sordo.

Ian y Rose nos observan en silencio, aunque tampoco les extraña demasiado. Ya han presenciado varios enfrentamientos similares entre Wade y yo y saben que siempre acabamos resolviendo nuestros problemas de un modo u otro.

—Nos vemos cuando vuelva —digo tras despedirme de ellos.

—Pasadlo bien en Inglaterra —comenta Ian.

No le aclaro que no es allí a donde vamos a viajar. Mis amigos creen que un par de veces al año nos desplazamos a la ciudad natal de Wade para visitar a su familia. Bueno, eso era así hasta hace un año. Cuando su abuelo falleció de un infarto mientras daba misa y grabaron su nombre en la misma lápida en el que está el de su mujer, Wade decidió que ya no tenía sentido seguir viajando a Inglaterra. Su deseo se había cumplido al fin. Los monstruos que lo atormentaron durante su infancia habían desaparecido para siempre. Ese mismo día me folló de nuevo sobre la tumba de sus abuelos y mentiría si dijese que no lo disfruté.

Me subo al coche sin decir ni una sola palabra y Wade hace lo mismo, pero en el asiento del conductor. Cabreada, dirijo la vista hacia la ventanilla y lo escucho resoplar.

—No voy a disculparme por protegerte, Reese. Mírame —pide, colocando su mano sobre mi muslo. Bufo con fuerza y giro la cabeza en su dirección—. Te amo más que a cualquier otra cosa. Moriría por ti, mataría por ti, pero no me pidas que no me preocupe.

—Hay una diferencia enorme entre preocuparse por alguien y acosarla. Solo salí a tomar unas copas con mis amigos. ¿Qué creíste que iba a pasar? ¿No confías en mí?

—Por supuesto que lo hago. —Se gira en su asiento y enmarca mi rostro con ambas manos—. No es lo que tú haces lo que me preocupa. Todo aquello que te rodea es un posible peligro. Sé que tal vez me excedo, eso no puedo negarlo, pero lo hago para evitar que algo o alguien pueda lastimarte. Me aterra la idea de perderte.

Exhalo con fuerza e intento apartar la mirada. Sé que son sus propias inseguridades las que lo llevan a sobreprotegerme, pero aun así me molesta que lo haga.

—Vámonos a casa. Estoy agotada —mascullo.

Me suelta, y tras acomodarse en su asiento suspira con fuerza.

—Vas a castigarme con tu frialdad por lo que acabo de hacer, ¿verdad? —pregunta tras arrancar el motor.

Se me escapa una sonrisa y asiento.

—Por supuesto.

Él también sonríe mirándome de reojo, después niega con la cabeza y pone el vehículo en marcha. Que entienda sus razones no significa que vaya a ponérselo fácil. He aprendido por las malas que debo poner límites en cuanto a las actitudes desproporcionadas de mi marido. Esa es la única manera de que esta relación siga funcionando.

Wade

«Esposas, sométanse a sus propios esposos como al Señor. Porque el esposo es cabeza de su esposa, así como Cristo es cabeza y Salvador de la iglesia, la cual es su cuerpo». «Efesios 5:22-23».

Me esfuerzo en seguir el rastro de las pisadas. Sé que mi presa no está lejos, casi puedo olerla. Inspiro hondo por la nariz y sigo avanzando con el rostro oculto tras la máscara. Al llegar a un sendero de tierra, las pisadas desaparecen y ya no hay ramas ni hojas rotas. Echo un vistazo a mi alrededor y agudizo el oído. Sé que anda cerca, muy cerca.

—Casi puedo escuchar el latido desbocado de tu corazón —digo en voz alta.

Veo unos arbustos altos y sonrío. Apuesto a que está escondida entre ellos. Me acerco despacio, intentando no hacer ningún sonido que delate mi posición. Entonces veo como una rama de los arbustos se mueve unos milímetros y lanzo el brazo hacia ella. Toco una prenda que estoy casi seguro de que es su chaqueta y tiro con fuerza. Mi presa tropieza y casi cae sobre mí, pero consigo enderezarla y rodeo su cuello con mi mano.

—Suéltame, por favor —susurra.

—De eso nada. —La empujo hasta que su espalda golpea el tronco de un árbol. Ladeo la cabeza despacio y se me hace la boca agua al intuir el cuerpo esbelto y curvilíneo que esconde su ropa. Tiro de su capucha hacia atrás y le quito la máscara facial para descubrir el resto de su cara—. Por más que huyas de mí, siempre te encontraré, Flor —digo, pegando la máscara a su cuello.

Inhalo con fuerza y su aroma floral sube por mi nariz. Enseguida noto como mi polla se endurece. No necesito más que su olor para excitarme. Es simplemente perfecta.

Escucho un sonido a mi espalda y giro la cabeza de golpe. Tiene que ser algún animal o insecto grande. No hay nadie más con nosotros. Tras la cacería en la que casi secuestran a Reese, disolví la asociación y le cedí los terrenos al Clan Z como pago por su ayuda en el rescate de Rose. Ese fue el trato que hice con Beni. Ellos necesitaban un lugar apartado y oculto donde almacenar lo que sea que trafiquen y yo estaba demasiado desesperado como para negarle nada al pequeño de los Urriaga. Además, el muy cabrón es buen negociador. Sin embargo, me permite que use el coto de caza un par de veces al año para practicar estos juegos con mi esposa. Al fin y al cabo, tampoco fue tan mal negocio.

—Déjame ir —gimotea.

—No sin antes follarte como a una buena putita. Eso es lo que eres, ¿verdad? —Aprieto más fuerte su garganta—. Di que eres mía.

Me aparto y la miro a los ojos. Puedo ver la excitación y el deseo contenido brillando en ellos. Cuando le propuse que hiciéramos esto un par de veces al año, sé que accedió por mí, porque creyó que era lo que yo necesitaba, pero ahora, viéndola así, tan entregada al juego, me doy cuenta de que hace tiempo que esto dejó de ser solo algo para mí, ella también lo disfruta, puede que incluso más que yo.

La expresión Reese cambia. Sonríe como si acabara de leerme la mente y aflojo el agarre en su garganta. Alza una mano y me quita la máscara, después regresa su mirada a la mía y me acaricia la mejilla con suavidad.

—Te perdono —susurra.

Contengo el aliento. Sé que no se refiere a la tontería de pelea que tuvimos anoche. Trago saliva con fuerza para bajar el nudo de emociones que se ha instalado en mi garganta y exhalo una gran bocanada contra su rostro. No merezco su perdón. Pasaré el resto de mi vida pagando penitencia por haberla lastimado, pero ¡maldita sea, qué gusto da escucharlo! Carraspeo y ejerzo más presión en su tráquea.

—Puedes guardarte las palabras bonitas, Flor. Lo único que quiero de ti en este momento es que uses esa boca sucia y malcriada de la mejor forma que sabes hacerlo. —Retrocedo un paso y hundo el dedo pulgar entre sus labios entreabiertos—. De rodillas. Ahora.

Mientras la observo caer sobre sus propias rodillas, echo la vista hacia las estrellas que alumbran la noche y sonrío. No sé si fue Dios quien me envió a Reese o el mismísimo diablo, pero si de algo estoy seguro es de que no voy a devolvérsela nunca. Ella es mía, ahora y el resto de la eternidad.

Agradecimientos

Ni siquiera sé por dónde empezar. Escribir esta novela ha sido todo un viaje que ha durado siete largos meses. Es, sin duda, mi historia más oscura, cada decisión de la trama ha sido pensada y madurada con mucho esmero y dedicación. Después del éxito del Clan Z sabía que mi siguiente libro debía estar a la altura de las expectativas, y para ello he querido tomarme con mucha calma su proceso de creación.

Dicho esto, solo me queda agradecer a esas personas que han estado ahí en cada paso del largo camino que llevo años transitando. Sé que yo sola no habría logrado nada de esto.

Para empezar, quiero darle las gracias los creadores de contenido. No sé si son del todo conscientes de lo importantes que son para los autores autopublicados, gracias al tiempo que invierten en sus reseñas y promoción de nuestros libros, podemos llegar a muchos más lectores. Al fin y al cabo, lo único que cualquier escritor desea es que lean sus historias y vosotros sois los que las dais a conocer al mundo.

Podría mencionar a muchos creadores de contenido, Booktokers, Bookstagramers… Tengo una lista interminable de nombres, pero sin pretender desmerecer el trabajo de todos los demás, quiero centrarme en uno solo, en una chica, lectora y amante del Dark Romance. Bea (@Bea_lalectora) es alguien que conocí en *BookTok* por pura casualidad, sin embargo, si no hubiese sido así, estoy convencida de que este libro jamás hubiese existido. Cuando me planteé escribir un *Dark Romance*, lo primero que se me vino a la mente fue una historia que ella, con su moral literaria más que cuestionable, pudiese disfrutar al máximo. Es más, cada giro de la trama, la personalidad de los protagonistas o escenas controvertidas

han sido pensadas teniendo en cuenta lo que sé sobre sus gustos de este género. Por eso y mucho más. Muchísimas gracias. Como ya te dije una vez, nada de esto sería posible sin ti.

Por otra parte, también quiero dar las gracias a esas amigas y compañeras que siempre están ahí apoyándome y escuchándome en mis buenos y malos momentos. Irene, Chabacana, Anny, Noe, Rach… Sois increíbles y doy gracias cada día por teneros en mi vida. Os quiero montones.

A mis lectoras cero en esta novela: Irene, Mara, Yoli, Ygritte y Mai…. Muchísimas gracias, chicas. No tenéis ni idea lo mucho que me facilitáis la vida. A mis pandas, que siempre están ahí cuando las necesito.

Para ir terminando y de manera un poco más personal, quiero mencionar a esas personas que no solo contribuyen a ayudarme en mi trabajo, me refiero a esas que sabes que puedes acudir cuando todo se vuelve demasiado oscuro, y no precisamente para bien, como en las novelas de *Dark Romance*. En mi caso, esas personas tienen nombre y apellidos. A una de ellas ya la he mencionado antes: Rach, mi amiga, compañera y hermana de otra madre. No sé si eres consciente de lo importante que eres para mí. Me mantienes cuerda. Te quiero muchísimo. Y Marian Tonieta, mi compañera de locuras y otra hermana de otra madre distinta. Cuando todo parece horrible y sin sentido, solo necesito unas horas a tu lado hablando de todo y de nada (casi siempre del tamaño de las alas de ciertos personajes ficticios), para que los problemas desaparezcan. Gracias por aguantarme. Te adoro.

No puedo dejar de mencionar a mi familia y, como siempre, a mi compañero de vida, que es el que se lleva la peor parte de todo esto. Imaginad lo que es tener que convivir a diario con alguien que vive a medio camino entre la ficción y la realidad. Su tarea es mantenerme bien anclada a la tierra y sabe hacerlo como nadie. Te quiero, Neno.

Por último y, permitidme decirlo, más importante, quiero agradecerte a ti que estás leyendo esto hasta el final. Gracias por

creer en mí y apoyar mi sueño.

Nos vemos en la próxima historia.

Advertencias de Contenido

Esta novela contiene escenas, lenguaje y temáticas **destinadas a un público adulto**. Puede incluir situaciones que resulten perturbadoras, incómodas o emocionalmente intensas para algunas lectoras. Entre ellas:

- Violencia física explícita, incluyendo peleas, golpes y agresiones.
- Violencia sexual, descrita o insinuada.
- Violencia psicológica y emocional.
- Lenguaje fuerte, sexual y vulgar.
- Escenas de sexo explícito de consentimiento dudoso y no consentido.
- Imágenes o símbolos religiosos en contextos sexuales.
- Relaciones con marcadas dinámicas de poder desiguales.
- Escenas de caza erótica y persecución física (Primal Play).
- Manipulación emocional y coerción.
- Amenazas verbales y físicas.
-

Situaciones de secuestro, retención forzada o confinamiento.

- Referencias a tortura física y psicológica.
- Escenas de abuso verbal y degradación.
- Descripciones de cicatrices, heridas y marcas de violencia.
- Muerte de personajes (en pasado o presente de la narración).
- Escenas con sangre, heridas abiertas o violencia gráfica.
- Tramas relacionadas con la mafia, crimen organizado y actividades ilegales.
- Consumo de drogas, alcohol y tabaco.
- Referencias a traumas infantiles o pasados de abuso.
- Descripción de situaciones moralmente cuestionables, propias del género *dark romance*.
- Comportamientos obsesivos o posesivos por parte de los personajes.